Blas J. Zambrano

Artículos, Relatos y Otros Escritos

Introducción, Edición y Notas

José Luis Mora

DIPUTACIÓN DE BADAJOZ
Departamento de Publicaciones
1998

© Diputación Provincial de Badajoz.

Con la colaboración de la
Fundación María Zambrano. Vélez-Málaga.

I.S.B.N.: 84-7796-028-3

Depósito Legal: BA-376-1998.

Impreso en España. Printed in Spain.

Imprime I.G. Aprosuba-3. Badajoz.

INDICE

INTRODUCCION 3

G R A N A D A

1. Artículos de carácter filosófico *47*

DIALOGO *47*
DIALOGO *51*
DIALOGOS *53*
DIALOGOS I *57*
DIALOGOS II *59*
DIALOGOS *62*
MINUTA *65*
CONSIDERACIONES SOBRE LA SOCIOLOGIA *66*

2. Artículos de carácter social *71*

LA CUESTION AZUCARERA. UN CUARTO A ESPADAS *71*
¿GERMINAL? *76*
IDEALISMO Y REALIDAD *78*
A QUIEN DEBA SER *80*
A LA LIGA DE CONTRIBUYENTES. Tarde y *82*
FRAGMENTO *89*
¿CONSEJO? *91*

3. Artículo de crítica literaria *93*

Bibliografía. AL PIE DE LA ALHAMBRA *93*

4. Artículos sobre Educación *97*

RESUMEN DE LA CONFERENCIA *97*
¿EDUCACION INTEGRAL...? *107*

5. Semblanza de Pascual Santacruz *110*
LO QUE ES PASCUAL SANTACRUZ *110*
EGOLATRIA *114*
6. Relatos *117*
PROYECTO DE NOVELA. Román y Julia *117*
LA VOZ DE LA SANGRE *130*

V E L E Z - M A L A G A

1. Artículos sobre Educación *151*
LA EDUCACION SOCIAL *151*
LA INSTRUCCION PUBLICA. Como una de las bases de la reconstitución nacional *154*
PROLOGO DE UN LIBRO QUE TAL VEZ NO SE ESCRIBA *169*
2. Artículos de carácter filosófico *180*
DIALOGO *180*
EL HUERTO DE EPICTETO *183*

S E G O V I A

1. Artículos sobre Educación *187*
DIVULGACIONES PEDAGOGICAS III *187*
A «VOSOTROS» *188*
ALGO DE CRITICA SOBRE LA EDUCACION *191*
JUVENTUD *208*
NUEVOS HORIZONTES. DE EDUCACION *211*
EL NIÑO, LA ESCUELA Y EL MAESTRO.
LA EDUCACION MORAL *214*
ARISTOCRATISMO DOCENTE *216*
2. Artículos de carácter social *218*

CONTRA LA CORRIENTE. «LA LUCHA» 218
DULCE Y FUERTE 222
DIALOGO 226
PALABRAS, NO HECHOS 231
UN MOMENTO DE ANGUSTIA EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD. ANTE LA «PAZ DEL ODIO» 235
NUEVOS HORIZONTES. EMBALSAR, NO; ENCAUZAR 238
EL TRABAJO SOLIDARIO Y NO LA LUCHA 240
LA MUJER.- I LA SEÑORITA DE HOY 243
LA MUJER DEL PORVENIR 246
EL HOMBRE.- I EL SEÑORITO DE HOY 249
CONTRA LA CORRIENTE. ¿MODESTIA? 251
NUEVOS HORIZONTES. II EL HOMBRE DEL PORVENIR. NO SOLO «MENES SANA IN CORPORE SANO 253
¿SE CONSUMA LA GRAN INFAMIA? 256
CONTRA LA CORRIENTE. LO PRACTICO. EL ESPIRITU PRACTICO ESPAÑOL 257
LO PRACTICO. EXPLICACIÓN Y EJEMPLOS 259
LO PRACTICO. D. QUIJOTE, HOMBRE PRACTICO 261
NUEVOS HORIZONTES. CONTRA EL SISTEMA DE QUIETUD 263
LA MORAL 266
EL NIÑO, LA ESCUELA Y EL MAESTRO. LA MUJER DEL PORVENIR 267

3. Meditaciones 270

TROZO DE UNA PEQUEÑA MEDITACION 270
UN POQUITO DE CHARLA 271
CREPUSCULO EN SEGOVIA 273
LAS NOCHES VERANIEGAS 274
¿VIDA DE ENSUEÑO O ENSUEÑO DE VIDA? 276

¡SI VIVIERAMOS OTRA VIDA! 278

4. Artículos de crítica literaria **282**

EL POETA DE CASTILLA 282
IMPRESIONES DE UN LEC.TOR 284

5. Relato **287**

CARTA DE UN VIEJO A UNA NIÑA 287

M A D R I D

1. Artículos sobre Educación **291**

LA RELIGION ESCOLAR 291
FORMACION CULTURAL DEL MAESTRO 306
UN JUICIO 336
PROLOGO 339
UN PEQUEÑO GRAN LIBRO... 348

2. Diálogos Filosóficos **357**

DIALOGO I 357
DIALOGO II 389
DIALOGO III 435

INTRODUCCIÓN

María Zambrano, como nos dejó dicho en la dedicatoria de *Nuevo liberalismo* (1930), tuvo hacia su padre siempre honda admiración porque de él aprendió cómo mirar las cosas y a uno mismo. Al publicar ese libro, realizaba un temprano acto de justicia, que completaría después en "*Delirio y Destino*" al reconocer que fue, también, su padre quien la puso en la senda de Unamuno[1]. Mas cuando, a petición de Orestes Macrí, el editor de la obra de Machado, se puso a redactar unas cuartillas que rescataran con más precisión su memoria, algo le traicionó al considerar que era «difícil dar noticia de un ser humano que apenas ha dejado obra»[2].

Dos sentimientos contradictorios se mezclaban en esa afirmación: de un lado, la valoración de la labor paterna en el ámbito reducido de la familia o amigos; de otra, la dimensión que esta pudiera tener más allá de esos círculos. Quizá esa duda paralizó el claro deseo de la filósofa veleña de ver publicado lo escrito por D. Blas quien ha permanecido en el silencio o en la memoria del reducido grupo de quienes le trataron, algunos de los cuales le acompañaron hasta el final de sus días, o de unos pocos investigadores ya en nuestros días[3].

---

[1] M. Zambrano, "*Delirio y Destino*", Madrid, Mondadori, 1989, p. 85. En el archivo de Unamuno se conserva una tarjeta postal del propio Blas Zambrano agradeciendo el envío y la dedicatoria de los «Tres ensayos».

[2] En la propia Fundación de Vélez-Málaga pueden leerse distintas redacciones de este artículo. Permiten ver el esfuerzo del recuerdo y la meditación por ponerse en claro ella misma con la atmósfera envolvente creada por el pensamiento y la actividad de su padre de los que se siente deudora. Este texto está reproducido en los Suplementos de "*Anthropos*", marzo-abril, 1987, pp. 11-13.

[3] Adquiere más valor, ahora, lo dicho por Pablo de Andrés Cobos (1899-1973), amigo, contertulio en Segovia de Machado y Zambrano y maestro como él, director de la revista "*Escuelas de España*" y guardián de la memoria de aquellos años segovianos.

La distancia nos ha permitido superar ese círculo donde se entremezclaban las relaciones filiales con las intelectuales y poder, así, ofrecer, a los estudiosos del pensamiento zambraniano y a los deseosos de conocer mejor nuestra historia reciente, una obra que no es tan reducida como su hija manifestaba y sí, en cambio, un componente muy notable de ese tejido intermedio que toda sociedad necesita y sobre el que sobresalen, antes y después, otras figuras que consideramos más sobresalientes.

Una persona como Blas Zambrano, maestro de escuela, lejos de la popularidad de su hija y de otros intelectuales de la generaciones a que perteneció (del 98) y con la que convivió (la del 14), sólo se salva gracias a los amigos: Mariano Ferrari, Quintanilla, Carral, Norberto Cerezo, Francisco Cáceres quienes, junto con Pablo de Andrés Cobos, editaron en 1935 «por cariño y por respeto hacia D. Blas Zambrano», "*Nuevos Horizontes*", la recopilación de parte de sus artículos[4] . Hoy sabemos que publicó más cosas, que ya lo había hecho antes de ir a Segovia y que lo siguió haciendo después. Y que buena parte de sus cuartillas quedaron en el cajón.

A su propia hija, a Pablo de Andrés Cobos y a su expediente debemos los principales detalles de su memoria. El resto proviene de notas de prensa, de algún testimonio oral o de su propia obra. En esta memoria encadenada el testimonio de José Luis Abellán constituye un eslabón necesario pues ya en 1966 nos hacía saber de «la influencia del padre, D. Blas José Zambrano» quien iba a dejar «honda huella en el alma de aquella niña»[5]

Datos biográficos

Vida, la D. Blas, con muchos registros, llena de aspectos que aisladamente no parecen fáciles de conciliar, pero que adquieren sentido en el horizonte de su compromiso moral y político. En verdad, toda su vida, sus escritos pero, sobre todo, su labor educativa se orientaron hacia la unidad.

---

[4] Zambrano, Blas J., Nuevos Horizontes, Segovia, Imp. Carlos Martín, 1935.
"Por cariño y por respeto hacia D. Blas J. Zambrano, unos cuantos amigos y discípulos de los que más directamente recogimos el fruto de sus enseñanzas y sus conversaciones, hemos decidido reunir en un volumen una parte de los artículos y ensayos que andan dispersos por diversos periódicos y revistas." *Heraldo segoviano*, 13 de enero de 1935.

[5] J.L. Abellán, "*Filosofía Española en América*", Madrid, Guadarrama y Seminarios y Ediciones, 1966, p. 169.

D. Blas Zambrano, D. Juan platónico, abierto, comunicador, irascible y colérico a veces, según su discípulo Cobos. «Alma benevolente, quiero decir deseosa del bien, de ningún modo indulgente con el ruin o encanallado. Acaso acompañaba a D. Blas una honda fe en que no todo ha de estar necesariamente podrido en el hombre. Por lo demás hay muchas maneras de ser maestro, y no es la peor la de saber inclinarse hacia los buenos» en palabras de Machado en su "*Juan de Mairena*"[6]. Así debió ser.

Mas, seguramente, a quien desee saber cómo era, en verdad, D. Blas basta que contemple el busto que de él hizo Emiliano Barral y al que puso la leyenda «El arquitecto del Acueducto», expuesto en el patio de la Diputación Provincial de Segovia. Podrá así comprobar cómo las ideas que se poseen llegan a dar forma a la cabeza que las crea. Las facciones de esa cabeza son armónicas, de una geometría consistente, entre el equilibrio recio del Derecho Romano y el aparentemente frágil equilibrio de una estatua griega. Toda una monografía sobre D. Blas pues realmente a él le hubiera gustado asistir a la academia de Platón y visitar el taller de Pericles. Su ideal consistió en que Europa, y España por tanto, respondieran a sus orígenes clásicos y evitaran así la decadencia profetizada por Spengler y otros.

Fue D. Blas Zambrano un hombre del sur, nacido el 11 de febrero de 1874 en Segura de León (Badajoz), hijo de onubenses. Su padre, D. Diego Zambrano fue profesor de instrucción primaria. Un poco más pudientes fueron sus abuelos: médico el paterno y propietario el materno.

Hablamos, pues, de un hombre del 98, nueve años mayor Ortega y diez más joven que Unamuno y de la misma edad que Maeztu, Machado y Baroja. De la generación de los 70, como gustaba de decir el propio Baroja, compartió con ellos su viaje desde la periferia hacia Castilla.

De sus orígenes extremeños sabemos lo que nos cuenta María Zambrano en el artículo ya mencionado. Ahí se apuntan algunas claves de interés para la comprensión posterior de la figura de Blas Zambrano. «El padre, Diego Zambrano, dado a la lectura y meditación de la Biblia, entró en relación con el Obispo Araujo y se sintió protestante sin tener ningún acto de ruptura exterior. Espiritualidad agustiniana desde la niñez. Heterodoxo, pues, prenatalmente.» (...) «Un cierto desengaño del protestantismo paterno, a causa de su excesivo rigor y de carecer del sentido histórico de la Iglesia Católica de la que se sintió siempre apartado a causa de su persecución de la libertad a partir de que dejó ella de estar perseguida y pactó con el poder sometiéndose a

---

[6] A. Machado, "*Mairena póstumo*", O.C., Madrid, Espasa Calpe, 1989, pp. 2409-12.

él, a partir de Constantino. La libertad, decía y profesaba, fue revelada por Cristo en su abandono de la cruz.» (...) «Heterodoxo en extremo pues del Cristianismo aun protestante. Tendencias gnósticas sin que del gnosticismo tuviera estudioso conocimiento. Mas no heterodoxo en cuanto a la acción entre todas las que España exigía; el dar palabra y presencia; el darse en palabra viviente»[7].

Así pues, hay una conexión familiar con el viejo iluminismo o movimiento de los alumbrados que, como es sabido, tuvo en Llerena uno de sus focos más importantes. Probablemente está por historiar cómo se mantuvieron esos núcleos. Los estudios de Márquez, Huerga o Selke no alcanzan tanto[8].

En cualquier caso esta conexión con lo que nuestro siglo XVI tuvo de reforma religiosa en sus diversas ramificaciones se presenta como un dato fundamental para entender una religiosidad que, en la interpretación zambraniana, lo invade todo[9].

---

[7] Los textos pertenecen a distintos borradores que del texto definitivo existen, como ya dijimos. María Zambrano vincula a este Obispo con los iluminados o alumbrados: «del que algún rescoldo debía quedar, ya que fue la comarca donde prendió la predicación del obispo protestante Araujo.» o.c., 12.
Poco he podido averiguar sobre este Obispo que pareció tener tanta influencia. Tan sólo esta breve referencia en el libro de J. B. Vilar, "*Intolerancia y libertad en la España contemporánea*": "La semilla reformista, difundida profusamente en la urbe hispalense durante los dos años de mandato progresista, no se perdió. Resulta significativo que precisamente en 1856, y en Sevilla, viera su primera luz Carlos Araujo Carretero, luego celebrado escritor, periodista y orador sacro, educador y sobre todo, excelente biblista y poeta, fundador de una dinastía de pastores evangélicos perpetuada hasta hoy." Madrid, Istmo, 1994, p. 192.

[8] Sobre el protestantismo en Extremadura y algunas referencias a la permanencia de ciertos focos del viejo alumbradismo escribió documentadamente aunque con su conocida intención apologética, Menéndez Pelayo, "*Historia de los heterodoxos españoles*", Madrid, B.A.C., 1967, pp. 991 ss.

[9] «Si se pudiera rescatar a estos heterodoxos. ¿Tendrá que ver el anarquismo con el quietismo, el iluminismo, aquellas herejías que con tan recóndita pasión de comprender, con tan honda simpatía, a pesar de todo, había escrutado el pensador católico? Ahora comprendía, sentía que el ortodoxo historiador estudió los heterodoxos por estudiarles a ellos quizá, a los anarquistas de todos los siglos de la historia de España; llegar a entenderlos sería desentrañar la vida española.» Y cuando se refiere a los krausistas lo hace poniéndolos en relación estas mismas reformas religiosas: «...un rebote de la fracasada reforma religiosa del siglo XVI. Un cierto renacer bajo la distinta doctrina de un día espléndido o «erasmismo» español». "*Delirio y Destino*", pp. 72 y 76.

Son estos, aspectos que tienen que ver con la experiencia -y experiencia mística- como mediación entre la razón y el sentimiento, vinculados a la búsqueda de nuestro destino, España y Europa, tras el 98, la crisis política coincidente con la primera guerra mundial y los aconteceres posteriores. Esta fascinación por nuestro siglo XVI fue compartida por muchos intelectuales, de las letras y las ciencias, en la primera parte de nuestro siglo, quizá en un intento de reescribir nuestra historia, comenzarla de nuevo desde lo que consideraban más vigoroso de nosotros mismos. No fue casual la recuperación que tuvieron los estudios místicos, las meditaciones unamuniana y orteguiana sobre el Quijote, la admiración por figuras como Andrés Laguna, por Juana la Loca, tal como fue concebida en el drama galdosiano, etc. Todo lo contrario: hay unas coincidencias que constituyen la experiencia compartida de este grupo.

Más que de volver a hacer historia se trataba -así lo dice M. Zambrano en "*La desidia ante la historia*"[10] - de tomar conciencia de ella. Las figuras de su abuelo (cuya biblioteca recuerda en "*Delirio y Destino*") y de su padre se convierten así en eslabones imprescindibles del pensamiento zambraniano.

A partir de esta primera etapa extremeña, poco resaltada hasta ahora en los escasos datos biográficos existentes, la vida de D. Blas discurrió por otras cinco ciudades, tres andaluzas y dos castellanas, que constituyen las etapas de su vida juvenil y adulta.

La primera corresponde, tras dejar la familia la hacienda paterna, a su estancia en Sevilla donde estudió magisterio, al parecer en condiciones económicas precarias[11]. El título de maestro elemental lo obtuvo con diez y siete años (1891), quizá muy joven para hablar de influencias firmes. Cinco años después (1896) completó los cuatro años requeridos para el título de *«Primera Enseñanza Normal»*[12].

---

[10] "*La desidia ante la historia*". Borrador (Fundación María Zambrano) para el *Papel Literario* de Caracas. Roma, 19 de marzo de 1954. Desconozco si fue publicado en la mencionada revista.

[11] Según testimonio de Rafael Tomero, trabajó de mozo de botica debido a la enfermedad de su padre y su viaje a Londres para tratar de curarse.

[12] Obtuvo la calificación de aprobado en todas las asignaturas excepto en Lengua castellana y Aritmética de primer curso y Doctrina Cristiana de segundo en que obtuvo sobresaliente. En los cursos tercero y cuarto, que realizó como alumno libre, obtuvo aprobado en todas las asignaturas. Archivo Central del Ministerio de Educación, Legajo, 4638.

Aunque estuviera como Auxiliar en Alajar (Huelva) debió tener contactos con los centros culturales sevillanos como el Ateneo, además de la influencia de los profesores más notables de la Normal. Entre ellos, sin duda, D. Simón Fons y Gil, director a la sazón, persona de talante muy liberal quien tenía a su cargo las asignaturas de Lengua y Pedagogía. Ambas son claves para la comprensión de su pensamiento[13]. Pero, además y casi con seguridad, debió conocer a Manuel Sales y Ferré y a Federico de Castro. Al primero se refiere muy elogiosamente en un temprano artículo[14] y, ciertamente, el aprecio por la historia, la antropología, la cultura y la civilización es constante en artículos y conferencias de Blas Zambrano a lo largo de toda su vida desde su juventud. De Federico de Castro he encontrado una referencia en apunte tardío[15] que hace difícil creer que no leyera su "*Discurso en la apertura de curso de la Universidad de Sevilla 1891-1892*", su ensayo sobre "*Cervantes y la filosofía española*" o alguno de los artículos publicados en "*Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias*". El fuerte idealismo que rezuma toda la obra de Blas Zambrano responde al espíritu del catedrático krausista a quien Juan López ha presentado como «promotor y abnegado trabajador en las instituciones culturales y científicas de la Univer-

---

[13] De los profesores, planes de estudio y manuales que tuvo en la normal de Sevilla sabemos por el libro de Alejandro Avila, "*Escuela Normal de maestros de Sevilla*". "*Segunda mitad del siglo XIX*", Sevilla, Alfar, 1986. Por su estudio sabemos el esfuerzo de modernización de la Normal que realizó D. Simón Fons, el impulso dado a las conferencias pedagógicas, su presencia en la Sociedad Económica sevillana, etc.

[14] "*Consideraciones sobre la Sociología*", *X*, 13 de febrero de 1900. «Y puesto que la vida humana es el material de la historia, también puede decirse , de acuerdo con el doctísimo catedrático de la Universidad de Sevilla, señor Sales y Ferré, que la Sociología es `la filosofía de la historia despojada de un sentido metafísico y tomada en sentido experimental y práctico`».

La precocidad de su fuerte interés por la cultura, la filosofía y los problemas sociales avalarían la creencia afirmativa de que el joven Blas asistió a las conferencias del Ateneo sevillano donde Sales y Ferré, Simón Fons ya citado y otros científicos como Salvador Calderón, además de los conferenciantes ocasionales, mantuvieron una actividad notable durante esos años. M. de Pablo Romero, "*Historia del Ateneo de Sevilla 1877-1931*", Sevilla, 1982.

[15] "Y, en efecto, los catedráticos librepensadores han formado la clase media liberal de España. Suprimamos imaginativamente a Sanz del Río, Giner, Castelar, Salmerón, Fernando y Federico de Castro, Azcárate, Sales y Ferré... ¿No surge otra España desde el reino de las sombras?» "*Proselitismo*" (manuscritos de dos hojas, Fundación María Zambrano).

sidad sevillana y de su sociedad»[16]. Las preocupaciones planteadas en esas páginas debieron avivar los rescoldos dejados por D. Diego Zambrano y los libros de la biblioteca familiar. Finalmente, compartieron intereses pedagógicos[17] que Blas Zambrano defiende apasionadamente en cada ocasión que se le presenta.

De su estancia en Alajar debió quedar su fervor por el republicanismo pues allí prendió pronto la Unión Republicana promovida por Salmerón[18].

La segunda etapa corresponde a su estancia en Granada, breve e intensa. Francisco López Casimiro nos dice que ya en enero de 1900 residía a los pies de la Alhambra pero que «debió llegar a finales de 1898 o principios de 1899 y así debió ser en realidad pues el primer artículo de "*El Heraldo Granadino*" es de febrero de este año[19].

En esta ciudad desarrolló una importante actividad. Contribuyó a fundar el grupo socialista "*La Obra*"[20] del que llegó a ser bibliotecario, conferenciante

---

[16] J. López, "*Federico de Castro y Fernández (1834-1903)*", Cádiz, 1984, p. 60.

[17] Según el testimonio de José Luis Abellán, Federico de Castro «es conocido también por ser el introductor del sistema pedagógico de Fröebel.» "*Historia crítica del pensamiento español*", 4, Madrid, Espasa Calpe, 1984, p. 475. Así pues, el conocimiento que Blas Zambrano tiene del talante y obra de los intelectuales de la I.L.E. debió adquirirlo, inicialmente, en los círculos intelectuales sevillanos.

[18] Así parecen atestiguarlo las notas de la agrupación republicana de Alajar tal como están recogidas en el periódico "*La Justicia*" que fundara Salmerón. En la nota del 7 de abril de 1896, y firmada por el Secretario de la Junta Municipal del Centro Republicano de Alajar, se felicita «con entusiasmo a cuantos han tomado parte en las deliberaciones de la Asamblea Mixta y se adhieren a las bases concertadas.»

El profesor Antonio Heredia, gran conocedor de la obra de Salmerón me dio a conocer que Blas Zambrano había publicado un artículo en este periódico. A pesar de mis pesquisas no he podido localizarlo.

[19] F. López Casimiro, "*Blas J. Zambrano, un pedagogo regeneracionista francmasón en la Granada de entre siglos*", en Ferrer Benimeli (coord.), "*La Masonería en España*", Toledo, 1996, p. 228.

[20] El Periódico "*La publicidad*" del 8 de enero de 1900 da cuenta de la reunión de unas 1000 personas reunidas en el Teatro «Calderón de la Barca» para fundar "*La Obra*". Para un estudio de las bases ideológicas de esa agrupación, Amparo González, *La Sociedad Obrera "La Obra", 1900-1905, Anuario de Historia Contemporánea*, nº 13, 1986, pp. 185-222. Sitúa a Blas Zambrano entre los "elementos republicanos" de los que se afirma "pertenecían a ciertos sectores de la burguesía acomodada,

e interviniente asiduo con un sentido radical como se refleja en la prensa granadina de aquellos días[21].

Inicia su actividad como publicista en "*El Heraldo Granadino*" y con Andrés Cuadros, y enseguida, con su padre de administrador, se embarcó en la fundación del periódico *X*, en 1901, que tuvo medio año de vida. Relatos breves, ensayos de tipo filosófico, cuestiones de carácter social y político, asuntos educativos y algunas iniciales reflexiones sobre la poesía constituyen su obra primeriza.

En el primer número de *X* decía a los lectores que no era órgano de ningún partido si bien se trataba de un periódico que su hija calificó de «tendencia anarquista con repulsa de toda violencia» pero que más bien puede ser calificado de socialista u obrerista. En verdad, D. Blas hacía saber que «no defendía un credo cerrado. Pasaron los tiempos del dogmatismo, de la verdad confiscada por cada uno y no poseída, claro está, por nadie» (...) «Nuestra humilde publicación estará abierta a toda idea progresiva»[22].

Tanto por estas publicaciones como por las informaciones que de sus intervenciones ofrecía la prensa granadina sabemos del talante de su socialismo: tan heterodoxo como decíamos antes de sus ideas religiosas. Se trata de un sentimiento de solidaridad cuyo origen habría que rastrearlo en las fuentes

---

fundamentalmente ligados a profesiones liberales y de tipo intelectual." Por su parte, del segundo grupo -socialistas- señala que "junto a posiciones marcadamente modernas, siempre desde la óptica del republicanismo, encontraremos otras identificadas con ciertos postulados propios del marxismo, aunque normalmente dentro de su línea menos revolucionaria." p. 191.

[21] Valga como ejemplo el resumen que ofrecía "*La Publicidad*" del 3 de abril de 1900: «Zambrano dice que las Cámaras de Comercio representan a la burguesía y que los obreros deben prestar su apoyo nada más que a los actos que tiendan a derribar a los gobiernos que nos arruinan y el actual régimen, causa de los males que afligen a España.»

[22] "Nuestro ideal es el gran ideal humano, que no puede condensarse en una estrecha fórmula; tiene un lema «adelante»; un camino que es la «igualdad» cada vez mayor de las condiciones del medio para hombre; es decir, un camino cada vez más llano y más ancho; un instrumento que es la ciencia; un fin, que es el bien; una fórmula amplísima pero sometida a la aspiración suprema de perfeccionamiento, lo mejor en cada caso, y un imperativo, relacionado con todo eso: *laboremus*. Editorial del nº 1 de *X*. Es difícil saber la influencia de Unamuno en esta linea de pensamiento pero tenemos el testimonio por una postal de 1900 de que entre ambos había una cierta amistad. Blas le agradece en ella el envío de los "*Tres ensayos*".

españolas del XVI, indicadas por su hija en el texto citado más arriba, y mezclado con el sentido de fraternidad y humanidad de la masonería a cuya logia "*Numantinos*" ya pertenecía por estos años[23]. A este plano de carácter doctrinal deberíamos añadir la propia observación de la miseria material de la clase obrera, tan minuciosamente descrita en distintos testimonios de la época.

No se trataba, pues, en el caso de Zambrano, ni de una ideología ni de un programa social y político artículado sino algo así como un sentimiento de humanidad radical, no por eso menos activo contra los poderes que consideraba represores e injustos.

En 1900 lo tenemos como Regente interino de las Escuelas Prácticas graduadas anejas a la Normal de Maestros de Granada y eso le permitió ejercer como profesor de Lengua Castellana en el Instituto[24].

En realidad buena parte de su actividad en «La Obra» había estado dedicada a la educación. Su conferencia "*Los fines sociales de la educación*" tiene un título suficientemente significativo para conocer cuál era su talante por estos años. Aunque no disponemos del texto completo ofrecemos en su lugar los fragmentos del resumen que de la misma hizo el periódico *X*.

La tercera etapa comienza en el verano de 1901, tras ganar unas oposiciones y serle asignada la escuela superior de Vélez-Málaga. Allí permanece hasta el verano de 1908[25].

---

[23] Francisco López documenta la pertenencia de Blas Zambrano a la Logia *Numantinos* nº 283 como Orador adjunto, Simb. *Goethe*, gr. 3. Queda también constancia documental en el Archivo Masónico de su pertenencia a la Logia *Ibérica* nº 7, con en núm. 81 de orden, Grado 2 durante su etapa en Madrid, con fecha 21 de abril de 1928.
J.A. Ferrer Benimeli(1966), "*La masonería española*". Interesante el apartado VI. Cuestión social y masonería" para ver las coincidencias entre los programas de la propia masonería y las ideas de D. Blas.

[24] De esta actividad tenemos el testimonio de M. González quien en sus "*Memorias*" señala que «con anterioridad a la mencionada oposición, desempeñó el cargo de profesor interino de Castellano en el Instituto Nacional de Granada.» San Javier, Prov. de Santa Fe, 1944, p. 146.
También el propio Zambrano en su "*Tratado Elemental de Lengua Castellana*" señala: "Explicando en la Normal de Granada, hace años, a mis discípulos...", nota (I) p. 124. Estos fueron los años de consolidación del proyecto manjoniano de las Escuelas del "Ave María" que Zambrano debió conocer aunque no menciona.

[25] *El Heraldo Granadino* iba dando noticia de los ejercicios que tuvieron lugar los meses de junio y julio de 1901. El nombramiento, de 22 de julio de ese año, indica

De su estancia en esta ciudad tenemos datos gracias a Juan Fernando Ortega y sabemos que, además de sus tareas como maestro, desarrolló una amplia actividad como conferenciante y escribió algunos artículos donde están ya expresadas, con cierto detalle, las líneas de su pensamiento acerca de la educación, la escuela y el maestro como punto de apoyo desde los que reflexiona sobre la sociedad, el hombre y la cultura[26].

Por esta labor, Blas Zambrano recibió pronto el aprecio del propio Ayuntamiento y de la Inspección de los que constan oficios laudatorios[27].

Pero, de estos años queda, sobre todo, su profundo conocimiento de la Andalucía rural y de su dura realidad. Aquí radicalizó su concepción del maestro como auténtico misionero y apóstol de la cultura frente a una realidad opresiva que encontraba en la enseñanza de las clases populares su peor enemigo. De ahí que frente a la postura defendida por Ortega en su famosa conferencia de 1910 de convertir el país entero en un espacio pedagógico, Blas manifiesta su pesimismo por esta idea y apuesta por la labor de la escuela, ámbito del maestro, protegido de los poderes que el personificará en los «señoritos»[28].

En 1908 se inicia la cuarta etapa. Solicita entonces una licencia en Madrid a donde pide ir por traslado de su mujer y para «ampliar en los centros de

---

que ocupó el lugar octavo, que se le adjudicó la Escuela Superior de niños de Vélez-Málaga con un sueldo de 1625 pesetas.

[26] Pocos datos tenemos de la vida de D. Blas en Vélez pues tanto *El Popular* como la *Unión Mercantil*, los dos periódicos malagueños de la época que he consultado, no ofrecen una sola noticia de nuestro protagonista. Por su hoja de servicios sabemos que impartió un ciclo de conferencias en el Círculo Agrícola y Mercantil de Vélez con el título Vicios de la Educación "durante el invierno de 1902"; durante 1904 pronunció un ciclo de conferencias dominicales con el título de "*Curso de Prehistoria*". Algunas claves de su silencio político durante estos años podemos colegirlas de su artículo *"A vosotros"* enviado ya desde Segovia (1912 es la fecha dada por los recopiladores de Nuevos Horizontes) y que se recoge en la presente edición.

[27] Así sabemos que recibió un oficio laudatorio de la alcaldía por el resultado de los exámenes verificados por la Junta local en la escuela, con fecha 30 de junio de 1902 y otro «altamente laudatorio» con motivo de la visita de la propia Junta, el 28 de julio de 1904.

[28] Veinte años después (1929), en el Prólogo que puso al libro de Anguita Valdivia, "*Vida ejemplar de un maestro del siglo XIX*". "*Apuntes biográficos de D. Carrillo Sánchez*" expone con mucha crudeza toda esta realidad acerca de la Andalucía que aprecia y la que rechaza. Esto motivó la constante lucha que toda su vida mantuvo por la

cultura de la misma villa los conocimientos propios en la medida necesaria para obtener por oposición una escuela de niños en tal residencia quedando así definitivamente reunida en un lugar la hoy dispersa familia del recurrente»[29].

Durante este año debió escribir su "*Tratado elemental de Lengua Castellana*" que publicó ya en Segovia (1909). En 1907 había colaborado, con dos artículos, en el periódico *El liberal* gracias a la ayuda de Antonio Zozaya lo que muestra sus relaciones previas a la venida a Madrid[30].

Con fecha de julio de 1909 se le comunica su destino en Segovia como Regente de la Escuela Pública Graduada de Maestros, aneja al Instituto General y Técnico.

Quizá se hacía realidad así el ideal de la unidad del conocimiento y el espacio vital que representaba, como testimonio, el pequeño-gran libro de Julián María Otero, "*Segovia, Itinerario sentimental*". Este poeta[31], dotado de una fina sensibilidad, les mostró que no otro espacio que la Plaza de San Martín de Segovia era la máxima expresión de la síntesis entre el hombre, la Naturaleza y

---

dignificación social, económica y profesional del maestro cuyo papel social en el cambio de estructuras sociales injustas veía decisivo. La experiencia de Vélez-Málaga debió ser clave en esta toma de conciencia así como de su debilidad para superarla. El traslado a Castilla tuvo mucho que ver con esta percepción contradictoria.

[29] En mayo de 1908 recibió respuesta afirmativa tras los informes favorables emitidos por la Junta local de primera enseñanza pero supeditada a la designación del «maestro que ha de servir interinamente la Escuela». Así pues debió ser ya a comienzos del siguiente curso (1908-1909) cuando Blas pudiera satisfacer sus deseos.
Con anterioridad hay constancia de varios escritos solicitando tomar parte en diversas oposiciones a escuelas del nivel de 2000 pesetas en los alrededores de Madrid principalmente. Pero, o no se llegó a presentar o no obtuvo la plaza.

[30] En uno de los borradores del texto "*Blas J. Zambrano*" señala su hija que durante este año fundó y dirigió un Colegio de Huérfanos del Magisterio.

[31] La influencia de Julián María Otero en los Zambrano está aún por estudiar pero creo que fue notable, oscurecida, sin duda, por la gran figura de Machado. Pero a José Manuel Valles debo la noticia según la cual María Zambrano habría pedido, al regresar a España, "*Segovia, itinerario sentimental*", el pequeño librito publicado en 1915 cuya inspiración es evidente en los textos de María Zambrano sobre Segovia. Fue este poeta segoviano (1887 u 88-1930) un asiduo en los círculos intelectuales de la Segovia que vivió Blas Zambrano con quien compartió proyectos; director de la revista "*Manantial*", donde María Zambrano publicó "*Segovia, ciudad ausente*", figura como uno de los personajes de los Diálogos que D. Blas nos dejara escritos en los últimos años de su vida.

el Arte. Y esta percepción de unidad fue decisiva, en muchos aspectos, para los pensadores que, con Machado, coincidieron en Segovia. Allí nació su conciencia de que la ciudad es el espacio de la palabra, que la ciudad es un espacio creado por la palabra, por el lenguaje y el idioma que supera cualquier provincianismo para abrirse a un camino universal.

Como nos dice su propia hija, «Castilla fue de elección para Blas J. Zambrano. Llegó a Segovia como lugar de Castilla, tierra prometida, la más propicia para la renovación moral y política de España. La Política era una dimensión de la moral; el hombre, creía, no se da completo sino en la ciudad»[32].

El propio D. Blas recordaba desde esta ciudad que «ninguna región, pero menos Castilla, corazón y sangre de España, puede desear el aislamiento sino la relación con todas las regiones de la patria y con todos los pueblos del globo.» Los artículos de María Zambrano sobre Segovia, "*Ciudad ausente*" y "*Un lugar de la palabra*": "*Segovia*" tienen el sentido de un rito pues el acto originario había tenido lugar tiempo antes. Su padre, Machado, Otero y otros habían sido los oficiantes.

Allí residió hasta finales de 1926 y realizó buena parte de su labor no sólo docente sino como publicista y reivindicador de los derechos del magisterio.

De su llegada, Agustín Moreno[33], recordando su amistad con Julián María Otero, dice que «allá por el año 1910 arribó a esta ciudad un preciado filósofo (Maestro Regente de la Normal) Blas J. Zambrano, buen gramático y escritor, pero hombre escéptico, materialista y amargado que había de ejercer en él y en otros muchachos un proselitismo pernicioso...» Proviene de un profesor que María Zambrano apreciaba mucho y tiene el interés de señalar cómo era percibida su labor en determinados ámbitos segovianos.

Debió entrar pronto en ciertos círculos de la vida de la ciudad. Sabemos que formó parte de la Sociedad Económica Segoviana[34], fue Presidente de la

---

[32] Zambrano, M., "*Blas J. Zambrano*", o.c., p. 11.

[33] Profesor de Historia Natural de María Zambrano a quien recordará mucho después, ya anciana. Fue un médico segoviano que participó con Blas Zambrano en cursos de la Universidad Popular.

[34] En el listado de socios de la misma figura como supernumerario ya en 1909. En la Junta General Extraordinaria de 1 de abril de 1911 donde se celebraba «la inauguración de las clases de Taquigrafía y Mecanografía» figura, igualmente, como socio. El 17 de abril de 1915, y en lo que debió ser uno de los últimos actos de la Sociedad Económica, D. Blas pronunció la primera conferencia en Segovia, de la que tenemos constancia, con el título "*Algo de Crítica sobre Educación*".

Asociación segoviana de Magisterio en cuyas asambleas intervenía con energía[35]; presidente de la agrupación socialista hasta que un desgraciado suceso le hizo abandonar[36], y, sobre todo, publicista, conferenciante y persona influyente en círculos de jóvenes[37].

En 1917 funda -"sin más recursos que los propios"- y dirige los tres primeros números de "*Castilla*". "*Revista mensual de Literatura, Ciencia y Artes*"[38] en la que escribió tres artículos. Y por esa fecha comienza a formar parte de la tertu-

---

Recientemente José Manuel Valles ha editado los Estatutos de la misma en edición facsímil, "*Los Estatutos de la Real Sociedad Económica de la ciudad de Segovia*", Segovia, 1996.

[35] Tenemos constancia de un escrito, de 24 de marzo de 1911, firmado por D. Blas como Presidente de esta Asociación de Magisterio de Segovia y dirigido al Ministro para «la dignificación de la modesta clase del Magisterio» solicitando modificaciones de disposiciones sobre condiciones profesionales y de sueldo; y concretamente para «que sea abonado el segundo semestre de material de adultos de 1907 y todos cuantos atrasos aún se adeudan al magisterio.»

[36] "Ingresó (hacia 1918) en la Agrupación Socialista Obrera -nos dice su hija- siendo enseguida elegido Presidente. «Junto con otro maestro nacional, Norberto Cerezo fusilado al principio de la guerra civil junto con su hijo de quince años, los únicos no obreros de la Agrupación» según señala María Zambrano en el borrador mencionado (nota 29). En ese mismo lugar indica que «en el 18 fundó un periódico *Segovia* de orientación socialista mas no exclusivamente». No me ha sido posible encontrar ningún ejemplar.
"Se trataba -nos dice María Zambrano- de la educación moral y política, de conducir a la clase obrera a la altura de la conciencia histórica. Europa aparecía más amenazada que nunca a pesar de la victoria de las *democracias liberales*".
Su propia hija nos dice que los jóvenes que por maestro le tenían no eran socialistas (de procedencia de la burguesía, de la antigua nobleza inactiva). Mas con ellos se trataba de una renovación o revivificación de la ciudad y de Castilla.
Sobre el acontecimiento mencionado nos da noticia en "*Delirio y Destino*", p. 81.

[37] La propia María nos dice en el mismo lugar que «Su acción consistía en educar dos conferencias semanales a los obreros. La política era ante todo cuestión moral, se trataba en verdad de despertar la conciencia histórica inaplazable de aquella Europa...»
Por la prensa segoviana de estos años tenemos noticia de las conferencias pronunciadas, tanto en la propia Universidad Popular, sobre "*El concepto de cultura*", un tema clave para él, y un ciclo sobre Historia de la humanidad(1923) donde resuenan los ecos de Sales y Ferré. En el Centro Obrero habló sobre "*Los fines del socialismo*".

[38] "Dos años después fundó el periódico *Segovia*, que corrió la misma suerte», nos cuenta María Zambrano en la semblanza de su padre ya citada. No he podido encontrar ningún número de este periódico.

lia que, según los testimonios más conocidos, había fundado el poeta Llovet con anterioridad a la venida de Machado[39].

De este encuentro tenemos la confesión de sus amigos y de su hija quien nos dice que «la amistad con Machado fue cosa de un instante». Y sobre el papel de esta tertulia y sus reflexiones sobre filosofía y sobre arte ha escrito con mucho acierto P. de Andrés Cobos en su "*Machado en Segovia*". A él me remito.

Para Blas Zambrano estos encuentros avivaron intereses ya apuntados años antes y fueron decisivos en perfilar lo que bastante más tarde María Zambrano denominará *«razón poética»*. Los artículos escritos por D. Blas en los años veinte y recogidos en "*Nuevos Horizontes*", anticipan la idea con toda claridad. Se trata de breves meditaciones que dejan ver con nitidez el núcleo de este pensamiento de mediación.

Se me escapan las razones por las que no figuró entre los fundadores de la Universidad Popular segoviana (finales de 1919) y, en cambio, sí lo hace ya entre los conferenciantes del primer curso, tras Juan Zuloaga y con D. Juan de Contreras, Alvarez Cerón, Carsi, González Reviriego, Luis Carretero y otros.

Su labor pública más significativa a comienzos de los veinte la realizó como redactor jefe de "*La Tierra de Segovia*" cuyo primer número sale el 16 de mayo de 1919. En este que fue buen periódico, Blas publicó cerca de veinte artículos. El primero de ellos, sonado, pues su título "*La paz del odio*" suponía una fuerte crítica al armisticio con que había finalizado la primera guerra mundial y en él D. Blas se mostraba plenamente germanófilo, siendo una excepción entre los intelectuales de izquierda de la época. La verdad es que conociendo su pensamiento esto se explica mejor.

Parece que su papel fue decisivo para que Unamuno y los demás intelectuales vinculados a la Institución vinieran a dar conferencias a Segovia[40].

---

[39] Así lo indica Pablo de Andrés Cobos: «Sabemos, por palabra directa del mismo Quintanilla, que la función creadora se le debe atribuir a Juan José Llovet, poeta, y bueno, que se nos perdió, para la poesía y para la vida, por tierras de América.» o.c., p. 56.
Juan José Llovet (Santander 1895- Santo Domingo 1940) "crearía -nos dice "Orejanilla"- en Segovia el círculo literario al que pertenecieron los poetas y escritores más ilustres de la época en la ciudad, destacando entre todos la figura de Antonio Machado." o.c., p. 468.

[40] Sobre la difusión de la filosofía y el pensamiento en general a través de la Universidad Popular de Segovia por la que pasaron en la década de los veinte D'Ors, García Morente, Unamuno, Américo Castro, Luzuriaga, Blas Cabrera y otros, ofrecí

A finales de 1925 tomó posesión como profesor de la Universidad Popular[41]. Un año permaneció en tal puesto pues al año siguiente marchó a Madrid coincidiendo con el inicio del curso 1926-27[42].

De su actividad educativa en la ciudad de Segovia nos quedan varios testimonios. El primero, su ya mencionado "*Tratado Elemental de Lengua Castellana*", escrito desde su admiración a Benot y sobre el modelo de "*La arquitectura de las Lenguas*", que le sirvió de texto para las clases que de esta materia impartía a los estudiantes de magisterio[43].

De su actividad como profesor de Psicología se conserva incompleto el manuscrito de "*Psicología Contemporánea*" que comenzó a escribir en 1913. En línea con lo escrito por González Serrano, décadas antes, comienza afirmando «el interés que inspira y más, el convencimiento de que ella es la raíz primera de todas las ciencias morales, como productos que son del espíritu humano, cuyo conocimiento es el objeto de la Psicología.»

---

una ponencia en el X Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana celebrado en Salamanca en septiembre de 1996. El texto se publicará en las Actas correspondientes.

[41] En el Acta de la sesión mantenida el 13 de diciembre de 1925 se hace constar: «Dada cuenta por el Secretario de la propuesta de nuevos profesores presentada en la sesión anterior, la junta por aclamación aprueba dicha propuesta quedando designados los señores que figuran en ella. Los señores Berzal, Zambrano, Zuloaga y Otero toman posesión de dichos cargos, siendo saludados en nombre de la Junta, con todo afecto, por el Presidente señor Cabello.

[42] Así figura en el acta de la sesión de 3 de diciembre de 1926: «Como por traslado del profesor D. Blas Zambrano a Madrid queda vacante de representación esta Junta en la provincial de protección de la infancia se acuerda para nombrar para vocal de la misma, una representación en la universidad a D. Javier Cabello Dodero.» Finalmente en la sesión de febrero de 1927 se nombró a D. Rubén Landa, Catedrático del Instituto para la vacante de D. Blas Zambrano.

[43] No es fácil saber cuántos años impartió esta materia. Quizá realizara algunas sustituciones en sus primeros años en Segovia. Sí contamos con un escrito de Julio de 1914 en el que, ante la próxima creación de la Escuela Normal de Maestros, se le nombre «con carácter interino profesor de Lengua Nacional de primer curso»(...) «Otrosí digo que si V.E. estima pueden ser útiles los servicios del firmante en la Escuela Normal de Maestras de Segovia, sobre todo en la enseñanza de la Lengua Nacional puede disponer de los mismos incondicionalmente.»
Y con fecha 23 de junio de 1915 se le agradecen los servicios prestados en la enseñanza de esta materia en la mencionada Escuela Normal de Maestros. Según esto, pues, la habría enseñado durante un curso.

Sus concepciones sobre la educación, las ciencias que la rigen y su inserción como actividad de carácter social están distribuidas en los textos que publicamos y que, en algunos aspectos más prácticos, se contienen en la Memoria del curso 1910-1911 que presentó como Regente de la Escuela Práctica Graduada[44].

Durante este período recibió, también, varios reconocimientos a su labor educativa y por el estado de instrucción de los niños de la Escuela Graduada que regentaba[45].

Poca huella, en cambio, dejaron sus asistencias al Claustro de la Normal de Maestros durante el período de nueve años en que permaneció abierta. Las actas de las sesiones apenas nos dicen nada de sus intervenciones. Sí, en cambio, nos cuenta Pablo de Andrés Cobos que en 1917 y con motivo del intento de cierre de este Centro se produjo una protesta estudiantil, agresiva y popular, estimulada por el profesorado que organizó un mitin en el teatro Miñón y una tumultuaria revuelta callejera. En el mitin hablaron Mariano Ferrari, presidente de la Asociación Normalista, Blas Zambrano , Antonio Jaén y Segundo Gila[46].

Finalmente, a su impulso, y al de todo este grupo, bastante plural desde el punto de vista ideológico y en cuanto al talante personal, se debe el vigor que tuvo la pedagogía en Segovia a finales de los veinte con la celebra-

---

[44] "*Memoria sobre el curso escolar de 1910 a 1911*", Segovia, Alma Castellana, 1911. Quizá lo más significativo de este texto, de carácter básicamente administrativo, radica en subrayar la importancia conferida a la formación teórica y, en particular, a la Lengua.
Durante ese curso ocupó interinamente la secretaría de la Normal de Maestras por enfermedad de su titular cesando en septiembre de 1911.

[45] Tenemos constancia por los libros de Actas de varios. Así en septiembre de 1912 «un voto de gracia por su inteligente labor educativa demostrada en los exámenes de fin de curso». En mayo de 1915 por «el estado de instrucción de los niños vengo en conceder a Ud. un expresivo voto de gracia para que le sirva de estímulo en su trabajo». Con fecha 16 de mayo de 1916 se le concedió la medalla de plata junto a D. Faustino Martín y D. Claudio Manuel en «relación a los trabajos realizados en la creación y sostenimiento de la Mutualidad Luis Vives». Aun obtuvo varios votos de gracia más de los que tenemos constancia a lo largo del curso 1917.
Esto le valió un aumento de sueldo que, según información de "*La Tierra de Segovia*", 9 de junio de 1920, alcanzaba las 5.000 pesetas anuales, la más alta de los maestros de la provincia.

[46] Pablo de Andrés Cobos, o.c., p. 42.

ción de tres Congresos provinciales y las pensiones concedidas por la Diputación Provincial[47].

Tenemos constancia de que, durante su estancia en Segovia, tuvo varios domicilios. De ellos dejó huella el de la calle Muerte y Vida, nº 12, 2º piso pues «desde allí, por sus balcones o ventanas al sur, se divisa un paisaje impresionante al Mediodía, desde La Piedad (Vía Crucis-Calvario), abierto al horizonte infinito[48]. Conociendo este dato se lee mejor su "*Crepúsculo en Segovia*", breve texto y, sin embargo, importante para conocer esa forma de mirar las cosas hecha de razón y sentimiento que, con seguridad, los Zambrano iban perfilando ya en la década de los veinte.

Con su marcha a Madrid comienza la quinta etapa de su vida: «años de meditación y esplendor de la *cosa pública* en la cual rechazó haber participado: todo poder le era extraño». Hasta 1930-31 desarrolla una intensa actividad de conferencias y artículos relacionados casi exclusivamente con la educación. Nos quedan testimonios de dos de sus más importantes intervenciones: "*La religión escolar*" que más bien debiera titularse *«La educación como religión escolar»* que fue su intervención en la velada-homenaje con motivo del centenario de Pestalozzi; y "*La formación del maestro*", conferencia leída en el Cursillo de estudios pedagógicos organizado por la Asociación de Maestros de Madrid. Ambas nos permiten conocer con detalle cuál era su radical concepto de la educación.

Además, de estos años (el primero aparece firmado en 1930), aunque casi con seguridad comenzaron a ser escritos en Segovia pues la acción dice transcurrir en 1921, se conservan tres diálogos, mecanografiado el primero y manuscritos los otros dos, con cerca de 300 cuartillas, básicos para conocer su pensamiento filosófico, el mantenimiento de sus convicciones juveniles desde los primeros artículos escritos en la prensa granadina y la posterior radicalización de las mismas, pues en esto creo yo que consiste su evolución. Muy probablemente recrean los temas sobre los que debatían en la tertulia segoviana. El hecho de que los protagonistas de los mismos sean, también, personajes de la vida segoviana así nos ayuda a creerlo.

Son años de madurez y cierto sosiego aun en una personalidad tan pesimista e inquieta como fue la de Blas Zambrano cuyas convicciones dejan entrever muy débilmente la fuerte lucha interior.

---

[47] Tuvieron lugar entre 1927 y 1929. Se creó, además, la Sociedad de Amigos de la Escuela tal como había pedido Luis Bello en su libro Viaje por las Escuelas de España (1926).

[48] Manuscrito que debo a la amabilidad de Rafael Tomero.

Los debates con Machado, con Quintanilla, la influencia de Croce[49] y de Gentile, por paradójico que parezca para un intelectual de izquierdas, su aprecio radical por el pensamiento clásico que le llevó, incluso, a escribir en 1919 una "*Historia del pueblo griego*", contribuyeron a perfilar este pensamiento a base de un esfuerzo que aún hoy sorprende.

Así que D. Blas siguió viviendo de sus recuerdos segovianos y mantuvo buena parte de sus amigos de la vieja ciudad castellana, algunos de ellos, incluso, le encontraron de nuevo en Barcelona hacia donde D. Blas inició el peregrinaje al comienzo de la guerra. Se jubiló el 14 de junio de 1938 y la muerte le sobrevino el 29 de octubre de ese mismo año. En su tumba figura como único epitafio «D. Blas Zambrano, maestro», es decir, presencia de cada día y duradera.

Aún hubo tiempo, casi dos años después de muerto, para que sufriera un expediente de depuración y posterior rehabilitación. Por su interés histórico reproducimos aquí su contenido que se conserva en el Archivo de Alcalá de Henares:

Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.

Sección de Informes

Remite informe con fecha 20-febrero-1940

Informe

Filiación política antes del Movimiento.....

Cargos que desempeñó.....

Actuación antes del Movimiento (Véanse observaciones).....

Dónde se encuadró al estallar el Movimiento.....

Cargos que desempeñó.....

Actuación durante el Movimiento.....

Conceptuación policial.....

Conceptuación religiosa.....

Conceptuación de su vida pública.....

---

[49] Es el propio Cobos quien citando a Quintanilla nos refiere como «también aquel año, 1920, nos reuníamos en mi casa, para leer el libro de Croce "*La Filosofía de Juan Francisco Vico*". Traducía directamente el texto don Moisés Sánchez Barrado, sacerdote y catedrático de Latín, discípulo de Unamuno, a quien admiraba mucho. Al final comentábamos la lectura Machado, Zambrano, Otero y yo». o.c., p. 61.

Conceptuación de su vida privada.....

OBSERVACIONES.- Me persono en la Plaza del Cordón, nº 3 donde el interesado tenía establecida la Escuela, manifestándome la portera de dicha Casa que este señor marchó a Barcelona. donde falleció indicándome para que me informe la Plaza del Conde Barajas, nº 3, a donde marcho, y preguntada la portera sobre este extremo, me manifiesta que lleva muy poco tiempo en dicha casa, que desconoce al interesado, también me manifiestan en la plaza del Cordón que la esposa del interesado que también era profesora, creen que marchó a Francia a la terminación de la guerra, suponen que desde luego eran rojos.

Informe realizado por

El Agente 314 *19-febrero-1940*

—o—

En sesión celebrada por esta Comisión con asistencia de todos sus vocales se acordó por unanimidad lo siguiente:

Visto el expediente instruido a D. Blas Zambrano actualmente suspenso de empleo y sueldo

Resultando que por esta comisión no se han podido determinar los motivos de dicha suspensión aunque se supone sea la no presentación de declaración jurada debido a su fallecimiento

Resultando que en la tramitación de este expediente se han cumplido los trámites rutinarios

Considerando que según el oficio de esa Subsecretaría de Educación Nacional fecha 5 de marzo de 1940 ha lugar a formular las propuestas de resolución oportunas con independencia de los datos no suministrados por la Dirección General de primera Enseñanza.

Vistas las O.M. de 10 de noviembre del 16, enero 40 y demás pertinentes

Esta Comisión Depuradora acuerda por unanimidad a esa Superior Dictaminadora la siguiente

Propuesta

Ha lugar a la confirmación en su cargo con todos los derechos al Maestro Nacional D. Blas Zambrano García. Esta Comisión acordará no obstante como mejor proceda.

Madrid, 29 de mayo de 1940

Sr. Presidente de la Comisión Superior Dictaminadora

Resuelto

Comisión Depuradora del Magisterio Madrid, nº 4. Expediente instruido al Maestro D. Blas Zambrano de la Escuela Unitaria C en Madrid.

Madrid, mayo de 1940.

—o—

Examinado el expediente de depuración del Maestro de Unitaria C de Madrid, D. Blas Zambrano García así como la propuesta de la Comisión depuradora de la provincia de Madrid y teniendo en cuenta la Ley de 10 de febrero de 1939 y disposiciones especiales dictadas en relación con el personal docente dependiente del Ministerio de Educación Nacional, la Comisión Superior Dictaminadora a V.E. Confirmación en su cargo.

Madrid, octubre de 1940[50].

Su Obra

No pretendo ser exhaustivo en la interpretación de sus textos que quedan a disposición de los estudiosos del pensamiento zambraniano. Tan sólo ofrecer una breve guía que permita, primero, una valoración de los mismos como obra de Blas Zambrano, maestro y hombre del 98; y, segundo, indicar algunos puntos de encuentro con la obra de María Zambrano, lo que permite ver las coincidencias o fuentes del pensamiento de la filósofa veleña.

Su obra la componen cuatro Manuales[51], de los cuales sólo se publicó el "*Tratado elemental de Lengua Castellana*". Está elaborado según el modelo de *La arquitectura de las lenguas* de Benot al que sigue básicamente aunque disienta de él en cuestiones muy puntuales. Es un texto en la línea de la filosofía del lenguaje con influencia de la Lógica de Rey Pastor, el pensamiento de Ceferino González y Julio Cejador[52].

---

[50] Expediente de Depuración, Archivo Central del Ministerio de Educación, Leg. 456, nº. 45

[51] Algunas personas me han hablado de un Manual de Aritmética pero no he encontrado ningún ejemplar.

[52] Para un estudio del significado de esta obra me remito a la "*Introducción*" de Ramón Sarmiento que precede a "*El arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana*"

Se conserva íntegro y manuscrito un segundo manual que tituló "*Historia del pueblo griego*"[53], «el país que más ha hecho por la humana cultura», nos dice. Ya hemos indicado que se conservan parcialmente, dos apartados, el I y el III de la "*Psicología contemporánea*"[54], que debieron ser apuntes de clase o base de un futuro manual que, posiblemente, quedó inacabado.

Más largos son los fragmentos conservados de una "*Historia de España*"[55]. Entendida la Historia como progreso de la Humanidad a través del tiempo, ofrece una visión cálida donde sobresale la idea de la universalidad de España, para ser enseñanza de los jóvenes. Es esta una idea -la universalización de España- que ya estaba presente en la generación de 1868 y que subyace a los Episodios Nacionales de Galdós. Baste recordar los propósitos de "*Trafalgar*" y el sueño europeísta de su joven narrador. La orientación de Zambrano está más en esta línea -ético-pedagógica, quizá- sin caer en la ontologización del problema de España a que condujeron otros noventayochistas y que no buenas consecuencias ha traído.

Esta notable cantidad de hojas nos dan idea del esfuerzo intelectual de D. Blas en sus últimos años y merecen un estudio detallado. Principalmente el Prólogo donde expone sus puntos de vista sobre el papel de la mirada en la historia frente a lo que denomina «Deus ex machina» del sentido económico; la

---

de Benot, Barcelona, Anthropos, 1991. Blas Zambrano escribió su Gramática con anterioridad a la publicación de esta obra póstuma de Benot pero la concepción del lenguaje como sistema de comunicación de unos seres con otros, su vinculación con el modo de pensar y el espíritu y su capacidad para establecer la base de la universalidad de la naturaleza humana son coincidentes. Ambos están de acuerdo en la vinculación del habla al fenómeno humano. «En el hombre -dirá- se da el pensamiento y el lenguaje, se dan sus facultades o funciones, se da él entero en la existencia, antes de saber de esas realidades de una manera reflexiva...» (p. 20).

[53] Está fechado en Segovia, 1919.

[54] Corresponde a la parte tercera y no lleva fecha. Debió ser escrito con motivo de algunas clases de Psicología explicadas en la Normal de Maestros de Segovia. Este Centro permaneció abierto entre 1914 y 1924. Estas apenas ocho páginas muestran que Blas Zambrano apreciaba mucho esta ciencia a la que consideraba la base de las ciencias educativas y estaba al día de su producción. La literatura psicológica y pedagógica era muy abundante y asequible durante estos años.

[55] Fragmentos desordenados de este extenso manual se conservan en la Fundación sin que me haya sido posible encontrar la fecha en que fueron escritos. Al menos se conserva el Prólogo y lo que él denomina «El criterio histórico» que nos permite conocer su orientación.

importancia conferida a la Historia «pues conocer es saber la trabazón lógica de los hechos y las relaciones entre las cosas; lo pasado, la Historia, es el soporte ineludible y, en cierta medida, la causa, el porqué de lo presente.» Y la Historia como expresión del progreso de la Humanidad a través del tiempo.

Hay, además, muchos juicios sobre cuestiones más concretas que pueden resultar relevantes para conocer su pensamiento hacia 1933. Así p.e. la valoración de figuras como Erasmo, su punto de vista sobre la experiencia de la Guerra de 1914 que percibió como de crisis de identidad de la cultura europea, etc.

Tiene interés, igualmente, el capítulo dedicado al carácter de los españoles y las palabras con que terminaba este Manual que adquieren relevancia para entender lo que creo que fue un gran intento de reconstrucción de la razón clásica, superando sus reductivismos, para incorporarla a la altura de los tiempos:

> «Y es que cuando el mundo está en crisis y el horizonte que la inteligencia otea aparece ennegrecido de inminentes peligros. Cuando la razón estéril se retira reseca de luchar sin resultado, y la sensibilidad quebrada, sólo recoge el fragmento, el detalle, nos queda sólo una vía de esperanza: el sentimiento, el amor que repitiendo el milagro vuelva a recrear el mundo.»

El resto de su producción podemos clasificarlo en cinco apartados: a) Diálogos y pequeños ensayos de carácter filosófico;

b) Artículos y conferencias sobre la educación;

c) Comentarios y análisis sobre asuntos sociales, morales o políticos;

d) Un bloque de breves textos, la mayoría de los años veinte, tras su contacto con Machado y el grupo de la tertulia segoviana, donde reseña libros de poesía o, bien, medita acerca de la distancia entre los ideales y la realidad desde una prosa poética que anticipa claramente el lenguaje de su hija. El papel conferido al lenguaje y al arte (experiencia estética en el sentido de Croce) concretado en la poesía como lenguaje originario y creador, no sólo anticipa sino que deja orientado *lo que será la Razón poética de María Zambrano*, cruce del pensamiento clásico y el mediterráneo del Quijote y Cervantes; cruce, pues, de la razón trágica unamuniana y de la razón vital e histórica orteguiana. Así pues, las palabras citadas más arriba me parecen claves para entender su propósito, que se prolonga en su hija, y que permanece alejadísimo de cualquier lectura posmoderna o similar. Se trata, justamente, de lo contrario.

e) Finalmente, se conservan tres relatos breves, dos de su época granadina publicados en *El Heraldo Granadino* y en *X*; y uno sin fecha que permanece inédito e incompleto, "*Columnas Rotas*" que probablemente es al que se refiere María Zambrano cuando afirma que a su padre «le atraía escribir; dejó una novela y otros inéditos». Su protagonista, Alvaro Venegas, que es uno de los interlocutores del Diálogo I que se incluye en esta edición, tiene bastante de autobiográfico, en mi opinión.

a) Fue D. Blas un filósofo por libre y así era tenido por algunos de sus amigos. De su pensamiento filosófico, expuesto en forma de diálogos[56], diré tan sólo que se sitúa en el plano de la admiración del pensamiento clásico -del divino Platón, como le gustaba decir- tal como ha llegado hasta Hegel, quien habría aportado el sentido histórico del progreso. En este sentido, la Filosofía sería la culminación de la Cultura, la Cultura misma como síntesis del conocimiento, la moral y la belleza. Es decir, la culminación de los tres universales platónicos: La Verdad, el Bien y la Belleza, expresados para él en la filosofía y el arte griegos, la escultura principalmente (como para Hegel). Si es kantiano lo será sólo de la *Crítica de la Razón práctica* que no de la *Crítica de la Razón Pura*, en su opinión camino abierto al positivismo que rechaza.

Por debajo, los saberes científicos y la técnica, es decir, lo que para él constituye la Civilización.

La Iglesia Católica habría sido la depositaria de ese caudal, de ahí su superioridad sobre las demás religiones; y, como país, Alemania sería el receptor de la cultura clásica. En la recuperación de esta cultura clásica le va el destino a Europa.

Zambrano se sitúa así en la tesis sostenida por Hegel y Heidegger a este respecto. Es, pues, como este último, antiamericano. Por decirlo gráficamente, Rorty le hubiera hecho poca gracia.

En su opinión, este ideal estaba en peligro por dos razones: Una: porque los finales del XIX y las primeras décadas del XX muestran la ruptura de ese ideal: el racionalismo tras la muerte de Hegel, ocurrida en 1831 había sido sustituido por el positivismo y luego por una diversidad de filosofías al hilo de Schopenhauer, Nietzsche, etc. Dos: El sistema capitalista impide la igualdad social, a pesar de las democracias liberales; buena parte de la sociedad vive en

---

[56] Publicados la mayor parte en los periódicos de Granada y tres muy largos que permanecen inéditos. El primero mecanografiado y completo; los dos restantes, desgraciadamente con hojas que por ahora no han aparecido. Estos últimos pertenecen ya a los últimos años de su vida.

la miseria económica y en la ignorancia. La heterogeneidad de filosofías impide los deseos de educación integral.

Si la existencia del ideal griego es motivo de optimismo, la situación presente, pensará Blas Zambrano, induce al pesimismo. Nos movemos entre la Edad de Oro y la Nada. Mas este pesimismo deberá ser aprovechado como motor que nos devuelva a la Cultura con mayúsculas, al ideal del Hombre.

Pero, ¿cómo podemos participar los españoles en este proyecto? Un pueblo que no es ni muy latino ni muy germánico, que tiene mezcla de elementos múltiples; un pueblo mediterráneo, como dirá Ortega.

En cierta manera su sensibilidad andaluza, mostrada ya en una temprana reseña de un libro de poesía titulado "*Al pie de la Alhambra*" le puso en disposición de encontrar en la filosofía de Croce y en su concepción del arte un elemento determinante: el arte cumple para el filósofo italiano la más perfecta manifestación de la cultura y la actividad humana. Es un acto estructuralmente único e irrepetible. Se trata de un conocimiento intuitivo y anterior al conceptual. Poesía y Filosofía, pues. La poesía es la expresión de la palabra creadora, lo primero que hubo en el inicio de los tiempos, como en el Génesis. Sin esa palabra nada hubiera existido. Si no hemos tenido sistemas filosóficos, sí tenemos una tradición mística, INTUICION y EXPERIENCIA directa, no mediada. De ahí la necesidad de recuperar nuestro siglo XVI. Razón poética en definitiva como María Zambrano dejaría explicado en los textos de 1939.

Es, pues, un proyecto estético que conduce directamente a un proyecto moral y político de carácter nacional y europeo: España y Europa. Y todo ello hace de la pedagogía la actividad radical. El centro: la escuela; y el agente, el maestro. Su filosofía conduce, pues, a una pedagogía como base de la reconstitución nacional y europea. La propuesta: reconstruir la alianza de Atenas y Jerusalén.

b) Su pensamiento pedagógico se aleja del positivismo y se ancla en el modelo filosófico tal como lo dejara definido Gentile hacia 1923: basado en la autoridad intelectual y moral del maestro frente a la dispersión social, el poder del Estado y la ignorancia del ámbito familiar.

Así lo desarrolla desde artículos de su época granadina pero, sobre todo de Vélez-Málaga. Concretamente en 1905 publicó tres y de ellos "*La instrucción pública como una de las bases de la reconstitución nacional*" nos da bastantes pistas de su posición al respecto. El contenido de estos artículos fue resumido y ampliado en la conferencia que pronunció ya en Segovia, "*Algo de crítica sobre Educación*"[57]. Pero es en torno a 1927-1929, primeros años

madrileños, con dos conferencias, tituladas "*La religión escolar*" y "*La formación cultural del maestro*", a las que deben añadirse el "*Prólogo*" al libro de Anguita Valdivia, ya citado, y el comentario al libro "*El maestro, la escuela y la aldea*" de su discípulo y amigo Pablo de Andrés Cobos donde sus ideas pedagógicas quedan perfiladas.

Si la educación es la religión de la cultura; si el maestro es su sacerdote oficiante, constructor de un Humanismo que encuentra en la familia y la escuela sus primeras iglesias, no menos se considera pesimista cuando las compara con la influencia social que los jóvenes comienzan a recibir una vez que finaliza su período escolar. El pluralismo y la diversidad de filosofías, las condiciones de vida y el sentido utilitario de la misma, etc. son concebidas por D. Blas como inconvenientes para la realización de una educación integral.

Esta sólo es posible si el hombre se orienta hacia su ideal y si el discurrir histórico constituye un progreso en el mismo sentido. El esquema de su Pedagogía responde a sus planteamientos filosóficos: ¿cuál es ese ideal? Pues el que ya quedó definido por los clásicos griegos y tal como se ha trasmitido por parte de la iglesia cuyo gran valor, como decíamos, es haber sido la heredera del pensamiento clásico.

¿Cuáles son los riesgos, los impedimentos? Pues el positivismo práctico que lleva a la moral del éxito y el positivismo teórico en cuanto propaga el anterior; las modas que olvidan lo ideal y lo perenne, y se refugian en el culto a la novedad; la dispersión; la mediocridad del señoritismo, el espíritu práctico; el no-saber; el reglamentismo y la concepción burocrática del saber, etc.

¿Y cuáles son los medios para superar estos riesgos y hacer que la Humanidad camine hacia su realización y plenitud?

La educación escolar (frente a la social que es disolvente) entendida como Religión de la Cultura que integre la Ciencia, la Moral, el Arte y la Filosofía. Aparece así la Religión como el cierre, por arriba, de un proyecto soteriológico que nace de un proyecto amoroso (sentimiento intelectualizado) de la realidad tal como los grandes filósofos, santos y héroes han realizado.

Concibe así Blas Zambrano la educación como un gran proyecto de realización, de salvación, en el cual, a través de la afirmación positiva (saberes), y también a través de la negación (pesimismo constructivo) y el sacrificio (frente a las pedagogías hedonistas) se consigue reconstruir la unidad, fin del proceso religioso y religión misma. El maestro es el oficiante en el ámbito de la Cultura,

---

[57] Segovia, Imp. del Diario de Avisos, 1915.

depositaria de los ideales a diferencia de la Civilización que atiende a la satisfacción exclusiva de las cosas prácticas.

Lejos de ideas instrumentales sobre la educación: educación como animación o motivación y otras de carácter utilitarista, Zambrano se sitúa en la tradición racionalista donde Educación= Cultura = Moral = Humanidad. El hombre íntegro es su ideal. Desde ahí se explican sus reivindicaciones sobre la escuela como lugar que debe ser amojonado y sobre el maestro por cuya dignidad luchó toda su vida. También ahí deben incluirse sus dudas acerca de la completa cientificidad de la Pedagogía, primero porque considera ciencia primera de la educación a la Psicología y, segundo, porque la acción de educar siempre requiere un cierto arte.

Esta orientación, al menos aparentemente contraria al socialismo profesado por D. Blas, deriva hacia el aristocratismo. La educación es la acción de los que saben -los más próximos al ideal de hombre íntegro- sobre los que no saben. Si en la escuela esto se traduce en situar al maestro como único agente, a nivel social -la pedagogía es social- apuesta por el papel de hombres como Rafael María de Labra, «el político que más ha pensado y ha dicho sobre educación»; González Serrano, «filósofo y demócrata, autor de libros magistrales sobre estos asuntos»;Azcárate, Pedro Dorado, Altamira, Unamuno, «sapientes catedráticos, fustigadores de la enseñanza oficial»; Alcántara García, Giner de los Ríos, etc. A estos nombres citados en 1900 hubiera añadido el de Ortega cuyas coincidencias con lo sostenido en "*La España invertebrada*" o "*La rebelión de las masas*" es evidente.

La meta, un programa de regeneración: concebir la educación como un gran proyecto global de ámbito nacional: «¡Educación por amor a la patria; por muy escépticos, por muy pesimistas, por muy misántropos que seamos, a la patria la adoramos todos, y más, cuanto más abatida, cuanto más envilecida y escarnecida la contemplamos; esto es, cuanto más necesita de nuestro amor.» Así se expresaba en 1915 ante los asistentes a la conferencia pronunciada en la Sociedad Económica segoviana.

c) En la época central de su vida, principalmente el período pasado en Segovia, quedan más patentes las preocupaciones de tipo social y político como una parte de su sentido moral. En esta línea, hay lógicamente bastantes referencias a estos problemas en los artículos o conferencias sobre educación. Pero, además, constituyen el núcleo de los artículos publicados en el semanario *Castilla* y el periódico *La Tierra de Segovia*. Incluso de un texto titulado "*A vosotros*" que envió desde Segovia a Vélez-Málaga en 1912 y otro de 1916 titulado "*Juventud*" para el primer número de una revista de estudiantes de la Normal de Segovia. No hay apenas referencias explícitas a la

religión ni siquiera en los términos expresados con anterioridad y ésta queda reducida a moral en el sentido de aspiración al ideal, a la perfección desconfiada de haberla alcanzado en algún instante.

Ahí podemos comprobar su fuerte sentido patriótico y regeneracionista[58]. Expresiones como «sed jóvenes para España», «España tiene que dejar de ser una nación vieja», etc. son permanentes. «Españoles sí, y europeos y viceversa» había dicho ya en un artículo de 1899. Y casi todos sus textos incluyen un último párrafo como expresión del sentido del progreso y frente a la indiferencia.

Desde un punto de vista político Zambrano fue republicano pues consideraba que la República es la forma más racional de gobierno y, por consiguiente, creía digno de mérito, un «valor probado» -decía-, serlo en ciudades pequeñas dominadas por el caciquismo.

Su pensamiento humanista le llevó a profesar un socialismo no marxista, tal como señalábamos de su época granadina. Así queda claro el rechazo del marxismo por materialista ya en sus conferencias sobre historia dictadas en la Universidad Popular segoviana, y por el triunfo de la doctrina social se manifestó en la conferencia que pronunció en el Círculo Obrero de Segovia el 10 de mayo de 1920. Los artículos de 1917 ya mostraban su idea contra el darwinismo social, a favor de la solidaridad y no por la lucha. Su combate se dirige contra el sistema de propiedad impuesto por las clases conservadoras a las que considera inmorales pues van contra la naturaleza humana que consiste básicamente en progresar.

Ahora bien, siendo, para Zambrano, las facultades más importantes la Razón como portadora de sentido, el sentimiento como mediación con la realidad, y la voluntad a la que se orientan las dos anteriores (esta idea aparece en 1921), deja el problema más que en una cuestión ideológica o sociológica en un enfoque psicosocial. Es decir, piensa que lo que tiene que cambiar es el sentimiento de apego por lo existente y el rechazo a lo nuevo por parte de la clase conservadora. El método parecen ser la educación, la sugestión y la convicción.

De gran interés me parecen sus análisis sobre el «realismo español», sobre el llamado «carácter práctico» de nuestro pensamiento y nuestra forma de ser llevados a cabo en tres artículos de 1919 con el título genérico de

---

[58] Ya López Casimiro en el artículo citado con anterioridad hablaba de Zambrano como «un pedagogo regeneracionista».

"*Lo práctico*" para lo que se apoya en una serie de referencias históricas entre las que incluye la lírica y, más concretamente, en una interpretación sugerente que acentúa la reciprocidad de los protagonistas de la novela cervantina.

Completan este apartado los artículos en que rechaza la figura del señorito al que considera heredero degenerado del caballero antiguo. En una referencia que parece tomada de "*El caballero encantado*" (1909) de Galdós, Zambrano piensa que la raza española, si despierta de su ociosidad, luchará por la desaparición de esa plaga. Artículos sobre "*La mujer del porvenir*"[59] donde expone sus ideas sobre el papel que la mujer debe desempeñar; también sobre "*El hombre del porvenir*" (ambos contrapunto del señoritismo) del que señala que habrá de tener benevolencia con los demás y severidad consigo mismo. Concretamente en este artículo de 1919 aparece, y al hilo de estas ideas morales, su concepción del amor como forma de conocimiento. Una idea bien importante en el pensamiento de María Zambrano.

En este conjunto de artículos pueden encontrarse, además, muchas referencias a costumbres, formas de ser, etc. que muestran su gran capacidad de observación y de saber mirar.

d) A los años que transcurren entre 1916-17 y 1925 pertenecen una serie de textos cuyo objeto es precisamente *la palabra*: la palabra poética como palabra amorosa, creadora de conocimiento y, por tanto, de realidad.

Se trata de una serie de artículos que si son anticipaciones de la «razón poética» responden a la lógica interna del propio pensamiento blasiano. En este sentido, la poesía pertenece a una razón superior, próxima al sentimiento religioso en cuanto permite anticipar la plenitud, es decir, la vida no vivida pero sí soñada.

La palabra adquiere así una dimensión religiosa, y la palabra poética, que es la palabra por excelencia, se convierte en una forma de conocimiento que auna intelección, sentido moral y gusto estético. Es un elemento de cohesión social desde la propia tierra con el resto de las regiones y con todos los pueblos de la tierra. Es el máximo de honradez pues al ser su alma el sentimiento, lleva al amor, objeto de la vida. «Por sus palabras, no por sus hechos, les conoceréis», solía decir Blas Zambrano.

---

[59] Título que recuerda al de Concepción Arenal. *«La Tierra de Segovia», 12-6- 1919.*

Ese sentimiento intelectualizado que es la palabra poética busca comprender, busca, en verdad, integrar, integrarse, alcanzar la plenitud tal como bellamente lo expresa en su "*Crepúsculo en Segovia*" (1923).

Pero la plenitud, que es lo no-vivido, acrecienta el pesimismo de lo vivido. Y este pesimismo, termina por expresar que radicalmente sólo en la otra vida será posible realizar la identidad entre Belleza, Bondad y la Verdad, puesto que esta consiste en la identidad de la existencia física de las cosas con su ideal. Pero lejos de conducir al esteticismo o al nihilismo, esta concepción ontológica explica la necesidad de la acción moral y la política para acercarnos lo más posible a ese ideal. Se trata de un pensamiento del compromiso político por razones morales, es decir, del ser mismo de las cosas.

Hablamos de una religiosidad no confesional sino cultural. Podríamos definirla como una actitud entre psicosocial y metafísica: sentimiento intelectualizado de que se pertenece a la Humanidad cuyo ser consiste en el progreso moral. El motor de ese progreso es la Razón superior, constructora del Arte; la Filosofía y la Religión y la Palabra, su vínculo de cohesión.

e) Sus relatos: "*Proyecto de novela*". "*Román y Julia*", "*La voz de la sangre*" y "*Columnas Rotas*", de un fuerte sabor naturalista, abordan esta dialéctica entre el deber y el ser para dejarnos ver la distancia entre la base del optimismo y las razones del pesimismo. Son un ejercicio narrativo que si muestra la escisión nos dejan ver su fuerte aspiración a la unidad.

Pues todo en el pensamiento de Zambrano conduce a la unidad. Y más que nada la Palabra, el lenguaje, la lengua. Basten estas palabras del final de su Gramática como conclusión:

> «El estudio de la lengua y de las lenguas -no puede estudiarse a fondo una sola- es el estudio del hombre y de su historia, y es un estudio donde todas las facultades tienen amplio ejercicio: razón, memoria, fantasía, inducciones y deducciones, poder analítico y fuerza sintetizadora; y estudio tal, partiendo del castellano para volver al castellano, después de haber conocido a la humanidad, por su lenguaje,en todo el tiempo ó merece ser emprendido; ya que nuestra lengua, y extranjeros eminentes lo reconocen, es quizá la más rica, sonora y noble de las lenguas hoy habladas; lengua, además de eso, que ha hablado un pueblo «que durante diez siglos, desde el 6º al 16º, ha sido el primero de Europa; igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte y a Francia por la Filosofía» (V. Hugo) (...);

lengua que acaso sea, al despertar de nuestra raza, por tres continentes esparcida, y al realizarse lo que hoy es ensueño generoso, la unidad de todos los hombres en una gran familia y de todos los pueblos en una gigante confederación de Estados, el habla definitiva de la Humanidad»[60].

[60] "*Tratado elemental de Lengua Castellana*", Segovia, Alma Castellana, 1910, pp. 302-3.

Bibliografía de Blas Zambrano*

Granada

Artículos en el *Heraldo Granadino*

1. "*Diálogo*", 3/6/1899 (*X* 6/2/1900)
2. "*Un cuarto a espadas*", 18/6/1899
3. "*Diálogo*", 19/6/1899
4. "*La cuestión azucarera*", 20 y 21/6/1899
5. "*¿Germinal...?*", 22/6/1899
6. "*Diálogos*", 25/6/1899 (*X* 20/2/1900)
7. "*Idealismo y realidad*", 26/6/1899
8. *A quien deba ser*, 27/6/1899
9. "*La liga de los contribuyentes*", 29 y 30/6/1899
10. "*Proyecto de novela. Román y Julia*" 4, 7,11, 13, 15, 24, 26/7/1899.
11. "*Diálogos*", 3/8/1899 (*X* 6/3/1900)
12. "*Diálogos*", 5/8/1899 (*X* 17/3/1900)
13. "*Al pie de la Alhambra*", 29/11/1899
14. "*Educación integral...?*", 8/12/1899

La unión escolar granadina

1. *Misantropía. A Pascual Santacruz*, 10/1/1901, año VI, nº 2.

---

* La relación completa de artículos, libros y relatos de Blas Zambrano, se ha ordenado siguiendo un criterio cronológico que responde a los sucesivos lugares por los que discurrió su vida y su actividad profesional e intelectual.

Periódico «*X*».

Habría que añadir bastantes de los editoriales casi con seguridad escritas por el propio Blas Zambrano quien fundó y dirigió el periódico.

1. "*Diálogos*", nº 1, año I, 1 de enero de 1900
2. ————, nº 2, 9 de enero de 1900
3. ————, nº 3, 15 de enero de 1900
4. ————, nº 4, 21 de enero de 1900
5. ————, nº 5, 29 de enero de 1900
6. "*Diálogos I*", nº 6, 6 de febrero de 1900, p.4 (*Heraldo* 3/6/1899)
7. "*La voz de la sangre*", p. 3.
8. "*Consideraciones sobre la sociología*", nº 7, 16 de febrero de 1900, p. 1.
   "*La voz de la sangre*", p. 3.
9. "*Lo que es Pascual Santacruz*", nº 8, 20 de febrero de 1900, pags. 1-2.
   "*La voz de la sangre*", p. 3.
   "*Diálogos II*", p. 4 (*Heraldo* 3/6/1899)
10. "*La voz de la sangre*", 27 de febrero de 1900, p. 3.
11. "*Diálogos III*", 6 de marzo de 1900, p. 4 (*Heraldo* 3/8/1899)
12. "*La voz de la sangre*", nº 12, 17 de marzo de 1900, p. 3.
    "*Diálogos IV*", p. 4 (*Heraldo* 5/8/1899)
13. "*La voz...*", nº 13, 21 de marzo de 1900, p. 3.
14. "*La voz...*", nº 15, 28 de marzo de 1900, p. 3.
15. "*La voz...*", nº 17, 6 de abril de 1900, p. 3.
16. Reseña de la conferencia pronunciada por B.J.Z. en el teatro Alhambra con el título "*Fines sociales de la educación*" (Domingo de Ramos), nº 19, 18 de abril de 1900, pags. 2-3.
17. "*Fragmento del discurso...*", nº 20, 21 de abril de 1900, pags. 1-2.
18. "*La voz...*", nº 21, 25 de abril de 1900, p. 3.
19. "*Minuta*", nº 22, 28 de abril de 1900, p. 2.
    "*La voz de la sangre*", p. 3.
20. "*Reseña del discurso...*", nº 23, 4 de mayo de 1900, p. 1.
21. "*La voz...*"nº 24, 9 de mayo de 1900, p. 3.
22. "*La voz...*", nº 25, 12 de mayo de 1900, p. 3.

Avante

23. "*Consejo?*", Granada, 1º de mayo de 1901, año I, nº 9, p.

Vélez - Málaga

1. "*La educación social*, *La Escuela Moderna*", nº 2, febrero, 1905, pp. 90-93.

2. "*La instrucción pública como una de las bases de reconstitución nacional*", Madrid, "*La Escuela Moderna*", nº 5, mayo, 1905, pp.318-334; Granada, "*El Profesorado*"; Málaga, "*La educación contemporánea*". Me ha sido imposible encontrar estas dos últimas revistas.

3. "*Prólogo de un libro que tal vez no se escriba*". Original del firmante, Programa de una obra de pedagogía crítica, Madrid, " *La Escuela Moderna*", nº 10, octubre, 1905, pp. 671-681.

4. "*Diálogo*, *El liberal*", 5 de febrero de 1907. Recrea el texto de "*El Heraldo Granadino*", 3 de junio de 1899. Existe texto manuscrito. Por error Blas señala que fue publicado el 17 de febrero cuando en realidad lo fue el 5 del mismo mes.

5. "*El Huerto de Epicteto*" Comentario al libro de Zozaya, "*El Huerto de Epicteto*", "*El liberal*", 13 febrero, 1907. Reproducido en "*Nuevos Horizontes*" pp. 103-108.

Segovia

1. "*Tratado Elemental de Lengua castellana*", Segovia, Tip. «Alma Castellana» 1910 (Fuente: Nota en Nuevos Horizontes)

2. "*Discurso*", 1910 (Fuente: Nota en Nuevos Horizontes)

3. "*Memoria sobre el curso escolar de 1910 a 1911*", Segovia, Alma Castellana, 1911

4. *A «vosotros»*, (1912) *Nuevos Horizontes* pp. 48-53 (Desconozco dónde fue publicado inicialmente)

5. "*Divulgaciones Pedagógicas*", "*El defensor de Vélez-Málaga*" 7-7-1912. p.1. Lleva el número III pero no se han encontrado los dos anteriores.

6. "*Algo de crítica sobre la Educación*", Segovia, Imprenta del "*Diario de Avisos*", 1915.

7. "*Trozo de una pequeña meditación*" (1916) en *Nuevos Horizontes* pp. 33-35. (Desconozco dónde fue publicado inicialmente)

8. "*Juventud*" (1916) en *Nuevos Horizontes* pp. 37-41 (Desconozco dónde se publicó inicialmente pero debió ser en el número 1 de una revista de alumnos de la Escuela Normal.

9. "*Contra la corriente*. *La lucha*", *Castilla*, nº 1, Febrero, 1917, pp. 10-14.

10. "*Contra la corriente*". "*Dulce y fuerte*", *Castilla*, nº 2, Marzo 1917, pp. 29-33.

11. "*Contra la corriente. Diálogo*", *Castilla*, nº 5, Septiembre, 1917, pp. 117-123. Recrea un texto de "*El Heraldo Granadino*" 3/6/1899.

12. "*El poeta de Castilla*" (1917), *Nuevos Horizontes*, pp. 113-117 (Desconozco dónde fue publicado inicialmente)

13. "*Palabras, no hechos*" (1918), *Nuevos Horizontes*, pp. 68-74. (Desconozco dónde fue publicado inicialmente)

14. "*Un momento de angustia en la Historia de la Humanidad*". *Ante la* "*Paz del odio*", "*La Tierra de Segovia*", nº 2, 1919 p. 2.

15. *Nuevos Horizontes.* Embalsar, no; encauzar, "*La Tierra de Segovia*", nº 3, 1919, p. 1.

16. "*Nuevos Horizontes*. *El trabajo solidario y no la lucha*", "*La Tierra de Segovia*", nº 10, 1919, p. 1.

17. "*Los Nuevos Horizontes*: *La mujer I*". "*La señorita de hoy*", "*La Tierra de Segovia*", nº 15, 1919, p. 1.

18. "*Nuevos Horizontes*. *De educación*", "*La Tierra de Segovia*", nº 21, 1919, p. 1.

19. *Los nuevos horizontes*. "*La mujer: La mujer del porvenir*", "*La Tierra de Segovia*", nº 24, 1919, p. 1.

20. "*Nuevos Horizontes*. *El hombre: I. El señorito de hoy*", "*La Tierra de Segovia*", nº 29, 1919, p. 1.

21. "*Contra la corriente*". "*¿Modestia?...*", "*La Tierra de Segovia*", nº 32, 1919, p. 1.

22. "*Carta de un viejo a una niña*", 27/6/1919, p. 2.

23. "*Nuevos Horizontes*. II. *El hombre del porvenir*", "*La Tierra de Segovia*", nº 40, 1919.

24. "*Contra la corriente*. *Lo práctico. El espíritu práctico español*", "*La Tierra de Segovia*", nº 55, 1919, p. 1.

25. "*Contra la corriente. Lo práctico. Explicación y ejemplos*", "*La Tierra de Segovia*", nº 57, 1919, p. 1.

26. "*Contra la corriente. Lo práctico. D. Quijote, hombre práctico*", "*La Tierra de Segovia*", nº 63, 1919, p. 1.

27. *Nuevos Horizontes.* "*Contra el sistema de la quietud*", "*La Tierra de Segovia*", nº 73, 1919, p. 1. En "*Nuevos Horizontes*" este artículo figura con el título "*La moral conservadora*".

28. "*La moral*", "*La Tierra de Segovia*", nº 535, 1921, p. 1.

29. "*La educación moral*", "*La Tierra de Segovia*", nº 673, 1921, p. 7.

30. "*La mujer del porvenir*", "*La Tierra de Segovia*", nº 691, 1921, p. 7.

31. "*Un poquito de charla*", (1921) "*La Tierra de Segovia*", 24/8/1921.

Nuevos Horizontes pp. 97-99.

32. "*Aristocratismo docente*", "*La Tierra de Segovia*", nº 703, 1921, p. 7.

33. "*Crepúsculo en Segovia*" (1923), *Nuevos Horizontes*, pp. 135-137 (Desconozco dónde fue publicado inicialmente, quizá en el semanario *Segovia* que no he encontrado)

34. "*Las noches veraniegas*" (1923), *Nuevos Horizontes*, pp. 137-141 (Desconozco dónde fue publicado inicialmente)

35. "*Impresiones de un lector en Mariano Gómez Fernández*", "*Primera Salida*" (Poemas), Segovia, Talleres de Carlos Martín, 1925.

36. "*¿Vida de ensueño o ensueño de vida?*", *Nuevos Horizontes*, pp. 142-145 (Desconozco la fecha y el lugar de publicación inicial)

37. "*¡Si viviéramos otra vida!...*" *Nuevos Horizontes*, pp. 146-151 (Desconozco fecha y lugar inicial de publicación)

Madrid

1. "*La religión escolar*" (en honor a Pestalozzi), Madrid, Imp. «Juvenal», 1927. *La Escuela moderna*, nº 3, marzo 1927, pp. 123-32.

2. "*Formación cultural del maestro*", Conferencia leída en el cursillo de estudios pedagógicos, organizado por la asociación de maestros de Madrid, 1927, Madrid, Ed. Hernando, 1927.

(I), "*La escuela moderna*", nº 7, julio 1927, pp. 289-303.

(II) nº 8, agosto 1927, pp. 338-344.

(III) nº 9, septiembre 1927, pp. 385-392.

3. "*Un juicio*", "*La escuela moderna*", nº 4, abril 1928, pp. 262-270. Es una amplia reseña del libro de P. de Andrés Cobos, "*Un viaje por las Escuelas de España*", Segovia, Inspección Provincial (Diputación Provincial), 1927.

4. "*Prólogo al libro de Anguita Valdivia*", "*Vida ejemplar de un maestro del siglo XIX*"." *Apuntes biográficos de D.Juan Carrillo Sánchez*",Madrid, Imp. Renacimiento, 1929. Reproducido también en "*La Escuela Moderna*", nº 1, enero 1929, pp. 11-20.

5. "*Un pequeño gran libro*", "*La escuela moderna*", nº 3, marzo 1929, pp. 122. Reseña del libro de P. de Andrés Cobos, "*El maestro, la escuela y la aldea*".(Cartas a Luis).

"*Nuevos Horizontes*", Segovia, Imp. Carlos Martín, 1935. Se trata de la única recopilación de artículos realizada hasta la fecha y gracias a la cual no se han perdido algunos de los más importantes. No obstante, su difusión apenas superó las fronteras de la provincia.

Manuscritos

Textos manuscritos o mecanografiados que se conservan en la Fundación Zambrano.

1. "*Notas Pedagógicas diarias*". Comienza el Cuaderno el 1-diciembre-1908.(manuscrito)

1. "*Psicología contemporánea*", I y III, 20 + 8 pag. Segovia, 1913.

2. "*Réplica de Norberto* II", 15 pags. Segovia, 1914.

3. "*Placer y dolor*" *(controversia)*, 5 pags. s/f (probable hacia 1917).

4. "*Resumen de Historia del Pueblo Griego*", 102 pags. Segovia, 1919-1920.

1. "*Diálogo I*", "*Madrid*", 1930 (único texto con fecha) (Mecanografiado) 76 pp.
2. "*Diálogo II*" (manuscrito) s/f (presumiblemente 1930) (incompleto) 109 pp.(aprox.)
3. "*Diálogo III*" (manuscrito) s/f. (presumiblemente misma fecha)(incompleto), 73 pp.(aprox.)
4. "*Columnas rotas*", (Relato mecanografiado) s/f. 47 + 47 pp. (Probablemente de sus últimos años) (Incompleto).

5. Existen varios fragmentos de una "*Historia de España*" en distintos tipos de papel. (Clasificación provisional). "*El Prólogo*", "*El carácter de los españoles*" y algunos capítulos están completos. Madrid, 1933

1. "*Texto*" que comienza en pag. 2. 18 pags.
2. Varios fragmentos sobre "*La enseñanza*", 4 + 3 + 8 pags. s/f
3. "*Proselitismo*", 2 pags. s/f
4. "*El verbalismo*", 2 pags. s/f
5. "*El maestro*", 4 pags. s/f
6. "*Texto*" que comienza en pag. 17, 38 pags. s/f
7. "*Conferencia*" Inauguración de curso s/f. (Falta p. 2)
8. "*¿Qué es la escuela?*" Cedido por Agustín Andreu. s/f
9. "*Decadencia*", 5 pags. s/f
10. "*Intimidad*", 4 pags. s/f

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Andrés Cobos, Pablo de, "*Machado en Segovia*", Madrid, Insula, 1973.

Andrés Cobos, Pablo de, "*Noticia de una segoviana de nuestra hora*", "*Estudios Segovianos*", nº 50-51, 1965, pp. 383-391.

Andres Cobos, P. de, "*Recuerdos*", "*Insula*", años XII, nº 111, 1958, p. 8.

Arcas Cubero, Fernando, "*El republicanismo malagueño durante la Restauración*",

Avila Fernández, "*Escuela Normal de Maestros de Sevilla. Segunda mitad del siglo XIX*", 2 vols., Sevilla, Alfar, 1986.

González Herrera, M., "*Mis memorias*", Santa Fe, S. Javier, Prov., 1944.

González López, A., *La Sociedad Obrera «La Obra», 1900-1905* en "*Anuario de Historia Contemporánea*", nº 13, Universidad de Granada, 1986, pp. 185-222.

López Casimiro, Francisco, "*Blas J. Zambrano, un pedagogo regeneracionista frangmasón en la Granada de entre siglos*", en J.A. Ferrer Menimeli, "*La masonería en la España del siglo XX*", Toledo, 1996, pp. 226-43.

López, J., "*Federico de Castro y Fernández*" *(1834-1903),*Universidad de Cádiz, 1984.

Machado, A. "*Mairena póstumo*", O.C. Ed. Orestes Macrí, Madrid, Espasa Calpe, 1989, pp. 2409-2412.

Márquez, A., "*Los alumbrados. Orígenes y Filosofía*", Madrid, Taurus, 1972.

Menéndez Pelayo, M., "*Historia de los Heterodoxos Españoles*", Madrid, B.A.C., 1967.

Mínguez "*Orejanilla*", Luis, "*Diccionario lírico de Segovia*", Diputación de Segovia, 1991.

Otero, Julián M. "*Segovia, itinerario sentimental*", Segovia,1915. Existe edición facsímil de 1981.

Pablo Romero, M., "*Historia del Ateneo de Sevilla*" *1887-1982,* Sevilla, 1982.

Vilar, J.B., "*Intolerancia y Libertad en la España contemporánea*", Madrid, Istmo, 1994.

Zambrano, M., "*Blas J. Zambrano, Anthropos*", marzo-abril, 1987, pp. 11-12.

Zambrano, M., "*Delirio y Destino*", Madrid, Mondadori, 1989.

Periódicos

"*El Heraldo Granadino*"

"*X*" (Granada)

"*La Publicidad*" (Granada)

"*Avante*" (Granada)

"*Castilla*" (Segovia)

"*El Liberal*" (Madrid)

"*La Tierra de Segovia*"

"*El Profesorado*" (Granada)(apenas existen ejemplares)

"*La Educación Contemporánea*" (Málaga)(apenas existen ejemplares)

"*La Escuela Moderna*" (Madrid)

"*El Popular*" (Málaga)

"*La Unión Mercantil*" (Málaga)

"*La Justicia*" (Madrid)

"*El Adelantado de Segovia*"

"*Diario de Avisos*" (Segovia)

"*Universidad y Tierra*", Boletín de la Universidad Popular de *Segovia*, Segovia, 1934

La Presente Edición

Se incluyen en la presente edición: 1. Los artículos y relatos publicados en el "*Heraldo Granadino*" y "*X*". Dos artículos publicados en "*La unión escolar granadina* y *Avante*"; y el texto de una conferencia titulada "*Los fines sociales de la educación*" tal como apareció resumida en la crónica de *X*. Tiene el interés de ser el primer texto donde Blas Zambrano expone sus ideas sobre la educación. Todos ellos se hallan en el Museo «Casa de los Tiros» de Granada.

2. Los artículos publicados durante su estancia en Vélez-Málaga tal como fueron reproducidos en "*La Escuela Moderna*" y los dos publicados en "*El Liberal*". Ambos he podido consultarlos en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

3. De la etapa segoviana los publicados en la revista "*Castilla*", el periódico "*La Tierra de Segovia*" y el resto de los incluidos en el volumen "*Nuevos Horizontes*". Asimismo se editan las "*Divulgaciones Pedagógicas*" *(III)* que envió al "*Defensor de Vélez-Málaga*" y el texto de la conferencia *Algo de crítica sobre la Educación.* Estas publicaciones se hallan en la Biblioteca Pública y en el Archivo Municipal de Segovia. El acceso a la revista "*Castilla*" lo debo a la amabilidad de Juan Manuel Santamaría.

4. Del periodo madrileño se incluyen las conferencias: "*La religión escolar*" y "*La formación cultural del maestro*" tal como se publicaron en ediciones aparte pues, si bien "*La Escuela Moderna*" reprodujo los textos, en el caso de la primera lo hizo de manera bastante fragmentaria. El "*Prólogo*" al libro de Anguita Valdivia, "*Apuntes biográficos de D. Juan Carrillo Sánchez*" tal como figura en el propio libro. Está igualmente reproducido sin variantes en "*La Escuela Moderna*". Se completa este período con la Reseña al libro de Pablo de Andrés Cobos, "*El maestro, la escuela y la aldea*" tal como fue reproducido en "*La Escuela Moderna*" pues no he podido encontrar el libro. Y tres textos inéditos hasta el momento, que llevan como título "*Diálogo I*", "*Diálogo II*" y "*Diálogo III*". Los tres permaneces inéditos, estando mecanografiado completo el primero. Los dos últimos son

manuscritos a los que le falta algunas cuartillas. Se incluyen a pesar de ello por su interés desde un punto de vista filosófico.

He tratado de incluir, siempre que me ha sido posible, el texto original. Cuando no, lo hago por la versión de "*Nuevos Horizontes*" o "*La Escuela Moderna*", citando la fuente y año de la primera publicación. Sólo en algunos casos esto ha sido imposible por tratarse de revistas de las que no quedan ejemplares en las hemerotecas o archivos de las ciudades en que vivió Zambrano. Es el caso, sobre todo, de "*Segovia*", revista de 1923, de la que Blas fue colaborador según el testimonio de Pablo de Andrés. No he encontrado ningún ejemplar de la misma por el momento.

Se han excluido, por diferentes motivos, los textos de los Manuales bien por su extensión excesiva, por no contener aportaciones novedosas o por estar muy incompletos. Y asimismo los textos de varios manuscritos inéditos, bien por su estado fragmentario o por sus dimensiones. Así por ejemplo el relato "*Columnas Rotas*" a pesar de su indudable interés que le hace merecedor de ser rescatados en el futuro. Algunos fragmentos que se conservan en la Fundación son apuntes de otras publicaciones y podrán ser publicados para su estudio en forma de artículos de revista. Todas estas páginas se hallan en la Fundación María Zambrano.

Los textos están ordenados cronológicamente, siguiendo las etapas de su vida, y, al tiempo, de acuerdo a los grupos temáticos que constituyeron su interés. Esto permite, en mi opinión, conocer los asuntos que le fueron preocupando en cada momento sin perder de vista la evolución de su pensamiento.

Agradecimientos

Una publicación de estas características que trata de componer un *puzzle* disperso, hubiera sido imposible sin la generosidad de un buen número de personas. A todas ellas quiero mostrar aquí mi agradecimiento y respeto. A Ana Isabel Salguero quien me puso en la pista de *Nuevos Horizontes*; a Francisco López Casimiro quien me proporcionó la filiación masónica de D. Blas y otros datos útiles de su etapa granadina; a mis amigos Carmen Lara y su marido quienes desde Granada, con gran generosidad y eficacia, me han enviado con creces cuanta información les he ido pidiendo; a Juan Antonio y Lola de la Fundación «María Zambrano» que siempre han facilitado mi labor; también a las personas que atienden el Museo «Casa de los Tiros» de Granada, la Biblioteca Pública y el Archivo Municipal de Segovia, la Hemeroteca Municipal de Madrid y el Archivo del Ministerio en Alcalá de Henares. Igualmente a la Sociedad Económica de Amigos del País y el Archivo Díaz de Escobar de Málaga por su amabilidad y por las informaciones facilitadas. Por supuesto, a Rafael Tomero quien me ha proporcionado datos jugosos sobre la vida de D. Blas.

Juan Fernando Ortega, Director de la Fundación, me ha prestado toda su ayuda y ha puesto a mi disposición los fondos de que disponía.

Sería injusto si no agradeciera a mis hijos, Luis por sus conocimientos ante el ordenador y a Alberto por su ayuda para revisar el texto. María Victoria siempre estuvo atenta para pulir lo que era necesario.

Otras ayudas, más difusas pero no menos importantes, vienen de los colegas que compartimos la amistad en torno a la Historia del Pensamiento

Español en mi Departamento de la Universidad Autónoma de Madrid o en la Asociación de Hispanismo Filosófico. Ellos saben de mi aprecio.

Y, finalmente, quiero manifestar mi profundo agradecimiento al Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, por la acogida que ha merecido este trabajo que continúa la recuperación de escritores y pensadores extremeños.

G R A N A D A
(1899-1901)

I.-Artículos de Carácter Filosófico

Diálogo

Todo te enoja.

-No; me aburre, nada más. El enojo, el enfado, el coraje, la ira, por ser negaciones exageradas, envuelven afirmaciones vehementes. La repulsa de lo actual eleva la unión con el porvenir. El horror a la realidad viviente supone complacencia en la idealidad vivida. Quien aborrece, compara; y en toda comparación hay dos términos opuestos aquí distantes del centro crítico de pensamiento. Calificar algo de *malo* es indicio seguro de que se busca lo *mejor*, cuando no de que se sueña lo *bueno*. Quien odia, ama.

-Hay quien odia todo y no ama nada; el misántropo.

-No; no caben sentimientos absolutos, intensos, hasta impedir todo sentimiento contrario, extensos, que lo abarcan todo, y duraderos, que constituyen un estado perpetuo. Lo que sí cabe es el *tedium vitae* -como estado *predominante* del *ánimo*- o el convencimiento sereno, aliado con profunda pero tibia melancolía- de que el hombre está condenado a luchar contra antinomias, o irresolubles o solucionadas unas dentro de otras, que le impidan realizar la felicidad individual y armonía colectiva; que su destino, puramente biológico y social, es hasta limitado; que sus energías, encadenadas a leyes inflexibles,

son muy débiles; su conocimiento de las cosas, relativo; su ciencia, convencional; sus necesidades siguiendo una progresión geométrica con sus progresos; su perfeccionamiento, mera delicadeza e irritabilidad nerviosa; su vida senda espinosa de la muerte.

-No tienes ideales, cuando así te expresas.

-El ideal es, o una deducción desatada de la cadena lógica y avanzada en el vacío, o un espejismo engañoso de la imaginación, o una piadosa mentira que el sentimiento elabora para dormir la conciencia ¡Ideales! Sombras a las que prestan cuerpo la sangre y las lágrimas sobre ellas derramadas. La sombra lo cubre todo, y decimos; he ahí el ideal realizado.

¡Ideales!... ¡cuánto ha costado convertiros en fórmulas!

-Lo que valen. El ideal. A *tantas* lágrimas, *sangre*; eso cuesta, eso vale, para eso sirve.

-Sofisma, sofisma evidente! Cuando una cosa cuesta mucho, para mucho ha de servir. Uno es *el valor en cambio y otro el valor útil*.

-Ejemplo: los diamantes ¿eh? Pues eso son las conquistas de la civilización; inútiles diamantes, que después de inmensos sacrificios para extraerlos de la tierra, pulimentarlos, tallarlos, y engarzarlos en el hilo de oro de la vida, sólo sirven para fascinar con sus fulgores y recrear con su brillo, a los infantiles ojos de cándidos optimistas.

-No negarás que existe un progreso enorme de las cavernas terciarias al Partenón, y, luego, de la esclavitud a la igualdad, como del fetichismo al monoteísmo y del patriotismo de tribu al patriotismo del planeta.

-Y qué? descuento la suma enorme de cruelísimos padecimientos que esos partos de la inteligencia han producido. Supongo que las idas progresivas han ido surgiendo espontáneamente y se han apoderado de las conciencias de una manera gradual y pacífica -y claro está que quien no se lo cree no lo es- y las últimas palabras de la ciencia no pueden ser más desconsoladoras. El hombre entero, desde la superior actividad voluntaria hasta los movimientos más inconscientes de la vida, atan a la vida universal como fenómeno más o menos complejo; la inteligencia condenada a perpetua impotencia ante lo esencial, y a cambiante incertidumbre, a verdades provisionales, ante lo fenoménico; el corazón retorciéndose entre mil incansables apetitos; la existencia perturbada por mil desequilibrios orgánicos; la vida de relación sometida a la ruda ley de la lucha; la herencia transmitiendo gérmenes impuros, y la selección sacrificando, no al más malo, al más débil; impotente la educación para modelar la espontaneidad y dirigirla al bien; insuficientes la agri-

cultura y la industria, para satisfacer, sin perjuicio de servidor automático suyo al infeliz obrero, desquiciando el cultivo del arte o de la ciencia las funciones del *intelectual*; la degeneración produciendo seres insociables, y la ley dando palos de ciego. Los sistemas económicos y políticos extremos originando males, cada cual mayores, y los términos medios juntando los inconvenientes de cada uno sin reunir las ventajas de todos; la fraternidad universal imposible entre los hombres, como es imposible en el resto de los seres el mutuo respeto a la vida y en el Universo entero la armonía sin disonancia y la luz sin sombras. Es todo un desorden *ordenado*, una anarquía sempiterna; un caos con alma: el dolor.

-Pues yo he leído en sabios ilustres, *positivistas*, como tú, que la ciencia, sobre ofrecer los medios más eficaces, los únicos medios de prosperidad general, es profundamente religiosa y grandemente consoladora.

-¡Consoladora!...lo será para ellos, para los fanáticos de la ciencia, para los fetichistas del dinamo y el émbolo, y el alambre y la pila... De la locomotora y el trasatlántico, y del mismo antropoide y las berzas perfeccionadas. Pero, ¿qué le dice todo eso a un espíritu delicado, que no se pague ni de fórmulas abstractas -cuyo estudio distrae, eso sí- ni de hechos ruinosos, sino que atienda a sus resultados *humanos*, a su trascendencia en el bien? La ciencia eleva el poder del hombre y acrece sus necesidades; perfecciona algunas formas de su actividad, y desquicia el conjunto; lo dignifica, sin prestarle inmunidad contra lo indigno que le rodea, que lo penetra y que muchas veces lo vence o lo sacrifica; excita el deseo, sin aumentar el poder de la voluntad.

-¿Y el amor? Esa sublimación de la vida entera, ese despertar de lo inconsciente en un cielo de sí mismo emanado, esa febril y generosa aplicación de todas las energías, dulcemente atraídas por un *cuerpo espiritualizado* y por un *espíritu corpóreo* pues que la clásica compenetración de las dos sustancias no parece *verse* sino en la contemplación amorosa, estado semidivino en que parece la realidad idealizarse sin destruirse y el ideal tomar cuerpo, sin amenguar su brillo; en que la vida se sueña y los sueños son vida; intuición del misterio, dentro de la visión de lo natural; revelación del alma latente en el Universo, vestida de luz, color, aroma, melodía, soplo divino que engendra grandeza, abnegación, sacrificio, fe.

-¡Oh, hermoso, hermoso!... El amor, no hablo del contrariado, ni del engañado, ni del insaciable, el amor correspondido, satisfecho, y renovando perpetuamente sus encantos, me parece que hablo en razón, es la primera y la más grande de las antinomias. Es un engaño del instinto de conservación de la especie contra el instinto de conservación del individuo. Si realiza su fin, hay pérdida de energía dentro, y menor espacio fuera; si no lo realiza,

tormento en el interior. Si se ama, se sufre y se goza, se pierde y se gana: se vive; si no se ama, ni se gana ni se pierde, ni se goza ni se sufre; no se vive. El exceso de vida es aumento de *males*, que siempre es más dolor que el placer, en cambio, la atonía amorosa es *un mal*, que no impide otros males, ni trae más bien que la ausencia de alguno de aquellos, además de no realizarse así el fin de la vida. La exigencia imperiosa de la Naturaleza a la sucesión individual parece convertir a cada uno en mero instrumento para que los otros vivan.

-El amor es una exaltación.

-Morbosa.

-Pero no lo es la Humanidad.

-Es que atravesamos un período de transición.

-Siempre atravesamos períodos iguales.

-La utopía de hoy es la semilla del árbol de mañana.

-La semilla de hoy es la misma que la de ayer y la de mañana: jamás brota la plúmula.

La humanidad sigue, no una línea recta, pero sí una espiral hacia arriba.

-No retrocede; pero su camino es una espiral *horizontal*; anda y anda, tropezando y cayendo: eso es todo.

-Volvamos a la Naturaleza, de donde partimos, desligados de todos los artificios, convencionalismos e injusticias, que hoy, sin embargo, nos sostienen; armados con las múltiples armas de la ciencia, vistiendo el espléndido ropaje de las artes y ceñida a nuestra cabeza la luminosísima aureola de todos nuestros derechos, ya inmaculados inmarcesibles.

-Para entonces se habrá enfriado la tierra.

-Eres malo.

-Eres necio.

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino 3/6/1899 (Reproducido de nuevo en *X*, 6/2/1900 con una dedicatoria «Al genial escritor Alfredo Calderón»)

Diálogo

-Qué entiendes por felicidad?

-La continuada satisfacción de nuestras tendencias.

-¿Es eso posible?

-Lo es, para muchos.

-¿Por mucho tiempo?

-Sí.

-¿Y las tendencias nuevas?

-El hábito de las unas, impide la formación o el desarrollo de otras.

-¿Y el cansancio?

-No puede haberlo, siempre que haya alguna movilidad en el medio.

-Volvamos sobre la definición: ¿Te parece bien que la felicidad sea una armonía interior adaptada a otra armonía exterior?

-No me parece mal.

-La primera condición de la primera armonía dependerá o consistirá en el «mens sana in corpore sano».

-Sí.

-La salud física; qué pocos la gozan una semana ¡qué digo una semana! un día entero sin intermisiones. La salud del alma es una pura abstracción, lo mismo si tomamos la frase en el sentido de placidez, como si queremos significar con ella el equilibrio.

-Te refieres a los neurasténicos.

-¿Conoces a alguien que no lo sea?

-Conozco a alguien que ha sido feliz diez y hasta veinte años seguidos.

-Tendría frente de mampostería, corazón de hielo y estómago de corcho.

-Era saludable, tenía para comer sin fatiga y para no aburrirse de ocio. Sus pasiones eran limitadas; su adaptación al medio, lo más completa posible.

-¡Vaya! *Eso* no era una persona; era un numen social. ¿Y qué sucedería si así fuéramos todos?

-Todos felices.

-No, no te niegues: todos salvajes; ya que la civilización vale mucho por haber costado mucho; esto es, por haber existido individualidades salientes que han formado a su alrededor núcleos repelentes y repelidos del medio.

-¿Quién es más feliz a tu juicio; el salvaje o el hombre civilizado?

-No lo sé.

-Es que, no existiendo términos de comparación para la Humanidad ni para el individuo, no siendo unas veces más y otras menos el bienestar individual o colectivamente considerado, aun cuando nunca nos sintiéramos infelices jamás conoceríamos la felicidad, y por tanto, no sería experimentada por nosotros.

-¡Extraña paradoja! Dime: Si un hombre gozara perpetua salud, si no conociera el dolor ¿gemiría afligido por ignorar el nombre del placer? El animal doméstico, libre de enemigos y bien tratado por sus amos ¿sufriría mucho? Quien ha sido pobre y luego rico, ¿necesita para gozar de su riqueza acordarse de cuando no la tenía? ¿La efectividad de las cosas está en su nombre, ni en la posición dialéctica de su concepto, o en la realidad misma? Conste que me valgo de vuestros conceptos para rebatir vuestras opiniones, sin comprometerme por eso a cosa alguna.

-Pero, ¿concibes la vida sin los estímulos del dolor y del placer?

-Yo no concibo nada. Trato de demostrar que, sea por lo que fuere, la suma del dolor es más grande que la del placer.

-Parecemos epicúreos ¿Acaso la finalidad del hombre está reducida a gozar?

-¡Acabáramos! ¿Pero es que está ya averiguado en qué consiste esa finalidad? Dímelo pronto. Jamás te perdonaré que me hayas tenido reservado semejante secreto.

Blas J. Zambrano
El Heraldo Granadino 19/6/1899

Diálogos

El espectáculo de la naturaleza ¿no te agrada? Si fijas la vista con insistencia en un cielo cuajado de estrellas, sentirás una especie de atracción misteriosa hacia arriba. La materia parece aligerarse; pierdes la conciencia de la fatiga o los dolores físicos, mientras el alma, entusiasmada, arrobada, extática, se complace en poseerse a sí misma, en las alturas, lejos del barro terrestre; y cuando vuelto a la realidad, exhalas un hondo suspiro, como despedida a esas sublimes regiones, te sientes confortado. Un momento de esa existencia semidivina, compensa las amarguras de todo un día de prosaica existencia.

-Cuando miro al cielo en una de esas noches que tu dices, se ahoga mi alma en profundísimo hastío. Si continúo mirando y considero la inmensidad de ese espacio relleno de vida, siento sobre mi una grandeza que me ofende, que me pesa, que me insulta. Si no estoy para muchas reflexiones, y contemplo la bóveda estrellada, dejando libre el manantial y curso de mis ideas, me parecen los mundos que brillan, pedacitos de tosco vidrio, y el espacio que los rodea y la atmósfera que los envuelve los creo impregnados de «inmundos y pestilentes vapores» sin que tenga que recordar al héroe de Sakespeare. Otras veces no se me ocurre nada ni puedo fijar la vista siquiera.

-¡Hombre, por Dios!

-¿Qué le hemos de hacer?

-¿Y los paisajes de la tierra? Las tibias alboradas de verano, dulces y suaves, como la promesa de amor de una adolescente; un hermoso sol de primavera, descomponiéndose en mil colores sobre las hojas brillantes de una vegetación risueña; o melancólico paisaje de otoño en una sierra poblada de árboles; y, sobre todo, si en una clara noche de verano, pateas por un campo solitario, iluminado por la luz, siempre poética, de la triste luna, quien, por triste, por dotada, por solitaria, no ofende, como no puede ofendernos un cementerio abandonado, sentirás la placidez de cuanto te rodea. La naturaleza semidormida da una tregua a la implacable lucha de los seres, que presentan a nuestra contemplación su lado más hermoso: la paz viviente, el fecundo descanso; y en esos momentos, sin que tengas que fijarte en el cielo, extrañas emociones surgirán en tu cansado espíritu, las ideas más pesimistas tomarán un dulce colorido, y la hiel rebosante de tu corazón quedará saturada de una esencia embriagadora, ninguna idea contraria a la justicia se levantará a perturbar el encalmado lago de las pasiones; los impulsos y deseos que aviven tu cerebro, serán nobilísimos, pues la soledad del campo es un Jordán, donde el aire se lleva la inmundicia y la luz de lo alto nos infunde el espíritu de Dios.

-¡Oh!

-No quiero seguir enumerando...

-No sigas; me sé de memoria esas relaciones.

-¡Pero, hombre, no tienes corazón ni sentimiento?

-¡Qué vas a decirme! Yo he sentido con mayor intensidad que pudiera expresarte, estos éxtasis *cosmomísticos*, esas aspiraciones indefinidas, pero enérgicas a confundirnos con la naturaleza universal. Yo he paseado mi vista embelesado, por encantados valles, cubiertos de verdura, por agrestes montañas coronadas de nieve, por laderas umbrías de indefinible encanto; y en todas partes notaba la belleza de las cosas y la limpidez de mi alma para reflejarla. Yo me he estado horas enteras contemplando la corola de una flor, el rostro de un niño, la plácida sonrisa de una joven... Yo he viajado en espíritu por toda la redondez de la tierra, y por entre la infinidad de los mundos, y he creído que percibía, como el latir de un alma complejísima mezcla de las emanaciones de mil almas, cual verbo indeterminado de mil espíritus, ecos de llantos, rumores de tumultos, armonías de músicas, no oídas y de palabras, no escuchadas, signos intraducibles de extrañas ideas, confusa revelación... Pero, sobre que no hay tales carneros, y toda esa fantasmagoría era sencillamente, o reformaciones de la herencia, o agrupaciones de anteriores estados psicológicos, o formas poéticas de una incipiente neurosis, resulta que, sumando el tiempo de esos ratos...felices -los llamaremos así- con el de los otros ratos, encontramos una diferencia enormísima.

-Bien; pero hoy ¿por qué no experimentas esos estados de alma, en las mismas circunstancias que antes?

-No lo sé. Supongo que como la sociedad encontraría la naturaleza -la naturaleza humana...

-La vida en sociedad es natural.

-No digo eso. Me refiero al modo de ser de la sociedad. La vida social iba diciendo, desvía esas fuentes de actividad expontánea (sic), para llevarla por muy diversos caminos, y enturbia sus aguas, quitándoles, con la transparencia, la posibilidad de que reflejen el azul del cielo y el verdor de las orillas. Esto, suponiendo que fueran saludables o naturales esas exaltaciones del cerebro.

-Si esa exaltación, por exagerada fuera en ti morbosa ¿ha de ser igual en todos los hombres? Si hoy estás imposibilitado de gozar esos placeres ¿por qué pretendes excluir a los demás?

-Yo no lo pretendo. Los excluye unas veces el tiempo y otras, el espacio; de un lado la misma naturaleza, que no es bella en todas partes ni siempre. -¿Qué belleza hay en una llanura monótona y árida, ni qué agradables emociones te despiertan los días lluviosos? -De otro lado, nuestra propia naturaleza, que no consiente, cuando está enferma, que hagamos viajes en busca de nuevas perspectivas, ni que gocemos de las que se nos ofrecen a nuestro alrededor. Y luego, los trabajos, las preocupaciones, la febril actividad de la vida diaria de casi todos los mortales no suelen presentar grandes huecos a esas distracciones. Hay en las ciudades populosas y activas muchos sujetos a quienes se les pasan los años enteros sin salir al campo ni mirar hacia arriba; el escritorio, el mostrador, la máquina, lo absorben todo. Quienes más cerca se encuentran de la naturaleza, los campesinos, no tienen nervios para esas emociones delicadas. Son para ellos letra muerta las estrellas y las flores, los valles humildes y las montañas augustas.

-No disparates. La poesía es la primera manifestación de la cultura. Por ahí comenzó todo.

Sí; por los vagos de la tribu. ¿Comenzaría hoy nada en las aldeas de labradores?

-También hay poetas en las aldeas.

-No serán aldeanos; no serán trabajadores; y como quiera que sea, constituyen siempre una excepción. Lo que yo afirmo es que, en general, los campesinos miran las cosas naturales por el lado útil o curioso; a lo sumo.

-Nos extraviamos.

-No. Iba diciendo que, por unas causas o por otras, son muy contados los hombres que pueden gozar, y que gozan, efectivamente, del espectáculo de la naturaleza bella. Añado ahora, que los poetas de la ciudad, o esos otros que tu has descubierto en las aldeas, son los únicos espectadores habituales y sensibles de las bellezas naturales; espectadores o *hacedores*, que todavía no está eso averiguado.

-¿Ahora estamos ahí?

-Prosigo; y tales sujetos ¡qué caras pagan sus horas de alegría! Volviendo del revés una frase tuya, diré que los tormentos que su naturaleza delicada les proporciona en la vida, constituyen una compensación sobradísima de los ratos en que actúan de semidioses... sin mando.

-No niego, analizo.

-Tiendes a contradecirlo todo.

-Pero no me contradigo yo mismo. Es que represento la contradicción viviente. Soy un espejo.

-Empañado.

-El paño de ese espejo ¿de dónde proviene? ¿qué es?

-Tú mismo lo formas.

-Pero yo ¿qué soy? ¿No pertenezco a la naturaleza universal y terrena, de quien recibo, con la existencia, las leyes porque ha de regirse, y su necesaria relación y encaje con el todo? ¿Cuando dices que yo tengo la culpa de pensar como pienso, de sentir como siento, de ser como soy, este yo mío es algo preciso, separado, independiente de lo demás?

-Tienes conciencia...

-¿Y qué?

-Voluntad.

-¿Y qué?

-Y libre albedrío. ¿Te parece poco?

-Ta,ta,ta.

¿No estás convencido de eso?

-Estoy más convencido de que tengo estómago. Voy a comer.

Pero...

Otro día, otro día.

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino 25/6/1899 (Reproducido de nuevo en ***X***, 20/2/1900)

Diálogos

I

-¿De qué voluntad me hablas? de la energía o inclinación racional al bien, de Santo Tomás? ¿de la fuerza universal e inconsciente, alma del mundo, que adquiere en el hombre conciencia de sí misma, permaneciendo incognoscible y que negándose a sí produce la libertad, de Shopenhauer? ¿de la voluntad como origen del conocimiento, condición de las percepciones sensibles e intelectuales según Main de Biran? ¿de la voluntad como facultad particular de perfección moral, que juzga del mérito o demérito de las acciones, a juicio de Thurot? ¿como una participación de la voluntad divina, con la forma de pasiones en el hombre, que son, por tanto, divinas, como afirma Fourier? ¿de la voluntad como fuerza autónoma y libre, de Kant? ¿de la libre voluntad de Hegel, resultado de las evoluciones del espíritu práctico, pasando por impulso, apetito e inclinación? ¿de la voluntad de Maudosley y Lewes «excitación causada por las ideas», «reacción motora de los sentimientos y las ideas»? ¿de la voluntad indefinible de Th. Ribot, considerada sólo en sus actos o voliciones como resultantes de la actividad mental, como estados definitivos de la conciencia, condicionados por el medio y el carácter? ¿de la voluntad como aceptación consciente de lo determinado, según Leibniz? ¿de la voluntad impotente de los fatalistas? ¿ de la voluntad...?

-Para, hombre, para. Yo hablo de la voluntad que todos entendemos.

-¿Te burlas de mi? ¿crees que he citado todas esas opiniones, por gusto de pronunciar nombres raros y de reproducir ideas extravagantes? ¿Cómo ha de haber una voluntad que la entendamos todos, si cada uno de los señores que tienen la exclusiva en eso de explicar lo inexplicable la consideran con diferente naturaleza, origen, destino y funcionamiento?

-No hay tantas diferencias. Todos convendrán en que por la voluntad se *puede* hacer *el bien*.

-¿Pero qué es la voluntad, desdichado? Vamos a hablar de una cosa que no sabemos lo que es? Sea, si lo quieres. Dices que se puede hacer el bien. Falta saber lo que es el bien. Y falta averiguar antes si *se puede*, es decir, falta saber si somos libres. Ya sabía yo que de la voluntad iríamos a

parar a la libertad. Pues bien, en esto de la libertad, a la que Bain consideraba como enmohecida cerradura de la metafísica, estamos tan a oscuras como en lo otro. Spinoza dice rotundamente que el libre albedrío es una quimera; para Schopenhauer las acciones humanas son el producto de dos factores, el carácter y los motivos; y la deliberación es el conflicto de dos motivos que acaba *siempre* con el triunfo al más fuerte; para Wundt el carácter es la única causa inmediata de los actos voluntarios; los motivos no son más que mediatos, y como Kant, Schopenhauer y Spencer consideran el carácter individual inmutable, saca la consecuencia.

-Spencer, como evolucionista, afirma la transformación.

-Sí, al cabo de mil generaciones.

Taine considera la vía independiente de la voluntad; esto es, cree a la voluntad aislada e impotente; y lo mismo dicen, en el fondo, todas las teorías fatalistas.

-El fatalismo está desacreditado.

-Ha cambiado de nombre y de génesis; pero las conclusiones son prácticamente las mismas; se llama determinismo.

-No es igual el fatalismo que el determinismo. He leído en un determinista que sólo dentro de una teoría cabe la libertad.

-Hablaremos de eso. Por ahora te digo que a los más fervorosos partidarios del libre albedrío se les rebaja notablemente su entusiasmo *libertista* o *libertófilo* cuando tratan de las pasiones y se ven obligados a reconocer su formidable y ciego poderío.

Si de los filósofos puros pasamos a los hombres que piensan, cualquiera que sea su oficio, notamos a cada paso frases exactísimas unas, exageradas otras, que anulan sus confesiones morales, prejuicios impuestos por la rutina y mantenidos por la *tiranía de las palabras*. Libros enteros, como *"El Espíritu de las leyes"* dan más importancia al clima en los actos humanos que a la voluntad y sus leyes y a la libertad y su ejercicio.

-Las religiones, de un lado y de otro, las leyes penales de todos los pueblos, suponen a la libertad libre.

-No la suponen muy libre las religiones cuando tantos auxilios sobrenaturales la brindan, y cuando en el seno de ellas han vivido doctrinas como la predestinación agustiniana, vencible por la gracia, y la más horrible predestinación calvinista. En cuanto a las leyes penales muy deprisa las han dado en

suponer que respondan al concepto de libertad. Impuestas por la necesidad y mantenidas por la fuerza, o al reves, o por ambas cosas al mismo tiempo, significan la reacción del egoísmo social contra aquello que le perjudica. Y aunque fuera lo que tú dices ¿es infalible la sociedad?

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino 3/8/1899 (Reproducido de nuevo en *X*, 6/3/1900)

Diálogos

II

Pero veo que no acabamos nunca, si no concretamos. Otro día hablaremos más del asunto. Fíjate ahora en las definiciones anteriores de la voluntad; en ninguna de ellas la verás considerada como una fuerza superior, independientemente de los demás, con poder bastante a querer cuanto deba y realizar cuanto quiera. Apeteciendo necesariamente el bien universal, según Santo Tomás...

-Y, *libremente*, los bienes particulares.

-Pero como los bienes particulares se perciben como participación del bien universal, como se obra siempre, aunque sea con error, en razón de bien, todo lo demás que se hable, habiendo sentado en principio, es hablar en un vacío lógico. Nada hay que decir de Schopenhauer, Spinoza y Leibniz. El mismo Kant, afirmando que nada podemos conocer de lo esencial de las

cosas, quita gran importancia a su imperativo categórico. Hegel, con la objetivación universal de la Idea y con las evoluciones del pensamiento teórico al práctico y de este a la libre voluntad, parece dar el concepto de una libertad determinada, puramente formal; así lo ha entendido la izquierda hegeliana.

Y es que en el concepto estricto de la libertad, en exponer en qué consiste la libertad no están conformes tampoco los que de eso han tratado. «Elegir o querer el mal no es libertad ni parte de la libertad», dice Santo Tomás, es una imperfección de la libertad. Lo mismo vienen a decir los neoplatónicos, cuando afirmaban que «la elección es la posibilidad de errar, que Dios no sería libre si eligiera, y que todas las cosas son como tienen que ser», que es, nada menos, que todo lo que obra empíricamente en la sensibilidad y afecta patológicamente a la voluntad. Leibniz, afirmando que «la libertad es la espontaneidad inteligente», y que «todo está determinado»; Schopenhauer cuando dice que la libertad sólo consiste en negar el mal, que, para él, es la voluntad de vivir; y lo mismo implica el nirvana indio. Kant mismo, al hablar de los móviles de nuestra actividad y clasificarlos en dos; el uno material y físico y el otro trascendental y formal, dice del primero, que no es causa, sino instrumento; que la causa supone libertad; reservándose el asignar esta última condición a los actos derivados de otro móvil trascendente; es, niega la libertad de casi todos los actos de casi todos los hombres.

En oposición a estos y más directamente opuesto a los primeros, dice Tiberghien, filósofo krausista que «la libertad sería imposible si no fuera dado elegir entre el bien y el mal».

-Eso era lo que yo entendía por libertad.

-Pues ya has visto que no lo entiende casi nadie.

-Todo el mundo por ahí piensa como ese apreciable señor Tiberghien.

-Porque la literatura, gran difundidora de ideas, ha sido en su mayor y mejor parte durante este siglo espiritualista y romántica; porque el individualismo, al quitar trabas a la actividad social de los hombres, ha hecho suponer a gentes poco reflexivas que los hombres éramos dioses; cuando los principios individualistas no significan otra cosa sino que todos, buenos o malos, tuertos o ciegos, somos iguales, y debemos tener iguales derechos y todos los derechos posibles. Digo esto a expensas de echar pestes del individualismo, en cuanto me venga en ganas. En fin, no saques nunca a relucir argumentos de opinión vulgar, juicios de sentido común. ¿Qué es la opinión de los más sino la refracción del pensamiento de los menos? ¿Qué es el

decantado sentido común sino el desquiciamiento, la burda traducción del sentido privilegiado?

¿Qué pensarían sobre nada la mayoría de los hombres, si no hubiera cerebros más perfectos -o más pervertidos- verdaderas fábricas de productos intelectuales, que corren luego de boca en boca, más bien que de inteligencia en inteligencia?

-¿Y cómo existirían su funcionación (sic) esas fábricas de ideas si los instrumentos no le hubieran sido legados por la herencia, y si las primeras materias, las ideas más o menos desordenadas, no les fueran ofrecidas por el común de los mortales? Aunque hoy no tenga un pensador que recurrir al vulgo para trazar con sistema determinado, ¿sucedía eso en los comienzos de la civilización?

-Bueno; pues por lo mismo es innecesario acudir a ambos lados de la formación del pensamiento. Y prosiguiendo, o, mejor dicho, terminando la enumeración de contradictorias o diferentes opiniones sobre el concepto de la libertad moral, repetiré la frase de M. Julio Payet, quien, depués de revolverse airado contra fatalistas y partidarios del libre albedrío, llega a la conclusión ya citada, que para mi no es tal conclusión sino una verdadera petición de principio: «sólo dentro del determinismo, dice, cabe la libertad».

Con que, ya ves, no hemos hecho sino citar ligeramente un cortísimo número de opiniones, ya ves el lío monumental en que nos enredaríamos si pretendiésemos poner de acuerdo a esos señores, o lo que es igual, si quisiéramos poner de acuerdo nuestro propio pensamiento. Cualquier cosa que pienses de la voluntad, como de todo, está ya pensado. Y de todo lo pensado no sabemos todavía qué es la verdad.

-Proclamas que nada puede saberse.

-¡Quiá! Eso quisieras tú, para contestarme con el célebre silogismo. Lo que digo es que tu has pronunciado dos palabras: *voluntad* y *libertad*. Yo te invito a que me digas a qué realidades responden esas palabras ¡Vamos! ¿Por qué teoría respondes?

-No respondo por ninguna.

-Muy bien hecho.

-Pero digo, prescindiendo de que la voluntad sea lo que fuere y aun prescindiendo del nombre voluntad y aun del nombre libertad, que yo puedo hacer tal cosa o tal otra, o no hacer ninguna.

-¡Ja, ja, ja... estamos en lo mismo. Pero, en fin, me hace gracia la salida. Discurriremos sobre esa frase en otra ocasión. Hay tela cortada.

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino 5/8/1899 (Reproducido nuevamente en ***X***, 17/3/1900)

Diálogos

-El Estado, por su facultad protectora, debe abrogarse la educación primaria universal y gratuita.

-¡Qué horror! ¡qué tiranía¡ El cesarismo ejercido sobre las fuentes mismas de la vida... ¡El Estado padre y madre de cada ciudadano!... ¡qué disparate!

-¿Horror, tiranía, disparate?... ¿No tiene acaso el niño derecho a ser educado?... El horror, la tiranía y el disparate, será dejar irrealizado ese derecho.

-Ese derecho lo realiza el niño en el hogar; la familia lo educa.

-¿Y quién sufre las consecuencias de una torpe educación? ¿No es la sociedad entera? Pues el Estado, entidad que concentra las energías sociales para encauzarlas al bien común, el Estado como poder social para hacer cumplir el derecho de cada persona -y el Estado no es persona, no tiene fin propio-

el Estado *debe* hacer que se realicen aquellos derechos que el individuo no puede hacer efectivos.

-Sí, un Dios al revés; un Dios omnipotente, pero sin derechos; un Dios con deberes, una abstracción. El Estado lo forman ya uno, ya unos cuantos caballeros que se encargan de dominar a cuantos pueden en cuanto pueden, con el santo fin de realizar sus derechos con un *colmo* espantable.

-Es imposible discutir contigo. Sea lo que fuere el Estado, yo te pregunto ¿qué garantías tiene el derecho del niño a recibir una educación adecuada al tiempo y al espacio en que vive, y en armonía con su propia naturaleza? ¿Qué sanciona el incumplimiento del deber recíproco de los padres?

-Si educas al niño siguiendo a la naturaleza, no se cómo te las vas a componer para ponerlo en condiciones de que se adapte luego a la sociedad. En la educación de la familia no se verificará lo primero, pero sí generalmente lo segundo.

-Suponiendo que sea como dices, que no lo es, como te lo prueban multitud de ejemplos, sublimes unos, ridículos otros, criminales muchísimos e infinitos que no se descubren a primera vista, porque el individuo soporta las leyes, costumbres y exigencias sociales, protestando eternamente en su interior, suponiendo, decía que la educación de la familia prepare mejor que la integral del Estado a la vida social, ¿vamos a preferir los artificios sociales a las espontáneas leyes de la Naturaleza? ¿Vamos a permanecer estacionados sin efectuar progreso alguno sólido y definitivo? ¡La educación del hogar!... ¡El sagrado de la familia!... ¡El nido!... ¡Cuánta fórmula, cuánto convencionalismo, cuánta rutina, cielo santo! ¡La educación del hogar; qué pomposa, qué bonita, qué santa frase!

-¡Vamos, que tu no puedes quejarte del tuyo!

-¡Oh!, no por Dios. Y quizá por eso, al compararlo con los demás ves a casi todos tan deficientes. Yo me he fijado desde pequeño en estas cosas. Yo he visto hogares donde el padre iniciaba a sus hijos en los misterios de la pocilga social, le enseñaba las vías del albañal de la vida, y esto, intencionadamente hecho -con ánimo de disponerlos para que *vivieran despiertos en este mundo* antes de haberles descubierto y beneficiado y hecho conocer los tesoros que encerraban aquellos tiernos corazones; antes de enseñarles las vías de la lógica y de la virtud, que en el alma se abren al soplo de la palabra y a la vívida luz del ejemplo.

Y qué pudor! ¡Oh! qué pudor más exquisito! Las pobres criaturas saben que van a ser hembras y machos diez años antes de lo que debieran... y, claro, se adelantan!

Pues ¿y los deberes del ciudadano? ¿Qué saben ellos, los imbéciles padres, qué saben ellos lo que es ser ciudadano, ni lo que es ciudad, ni patria, ni estado, ni humanidad, ni universo, ni Dios?

En lo íntimo de los corazones ¡cómo penetran! ¿Cómo alientan la envidia de unos hermanos contra otros alabando, exagerando al último y denigrando horriblemente, sí, eso es horrible, denigrando horriblemente a los demás!

Ah! Si el padre es de los blandos, entonces, pobres hijos, pero también pobres padres. El niño se cría a su libre albedrío. El padre se somete al hijo. Este crece, se hace un hombre... y un vago. El padre se desespera, y el hijo le desprecia; ¡Qué hermoso!

Y, luego, en las clases pobres, esos infelices niños, tristes flores nacidas a la escarcha y no al rocío; a la sombra no a la luz; pobres niños, sin botas, sin abrigo, sin pan, o con pan duro por comida; durmiendo hacinados; respirando los miasmas de la zahurda donde se encierran los cerdos, si es en los pueblos; viviendo todos en una misma buardilla (sic), si es una ciudad *poderosa*.

De eso y de todo lo que eso implica, y de las consecuencias de eso, surge el odio a los ricos. Y los ricos («lo que ojos no ven corazón no siente») no comprenden la horrible disarmonía de los lamentos del pobre. Esos lamentos se unen, se concuerdan bajo la batuta de un *alguien*, y se forma la orquesta: Marsellesa o Carmañola. Las óperas a que estas orquestas sirven son hasta dramáticas; tú lo sabes.

Suponte, por otra parte, un padre honrado, hasta inteligente y de regular fortuna y una madre amante y discreta.

-¡Hum! mucho suponer es eso.

-Bien; pero supóntelo, y respóndeme ahora. Saben, esa madre y ese padre, educar? Conocen la gran ciencia y el gran arte, sobre todo el *gran arte* de educar?... ¿No? pues entonces, qué me cuentas?

Ah! sí, me contarás (aparte de otras mil calamidades) doscientos mil frailes que debieran ser obreros, artesanos, labradores; veinte mil abogados que debieran ser lo mismo y algunos, muchos obreros, porquerillos, grumetes y aun golfos y criminales que debieran ser abogados, escritores, gobernantes, generales, sacerdotes, maestros. ¿Eso me cuentas? Pues es preciso que ese cuento acabe.

-Pero, hombre, y el instinto materno ¿para qué sirve? ¿Hay cosa más natural que una madre criando a su hijo? Y la razón, el porqué de ese instinto, ¿dónde te lo dejas?

-El instinto podrá servir y sirve para *criarlos*; pero la educación no es, no puede ser obra del instinto. ¡Cómo ha de serlo! La educación es en el que la proporciona un proceso racional, metódico, *intencionado*, sometido a principios y encaminado a fines universales. Servirá ese instinto en el estado salvaje para realizar la necesaria preparación de la niñez al medio total que ha de ser ambiente de su estrecha vida. ¡Pero en una humanidad que *se ha arrancado* ese pensamiento embrionario, a fuerza de darle desarrollo! ¡En un tiempo, en que cada individuo tiene que progresar en pocos años tanto como la humanidad en cientos de siglos! ¡En un espacio, en que a los bosques vírgenes ha sucedido la tierra esquilmada; a las veredas cuasi inaccesibles, la vía férrea; a la comunicación de las ideas por las personas la comunicación de las ideas por la electricidad; a la verdad sencilla, la verdad augusta; a la mentira cándida, la mentira cómica y la mentira convenida, a la superstición, la ciencia!...

El instinto, el instinto...

En fin, vuelvo a decirlo: el Estado, para algo es Estado. Aquellos de los fines humanos que se escapen de la esfera de acción individual deben recogerse en la esfera de acción del Estado.

Blas J. Zambrano
X Año I, nº 1 1-1-1900

Minuta

¡Miserable gusano, engendro, representación, símbolo de la maldad social, tú vences siempre! condensación de todas las miserias, eres intangible; barro absorbente de todos los miasmas de putrefacción, para ti no hay crisol que te calcine; de ti se hacen estatuas y edificios. Salpicas los altares, invades los tronos, embadurnas los estrados de los jueces y te entras por los palacios y las cabañas; si la muerte se adelanta para arrojarte sus despojos, entonces es la

muerte una redención; formas cruces en el pecho del grande y dogales en las gargantas de los pequeños. Eres la regresión de lo humano, eres el espiral hacia abajo, la curva que vuelve a donde partió, fuiste serpiente en el Paraíso y los anillos de tu cuerpo asqueroso rodean al planeta; tu cola está en el Infierno, nublas con tu aliento las estrellas y tus ojos centelleantes, miran a Dios cara a cara. Te llamas soberbia, ambición, codicia, lujuria, envidia sobre la tierra y eres gusano en los sepulcros, formas el polvo de la historia y los nubarrones del porvenir. Cosquilleas en la mano del que blande una espada y del que esgrime un puñal; mantienes abierta la bolsa insaciable del avaro, eres la culpa y el castigo, el instigador del delincuente, el inspirador del Juez, el valor del verdugo; el reo, jamás: es un vencido y tu huyes de los vencidos para colocarte detrás del vencedor.

Periódico ***X*** 28-4-1900

Consideraciones sobre la Sociología

Al inteligentísimo cultivador e infatigable propagandista de ideas progresivas, Salvador Velázquez de Castro[1] .

Inventada la palabra *sociología* por Comte y aceptada por H. Spencer, ha venido a designar el conjunto de investigaciones y teorías referentes a la vida de las sociedades, a la *vida humana* tomando el concepto *vida humana*, no

[1] Probablemente se refiere a D. Salvador de Castro y Pérez, quien fuera catedrático de Terapeutica en la Universidad de Granada y Académico de la Real de Medicina, autor de una amplia bibliografía (N. del E.)

en el sentido abstracto, sino en el de fuerza concreta, que pasa de unos a otros estados, evolucionando sin cesar, aunque no siempre en sentido progresivo.

Estas evoluciones, estos cambios, estas posiciones vanas de la vida humana, obedecen a leyes, como todo movimiento y toda vida. Y el estudio de estas leyes y su aplicación concreta en sociedades determinadas constituyen el objeto de la Sociología.

Viene a ser, por tanto, la ciencia paralela de la Biología, una prolongación de ésta por el enmarañado campo de la vida humana.

Y puesto que la vida humana es el material de la historia, también puede decirse, de acuerdo con el doctísimo catedrático de la Universidad de Sevilla, señor Sales y Ferré, que la Sociología es «la filosofía de la historia despojada de un sentido metafísico y tomada en sentido experimental y práctico».

Claro es que la economía política, como parte de la economía social, las costumbres que caracterizan los grupos humanos, los cambios en la constitución de la familia, el plan, la patria, la tribu, la ciudad, el pueblo y la nación, todo cuanto se refiera a la vida humana, como fuerza concreta que evoluciona y cambia sin cesar, pertenece a la Sociología.

Nada de esto, como es de suponer, lo invento yo; ni nada de esto tengo que enseñar a los lectores de ***X***. Sin embargo, como es probable que sigan a este artículo otros varios sobre el mismo tema, de tal modo que constituyan una especie de compendio de Sociología, con las observaciones y conclusiones que mi pobre espíritu me sugiera, he creído conveniente proceder con algún orden científico.

¡Cuántos errores -y esta es la primera observación que se me ocurre- desvanece esta ciencia! Como la Geología instruye sobre la antigüedad y formación de nuestro globo, y la Prehistoria sobre la índole de los primeros hombres y la manera de constituirse en sociedades, como la Psicología Fisiológica nos da a conocer la fenomenología de la superior actividad de nuestro organismo, aclarando si no el *qué* de nada -cosa que jamás ha logrado ni logrará ciencia alguna- muchos *cómos* que antes eran misteriosos, precisamente porque se trabajaba en el imposible de conocer las cosas en sí mismas, en penetrar la *esencia*, según decían los escolásticos, despreciando el accidente, la función, el fenómeno, la fuerza activa y concreta, que es lo que nos importa y lo que podemos someter a nuestro estudio, así la Sociología, ciencia práctica, sistematización de las manifestaciones de la vida humana en las colectividades sociales, análisis y síntesis de lo que hay dado en la historia de los pueblos, descubrimiento por inducción y analogía de lo que ha debido suceder en un

pasado remotísimo y previsión de lo que puede ocurrir en lo futuro, se ofrece al amante de la ciencia y al amigo de la humanidad, como auxiliar poderosísimo de su pensamiento, como guía de sus métodos, como amplificador de sus ideas, como esclarecedor de sus dudas, como fuente inagotable de su propio pensar; ni siquiera no se ofrezca todavía ese conjunto de conocimientos con las condiciones de una ciencia precisa y cierta.

¿Se quiere hacer la crítica de la sociedad presente, poniendo a la evidencia sus defectos, sus errores, sus vicios, sus contradicciones?

La razón, la sola razón haría mucho en este campo. Pero ¿qué no hará la razón apoyada en la experiencia histórica?

¿Se quiere trazar un plan de reformación (sic) social, y se duda sobre la posibilidad de que ciertas costumbres varíen, de que ciertas formas cambien o desaparezcan, de que ciertos sentimientos e ideas puedan ser sustituidos por otras ideas y otros sentimientos? Se quiere saber qué es lo fijo y qué lo variable en el corazón humano? La Sociología ilustra sobre todo esto; con sus datos indica soluciones, si no de inmediata aplicación práctica, de indudable realidad teórica.

Antes de hacer afirmaciones concretas o, al menos suposiciones positivas sobre el porvenir, quiero enunciar una idea que se me ha ocurrido muchas veces y que constituye la base de mi fe en el mañana... cuando tengo esa fe; que muchas veces, combatida por la contemplación de las humanas miserias, huye... para volver luego con el ramo de oliva, símbolo de que hay una tierra que florece y fructifica.

Indudablemente, el hombre tiene un estado *natural*, un género de vida o una manera de vivir que es propia de su naturaleza.

No diré con J.J. Rousseau que ese estado es el salvajismo; porque si lo fuera la humanidad no hubiera salido del salvajismo, ni saldría nunca. El progreso es un hecho *natural*.

Ahora bien ¿es natural, o mejor dicho, plenamente natural el estado presente de la humanidad civilizada, y los estados por que pasó antes de llegar al actual? ¿Estaban constituidas con arreglo a la naturaleza las sociedades de las antiguas civilizaciones oriental, griega y romana? ¿Se movía el hombre en ellas, ni luego durante la Edad Media y el Renacimiento y la Revolución, se movía el hombre libremente, ni se mueve hoy tampoco en las sociedades contemporáneos con arreglo a su naturaleza?

No. Esto lo creemos indiscutible. Una sola prueba se nos ocurre resumen de todas las que pudieran darse. Si en alguno de esos períodos los hombres

hubieran hallado el medio de su vida adecuado a las tendencias de su naturaleza, si lo inminente humano se hubiera convertido en emanente, si en suma, aquellas sociedades hubieran sido perfectas (dentro de la imperfección humana esto es, con *perfección finita*) aquellas sociedades, hubieran perdurado, aunque aquellas civilizaciones serían las mismas de hoy; sin que pueda decirse que fuerza exterior las destruyera; pues antes que del exterior viene la muerte a las naciones por interiores enemigos, por propia debilidad y descomposición. Además el continuo desasosiego y las múltiples luchas intestinas prueban del mismo modo, cómo aquellos hombres *no estaban a gusto, no se sentían bien*, no eran felices, ni aún con la felicidad relativa que es asequible y que conseguida hace pacíficos a todos y cada uno de los que en tan dicho caso se encuentran.

La humanidad no halla, pues, la forma natural de su vida en el salvajismo; y naturalmente ha progresado a partir de él, sin haber encontrado todavía su estado natural.

Pues bien: yo creo que, o se predica que el hombre no puede ser feliz nunca y se reniega de la humanidad pasada, presente y futura, o hay que creer en el advenimiento de ese estado natural.

Pero aún no es eso lo que quiero decir. Lo diré enseguida. Yo creo que el progreso consiste en ir cediendo la humanidad a la atracción que ejerce el ideal -más o menos confuso, vago e incompleto de perfección- estimulada también por el sufrimiento que implica la no satisfacción de las diversas tendencias individuales y colectivas; y esto a trueque de despojarse de realidades *naturales*, de destruir formas concretas de la libertad, de disipar elementos positivos de ese estado total y pleno de naturaleza.

Pero como a conseguirlo se va, como en la realización de ese estado consiste la felicidad, el alejamiento de aquellos puntos más cercanos a la naturaleza no es rectilineo, sino curvilineo. Esto es, el progreso es un círculo.

Después de mil vueltas por camino tortuoso, irregular, con múltiples bifurcaciones -considerado en el detalle y en cada una de las etapas progresivas de su inmenso trazado- después de mil pequeñas rectificaciones sobre cada una de las etapas progresivas que parecen justificar el dicho de que la historia es un plagio, después de subir a *Tabores* luminosísimos y a Calvarios fortificantes, y de bajar a lugares cenagosos, y encerrarse en estrechas hondanadas, después de horribles caídas y de trágicos levantamientos la humanidad volverá a su punto de partida en las formas, aunque perfeccionada en el fondo. La civilización no traza una línea indefinida,sino un inmenso círculo cuyo recorrido es el progreso, el cual puede compararse a un inmenso alfabeto cuyas letras hayan sido cada vez más grandes y mejor trazadas.

No quiere esto decir que, llegada la humanidad a ese perfecto estado de naturaleza, quede en él petrificada, con perfección de edificio arquitectónico concluído e inconmovible, no. La vida humana es movimiento, y donde hay movimiento hay cambio. El hombre es imperfecto y jamás dejará de serlo. Lo que quiero decir es que la forma social, la manera de relacionarse entre sí los hombres quedará, al llegar a ese supuesto estado de naturaleza *racionalizada*, definitivamente establecida. Variarán las relaciones particulares. Cada acto humano seguirá siendo distinto de los demás; pero habrá desaparecido ya todo lo artificioso que provisionalmente ha ido sirviendo, al instaurarse, y estorbando, cuando su misión ha estado cumplida. No habrá huido el dolor de la tierra; pero se habrán cegado multitud de fuentes, de las que hoy manan raudales de hiel amarguísima.

Señalar estas fuentes e indicar cómo y por qué medios han de cegarse, será materia de otros artículos, en los que procuraremos, también, ir aclarando y robusteciendo la teoría que dejamos expuesta; la cual no queremos hacer pasar por original, aunque lo fuera al ser concebida en la ignorancia de casi todo lo pensado sobre estas cuestiones; porque es muy antiguo y cada vez más exacto, aquello de *nihil novo sub solem*.

De todos modos, me propuse ser un discreto recopilador y voy resultando, por deficiencias de voluntad, no del deseo y quizá por escasez de conocimientos un pródigo desembuchador de todas las ocurrencias que tenía guardadas en la pobre mollera. Aquí encaja, como anillo al dedo, la vulgar frase: *lo siento; pero no puedo remediarlo*.

También siento, y pudiera remediarlo, aunque no quiero, que tan pésima obra vaya dedicada a tan excelente escritor como el que honra con su nombre la cabeza de este trabajo. Y digo que no quiero remediar este desaguisado, porque no tengo ¡ay! la seguridad, ni aun el más leve barrunto, de poder hacer nada que sea mejor, o aunque quizá tampoco pueda hacerlo peor, porque no quepa.

Blas J. Zambrano
Periódico ***X*** 13 febrero de 1900

II.- Artículos de Carácter Social

La Cuestión Azucarera

Un Cuarto a Espadas

Parecen los ministros de Hacienda españoles influídos por una extraña *industriofobia*. Hay una industria nacional floreciente, como la corcho taponera, que daba vida a importantes regiones de Cataluña, Extremadura y Andalucía; como la iniciada en esta vega con el importantísimo cultivo del cáñamo; como la azucarera existente hoy en Granada y otras provincias. ¿Si? -dicen al punto los estadistas que aquí usamos- ¿Cómo se entiende ganar dinero y darlo a ganar trabajando? Ya, ya veréis. Y van los buenos señores y matan la *sierpe venenosa* que iba sacando la cabeza.

¡Ah! Si no fuera porque luego se procura acoger en las oficinas del Estado a cuatro veces más empleados de los necesarios; si no fuera porque se emplea en la función de consolarnos de los males presentes con la perspectiva de una bienaventuranza eterna la insignificante cantidad de cuarenta y cinco millones de pesetas; si no fuera por el ejemplo de abnegación que supone una lista civil no reducida, a pesar de haberlo sido el territorio nacional; si no se le diera ocupación (¿?) decorosa a multitud de individuos en la pletórica oficialidad, y más pletórico generalato de nuestro Ejército; si no se aliviara la carga del contribuyente rico, haciendo la vista gorda sobre la ocultación de su riqueza imponible, y se confiscara en cambio la propiedad del pobre que por serlo no merece propiedad alguna; si no se atendiera a la estabilidad política, dejando que cuatro infelices coman modestamente de los fondos públicos, y filtren el contenido de toda clase de arcas con el único objeto de aliviarlas de su peso; si no se hubiera facilitado la enajenación de inútiles colonias con el miserable gasto por traslado de dominio de 3000 pesetas mal contadas, evitando que los quinientos millones de pesos que había sobrantes en la caja de Filipinas en inútiles defensas de las Islas; si, en fin, no fuera nuestra Administración una Administración modelo, ¿qué sería de nosotros?

Ahora, visto que la nación quiere regenerarse por su trabajo, ¿qué será lo que va a hacer nuestro gobierno? ¿Favorecer ese insensato impulso, esa ten-

dencia malsana, ese afán inmoral por las riquezas? ¿Ser débil como lo fue el anterior ante el clamoreo bélico de cuatro rotativas? ¿Eximir de tributo (no hablamos de la industria azucarera ya implantada) a las nuevas industrias que se creen favorecer las creadas? Engordar la gallina de los huevos de oro de la riqueza pública? ¡Bueno fuera! Por algo es un gobierno de orden; por algo asisten al Consejo la espada de Paraña que y el garrote del gobernador bien armado de los estudiantes. Lo que va a hacer este paternal gobierno que nos mata de puro mimo, es evitar el escandaloso desarrollo de la riqueza, cerradas las fábricas de azúcar, yermos los campos en que se cultivaba la primera materia, cruzados de brazos los obreros que de esa industria dependían, se les facilitará a cada industrial, a cada labrador, a cada obrero, un rosario para que se dedique a ganar el cielo con la oración piadosa, en vez de perturbar el descanso de la madre tierra con el maldito trabajo.

Así se regenera una nación; así se procura el bienestar, la paz, la beatitud del alma, la moralidad pública y privada. Y luego a ejercitar nuestra resignación viendo cómo los rapaces extranjeros, demasiado brutales para respetar nuestros místicos deliquios, se reparten el suelo nacional y extienden la partida de nuestra defunción como pueblo.

¡Ah, Sr. Ministro de Hacienda! -Lo digo de veras, bromas aparte. Si por virtud de la tremenda insensatez que V.E. proyecta; si por recargar bárbaramente el impuesto de una industria agrícola y de no exportación, esto es, que favorece al agricultor, al obrero y a la riqueza general del país, dejando dentro todo el beneficio; si mata V.E. esta industria que ahora florece y que podría contribuir en gran manera al engrandecimiento económico de España y las fábricas de esta región cierran sus puertas; si esta feracísima vega se viera privada por ahora de sumo beneficioso cultivo; si llegaran a invadir nuestras ciudades jóvenes obreros pidiendo el pan de la limosna por habérseles negado el pan del trabajo, no seríamos nosotros, ni sería nadie aquí quien trataría de evitar las maldiciones del pueblo hambriento; y las maldiciones de un pueblo hacen daño, no lo dude V.E.

Se nos dirá que las cuestiones económicas no son cuestiones de sentimiento. ¿No han de serlo, si son cuestiones de vida? La producción, y el consumo, el valor y el cambio, el trabajo y la retribución, el capital y el producto, ¿son cosas de las estrellas, fenómenos supraterrestres que nos tienen a todos sin cuidado, excepto a cuatro inquisidores de cosas sutiles? Trabajar o no trabajar, comer o no comer, ¿son cosas de mero raciocinio, de pura especulación filosófica? ¡El pan! lo más sentimental humano... ¿Y a dónde van a parar todas las cuestiones económicas sino a la cuestión del pan.

Nos parece estar oyendo a algún doctor grave exclamar: Pero ¡qué necios son estos escribidores! ¿Si sabrá donde tiene la pluma el que esto ha escrito? No se trata de que no afecte a los más caros sentimientos humanos eso de la economía, sino de que las leyes económicas son leyes...

-Sí, sí, no se ofenda por tan poco, y procuraremos demostrar en otro u otros artículos la inconveniencia económica y la injusticia social que el Sr. Ministro trata de cometer. Sirvan estos renglones de prólogo, ya que no hemos podido reprimir nuestro entusiasmo por el Gobierno que padecemos.

La economía política prescinde de las múltiples descomposiciones y formas del egoísmo humano: orgullo, vanidad, emulación, resentimiento; de sus contrarios altruistas: filantropía, caridad, respeto; de las ideas políticas, religiosas, sociales, que por mucho influyen en la exaltación, atenuación y direcciones de aquel sentimiento fundamental y de otras causas modificadoras y hasta predominantes para determinar cambios radicalísimos, distintos del fin económico; sugestión ejercida en graves conflictos por las autoridades o el ejemplo de compañeros, etc. y no considera sino un fin utilitario personalísimo, pudiendo decirse que trata de descubrir las leyes que regulan la lucha de los individuos por la subsistencia social.

Pero resulta que los hombres no son maniquíes regidos por leyes económicas, inflexibles ni aun en las mismas cuestiones económicas.

Ejemplos, la repulsión total que los productos ingleses sufrieron por parte de sus colonias de Nueva Inglaterra, durante la revolución de estos países; el fabricante que se arruina, o pierde dinero por continuar produciendo, cuando ya no le conviene, movido o por impulsos de amor propio, o por sentimientos de conmiseración ajena; un arancel prohibitivo, no surtiendo el efecto que se buscaba, a causa del contrabando, que, si obedece al afán de lucro de los introductores y empleados venales, y es sostenida por la necesidad o el deseo de economía de los consumidores, no puede clasificarse por su inmoralidad, anormalidad y falta de fijeza, entre los fenómenos económicos *oficiales*, digámoslo así; las adulteraciones de productos debidas a causas ocasionales análogas y se desenvuelven en la misma esfera moral; el que una contribución exorbitante pueda ser satisfecha... gracias a la ocultación; que una primera materia industrial suba de precio, no por virtud de la ley de competencia, sino por el capricho de un fabricante y, por último, que la pasión política, los compromisos de partido, la debilidad o la incompetencia de un gobierno haga mangas y capirotes de las leyes económicas, las cuales, aunque fundamentalmente no puedan ser destruidas, han de sufrir, por la reacción social contra la arbitrariedad gubernamental hacia algunos de los diversos centros solicitantes, las pasiones

que hemos hablado. Mientras la economía política no sea una parte integrante de la biología social -a la que debe estar subordinada, es decir, integrada a su vez por ella- no será esa ciencia sino un manojo de secas varitas, pretendiendo sostener el colosal edificio humano.

Y vamos con los azúcares.

El señor ministro de Hacienda, llevado, sin duda, del laudable deseo de ir sosteniendo nuestra postradísima Hacienda; e imposibilitado de hacer nada que comprometer pudiera la estabilidad del régimen, arraigado profundamente en la conciencia nacional y rodeado de una gigantesca aureola de gloria, tiene que pagar con el pobre contribuyente; mejor dicho, tiene que estrujar al país para que sude la gota... flaca de su exhausta riqueza.

Así es que grava los azúcares con el módico impuesto de *cincuenta* pesetas, los cien kilos ¡una bicoca! Y como esto habría de producir indefectiblemente el cierre de las fábricas de esta materia, dice el gran Colbert, que la divina Providencia nos ha deparado para nuestra salvación (no sabemos si terrenal o eterna) ¡margen protector! *Cien pesetas* los cien kilos a los azúcares extranjeros. Y pata. Pata introducida, decimos nosotros, en los pobres hogares españoles; desde hoy más amargos, por la total ausencia del cristalino producto.

Porque ¿quién compra azúcar? Será cosa de leer en las crónicas de los periódicos de gran circulación. En el abundante, exquisito y bien servido lunch con que los señores duques de la Torre de San Crispín obsequiaron ayer a sus amigos, se sirvieron exquisitas tazas de café de Moka ¡¡¡con azúcar!!! Azúcar contenían también, según hemos podido comprobar en el laboratorio del Dr. Sacaroso, merced a un piquillo que nos llevamos en la faltriquera del pantalón, las exquisitas pastas que con lujosa profusión fueron servidas a los comensales. Y en la cuarta plana de los susodichos periódicos aparecerán con letras grandes, estos sugestivos anuncios: Azucar de remolacha, *sin tierra blanca*, a diez pesetas el grano.

Perdonen nuestros lectores: no podemos hablar a nuestros políticos con la seriedad que, no ellos, de lo que se ocupan, se merece. A falta de poder tomarles la persona entera y remitirlos a donde por clasificación les corresponda, nos conformamos con tomarles el pelo, aunque sea a distancia y sin que ellos *lo sientan*

¿Qué es el Gobierno?, preguntaba un publicista. Es un poder -respondía él mismo- que convenimos todos en tener, a cambio de que nos de algunas ventajas. ¿Qué ventajas nos ha de dar? Nos las ha de dar en todo género de órdenes y de cosas; en el político, en el religioso y en el económico. Si este poder, creado para darnos ventajas, no nos las da, ¿puede existir?

Ahora bien. Si con el abaratamiento de los productos se protege el trabajo, y si la protección al trabajo significa un aumento en la riqueza pública y en la tributación, por descontado ¿qué implica sino la ruina de todo ese encarecimiento formidable de los artículos de consumos?

Los azúcares extranjeros, con el beneficio de la protección de sus respectivos países, con los de las tarifas ferroviarias, con el insignificante gasto de la producción y el escaso coste de la primera materia, podrán competir con los azúcares nacionales, de lo que resulta que el margen protector no es tal protector.

Pero como al fin y al cabo es exorbitante ese arancel, siempre será escaso el consumo del artículo y obtenido con alta carestía.

De modo que habremos conseguido matar una industria floreciente y encarecer un artículo de casi primera necesidad.

Y como los proyectos del señor Villaverde amenazan, también a la siderúrgica -las dos industrias de más porvenir de España- repetiremos por nuestra cuenta la ya citada interrogación. Si ese poder creado para dar ventajas no las da ¿puede existir?

¡Pobre España! Cuando necesitas que manos hábiles, cerebros privilegiados y corazones valientes se apliquen, con todas las energías y todos los heroísmos, sin consideraciones a respetos humanos por altos que fuesen, sin resabios de doctrinarismo, sin compromisos personales a la curación del mal de muerte que te han proporcionado la torpeza y falta de aprensión de quienes te dirigieron durante un cuarto de siglo, se encargan de aplicarte el remedio heroico, los mismos que te proporcionaron la enfermedad incurable.

A la sombra del mismo árbol carcomido, rodeado de la misma letal atmósfera que envenenó tu sangre, asistido de los... *patriotas* que a la vergüenza universal te expusieron, después de haber vivido de la prostitución sistemática de tu genial espíritu, y de haberte entregado empobrecida, anémica y flagelada al desgarro sangriento de los últimos jirones de tu espléndida vestidura, quieren establecer el hospital de tu curación, el refugio de tus dolores, el asilo de tu amenazada existencia, el amparo de tu pobreza, el medio ambiente de tu amada regeneración.

Y a ti, pobre obrero, ¡en qué mal hora te han enseñado que tienes derecho a vivir! Cuando cerradas las fábricas -porque las fábricas se cierran- falto de trabajo y medio muerto de hambre, recorras nuestras calles macilento y hosco, consuélate al pensar que el sacrificio que de ti y de los tuyos se hace, ya que no en bien de la patria -porque la patria tiene energías bastantes con que acudir por sí misma, si la dejan, al remedio de sus males- ya que no en bien de

la patria, se te impone en nombre de lo que con ella es consustancial; consuélate pensando que, merced a tu paciencia y a la mansedumbre de todos, se conservará incólume y robustecido el espíritu *camarillesco* del buen don Fernando VII, amalgamado con el sacrosanto principio constitucional y disfrazado con democrático ropaje.

Los que hemos aprendido que el Estado carece de fin propio, que no tiene derecho alguno, puesto que no es persona, no es sujeto, sino instrumento de derecho, al observar el de todos conculcado a beneficio de uno, personalísimo e innecesario, confesaremos paladinamente nuestra ignorancia y volveremos a empezar.

Y todos, cuando la catástrofe se aproxime, cuando amenace destruirlo todo, toda la patria, menos aquella extensión de territorio y aquella porción de dominio, suficientes para que quede una sombra de Estado, y dentro de ella otra sombra funestísima, levantaremos los ojos y haciendo un plagio lúgubre, moriremos exclamando: ¡Ave César!

Blas J. Zambrano

18/6/1899; 20/6/1899; 21/6/1899.

¿Germinal...?

¿Morirá España? La conciencia dolorosa de su estado tiénenla cuatro intelectuales. Sufre, no agudísimo dolor que exalta, profunda catalepsia que la paraliza.

La clase media, fría, superficial, indiferente a todo lo que no sea utilidad pecuniaria, en unos, necio diletantismo, en los otros, imposibilitada de hacer revolución alguna que airee y desinfecte el barro que impera; el pueblo, sin entusiasmo político, haciendo buena la frase de Cánovas sobre el sufragio,

sin instrucción económica ni de ninguna otra clase que lo habilite como factor decisivo, en la solución del magno problema; la aristocracia, yacente en el sepulcro de su historia, y el ejército divorciado de la opinión y sin valor para oponerse al Gobierno.

La catástrofe reciente es colonial, pero no grandiosa.

Preparánronla la torpeza y mala voluntad de los de arriba, y la hicieron realizable la falta de patriotismo de todos. Testigo, la mísera suscripción nacional y los cobardes rumores esparcidos al solo anuncio de que la escuadra de Watson venía a la Península.

El conocimiento de nuestra impotencia, que es lo que nos queda, no es un estímulo sino un deprimente del ánimo. Ser médico de sí mismo es muy difícil. La dificultad sube de punto cuando el único remedio consiste en la ausencia de la enfermedad. ¿Cómo podrá tener voluntad el que no la tiene, si la única manera de querer es el querer mismo? Tal sucede a más de la voluntad, con la esperanza, el amor, la fe; con todo aquello que siendo una resultante de fuerzas, es al propio tiempo una fuerza motora. Existe en tales procesos un círculo vicioso insoluble.

De otro lado, la manía de un *practicismo* infecundo por teórico, y tan quijotesco por exagerado, como la antigua hidalguía pretenciosa, conduce a matar en flor las generosas tentativas de nuevos ideales. No se nota que así como sin fuerza es imposible la materia, sin ideas es imposible la vida.

Truénase también contra la garrulería política. Bien está. Pero ¿qué no hace una voz elocuente, puesta al servicio del derecho? Y esa voz elocuente no resuena por parte alguna, y si resonara nadie la oiría.

En suma; los efectos y las causas de la horrible decadencia que padecemos se robustecen mutuamente. Todo en nosotros está contra nosotros.

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino 22/6/1899

Idealismo y Realidad

Todas las revoluciones que han transformado la vida de los pueblos, han surgido por impulsos económico-colectivos, como si quisieran los hechos recordarnos, con su abrumadora elocuencia, la identidad fatalísima existente entre lo ideal y lo real.

Esta identidad tiene tres momentos en el tiempo correlativos a tres posiciones en el espacio, a tres modos en la existencia, a tres aspectos en la razón.

Es el primero una correspondencia armoniosa entre la realidad y la idea; momento que el ansia constante de lo *mejor* reduce a cantidad limitadísima, casi tan inextensa e indefinida como la del presente puro.

En el segundo, la idea más dinámica, se adelanta al presente, busca el porvenir y a él se une merced a la intuición; y es el tercero, la fusión de lo ideal con lo real, cuando el ideal toma cuerpo y encarna en lo real.

No creemos oportuno indicar, ni lo haríamos con la brevedad y competencia exigibles, hasta qué punto el espejismo de *lo bueno* se mezcla a esa visión anticipada del futuro, ni qué consecuencias prácticas resultan de la eterna evolución del vivir.

Sea de ello lo que fuere, al aproximarse ese último momento de que hablábamos, surge una magna cuestión, y es que no hay posibilidad alguna de crear, sin destruir. Chocan dos fuerzas opuestas: la voluntad de vivir de lo llamado a nacer, la voluntad de seguir viviendo de lo que nació y vive.

Esta supervivencia de lo caduco, es la causa ocasional de que las revoluciones no sean pacíficas.

Y existe, entre otros muchos aspectos, uno importantísimo que considerar en este acto complejo y final de un proceso evolutivo que se llama revolución; y es que, mientras el pueblo en que se vaya gestando el ideal que ha de informar el porvenir sea más estático, bien por escasez de cultura, bien por exceso de represión autoritaria, se acumula la mayor cantidad de ideas y de necesidades; y cuando la revolución estalla, tiene que ser forzosamente más honda y formidable, si una contrarrevolución apoyada en elementos atávicos y sirviendo de escudo a los intereses acabados de suprimir legalmente, pero aún vivos, no se vale de las fuerzas engendradas por el trabajo revolucionario para producir un retroceso.

Relacionando lo antes dicho con el actual estado de España, considerando el retraso de su cultura, en relación a lo que exigen sus necesidades, la completa

corrupción de sus costumbres públicas, incompatibles con el buen gobierno; la reacción religiosa que intenta extenderse aquí con amplitud después de haber pasado por el resto de Europa como una ligera ráfaga de misticismo literario, la indefensión de nuestro territorio, el estado de nuestra agricultura, todavía en el período romano, lo raquítico de la industria, la poca extensión del comercio, todo lo cual tiene ahora en la obra económica del señor Villaverde cumplida representación y acabada síntesis -pues, en último término, la Hacienda de un país es el país mismo representado en cifras- y viendo, de otro lado, los anhelos de cultura científica y práctica experimentados, el ansia de libertad sin coacciones ni trabas, por las conciencias ilustradas y las plumas no venales sentida; los deseos de que se ponga la patria, no en condiciones de guerrera defensa -que esto es completamente imposible y absolutamente inútil cuanto en esa dirección se hiciera, dados los costosísimos armamentos requeridos hoy por la ciencia militar- en condiciones de independencia moral y de material riqueza, que suple ventajosísimamente tales artefactos, ya que con pueblos viriles y ricos nadie se atreve; finalmente, la necesidad de que se de grande impulso al desarrollo de la riqueza y al empleo de la actividad al trabajo útil, no será osado preveer que, pese a la indiferencia general por otros ideales y no obstante la debilitación del sentimiento patrio, una revolución honda y trascendental se avecina, traída, no al mágico conjuro de una palabra, símbolo de un ideal y verbo de un sentir; impuesta por la necesidad ineludible de las cosas, trabajada por el interés y provocada por el hambre.

Los mantenedores de la idea deben sembrar en ese campo, valerse de esas fuerzas que la fatalidad les trae, empujar esas masas, hambrientas del pan del estómago, hasta el altar donde se comulga con la hostia del ideal.

Así se logrará la unión de intereses e ideas; las necesidades del espíritu pactarán alianza con las necesidades de la materia.

El ideal se habrá acercado a la realidad nueva, y fortalecida con la doble unión -la unión mística con el cercano porvenir y la unión práctica con el presente insurreccionados- podrá presentar batalla a lo caduco, a lo inmoral, a lo reaccionario, a lo débil, lo ruinoso y lo podrido.

Blas J. Zambrano
El Heraldo Granadino 26/6/1899

A Quien deba Ser

Repetimos lo dicho. Al calor de los legítimos intereses, heridos, puede cultivarse la semilla de la idea, olvidada.

El pueblo, el país entero, está en las peores relaciones posibles con sus amables gobernantes.

Y como en los momentos de excitación individual o colectiva, el proceso del tiempo se acorta, como lo que en períodos normales exige larga preparación, en períodos anormales es obra momentánea, bastaría a ese objeto que una voz autorizada y elocuente, dijera a todos, donde todos pudieran oírla:

¿Sabéis por qué se arruina a la nación y se oprime al pueblo.

¿Sabéis por qué se provocó la cuestión de Melilla y por qué fue resuelta deshonrosamente?

¿Sabéis por qué no se evitó la insurrección de Cuba y la sublevación de Filipinas?

¿Sabéis por qué fuimos a una guerra desastrosa con los Estados Unidos, y por qué esa guerra, a más de desastrosa, ha sido hecha sin fe, y termina sin honor?

¿Sabéis por qué, ahora, no se disminuyen los gastos de la nación?

¿Sabéis por qué se recargan hasta lo inaguantable todo género de tributos?

¡Ah!, sí lo sabéis

Sabéis que se *provocó*, a sabiendas, la cuestión de Melilla, para debilitar distrayendo la opinión pública, a las partidas republicanas, entonces unidas y poderosas; y que se terminó, de la peor manera, por miedo a complicaciones exteriores, que pudieran, de rechazo, alterar lo existente.

Sabéis que no se evitó la insurrección de las colonias, porque en las colonias tenían que enriquecerse los auxiliares más firmes, mejor dicho, los núcleos constituyentes de los partidos monárquicos.

Sabéis que el gobierno fue a la guerra con los Estados Unidos, aun sabiendo que la guerra se perdía, y con ella, la vida de muchos españoles y el dinero y la honra de España entera, por miedo a que la opinión, extraviada por esos *ilustres* políticos, no fuera a reaccionar contra lo que esos engañadores defienden.

Sabéis que fue terminada esa guerra a destiempo y sin honor, no por patriótico escrúpulo ¡buenos patriotas están ellos! de que la patria se dividiera; sino por el temor egoísta de que al verificarse cualquier conmoción en el cuerpo nacional, se desprendiera de los hombres de ese cuerpo una cabeza vacía, una cabeza que reina y no gobierna.

Sabéis que no puede hacerse ninguna economía -no es preciso que los sepáis, si no lo sabéis- no puede hacerse ninguna economía, porque es necesario tener satisfechos a cuantos viven de la nación sin servirla aunque la nación padezca.

Es necesario tener satisfecha a la iglesia, no disgustar al ejército ni a la marina y mantener, como hueste política, mercenaria y servil, a la inmensa balumba de empleados, para la nación inútiles, para la monarquía necesarios.

Y como los vidrios rotos por nuestros gobernantes en beneficio de algo que no es la patria, tiene que pagarlos la patria, es también imposible, absolutamente imposible que sufra disminución alguna el actual presupuesto de ingresos.

Pero es necesario que no lo sepáis fríamente. Es necesario que os paréis a considerar la suma enorme de energías perdidas, de dinero gastado, de honra, ida para no volver, si por ella no volvemos.

Y es necesario que compareis luego lo que valía y representaba lo perdido, y lo que vale y representa aquello por lo que todo se perdió.

Considerar, también, qué es lo que vendrá, si no varía. Porque los hombres, con ligeras diferencias, todos somos iguales. Pero no son iguales los principios, los sistemas, las formas.

Y, luego de pensar y de sentir, sobre estas verdades, que todos sabéis, decidid.

Los pueblos cultos y viriles deben conocer el mal, y aplicarle, sin pueriles contemplaciones ni miedos femeninos, el único eficaz remedio.

Blas J. Zambrano
El Heraldo Granadino 27/6/1899

A la Liga de Contribuyentes

Tarde y...

No sabemos si con daño. Puede que sí. De lo que estamos completamente convencidos es de que las clases productoras se han acordado de Santa Bárbara, no al tiempo de tronar, después que la tormenta ha hecho cuanto debía. Ahora se acuerdan que podíamos pasarnos sin muchas cosas...

Han perdido el tiempo lastimosamente -hablamos en el terreno político-, que en el privado, ya sabemos que perder el tiempo y tener dinero son términos antagónicos- entretenidos, cuando echaban sus ratos de ocio a política, en intervenir más o menos directamente en ese asqueroso y ridículo mangoneo a que llamamos caciquismo y en echar pestes de los partidos republicanos, arrugando el entrecejo con gravedad entre infantil y tribunicia, cuando se les nombraba a los directores de esos partidos.

Creían esas clases que, mientras ellas fueran viviendo, por aquí no pasaba nada.

No veían, o no querían ver, que la patria iba deshaciéndose en manos de los políticos de la Restauración. No se enteraban de que la Hacienda nacional se iba desacreditando en el extranjero; de que los caudales votados por las Cortes para Marina se perdían, sin que salieran luego a la superficie del mar en forma de buenos barcos de guerra; los leían los estados de fincas rústicas, pequeñas, por supuesto, embargadas por la Hacienda para satisfacer contribuciones; no fiscalizaban la administración colonial, ni atendían al clamoreo de la Prensa y a las voces elocuentes alzadas en el Parlamento, en demanda de reformas que contuvieran el desastre que nos amenazaba.

Y mientras unos -los más afectos a la política- iban a las Cortes a desempeñar el triste papel de borregos ministeriales y a ahogar, con ridículos e incultos alardes de un monarquismo anacrónico, las voces elocuentes y sinceras, descargadas al paso de una lógica incontestable, como formidables mazas, sobre el régimen que padecemos; hacían los otros -los más apartados de la alta política- frívolos alardes de no entender de *esas cosas*, de no mezclarse en la gobernación del Estado. ¡Como si la política no importara a todo el mundo! ¡cómo si fuera una ciencia especial, una curiosidad semejante a la arqueología o a la numismática! ¡cómo si la gobernación de todos no importara a cada uno! ¡cómo si de la peor o mejor administración de la

cosa pública no dependiera el orden, la libertad, la riqueza en el interior; la paz, la independencia y el respeto, en cuanto a lo exterior.

Miraban el presente, para ellos bonancible; no preveían el porvenir, por su punible desidia para todos bochornoso y miserable.

En su ciega enemiga contra los republicanos no notaban en ellos sino sus intestinas divisiones y personales defectos; sin cuidarse poco ni mucho de que tenían soluciones para todos los conflictos, programas para todas las necesidades, ideas para todos los problemas, y sin querer reconocer que entre sus hombres había algunos y aún quedan otros, que, por sus condiciones de carácter, por la alteza de sus miras y por el prestigio de sus nombres valían y valen más, mucho más, que todos los jefes, subjefes y contrajefes monárquicos juntos, con sus correspondientes mesnadas de analfabetos y niños góticos.

Procediendo con estupenda injusticia -no queremos creer que fuera maliciosa, pero nadie la librará de ofuscada- deducían que, pues la República no había hecho en once meses nada de notable, jamás lo haría.

Item más. Le inculpaba el desorden entonces reinante, sin querer considerar que de las tres guerras que se sostenían, dos la habían dejado en herencia los monárquicos y a la tercera contribuyen solapada y astutamente; y sin atender a hechos notables, como la cuestión del «Virginia» con los Estados Unidos realizados con mayor honra que en tiempos más prósperos otros análogos por los monárquicos.

Vino, por fin, la catástrofe. Y de un lado ponen el grito en el cielo contra «los políticos» y, de otro lado, se exculpan de las desgracias patrias diciendo «que no han sido políticos».

¡Cómo si eso fuera posible, no en ellos, personas de influjo social, en ningún ciudadano; pues el más abstenido, el que ni sale de su casa en los días de elecciones, también influye, también vota; vota con su silencio, a lo que salga, se une *a priori* con la mayoría. Como si las leyes dejaran de ser dictadas, como si la vida política nacional se suspendiera por la abstinencia de uno, ni de mil, ni de todos. Lo que sucede con la indiferencia política, cuando esta indiferencia es general, es que, asumida la dirección de la «cosa pública» por unos cuantos, se va estableciendo una aristocracia con tendencias -por las jefaturas políticas indiscutibles- a la autocracia, alternada, merced al turno más o menos pacífico de los partidos gubernamentales.

Y como a tal resultado se llega por la corrupción de un principio de gobierno -el principio democrático- como ese absolutismo no es verdadero

absolutismo, reúne a los inconvenientes de este sistema, los gravísimos inconvenientes de tener que guardar las apariencias del opuesto, satisfaciendo, a costa de la nación, la concupiscencia de subalternos políticos y administrativos; o, lo que es igual, creando a guisa de necesario apoyo, el caciquismo y la burocracia.

Caciquismo y burocracia entrelazados, formando el cordón de una red inmensa, extendida por todo el territorio nacional; deprimiendo el espíritu público, ahogando nobles impulsos privados, contrariando legítimos derechos; red que tiene en las capitales de provincia sus nudos y en la capital de la monarquía su cabo y dirección, del que tira a su capricho el autócrata de turno.

Y esto sucede con mayor motivo y en mayor escala, cuando hay que sostener un régimen sin arraigo en la conciencia nacional; cuando hay que defender, frente a contradictores dinásticos y partidarios de otros sistemas, una institución que a nadie interesa, más allá de sus conveniencias particulares; un principio convencional y falso, que a nadie convence; un poder que nada puede de por sí.

No se fijaron tampoco esos distraídos de la política en que la forma republicana por la amplitud de sus bases se adapta a todo; caben en ella desde una república unitaria y conservadora, con culto oficial y numeroso ejército, hasta una república federal y socialista; la cual forma, por esa plasticidad suya, que brinda a la propagación de todos los ideales y a la defensa de todos los intereses, sobre ofrecer garantías de que la voluntad nacional se cumpla, impide de la desconsoladora y quizá mortal ataxia que padecemos.

¿Temían, quizás, las consecuencias de la lucha? Quien tiene razón nunca teme. ¿Los alborotos de la proclamación del nuevo orden? ¿Y quien les dice a ellos que habría de haberlos? Según como se preparan las cosas, así resultan.

Han pecado de ignorancia. Es lo más que podemos concederles. Creyendo que la política consiste en saber los años que cuenta Sagasta, los nombres de los ministros, la frase de Romero en el último torneo parlamentario; la última puñalada florentina de Silvela, los tiros que se dieron el periodista Fulano y el político H., hacían bien en no ocupar su memoria con semejantes pormenores. Pero no sospechaban -¿lo sabían? peor para ellos- que la política es una ciencia sublime y un arte genial, que requiere el concurso de todos, si ha de realizarse en regulares condiciones de éxito.

Y ahora, al consumarse la ruina de la patria, merced al desahogado *hacer* de unos y al cómodo *dejar hacer* de otros, ahora, que por una naturalísima secuela de lo acontecido, los gastos del Estado aumentan, sin reducción posible, dentro del régimen que impera, se revuelven airados contra la negra fata-

lidad que amenaza sumir en eterna noche... para dar media vuelta, y caer en esa misma noche oscura y eterna.

¿Qué significa, si no, el siguiente párrafo de la circular de la Liga de Contribuyentes?

«Si no hay voluntad de parte de los poderes para remediar la bancarrota de la nación, tampoco debe haber voluntad de parte de los nacionales, para conjurar la quiebra de la Hacienda. Españoles, sí, pero europeos. Ser solventes, obtener el equilibrio de los presupuestos a estilo de nuestros vecinos tranfretanos... con un horizonte espiritual y físico que se encoge más y más a cada hora que pasa; ser solventes a este precio, repetimos, mantener la independencia económica a costa de todas las demás, duélenos decirlo, pero no nos traería cuenta; preferiríamos «los beneficios de la insolvencia». Si no hay virtud en una revolución para hacer compatible la condición de hombres libres y europeos con la condición de solventes, o, teniéndola esa revolución no sobreviene a tiempo, el problema español no tiene solución más que en la sepultura.»

!El eterno *laisez faire* nacional! Si no viene una revolución...,etc. ¿Y por qué no viene? ¿De dónde ha de venir? ¿Quién la va a traer? ¿La Providencia?

¡Ah!, no, señores de la Liga. Tenemos el deber de procurar con ansia, con el ansia del que se ahoga, el remedio más eficaz de nuestros males, el mejor expediente para salir del abismo en que hemos caído de cabeza.

Pero tenemos el deber sacratísimo, deber impuesto a toda conciencia honrada por la severa moral de las cosas, por la lógica incontrastable de los hechos, de buscar ese remedio en las entrañas mismas de la patria.

Europeos, sí, pero españoles, deberíais haber dicho. Solventes, sí, pero españoles y europeos.

¿Que cómo se logra esto? A encontrar la solución estamos obligados. Estos son los términos del problema: ser españoles y europeos; ser solventes y ricos.

Europeos y solventes y españoles. Eso hay que ser. Si no somos españoles, no seremos europeos tampoco.

¡Pues, qué! ¿Cabe suprimir la nacionalidad, decretar la muerte de la patria, realizar un suicidio colectivo, ni aun con el consentimiento tácito o expreso de todos los ciudadanos -que como no constituyen la patria, pues la patria es algo más que una suma de voluntades y de individuos en un momento dado, cometerían un latrocinio-, cabe hacer eso, sin experimentar las terribles consecuencias que trae aparejada toda violación de las leyes universales, todo crimen, todo delito, toda falta?

¿Y no es una ley universal que el individuo se considere como miembro de la colectividad a que pertenece?

Y la más amplia colectividad a que cada español pertenece, ¿no es la nación española?

No queremos calumniar a los señores de la Liga, suponiéndolos reos del delito de la patria, ni en intento, ni en proyecto, ni de la manera más remota posible. Aludimos ahora, por una asociación de ideas provocada por las pesimistas del Manifiesto, a ciertas frases, escuchadas por ahí a cuatro desdichados.

Ciertas cosas no deben discutirse. Como el católico no discute a su Dios y como el soldado no discute a sus jefes sin que sobrevenga allí la herejía, aquí el desorden, no puede el ciudadano discutir a su patria, sin disminuir en algo la integridad de la patria discutida, que es último caso disminuir la propia integridad suya. La patria somos nosotros mismos. La patria es, en lo exterior a nuestra persona, el aire que se respira, la luz que nos envuelve, el suelo que nos sustenta, la poesía emanada de toda la naturaleza a nuestro alrededor, que se filtra por nuestro organismo y empapa nuestro corazón, y, ya en este y dentro de nuestro ser, el lenguaje con que se piensa, lenguaje aprendido de nuestra madre, oído a nuestros hermanos, perfeccionado en la lectura de los poetas que han ido reflejando la vida que nos antecedió, de los pensadores que empujaron a las sociedades a prepararnos una vida más amable que su vida; lenguaje salpicado de las palabras épicas de los héroes que con su sacrificio fundaron y conservaron esta patria... tanto más querida por algunos de sus hijos, cuanto más han procurado deshonrarla y ese envilecimiento, vivir satisfechos e impasible otros hijos destacadísimos, indignos de conocer siquiera el nombre sacrasanto de su patria; y con este lenguaje, de semejantes elementos formado, y con la sangre transmitida de progenitores ilustres de generación en generación, digan cuanto quieran novísimos comentadores de nuestra honrosísima Historia, el recuerdo del pasado, que es impulso del vivir, y la esperanza de lo que vendrá, única finalidad sublime de la vida; y de todos para todos, ligándonos con múltiples hilos, de inquebrantable naturaleza, aunque de variadísimo enlace y posiciones distintas, las leyes, las costumbres, las creencias; y, sobre todo y por encima de todo, ese mismo amor a la patria; amor que, sin necesidad de concretarlo en pormenores ni de referirlo a tiempo y espacio determinados, dentro de la Nación, es por sí solo, por esa virtud maravillosa de lo sublime inconsciente, el más sólido fundamento de la patria y la más poderosa razón de la existencia nacional.

Negar a la patria es reducir el horizonte exterior y el interior horizonte a límites puramente personales. Es la más concentrada fórmula del egoísmo. Y, como toda exageración lleva en sí el germen de su propia contrariedad, negar a la patria es negarse a sí propio.

¿Qué iríamos ganando, -preguntamos nosotros puestos ya a discutir lo indiscutible -¿qué iríamos ganando con la intervención extranjera? -Porque suponemos que «los beneficios de la insolvencia» a que alude la Liga, tendrán que empezar por ahí.

Pueblo que llega a ese extremo, que ha probado su componencia moral para regenerarse, la debilidad más supina de sus condiciones de carácter, la relajación más completa en la solidaridad de comunes intereses de sus miembros, la mayor ausencia de cohesión entre las energías sociológicas, la absoluta desorientación de su sentido político; pueblo, en fin, que ha demostrado cumplidamente su inferioridad ¿va a igualarse a los demás, va a ascender en la escala de perfeccionamiento colectivo, por la sola virtud de la intervención extranjera? ¿No será este un motivo, mejor dicho, una causa eficiente de depresión nacional aparte de la ya experimentada en el espíritu de cada español, y, por tanto, en el espíritu público?

Cualesquiera que sea la teoría sobre las nacionalidades, lo cierto, lo real, ahora y por mucho tiempo es que la patria *se nos da hecha*. Es para nosotros una realidad; y los conceptos y amores referentes a ella, son elementos a influir en nuestra actividad interior, y, por tanto, en nuestras determinaciones exteriores.

Hay entre el individuo y la sociedad en que vive -y no puede negarse que la sociedad nacional, los habitantes del territorio patrio forman uno de los constituyentes más esenciales del concepto de nación y de patria -una doble corriente de influencia. Y como el conjunto de energías resulta un *producto* y no una *suma* de las energías particulares, por el impulso que estas reciben de las acumulaciones históricas -organización política, administrativa y económica, capital, inventos, etc.- resulta que cada unidad de fuerza recibida por la sociedad, es multiplicada mil veces y devuelta al individuo en forma de protección, instrucción, artes, costumbres, etc.

Y esas energías, devueltas a los individuos por la sociedad, no son meramente físicas, materiales, externas, -que nada hay preciso y exclusivo en lo humano- son también excitaciones morales, corrientes eléctricas de entusiasmos colectivos, de esperanzas comunes, de sugestivos sacrificios, de contagiosas simpatías.

Claro es que, interpuesto entre el Estado -concentrado de energías sociales para dirigirlas al bien común por medio del cumplimiento del derecho- y la

sociedad como conjunto de individuos, o de otro modo más claro, entre el gobierno y los particulares, un cuerpo extraño- intervención- obra este a manera de interruptor de corrientes morales.

Y en cuanto a los intereses puramente materiales, se nos ocurre preguntar: La intervención extranjera ¿vendría caritativa y graciosamente a salvar nuestra Hacienda, limitándose a cobrar los cupones de sus nacionales y arreglando todo lo demás, o no arreglaría nada, limitándose a cobrar equitativamente?

¿No tendría trascendencia en la extex (sic) nacional de España, obligándonos a compromisos funestos para el porvenir?

¿No influiría tampoco en la política interior manteniendo un *statu quo* ruidosamente?

¿De qué manera influiría en la confección de Aranceles o celebración de Tratados de comercio?

¿Favorecería las industrias particulares? ¿Cómo y por qué? ¿O la perjudicaría más bien, obligándola a aceptar una compenetración ruinosa?

Se puede uno acordar de Portugal en este respecto y en los demás del cuestionario -que si allí no han tenido los ingleses intervención legal, la han ejercido grandísima en el terreno extralegal- o se convertiría España, por obra y gracia de la intervención en una nueva jauja?

¿Es que se quiere otro género de influencia? Acordémonos de Marruecos, de Turquía, de Egipto. ¡Qué prosperidad la de esos países!

¿Se quiere aún más? ¡Oh, Polonia felicísima!

Pero no. ¡Si esto no puede discutirse! ¡Si esto pugna con la razón, con el sentido común, con la experiencia, con los sentimientos más caros del corazón, con los dictados más imperativos de la conciencia, con los impulsos más inconscientes y con los actos más libres de la voluntad!

Si no hemos sabido constituir un pueblo honrado, trabajador y rico, no por eso hemos de precipitarlo a la infamia, a la esclavitud económica..., a la miseria colectiva.

Soportemos las consecuencias de nuestras culpas, que son culpas de todos; pero que si a repartirlas fuéramos, no le tocaría escasa parte a esos señores que hoy lo lamentan.

No, señores de la Liga. Hay que trabajar, ya que tan poco hemos trabajado, por el bien de la Patria. Hay que sacrificarse, si necesario fuere, por su

independencia, ya que por ella nunca hemos nosotros peleado. Hay que ser buenos hijos.

¿Es necesario variarlo todo? Pues se varía. ¿No se puede? Pues paciencia, gran virtud cristiana.

Blas J. Zambrano

El Heraldo Grandino 29/6/1899; 30/6/1899.

Fragmento

(Del discurso pronunciado en el teatro Alhambra el Domingo de Ramos último)

Somos harto desgraciados los desvalidos de esta sociedad.

Nuestra propia razón, ayudada por la ciencia, arranca de nuestras almas el engañoso suelo de creencias infantiles; cuando llegamos a hombres, gastamos nuestra energía intelectual en rectificar la defectuosa educación que penosamente recibimos cuando niños; los refinamientos de la civilización adelgazan nuestros nervios, que hacen retemblar con sus continuas vibraciones nuestro cerebro; embótase o se exaspera nuestro sentido moral, por la contemplación de la inmoralidad reinante y de la injusticia, que nos da la ley; nos revolvemos airados contra las diversas autoridades, todas abusivas, algunas irrisorias, pero autoridades, poderes que coartan nuestra actividad... y las conveniencias y usos y costumbres sociales nos sujetan con múltiples ligaduras. Queremos luchar por la vida con nobleza y valentía, aceptando ya el campo que se nos depara y los jueces que lo presiden, y entonces, ¡oh! entonces nos encontramos, con que, sobre tener que luchar uno solo contra todos,hay sobre

nuestras cabezas una pesadísima plancha formada por la compacta cristalización de todas las injusticias de que acabo de hablar; plancha que pesa sobre nosotros, que baja, baja aplastándonos más, mientras más débiles somos, mientras menos resistencia oponemos.

Y para consuelo de nuestra situación, nos llegamos a enterar de que, sobre la losa que nos oprime, hay otra más pequeña, que se mueve, merced al tornillo de los privilegios en sentido contrario; que sube, sube, elevando a los que sobre ella han caído por la ley del azar; y si queremos en ella colocarnos, para también subir y respirar el aire de la dicha y el sol de la fuerza, tenemos que pasar por algunos agujeros que esa máquina ofrece; agujeros que se abren a la explotación, que la hipocresía, al engaño, aceptados y favorecidos por alguno de los poderosos de arriba. Si en esos agujeros por los que se asciende a las alturas sociales, hay que dejar pedazos del corazón, jirones de vergüenza, caudales de ideas, todo: todo lo grande.

Y si no pasamos, seguimos cada vez más débiles, y, por tanto, cada vez más oprimidos; hasta que, inútiles ya, cansados, heridos, destrozados, aniquilados, habiendo regado con nuestro sudor, adornado con nuestras ideas, y tal vez fecundado con nuestra sangre el campo de batalla, unos delegados de los señores que han presidido la lucha, impasibles, nos cogen, como a un pingajo ensangrentado y sucio, y nos llevan a los grandes *spoliarios* modernos; al hospicio, al hospital, quizás a la cárcel, tal vez al patíbulo... y, luego, a la fosa común del cementerio, en donde ni aún la igualdad ante la muerte se verifica; pues si nuestros restos tuvieran conciencia, si nuestros ojos, ya secos, pudieran brillar con la luz de la mirada, verían a su alrededor soberbios monumentos destinados a perpetuar a los que habían estado arriba, sobre la plataforma chiquita, mientras ellos se veían envueltos y cegados por el polvo de la anónima miseria de ultratumba, por el polvo de la tierra.

Blas J. Zambrano

Periódico ***X*** Año I, nº20 21-4-1900

¿Consejo?

No pretendáis hombres del porvenir que el 1º de Mayo signifique la *fusión* de todas las colectividades obreras. Aproximación, mutua defensa y ofensa al mismo enemigo, eso sí. Pero no os desalentéis porque no *piensen* lo *mismo todos los obreros*.

Solo cabe la igualdad en la nada: *pensar todos lo mismo* equivale a *no pensar nada ninguno*.

Tenéis enemigo común e iguales propósitos finales ¿Que varían los medios de ataque y defensa y que es distinto el objetivo inmediato de parciales escaramuzas. Pues buen ejército sería aquel que sólo tuviera infantería, o artillería! Buena fábrica estaría aquella en que no hubiera más que una sola clase de operarios! Pero, ¿qué digo? En un mismo hombre ¿qué sería de él, ¿qué sería su cerebro si sólo tuviera una idea- no digo una fe, ni un sistema- una idea sola, un solo sentimiento, una sola volición. ¿Creeréis que lo podría todo con relación a su ***una trinidad***? Pues no podría nada. Mejor dicho, tal supuesto es un absurdo. En la variedad se asienta la vida y el cambio es su ley.

Todo se mueve y ninguna cosa vuelve al punto de donde partió.

No pasa la tierra dos veces por el mismo punto, ni el agua que corre vuelve a correr por el mismo cauce, ni la sangre de nuestras venas permanecerá la misma, ni una idea se recuerda sin que en sus elementos, en su intensidad o en sus relaciones se haya modificado; ni un propósito se nos ofrece dos veces seguidas con la misma fuerza, ni un hecho lo vemos con la misma claridad y complexión. El punto fijo, la línea recta, la esfera, la unidad simple, la ecuación absoluta son puras abstracciones.

Como el movimiento es ley de la vida universal y el todo vive y todo vive, siendo el carácter fundamental de las vidas más excelsas el mayor movimiento de sus componentes, sería locura insigne pretender que el 1º de Mayo de este año, sea la reproducción exacta del 1º de Mayo del año anterior, y que todos los obreros de todo el mundo, digan a coro un credo determinado.

Sólo a condición de no tener fe, pueden los hombres ostentar una sola creencia. La fe es cosa de uno, personal, suya, fe en si misma y en lo que uno mismo cree. Y como nadie es idéntico a nadie, la fe puede tener una sola raíz; pero ella, que es flor de la conciencia, tiene que ser eso: una

flor. Muchas flores hay en cada árbol; parecidas, casi iguales, si queréis, pero muchas, no una sola. Cuantas más flores tenga un árbol, es señal de que tiene más savia y más ramas tiernas -vivas- y promesa de que tendrá más fruto.

Obreros conscientes: cultivad la inteligencia de vuestros compañeros; haced que arraiguen las series de sus ideas en el suelo fecundísimo de los grandes principios, libertad, igualdad, fraternidad y no os preocupéis de cómo ha de ser la eflorescencia de sus almas. Las flores serán hermosas y el fruto -el porvenir- será bueno.

B.J.Z.

Periódico *AVANTE, nº 9*, 1º de Mayo de 1901

BIBLIOGRAFÍA

Al Pie de la Alhambra[1]

Vino a Granada... e hizo versos. ¿Qué otra cosa iba a hacer un hombre joven, rico de ideas y sentimientos, y que venía padeciendo la noble manía de escribir?

Allá en su tierra, en medio de la exuberante vida tropical, donde el sol vibra con amor furioso raudales de luz y calor, y la tierra enternecida, despide suaves vapores que la envuelven como mínimo de santa fecundidad, y donde, en las claras noches de diamantinas estrellas, el alma se espacia por paisajes dulcemente majestuosos, que la hacen estremecerse en sensaciones enérgicas pero indefinibles, que la hacen soñar extraños amores en espacios radiantes de luz y esmaltados de eterna verdura, allí, en la excelsa, ya que no virgen tierra americana, se formó el poeta.

Y al llegar a Granada, después de atravesar las ondas del oscuro mar Océano, que separa y une tierras tan desemejantes como pueden serlo dos

---

[1] Luis Llorens Torres, ***"Al pie de la Alhambra"***, Granada, Ed. Viuda e hijos de Sabatel, 1899. En la primera página dice: «Al pie de la Alhambra. Versos precedidos de un estudio crítico acerca de GRANADA Y SUS PRINCIPALES LITERATOS por Luis Llorens Torres.

Está dedicado "Al ilustre literato D. Francisco de Pº Valladar". Y a este personaje le dedica un poema, pp. 65-67.

En el prólogo se refiere a varios escritores granadinos y concretamente a Zambrano como "escritor correcto y fecundo". (N. del E.)

edenes de diferentes mundos, y al vivir aquí, en esta ciudad al par mediterránea y alpina, asiento un día de raza soñadora que nos dejó las fuentes vivas de su sangre y las perennes muestras de su genio; aquí, al contacto y roce de un pueblo que al indudable sentido práctico español -mil veces manifestado en la historia, digan cuanto quieran novísimos regeneradores y quijotescos heraldos de un practicismo exótico-une aquí el magnífico colorido de la poesía árabe; en comunicación con espíritus incesantemente movidos por el ritmo, ya cadencioso, ya arrebatado, de pasiones satisfechas o insaciables, pero siempre nobles y viriles, siempre despertadas o excitadas al fuego a un tiempo inextinguible y dulce, ardiente y pudoroso, pío y burlón, despertador de sentimentalismo melancólico, que parece en algunos de los múltiples matices en que se descompone, como nativas añoranzas de otros mundos, y brilla en otros matices irisadas promesas de un cielo; heraldo de dichas, premio de glorias, consuelo del entristecido, espoleador del cansado, fe en la que todos comulgan; fuego semidivino, que brota en raudales inagotables de los claros ojos de estas mujeres, que parecen encarnar los fantasmas soñados por imaginación calenturienta; y luego al recorrer los encantados patios de la Alhambra, y contemplar desde sus labrados ajimeces la magnífica diadema de verdura en que se engarza esa cristalización del genio, y al discurrir la atónita vista por esa dilatada vega, teatro un día de hazañas inenarrables, hoy campo dócil en que la ciencia y las artes útiles labran de consuno el pan de tanto desvalido y derraman por doquiera el oro vivificante; aquí se manifestó el poeta. El alma preñada de poesía en las regiones de la luz rojiza -la luz que caldea- tuvo feliz parto en las regiones de la luz blanca, la luz que inspira.

Dice el autor que nunca hizo versos en su tierra. Pues si no lo dice, nadie lo creería. Rectifico. Cualquiera que tenga el buen gusto de leer *Al pie de la Alhambra* y no se fije en la declaración del prólogo, lo creerá no ya poeta -pues hemos convenido en que el poeta nace- serio *escritor poético* consumado; sin que sean obstáculo a esa creencia tal cual lunarcillo retórico que se advierte en algunas composiciones, muy pocas, de las que forman el precioso libro de que nos ocupamos.

Y por cierto, que esto de meterme yo a criticar un libro y un libro de versos es cosa harto atrevida. Sírvame de disculpa el indiscreto encargo del Director interino de este periódico, Don Miguel Martínez.

A mi me gusta el libro por una cualidad que lo caracteriza en conjunto y que da la nota original del poeta; la delicadeza unida a la energía, la dulzura del fuerte, recuerda a uno la figura bíblica de aquel panal, de miel dulcísima, construida en las poderosas mandíbulas del león.

En casi todas las poesías se notan estas cualidades o la síntesis de estas cualidades, que podemos definir con una palabra: grandeza. Pero hay algunas composiciones donde uno de los elementos aparece prepotente: la energía en el soneto

no llegará el momento en que a tu lado

la delicada, la más exquisita delicadeza en el madrigal que termina

que si es dichosa el ave cuando vuela

es más dichosa cuando está en el nido.

Pensamiento feliz, y hasta sublime, pues, si no en el sentido literal, en el figurado, o mejor dicho, en el comparativo en que se emplea, deja entrever un mundo de ideas y sentimientos. Este pensamiento sólo bastaría a honrar el libro. Mas no hace falta; pues si bien «Desengaño» expresa un pensamiento mil veces expresado, aunque en correcto estilo no sucede así con «Fragmento» que dedica al cultísimo literato señor Valladar, en donde se bebe el modernismo a raudales; un modernismo de fuerte colorido, que parece creado por aires de un estilo exótico, extraño, de asonancias lejanas en un metro desusado; pero modernismo nuevamente descriptivo; lo psicológico está indicado por discretas líneas de puntos. Se conoce que el poeta más inclinado al amor espiritual que al otro, o siente todavía los pudores de la virginidad recién perdida (en literatura exótica, modernista, se entiende). Algo asoma el erotismo, aunque clásico y muy velado por una delicada figura; en «Pasional»: «hoy me acerco hasta ti como la abeja», que se duerme en el cáliz y no deja ni perfume, ni savia, ni color. Galantería campoamorina respira «tú y yo», y el más puro romanticismo, tal cómo vulgarmente se entiende esa palabra, se ve retratado en «El Triunfo», composición magistralmente trazada. En las rimas, brillan de igual modo la gracia y la delicadeza. Preciosa, preciosísima, pues hay en ellas dulzura apasionada, esbeltez en la construcción, abundancia en ideas y galanura de forma, es la despedida a su rubia en el «Adiós»; y entre paréntesis, es una rubia la rubia de Llorens, que merece ser rubia y ser amada de un poeta tan *rubio*; es decir, tan cándido, tan dulce, tan rendido y tan espiritual como el autor de *Los poetas de mi tierra, América y Etimologías americanas*. Nada he de decir de «Granada», en alejandrinos, donde se cumple la armonía imitativa de un modo perfecto, y de «Sierra Nevada», más perfecto, si cabe, que la anterior, y en donde la frase, magistralmente cortada, asemeja a los bruscos accidentes de la

sierra y donde las fuertes consonancias ayudan a producir el efecto más apetecible. Soberbia composición es ésta, que firmarían muchas plumas ilustres, sin desdoro.Lo mismo hay que decir de *La Alhambra*. Si en las composiciones cortas se revela al corazón del poeta, aquí se retrata su espíritu varonil, culto, de amplios horizontes iluminados, por donde se cierne sin tropezar con sombras de viejas preocupaciones. No vacila en decir «he recorrido triste sus salones -los de la Alhambra- donde la pena del silencio habita». Y en Granada, a tu Alhambra me entristece, porque en sus tronos reales ya altivo no se sienta el brazo musulmán. De las tres composiciones de que nos ocupamos, la última,»La Alhambra», es acaso la mejor que guarda en su libro. Hablamos al principio, del libro y del poeta. Añadiremos algo. Es el autor de *Al pie de la Alhambra* un espíritu que tiene hambre y sed de vivir su vida presente. Así no canta al pasado. Cuando se dirige al porvenir está temeroso, por virtud de lo que pudiéramos llamar presentimiento del cambio, que otros dicen terror de lo desconocido. Su preocupación es el presente. De él está lleno; pero quiere saturarse más y más en un afán hidrópico insaciable, lo cual se manifiesta en anhelos de compenetración con la naturaleza, la sierra, los bosques, con las obras artísticas, la Alhambra. Y con los seres vivos su rubia. Es un poeta cosmomístico. Y como en todo misticismo hay algo de tristeza, por la contrariedad entre el anhelo y su realización, no es el joven poeta, á pesar de encontrarse dichoso, un poeta alegre. Algo de esta melancolía se nota en «La mejor tumba», una de las mejores composiciones del libro, y en «La reja». La cual tristeza la creo yo una añoranza supuesta en el futuro; un castillo de naipes, negro. El poeta, en uno de esos momentos en que se tiene el corazón acongojado, pensó que pudiera en algún día encontrarse desvalido de amor, escarnecido, abandonado, llorando solo sobre el sepulcro, aún tibio, de su propia alma. Dos palabras sobre el prólogo. Está dedicado a los escritores granadinos. Entre ellos incluye a este pobre articulista. Ha hecho mal. Yo no soy escritor, sino principiante de aprendiz (aspirante a pretendiente, etc.). No se crea, sin embargo, que la gratitud ha movido mi pluma. La gratitud oblígame aquí a darle las gracias y a desearle muchos triunfos y muchos días felices al lado de la bella inspiradora de sus versos.

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino (29/11/1899)

IV.- Artículos sobre Educación[1]

Aludió al estado psicológico y social de los que padecen las injusticias sociales:

«Y no creíais que hay por de pronto para nosotros, personalmente, para esta generación, no hablo del porvenir lejano, sino del presente y del porvenir próximo, no creíais que hay redención para nosotros.»

«El período de transición que atravesamos aun no toca a su fin.»

«Estamos todavía en la continuación de la edad media. Instituciones parecidas, cuando no iguales; la misma fe; el mismo modo de crear el derecho las naciones, la guerra; el mismo modo de violarlo las personas, las leyes, injus-

---

[1] Aunque se trata del resumen ofrecido por *X*, consideramos de interés su publicación por ser el primer artículo sobre educación. La crónica comenza así: «El domingo de Ramos explicó a los socios de *La Obra* nuestro compañero Zambrano su anunciada conferencia *Fines sociales de la educación*.

Como el número de socios aumenta de día en día y las conferencias anteriores han sido muy interesantes, el teatro estaba literalmente atestado de socios.

La conferencia empezó a las tres y cuarto y terminó a las cuatro y media.

Comenzó el conferenciante diciendo que no iba a mostrar su contento por el hermoso espectáculo que ofrecen en "La Obra" los trabajadores granadinos; que le entristece todo lo presente y también el próximo porvenir que se aproxima; que los explotados no deben estar satisfechos nunca; porque la satisfacción indebida es causa del quietismo, igual al retroceso.

Añadió que se debe protestar de continuo y combatir siempre que haya oportunidad, no contra las personas que están por encima de nosotros, porque todos los hombres poseemos igual naturaleza, sino contra el régimen social, político y económico."

Publicamos los textos que figuran entrecomillados. (N. del E.)

tas, de un lado, y las leyes incumplidas, de otro; la propiedad antigua aun subsistente; reyes que reinan y algunos que «gobiernan por la gracia de Dios»; el papa, en el Vaticano; el rey de España, si no en Sevilla, Valladolid o Burgos, en Madrid, es igual; todo está, en cuanto a la organización de las fuerzas humanas, casi como estaba hace siglos.»

«¿Que todo va a cambiar pronto, en seguida, de un día a otro? No; «va cambiando todo», sí, pero lenta, muy lentamente. No con la lentitud antigua; pues la vida moderna es muy acelerada, y este siglo representa en la historia del progreso humano más que siglos y siglos pasados. Pero nunca se justa la vida real a los deseos ideales. Y en cuanto a la esperada ¡ójala viniera mañana mismo! revolución social, que encarne en la vida los principios aceptados por la razón...»

Aquí el conferenciante hace una digresión que le servirá para entrar de lleno en el tema de su discurso, diciendo que considera a los obreros granadinos «como una parte de la gran masa de oprimidos de todo el globo, masa que hoy como siempre, forma en las avanzadas de los ejércitos del progreso.»

«Y el progreso humano, añade, no realiza nunca una sola idea. Así, es preciso que sepamos a dónde hemos de ir y que mostremos nuestro propósito con lo que luego ha de resultar.»

«Preciso es declararlo, añade; la satisfacción de nuestras ansias de mejora, la realización de nuestro «derecho al bienestar» es un paso de la Humanidad tan gigantesco, que supone la previa destrucción de todo el orden social presente y la construcción de un orden social nuevo.»

«Venimos, pues, a atacar el mal social en su raíz, en su fundamento, en el conjunto de instituciones, que habrán cumplido un día su misión, pero que ya estorban.»

«No venimos, por tanto, a conseguir un aumento en los jornales, que no transforma la naturaleza injusta del salario, aunque disminuya la extensión de sus consecuencia; ni a fundar unas cuantas cajas de ahorro, mendrugos de la miseria, endurecidos y fríos, al pasar por las manipulaciones propias del capitalismo; no venimos a pedir un día de descanso cada siete días; porque si no se asegura el trabajo de los otros seis días,con el aumento proporcional de los jornales, tal descanso será en muchos casos y para muchos un descanso también del estómago; no venimos a pedir el servicio militar obligatorio, porque entendemos que, lejos de ser universal esta inicua prestación del individuo en pro de intereses antihumanitarios, debiera abolirse en todos casos y para siempre; no venimos, los de España, a procurar una regeneración que, según lo que por ahí muchos predican, no es otra cosa que el perfeccionamiento del

actual régimen capitalista y la perpetuación, a título de indiferente, de una alta institución política, de una baja política, y digo *baja*, porque la monarquía fue engendrada por el monstruo de la fuerza en la noche de la ignorancia, de una institución política, por cuyo beneficio se ha voluntariamente sacrificado la vida de 100.000 españoles, y por cuya conservación se mantienen y se tienen que mantener mil corruptelas, mil injusticias, mil infamias. Esto, aparte de que siendo contrapuestos los intereses de las naciones y padeciendo, por tal motivo, la humanidad toda, nosotros miramos a la humanidad por encima de las fronteras, líneas caprichosas, trazadas por el interés de los reyes y las pasiones de los pueblos, y decimos, como decía un célebre escritor: «No hay patria; desde el uno a otro polo, sólo vemos tiranos y esclavos, opresores y oprimidos».

«Y, claro está, que, si no venimos a nada de esto, tampoco queremos, tampoco consentiríamos un cambio de personas en la sociedad. No deseamos que los ricos de ahora sean pobres y los pobres ricos; porque no somos enemigos de las personas, sino del régimen.»

Hablando luego de la futura victoria del proletariado dice que «será la más grande y la más hermosa de todas las hasta ahora alcanzadas en el planeta; porque no serán vencidos los hombres, sino los intereses; y no intereses secundarios, sino todos los que se opongan a la realización de una gran palabra que cada día va extendiendo un significado: igualdad, igualdad, igualdad».

«No, no somos exclusivistas las grandes masas de obreros que hoy se juntan en todo el globo, como atraídas por la electricidad que el destino engendra para producir la tormenta. No miran sólo su presente. Tienen fija la vista, con la fijeza del profeta, con el sublime trasporte del que, colocado en la cima de augusta montaña, recibe los rayos de un sol que aún no se ha levantado en el horizonte, que aún no ha sido visto por los que viven en la llanura, tienen fija la vista con hipnótica fijeza, en el porvenir de la Humanidad. Porque ese sol, que aún no ha asomado, cuando se asome y traspase la línea del horizonte universal del humano espíritu y se eleve por el cielo de la justicia, más alto que el cielo material de los soles que nos alumbran y llegue hasta la mitad de ese cielo y de allí no se mueva, porque allí quedará clavado perdurablemente por la razón humana, alumbrará con sus esplendorosos rayos a la humanidad entera. Será entera entonces la Humanidad una gran familia, y la tierra, un magnífico jardín.»

«Dice luego que ese destino de que antes habló es el conjunto de causas y efectos que agrupados y dirigidos según las leyes de la evolución dan a la Humanidad un formidable empuje hacia adelante, empuje que, o se obedece voluntariamente como seres racionales, o se obedece sin saberlo, como los árbo-

les a la actividad que les hace crecer y dar flores y frutos, o se obedece a la fuerza, como las olas del Océano en una tempestad al embate del viento que las mueve y las riza de espuma.

«La gran masa proletaria del globo va empujada por el soplo que se cree misterioso, como se cree misterioso todo lo grande y difícilmente comprensible, va empujada hacia adelante, marcha vertiginosamente hacia el porvenir, haciendo que el tiempo vuele más aprisa y llenando todo el espacio d la tierra de la inmensa red que forman todos los individuos con las manos fraternalmente entrelazadas.»

«Pero no va como clase obrera, no va desligada del resto de la humanidad; va como fuerza impulsiva de todo, como máquina que arrastra tras sí el convoy humano... del que será preciso ir arrojando las grandes impedimentas históricas, que todos sabéis.»

«Pertenecemos, pues, a la Humanidad; somos parte integrante del proletariado de todo el globo. Somos solidarios de los intereses de todos los obreros; porque lo que forma parte de un todo, vive, necesariamente, la vida de ese todo.»

«Y debemos pensar que no estamos aquí solamente para mejorar nuestra condición y la condición social de nuestros hermanos. Nos debemos también al porvenir. Debemos elevar nuestro espíritu al ideal de progreso y estar apercibidos de que somos los encargados de cumplirlo.»

«Entre los problemas cuya solución ha de construir el inmediato y general progreso de la Humanidad hay uno de radicalísima importancia: el problema de la educación.»

«La plena educación de todos los hombres será el único medio de que se acelere la revolución social.»

«Recordaréis que dije al principio que veníamos las fuerzas progresivas a atacar el mal social en su raíz, en lo falso, que produce lo injusto. Y ¿cuál es si no la raíz la tierra de que esa raíz se nutre? ¿Cuál es el plano en que asienta el cúmulo de las cosas que estorban? Las cosas viejas que se agarran a la vida, pretendiendo eternizarse, aprovechan la ignorancia de unos individuos, de otros, la falta de voluntad, las pasiones de otros, es decir, procuran aliarse con las cosas que armonizan con su existencia; y de aquí que pretendan evitar el progreso; porque cumplido este les falta tierra y caen, desaparecen, mueren con muerte irredivible.»

«Si lográramos producir una generación de hombres fuertes de espíritu y de cuerpo, de hombres que, sin saber muchas ciencias, conocieran los princi-

pios fundamentales de la ciencia, que, sin ser políticos, tuvieran clara noción de sus derechos; que, sin ser artistas, amaran la belleza; que, sin saber todas las artes manuales, poseyeran los fundamentos científicos y tuvieran el desarrollo de los sentidos adecuados a cualquiera; que, sin creerse dioses, sintieran con toda su intensidad y en toda su extensión la dignidad de la humana naturaleza; libres, por otro lado, de necias preocupaciones, que llevan la confusión al espíritu y la perturbación a la vida, si lográramos producir una generación de hombres así educados ¿sería posible la continuación del actual orden de cosas? No sería posible.

Dice luego que si se cambiara la constitución social, al variar las condiciones del medio de cada persona, también resultarían estas modificadas; serían sus actos distintos. Pero que en la vida real se verifican ambas cosas, actuando el individuo sobre la sociedad y esta sobre el individuo.

«Pues atengámonos a esto. Mientras los adultos mantenemos la protesta colectiva contra la presente, plantemos un jalón en el porvenir educando a las generaciones que han de sucedernos en la vida».

(...)»Vicioso, absurdo, deformador y corruptor de la naturaleza humana es el excesivo respeto a la autoridad del padre y la autoridad del emperador y a las instituciones, costumbres y ciencia propias del país, que imponen los habitantes de China a sus hijos. Así está petrificada aquella civilización, y así, los padres de familia, investidos de tan alto, de tan absoluto predominio sobre sus hijos no tienen inconveniente hasta en matarlos: ¡de tal modo el desquiciamiento del orden natural de las cosas en un lado solamente, las perturba y las trastorna en todos sus lados!

«Viciosa, absurda y deformadora de la naturaleza, era la educación de las repúblicas griegas y del pueblo romano, en donde el estado lo era todo y los individuos sólo eran considerados como hombres, en tanto en cuanto eran ciudadanos; es decir, en tanto en cuanto servían al estado.

Viciosa, absurda y deformadora era la educación que la Iglesia propinaba a sus fieles, en la dilatada noche de edad media; el hombre también desaparece aquí bajo el creyente.

Viciosa, absurda y deformadora es, también, la educación caballeresca, que pone ante la voluntad del hombre, como supremas reglas de conducta, preceptos antirracionales, y muchas veces ridículos.

Viciosa, absurda y deformadora de la naturaleza humana, la educación que, desarrollando exageradamente los sentimientos religiosos, hace que el espíritu se pierda en laberínticas fantasmagorías.

Más viciosa, todavía, más perjudicial, más funesta es la educación jesuítica que, a pretexto de que lo primero es la gloria de Dios y la salvación eterna de los glorificadores, inculca en el ánimo de quien la recibe un soberano desprecio al bienestar terreno... de los demás hombres; pues ellos, como servidores de Dios, se lo merecen todo. Además, cuanto conduzca a la mayor gloria de Dios es bueno y como uno de los mejores medios, el mejor de todos, el único, es la obediencia a los superiores de la orden...; figuraos a qué consecuencias prácticas no lleva el «santo» principio de la educación jesuítica.

También, desgraciadamente, es viciosa,incompleta, si no absurda, y grandemente perturbadora la educación general que por ahí se da a todo el mundo.

Se desconoce por la inmensa mayoría de los padres de familia, y aun por la inmensa mayoría de los educadores oficiales los más elementales principios que rigen el desenvolvimiento del hombre.

Mientras que la educación del cuerpo es deficientísima; mientras ni se alimenta, ni se abriga al niño como es debido, unas veces porque no se puede y otras porque no se sabe; mientras en la educación de la inteligencia se comete el ridículo funesto de querer inculcar al niño ideas que no puede comprender, haciéndole que se aprenda aquellas verdades -o mentiras- que son producto de toda una evolución prolongada del espíritu humano, en cuanto a la educación moral, en cuanto a la formación del carácter del niño, en cuanto a enseñarle a obrar rectamente, se sigue en las casas cada día un principio y de hora en hora se le obliga a seguir al niño máximas contrarias.

«Y conste, prosigue el conferenciante, que no me he parado a especificar, que no he dicho cómo se llena los cerebros de los niños y de los jóvenes de doctrinas en las que nadie cree y que luego no han de practicar ellos, tampoco, preparándolos así a ser falsos, hipócritas, despreciadores de sí mismos. Ni he aludido a las mil antiguallas perniciosas, atavismos disfrazados que les trasmiten unos a otras generaciones; el honor caballeresco, la caridad en pequeño, sin perjuicio de la explotación en grande, la intransigencia en las opiniones, el odio de razas, el respeto a lo presente y la veneración al pasado, como si la humanidad caminara hacia atrás y hubiera que sujetarla.

Bien es verdad que la razón se impone; pero a costa de grandes luchas, ya en lo interior de los individuos, ya entre unos y otros en la sociedad.

¿Y qué efectos inmediatos, personales, producen esas restricciones en la educación?»

Contéstase el orador, diciendo, en resumen, «que si el individuo que recibe una educación falsa, es débil, sucumbe a ella convirtiéndose en autóma-

ta defectuoso, incompleto por prescindir, en algo o en mucho de su racionalidad, que no puede sujetarse a moldes impuestos; si el educando posee un exceso de energía sobre la empleada en someterlo, se desvía la actividad espontánea, porque los caminos naturales se le han cerrado por la educación; desviaciones que se llaman el vicio, la corrupción; perversión, en suma.»

Cita nuestro amigo dos ejemplos en confirmación de esta teoría. «Los niños son aficionados a los dulces, porque su organismo, que pierde más calor que un organismo ya desarrollado, necesita del azúcar, que al descomponerse en nuestro interior produce calor.

Se le prohibe al niño comer dulces. En primer lugar se le priva de un alimento que necesita; en segundo, el día que el niño ve ante sí muchos dulces, se atraca de ellos y le hacen daño. En otro orden de cosas suceden hechos semejantes con el ascetismo de los conventos: desequilibrio y enfermedad, si se siguen las reglas de las órdenes rígidas; si la corrupción de un siglo traspasa los muros de un convento, centuplica allí su fuerza; *la reacción es igual y contraria a la acción*.»

Hablando ya de la educación primaria que, por ser la más general y la más decisiva, es la que con mayor urgencia reclama una mejora y aludiendo a los términos contradictorios que hoy se debaten en Pedagogía, promete hacer una memoria o libro sobre ello, que dedicará a *La Obra* y entregará allí el original para que se estudie y debata.

«Aceptemos, ahora, lo que todos aceptan. Es indudable que la verdadera educación tiene por fin preparar al hombre para que *viva su vida completa*, como hombre y como miembro de una sociedad civilizada.

Sienta luego el conferenciante el derecho del niño a la educación, y pregunta enseguida:

«¿Quién es el encargado de realizar ese derecho?»

«Los padres de familia, se me dirá. ¿No son, por la ley de la naturaleza, por preciso resultado de constitución de la familia, por imposición de la sociedad los llamados a criar y a educar a sus hijos?»

«¿No los han traído a la vida? ¿por qué no prepararlos para la vida?»

«Pues no, compañeros. Los padres, dado el actual estado social, no «pueden» educar a sus hijos y lo que «no se puede no se debe». Sobre lo que es imposible no puede establecerse ningún precepto».

«Y no pueden, porque la obra educativa no es obra del instinto ni debe ser guiada por la rutina ni practicada por la ignorancia.»

«La obra educativa es obra científica: es la aplicación de los conocimientos adquiridos sobre la naturaleza del hombre, en el hombre mismo, con el fin de que pueda realizar su naturaleza humana en la vida social.»

«Decía un célebre escritor francés que el padre que no ha de saber educar a sus hijos no tiene derecho a engendrarlos.»

Pero resulta, compañeros, que aunque no tenga derecho, los engendra.»

«¿Y qué hacemos luego con esos pobres seres, que, cualesquiera que sean los derechos y deberes de sus padres tienen ellos el derecho a seguir viviendo, desde el momento mismo en que viven?»

«El derecho del niño a la educación está por encima de todo derecho, porque el derecho a la educación no es sino la ampliación, el complemento del derecho a la vida.»

«Y si no los padres ¿quién es el encargado de hacer que se cumpla ese derecho y cómo ese derecho ha de realizarse?»

«¿El Estado, quizá? ¡Ah! No compañeros. Ninguna de las cosas que hace el estado resulta bien hecha. El Estado es como el caballo de aquel guerrero, que donde ponía la planta no nacía más yerba.»

«Mirad lo que hace el Estado en las Escuelas, institutos y universidades.»

«Verdad es que hoy no se abroga el Estado el imperio absoluto de la educación primaria pues las escuelas de primeras letras no son centros de educación completa sino de instrucción deficiente, con la menor cantidad posible de educación intelectual.»

«Pero es que si quisiera abrogarse por completo la facultad educadora no podría hacerlo. Porque ¿sabéis lo que supone la educación completa, y la educación si no ha de ser completa, vale más que no sea ninguna otra que la espontánea, porque la educación incompleta deforma la naturaleza, como antes he dicho?

Pues la educación completa o integral es la educación del cuerpo, la educación de la inteligencia, la educación de la voluntad y de los sentimientos.

Al cuidar del desarrollo físico ha de intervenir en el alimento, ha de proporcionar el vestido, ha de velar el sueño, ha de presidir el juego, ha de regular el trabajo fortaleciendo los aparatos del organismo físico, conservando la salud, y previendo las enfermedades; al excitar el desarrollo intelectual, ha de dirigir y fijar la atención, ha de aclarar el juicio, ha de racionalizar la memoria y la fantasía, y ha de libertar en lo posible la razón del influjo de las pasiones, constituyendo al mismo tiempo, la enseñanza en el cerebro del edu-

cando de tal modo, que se haga propiedad del individuo para que puede hacer de ella un uso libre y consciente; al encauzar el desarrollo moral, ha de despertar y regular las emociones, ha de guiar los afectos, ha de contribuir a la formación del carácter y ha de poner en claro la peculiar vocación del individuo, con lo cual se establece el compromiso ineludible, de darle su lógica satisfacción en la práctica; al dirigir el desarrollo estético ha de perfeccionar los sentidos, ha de alimentar y depurar el gusto de lo bello, ha de despertar la aspiración a lo sublime, ha de provocar y auxiliar las manifestaciones del arte; sin que pueda perderse de vista en punto alguno de esta inmensa labor, las condiciones generales de la naturaleza humana y las particulares de cada educando, pues hay que aplicar en todo y en cada momento la máxima suprema de seguir a la naturaleza.

¿Cómo van los estados modernos a decretar esa educación?

Tendrían que crear grandes establecimientos adecuados a esa tarea, tendrían que formar un profesorado competente, y se verían obligados luego, a imponer una contribución progresiva, para que los hijos de los pobres pudieran recibir la educación con la misma plenitud que los hijos de los ricos.

¿Cómo van los estados modernos a alzar una institución tan vasta, tan compleja, tan perfecta?

Los estados modernos tienen que mantener, por la corrupción y la mutua complicidad de las clases directoras en todos los órdenes de la vida, el gran cúmulo de enormes injusticias, de absurdos privilegios, de estúpidas rutinas, que son como el sedimento del egoísmo de mil generaciones; sedimento que al fermentar en la sociedad, convierte el dulce juego de la vida en áspero vinagre.

¿Ni cómo habíamos de consentirles a los estados actuales, que ejercieran un cesarismo mucho más peligroso que el cesarismo político, pues que se ejercería en las fuentes mismas de la corriente social?»

«Yo he defendido, otras veces, que mientras exista el Estado, y puesto que es, según dicen, el encargado de hacer que se realice el derecho de todas las personas sin pretender por su parte derecho alguno, fuera el encargado de realizar el derecho del niño a la educación.

Pero esto, que tal vez lo haría un estado socialista, aun sabiendo sus representantes que tal legislarán que era un acto suicida del estado no puede hacerlo, ni queremos que lo haga, aunque pudiera el estado actuar.

¿Quién, entonces, va a encargarse de preparar para la vida a las nuevas generaciones?

La sociedad, no por sí misma, porque la sociedad cuando educa sin saberlo, cuando educa la masa anónima, la brutal mayoría, el medio pesado de la vulgaridad dominante, educa mal, muy mal; como es mala madre, es pésima maestra; no, pues, la sociedad en masa, sino grupos sociales penetrados de las ideas educativas, y delegando en quienes sepan y puedan cumplir esa misión: que los que sepan y puedan cumplir esa misión no han de ser los representantes de la sociedad, sino de la ciencia; los mandatarios del vulgo, sino sus guías; no los discípulos de toso, sino los maestros de cada uno.

Y de este modo se perfecciona la educación de la familia, prescindiendo de la instrucción del estado.

Por eso habéis pensado bien al proponeros la creación de escuelas para educar a vuestros hijos.

Pero cuidad lo que hacéis. No vayáis a erigir una institución ridícula, unas escuelas al molde y patrón de las escuelas oficiales.

Es preciso estudiar y pensar bien esto.

Yo os pido que la comisión que para ese objeto ha nombrado la directiva oiga las opiniones de quienes puedan darla de entre nosotros y aun pida consejo a aquellas personas que más han demostrado en España conocer estas materias: a Rafael María de Labra, el político que más ha pensado y ha dicho sobre educación; a González Serrano, filósofo y demócrata, autor de libros magistrales sobre los asuntos que estoy tratando; a Agustín Sardá, hombre cultísimo, de limpia historia en los partidos republicanos, director de la E.N. de Madrid; a Azcárate, Pedro Dorado, Altamira, Unamuno, sapientes catedráticos, fustigadores de la enseñanza oficial; a Alcántara García, gran difundidor en España de la cultura pedagógica europea y director de una importante revista de educación y enseñanza; a Giner de los Ríos y a López Catalán, en suma, cuantas personas están penetradas de la ciencia de educar. Ninguna negará su concurso a tan grande obra como la que aquí proyectáis.

Y si tenéis que levantar grandes edificios, adquirir útil mobiliario, costear buenos maestros, si es necesario que sacrifiquéis algo de vuestro escasísimo bienestar en beneficio de vuestros hijos ¿por qué cosa mejor?

¿Seréis peores que los burgueses, que se pasan la vida acumulando riqueza para legarla a sus descendientes?

Legadles vosotros a los vuestros la riqueza que más vale: «cuerpo sano en alma sana».

Recordando lo antes dicho sobre la solidaridad de los obreros, dijo el conferenciante que si los de Granada hacían algo grande y duradero, no dejarían de tener imitadores.

Pensad, continuó, «que si, en general, educación es perfeccionamiento y perfeccionamiento es felicidad, educación significa para nosotros la revolución de la paz acercada, la ciencia aproximada a la vida, la vida realizándose en la justicia.»

Termina nuestro compañero su conferencia con una alegoría de este período de transición por que atraviesa la humanidad en todas las direcciones de su vida, de la terminación del mismo período gracias al trabajo y la ciencia, y del estado de la humanidad y del planeta después del triunfo.»

X, 18/4/1900. Reseña de la Conferencia pronunciada en el teatro Alhambra.

Educación Integral...?

No pretendemos negar aquí la existencia teórica de la educación integral, ni su posible realización en un medio adecuado; aunque mucho pudiera decirse sobre la gran complejidad de ideas que integran ese concepto; complejidad que si es reductible a una síntesis lógica en el libro tal vez no lo sea en la realidad; pues es muy difícil que obra tan delicada, a la vez científica y artística, metódica y variable, intencionada y *sumisa (sequere naturam)*, donde no hay materia inerte sobre que actuar, donde el agente educativo -el educador- no es sino un medio, mientras el sujeto, el objeto y el fin se compenetran en una sola unidad -el educando- o en ella cruzan, al menos, las esferas respectivas de su contenido ideal, llegue a cumplirse de una manera cierta, no en la universalidad de los casos, en uno solo.

Y, apartándonos de las generalidades, tampoco queremos decir cómo están todavía en litigio multitud de cuestiones inseparables de la práctica de

toda educación y que exigen ser resueltas definitivamente y a gusto de todos, antes de plantearse un régimen de educación integral. El laicismo, o el catolicismo; el juego o la gimnasia; el castigo como expiación, o las consecuencias naturales como correctivo; el cesarismo del Estado, o la libertad del individuo; cuestiones sobre las que cada uno puede emitir su opinión, precisamente porque nada hay resuelto sobre ellas.

Dicen los ateneístas de Valencia que los pedagogos fácilmente se avienen a una transacción entre tan importantes extremos. ¡Si no pueden avenirse, aunque quieran! ¿Cómo ha de conformarse un católico con que no se enseñe su religión en las escuelas? ¿Cómo de salir de manos de un discípulo de Spencer el niño, como saldría de manos de un correligionario de monseñor Dupanlour?

Y con respecto a las varias esferas en que la educación, sin perder su unidad, se considera dividida, se nos ocurre preguntar: ¿A quién seguimos en la cultura de la inteligencia; a los ingleses o a los alemanes? ¿a los filántropos o a los egoístas, en la dirección de los sentimientos? ¿en la formación de la voluntad, a los deterministas o a los arbitristas? Finalmente, ¿excitamos el vuelo de la fantasía, o lo cortamos?

Yo opino... ¿pero qué importa lo que yo opine, ni lo que opine nadie? Se trata de *hacer* algo, y de hacer algo desde las alturas del poder, desde el Sinaí del Estado. Nosotros preguntamos: ¿qué va a hacer, qué va a decretar el Estado sobre una cuestión, cuyos términos empiezan ahora a ordenarse?

Mas pasemos de esto. Supongamos que todo el mundo está conforme en los principios, leyes, métodos, procedimientos, modos, formas y maneras de una educación integral. Se trata ya solamente de realizar en la práctica lo definido en la teoría.

No se negará que tiempo y espacio, en ajuste adecuado a la obra de que se trate, son condiciones esencialísimas para la realización de la misma. Determinemos, pues, la cantidad respectiva de ambos medios; o lo que es igual, la amplitud de esas formas para que puedan contener la traducción en lo real de las ideas que implica esta palabra; educación integral.

Esta educación, por dirigirse al cuerpo y alma, con todas sus múltiples funciones tiene que ocupar *todo el tiempo del educando*.

Al cuidar del desarrollo físico, ha de intervenir en el alimento, el vestido, el sueño, el juego; al excitar el desarrollo intelectual, ha de constituir la

enseñanza; al dirigir el desarrollo moral, ha de guiar los efectos, ha de regular las emociones, ha de contribuir a la formación del carácter; por encauzar el desarrollo estético, ha de alimentar y depurar el gusto de lo bello, ha de despertar la aspiración a lo sublime, ha de auxiliar las manifestaciones del arte. ¿Cómo realizar todo esto, si el educando no está constantemente sometido a la influencia educadora? Tiene que ser la educación integral -su nombre lo dice- tiene que ser *única* pues no puede ser *total*, si no es *sola*. Consiste tal educación en el desarrollo *intencionado y metódico de todas* las fuerzas de naturales del niño, *conservando en estas su natural armonía*. ¿Cómo ha de conservarse la armonía de todas las facultades del niño, cómo ha de realizarse la intención de la obra educativa, si al lado de eso obra existe un cúmulo de influencias contrarias? Y es indudable que el educando come, y duerme, y permanece varias horas del día alejado del centro educativo, recibe necesariamente otra educación distinta, y a veces contraria, a la supuesta educación integral de la escuela.

Y en cuanto al espacio en medio del cual la obra educativa se realice, ha de ser tan amplio cuanto se necesite para la total vida del niño, ha de reunir condiciones higiénicas casi perfectas, y ha de estar poblado de utensilios y toda clase de objetos propios de la educación y la enseñanza.

Terminaremos con una pregunta: ¿Creen los señores del Ateneo de Valencia que es posible decretar, hoy, en nuestra patria ni en parte alguna, la educación integral obligatoria?

Nuestro humilde parecer sobre tan importante cuestión es que no puede realizar tan hermoso pensamiento sino una república socialista y autoritaria.

Blas J. Zambrano
El Heraldo Granadino 8/12/1899)

V.- Semblanza de Pascual Santacruz[1]

Lo que es Pascual Santacruz

Pregunta *El Triunfo* que quién es ese que se titula Pascual Santacruz Revuelta. ¡Cómo si a Pascual Santacruz no lo conociera nadie!

En Granada solo y en unos seis años que hace empezó a escribir nuestro amigo, *ha publicado más de cuatrocientos artículos originales y firmados*. ¿Le parece poco a *El Triunfo*?

Es además aquí conocidísimo, por la gran brillantez con que cursó y terminó su carrera de abogado y casi terminó la de Filosofía y Letras.

En su hoja de estudios, hay 30 notas de sobresaliente y 14 premios.

Cuando entró en quintas la Universidad le concedió una honra, que pocos o quizá ninguno haya alcanzado en mucho tiempo. Y fue redimido del servicio militar.

¿Quién es Pascual Santacruz prescindiendo de sus títulos oficiales y de su fama en la sociedad?

Es un hombre, no ya honrado en el sentido vulgar de la palabra, que eso lo es cualquiera, sino un hombre heroico.

Tiene su heroicidad como todas las grandes cualidades humanas, algo de espontaneidad fatal, incontenible por parte del mismo sujeto.

Pero Pascual no se arrepiente, en los momentos de frío y detenido autoexamen de su conducta general. Está satisfecho de ello y acepta sin vacilar todas sus consecuencias.

---

[1] Nacido en Barcelona en 1871.Debió morir por los años en que Blas Zambrano estuvo en Granada. De 1899 se conservan en *Heraldo Granadino* y *Unión Escolar Granadina* una treintena de artículos suyos (N. del E).

Consiste esta heroicidad en una cosa rarísima y que está dicha con tres palabras: no tener careta.

Dice *El Triunfo* que el pensamiento *adaptarse a un medio social o político que pugna con nuestras honradas convicciones es la mayor de las cobardías. Saber la verdad y no tener el valor de proclamarla, ser bueno y transigir con los malos, es cosa que no comprendo, que no siento, que no haría nunca, porque la mayor imbecilidad es pretender engañarse a sí mismo*, publicado en X por Pascual Santacruz, retrata a su autor de cuerpo entero.

Tiene razón *El Triunfo*.

Por eso, por no transigir, con lo que cree falso, y por falso malo es por lo que Pascual Santacruz escribe incesantemente.

Y escribe por lo menos en ***X***, con absoluto desinterés y generosidad.

Santacruz sabe que ***X*** no puede darle más que disgustos. Sin embargo a ***X*** ha venido espontánea y generosamente; en ***X*** ha sido cordialísimamente recibido y en ***X*** continuará todo el tiempo que quiera, aunque a alguien le pese.

Hay muy pocos hombres que teniendo que luchar por la existencia en las pésimas condiciones de Santacruz, lo haga con la noble independencia, con la fiera altivez que es la nota saliente de su carácter excepcional.

Demasiado sabe Santacruz que no se medra en nuestra patria y en el miserable tiempo que atravesamos con sostener y defender las ideas que él sostiene y defiende.

Los artículos de Santacruz, admirables muchos de ellos por su fondo, hermosos todos en su forma, no son a propósito para prólogo de credenciales ni para recomendaciones a ninguna autoridad oficial de cualquier índole que sea.

El clericalismo priva hoy. Y lo primero que se le dice al que no sigue la *moda* es que *no sea tonto*; esto es, que no sea sincero, que no tenga el valor de sus convicciones, que ponga en venta su conciencia y cuelgue su pluma... o la venda también.

El que no siga estos consejos dictados por la vulgar conmiseración, el que teniendo que buscarse el pan del porvenir, combate en las filas avanzadas podrá ser *loco o tonto* según el vulgo. Pero esas palabras se sustituyen en el no vulgo, por las palabras honradez, independencia, virilidad; y la historia da a esos necios o locos los calificativos de héroes o mártires.

Pascual Santacruz es uno de los pocos hombres que permiten hacer estas consideraciones, cuando de ellos se habla.

Al contemplar tanta miseria alzada por la estulticia colectiva, a presidir o influenciar la vida de los pueblos en cualquiera de sus más altas manifestaciones lanza sobre ellas juicios severísimos hasta crueles.

Místico enamorado de un porvenir de paz y de justicia, no encuentra mejor manera de servir al objeto de sus amores, que haciendo una guerra implacable a su único enemigo, la mitad del presente o el presente conservador de lo pasado.

No es profeta sino crítico. La forma de su pensamiento es la negación. Pero como lo que niega son negaciones -fanatismo, tiranía, ignorancia, inmoralidad en todos sus matices- brotan de semejantes negaciones afirmaciones consoladoras y fecundas.

Pascual Santacruz es brutalmente sincero, horriblemente franco. Imposible en él la adulación, la sumisión servil, ni aún el prudente silencio.

Cuanto piensa lo dice. ¿Que perjudicará a alguien, algunas veces? No muchas; porque no es maligno, no tiene el corazón, a pesar de haber recibido múltiples heridas, predispuesto al mal.

Por el contrario, cualquiera que lo estudie, que se fije en él, siquiera comprenderá, verá claramente que Pascual tiene un alma predispuesta a la benevolencia, a la confraternidad, al amor.

Por lo mismo que ha sufrido mucho y por lo mismo que pocos lo comprenden, ese noble espíritu tiene sed de cariño, de afecciones nobles y desinteresadas y hambre de sinceridad ajena, que se compenetre con la sinceridad propia.

Pero, en suma, si las franquezas de Pascual Santacruz perjudican a alguien algunas veces, más le perjudican a él. Y él lo sabe. Y no quiere enmendarse; porque no quiere hacerse grato a los demás a cambio de hacerse ingrato a sí mismo; porque no quiere ascender en la sociedad con los *méritos* de la hipocresía.

Y hace bien; porque le sobran fuerza y armas -inteligencia y cultura- para luchar y para vencer.

No quiero decir que quien no sea tan franco como él, sea un hipócrita porque no todos los caracteres son iguales. Lo que en unos es natural, es en otros artificioso.

Y, ahora, un *palito*. Efecto, quizá, de los muchos sinsabores sufridos, de los muchos desengaños experimentados, de las muchas miserias observadas, tiene nuestro amigo una propensión exagerada, que ostensiblemente y con fre-

cuencia se manifiesta, a desconfiar de todo y de todos. Resulta un tanto puntilloso y suspicaz, y poco benévolo para las faltas de amigos y enemigos. Y como a esta condición reúne un carácter violento y absoluta sinceridad en sus palabras, no es extraño que quien no lo conozca a fondo se disguste con él.

¿Remedio para este mal? Como la enfermedad no es constitucional, sino adquirida en el trato de los hombres, yo creo que Santacruz se irá corrigiendo cuando trate largamente a varios amigos *que lo comprendan*.

Nada hemos de decir de su gran cultura, adquirida merced a su constante amor al estudio y a sus envidiables dotes intelectuales.

Rápido en la concepción, preciso, tenaz y fiel en la conservación de los conocimientos adquiridos, de fácil e ingeniosa palabra, reune en grado eminente las cualidades más importantes del orador. Su conversación viene a formar una serie de pequeños discursos todos ellos *taquigrafiables* y publicables.

Su personalidad entera se retrata en su estilo. Enérgico, sin llegar a ser áspero; conciso, sin ser oscuro, brillante sin llegar a florido; o lo que es igual, severo, armonioso, claro, y reuniendo en admirable síntesis la concisión y la amplitud relativas.

¿Sus ideas? ¿Quién las reúne todas? El cree en el derecho y ama sobre todas las cosas el deber.

En Filosofía no llega al positivismo, ni al anarquismo en política, ni al ateísmo en religión.

De su moral práctica diremos que se aprecia lo bastante para no hacerse indigno de sus convicciones, y no tanto que desprecie a los demás.

Es orgulloso en cuanto a su personalidad íntima y constante a lo que es eterno en él según diría un racionalista; pero no pone su amor propio en nada particular y de detalle.

Es ya un articulista veterano y aun duda sobre la merecida publicidad de sus trabajos, y se presta gustoso a que se haga en ellos cualquier modificación no fundamental.

Dicen que es mordaz. No. Es bromista risueño y sin malicia, unas veces; otras, austeramente y con terrible fiereza franco.

Pero su franqueza es un tributo y hasta un sacrificio que rinde y ofrece a la justicia, no un arma de ofensa personal premeditada.

En suma, yo creo que Santacruz se abrirá paso, sin que él lo pretenda.

Siguiente

Creo que es uno de los jóvenes llamados a colocarse en vanguardia, cuando la generación a que pertenecen haya llegado a la madurez de la vida y a la plenitud de dominio.

Y lo creo así porque Santacruz tiene bondad y tiene talento.

Ese es Pascual Santacruz.

No creo haber exagerado en nada. Por el contrario, tengo la íntima convicción de haber estado sobrio en el elogio y superficial en el análisis.

B.J. Zambrano
Periódico ***X*** 20 febrero 1900

Egolatría

A Pascual Santacruz, *sin adjetivos encomiásticos, porque él se los merece todos y yo carezco de autoridad para darle ninguno, dedico este trabajo*

Consecuencia fatal de la misantropía, en quien no haya matado con serena introspección, referida a un ideal super-humano, la innata estima de sí propio -que traería como secuela final el suicidio-, es la egolatría.

También puede haber sido esta construída en medio de un superficial optimismo, formándose uno de sí propio altísimo concepto, bien sea por la contemplación imaginativa -que amplifica como la emocional contrae- de las propias cualidades humanas, o por una comparación apasionada de estas con los defectos y vicios de los demás. Propio lo primero de los solitarios -por condiciones de su vida, no por determinación de su voluntad. Ejemplo, los adolescentes virtuosos. Muy conforme lo segundo con la ligereza de juicio de los analfabetos que cultivan el trato social.

Pero no hablo aquí de esa egolatría que pudiéramos llamar directa y casi espontánea. Hablo de la egolatría reflexiva y casi espontánea. Hablo de la egolatría reflexiva y *necesaria* de los que, despreciando a los demás siguen en la vida; pues vivir despreciando a todos y a sí mismo no es concebible, o no puede, al menos, ser sostenido como regla que comprenda a muchos.

La egolatría reflexiva, sistemática, -aunque llegue a afectar caracteres pasionales- sólo puede ser hija de la misantropía, y tiene que ser hija suya.

El joven mediocre, que falto de comunicación frecuente íntima y extensa con la sociedad, se cree un *poligenio*, capaz de ser general invencible, estadista feliz, poeta divino, orador triunfante, tenorio irresistible, cuando va observando a medida que se introduce en el mundo, cómo entre las demás personas hay muchas que tienen valor igual al que él se atribuye, o trazan planes de batallas como las que él ganó sobre el mapa, o difunden ideas políticas originales, o poseen en alto grado el sentimiento de la belleza, y producen expresiones artísticas, emiten frases relampagueantes, y sostienen conversación seductora, va limitando el concepto que de sí mismo tenía, si no en su comprensión, en su extensión relativa a la Humanidad.

La audaz mirasabidilla que nota y afea defectos de pronunciación en sus amigas; la rabiosa solterona que ve con malos ojos y peores pensamientos, bellezas incompletas pero triunfadoras; el petimetre vanidoso que ríe observando en el traje del que pasa defectos de adaptación a la moda; el hortera cortesano que se entristece por la omisión que haga su parroquiano predilecto, de cualquier fórmula social, ni son misántropos, ni ególatras; no odia lo humano, y se profesan a sí mismos una sencilla adoración dirigida a cualidades vulgarísimas. No se creen superiores a los demás positivamente, sino por negación, por ser impecables.

La egolatría, como yo la entiendo, es propia de los que fueron filántropos, altruistas, universalmente humanitarios, modestos, con la modestia de juzgar a los demás por sí mismos; vanidosos sólo en el placer sencillo, experimentado, más por la benevolencia supuesta de las alabanzas recibidas que por las alabanzas como exacta expresión de sus méritos; de los que fueron así, y se trocaron, al contemplar las miserias humanas, primero en pesimistas para lo general, mas conservando todavía un excepcional optimismo para cada una de las personas que trataban, y, luego, al demostrarle aquellas sus lacerías y adelantar algunas hacia él, hasta herirlo, los ángulos defensivos de su personalidad, el pesimista ha ido transformándose poco a poco en misántropo incurable.

Y, ya en tal estado, comenzará a revisar los juicios que anteriormente formara sobre sus semejantes; y como estos juicios son comparaciones de sí mismo con los demás, resultará de tales rectificaciones indirectamente exaltado.

Esta exaltación apoyada en el innato e imprescindible amor a sí mismo, toma vuelos casi infinitos, no sólo por lo acabado de indicar, sino por ser ya la ocupación casi única del cerebro, la obsesión agigantadora.

Que este proceso de remoción intelectual y moral por la potencia observadora y el espíritu sistemático, y la sensibilidad exquisita que exigen, no puede ser cumplido, sino por hombres superiores, es evidente, casi de sentido común. Hay pocos Alfredo de Vigni y Schopenhauer; si bien puede decirse que todo hombre de verdadero talento ha soñado alguna vez con su *torre de marfil*, y ha formulado aforismos schopenhaurianos.

Pero no es solo necesario para ascender a Dios de sí mismo un gran talento, sino que tal religión envuelve grandes sacrificios. Ese Dios, como todos, pide holocausto. Pide el holocausto de la vanidad -desdeñar el aplauso- de la ambición -despreciar el poder- de todo cuanto instintivamente nos halaga.

La egolatría, en suma, es una desviación, una perversión de los espíritus fuertes, provocada por obstáculos groseros puestos en el camino que aquellos naturalmente debieran seguir.

Blas J. Zambrano

LA UNION ESCOLAR GRANADINA
10/1/1901, año VI, nº 2

Proyecto de Novela

Román y Julia

Es de noche. Un viento fuerte que arredra en el mar a los hombres y abate los árboles de la colina, cuya pedregosa falda baten las olas con creciente furia, sopla huracanado. Las ventanas de humilde casa, en lo más alto del montículo situada como garita de vigilancia de los huertos que a una y otra ladera se extienden, pugnan por abrirse y dar paso al huésped importuno. Vivos relámpagos alumbran por momentos el paisaje con luz medrosa que parece surgir súbitamente de ignotas profundidades, ofreciendo magnífica muestra de la vida, en medio de las sombras de la muerte.

En el interior de la casita, unos cuantos leños casi apagados en el hogar sin chimenea, difunden pálida claridad, que alumbra desnudas paredes, suelo pedregoso, ahumada techumbre de palos y tablas formada, varios asientos de corcho distribuidos sin orden y un mal camastro: vulgaridad y miseria.

Pero aquella vulgar miseria resplandece; por aquella atmósfera se esparcen vibraciones armoniosísimas; aquel mísero fuego ilumina algo más que groseros muebles. La tempestad que ruge fuera y combate las cuatro paredes miserables que forman la casa, aprisiona en el interior de esta a dos seres que la desprecian, la repelen y la aíslan a su alrededor con la sublime indiferencia de la felicidad inteligente; dos seres que prescinden de todo, por encontrarlo todo en sí mismos, o uno en otro.

En la cercana penumbra del hogar ocupan dos rústicos asientos.

¿Quiénes son? El dúo eterno que amor forma. Un *él* y una *ella*.

Ella, es aquí una jovencita rubia, delicada, fina, de esbelto talle, rostro bellísimo de aniñada expresión, piel muy blanca y transparente; ojos grandes, abiertos, de color azul oscuro y de mirada diáfana, dulce y viva; la irreprochable cabecita que podría servir de modelo a un Fidias, primorosamente adornada de cabello entre castaño y rubio, abundante y sedoso, cayendo por las espaldas en ondas suaves.

El, de cuerpo alto, facciones correctas algo pronunciadas, amplísima y abultada frente, diciendo inteligencia; ojos negros, de mirar unas veces grave y profundo otras, animado y fosforescente, y siempre fijo, inquisidor y sugestivo.

Ella tendría 16 años. El, 18.

Estaban los dos bien vestidos; su aspecto era de natural distinción; sus modales, correctos.

¿Por qué se encontraban allí, solos, en aquel lugar apartado, a las altas horas de aquella noche, oscura y tempestuosa?

Habían ido en alas del gentil cieguecito, eterno inspirador de interiores resoluciones, que a lo exterior se traducen apenas iniciadas, para revolverse luego, en el tranquilo goce de la vida, vivificada por el alma amor, o en febril desesperación o deprimente tristeza; que ya producen la descomposición de la luz divina del cerebro en irisadas gradaciones de continuidad y cambio infinitos, ya la transforman en dinámica electricidad tempestuosa.

Ellos se querían mucho. Pero alguien se oponía a su cariño. La política de campanario que motivaba africanos odios en las respectivas familias, era la pretendida muralla de la China, interpuesta entre la recíproca atracción de los enamorados. Pero ¿qué muralla por sólida que sea, no atraviesa esa doble corriente magnética que llamamos amor correspondido? ¿Qué tenían que ver los muchachos en las *graves* cuestiones políticas, si se amaban.

¿Y por qué se amaban? Porque se amaban; ¿os parece poco? O porque creían amarse; que aun siendo menor causa, es aún la bastante pare ser efecto de la misma.

La oposición de aquellos políticos ilustres, que aplicaban gran parte de su actividad y ponían todo su amor propio en el nombramiento de un juez de paz, que más bien resultaba de guerra, o en el repartimiento de contribuciones, arreció formidablemente con motivo de unos asuntillos de la clase que dejamos señalada.

Y, es natural; como las fuerzas comprimidas buscan su expansión, el amor contrariado buscó libertad.

No elige sitio. Lleva en sí mismo espacio y tiempo, rellenos de luz y de armonías.

Y allí estaban mirándose uno al otro, en pleno éxtasis de nuestra admiración; entusiasmados por encontrarse solos, mirándose fijamente, mirándose... Para eso se había él escapado con su novia; para mirarla, sin que nadie perturbara su muda idolatría.

II

Se casaron.

III

Se avinieron las respectivas familias.

IV

Julia tenían un primo.

V

Era una hermosísima tarde de verano. El sol, desapareciendo por Occidente, enviaba los últimos rayos de su luz a las altas capas de la atmósfera, difundiéndose luego en una claridad limpia y suave que *espiritualizaba* el espacio y parecía extender el espíritu.

En una habitación, primorosamente adornada, hay un lecho suntuoso, frente a un balcón abierto, desde el que se divisa huertos de naranjos a un lado; al frente abrupta montaña de obscuro verdor vestida; al otro extremo un extenso valle, interrumpido por collados, cubiertos de encinas espesas y corpulentas, y barrancos con los bordes superiores de su cauce llenos de verdes zarzas y rosadas madreselvas y allá, al final, una cadena de montañas dispuestas en anfiteatro, cuyas últimas alturas se confunden por su color con el azul del cielo. De varios cinamonos y árboles del paraíso, allí cercanos, entra a invisibles raudales el aroma por la abierta ventana.

Sobre aquel lecho, rodeado en lo más próximo de obras de comodidad y lujo y enseguida, por las obras más espléndidas de la naturaleza, dibújase una sombra inmóvil.

No es nada, ni sombra siquiera; es una muerta.

Debió sonreír muchas veces, como parecía indicarlo unas leves hendiduras marcadas todavía en las ya pálidas mejillas. Aquellos ojos grandes, abiertos aún y vidriosos, debieron reflejar un alma apasionada, alegre y juguetona.

Pero la belleza se adivina en aquella cara, más bien que se ve.

Lo que se ve ahora es la múltiple marca de un dolor complejo e inquietísimo que debió afectar en los últimos momentos de aquel ser.

Junto al lecho mortuorio, sentado en una pequeña butaca, está un hombre joven, de correctas facciones, algo pronunciadas, de amplísima y abultada frente, diciendo inteligencia, de ojos negros... Su mirar no es grave y profundo ni animado y fosforescente, pero sí hosco, fijo, cruel, salvaje.

Este hombre es aquel jovencito de los 18 años. Aquel cadáver es el de quien fue un día la jovencita de los 16 abriles.

Se nota en la actitud y expresión de la joven la dureza y la frialdad del acero.

Debía estar poseída de una loca obsesión.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo aquella enamorada pareja, que conocimos escapada de un medio moral tempestuoso, y rodeada de otra tempestad material, pero viviendo en un cielo espléndido y sereno, creado por su mutuo cariño, se nos ofrece ahora, rodeada de los esplendores del lujo y de las bellezas del universo, pero ya deshecho el cielo de su común existencia y desunida ella para siempre, por la eterna desaparición de su mitad más hermosa?

¿Por qué la eterna discordancia entre la vida de estas personas y el medio que las rodeaba?

¿Qué proceso interior, divergente del exterior proceso, se había verificado en esa tercera vida que resulta de la combinación de dos vidas?

Porque ellos se quisieron, se juntaron, se casaron, eran ricos. Y, sin embargo, aquella sombra que había sido Julia, presentaba la múltiple marca del dolor de la vida en la impasibilidad de la muerte cual sello de hierro enrojecido marcado sobre losa de hielo infundible. Y junto a su cadáver no llora compungido el joven que antes la miraba extasiado. Su mirada es hosca y la tiene fija, no en ella, en un punto del espacio, como si allí encontrara la concentración de un mundo, o como si allí pretendiera vaciar, vaciar en la nada, el mundo interior de su conciencia; mirada que revela crueldad y salvajismo. Y la expresión de su rostro y la actitud de su cuerpo hacen pensar en la frialdad y dureza del acero bruñido, siendo su mirada los rayos luminosos concentra-

dos de ese acero. Para decirlo de una vez. Hacía surgir aquel hombre, a quien lo contemplara fijamente y por medio de una asociación de ideas e imágenes adecuadas, el fantasma de una estatua de acero bruñido, vestida de una luz fría que fuera aumentando en intensidad hacia el rostro para salir, por último de las oscuras pupilas en forma de rayos incoloros, cristalinos, semejantes a finísimas agujas de un hielo muy duro que al ser tocado quemara, que al ser fijados en algo, ese algo ardiera con invisible llama, se redujera a cenizas y las cenizas se aniquilaran.

Y aquel cadáver, más que cadáver parecía una estatua del dolor; y como el dolor es expresión de la vida, aquel cadáver vive. Para quien la vida -dolor- sea buena aquel cadáver es allí la bondad; y como aquel vivo representa lo contrario -salvaje alegría de la venganza satisfecha- aquel vivo es allí el muerto, es allí lo malo. Pero como este realmente vive y la otra realmente muere, la vida, que vence a la muerte, es mala; y la muerte, vencida por la vida es buena.

Lector, nos extraviamos. Ibamos diciendo qué había ocurrido en aquel joven matrimonio.

Te lo contaré lisa y llanamente.

Así que Román y Julia se unieron con el deber ineludible de no separarse jamás, desapareció en ellos, como por encanto, aquel amor nacido y desarrollado entre elementos contrarios, como si estos le hubieran prestado con su contradicción, fortaleza, y con sus sustancia, interna vida.

Román, durante el noviazgo, había sido más que enamorado, artista, más que *a la mujer*, había mirado en Julia la forma idealizada en su cuerpo, y en su alma fulgor del cielo.

Su mirada penetrante había buscado allí, por afinidades naturales, lo más noble, lo menos humano o lo humano sublimado, lo más etéreo; despreciando lo grosero que ese éter transforma y el fermento de lo innoble que convierte la hostia del ideal en el pan de la vida.

Así en los colores de las mejillas de su amada no había visto transparentarse la ardorosa sangre juvenil; en su mirada brilladora había leído inteligencia, no ávidos deseos de contemplar la vida palpitante y absorber su acre aroma; en su sonrisa había notado amabilidad, pero no coquetería.

Equivocóse en la mitad; pues si en aquella niña había algo de ángel, en aquel ángel había mucho de mujer.

Julia, en cambio, se había equivocado en otra mitad casi justa, en la apreciación que hiciera de Román.

Halagó a su vanidad femenina la posición, prestigio y simpatía de su novio en la sociedad. Buscó el instinto en la energía del mancebo el signo del *varón*, más que el resultado del *hombre*; en su insistente mirada leyó amorosa codicia, no serena delectación.

Habrá seres sencillos que no crean esto posible en una tierna jovencita. Hacen bien. Yo prosigo, rogándoles, que si me creen embustero, me dispensen por esta vez.

Claro está, que hubo momentos no obstante la varia cualidad de las tendencias atractivas de los novios, en que, por recíproca sugestión y exaltación de toda la vida de cada uno, se verificaba una mayor aproximación y compenetración de sus almas, las cuales se presentaban una a otra en plena trasparencia.

Poseía, entonces, Julia, la intuición completa de Román y este la de Julia; pero se veían tales como estaban entonces; percibían una verdad parcial; de este modo la realidad afirmaba el engaño; la verdad era parte de la mentira.

Como estos estados no se continuaron por mucho tiempo, ni determinaron hechos, efecto de la natural cortedad de los amantes, ni provocaron por su misma naturalidad, otras reflexiones que las propias para aumentar el mutuo aprecio y el recíproco deseo de unirse, conservó cada uno de los enamorados la característica o elemento predominante de su cariño.

Aumentaba este; pero como no cambiaba de naturaleza, lo que aumentaba, en definitiva, era el error, la equivocación, el engaño, que ninguno procuraba y que los dos se hacían a sí mismos, al pensar cada uno en el otro.

Julia tenía un primo... hemos dicho más arriba.

Este primo, que no hacía caso alguno de su prima, era por esta casi idolatrado.

Lo cual no obstaba para que Julia quisiera también a Román.

¡Pues no había de quererlo!

Eran estos amores distintos e independientes uno del otro, y no se estorbaban.

Eran como dos fases del amor, mirando cada una a un objetivo distinto; como dos pompas de jabón que no se tocaban.

Pero las pompas de jabón, cuando llegan a tocarse, -para lo cual basta un soplo- suelen fundirse en una sola, más grande, tan grande como las dos juntas.

Veamos si el viento de la vida fundió esas tenues esferas en que estaba repartida el alma de Julia en una sola esfera que sería, entonces, toda su alma.

¿En qué se diferenciaban estos dos amores?

El amor de Julia a su primo -Miguel se llamaba- era una poderosísima simpatía; una predisposición de la voluntad a la sumisión; un previo rendimiento. Amor del alma, entre platónico y romántico; esto es, puro y exaltado. Idolatría, sin culto externo. El ídolo estaba estereotipado en la fantasía, siempre igual, colocado en lo más alto de las alturas ideales, en medio de una atmósfera purísima iluminado por la luz de la idea *mística*.

El amor a Román -ya hemos dicho que había entrado por la puerta de la vanidad y la opinión, dos lugares de la naciente voluptuosidad y el ardor juvenil- era un amor más externo, asentado en lo variable y accidental de la persona amante- ya que esas voluptuosidades y esos ardores no eran un resultado, sino un espejismo -y sujeto a cambios de la propia opinión sobre el curado, cuando *esa soñada realidad* intentara *realizarse*; pues si nada es más eficaz que lo real, nada hay más vago que el sueño de las cosas reales.

Aquí, como en todas las cosas, los extremos lo son todo; los medios, nada. O una idealidad purísima, sin roce con la realidad o la realidad palpitante, los hechos. Por tales extremos se hace todo en el mundo, y se llega al sacrificio y al martirio, o a la prostitución y al castigo. Los supuestos prácticos que resultan fallecidos no dejan sino un poco de ceniza en el corazón, y en la inteligencia, humo.

Ya dijimos que había desaparecido el encanto imaginativo de los novios así que se hubiesen casado.

Y en efecto; tras breves días, en los que no pensó en nada, sobrevino en cada cónyuge cierta extrañeza al descubrir la desemejanza de otro; tras la extrañeza, el estudio minucioso e incesante, acompañado ya, cuando guiado del prejuicio del desencanto; y por fin, este.

Y así, como de romperse el equilibrio de las fuerzas que sostienen a los mundos en el espacio, todos se precipitarían en uno, y este uno no tendría otro trabajo que el de la propia cohesión de su masa, así las almas de aquellos desdichados constituyeron un infinito aparte, en el centro de cada cual había un mundo que atrajo hacia sí todos los pedazos desprendidos de su masa que habían constituido los satélites del otro.

Pero Julia tenía otro mundo dentro del suyo.

El vacío producido por la volatilización del cariño a su marido, por la fuga de los fantasmas de sus sueños, por la reabsorción de la fuerza distraída

alrededor de Román, vino a ocuparlo la idea de Miguel, recluída hasta entonces en las más silenciosas regiones del alma.

Y sucedió lo que tenía que suceder. Que los hábitos sentimentales antiguos experimentados por Román se dirigieron a Miguel; y más todavía. Los goces reales despertados por el matrimonio crearon un fantasma, que correspondía exactamente con la figura del amado.

El amor a este se completó, pues, aun antes de encontrar correspondencia. Lo llenó todo: pensamiento, fantasía, emociones, deseos, impulsos, voliciones. Se hizo consciente y voluntario.

Lo fue todo.

Trascendía hacia afuera, modelando la voz con inflexiones dulcísimas y extrañas, cuando con *él*, con su Dios hablaba Julia y dando fascinadores brillos y dulcísima expresión a su mirada.

Vióse envuelto Miguel en una atmósfera embriagante, que trasmitía agrandadas, a su cerebro, las dulcísimas armonías de la voz de Julia, los ardorosos rayos de sus ojos. Aquellas producíanle un mareo, donde danzaban loca danza todas sus ideas, contrarias unas, favorables otras a sus deseos y propósitos como cimientos de una nueva vida, y aquellos rayos de luz le quemaban, consumiendo bien pronto entre sus llamaradas las ideas contrarias al estado absorbente de su alma.

Por fin pusiéronse en contacto los amantes, y tras la necesaria lucha, puramente formal, de la enamorada Julia, ambos pronunciaron de consuno el *fiat* supremo del amor.

Y hubo luz ¡qué digo luz! fuego que parecía alimentarse de un oxígeno descendido del cielo y de un negro carbono que vomitaba el infierno. Sed inextinguible, cansancio inquieto, pena de no haber empezado antes, considerando perdido todo el tiempo que no se habían amado... y luego, punzantes remordimientos, inquietudes súbitas y aplanadoras; tendencias difícilmente contenidas, a la fuga de aquel medio enemigo, terrores sobre el porvenir; tales eran los contrarios movimientos que los agitaban; lo indefinido tocando a lo infinito. De pronto, y sin que nada extraordinario ocurriera, tomaban la resolución de cortar aquellas relaciones, lazo que los unía y nudo que los ahogaba. Y esta resolución era un engaño de la naturaleza física, que ansiaba descansar, para volver luego al combate con más fuerza y con mayores bríos.

Llamaradas de lo inconsciente en combustión -instintos naturales exaltados, tendencias pervertidas, deseos ardientes de algo que no se determinaba ni se sabía lo que era- lamían el cerebro de los enamorados trastornándolo

todo, reduciendo a humo y cenizas seculares formaciones de ideas, por la herencia transmitidas y por la educación afianzadas, sin que nada nuevo se construyera en cambio. Pero como el caos tiene un espíritu, como en la anarquía late una idea, como la negación implica una afirmación, siquiera el espíritu esté difundido, la idea imprecisa y la afirmación, no formulada sobre el caos espiritual de estas personas, sobre la anarquía de sus principios de conducta, sobre la viva negación de sus actos legales, reinaba, flotaba, se imponía esta idea, esta imagen, este deseo: amar, amar, amarse. En aquella nada -lo antiguo estaba deshecho, lo nuevo no se había construido- el amor lo era todo. Lo era todo quizá por eso mismo. Porque el amor es un éter que vibra la luz en los espacios libres, el fuego en los cuerpos que desatan los elementos constitutivos para formar otros cuerpos, el color, en los pétalos de las flores abiertas hacia el cielo y enmudece en las entrañas inmóviles y obscuras de la pesada roca, cimiento de severos edificios.

VII

Y cuando estaban en lo más alto de ese Tabor que transfigura o en lo más profundo de ese infierno que deforma, cuando él había medio soterrado las tendencias contrarias, -deber, honor, miedo- sin que del todo las hubiera extinguido, como para recibir de su influencia ese sabor amargo, que es el elemento embriagador de lo dulce a que se mezcla; cuando por tales condiciones de su común vida pasional, la felicidad era, si no poseída, saludada por ellos y hacia sí llamada, ofreciéndoles abrigarla en su pecho como en un altar y rendirle -¡inocentes!- un culto fervorosísimo, con el sacrificio, si necesario fuera, del honor, la posición y el porvenir de cada uno, -pues decididos estaban a aceptar las consecuencias todas de su cariño, y a emigrar si el medio ambiente resultara hostil a su pasión, a otro medio que fuera hostil a todo, menos a esa pasión, -la diosa Fortuna, enemiga declarada de su hija menor la Felicidad, hizo que el agraviado esposo se enterara de la traición contra sus derechos cometida, de la ingratitud de sus antiguos sentimientos y a su presente buena conducta, arrojada del horrible ridículo sobre su buen nombre suspendido.

Hemos hablado de la buena conducta de Román, porque en, efecto, a pesar del desencanto experimentado, sus procedimientos como marido y caballero no cambiaron gran cosa, y siempre conservaba hacia Julia residuos de afecto, sombras de cariño, cenizas caldeadas del antiguo hogar.

Toda la energía física y moral del agraviado esposo, por el organismo repartida, se concentró alrededor de una idea, que surgió del fondo oscuro de su ser y apareció como reina y señora de todas sus facultades.

La herencia sangrienta de mil generaciones que todos tenemos, se sobrepuso a la educación y, como un espíritu maligno, como un alado monstruo salido de las profundidades sombrías del alma rafagueaba por el ensoberbecido y turbio lago de sus pasiones. Por encima del hombre culto asomó la cabeza el salvaje haciendo una mueca horrible.

Pero aquel salvaje estaba dentro de un hombre de viva inteligencia, de rica fantasía, de ideas numerosas y exactas sobre el corazón humano...

VIII

Lo primero e inevitable era el desafío con Miguel.

Y Miguel fue muerto de un balazo.

IX

Con ironía punzante en los conceptos, expresados en tono más irónico todavía, articulando con fuerza y pronunciando con lentitud, de modo que las palabras salían silvando de boca, para clavarse en el corazón de la infeliz oyente, comenzó Román el diabólico trabajo que se había impuesto de atormentar a Julia.

La conversación, o el monólogo, mejor dicho, ya que Julia no contestaba, era seguido todos los días con horrible igualdad. No acababa nunca. No se le caía de la boca el nombre de Miguel.

Y así un día, y otro día, y otro y otro...

Figúrese, quien profese un amor idolátrico a persona acabada de desaparecer para siempre de la vida, el efecto que le produciría a aquella mujer oírle pronunciar incesantemente el nombre que simbolizaba toda su fe y todo su amor, al causante de la desaparición del objeto de su fe y de su cariño; y oír ese nombre pronunciado con injurioso sarcasmo, con saña implacable, con impunidad absoluta, sin que nadie pudiera impedirlo... figúrese cuánto no sufriría la joven que concentró en el muerto, cuando era vivo, toda la fuerza rebosante de su vida, la exaltación feliz de su existencia; viéndose ahora condenada a rehuir el contacto de aquella sombra, que parecía acusarla como causante de su desdicha, y a repeler con impotente energía la proximidad activa de aquel hombre, que también la acusaba de su desgracia, y a recogerse en el interior de su alma, donde el cielo azul se había convertido en negro ateísmo, la luz espléndida en sombras oscuras, la dulce armonía en chirriante discordancia, la ardiente voluptuosidad en helada tristeza, todo lo bueno en todo lo malo.

Y no era esto solo, aquella venganza se realizó en un plan completo de martirios.

Hizo Román que todo el mundo supiera la trágica aventura, y consiguió que la familia de Julia la recriminara de la peor manera posible, cerrándole la puerta de su casa.

Si ella alguna vez le suplicaba que la abandonara o la matara, respondía él que «era esclavo de sus deberes».

Cuando Julia empezó a desmejorarse, levantábala muy temprano todas las mañanas con pretexto higiénico; y dábale conversación de noche, mientras tomaba sendas tazas de café.

Hizo más; lo más horrible a nuestro juicio. Y fue el aparecer para todo el mundo más amigable que nunca. Los criados que siempre lo quisieron, lo adoraban ahora.

Adquirió un dominio tan grande sobre sus nervios que aparecía bañado su rostro e impregnado su mirar de una calma dulce y melancólica.

Y cuando ella, alentada por esa bondad aparente, le dirigía la palabra, la calma se tornaba frialdad, la dulzura, dureza. Se la quedaba mirando con una extrañeza altanera y fría, que helaba la sangre en las venas de Julia.

Pero las mujeres no escarmientan. Y todos los días se iniciaba la esperanza para ir a resolverse en la decepción más desconsoladora.

Por último, puso Román empeño en irle demostrando a su mujer que ella no valía nada. En todo cuanto ella hacía señalaba él, con seca brevedad, una falta.

Pero teniendo gran cuidado de que la falta, aunque pequeña, fuera real; y en hacer de modo que no apareciera conocido el sistema de contrariar.

Como no se había vengado de ella de modo cruento ni escandaloso, como la mantenía junto a sí, como su carácter había sido siempre bueno y ahora mejor que nunca y como Julia no tenía talento suficiente ni para teorizar sobre el adulterio y justificarlo plenamente ante la razón, ni para comprender la intención de su marido, aparecía este ante ella como una víctima humilde, y sus ironías y durezas eran tomadas como justo castigo, como cruelísima venganza. De este modo se iba despreciando ella a sí misma.

Crueles remordimientos la atormentaban; y, como natural consecuencia, el deseo de agradar a su marido y de obtener su perdón, se abrió imperioso en su alma; de tal modo que era como la condición precisa para continuar viviendo.

Mas aquí estaba la fuerza de Román. El, que al enterarse de su deshonra se sintió con fuerza para matar a la infiel mil veces y destrozarle otras mil, se reservó su energía y la iba gastando poco a poco.

Así que cuando Julia, llena de angustia se arrojó un día a pedirle perdón, entre sollozos y lágrimas, la energía vengativa latente en su marido se desbordó hacia afuera, en la forma y modo que era posible; encauzándose en los moldes que había trazados.

El mar de lágrimas de la dolorida esposa, se vio repelido por una roca muy alta, muy dura, como un inmenso bloque de mármol que llegara al cielo. Las miradas ardientes de dolor, tropezaron con una mirada cruel hasta lo infinito, fría hasta lo incomparable.

Entonces se alzó ella furiosa. Como por una revelación súbita de la conciencia, cual si esta hubiera sido una placa fonográfica donde la naturaleza hubiera escrito sus leyes no escuchadas y hasta entonces mudas, y que entonces, al resorte del dolor repelido hubieran comenzado a gritar, comenzó Julia a exponer la eterna defensa de lo natural contra lo artificial.

¿Qué culpa tenía ella -decía- de ser como era?

¿Qué culpa en haberse enamorado de otro?

¿Qué culpa en no haber tenido fuerzas para resistir a la tentación?

¿Qué culpa en que el mal le hubiera sido agradable y el bien áspero y frío?

¿Qué culpa en no tener experiencia para entrar en un estado en que se necesita y no se consiente?

Y tras la apasionada defensa del reo, la acusación al juez. Díjole a Román que era malo.

Román siguió impasible.

La única contestación fue: «Si así pensabas, debiste decírmelo. El engaño es siempre infame y cobarde. Si no pensabas así, obrabas mal según tu misma; y también debiste decirlo para buscar remedio y obtener el perdón. No dijiste nada. Luego obrabas el mal a sabiendas, y te escondías; fuiste cobarde e infame.»

Ahora, eres más cobarde. Te molesta, te lastima el castigo. ¡Qué hermosura!

Y en decir eso empleó, sin pararse, cuádruple tiempo del necesario. Con tal lentitud habló.

Pues entonces ¡mátame!, exclamó ella desesperada.

Y él haciendo un mohín despreciativo, respondió:

¡No!...

La suerte estaba decidida.

Julia, que de haber pasado mucho tiempo así y en plena normalidad física habría quizá llegado a oír la conversación del vengativo esposo como lluvia que no moja, o como música que no se escucha, no pudo vencer la enfermedad físico-moral que a un tiempo provocaron la memoria del amado muerto y el horror al esposo vivo.

Enfermó, y enfermó de muerte.

El marido, ante el dolor de su mujer fue implacable, ante la enfermedad se exacerbó su obsesión vengadora. Quería verla muerta.

Bien es verdad que, hombre culto al fin y al cabo, no hizo consistir en mártir, en molestias físicas proporcionadas a la enferma; ya la dejaba dormir y le proporcionaba cuantas medicinas y cuidados el médico prescribía. Tampoco le hablaba directamente ni con insistencia del amante muerto, ni del proceso que le seguía implacable como juez, parte y verdugo.

Pero sin hablar casi, no se modificó su gesto, ni se dulcificó su mirada. Su actitud era la misma: de frialdad que mata, esto es, activísima.

Y murió Julia.

Y allí estaba, inmóvil para siempre, con las huellas del dolor postrero grabadas en el semblante que fue bello, con los abiertos ojos que tanto brillo fulguraron, semejantes a empañado vidrio, tendida en aquel lujoso lecho, rodeada de obras suntuorias, envuelta por los dulces efluvios de una naturaleza espléndida.

Y allí, junto a la que fue *ella*, está inmóvil, frío, hosco, ceñudo, el hombre que años antes la contemplara extasiado, sin mirarla, fija su vista que *frío fuego* destila, en un punto del espacio... divisándose en toda su actitud el amargo cruelísimo deleite del dios que satisface una venganza...

Blas J. Zambrano

El Heraldo Granadino (4-7-1899; (7/7/1899); (11/7/1899); (13/7/1899); (15/7/1899); (24/7/1899); (26/7/1899);

La Voz de la Sangre(!!!)

Dedicatoria: «Junto a la mezcla de barro cenagoso y trozos de hielo, que forman la masa social, se encuentran duras y brillantes rocas, solitarias o en pequeños grupos, que permiten al pensamiento del observador construir el hombre como debiera ser y a la sociedad como será algún día. Una de esas rocas, un verdadero sprit fort, un cerebro activo, pletórico de ideas, un corazón noble, deshabitado de pasioncillas, una conducta sincera y en linea recta, es Pascual Santacruz, a quien me permito dedicarle este trabajo, trozo de esa vida real que a él tanto le repugna.

Acéptelo y dispense no sea la obra digna de sus méritos.

El Autor

I

El suplica un asilo... hasta concluir la conversación, nada más. «Hace tanto frío y llueve tanto»... «Nadie los verá de los de afuera; la noche es oscura». «Ninguno de la casa sentirá ruido; estarán durmiendo.»

Ella resiste por el bien parecer. Por fin, compadecida, abre la puerta con sigilo, exigiendo al atrevido amante promesa solemnísima de que no abusará de su posición. Puso formalismos; mentira tácitamente convenida para cubrir con apariencias de vencimiento impremeditado, a una fuerza irresistible y súbita, lo que de ambas partes era ardientemente apetecido.

El, Antonio Morelló, era un comerciante pobre. Ella, Luisa Aristoloquia, rica y linajuda heredera.

El genio comercial no lo había dejado Antonio en la tienda cuando solicitó el amor de Luisa. Entre las lineas de la carta de pretensión -porque la pretensión de relaciones fue por carta- podía haber adivinado un observador sagaz otra carta de comercio; una petición de compañero capitalista. El muchacho había observado a la señorita. Comprendió que era, aunque no lo parecía, bastante accesible a cualquier atrevido y *realista*. Calculó luego los bienes de fortuna de la hembra, y el género de oposición que había él de encontrar a la realización de sus planes; y entreviendo el modo de vencer el obstáculo, allá fue con su cartita amorosa no sin antes haber sondeado de la manera más

vulgar, pero con la intención más... vulgar también, más egoísta, la predisposición de Luisita con respecto a su interesante persona.

Luisa llevaba en su sangre azul, y en permanente actividad, el impuro fermento de la más ansiosa lujuria; mientras en sus ojos y en su gesto ostentaba una frialdad desdeñosa, hipócrita; careta que el medio educativo había ido superponiendo, con retazos, del innato orgullo abrillantado, sombras de externo pictismo, halagos a la vanidad, de los de amba(sic) y senil sumisión, de los de abajo.

Oponíanse los señores de Aristoloquia a los plebeyos amores de su hija. Persistía ella en la continuación de aquel hecho, que había despertado toda la voluptuosidad latente de su sangre y había rasgado velos en su conciencia, abriendo ante la imaginación exaltada un amplio horizonte, bañado de luz rojiza, poblado de desnudos fantasmas y alfombrado de exuberante verdura.

Desde que la oposición paterna arreció, y los novios o se veían de lejos o se hallaban a hurtadillas, y sin verse, en las oscuras noches del invierno, pegados ambos a los opuestos lados de una reja de la trasera fachada del caserón de los Aristoloquias, había Antonio meditado el golpe mientras ella, exaltada por la repulsa autoritaria de su hogar, caldeada al fuego, oculto para todos, ostensible ante ellos dos, de aquel amor contrariado, presentía y deseaba lo mismo, si bien con reservas mentales que procuraban la irresponsabilidad en la propia conciencia, y con desviaciones parciales, con débiles e intermitentes defensas contra los deseos del amante, provocadas por el pudor, esa encantadora hipocresía.

II

Pasó algún tiempo. Susurrábase en el pueblo sobre una niña abandonada...

Era el tiempo de la guerra carlista. Sobrevino el decreto de Castelar, llamado de «la leva».

El padre de Luisa se alegró muchísimo. Pensaba que el tal decreto le quitaría por algunos años, y luego quizá alguna bala carlista, para siempre de enmedio aquel estorbo, que había venido a perturbar la paz de la familia, a comprometer su buen nombre y a manchar sus pergaminos.

La madre ablandada por las súplicas y razones de su hija -que no quería, claro está, dejar ir al amante- y haciendo ya causa común con ella, proporcionó el remedio, que consistió en aprontar de su pecunio propio el dinero

necesario para comprar la barata conciencia de los encargados del reconocimiento de quintos. Antonio no fue a la guerra y trabajado luego el ánimo de roca del padre por la gota de agua de las constantes reflexiones, quejas, planes y argumentos de la madre, ya del lado de los novios, el noviazgo se manifestó a la luz del día, proyectóse la boda y se casaron, por fin, los amantes.

Ella lucía, como era oportuno en el acto solemne de contraer matrimonio, vaporoso traje blanco y magnífica corona de azahar.

«¡Parece una virgen!» decía la madre extasiada, sin caer en la cuenta de que hacía con la vulgar frasecita encomiástica el más sangriento epigrama de la situación.

III

En humildísima vivienda, adjunta a la pequeña ermita de la Virgen de las flores, situada a una media hora de la población en medio de una vega extensa y bien cultivada vive un matrimonio, encargado de la guarda y aseo de la capilla. No tienen hijos. Pero han adoptado como tal, por lástima, y sin retribución alguna, a una bellísima niña; la cual según el público, es la hija del ya opulento comerciante y de la noble y respetable señora que constituyeron -decimos nosotros- un desigual noviazgo para venir a formar un matrimonio armoniosísimo.

Estos miserables se habían mutuamente completado. Prestóle ella a él el tinte aristocrático y grave que tan bien sienta a un hombre de negocios. Dióle él a ella elementos de una diplomacia popular, que mucho le servía para captarse amistades y desvanecer prevenciones. Por lo demás nada habían tenido que sacrificarse. Cierto que los dos se vieron obligados a condescender con la exigencia de la familia de Luisa sobre que no había de reconocer ni oficial ni socialmente a la hija habida antes del matrimonio.

La vieja familia de Luisa había hecho punto de amor propio en negar veracidad y hasta ¡orgullo infinito! *verosimilidad* a la aventura de los novios; y por nada del mundo hubieran consentido en que los esposos dieran razón a la gente.

Sometidos Antonio y Luisa a la imposición de los viejos, llegaron a compenetrarse con su pensamiento, a acostumbrarse a la idea de que aquella inhumana privación era necesaria.

IV

La niña, ya adolescente, está arrodillada y llorosa ante la virgen madre, la virgen de la ermita de Flores, y reza, reza la pobrecilla con hondo desconsuelo.

Acaba de llegar del pueblo y de la casa que debiera ser su hogar propio, a donde ha ido por instigación de la buena mujer que la prohija, en demanda de un socorro, a título de simple protegida; porque algo, aunque poco, la había acariciado y regalado su mamá. Pero habíase notado los obsequios de doña Luisa hacia aquella niña y este no podía ser tolerado.

Recibió, pues, a su hija con frío gesto y despidióla con secas palabras: «Dile a *tu madre* que no puedo socorrerla más» y añadió: «es inútil que vuelvas».

Y como a la infeliz niña le habían dicho que aquella señora era su madre, y había oído cosas sublimes del amor de madre, como la habían hecho concebir esperanzas para el futuro «porque al fin, una madre es una madre»... por eso rezaba, porque había sentido un desconsuelo en el alma, tan intenso, una depresión de ánimo tan profunda, un desfallecimiento tan grande en todo su ser que se sintió atraída dulcemente hacia aquel lugar tranquilo, ya dentro, se fue elevando su espíritu a esas fantásticas regiones donde todo es bueno; donde las lágrimas parecen descomponer la luz invisible de lo alto en visible esplendoroso iris; donde el amor tiende a desprenderse de su raíz egoísta, por la atracción ejercida de cerca por el sol, que da vida a la tierra y es contrario a la tierra.

¿Qué rezaba la niña? No lo sabemos. Quizá pedía un milagro, que se ablandara el corazón de su madre y la quisiera mucho, aunque no se la llevara consigo; tal vez, tal vez deseaba que Dios la concediera la dicha de morir (¡horror...! Pues sí, hay niños que piden a Dios la muerte).

Y bajo esto, la lucha entre su sentimiento ofendido y la obligación que ella creía tener de profesar cariño a su madre, aunque su madre la detestara a ella; quizá también anduviera mezclado en su corazón con todo lo demás un sentimiento de piedad y lástima hacia la cruel señora que perdería su alma -así lo creía la pobre chica- si no enmendaba su conducta y modificaba su corazón. Quizá ansiaba riquezas inmensas para ella y absoluta pobreza para su madre, y vengarse luego, como se vengan los santos.

La oración de la niña fue inútil.

V

El sol picante y voluptuoso de la primavera brilla en el zenit; la tierra está vestida de gala, y la vega extensísima en que la habitación de María se asienta, ofrécese como magnífico plano en que genial pintor hubiera vertido los más vivos colores de su paleta y los caprichosos dibujos de su exhuberante fantasía. Las yerbas de los prados muestran al cielo sus brillantes flores, de gotas de rocío salpicadas, y los limoneros y naranjos, en lo más hondo del valle situados, los almendros de la vecina loma, el sombrío olivo de los dilatados predios, la madreselva que se enreda a las zarzas de las paredes y al doble festón que bordea un cristalino arroyo, y la verde yedra, componiendo casi geométrica figura que adornan las altas tapias de algunos huertos, lucen sus varias flores que embalsaman los aires con su aroma; del húmedo suelo se elevan tenues vapores que condensados arriba forman gruesos cúmulos, abrillantados por los rayos del sol espléndido. ¡Qué alegría de vida! ¡qué estímulo al existir de los seres! ¡qué expansión, provocada en el alma por los misteriosos efluvios de la gran naturaleza, así, tan suavemente bañándonos; filtrándose a través del organismo y renovando activamente los materiales de su vida con los más puros elementos; excitando las funciones con el poderoso estimulante de un calor que no abrasa; llevando al pulmón el comburente oxígeno, a los glóbulos del torrente circulatorio, hierro tonificante; a la luz divina del cerebro, la cósmica luz de los cielos; al nervio auditivo, ondas sonoras del revolotear de los insertos, del susurro de las hojas que el viento agita, del choque del agua contra los guijarros de su lecho; al olfato, el aroma desprendido de las mil clases de flores, con armonioso desorden distribuidas, y al tacto, la suave caricia del céfiro húmedo, caldeado y leve, cual hálito de un ser recién llegado a la vida, produciendo todo, esas sensaciones indefinibles esas vagas aspiraciones a confundirnos con la naturaleza universal!...

Por este tiempo, y luciendo, al par de la tierra la exhuberante primavera de su vida, encontramos a María -así se llamaba la hija de don Francisco Morelló y doña Luisa Aristoloquia- rodeada de pobreza, mas pletórica de la vida, que la ceñía y se le entraba por su cuerpo y llegaba a su alma, llenándola de luz, color, aroma y melodía; amor, esperanza y fe.

Era María una hermosísima hembra de facciones correctas algo pronunciadas, de anchas caderas y saliente seno, de largo cabello castaño, de ojos grandes, pardo oscuros, de mirar claro, fijo y sereno, revelador inconsciente de recién despiertas voluptuosidades, de indeterminado cariño, de ansiedades sin fin conocido.

Gustábale a ella la soledad del huerto con honores de jardín, que detrás de la ermita y de su casa en una corta extensión se extendía; contemplar desde allí la majestuosa amplitud de aquellos dilatados horizontes y sobre todo entregarse a éxtasis indefinidos, sintiendo bullir dentro grandes oleadas de intraducible poesía, en medio de las noches serenas y tibias, alumbradas por la luz, siempre poética de la triste luna. En esas soledades silenciosas su espíritu se extravasaba por su cuerpo, para recorrer en errático vuelo, todo el horizonte sensible, extrayendo de sus múltiples paisajes y de su grandioso conjunto toda su belleza, de indefinible encanto; absorbiendo de las cercanas flores todo el aroma por ellas desprendido, que hacía oscilar el presente hacia el pasado y el porvenir, hacia la aspiración y el recuerdo, yéndose luego a recorrer otro horizonte imaginativo de indefinidos límites; uniendo aquel a este, viéndolo todo de una vez, como si todo lo mirara; adhiriéndose a todo, posándose sobre la excelsa cima de augustas montañas, sobre la lejana superficie de lejanos mares, sobre la movible copa de los árboles gigantescos y en los irisados pétalos de flores extravagantes; parándose a contemplar la aldea escondida en los repliegues de un valle y la ciudad cosmopolita, sobre numerosas colinas asentada; el vetusto torreón de secular castillo y el alegre caserío campestre, y recogiendo de todo, como el latir de un alma complejísima, mezcla de las emanaciones de mil almas, cual el verbo indeterminado de mil espíritus, tenues vibraciones de confundidas armonías; ya tristes y suaves como la plegaria de un moribundo ya alegres y resonantes, como la canción triunfal de un beodo; notas sueltas de una escala no inventada; confusas palabras de una lengua inefable; ecos apagados de lejanos llantos; rumores de imprecisos tumultos, ruidos misteriosos, signos invisibles de cosas no sabidas; ideas de imposible significación, que parecían venir de alguna parte y chocar en el cerebro.

Saturada de esta atmósfera llena de universales residuos, pletórica de vida física y psíquica un movimiento instintivo la hacía dirigirse al mundo del amor, en cuyos linderos espontáneamente se colocaba, y allí veía vagos fantasmas de indeterminadas líneas, sin existencia como figura precisa: era la nube de su propio vivir, que se iba luego determinando a medida que la idea se fijaba, que la atención crecía en intensidad y perduraba en tiempo, llegando a constituir, por largos ratos, estados de alma predominantes.

No creas, lector, que he exagerado. María era un alma delicada, y un espíritu algo culto. Había leído bastante y, sobre todo, vivía al contacto de la naturaleza y en la casi soledad de las personas. Se leía, pues, a sí misma, leía la naturaleza y también leía libros. Tenía alas y volaba.

Por este tiempo, un muchacho que la decía quererla, y era verdad obtuvo el sí deseado. Era que se había concretado su sentir, que el vago ideal había encarnado en la realidad, y el fantasma-rey de su mundo, tomado cuerpo.

VI

El pobre joven iba siendo feliz. María lo amaba de veras. La realidad superaba a lo soñado.

...Y en uno de esos días en que el sol brillaba en el zenit, produciendo voluptuosa picazón, y en que toda la naturaleza, por la gran intensidad de sus más benéficas y poéticas manifestaciones -luz brillante, suave calor, atmósfera limpia, flores, pájaros, claros arroyos, blancas nubes, azul intenso en el cielo y brillante verdor en la tierra -excitaba a los seres pletóricos de vida a realizar su primavera, que pugna por armonizar con toda la primavera, Joaquín -que así se llamaba el novio-, ofuscado y ciego, y María enloquecida y febril juntaron con sublime impudicia sus labios, y con mezcla de lujuria y de candor, fundieron sus almas ardorosas.

No cayeron al suelo; ascendieron a las alturas de la naturaleza sublimada por la pasión, donde el éter purísimo atrae a las almas no prostituidas, donde se elevan los rosados vapores del corazón preñado del amor sin germen mefítico de interés mezquino, germen emanado del medio social.

Y en esas alturas excelsas se cernían ambos, bailando, en los momentos apasionados, enloquecedora danza, empeñándose en mirar arriba, al cielo, y creyendo, por óptica ilusión, que a él se acercaban enlazados.

Y al poco tiempo, sintió ella un horror sublime en su alma, un fuego vivificante en el corazón, movimientos augustamente voluptuosos en sus entrañas. Iba a ser madre. Iba a llegar por camino entre florido y espinoso, al Tabor de la mujer, que para ella era también un Calvario. Calvario es, sin duda, perder la honra ante la sociedad, en la familia gran parte del cariño, y sentir vergüenza.

Y fue madre.

Y su hija no fue abandonada.

VII

Súpose el acontecimiento, que fue suceso de algunos días en el pueblo. La gente hizo epigramas, apoyándose en la *ley de herencia*.

-»Ahora no hay duda»- decían; «por el fruto se conoce el árbol; de tal madre tal hija».

¡Eso es una Calumnia! dijo en cierta ocasión un caballero al oir una de esas frases.

-¿Contra cuál de las dos? replicó un gracioso, sin saber que era el único que hacía justicia en aquel mudo pleito entre la pureza y la corrupción desde sus respectivos campos; la naturaleza y la sociedad.

VIII

La joven amante se sentía bañada de una ternura sublime; era el egoísmo que se vertía fuera, que se extendía sobre la cabeza del pequeñín.

El temor que experimentó al sentirse embarazada se trocó en esperanza, y la tristeza, en dulce melancolía; mientras esa necesaria ilusión de quien se pone a realizar algo grande, inducíala a considerar los cuadros de historia futura que su propia fantasía le trazaba, como exactas previsiones y se figuraba ya a su niño hombre fuerte y dichoso.

A partir de esta época se dejó notar la diferencia, la oposición extrema existente entre la madre y la hija, entre Dª Luisa y María.

La madre era, aunque criticada a sus espaldas y en secreto, considerada, respetada y halagada frente a frente y en público.

La hija, compadecida «in pecto» por casi todos, era por todos, cuando no desatendida, despreciada de hecho, y más todavía en público que en privado: que el espíritu que flota entre un grupo de espíritus vulgares es una densa bruma de miasmas que reobra sobre todos, haciéndolos que aparezca más miserable de lo que son, emponzoñando a cada uno con la ponzoña de todos.

IX

Joaquín cayó soldado; no era rico, ni tenía una suegra rica que lo protegiera, y fue a servir.

X

María enfermó.

Acudió en demanda de socorro, a la asociación de Señoras de S. Vicente de Paul, de la que era presidenta doña Luisa Aristoloquia.

XI

La Conferencia en que se trató de la petición de María fue de emociones para las buenas señoras.

La presidenta expuso la cuestión y seguidamente dijo su parecer -así presiden estas señoras- de que una mujer que vivía en pecado de escándalo no debiera haberse atrevido a dirigirse a la cristiana y respetable asociación.

De aquellas señoras, las más sencillas pensaron: -»lo que yo he creído y dicho siempre: eso de que la María es hija de Dª Luisa es una invención de la gente.»

Las mejor enteradas o peor pensadas se decían: -¡Qué mujer esta! ¡Firme en negar su deshonor! pero es demasiado cruel. No tendrá corazón, seguramente.

-Si no será su hija esa muchacha, decía para sus adentros cada una de las señoras que formaban la mayoría de aquella amable piadosa.

Hubo alguien que ateniéndose al «haz el bien sin mirar a quien» y recordando la parábola de la Samaritana y la leyenda de la Magdalena, mas sin atreverse a citar el juicio de la mujer adúltera, expresó el buen deseo de que se socorriera a aquella infeliz.

Por fin, acordóse que si se casaban los novios amancebados sería socorrida la enferma.

No se había caído en la cuenta de que Joaquín estaba ausente.

La irritación de las buenas señoras, cuando se enteraron de ese contratiempo, no tuvo límites.

-¡Haberse ido él sin casarse!¡Tener ella el valor de ponerse enferma sin haber liquidado sus cuentas con Dios! ¡Vaya, que era indigna, quien así procedía de recibir un socorro oficial de la respetable asociación!

La presidenta envió algunos socorros particulares a su hija.

XII

Por fin, curó María. Pero no acabaron aquí sus desdichas.

La madre adoptiva murió. Consumida, en parte, por los disgustos, en parte por la anemia, que el escaso apetito y la no abundancia de manjares hiciéronla incurable y mortal.

El padre adoptivo, hombre joven, rudo, de corazón poco sensible, de cerebro comprimido, pómulos salientes, boca que parecía hecha de un tajo, así que se vio privado de satisfacer las exigencias de su grosera naturaleza y se hubo fijado en la belleza exuberante de María se obsesionó en la idea de poseerla; y con la salvaje energía de su despierta animalidad manifestó sus deseos.

Ella, asustada, horrorizada ante aquella brusca incidencia del proceso de su vida, rechazó con austera energía al salvaje, y refugió su pensamiento en el amado ausente.

XIII

Sevilla, Sevilla la llamaba, no por los títulos de su historia, las excelencias de su situación y la simpatía de sus habitantes, si no porque era el sitio en que Joaquín estaba.

Mil veces mientras leía viejas historias, versos y novelas en los que se hacía referencia de la antigua Híspalis, se había ella figurado a la ilustre hermosa ciudad mediterránea extendida sobre llanura inmensa, bañada por caudaloso río, coronada por majestuosa catedral, inundada de luz que descendía de un sol muy brillante en medio de un cielo muy azul, henchida de alegre muchedumbre, recibiendo oleadas de aire tibio embalsamado por las flores de sus huertos y jardines, salpicada, como de estrellas el cielo, de joyas de arquitectura, pletórica de recuerdos que salían de cada rincón, de cada casa, de cada piedra, a topar en la atención del visitante y a excitar su fantasía, llevándola por el agreste poético campo de mil enmarañadas leyendas de antiguas heroicidades inenarrables y de increíbles espeluznantes tragedias.

Visitando en espíritu las calles estrechas, tortuosas y sombrías de los antiguos barrios, que ella caprichosamente situaba, creía ver sombras de 100 generaciones, discurrir, invisibles a los ojos de la carne, y murmurar a los oídos de gentiles mancebos de hermoso rostro y mirada clara con mezcla de ansiedad y de alegría, de timidez y de valor, dulces y misteriosas palabras, que les despertaban extrañas nostalgias de una vida no vivida, sutiles voluptuosidades, de imposible cumplimiento, febril actividad dentro de una perezosa languidez aparente. Mil cosas, en suma, había pensado de Sevilla ya sucediéndose, unas a otras, ya conviviendo en revuelto torbellino: miriadas

de ideas coloreadas por infinitos matices del sentimiento y acompañadas del cosmorama inacabable y de la múltiple melodía que la reina del cerebro, no obstante su locura, compone para avivar la continua labor de sus graves súbditos.

Pero en estos momentos de angustia, de apremiante necesidad hundióse la ciudad encantada en las sombras de la inconsciencia.

Sólo veía la desgraciada virgen de alma un hombre joven, vestido de soldado, que estaba junto a la puerta de una casa grande, el cuartel, y que dirigía su mirada más allá de la gente, sombras inexpresivas que pasaban, como si quisiera ver algo lejano, como si mirara a ella, a su María. Y ella temblaba, pensando que Joaquín la veía desde Sevilla perseguida por el sátiro bestial...

Como todo ser humilde y desgraciado, que padece en su persona la sanción penal de faltas que no ha cometido, propendía a creerse responsable de todo lo malo que le sucedía.

Se figuraba ya indigna de la consideración de Joaquín, sólo por haber merecido los ataques lujuriosos de la bestia humana, en la figura y condición de un padre adoptivo.

La situación, por estos temores de María, y el más grave de que involuntariamente pudiera caer en el peligro que la amenazaba, era insostenible. No cabía ya la pobre huérfana en la casa donde se había criado.

¿Qué hacer? Pobre, desvalida de todos, hasta de su madre, deshonrada, perseguida por una fiera, con las fauces de sus más asquerosos instintos abiertas para estrujarla y reducirla a lodo ¿qué hacer, sino volar junto al amante sencillo, junto al noble joven que tenía sobre ella el santo derecho del amor y a ella se enlazaba por la religión de aquel pequeñuelo, hijo de ambos?

XIV

Y a Sevilla fue.

Una mañana, muy de madrugada, salió de su habitación, en la que despierta y sin acostarse estuvo toda la noche anterior, y, con el niño sujeto por el brazo izquierdo contra el pecho y un pequeño lío de ropa pendiente de la diestra mano se encaminó, sola y a pie, en demanda de un pueblo distante del suyo dos leguas de carretera, para allí coger una antigua diligencia que a módicos precios transportaba a Sevilla a los viajeros de aquella comarca, aún desprovista de línea férrea.

El poético paisaje de la mañana era teñido por el agitado espíritu de la humilde viajera de un triste color amarillento, que convertía el azul del cielo en verde blanquecino, sombreaba la parda tierra y amenguaba la clara luz del sol.

Los recuerdos de su propio pasado eran las figuras resaltantes de aquel sombrío cuadro, figuras sonrosadas... porque si *siempre el tiempo pasado fue mejor*, óptimo ha de presentarse a la conciencia conturbada en un presente horrible.

Luego, pasados los primeros momentos de la excitación producida por aquel acto decisivo de su porvenir, cayó en una frialdad gris, en una tristeza muda y calmosa, en ese abatimiento que sigue a la clara visión de la propia pesada desgracia en ese splin del infortunio, bastante parecido, como todos los extremos entre sí, al splin de la fortuna pesada.

Llegó al pueblo, que era estación de la diligencia, cansada y sintiendo miedo del pasado y temor al porvenir, interrumpido para que hubiera algún consuelo, o ráfagas luminosas de un sol medio escondido entre nubes negras.

Y subió a la diligencia.

¡Ah! se nos olvidaba decir que cuando María se vio perseguida y acosada por su padre adoptivo, y después de adoptado el acuerdo que luego realizó, vino a su mente la idea de tomar consejo y de pedir amparo a su descastada madre. Animóse a poner en práctica la idea al recordar los últimos socorros de ella recibidos, y se decidió a hacerlo pensando que, ya que no cosa alguna en favor, no le haría doña Luisa el perjuicio de publicar la penosa situación en que se encontraba.

Llegóse, pues, a su madre, y le contó el caso, pidiéndole consejo.

Dióselo bueno doña Luisa, indignada naturalmente contra el agresor brutal, pareciéndole ¡misterios del instinto! que le faltaba a ella misma, con pretender de su hija lo que pretendía.

Díjole también a esta que mejor que seguir como estaba, era, sin duda, buscar una honrada casa en que servir.

Quedaron en esto.

Pero la casa no parecía; pues eran pocas las que en el pueblo se permitían tal lujo; doña Luisa no quería tener en su casa a María, y la situación de esta, ya lo dijimos, se hizo insostenible.

Así es, que, sin más consultas con nadie, María dejó su patria nativa cuando todo la había abandonado.

Llegó, pues, al vecino pueblo y subió en la diligencia. Comenzó esta con regular velocidad a moverse arrastrada por cinco caballejos. Un manso oleaje de satisfacción reanimó el abatido espíritu de la fugitiva, mientras las suaves bocanadas del aire puro, fresco y oxigenado que corría, no mezclado de polvo, por ser escaso en aquella ocasión el de la carretera y porque el que se levantaba se lo iba llevando el viento antes de que subiera a donde María se encontraba, refrescaban su mente enardecida por el insomnio de la pasada noche y por la constante preocupación de los anteriores días.

Al alejarse del lugar de sus sufrimientos, le parecía que estos se alejaban en el tiempo y se hacía la ilusión de que su viaje era el comienzo de una vida nueva, sin otra relación con la pasada que un vago recuerdo de la desgracia y la sola continuación de lo que era amable: su hijo y el padre de su hijo.

Mas al querer delinear lo futuro, un frío estremecimiento recorría su cuerpo y una pesada niebla de sucio color rojizo envolvía su espíritu.

¿Qué iba a ser de ella? ¿Qué de su hijo? Vida nueva, sí, era la vida que entonces comenzaba; pero vida cerrada a todo bienestar, abierta a todas las desgracias. El mal pasado entraba en el porvenir, como feo dragón, asomando sus fauces e introduciendo su cuerpo en la cueva oscura de un solitario, retirado tristemente de la lucha del vivir.

Luego, temerosa de su propio pensar, deseando echar la imaginación por otros caminos, se ponía a mirar los varios paisajes que se sucedían, formando uno solo por el enlace de unos y otros; y, distraída en esta contemplación, que dulces emociones y poéticas imágenes evocaba, conseguía calmarse y aun quedar por algunos momentos, indiferente, extraña a su propia situación.

Presentábasele esta, de pronto, y sentía en el corazón como un restregamiento de ortigas, que propagaban desconsolador frío por todo el cuerpo.

El recuerdo del amante, de minuto en minuto más próximo era el calmante de estos dolores.

Por fin, llegó el medio día, semicaluroso, espléndido de luz que parecía empeñarse en iluminarlo todo para que todo penetrara por los ojos del alma... Y María, espíritu sensible, esclava de las influencias del medio, sintió renacer, en forma de deseos físicos alentados por la esperanza, las impresiones amorosas del pasado; y la imagen del amante se enseñoreó de aquellos espacios soleados, al mismo tiempo que avanzaba desde la penumbra de la semiinconsciencia propia de lo permanente y casi igual en nuestro cerebro, a recobrar el imperio de la obsesión, dirigiendo hacia sí todas las fuerzas del alma.

Avanzaba la tarde, y decaía el espíritu de la joven viajera.

Continuaba todavía embebida en la interna contemplación del amado ausente. Mas el cansancio cerebral, consiguiente a los deliquios de por la mañana, el descenso de temperatura y la disminución de luz que ya era notable, la molestia física por la inmovilidad forzada en aquel no muy cómodo asiento del histórico armatoste locomotivo, todo contribuía a convertir el entusiasmo casi alegre que la distrajera de su propia situación en penosa melancolía, que no llegaba a ser negra tristeza por impedirlo la anhelante contemplación de la perspectiva semi risueña, de vagas líneas e indefinido horizonte, que a la conciencia se presentaba como una realidad futura.

Se divisó a lo lejos Sevilla, y un violento escalofrío, producido, sin duda, por el pasado y el porvenir que chocaron con violencia en el alma de la viajera, presentándose el primero con todos sus hechos, el segundo con todas sus esperanzas tímidas, con todas sus dudas, vestidas fantásticamente y por mitad, de sombra y de colores.

Directamente no le causó fuerte impresión alguna la vista de la gran ciudad. La reflexión no daba lugar a la atención. Estaba en aquellos momentos el cerebro de María atestado de materiales de su propia vida para que nada exterior cupiera. Miraba al confuso y dilatado apiñamiento de casas y lo veía, sí, pero sin que esa visión sirviera de otra cosa que de relleno en los intersticios de la reflexión.

Y avanzaba la tarde a hundirse en la noche y se acercaba la diligencia a Sevilla, es decir, se iba aproximando María a Joaquín.

Lo que pasaba entonces en María en estos momentos de su viaje fue como un cerramiento de ojos fatigados, como una sordera interior de quien está harto de oírse a sí mismo. Quería ella llegar hasta Joaquín sin pensar ya más ni sentir, ni vivir; mas no se ocurrió dormitar, ni lo hubiera, en otro caso, conseguido; lo que quería era acortar el tiempo, y esto, no por ver a su amado enseguida, pues y sabía que faltaban momentos para la entrevista y el estado de su alma no era el de la pasión cándida y vehemente de la adolescencia feliz; era, ya lo hemos dicho, porque pasara aquel día, que era un puente entre sus días anteriores y los posteriores días; un día que no era igual a ninguno de los de su vida; pues mientras el viaje no acabara, ni era ella la niña pobre de la ermita, ni la novia feliz de su novio, ni la manceba despreciada por la sociedad y separada del amante, ni la mujer perseguida por un bestial sátiro; no era tampoco lo que sería en Sevilla.

Suponiendo que aquel día se continuara en otros días iguales, en muchos días iguales, hasta formar años y años, ella no era nada; una viajante sin objeto fuera del viaje ni el viaje mismo.

¡Y pensar que así hacen el viaje de la vida muchas gentes! Entre dos eternidades de nada una cosa que se mueve sin objeto, sin placer y hasta sin conciencia de su movimiento.

Por fin, entró la diligencia al anochecer, por la larga calle de Castilla del barrio de Triana.

Extrañeza sin asombro y sin repugnancia fue lo experimentado por María a la vista de aquella vía ancha y larga, de aquellas casas desiguales, y de aquella gente que a ella le parecía andaba muy deprisa, chocándole el aire de fría indiferencia que se manifestaba en el rostro de los transeuntes, ya no se fijaran en nada, ya miraban a uno y otro lado, ya se saludaran o se hablaran. Algunos señoritos que iban a caballo, paseando, le parecían ridículos y fríos, más fríos que la gente de a pie. De estos, le gustaron también muy poco los que llevaban pantalón ceñido, sombrero cordobés y *tufos* en el peinado. Simpatizó desde luego con algunas caras graves de hombres que llevaban la chaqueta en el hombro, o puesta una blusa manchada y pantalones de algodón por todo lujo.

Entró luego la diligencia por la corta y ancha calle de San Jorge, que alegró la vista de María, por sus hermosas proporciones y la animación que le dan sus numerosas tiendas y el mercado del populoso barrio; llegó al puente del Guadalquivir, no dejando de extrañar a María el sucio color de las aguas del *cristalino Betis*.

Pero, como es de suponer, las impresiones y juicios que despertaban en María los objetos que ante ella desfilaban, eran ligeros y fugaces. Estremecimientos nerviosos traían a la cansada atención de la viajera, la perspectiva de la entrevista con Joaquín relacionada con la situación de ambos en el pasado, y en el posible porvenir.

Y sentía miedo, más miedo que deseo de ver al amante. ¿Qué iba a ser de ellos, de los tres? ¿Por qué serie de tristes peripecias no tendrían que pasar hasta encontrarse en situación soportable? ¿Qué amos encontraría ella? ¿Dónde poner a su hijo? ¿Seguiría Joaquín queriéndola mucho?

Nunca había salido ella de su casa, y ahora se encontraba casi sola en medio de tanta gente desconocida, en medio de tan grande y populosa ciudad.

¡Si no habría podido ir Joaquín a esperarla al paro de la diligencia! ¡tener que ir a buscarlo! ¡¡Dios mío!!

Le pesaba ya haber ido.

¡Ya está ahí la plaza Nueva dijo el zagal: «Ya llegamos».

¡Qué ansiedad! ¡Cómo abría los ojos queriendo ver, ver no sabía dónde, porque no sabía el sitio fijo de parada, ver a Joaquín...! ¿La recibiría cariñoso y alegre!... ¡triste, aunque amante!... ¡hosco, disimulando contrariedad!... ¡cómo iría vestido, de paisano o de soldado!... ¡qué cara, qué gesto, qué mirada la dirigiría! Suprema ansiedad de la debilidad suprema.

Por fin... ¡*él*!

XV

El, que la saludaba desde lejos, no con una, con las dos manos, extendidas en actitud de recibirla y abrazarla; él, que no revelaba en su rostro intensa emoción, ni disimulaba frialdad, ni ostentaba ruidoso contento sino la alegría sencilla, no exenta de ansiedad, de quien ve a persona amada, tras largo tiempo de ausencia, sin que de ella sepa que es completamente feliz.

XVI

-¡La perdida! -decía por comentario la gente del pueblo de María, sin sospechar que aquella marcha no era una cobarde huída, sino una honrosísima y heorica retirada.

XVII

En cuanto a la Dª Luisa, experimentó una sensación de esparcimiento espiritual al saber la fuga de su hija; y enseguida, algo así como un confuso presentimiento de desgracias y como una anticipación de punzante remordimiento.

Diríase que la descastada madre, veía asomar, entre las lejanas brumas del porvenir, la punta de un acerado puñal, que no la hería, no, pero que frente a ella estaba amenazador.

XVIII

Joaquín llevó a María a casa de dos pobres paisanas que vivían en una casa de vecinos de la calle Coliseo.

Eran dos hermanas. La una, Antonia, casada con un oficial de zapatería. La otra, Juana, soltera.

Allí se albergó por de pronto María con su niño.

Mas era forzoso pensar en algo estable.

María no había aprendido de las labores de mujer, lo bastante a ganarse con alguna de ellas el sustento.

Había que recurrir al servicio doméstico.

Comenzóse, al efecto, entre todos, a buscar una casa donde María pudiera entrar como nodriza.

¿Y el niño? Su madre no podía criarlo, Juana tampoco.

El nieto del muy opulento señor Dº Francisco Morelló y de la muy noble Sra. Dª Luisa Antoloquia Cascote, Fernández de Orellana, Saborido y Amabilla de Villa Toro fue a la Inclusa.

Y de la Inclusa, según piadosa creencia, al cielo; pues la Diputación -¡cosa rara en España!- no pagaba, y las amas no comían, y los niños emigraban de las Diputaciones y Consejos a otra patria exenta a semejantes calamidades.

XIX

Los novios no podían verse sino alguna que otra vez en la calle.

Sin embargo, todo iba bien.

Pero sobreviene la guerra de Melilla.

Y en aquellas célebres combinaciones que acreditaron al general López Domínguez como gran organizador de grandes ejércitos, tocóle a Joaquín la suerte de salir de Sevilla y andar de arriba para abajo, hasta dar con sus huesos en la histórica ciudad de Algeciras.

XX

Terminaba el periodo de lactancia del niño encomendado a los cuidados de María.

Entraba con mucha frecuencia en la casa de los amos de María y allí usaba de gran confianza con todos, un hermano de la señora, soltero, rico y guapo y calavera del género correcto, formal, serio, grave, cuasi melancólico.

Hombre culto, estudioso, abogado, pasante en un bufete de tono, ateneísta, atildado en el vestir, un si es no es presuntuoso, observador perspicaz de cuanto le rodeaba, por instinto y carácter y con la doble intención de irse sirviendo de los demás en la construcción de su porvenir de leguleyo y político que ya tenía planeado y de no ser a su vez muy conocido, pues él sabía que no hay mejor careta que el rostro del que inquiere las caras que se oculta tras las caretas de los demás, hombre, por todas estas circunstancias apto para conseguir todo lo que natural y prudentemente puede conseguirse en esta trista humanidad donde el éxito suele ser el premio de hermosas cualidades exteriores, puestas al servicio de cualidades interiores feas, este hombre puso sitio a la virtud de María con tan suma habilidad que excedió a lo que él hubiera podido hacer si sólo el cálculo frío lo hubiese guiado.

Pero no fue así. El talento observador y el cálculo frío le sirvieron para ordenar sus propias impresiones y las de María y para irse aprovechando de las circunstancias.

Queremos decir con esto que hubo mucho de espontáneo y fatal en quella lucha entre el deseo amoroso, bien representado en cuanto a la persona que lo sentía y los restos del pudor supervivientes a la destrucción de la prístina castidad de la virginidad inocente, y aliados con la dignidad característica de un alma elevada.

Gustóle a D. Juan -que así se llamaba este nuevo personaje- desde que vio a María y contempló su espléndida belleza, su aire entre humilde y altivo, ya iluminado por la inteligencia, ya sombreado por la melancolía, sus maneras delicadas y sencillas, su hablar lacónico, culto y suave, el dulcísimo acento de su voz, el fuego inteligente de su mirada.

Fuese aficionando a ella, sin haber todavía trazado ningún plan sobre sus sentimientos, pero dejándolos que espontáneamente se demostraran, pues no creía tener obligación de ocultarlos.

Y de este modo ganaba las simpatías de ella pues es natural que querramos a quien nos quiere; sobre si quien nos quiere es persona de por sí agradable y nada nos pide por su cariño.

Pero como las cosas caen del lado a que se inclinan, las proposiciones más o menos veladas de D. Juan tenían que sobrevenir.

Comenzó el asedio poco antes de marchar Joaquín a la costa mediterránea, insinuándose D. Juan, no con la franqueza, que hubiera sido ofensiva para María, con que suelen los señoritos comenzar sus conquistas de las hijas del pueblo; sino con apasionada dulzura en el modo, con hiperbólicas galante-

rías en la forma, evitando todo motivo de brusca repulsa, que lo hubiera colocado moralmente en baja posición con respecto a ella.

Aprovechábase D. Juan de la suprema vanidad de toda mujer, manifestándole a María no sólo cariño sino respeto, consideración, alto aprecio.

Cuidó también de sugestionar su inteligencia, teorizando sobre el amor, la fidelidad, el deber, las leyes sociales, sobre cuantos conceptos comprendía él que danzaban en el cerebro de María, tropezando con la imagen que de él allí hubiera la que sufría el riesgo gravísimo de ser derribada, ahogada y sepultada por siempre en un oscuro rincón de la memoria.

Y marchando con estos elementos, constantemente relaciones, empleando ya una apasionada galantería, ya un sonoro párrafo de culteranismo filosófico-amoroso, ya una ardiente mirada, ya una proposición, expuesta entre amables sonrisas y convencido acento, ya abandonándose con arte a un entusiasmo previsto, cogiendo una de las manos de la joven, besándola fuertemente y dejándola retirar en cuanto ella hacía alguna fuerza, fue dominando no sólo el corazón, la voluntad de la todavía cándida joven.

En cuanto a María, hay que confesar que comenzó a placerle el verse tan halagada, por hombre al parecer de tanta valía, ella tan desgraciada, ella tan humilde, ella despreciada.

Luego, cuando vio el giro que tomaban aquellas relaciones, al principio puramente amistosas, sintió vergüenza, y se proponía firmemente desechar al enemigo.

Entonces fue cuando D. Juan, notando la repulsa iniciada en María por sus ideas morales, se propuso destruir estas con sus argumentaciones sobre el supremo derecho del amor.

Ella notó que algo sentía ya por D. Juan. El con valiente descaro, la hizo confesar este cariño.

Y aquí comenzó la segunda parte de la conquista.

Ya los dos confesaban amarse, aunque ella quería elevar aquel cariño al cielo del platonismo.

Resistíase ella. Insistía él.

Cuando la dulzura no era bastante se salía D. Juan ya fortalecido por la confesión amorosa de María de una especie de dulce semi-violencia.

Si ella amenazaba con irse de la casa, argüía él que no había motivo, que él a nada la obligaba.

Algunos regalos hechos con oportunidad, delicadeza y aparente desinterés, pues en el día en que la regalaba no exigía él nada nuevo de ella, contribuyeron a poner el ánimo de María no en la disposición de ceder premeditamente pero sí en la imposibilidad de resistirse.

Y como el espíritu de María era delicado y su imaginación continuamente poblada de girones de romanticismo, que cambiaban de color, según la dominara la tristeza o la esperanza de mejores días, y la severidad de sus principios morales, meras fórmulas, se acomodó a aquellos amores con más pasión, con toda su alma y su vida. Era que D. Juan, *la llenaba* más, satisfacía mejor las diversas tendencias de su espíritu que el pobre amante dominaba.

Los remordimientos, que no podía menos de experimentar cuando se acordaba de Joaquín, prestaban a la nueva pasión el encanto de lo amargo. Eran el ajenjo de aquella borrachera amorosa.

XXI

Los dueños de la casa sospecharon algo de la conducta de María.

D. Juan deseaba tener libertad de poseerla tranquilamente.

Ella, considerando que de Joaquín no había que pensar ya nada, sino eludirlo en la vida real y desterrarlo de la memoria para que su recuerdo no perturbara la nueva semidicha que el amor hacíale experimentar, no ponía grandes obstáculos a constituirse en querida pública de D. Juan.

Y así fue.

Buscaron un pisito de una casa nueva y alegre, que daba su frente a una plazoleta no muy céntrica, pero muy concurrida, lo amueblaron con gusto y hasta con lujo, y allí quedó instalada María, querida oficial de D. Juan.

Los primeros días y aun las primeras semanas todo fue bien para los amantes, sin más contrariedad que cierta inquietud de María, cuando se acordaba y se acordaba con frecuencia, del pobre Joaquín abandonado.

Inquietud sorda, unas veces, otras, punzante, vagos presentimientos, visiones terroríficas. Luego, calma; después distracción; en sueños de felicidad, hambre y sed de una dicha intensa, duradera, infinita; hambre y sed que su espíritu siempre conturbado experimentaba como necesidad de descansar de

tanta desgracia y de resarcirse de ellas, gozando mucho, mucho; con absoluta calma exterior, con perfecta tranquilidad interna.

Esta felicidad no se realizaba porque María pensaba que no podía realizarse.

A los temores que, al pensar en lo que Joaquín pudiera hacer cuando volviera de Algeciras y se enterara de la traición de su amada, se iba juntando para amargar las dichas del presente, la idea de que D. Julián podría dejarla.

Esta idea no era tan miedosa como la otra; el cariño apasionado por D. Juan la rodeaba, aislándola de las pasiones irascibles que pudiera despertar, y también la necesidad que la joven sentía de agarrarse a algo que pudiera alentarla y sostenerla.

Y así, con estas variaciones fueron trascurriendo uno, dos, tres, cuatro meses.

D. Juan no se portaba mal, aunque había disminuido, como era natural, la exaltación de los primeros días.

Ya se iba acomodando María a su estado y posesión. Pasaba varios días seguidos sin acordarse gran cosa de Joaquín. De vez en vez sentía un terror súbito que se apagaba pronto.

-No me buscará, se decía. Le darán la licencia enseguida, se irá a la tierra, y es posible que no nos veamos más.

Periódico X. Este relato fue publicado los días 6 de febrero de 1990, 16 de febrero, 20 de febrero, 27 de febrero, 17 de marzo, 21 de marzo, 28 de marzo, 6 de abril, 25 de abril, 28 de abril, 9 de mayo y 12 de mayo. Este fue el último número del periódico y por eso este relato quedó inacabado (N. de E.)

VÉLEZ - MÁLAGA
(1901-1908)

I. Artículos sobre Educación

La Educación Social

Si la educación de la madre es la primera, la que toma al niño cuando con menos error pudiera decirse de él que es «blanda cera», la educación del medio social es más extensa, casi universal por el número de objetos que le sirven de materia. Las *lecciones del mundo* son «lecciones de cosas», de todas las cosas. La opinión, reina universal despótica, sin más rebelde a quien combatir que a la fría y aristocrática, aunque tenacísima y heroica Ciencia, insinúa en el alma del joven que pasa de la escuela materna y de las escuelas a la *Escuela del mundo*, ideas y sentimientos sobre todo lo humano y lo divino, con la imperiosa sugestión que las masas ejercen sobre los individuos y con el hábito que determina el número crecido, en serie, de manifestaciones psíquicas equivalentes sobre las unidades cerebrales receptoras de tales manifestaciones: que de masa en el espacio y de serie en el tiempo, tiene algo el mundo, la opinión.

Todo, hasta las verdades científicas, pasa por su laboratorio, para ser metamorfoseado, modificado, o por lo menos, adjetivado. Ella decide sobre la eficacia educativa y utilitaria de las disciplinas científicas y sobre el valer relativo de los que públicamente las profesan; ella consagra al héroe, al dramaturgo, al poeta, al tribuno, al gobernante, influyendo con sus juicios en los juicios de la Historia; ella dicta la guerra y hace posible el advenimiento de la paz;

ella, si esclava de las costumbres, las modifica lentamente y aun, a veces, en rápido trastorno; ella posee una moral que no está codificada, pero que es la más cumplida.

Quien viva en un medio social homogéneo, especie de público que no se disuelve jamás, porque, aun desapareciendo del campo de observación unas personas, aparecen otras en seguida, de estructura moral análoga, sufre la sugestión de las multitudes, el imperio de la fuerza del número, sin que pueda decirse que como no hay una persona idéntica a otra, ni dos hechos exactamente iguales, las sugestiones, por ser diversas, mutuamente se destruyen; pues en medio de la aparente diferencia de caracteres y *modos de pensar* individuales, existe en las sociedades no cosmopolitas, donde la raza, la lengua, la religión, las costumbres sean idénticas, un fondo común de ideas y sentimientos, cuyas pequeñas diferencias individuales son apenas discernibles para espíritus jóvenes (dotados, por otra parte, de gran plasticidad e invencible tendencia generalizadora), los cuales, por lo dicho, sufren la impresión, aun confusa, de lo idéntico, y experimentan los efectos adecuados a esas identidades que se suman; y experimentan esos efectos, aun cuando noten las desemejanzas particularidades más salientes, que podrán parecerles grandes, más grandes, quizá, de lo que son, sin que por eso se aminore, antes se robustece, la fuerza de sugestión de lo que tiene de común entre sí con el medio; pues esta diferencia de *procedimientos* -los caracteres y opiniones particulares- da mayor facilidad a la penetración de la *doctrina*-el fondo de la opinión común.

Y como todos los medios son homogéneos en mayor o menor grado, o tienden a serlo por el doble procedimiento de atracción de lo semejante y repulsión de lo contrario, formándose así en las grandes urbes cosmopolitas distintas esferas o clases, como ciudades diferentes que integran la gran ciudad, la que imprime no más que cierta tonalidad común a aquellas sus partes constitutivas, la sugestión de que hablamos, la penetración de cierto espíritu social en el individuo, se verifica dondequiera, lo mismo en la aldea escondida que en la ciudad populosa.

Que en la mayoría de los casos ese espíritu, o su influencia, mejor dicho, contraría las ideas morales adquiridas por el individuo en la infancia y la pubertad, si estas ideas fueron las de una moral elevada, es incuestionable. Basta con mirar alrededor, o mejor dicho, hacia adentro, hacia la propia Historia, para quedar convencidos. Podemos continuar, luego de pasado el primer aprendizaje de mundo, siendo lo que se llama «hombres honrados» y hasta haber adquirido algunas virtudes que la sociedad enseña, sobre todo las que hacen relación a la *prudencia* o en ella se resumen. ¡Pero cuán empeñado a los treinta años el ideal moral de los quince!...

De otra parte, los hechos que el educando social observa de continuo, las acciones vituperables unas, nobles, levantadas otras, las cuales, aun siendo respectivamente censuradas o aplaudidas por las gentes, ve primero cómo aun las peores, *se quedan hechas* -no hay fuerza que pueda impedirlo, -mientras las mejores apenas producen resultados ostensibles, y después, como *hecho ya lo hecho*, ni los dicterios, proferidos generalmente a espaldas del interesado, quitan el sueño al que *operó sobre seguro*, ni las alabanzas son tan entusiastas y prolongadas, que formen un perpetuo *ramo de rosas* para el *buen hombre* que realizó acto meritorio, constituyen *argumentos prácticos*, si no decisivos, de gran peso contra las consecuencias teóricas de la amoralidad aprendida, rasgando, digámoslo así, la virginidad de la Temis que lleva en lo más hondo todo recto corazón juvenil... Observará el triste neófito al éxito ocupando el lugar de la virtud y a los poderosos ejerciendo el influjo que debieran los sabios y los buenos. Verá cohibido su propio desarrollo intelectual y volitivo por los obstáculos que se ostentan, no sólo ante sus ambiciones, ante la simple manifestación de sus ideas y sentimientos: todo conspira en la sociedad contra la educación primaria, si fue buena; esto es, si se inspiró en altos ideales; si se dirigió, en el orden moral, no sólo a lo que *es*, sino a lo *debe ser*; si miraba, no sólo al presente, al porvenir de la Humanidad.

¿Quién no conoce a alguno de esos *vencidos*, que en los primeros años de su vida racional revelaban sentimientos delicados, profunda inteligencia y *buena voluntad* sin límites, y que al entrar en la vida tropezaron con múltiples dificultades al ejercicio de su actividad y al seguimiento de su vocación, mientras un océano de hielo infundible se extendía en derredor del fuego de sus almas y una losa, formada por la compacta cristalización de todas las injusticias jerárquicas, oprimía sus cabezas con infinita pesadumbre; y al intentar la penosa ascensión a las alturas sociales, luchando, más que por el pan, por el éter de las ideas, y notar que se les encadenaba a la tierra, quisieron soportar con dignidad estoica la cadena, y vieron que ni eso les era permitido, pues la religión del dios Exito, verdadera religión universal, no consiente víctimas ilustres, en la que se pueda notar lo invertido de la «selección» que sanciona; y respiraron, pues, aire envenenado de ergástula, mientras sentían que se debilitaban sus primeras fuerzas; hasta que al fin se *adaptaron al medio* para venir a ser una especie de productos híbridos, escépticos por dentro, aun conservando ciertas fórmulas propias de las muertas idealidades; fríos ante lo grande y pequeños ante lo pequeño; soberbios sin dignidad; puntillosos sin honor verdadero, y, en el orden intelectual, legionarios de lo mediocre; encontrándolo ya todo soportable, todo, hasta su propia situación económica, lo único que en ellos mejorará?

¿Y no observamos también otros hombres que, sin aquellos brillantes principios y llenos, en cambio, de defectos groseros y de prejuicios estúpidos, resultan, sin embargo, ante hechos singulares que los afectan, llenos de nobleza, aunque ruda, de fe sincera, de amor abnegado?

¿Es que en los primeros el trabajo de deseducarse agotó sus fuerzas?

¿Tendrá razón Guizot cuando dice: «el silencio casi absoluto que Montaigne ha guardado sobre la parte de la educación que se refiere a formar el corazón, es una nueva prueba de su buen juicio»?

Si la educación social es la única eficaz, la definitiva, la que por sí sola, o combinada con restos de la primaria, forman al hombre en cuanto la educación puede formar, ¿qué hacer?...

¿Es, acaso, que yerra la moral de las escuelas, la moral oficial, espiritualista y religiosa, y acierta la moral corriente y moliente, la cual, por cierto, se parece mucho a la de ciertos positivistas teóricos, que serán, en todo caso, los encargados de hacerla triunfar así en la Filosofía como en la Historia, en el Derecho como en la Educación?

Y de cualquier modo, ¿qué hacer, mientras se resuelve el pleito?

Blas J. Zambrano
La Escuela Moderna, febrero, 1905

La Instrucción Pública

Como una de las bases de la reconstitución nacional

Dos palabras que expliquen el título de este artículo y su latitud excesiva como trabajo periodístico corriente: Yo leo pocos periódicos y no los leo todos los días, omisión que me impidió enterarme del concurso de *El Imparcial* sobre *Bases de reconstitución*, con diferentes temas, el primero de los cuales es *Instrucción pública*, hasta muy pocos días antes de terminarse el plazo de admisión de los trabajos.

No obstante carecer de pretensión alguna sobre el resultado de certámenes de importancia tan grande como este de *El Imparcial*, en donde el concursante de menos mérito entre los no premiados ha de tener mayor competencia técnica y más claras luces que el modestísimo autor de este escrito, el tema *Instrucción pública* me sugestionó hasta el punto de hacerme prescindir del conocimiento de mi propia deficiencia y, aunque sin esperanza, ni remota, sobre una distinción imposible -porque no me *olvidé* de mis cualidades negativas, sino que *prescindí* solamente de ellas, -impulsado por una verdadera sugestión, me puse a escribir lo que a continuación leerá el que leyere.

Hubiera, pues, remitido al concurso estas cuartillas, si las hubiese terminado -mejor dicho, sacado de borrador- a tiempo. Mas pasó éste, y acordándome de la elevada tribuna pedagógica que se llama LA ESCUELA MODERNA, a su ilustre director me he dirigido en pretensión de que me deje ascender una vez más, y por algún tiempo más que otras veces, a tan alto sitio.

¿Puede ser la instrucción pública medio eficaz para la reconstitución de un país?

¿Y cómo puede serlo? ¿Extendiéndola a todos en la mayor cantidad posible, o cualificándola e intensificándola en algunos?

La ciencia para todos y aun el saber elemental y primario como verdadero *saber*, es un ideal inasequible en lo presente, aunque los tratados de Pedagogía y la literatura pedagógico-sentimental hagan entender lo contrario.

Estamos en un período que pudiera llamarse de romanticismo pedagógico, de guerra a las formas y al contenido clásico- a la manera de enseñar y a lo que se enseñaba en lo pasado- y de fe intensa, ardiente, sencilla, en la eficacia de la educación nueva, en la universalidad posible de la nueva cultura, tan general, tan práctica y tan razonada al mismo tiempo: es la fe de todos los comienzos, de todas las infancias; es la fe entusiasta, delirante, de las religiones en flor, de las escuelas en donde se escucha todavía el eco de las palabras del maestro, de los partidos que no han acabado de contar el número de sus

fieles, de las verdades luminosas que comienzan a pasar del reducido santuario en que un genial sacerdote la descubriera y revelara ante sus iguales a los abiertos espacios del atrio público; de las artes que resucitan, mientras se van levantando con gallarda energía de entre los escombros en que las soterrara la barbarie y mientras las Horas retroceden a desteñirles el sudario que Cronos, equivocado, dejara caer sobre sus formas inmortales... fe necesaria al progreso, como a la vida es necesaria la juventud. Sin ella no se trasladarían, no ya las montañas, los granos de arena que obstruyen el camino del humano progreso. Pero también la fe debe aquilatarse con la contradicción, condicionarse por la realidad. Hay que prevenirse contra la ligereza de los ensueños de oro...

Se olvidan los que de la educación y la instrucción se ocupan hoy, quizá por ese espíritu de adulación al público, tan extendido, de la grande, de la enorme diferencia de capacidades inteligentes, de la inconmensurable distancia espiritual que media entre los individuos de una misma edad, raza y pueblo; distancia que es, indudablemente, mayor que la que separa, no ya a los individuos inferiores de una raza superior, de los superiores de otra inferior, sino a términos más alejados de las escalas respectivas.

Y si los indicados tratadistas no se olvidan del todo de la triste variedad de que nos ocupamos, si aluden, como a veces no pueden por menos, a esas diferencias, lo hacen ligeramente, como si pudieran ser neutralizadas por los métodos de educación y de enseñanza; olvidándose de *quod natura non dat...*, y sin querer deducir, por lo tanto, las naturales, inevitables consecuencias.

Y no hay peor cosa en la vida intelectual y moral que dejar de repetir lo que parece ser de opinión común indiscutible, lo evidente, hasta lo axiomático. Lo «olvidado de puro sabido» resulta casi tan olvidado como lo no sabido. Y una de esas verdades de experiencia, casi olvidadas, es la de que solamente una *escasa minoría* de hombres tiene capacidad para el estudio.

El aprender es una especie de combinación entre las ideas del maestro y del alumno, o entre los hechos observados y las ideas anteriores que puedan relacionarse con el mismo. Así, cuando en un cerebro no hay la suficiente actividad previa, cuando el alumno no tiene nada que combinar, no aprende, o aprende sólo de memoria. Todas las explicaciones y ejemplos no son bastantes a enterarlo. Claro es que esto no puede referirse a la representación de cosas o hechos singulares; pero el saber científico, cualquiera que él sea en cantidad, es siempre general y abstracto.

Tampoco consiste el *saber* en la mera comprensión verbal de cláusulas gramaticales compuestas de términos definidos, porque saber que no se relacio-

na, que no se modifica, que no tiene aplicaciones, internas o externas, no es saber, aunque algunas veces lo parezca.

Puede darse, en efecto, un grupo dicente que haya estudiado y aprendido un programa de enseñanza, y resultar ésta, sin embargo, mecanizada en la mayoría de los alumnos, *aunque el profesor no haya seguido*, ni con mucho, los justamente denigrados procedimientos mecánicos, de pura memoria, o, a lo sumo, de mera comprensión verbal, que tan en práctica han estado durante siglos, y que todavía colean por esos o por *estos* rincones del mundo; así como para las inteligencias privilegiadas de aquellos siglos no había *enseñanza mecánica*. Ellos la desmecanizaban, la hacían dinámica, orgánica y biológica y... divina. Pues bien: lo que aprenden o parece que aprenden esos que no tienen aptitudes para el estudio, no les sirve a ellos ni a nadie de nada, o sirve a todos de muy poco, o bien, perjudica a los demás, si los tales ostentan apariencias de un saber excelso, o a ellos mismos, finalmente, si hasta las apariencias faltan. Terminada la carrera y obtenido el título, sirven los mejores de estos, o parece que sirven para algo. Son capaces de obtener un empleo, de ocupar un destino *por oposición*, y hasta de firmar una nómina. Pero ¡qué escasamente contribuyen al bien público! ¡qué nula es su influencia en el progreso general! ¡qué poco devuelven de lo que han consumido y consumen!

Y no me refiero a que no se les deba inventos notables, a que no diluciden teorías científicas importantes, a que no sientan, robustezcan o confirmen hipótesis fecundas, no. Es que hasta su oficio lo desempeñan, si quizá irreprochablemente en la forma, con absoluto vacío en el fondo, con nula eficacia en los resultados. Esclavos de lo exterior -reglamentos, órdenes, costumbres, -sin espontaneidad que vivifique esas formas vacías, son como máquinas docilísimas que la fatalidad gobierna y que a la nada rinden su trabajo; máquinas de contar un tiempo sordo, de medir un espacio vacío.

Y estamos hablando en la hipótesis -falsa, a nuestro juicio- de que haya un gran número de facultativos y profesionales que estudiaron cuanto y tan bien como su capacidad les permitió, que han retenido, aunque estadizas, las enseñanzas cursadas y que saben y quieren cumplir con la letra siquiera de las prescripciones legales referentes a sus respectivas profesiones; y todos sabemos que aun esto abunda poco, muy poco. Lo que suele ocurrir es que ni comprendieron lo que estudiaron, ni han retenido lo que de memoria aprendieron, ni saben aplicar lo que han retenido. ¿Es culpa de la enseñanza, o de los enseñados?

La crítica pedagógica corriente contesta iracunda: «De la enseñanza, de la organización de la enseñanza, y de los Profesores, y de sus libros de texto, y

del Consejo de Instrucción pública, y del Ministro, y de las Cámaras legisladoras y hasta de los bedeles de la Universidad».

Y nosotros creemos que no es eso, que, al menos, no es eso solo ni siempre. Afirmamos rotundamente que en la enseñanza los factores decisivos son el alumno y el maestro, y que todos los demás juntos no son sino ligeros modificantes, excepto uno, de gran importancia, el tiempo, o, mejor dicho, la relación entre el tiempo y la cantidad de estudios.

Y uno de los males de nuestra enseñanza pública es el temor a aumentar los años de estudio. De ahí el exceso de asignaturas en los cursos y de lecciones en cada asignatura. La vida moderna, que no nos ha penetrado en sus fecundas virtudes, ni en sus esplendentes manifestaciones, nos ha seducido por lo que más hiere nuestra fantasía, halagando el bajo egoísmo propio de la incultura y nuestra nativa pereza. El positivismo práctico, que en otros países está aumentando prodigiosamente la riqueza pública y el bienestar de cada uno, sin aniquilar por eso las diversas religiones de lo ideal que se agrupan bajo los nombres de filosofía y arte, está haciendo estragos en nuestra mentalidad y en la conducta privada de muchos, con sus lógicas derivaciones en la opinión pública sobre los asuntos generales, sin que pueda dar los frutos que al combinarse con otros elementos de que carecemos, sería dable esperar de él, siquiera como atenuante de sí propio, o como *mal menor* entre todos que quizá nos amenazan. Y una de las manifestaciones del positivismo práctico que más nos han caído en gracia es eso de que «el tiempo es oro», aunque no, por la gracia, aprovechemos el tiempo ni veamos el oro. La cuestión es repetir mucho la famosa sentencia para darnos aires de hombres prácticos y modernos, que están *en el secreto*-¡en el gran secreto de cómo se ha de vivir!- Y con decirlo solamente, y decirlo, como no podemos por menos, dentro de nuestra *manera de ser*, se logra solamente *quitar tiempo*, impedir que se invierta el tiempo que es necesario para realizar las grandes obras, individuales o colectivas, las cuales son siempre el resultado final de un trabajo persistente. No hay un alumbramiento sin gestación, tanto más larga y laboriosa cuanto más perfecto es el organismo que ha de ver la luz.

Tengan en cuenta los partidarios de los estudios cortos, que en Alemania, pueblo hoy quizá el más industrial de Europa, cuyo comercio compite con el inglés, al que amenaza, y cuya industria fabril ha vencido a la francesa en la propia Francia, es el país del mundo en donde los estudios oficiales son más largos.

Cierto que en Inglaterra se exigen pocos estudios para obtener un título. Pero es que los ingleses, aparte su mayor voluntad para estudiar lo que necesitan, sin que la ley se lo pida, y aparte su sentido práctico, que puede suplir la

falta de teorías, tienen grandes facilidades para vivir -y extendemos la palabra vivir al vivir intelectual- con la prodigiosa extensión de su nacionalidad y las energías acumuladas en su industria y su comercio, que protege el poderío del Estado; y por la riqueza circulante que de esto se deriva, aplicable en parte a satisfacer las exigencias económicas del progreso científico. Además, ¿por qué los hombres más notables de Inglaterra no son universitarios, como en Alemania? ¿Por qué el más elevado e intenso cultivo de la ciencia se realiza en Inglaterra fuera de las Universidades?

Nosotros no tendríamos perdón si quisiéramos imitarlos en eso de los estudios académicos muy cortos, lo que no deja de ser una deficiencia, hágalo quien lo haga. Haciéndolo nosotros, dada nuestra idiosincrasia nacional, harto conocida, y el vicio moral endémico, que quizá sea una manifestación de aquella, de estimar las leyes y reglamentos como ideales irrealizables, o como teorías abstractas cuya adecuación con la realidad no precisa más que según la letra, o como expresión de «buenas intenciones» para empedrar el infierno de la existencia nacional, haciéndolo nosotros, decíamos, sería cosa de celebrar luego una Exposición Internacional Universitaria, en la que se hubiere de premiar lo contrario de lo que en las demás exposiciones, en donde se premiara lo pésimo.

Y si no en la Universidad, ¿dónde se iban a formar aquí los sálicos y hombres verdaderamente ilustrados que nos hacen falta, que necesita España para reconstituirse? ¿Con qué Centros, con qué material científico, con qué Bibliotecas abastecidas de lo selecto de última hora, con qué Profesores libres contamos para dejar abandonada a la iniciativa particular que, en nosotros, es la nada, o es el caos, una condición tan importante de la vida nacional?

Nosotros vamos a comenzar a reconstituirnos.

Llevamos mucho retraso ante la Europa culta; la ciencia ha tenido apenas, durante varios siglos, cultivadores en nuestro país, ni tiene hoy organismos adecuados a su cultivo, ni *pluralidades* de personas a él dedicadas, existiendo únicamente excelsos cultivadores solitarios, especie de abanderados sin legiones. Y la ciencia es el porvenir. El tiempo, o la supervivencia, será de los pueblos más sabios.

Debemos, al intentar reconstituir la instrucción pública, escoger, primero, los materiales que han de constituir más tarde los elementos activos del progreso de las instituciones que ahora se creen o modifiquen, desechando severamente, *impiamente*, a los que no sirvan, y acondicionar luego a los escogidos, dotándolos de la potencia científica requerida por el estado del saber en

el mundo; teniendo en cuenta que debemos correr, mientras el mundo anda, o volar, mientras el mundo corre. Nuestro retraso no puede suprimirse sino rellenando el tiempo con trabajo intenso, poblando el espacio de labor selecta; corriendo, sin saltos «contra naturam», por el vacío que nos separa de los grandes pueblos, y llenándolo con los ecos de nuestro verbo, con las semillas de nuestro espíritu, para que sea obra continua, fecunda e indestructible la que hagamos, y al pisar en la *tierra firme del nuevo mundo*, tengamos fuerzas para desplegar nuestra bandera, y bandera que desplegar con nuestras fuerzas.

Y como nada hay diferente, como lo que no es útil es perjudicial, y lo que no es bueno es malo -»quien no está conmigo, contra mí está»,- pues tierra que no produce, máquina que no funciona, nervio que no vibra, individuo que no trabaja, maestro que no enseña, estadista que no gobierna, artista que no crea, *sabio oficial* que no sabe son perjudiciales, porque las funciones que deben realizar y no realizan son necesarias en mayor o menor grado, no es *indiferente nunca*, no sería indiferente, aunque no estuviésemos tan atrasados que hubiera de todo, bueno y malo, en las profesiones intelectuales.

Y no se diga que el público o el estado, según los casos, seleccionan luego, y el inútil se queda sin destino público, sin empleo particular o sin clientela porque... ¿son rechazadas invariablemente por doquiera las monedas falsas? ¿No es, además, una crueldad *inútil* -la más estúpida y la más cruel de las crueldades- el dejar que un hombre pierda tiempo y dinero, aprobándole uno tras otro los estudios que la ley exige para obtener un título y dejarlo luego a la luna de Valencia? ¿Es eso serio, humano, ni conveniente para el propio autor de la mala pasada?

La sociedad, grande autora de esas malas pasadas, porque del espíritu social se derivan, así los planes de estudios dificultosos y deficientes al propio tiempo, como la benevolencia de los tribunales de examen y la... *más y menos* benevolencia de los de oposiciones, sufre luego la sanción de su falta en forma de plaga de licenciados y profesores inútiles, improductores de cosa alguna, perturbadores de la buena marcha de la Administración en lo respectivo a proveerse de personal apto para las múltiples funciones que le son propias, carga de las familias, molestia del público, carcoma de la política; condenados a perpetua ruina, si no han podido causar la de los demás.

Al propio tiempo que se fuera practicando la selección, debiera darse la enseñanza en forma y manera tales, que el total contenido de cada disciplina fuera perfectamente comprendido, practicado y asimilado por los alumnos, que deberían ser colaboradores con el profesor en la obra de la investigación y exposición científica, sin que por tal título de colaboradores fueran a ser considerados tales efectivamente todos los alumnos, los que realizaren y los que no

realizaren semejante colaboración; pues habría que rechazar sin contemplaciones a cuantos no demostraren aptitud.

Dos palabras sobre el Bachillerato, manzana de la discordia en Instrucción pública.

El sistema inglés, que consiste en no tener ninguno, ingresando los alumnos de las escuelas libres en la Universidad mediante un examen sobre los conocimientos peparatorios, nos parece, por ahora al menos, un poco atrevido; mejor dicho, inconveniente para España.

Ni el sistema, propio del *Gimnasio* alemán, de humanidades a todo pasto y para cuantos han de ingresar en las facultades, nos parece aceptable, ni los estudios opuestos de las *Escuelas reales*, sin un átomo de humanismo, ni tampoco el sistema de bifurcación francés partiendo de un endeble tronco de enseñanza general, ni el instituto enciclopédido español.

La enseñanza secundaria compuesta solamente de letras -en los Gimnasios alemanes se cursan bastantes ciencias; y si allí dicen que no preparan bien esos centros para los estudios de las facultades científicas, será por el descuido con que se darán en los Gimnasios tales materias- o la enseñanza secundaria compuesta sólo de ciencias y de lenguas modernas, como en los *Realschulen*- cuyos discípulos nunca han sido admitidos sin otra preparación complementaria en las facultades- nos parece una enormidad. Así como no debemos alimentarnos sólo con carne, así tampoco debemos llenar el cerebro con sólo fórmulas, esquemas y datos científicos. La ciencia sola, exclusiva -¡oh paradojas de lo real!- seguramente embrutece; así como las letras, con exclusión de toda ciencia, aligeran tanto el espíritu, tanto lo adelgazan y evaporan, que lo vuelven tonto de remate.

Cierto que tales exclusiones no son posibles en absoluto nunca. La misma poesía de la vida, las obras de arte que se ven por doquiera, la belleza infinita y siempre varia de la Naturaleza, que se mete por los ojos y penetra por los oídos y domina las almas más toscas, o más frías, sin contar con la belleza de estilo que puedan tener y que de hecho tienen muchas obras científicas, hacen que nunca el intelecto de ciencia sea intelecto de ciencia pura y nada más, lo cual no sería un intelecto de hombre, y no hay cosa alguna, ni aun la ciencia, que pueda volcar la naturaleza de otra, aunque esta otra sea el hombre. Como tampoco el literato puede ignorar, aunque aquí es más posible la inhibición en las cuestiones del otro lado, ciertas verdades científicas. Esto, sin contar con que en la ciencia hay belleza y arte, y hay verdad y ciencia en la literatura; más belleza en la ciencia y más verdad en la literatura, cuanto más dominen respectivamente en un cerebro, cuanto más tiendan a constituirse en idea fija.

Y en el mecanismo del estudio tampoco es posible una separación completa de lo que, por tener un origen común, el espíritu humano, ha de expresar siempre la unidad del mismo en toda la variedad de sus aplicaciones.

Pero sin llegar a lo imposible de que se pueda estudiar las materias científicas o literarias exclusivamente, cerrando el espíritu a todo lo demás, es lo cierto que la preponderancia excesiva de unas sobre otras disciplinas -estudiar metódicamente sólo ciencias, dejando lo demás sin otra esfera de adquisición que las lecturas y conversaciones, o sólo humanidades con la cantidad de ciencia en ellas diluidas, -la preponderancia excesiva de unas u otras disciplinas en la preparación de las facultades, que son, por naturaleza, todo lo exclusivas que pueden ser, pues en la de Medicina no se va a cursar literatura griega, ni cálculo integral en lenguas, es un mal.

Pero también es un mal, y no leve, *intentar* -porque como realizarse no se realiza casi nunca- que todos los muchachos que cursan el Bachillerato, aun estando dotados de buena inteligencia, se preparen bien al propio tiempo, lo mismo para ingresar en la Facultad de Ciencias Exactas, como en las de Filosofía o Derecho. Esto *intenta* el Bachillerato español, y por ello sólo es un pésimo Bachillerato.

No; salvo los genios universales, es muy raro que el que sirve para estudiar Matemáticas sirva también para estudiar Derecho, o viceversa. A quien le agrada la Geometría suele detestar la Psicología racional, y al revés; al aficionado a Historia o Retórica, le hacen muy poca gracia las clasificaciones de las Ciencias Naturales. Y lo que no agrada no se aprende, o se aprende muy poco de ello; lo que desagrada menos, o por lo que por ser corto y sencillo, no puede repugnar.

Pero si no debemos adoptar en la preparación a los estudios superiores ni el predominio de las letras, ni el de las ciencias, ni Institutos de Ciencias e Institutos de Letras, ni la mezcla en proporciones casi iguales en ambos grupos de enseñanza, ni la bifurcación con base raquítica, ¿qué hacer entonces? ¿Acogerse al sistema menos malo?

Proponemos el siguiente, sin hacer preámbulo alguno, para el que no hay espacio:

Seis cursos de enseñanza enciclopédica, que consistirían en:

Lengua Castellana con ejercicios de composición vulgar: *tres cursos* en orden cíclico.

Preceptiva Literaria y *Literatura Española*, con ejercicios de composición literaria en prosa (o en verso, a elección del alumno): *dos cursos* en orden cíclico.

Historia de España: tres cursos en orden cíclico.

Historia Universal: dos id. id.

Geografía especial de España: tres id. id.

Geografía general especialmente descriptiva: dos id. id.

Ciencias físicas y naturales: cinco id. id.

Ciencias matemáticas: cinco id. id.

Y en el último curso:

Cosmografía y física del Globo (nociones).

Lógica.

Antropología, acentuando la parte fisio, psico y sociológica y dejando no más que delineadas la etnología y etnografía, aunque exponiendo la asignatura con el carácter de unidad que supone su moderno concepto de «Historia natural del hombre».

Pedagogía, o teoría de la educación.

Historia de los grandes inventos.

Agricultura e Industria y Comercio.

Se daría, además, en todos los cursos francés, dibujo y gimnasia, con pocas clases semanales para no sobrecargar el número de éstas y habida consideración también a que serían las asignaturas de mayor número de cursos.

Inútil nos parece advertir que la Historia de España y la Universal habrían de ser sintéticas y a la moderna, atendiendo más al desarrollo de la humanidad en el tiempo que a los cambios políticos y los hechos militares; que los estudios de ciencias físicas deberían ser muy sustanciosos, muy prácticos y en donde la memoria de palabras interviniera lo menos posible, y que todos los estudios, en fin, habían de ser compendiosos, estrictamente elementales, procurándose por todos los medios que los alumnos aprendieran *bien lo poco* que en tan escaso tiempo y con su temprana edad habían de poder estudiar.

La organización de estos centros, parecida a la de las escuelas primarias: una especie de escuelas primarias superiores graduadas, con los maestros necesarios en cada grado, y ninguno más, a fin de que, estando en contacto con los alumnos el mayor tiempo posible y conociéndolos mejor, pudiera existir entre unos y otros esa compenetración espiritual tan deseada para la enseñanza no primaria, continuándose por tal manera la educación del alumno.

Y bien pudiera y debiera extraerse estos profesores de la clase de maestros normales para todos los cursos, excepto el último. Debería, he dicho, porque a más de suponerlos con suficiencia para el caso, poseen ellos más espíritu y conocimientos pedagógicos que los demás profesores.

El tránsito de la Escuela primaria al Instituto o a las Escuelas profesionales sería la primera y quizá más importante operación selectiva, que debería verificarse mediante el doble procedimiento de atracción de los individuos capaces y de repulsión de los ineptos para el estudio, o poco preparados todavía para comenzar los propios del Instituto.

Para la repulsión no conocemos otro medio que rigurosos exámenes de ingreso.

El procedimiento de atracción no podría consistir en otra cosa que en la fundación de plazas gratuitas de alumnos internos para los niños pobres y aventajados, previa la completa universalidad de la instrucción primaria gratuita y obligatoria, a fin de que ningún cerebro privilegiado dejara de rendir su fruto, a fin de no desperdiciar ninguna energía útil para el engrandecimiento nacional, aparte el derecho indiscutible del niño -*de todo niño*- a que se le prepare para la vida por medio de la educación y la enseñanza indispensables.

El número de estas plazas no habría de ser en manera alguna exiguo, por la propia razón que acabamos de exponer en favor de la enseñanza universal.

El paso de los alumnos de unos cursos a otros, cuando los profesores los creyeran enterados del en que estuvieren cursando, sin nada que se pareciera a un examen de momento, sino por virtud del examen constante a que habrían de estar sometidos desde su ingreso en la escuela. Mas habría, naturalmente, un tiempo mínimo para cada curso y alumno, que podría ser el de seis meses, con ciento treinta días lectivos como minimum.

El sistema de enseñanza, cíclico en todo lo posible, según hemos indicado.

El régimen escolar, el internado de los alumnos no residentes en la población en que el Instituto radicare y el medio internado de los residentes.

Y como hace falta difundir la cultura por cuantos cerebros sean capaces de apropiársela, y como hay muchos padres de familia que desean dar a sus hijos un suplemento de instrucción elemental para la vida, no como preparación de carrera alguna, debería crearse en cada población de más de diez mil almas una Escuela superior o Instituto primario.

Y luego, la bifurcación del Bachillerato. El que pensara cursar Medicina, Farmacia, Ciencias, ingresaría en el Instituto preparatorio de Ciencias o Instituto secundario, Sección de Ciencias o como quisiere llamársele, en donde se estudiaría más ciencias exactas y físicas que hoy en los generales y técnicos, y alemán e inglés.

Y el que fuere a cursar Derecho o una de las ramas en que con buen acuerdo se ha dividido la antigua facultad de Filosofía y Letras, aprendería griego y latín, bastante latín y bastante griego, y de ciencias filosóficas y sociales lo que se estimare prudente, habida consideración a que luego habrían de ampliar los alumnos algunos de estos estudios, según la facultad en que ingresaren.

Y así como en la Escuela superior habría de ser la enseñanza extensiva -lo fundamental de todo- en estos cursos paralelos de los Institutos especiales, debería intensificarse la enseñanza, preparando la especialización que de consuno imponen la grandiosa copia de disciplinas, cada una de ellas más rica de día en día, la vocación de los estudiantes, que ya se habría manifestado en los anteriores estudios y la necesidad de hacernos en nuestra patria de sobresalientes especialistas.

Mas al propio tiempo, y para no romper artificiosamente lo que en el fondo es uno, para no dejar ocultas las múltiples relaciones que se desprenden de cada ciencia para armonizarse con las demás, no obstante los caracteres diferenciales de cada una, debería acentuarse en este grado de la enseñanza, no sólo las relaciones teóricas, esquemáticas, entre unas y otras ciencias, sino puntos comunes en cuanto a la *materia*, aunque diferenciados en cuanto al *criterio*; haciendo entrar al estudiante de Antropología, v. gr., en el campo de la Sociología, la Historia, el Derecho y la Educación, y al de Ciencias filosóficas en todas las demás, apoyándose los elementos enseñantes -profesores y libros- de estos grados en el saber previo de los enseñandos, recordando y hasta ampliando también *en cada asignatura* lo que fuere necesario *de las demás*, tendiéndose, por tal modo, a unificar, a reconstruir sintéticamente lo que en la realidad es uno -lo objetivo, -aunque necesariamente dividido por el análisis que el conocer implica. La especialización no consiste, no puede consistir cuando se verifica en un cerebro y, por tanto, no debe consistir en la enseñanza - medio para aquel fin, -en estudiar una sola rama de conocimientos, prescindiendo completamente de las demás; sería lo mismo que si intentásemos robustecer una parte de nuestro organismo físico, los brazos, por ejemplo, y los amputásemos para infundirlos en un líquido nutritivo que, claro está, no los nutriría.

La especialización consiste en establecer centros relacionados entre sí -un centro, a ser posible- de asociación de ideas, que se acusarán tanto más cuanta mayor sea la riqueza de ideas asociadas.

La cuestión consiste solamente, ya que no es infinito el número de ideas científicas que pueda almacenar un cerebro, en suministrar a este los materiales de asociación más calificados, más importantes. Deben ser, pues, ora grandes síntesis, ora hechos muy generales los que hayan de incluirse de unos grupos de conocimientos en otros grupos; sin que tampoco se expongan tan escueta y sucintamente que vayan a quedar en la conciencia del alumno como letra muerta, como arca cerrada, como elementos en suma, de escasa o nula penetrabilidad por los demás que en la inteligencia pululen.

La máxima especialización, aunque sin abandonar nunca el criterio acabado de exponer, vendría naturalmente en las facultades universitarias, las cuales, a nuestro juicio, deberían dividirse en dos o más cada una, al menos para la preparación de los Profesorados respectivos.

Con el sistema que ligeramente hemos bosquejado de enseñanza secundaria se concilian los inconvenientes de todos los sistemas.

Cierto que el alumno poco apto para Matemáticas, por ejemplo, se vería precisado a estudiarlas en la Escuela superior. Pero estudiaría sus elementos, nada más, y los estudiaría clara y concienzudamente; los estudiaría también en la comunicación íntima y casi constante con los maestros, que supone el régimen que hemos indicado. La repugnancia para una suerte de estudios no suele iniciarse sino cuando el estudiante se ve obligado a ingerir en frío, a estilo burocrático, gran cantidad de ellos. Las inteligencias claras pueden aprender bien los elementos de todas las ciencias. Así se observa en las escuelas primarias que los alumnos de mayor riqueza intelectual están adelantados en todas las asignaturas, aunque sobresalgan más en alguna. La diferenciación suele venir más tarde.

También se verificaría una más perfecta división del trabajo desde la bifurcación, desbrozándose los respectivos bachilleratos de estudios que no son necesarios, que roban tiempo del que debieran disponer los requeridos por las propias aptitudes de cada estudiante y que restan amor al saber. Malo es que un abogado ignore, como lo ignoran muchos, aunque lo hayan estudiado, los decímetros que tiene un metro cúbico, que sea incapaz de hallar el área de una superficie oblicuoangular y que haya olvidado hasta la ortografía del idioma. ¿Pero es necesario que aprenda y haya de retener teoremas trigonométricos, nociones de mineralogía relativamente extensas, etc., etc.?

Si todo esto se le olvida luego -si es que lo aprendió- al que no ha de seguir por tales caminos ¿a qué hacerle perder el tiempo? Si olvida hasta lo más elemental de lo que no constituye el nervio de su carrera ¿no es mejor hacer porque no olvide eso, lo elemental, en lugar de *hacer* porque lo olvide todo?

Instrucción primaria.- Muy bien las reformas de La Cierva.

Dejando aparte las bien pensadas variaciones introducidas en la Inspección y en las Normales, la implantación de la enseñanza graduada en todas las escuelas es bastante título a la distinción, más todavía, a la gloria del Ministro que ha echado los cimientos de tan hermosa obra, llevando a la *Gaceta de Madrid* la orden de su ejecución.

Además de lo prescrito en las reformas del Sr. La Cierva, la acción social, dirigida y auxiliada por las corporaciones docentes y las autoridades administrativas de la enseñanza, debería establecer las instituciones escolares complementarias: cantinas, cajas de ahorros, excursiones, decorado artístico de los locales-escuelas, cuando los haya que merezcan tal nombre, etc.,etc.

Y ahora que el Sr. La Cierva no es Ministro, se nos ocurre defender sus planes[1] . La ocasión no es, creemos nosotros, ni la más inoportuna para lo defendido, ni la menos honrosa para el modestísimo defensor.

Se acusa al Sr. La Cierva de haber infundido en sus planes el espíritu chino: pruebas de suficiencia y oposiciones numerosas.

Pues bien; bueno es un poco de todo, hasta de *espíritu chino*, para integrar obra tan compleja como la enseñanza. Bueno es el sistema, hoy tan preconizado, de la enseñanza racional y práctica, muy bueno ¿Pero es tal sistema incompatible con las pruebas de aptitud? ¿Se puede demostrar memoria y no se puede demostrar inteligencia en los exámenes y oposiciones? ¿Es acaso imposible establecer, dentro del plan de reformas novísimo, pruebas de suficiencia, que podrían consistir, entre otras cosas, en ejercicios escritos, *sin plagiar*, en observaciones personales del propio examinando a las doctrinas aceptadas en las cátedras, en explicación de lecciones ante los niños de una escuela, en resolución de problemas prácticos de Pedagogía y, sobre todo, en los resultados de la enseñanza, cuando esos exámenes se verificaran entre maestros colocados, como requisito para el ascenso? ¿Es que no son posibles, repetimos, más que las pruebas de memoria en donde se consagre la rutina, y no las de inteligencia y práctica, en donde se exalte lo racional?

¡La práctica, la práctica, se dice, es lo que sirve!

¡No es mejor maestro el que más sabe!

---

[1] Estos párrafos, adicionados al trabajo primitivo, están escritos después de saberse públicamente la dimisión del Sr. La Cierva y la sustitución de este por el Dr. Cortezo.

Nosotros creemos que los cerebros ineptos para la teoría lo son igualmente para la *buena* práctica, que no puede ser otra que la aplicación de la teoría. ¿Y cómo aplicar lo que no se conoce? Creemos también, por tanto, que el mejor maestro, como el mejor médico y el mejor abogado y el mejor ingeniero, es el que más sabe, si lo que sabe lo sabe bien y si al propio tiempo posee una conciencia aceptable y está regularmente excitado a un trabajo meritorio.

Desterrar por completo toda prueba de suficiencia -exámenes, oposiciones, etc.,- sería anticientífico, pues las facultades superiores humanas que entran en juego para la adquisición y la exposición científicas, la atención voluntaria entre ellas y la primera de ellas, como condición para el ejercicio de las demás, son, como dice Ribot de la acabada de nombrar, «precarias e inestables» y harto desigualmente distribuídas entre los mortales, al menos en el grado suficiente para el asiduo trabajo intelectual.

Y después de colocado, *mediante oposición*, un maestro, o catedrático ¿es de ley divina o humana que se ha de conservar siempre en las mismas condiciones de aptitud, trabaje o no, estudie o no estudie lo nuevo, repase o no repase lo viejo?

¿Y porqué no probar esto?

En fin, hablemos claro. ¿Deben obtener las plazas de maestros o catedráticos los aspirantes que más sepan o los que sepan menos?

Y después de obtenida la plaza ¿debe ser ésta una canongía apoltronada o un puesto de lucha constante contra la ignorancia, *empezando por la propia*? La ignorancia es como el frío de las regiones polares: se apodera de todo el que no se mueve. Un verdadero sabio que dejara de trabajar veinte años, se convertiría en un verdadero ignorante; con que no siendo sabio... ¿en qué se convertirá uno?

En lo que sí tienen razón los que se quejan del Sr. La Cierva, es en la nueva escala de sueldos de los maestros. Unicamente en este país de los viceversas puede ocurrírsele a alguien, y a alguien que vale, perjudicar en sus intereses legítimos a funcionarios reconocidamente mal retribuidos; y esto al reformar por primera vez, en esta relación, una ley semi-secular, promulgada cuando el costo de la vida era menor, mucho menor que el momento de la reforma. ¡Cosas de España!

Para terminar.

La reforma de la Instrucción pública en España debe consistir, primero, en la difusión necesaria y apremiante, de la primera enseñanza, difusión que

sólo puede lograrse rápidamente implantando las reformas indicadas en este trabajo: aumento del número de escuelas, graduación de las mismas, supresión de interinidades, inspección asidua e ilustrada, erección de buenos edificios para escuelas, cantinas de servicio gratis a los niños pobres, excursiones veraniegas pedagógico-medicinales con los niños anémicos de la infeliz gente que apenas come, y después de esto y arrancando de esto, en la creación de una verdadera aristocracia intelectual que elevara el nivel de la ciencia y la riqueza nacionales; a la cual aristocracia debería asignársele también la misión sagrada de combatir el peligro, ya señalado en Europa, del *americanismo*, del industrialismo absorbente y desmedido, del positivismo práctico.

En esta aristocracia tendrían los pobres, los humildes, los que padecen hambre y sed de justicia eternas, su apoyo y su guía; que no puede el cerebro ser enemigo del músculo; son ambos, por el contrario, los términos de una síntesis superior, real y viva, que cuando se haga carne, redimirá a la humanidad por siempre de la ignorancia y de la injusticia.

Ideal y realidad debe ser el lema de la cultura.

Fundamos nosotros las almas de Don Quijote y Sancho.

Blas Zambrano

La Escuela Moderna. Mayo, 1905.
(Fue publicado anteriormente en *El Profesorado* revista granadina pero el número correspondiente no se conserva); fue reproducido también en *La Educación Contemporánea* de Málaga. (N. de E.)

Prólogo de un Libro que tal vez no se escriba

Se sabe que todas las cosas se van produciendo mediante la destrucción de otras cosas. Y la destrucción ¿no es en sí misma un género de creación? El fuego que desorganiza la materia ¿no está produciendo una gran combinación química? ¿No afirmamos implícitamente algo, siempre que algo negamos? Nos atrevemos a creer que la destrucción es, en muchos casos, la más excelsa de las creaciones y que la negación constituye la afirmación más rotunda.

Se destruye la nebulosa al rasgarse en mil partes, germen y sustentáculo cada una de incontables miradas de seres; se destruye, al dividirse, la célula matriz de otras células; pulverizan las olas del mar ásperas rocas, formando con su polvo playas tranquilas; barren furiosos aguaceros las altas tierras, para formar risueños y fecundos valles; desintegran las fuerzas vivas del animal las sustancias que ingiere, constituyendo con ello y con los actos que de ello se derivan esa creación continuada que se llama vida orgánica. En la lucha por la existencia se manifiestan los fenómenos de destrucción y creación más tangibles y groseros; tanto, que si no se refiriesen a la generación negarían la ley general; pues el organismo que destruye otro organismo, suprime sin reponer, al pronto; aniquila, en cuanto esta palabra puede emplearse, sin crear inmediatamente; pero crea luego, pues la nutrición parece ser el antecedente de la procreación.

De otra parte, la «selección natural», efecto de la «lucha», nos dice que mediante esta se conserva y perpetúa lo mejor. En la lucha de las ideas debe ocurrir lo propio, y la crítica representa aquí la selección, o mejor dicho, el arma de combate, el medio para que *lo peor* se olvide y se exalte, o parezca robusto *lo mejor*.

Y en cuanto a negaciones creadoras, ¿no se considera ya como axiomático que todo progreso efectivo de la humanidad se ha debido, antes que a afirmaciones claras, a grandes negaciones rotundas? Negación contra los abusivos privilegios del patriciado, las sublimes retiradas al Aventino, por cuya virtud la democracia iba imponiendo su reinado, coronando al *gran pueblo*; negación contra el poder ominoso de los señores feudales, la revolución de los comunes en la Edad Media y su oscura, sombría gestación en las «misas negras» y las reverentes hechicerías de las «brujas»; negación contra la omnímoda autoridad de los pontífices, la «cuestión de las investiduras», y contra el endiosamiento pagano de esa autoridad, el movimiento que comenzó como «protesta» y se desarrolló en afirmaciones fecundas; negación contra el opresivo poder del trono, la magna revolución cuyo ulterior desenvolvimiento constituye la sustancia de que aun vive la política de las naciones cultas; negación, por último, contra el acotamiento de los bienes de la vida por el capital, el inmenso clamoreo que resuena por los ámbitos del mundo, amenazando por convertirse en huracán que derrumbe lo existente, sin que se haya trazado todavía el plano de construcción del nuevo social edificio.

Y en la vida ordinaria, ¿no implica mayor energía decir no, que lo contrario?

La verdadera negación, el nihilismo, lo infecundo, la sombra de la nada, es eso que en mecánica se llama inercia, silencio en acústica, mutismo en el

lenguaje, hibridismo en zoología, pasividad en política, neutralidad en diplomacia, desierto en geografía, positivismo en metafísica; y en amor y en religión, indiferencia.

Lo propio sucede en el orden de los sentimientos: el enojo, el enfado, la ira, la indignación, el odio, por ser negaciones exageradas, envuelven afirmaciones vehementes; la repulsión hacia *lo que va pasando* se resuelve en cierta unión mística con *lo que vendrá*; el horror a la realidad viviente supone complacencia en la idealidad vivida. ¿No es el enojo una especie de repulsión del sentimiento estético, y el enfado, un juicio moral que mueve a la protesta, y la ira, como la acentuación, por modo negativo, de cuanto constituye nuestra personalidad, y la indignación, un choque ideal trágico, análogo al cómico de la risa? ¿No ama quien aborrece?

No, no son absolutamente opuestas la afirmación y su contraria. Dejando aparte la identificación hegeliana de los opuestos, puede decirse que el juicio negativo y el afirmativo, hipotéticos sobre el propio objeto, se hallan en un mismo plano de la conciencia, sin estar paralelos realmente, aunque así lo considere la lógica abstracta; pues siendo aquellos juicios relativos a teorías previas, y siendo éstas, como todo producto de la actividad psíquica, modificables por mil derivaciones y enlaces, la afirmación y la negación no se encuentran siempre en la misma posición, y la convergencia puede verificarse. De aquí el aserto, generalmente admitido, de «en todo error hay algo de verdad».

En fin, si en la inteligencia humana no hay nada absoluto, la contrariedad entre la afirmación y la negación no puede ser tampoco absoluta.

La Pedagogía es un algo de complejísimo contenido, de distribución caótica, de contornos tan caprichosos, vagos o indefinidos, que ya se confunden con los de multitud de conocimientos sistemáticos, ya se reducen a tan estrechos límites, que apenas si aparece alguna que otra débil consecuencia del principio fundamental.

¿Y cuál es el principio fundamental de los conocimientos pedagógicos, el concepto propio de la Pedagogía?

Hasta ahora no sabemos de cierto -si en la Pedagogía, y formando cuerpo con ella, hay que buscar su propia raíz- sino la etimología de la palabra y las definiciones de los autores modernos, al sentir de los cuales es la «ciencia y el arte...»

Desde luego es *ciencia* y es *arte*. Tiene, como todo conocimiento, algo de ciencia; como toda práctica, algo de arte. ¿Pero es una ciencia? ¿Está constituida por un sistema de verdades ciertas y evidentes?[1] ¿Es un arte?[2] ¿Y a qué género de artes pertenece?

Y con respecto al fin de los conocimientos pedagógicos ¿qué decimos? ¡Que es el de la educación de unos seres racionales por otros! ¿No es esto?

Hay que decirlo así, estrictamente, para no salir del campo de lo incontrovertible.

Y bien, se dirá: ¿Aun queréis mayor precisión? ¿Pueden todas las ciencias hacer alarde de un fin más determinante?

Sin pararnos a objetar ahora que los conocimientos cuyo fin inmediato es el *hacer* pertenecen a las artes -"conjunto de reglas"- y no a las ciencias, cuyo fin próximo es el *conocer*, se nos ocurren multitud de preguntas, cuyas diversas respuestas posibles habrían de alterar muy mucho el concepto de la Pedagogía, si no en su sentido abstracto -teoría de la educación- como conjunto determinado y concreto de teorías, leyes o reglas, como tratado, como libro de los educadores.

La naturaleza del hombre, y especialmente la del hombre-niño, son el fundamento de la Pedagogía; y no decimos su objeto, porque entendemos que lo es de otras ciencias anteriores a la Pedagogía e independientes de ella. ¡Y cuánto hay que hacer en tales fundamentos para que puedan serlo sólidos y definitivos de construcciones inquebrantables, si bien sujetas a la ley del cambio (como todo lo constructivo, lo orgánico, lo combinado, lo derivado de lo incambiable -verdades evidentes), digan cuanto quieran de aquella solidez y estabilidad optimistas, atrevidos o entusiastas, generalmente interesados, por su fanatismo de escuela, en que se tomen como verdades definitivas sus *opiniones, hipótesis e inducciones sin base completa*, formuladas, eso sí, como *conclusiones inductivas* mediante la *observación* de todo lo observable en cada objeto y las *comprobaciones experimentales* correspondientes, con aplomo y rotundidad dogmáticas!...

---

[1] «La coordinación científica de los preceptos y de las experiencias de la Pedagogía es aún una aspiración, una esperanza, más bien que un resultado cumplido». -Diesterweg, citado por Compayré.- "*Curso de Pedagogía*", lección 1ª.

[2] A decir verdad, las reglas pedagógicas no son más que la aplicación de las leyes de la Psicología transformadas en máximas prácticas, comprobadas por la experiencia.- Compayré.- "*Curso de Pedagogía*", lección 1ª.

Así, el concepto de la naturaleza de la psiquis, su origen, su destino y sus relaciones con lo fisiológico y lo cósmico, aun está *sub judice*; como también la multitud de cuestiones sobre los actos reflejos, la sensación, la emoción, la voluntad, la reflexión consciente, la libertad moral y las cuestiones *prácticas* derivadas de estas, pues la Psicología es el fundamento de las ciencias morales y políticas. ¿Y no podrá ser conmovida por estas cuestiones la casi axiomática creencia en la educabilidad del hombre?

En la moral propiamente dicha, reina de este grupo de ciencias y *alma mater* de la cultura universal, la que hace relación, no sólo a los fundamentos de la Pedagogía, sino más principalmente, a la finalidad práctica de la educación, existen direcciones tan varias y aun opuestas como el libertarismo, o cumplimiento sin freno por todos los hombres de los instintos naturales; el utilitarismo despiadado, inequitativo, de muchos materialistas y de los positivistas ingleses; el ascetismo; la filantropía de las escuelas espiritualistas; el misticismo; el frío, cuanto elevadísimo «imperativo categórico»; la *justicia* protestante, y la *caridad* católica; el individualismo *aristocrático hasta lo satánico* de Nietzsche; el neocristianismo de Tolstoy; la *solidaridad* de las escuelas socialistas; el *nirvana* indio, más o menos disfrazado en los pesimistas occidentales, sin que citemos la *moral usual*, encauzada en convencionalismos en cuanto a su forma, y utilitaria y materialista como ninguna de las escritas en su fondo, la más importante por el número incontable de sus fieles adeptos...

Que semejantes escuelas, que tan variadas ideas existen, e influyen en la conciencia humana humana y originan hechos más o menos lógicamente filiados a cada una, y ordenados en serie como cadenas de montañas, ya dispersos como cantos erráticos, poblando entre unos y otros la realidad ambiente de multiforme y desordenada variedad, es innegable. Inútil que los partidarios de una tendencia, que pueda parecer a ellos dominante y en camino de hacerse definitiva, prescindan de las demás. Ellas están ahí, solicitando la atención del pensador y disputándose el dominio del planeta.

Existen en el mundo -y vaya como ejemplo- una Iglesia Católica y mil Reformadas, cuyo influjo aunque olvidado por muchos -juzgar a los demás por uno mismo- es inmenso; cuyos fieles, más o menos fervorosos, pero sometidos a sus fundamentales enseñanzas, constituyen la mayoría de las naciones cultas, cuyos principios son acatados por los gobiernos...

¿Desdeñar sus doctrinas y enseñanzas?

¡Bien! Pero, no obstante, veréis libros, folletos, conferencias, discursos, debidos a hombres eminentes unos, ilustrados los demás, en los que se susten-

tan los principios morales del cristianismo y se proponen soluciones pedagógicas con ellos consecuentes.

Hacemos estas consideraciones y traemos a colación tales ejemplos previendo el juicio de los *fanáticos de lo nuevo*, que exclamarán desdeñosamente ante nuestras interrogantes: «¡Bah! *Eso* está solucionado. -Para vosotros contestaremos. Mas para todos, ni aun para la generalidad, ¿está solucionado?»

Y alguien ha de describir el campo de batalla, estudiar la fuerza de los combatientes, señalar sus flacos respectivos e indicar el limitado espacio que cada uno ocupa en medio del Universo indiferente. Que se derivan distintas «pedagogías» de cada una de las escuelas o direcciones apuntadas, es tan evidente, que ciego será quien no lo vea.

Ahora bien: ¿es que de las diferentes teorías, o mejor aún, de sus determinaciones pedagógicas, puede obtenerse una síntesis, hacer factible una resultante? Pero, ¿quién se ha propuesto tal trabajo? Cada uno labora en su viña. O bien, ¿es que se confía en que uno de los sistemas obtenga, mediante el tiempo, el triunfo definitivo? Confiésese, entonces, en que *por hoy* es imposible la unidad, aunque los porta-estandartes de la *educación integral* lo hayan intentado; pues la gran complejidad de ideas que informan esta teoría será quizá irreductible a síntesis lógica en el libro; mas no, seguramente, en la realidad, teniendo en cuenta, no ya las eternas dificultades intrínsecas del problema, sino la multitud de cuestiones que hay en litigio, como derivadas de los diversos conceptos filosóficos ya señalados, sobre la naturaleza y destino del hombre.

De otra parte, el concepto generalísimo y universalmente aceptado de la *experiencia* personal en la adquisición de conocimientos, se presenta ya vacilante en su aplicación pedagógica; pues mientras unos -la mayoría, sin duda- creen que debe servir para desarrollar la inteligencia y ampliar la libertad del pensamiento, psicólogo de tanta valía y tan universal crédito como Gustavo Le Bon, cree que debe convertirse, mediante ella, «lo consciente e inconsciente», haciendo derivar tal principio de la evolución biológica o filogenética- que parece haberse cumplido de tal manera.

Se dirá, tal vez, que, sea cual fuere la solución a las cuestiones señaladas en los párrafos precedentes, la educación ha de limitarse a desarrollar la personalidad embrionaria del niño; o de otro modo, que la educación no es proselitismo; que educar es *desenvolverse*; que nada le importa al educador la tendencia ascética, por ejemplo, si no ha de formar ascetas, sino hombres, ni aun podría conseguirlo, en la mayoría de los casos, aunque se lo propusiera.

Sí; ya sabemos que el niño no es «blanda cera» ni «tábula rasa». No, no se hace del hombre-niño lo que se quiere. Pero no puede negarse que le es imposible al que educa prescindir de sus principios, creencias, opiniones, sentimientos, costumbres, hábitos, prejuicios e ideales.

Y si afirmamos que semejantes manifestaciones no ejercen acción alguna sobre el educando, ¿cómo vamos a cimentar la eficacia de la educación, mejor dicho, ¿cómo vamos a afirmar la *posibilidad* de la educación? Si no existe sugestión alguna del educador sobre el educando, si las ideas de este -tomando la palabra *ideas* en su sentido más amplio- no influyen sobre aquel, ¿dónde queda el primer fundamento de la educación, *la educabilidad humana*? La palabra educación, más que la idea de desarrollo, que dicen los pedagogos, lleva envuelta, en el común sentir, la idea de *sugestión*, de *acomodamiento* del educando a la práctica de ciertos principios, aunque se observe en ese trabajo de *adaptación artificial* la norma de «no violentar la naturaleza».

En este sentido, como regla de procedimiento, creemos que se entiende comúnmente el «*sequere naturam*»; quedando, por lo tanto, en pie la cuestión de *a dónde* se ha de llevar al educando, y a que el *como* lo resuelve(?) el *seqüere*.

Precisa también hacer sentir que, supuesta en el niño la capacidad educativa que se quiera y en el maestro la educadora que mejor plazca, la educación de la escuela no es, ni con mucho, toda la educación. La escuela es el factor educativo más débil. La educación de la escuela es la que menos influye en la constitución moral definitiva del hombre; y no digamos nada de la mínima parte de influjo -perjudicial a veces- que le toca en la educación física.

A desentrañar, bajo la luz de una imparcialísima crítica, las cuestiones apuntadas en este prólogo y sus derivaciones y enlaces, tiende el presente libro.

Lograr cumplidamente este propósito es el ideal, al que no alcanzaremos seguramente, por grande que sea nuestra voluntad en ello y por vastos que fueran, que no lo son, sino muy escasos, nuestro saber y nuestra inteligencia.

Mas con haber planteado la cuestión, conmoviendo tanto infundado optimismo, y dando lugar a que se aclare y ordene por otros más inteligentes e ilustrados la colosal enseñanza que hoy constituye la Pedagogía, ante los deslumbrados ojos de los pedagogos, cegados por la luz de un ideal que brilla en lo imposible, creemos prestar un servicio a la educación.

Y aun esto nos parece mucho para nuestras fuerzas. Quedaríamos más tranquilos si nos pudiéramos decidir a emprender esta tarea. Pero hay algo superior al conocimiento de nuestra influencia que nos dice: «anda».

Y este algo no es vanidad, que en la hora de ahora, en que todo el mundo es «escritor», sería excesivamente pueril.

No es esta obra, según íbamos indicando, obra de propaganda. No es tampoco una «Pedagogía crítica»; sino una «crítica del estado actual de los conocimientos, ideas y prácticas pedagógicas». Aunque ambas cosas se parezcan en algo, creemos que difieren en mucho.

«Pedagogía crítica» sería una obra donde, guiados por un principio, expusiéramos las varias tendencias pedagógicas, juzgándolas y deduciendo luego el mejor sistema derivado de aquel principio.

Habría entonces en nuestra obra una teoría pedagógica. Mas no llegamos a tanto. No proponemos nada, y en este sentido nuestra obra es puramente negativa.

Mas no planteamos una negación absoluta; nos quedamos únicamente en la abstención provisional, en la duda cartesiana.

Sí, la duda cartesiana es con nosotros en Pedagogía; y aunque no tenemos, afortunadamente, que hallar el punto de partida o método inicial, porque no escribimos de «la muy noble y universal ciencia de la que nada se sabe» (la Filosofía, según definición humorística del P. Sánchez), nos proponemos demostrar en este libro, o mejor dicho, proponemos a los lectores por si encuentran razonable aceptarlos, los siguientes principios, teniendo en cuenta que siempre que de educación hablemos nos referimos a la educación intencional, no a la espontánea:

1º. *La capacidad educativa del hombre es muy limitada*.- La condicionan, de una parte, la herencia y el medio natural y social; -cada hombre es hijo de su raza, de su país y de su tiempo, y, superiormente, de la Humanidad, - mientras el *elemento espontáneo*, raíz (de la cual prescinde la Psicología fisiológica) que la educación trata de desenvolver, se presenta confundido y como misteriosamente envuelto en los demás, constituyendo su descubrimiento neto y preciso peregrina obra de análisis sutilísimo y hasta genial, pero condicionando él siempre, sea o no conocido; *causando*, quizá sea mejor dicho, la obra educadora, que será una resultante de múltiples fuerzas combinadas *en* y modeladas *por* ese elemento activo; revelado así, finalmente, o a larga en las accio-

nes, quizá cuando la educación intencional ha terminado. Y si es que preferimos negar la espontaneidad, como sustentáculo de algo libre, escapado al determinismo mecánico, siempre quedará lo que *resulta* cada uno según su *herencia*, en su más vasto sentido, *medio* y *lucha por la vida*. Ni que decir tiene el estrecho límite asignable a la eficacia de la educación, si aceptamos la inmutabilidad que diversas filosofías predican del *carácter* individual, resumen de la personalidad humana.

La proposición que encabeza el anterior aparte puede ser formulada, pasando del antecedente a la consecuencia de esta otra manera:

La eficacia de la educación es muy débil.

2º. *El coeficiente de la capacidad educativa en cada individuo no puede determinarse* todavía, siendo quizá indeterminable; por lo cual *no se ha fundado*, ni quizá se funde nunca, *la verdadera ciencia de la educación*. Desenvuélvese ésta dentro de un empirismo más o menos acertado, más o menos próximo a lo que sería la ciencia, según la *intuición y técnica artísticas del educador*. El estudio que hagamos de distintas escuelas y opiniones para deducir consecuencias pedagógicas diversas será una prueba indirecta de este principio.

3º. (Consecuencia del anterior). *La educación es un arte; y la Pedagogía, por tanto, la teoría de este arte*.

Y como todo libro doctrinal debe ser el desarrollo de una proposición, podemos tomar esta última como la proposición a probar en nuestra obra. Los principios anteriores constituirán así los antecedentes de esa consecuencia, o bien, las pruebas en que se funda esa proposición.

Mas como esas pruebas necesitan una base inconmovible, ¿cuál será nuestro punto de partida, el axioma o axiomas, base de nuestra construcción?

He aquí uno: *Por los efectos se indaga la naturaleza de la causa*, o, más breve y popular: *por los frutos se conoce al árbol*. Y este otro: *lo rigurosamente científico*, lo probado, lo sabido como verdadero y cierto, *no se discute*; o de otro modo: la ciencia -no las partes de ciencia en formación, no las hipótesis- *la ciencia no es opinable*.

Y aun otro: *No se puede construir sobre lo desconocido*, que es la nada intelectual, el vacío, *como sobre lo conocido*, que es lo firme.

Y si no hay vacío absoluto en lo intelectual como en lo físico, si la nada *no es*, sobre los indicios, atisbos, intuiciones, girones de verdad, átomos separados formando una red de resistencia desconocida y desigual, pero siempre débil, se podrá construir provisoria y empírica, no definitiva y seguramente.

No creemos que la educación sea obra baladí. No creemos, por tanto, que sea imposible. No, no es eso; es... lo que el lector irá viendo.

Es, sobre todo, que nuestro espíritu no se acomoda, fuera del hermoso campo de lo imaginativo y sentimental, con vaguedades presentadas como ciencia; que repele las contradicciones deslizadas como no contradicciones, sin argumentos que justifiquen esas como síntesis tácitas, inconscientes, por lo menos, y seguramente falsas; es que no nos agrada poco ni mucho ver cómo desfilan en series inacabables ante nuestra atención, verdades profundas, ofrecidas como cosa corriente, de uso sencillísimo para cualquier cerebro, al lado de perogrulladas asombrosas; de leyes generalísimas presentadas como reglas prácticas; de reglas prácticas disfrazadas de principios científicos... Todo ello abigarrado, caótico, incoherente; y todo ello asperjeado con las aguas del bautismo científico, en que sacerdotes del entusiasmo irreflexivo han puesto nombre de ciencia a una caterva de menores y esclavos, diciéndoles: «Tú -¿y quién es *tú*?- eres una ciencia que se ha de llamar Pedagogía. Añadiendo, a modo de augurio: «Tu conquistarás el mundo».

No; esa Pedagogía no conquistará nada; no cosechará sino espinas... Cuando, creados los locales-escuelas indispensables, aumentados los estudios de Magisterio y ennoblecida la clase, puedan ensayar los maestros la verificación de las teorías pedagógicas optimistas y, pasado algún tiempo, la opinión, o los hombres de ciencia, o los políticos de las oposiciones extremas, o todos juntos, colocándose en el punto de vista del actual optimismo, pidan cuenta a los gobernantes y a los maestros de los resultados de la obra pedagógica, ¿qué sucederá? Que vendrá una reacción pesimista exagerada, como exagerado es ahora el optimismo. Y esto debe evitarse.

Se hace creer hoy a las gentes -¡también yo lo creí en un tiempo!- que la educación es la panacea de las enfermedades humanas, predicándose de ella todo adjetivo encomiástico, en absoluto, sin matices, sin grados, sin límites: «La educación transfigura al individuo, transforma la sociedad, regenera a las naciones; estimula al trabajo, ensancha los límites de la actividad, facilita la vida; coarta los estímulos pasionales, destierra la impulsividad salvaje; embellece el sentimiento, eleva la inteligencia, fortifica la voluntad; es la perfección convertida en hábito; es la palanca que mueve el mundo». «Cada escuela que se abre cierra un presidio» (Julio Simón.... Legión.)

Cuando se vea (mientras no acabe este período histórico de transición) que los presidios crecen al par que las escuelas, aunque no por causa de las escuelas; cuando se observe que la educación moral que estas proporcionan se *descascarilla* luego en el alma de los ex alumnos, como sobredorado en instrumento de mucho uso, saliendo a relucir a los instintos y pasiones del animal en

su lucha por la vida; cuando se convenza todo el mundo de que el analfabetismo no es paralelo siempre a la criminalidad ni a la nulidad intelectual; cuando los *ratés* se cuenten por miriadas, entonces dirán los fiscales severos, que antes fueron abogados entusiastas: ¿Qué has hecho de mis legiones, Varo? ¡Varo, devuélveme mis legiones»

Vélez Málaga, septiembre 1905
La Escuela Moderna, octubre, 1905

Dialogo

Todo te enoja.

No; me aburre, nada más. El enojo, la ira, la indignación, el odio por ser negaciones exageradas, envuelven afirmaciones vehementes; y yo nada afirmo. Calificar algo de *malo*, es indicio seguro de que se busca *lo mejor*, cuando no de que se enseña *lo bueno*, y yo no entiendo de esas abstracciones. Quien odia, ama; y yo nada fuera de las personas, amo; nada, tampoco, aborrezco.

-No tienes ideales, cuando así te expresas.

-¡Ideales! ¿Qué son ideales? Consecuencias desatadas de la cadena lógica de los hechos y lanzadas en el vacío...

-¡Cómo! ¿No sabes que está demostrado que los ideales de hoy son semillas de las realidades de mañana?

-Y eso, ¿qué quita ni pone? ¡Tantas cosas se han *demostrado* que si todas fueran verdad... Aparte de que no sabemos lo que es *la verdad*.

-»Adecuatio intelecto...»

-Sí, sí, ya sé. ¿Y qué es el intelecto? ¿Qué, la realidad? ¿Y cómo sabemos que en tal adecuación no hay trampa?

-Por esos atajos no puedo seguirte. ¡Como no hables tu solo!...

-¡Vamos! Me he librado de que me dispares el tan inútil como célebre «si sabes que no sabes, etc.»... En agradecimiento, vuelvo atrás mis pasos pecadores, y te llamo formalmente la atención sobre el hecho siguiente: Cuando un ideal ha sido realizado -y no se realiza nunca tal como fue concebido- ha muerto ya en las conciencias; ha sido sustituido por otro, que tarda como el anterior, muchísimo tiempo en hacerse concreto, después de haber producido su luz caliginosa y cegadora raudales de lágrimas, alumbrado lagos de sangre...

y secado ¡ay! mares de tinta, mientras que lo existente, lo ideal-real elaborado por el espíritu colectivo y aprovechado bastardamente por los encargados de su purificación, se corrompe, se pervierte, se prostituye. Ejemplo, nuestra democracia.

-Así se progresa. No satisfaciéndonos lo presente, procuramos que lo porvenir sea mejor.

-El cual *porvenir*, *presente* de los hombres que nos sucederán en la vida, nos les satisfará a ellos tampoco. Así, pues, vuestro progreso es un engaño. ¿De qué sirve un progreso que a nadie satisface, y en medio del cual y aun *por el cual* todos sufren, si no es los que injustamente gozan? El paralelismo entre el bienestar de los hombres y el progreso de la civilización no se probará jamás.

-Pero, al menos, y prescindiendo de la felicidad individual no me negarás que la Humanidad exige el perfeccionamiento sucesivo en los medios de satisfacer todas sus necesidades -morales, estéticas, intelectuales y físicas- y que se perfecciona ella paralelamente a los indicados medios. Si el progreso no es un bien gratuito...

-No es un bien.

-...Es una necesidad.

-¡Necesidad! Esa es la ley. Esa es la cuerda que nos ata, lastimándonos, para ahogarnos al fin, y que vosotros, optimistas cándidos, revestís para que no la veamos de vanas flores de artificio palabresco.

-¡Vanas flores, dices! ¿Son vanas flores las obras de arte que han hecho del planeta museo variadísimo, donde la línea, el color, el sonido idealizan la materia y hacen perdurables las ideas? ¿Son vanas flores la «lógica» estagirita y los «diálogos» platónicos, los «elementos» de Euclides y las «filípicas» demostianas? ¿Son flores de artificio las invenciones científicas de nuestros días, las fórmulas políticas que consagran nuestros derechos, los imperativos cristianos que informan la humanización de las actuales costumbres? ¡Cuánto se ha progresado!

-¿Y qué? Descuento la suma inmensa de cruelísimos padecimientos que esos partos de la inteligencia han producido. Supongo que las ideas progresivas han ido surgiendo espontáneamente, apoderándose enseguida de las conciencias de una manera pacífica: que los hechos beneficiosos se han realizado sin grandes ni pequeñas dificultades, proliferando luego indefinidamente, cubriendo la tierra de obras de utilidad y de belleza. ¿Y qué tenemos? Sobre que nadie se cree feliz -y claro está que *quien no se lo cree no lo es*- las últimas palabras de la ciencia no pueden ser más desconsoladoras: el hombre entero, desde los

movimientos más inconscientes de su vida hasta la superior actividad voluntaria, atado a la vida universal como intersección pasajera de fenómenos materiales; la inteligencia condenada a perpetua ignorancia de lo esencial y a cambiante incertidumbre, a verdades provisionales ante lo fenoménico; el corazón retorciéndose entre mil insaciables apetitos; la existencia perturbada por mil desequilibrios orgánicos; la vida de relación sometida a la dura «ley de la lucha»; impotente la educación para modelar la espontaneidad del hombre que se va formando y acondicionarla a su albedrío; insuficientes la agricultura y la industria para satisfacer, sin perjuicio de ninguno, las necesidades de todos; la máquina convirtiendo en servidor automático suyo al infeliz obrero; el cultivo del arte y de la ciencia desquiciando las funciones del intelectual; la degeneración produciendo seres insociales; la herencia perpetuando lo pésimo; las leyes escritas consagrando injusticias seculares; los sistemas económicos y políticos opuestos, ocasionando *cada cual males mayores*, y los términos medios juntando los inconvenientes de cada uno, sin reunir las ventajas de todos; el derecho, cuyo ideal realizado fue la consoladora esperanza de los que padecen hambre y sed de justicia, rebajado por siempre a ser verbo de la fuerza, o a ser por la fuerza escarnecido; la «fraternidad universal», imposible entre los hombres, como es imposible entre el resto de los seres el mutuo respeto a la vida, y en el universo entero, las armonías, sin continuas disonancias; la luz, sin mayor cantidad de sombras; los focos de calor, sin inmensos espacios fríos. Es todo un desorden que parece ordenado; una anarquía sempiterna; un caos con alma, el dolor.

-Pues yo he leído en sabios ilustres que la ciencia, sobre ofrecer los medios más eficaces, los únicos medios de prosperidad general, es profundamente religiosa y grandemente consoladora.

-¡Consoladora!... Lo será para ellos, para los fanáticos de la ciencia; para los fetichistas del émbolo y la retorta, de la pila y el tubo de ensayo y... del mono antropoide y las berzas perfeccionadas. ¿Pero qué le dice todo eso a un espíritu fino, que no se pague ni de fórmulas abstractas ni de hechos ruidosos, sino que atienda a sus resultados humanos, a su trascendencia en el bien? La ciencia eleva el poder del hombre y multiplica sus necesidades, perfecciona algunos modos de su actividad y desquicia el conjunto; lo dignifica, sin prestarle inmunidad contra lo indigno, contra la inmensa suma de pequeñas miserias que lo rodea, que lo penetra y que muchas lo vence o lo sacrifica; excita el deseo sin aumentar -antes más bien disminuye- el poder de la voluntad...

-Imperfecciones de todo lo humano. Mas considera también que la sociedad contemporánea, casi pulverizada en sus cimientos, atraviesa un período de transición.

-Siempre atravesamos períodos iguales. La sociedad está en transición perpetua, en eterno período anárquico-constituyente.

-¡Ah, no! Después de mil vueltas y revueltas por la áspera senda, orillada de flores, cabe espinas, sí; pero de color más brillante de día en día y de aroma cada vez más grato; después de mil vergonzosas caídas y de heroicos alzamientos, la Humanidad volverá a su punto de partida, la Naturaleza; y como volverá armada de la ciencia, no será su esclava, será su reina. En el valle de la tribu primitiva, elevará la Humanidad futura otra Torre de Babel, que no será de confusión, porque allí se asentarán el Bien, la Verdad y la Belleza, y no tendrá que llegar hasta el cielo.

-Para entonces se habrá enfriado el planeta.

-Si no te conociera, diría que eras malo.

-¡Ya... ya...! Si no te conociera, diría que eras... cándido.

El Liberal, 5 de febrero de 1907. En el manuscrito D. Blas pensó que la fecha de publicación había sido el 17.

Se trata de una recreación del *Diálogo* publicado en *El Heraldo Granadino* 3/6/1899. (N. de E.)

El Huerto de Epicteto

El traductor y comentador insigne de las obras fundamentales de Filosofía, el pensador-artista de las Crónicas de *El Liberal*, ha publicado un libro "*El Huerto de Epicteto*", ensartando en el áureo hilo de una lógica subjetiva, perlas desengarzadas de sus Crónicas.

El título del libro, bien expresivo, indica al público en general lo que ya sabíamos los devotos lectores de Zozaya: su afinidad con los más nobles creadores de la filosofía moralista.

Y no empleo la palabra filiación, sino la más genérica de afinidad, porque no creo en eso de las filiaciones, dado lo complejo de cada espíritu y la

originalidad de los más selectos; pues si «nada hay nuevo bajo el sol», existen, creo yo, más que maestros y discípulos, individualidades espirituales acordes a través del tiempo y del espacio. Así queda más a salvo la autonomía de cada uno, al par que se afirma la solidaridad espontánea de todo; una armonía de esferas en gravitación, partes heterogéneas en su estructura, aunque homogéneas en sus leyes, de un todo primitivamente homogéneo, el espíritu humano.

Leo la dedicatoria del libro, «a los niños, a las mujeres, a los ancianos, a los enfermos... a los que nada poseyendo, lo esperan todo», y me digo *una vez más*: ¡Qué bueno es Zozaya!

En mi opinión, contraria a la dominante sobre la amoralidad del pensamiento, esa bondad es muy de tener en cuenta en el pensador, por trascender, no al género de las ideas profesadas -¿quién osaría afirmarlo escuetamente?- pero sí y en influencia decisiva, a la manera de tratar esas ideas, de aplicarlas a la realidad, de encadenarlas en los juicios más o menos generales sobre las cosas y las personas. ¿Cómo negar la influencia del sentimiento en la inteligencia? Si ésta es movida por la voluntad -y lo es, sin disputa, en todo trabajo de larga ideación consciente- y a la voluntad la mueve el sentimiento -lo que parece fuera de toda discusión- ¿qué falta para dejar demostrado que según como se sienta así se ha de pensar?

¡Líbreme Dios de la tentación de pretender fundar o resucitar ningún sensiblismo filosófico! Ni el horno está ahora para esos *ismos*, ni aunque estuviera, habría de ser yo quien cociera en él un nuevo pan con la vieja masa. Pero lo que hemos llamado la manera de pensar, usando el corriente tópico, ¿no es también pensamiento más vivo, más original, más interesante, en la propia como en la ajena vida, que las puras abstracciones de una determinada teoría?

Digo, pues, que en este libro de Zozaya se perciben los latidos de un noble y grande corazón, que se mueve por todo, que todo lo ama y que, como «quien todo lo ama, todo lo explica», según su frase predilecta, el lema del escudo de este noble luchador de lo impersonal, es la tolerancia para todas las ideas y la compasión para todas las desgracias y la delicadeza más exquisita para todo lo débil y tierno, el carácter que resplandece en todo el libro.

No estoy yo conforme con todas las ideas del autor -él, muy optimista; yo, pesimista acérrimo-. Pero hay *un no sé qué* que nos une. Sería muy difícil, y, sobre todo, muy prolijo, explicar estas aproximaciones de los extremos, estas síntesis inconscientes de los conscientes opuestos, que hacen de dos hombres, al parecer enemigos, dos hermanos, -¿hermanos en qué?- como si cada uno mirara los mundos de la realidad y de la idealidad con cristales de distintos

colores, pero con idéntico sentido de la línea y con igual interés, con el mismo amor a la verdad y al bien, siquiera uno los crea encontrar doquiera y el otro, al no verlos en parte alguna, desconfíe hasta de su existencia.

Con ser *El Huerto de Epicteto* un conjunto de trozos, posee unidad íntima superior a la de muchos libros con aparente unidad de masa compacta y hasta pegajosa y que, observados de cerca, no poseen otra que la inestable de las nubes; nubes grises, a las que no dora con sus rayos ningún sol del espíritu.

Esta unidad hay que buscarla en el pensamiento del autor, en el que parece darse una síntesis de modernas doctrinas, que no sé si podrá ser apellidado «evolución progresiva indefinida con criterio experimental, partiendo de la negación metafísica del positivismo crítico, y conservando cierto recuerdo hegeliano». Esta calificación parece justificada, sin contar los indicios esparcidos aquí y allá en *El Huerto de Epicteto*, por la definición que su autor da del progreso: «La sucesiva adaptación de los seres y de las cosas al medio, cada vez más perfecto, en que viven».

No obstante declarar que la lucha moderna por el estómago es asquerosa y oscura, como esa entraña, y de adherirse a la opinión de Max Nordau, de que las antiguas batallas, libradas hipócritamente bajo los nombres de Religión, Patria, Libertad, Gloria, obedecían a la misma causa, y cuando el lector espera una conclusión pesimista, el buen corazón de Zozaya, que se obstina en tener algo bueno que amar, lo lleva a esta consoladora distinción: «Antes se luchaba, engañando al mundo, *por el pan de algunos*, hoy se lucha *por el pan de todos*». Y en el párrafo siguiente pregunta: «¿Por qué ha de ser la felicidad opuesta al bien?»

Aunque con cierto dejo melancólico, inseparable de todo espíritu noble, que, contemplando el reinado de la injusticia sobre la miseria, ansía el advenimiento de *lo mejor*, sin renunciar al culto de *lo bueno*, entona un cántico a lo porvenir: a la juventud, que proyecta alzar lo nuevo sobre la ruina de lo viejo; al niño, cuya sonrisa parece una promesa de felicidad; al año, que llega preñado de realidades mejores que las ya muertas del año que se va; a todo lo porvenir, porque en lo porvenir construye su nido la esperanza, la esperanza de cada *mañana* que nos sostiene en cada *hoy*. «La felicidad -dice- no se encuentra en el beso que dan los labios, sino en ese otro inmaterial que nuestro espíritu deposita en esas castas frentes, *cuyo calor jamás sentiremos*.

¿Por qué, entonces, no declararlo de una vez? La vida es triste; sólo lo no vivido es hermoso. ¿Qué mayor acusación contra la vida?

De la contradicción del estetismo hecha por Zozaya, aunque de innegable verdad desde el punto de vista en que el autor lo considera, habría mucho

que hablar. Cierto que el criterio único de belleza en lo moral no es un criterio lógico y admite mil criterios en uno, del mismo modo que la «libre interpretación de las Escrituras», que proclamó la Reforma puede dar origen a tantas religiones como personas. Pero, ¿es acaso indiscutible cualquiera otra moral basada en distinto criterio? ¿No proclamaría el señor Zozaya a la razón individual como el guía mejor de la conducta? ¿Y no es esta teoría fuente de continuas divergencias? ¿No puede admitirse además, que la inteligencia encuentre, al fin plena justificación a la sinonimia griega entre lo bello y lo bueno?

En cuanto al estilo del libro, diré únicamente que no hay sólo bellezas de amplitud, párrafos impecables, sino felices palabras punzadoras, que hacen vibrar todo el cerebro. Véase:

La alondra.- Allá abajo, sobre la escarcha, ¿lo ves?, hay un bulto rígido.

El gusano.- *¿Rastrea?*

El ánade.- No.

El gusano.- *Entonces no vive*.

¡Qué gran frase pesimista en este maestro de optimismo! Verdad es que la pone *en boca* de un gusano.

Para terminar: Este pequeño libro, hecho de retazos, me parece *un* gran libro.

El Liberal, 13 de febrero de 1907.

Reproducido en *Nuevos Horizontes*, pp. 103-108.

S E G O V I A

(1909-1926)

I. Artículos sobre Educación

Divulgaciones Pedagógicas
III

Dicen que la educación debe ser armónica, que no debe desatenderse el cuerpo por atender al alma con exceso; y yo acepto esto; pero aun aceptándolo, siempre resultará que, como el hombre es un ser racional, esto es, un ser moral, la convergencia de todas las acciones educadoras han de caer precisamente en el hombre moral.

Supongamos un hombre tan perfecto, tan perfectamente educado como es teóricamente posible. Es, pues, un hombre sano y fuerte de cuerpo y de alma: con aquella educación cívica que le haga digno ciudadano y aquella general cultura que le permita conocer y aplicar en la esfera de su actividad los tesoros de la ciencia y del arte; con aquella benevolencia para los demás, y aquella austeridad para sí propio que es patrimonio de los hombres de superior cultura moral; con aquella comprensión y amplitud de criterio necesarias para ejercitar natural, esto es, perfectamente, la perfecta valiosísima virtud de la tolerancia; con aquella sensibilidad moral que conduce a la convivencia con la humanidad en el pasado, el presente y el porvenir, de donde brotan, como raudales de limpias y fecundantes aguas, la compasión, el entusiasmo y el ideal. Y bien, ¿qué *motivo*, digámoslo así, acompañará a la sublime sinfonía de esa vida, y que será lo más interesante, lo más fecundo, lo más duradero de la vida? Indudablemente, será el motivo moral; el bien, que irá diluido, como

esencia de rico aroma, en todos los actos, en todas las palabras y en todos los pensares y sentires de ese hombre ideal.

Y qué señores, las cuestiones que más preocupan a los hombres que piensan, cuestiones que llevan envuelto el porvenir de pueblos y de razas, el bienestar de millones de seres, la suerte de la civilización, ¿no son cuestiones de orden moral, aunque se pretenda resolverlas con datos de una economía amoral?

En fin, si el aspecto activo del hombre es el aspecto final de su existencia, si hasta el pensamiento es activo y hay, por consiguiente, una moral del pensamiento, si, de otra parte, la higiene dice relación a los deberes que cada uno tiene consigo mismo y que la sociedad tiene para cada uno de sus miembros, y la educación ha de ser una preparación para la vida, la educación tiene, como vértice en donde se fundan todos sus fines parciales, una finalidad moral. Ahora bien, ¿cabe, en virtud de lo dicho, una educación perfectamente neutra, una educación apartada de todo proselitismo?

Aludo a toda la magna generalidad del problema: no me refiero solamente al aspecto religioso o cívico, de los cuales he voluntariamente de apartarme, por lo mismo que hoy son objeto de disputas apasionadas; envueltos van ellos, y sin que yo los aluda, en el total problema de si la educación puede limitarse solamente a favorecer el desarrollo espontáneo del hombre.

He dicho *puede*, deliberadamente; porque yo creo que esa es si no la cuestión, la primera cuestión del problema, y solamente a esta cuestión he de referirme.

El Defensor de Vélez-Málaga 7 de julio de 1912
(Faltan I y II que me ha sido imposible encontrar)

A «Vosotros»

No creáis que os felicito por el hecho puro y simple de ser republicanos, aunque...

Quiero deciros que vuestra conducta no me parece meritoria porque profeséis el credo democrático en la forma más racional, la República. La cali-

dad de la opinión como estado puramente intelectual no es meritoria ni demeritoria. Ya lo ha dicho el propio Maura: «el pensamiento no delinque». Y claro es que ni se delinque por pensar A no se practica acción meritoria por pensar Z. Afirmar lo contrario sería fundamentar la legitimidad de las penas inquisitoriales.

Y no creáis -me parece oportuno hacerlo constar- que el «aunque...» anterior va contra esto; significa otra cosa: significa que se hace bien en manifestarse republicanos, siéndolo, y que se hace mal con no manifestarse, siéndolo también, como lo son, a mi juicio, el noventa por ciento de los españoles.

Y de aquí arranca vuestro mérito, o la parte fundamental de vuestro mérito, porque ostentar la idea republicana, sinceramente profesada, en una República, o en una ciudad como Barcelona, Valencia, La Coruña, es acción rectamente moral, mas de escaso mérito, por el poco esfuerzo voluntario que supone; mientras que ostentar esa misma idea en una ciudad sometida a opresor caciquismo, y en donde era pecaminoso, depresivo, casi bochornoso ser republicano, según el modo de ver de la mayoría de las personas colocadas en esa posición social superior, desde la que, aun sin pretenderlo por la sugestión de las alturas, se dirige la vida social, es ya tener *valor probado* en la hoja de servicios de esta milicia que es la vida entera.

¿Y habré yo contribuido en algo a semejante resultado?

Ya sé que por ahí se me achaca este mérito, o se me cuelga este sambenito, según quien hable; y sobre todo esto he de decir:

Que, como vosotros sabéis, no era el sillón de mi escuela tribuna de ningún ideal político; de allí salían únicamente estímulos a la rectitud, a la veracidad -¿recordáis?- al valor moral de expresar libremente, y por encima del parentesco, o la simpatía, y por encima, desde luego del «magister dixit», las opiniones de cada uno, en aquellas votaciones para conceder puestos y en aquellos tribunales escolares, que recordaréis con melancólica dulzura; había allí una exposición constante de los deberes del patriotismo y las obligaciones de la ciudadanía, condenándose desde el pequeño fraude en los impuestos hasta la indiferencia por la marcha de la gobernación del Estado, y se hacía, en las lecciones de Historia, la crítica, breve y de sentido común, de los poderes absolutos y la afirmación del progreso político, cumplido, a través de los siglo, en armonía con el progreso general humano.

¿Que como consecuencia de todo esto, y especialmente de lo primero, pues estas últimas afirmaciones eran de carácter muy general, poco repetidas, y frías, a fuerza de imparciales, que como consecuencia de todo esto habéis «salido republicanos»?

Entonces es magnífica la idea republicana. Quien, sabiendo lo que se hacía en *San Francisco*, aunque con hacer defectuoso, diga que por ello sois republicanos, hace una tácita, formidable apología del republicanismo.

No; un maestro de primera enseñanza, ni aun de los primeros años de la segunda, no puede -aparte de que tampoco *debe*- hablar a sus alumnos como si estuviera en una permanente reunión de propaganda política.

He dicho que no *debe* tampoco. Sería tal proselitismo un acto de coacción moral, un abuso de autoridad respecto a los niños y de confianza respecto a la sociedad. Sería también estrechar el amplio horizonte que la cultura fundamental ofrece y empequeñecer la finalidad de la educación, que es la de formar *hombres*, antes que republicanos ni carlistas.

Y eso ya lo he indicado, no puede ser tampoco en una escuela. Se oponen a ello mil dificultades que huelga exponer, pues cualquier cerebro equilibrado las percibe en cuanto fije la atención unos momentos. Una de ellas, la de que los niños referirían en sus casas las predicaciones políticas del maestro.

Ahora bien, que el maestro, sin hacer propaganda de bandería, puede servir a la causa del progreso político del país, es indudable, como puede colegirse de las propias indicaciones anteriores.

Y por el retroceso, ¿puede *hoy* hacer algo el maestro? No, no puede hacerlo, porque la cultura intelectual y moral constituyen una premisa del progreso político; la otra es el medio ambiente social, favorable *hoy* a dicho progreso en gran parte de nuestras ciudades y aun de nuestros campos.

El hecho indudable de que tales premisas deduzcan algunas conclusiones opuestas, no encontraría la regla general. Por esto, por esto de que la difusión de la cultura favorece ciertos ideales, es por lo que los estacionarios y los reaccionarios de todos los tiempos han sido, son y serán casi todos, enemigos, más o menos encubiertos, de la difusión popular de la cultura.

Ahí en Vélez tenéis un maestro benemérito, distinguido por su cultura, notable por su inteligencia, admirable por su laboriosidad, quien, no obstante esas condiciones y la de ser amante del general progreso, es, por un contrasentido cuya explicación hay que buscarla en el medio ambiente que le rodeara en su niñez y su juventud primera, un tanto apegado a la tradición. Pues bien, yo os aseguro que de la escuela de ese maestro saldrán muchos y buenos republicanos.

Claro es que si a esos discípulos, luego de salir de la escuela, les rodeara el ambiente propicio a la fe del maestro, puede que, si no en todos, en muchos

se verificara aquella contradicción. Pero como al buen desarrollo psíquico y a los gérmenes de extensa cultura adquiridos en la escuela, se juntarán luego las ideas que reinan hoy en los espacios espirituales, como en los espacios materiales reina la luz en el estío; como ahí mismo habéis formado vosotros, en colaboración con los viejos republicanos, un gran ambiente favorable al desarrollo de los ideales progresivos.

Y ya acabo. Sabed que me alegraría que no hubiera entre vosotros uno solo indiferente. Sed blancos, o negros, o rojos: lo que cada cual honradamente piense. Es un mérito indiscutible del señor Maura, que hace recordar a los legisladores de la sabia Grecia, la implantación del sufragio obligatorio. Y como el sufragio es la manifestación de la idea política, puede decirse sin exagerar que hoy es obligatorio tener opinión en tal respecto, aunque siempre haya sido un deber.

Y nadie que piense con cordura podrá ver con malos ojos antes de comenzar por obligación el ejercicio de las funciones ciudadanas, se preparen los jóvenes a ejercerlas. ¿No se prepara el soldado en la paz para el combate, y el profesor en el asueto para la cátedra? ¿No aconseja la Iglesia a los menores de veintiún años el ayuno? ¿No hay para todos los oficios un aprendizaje y para todas las carreras previos años de estudio?

Fortaleced vuestra conciencia, para que ella os dicte de continuo con no desobedecido imperio, según aquella máxima austera: «que tu acción pueda elevarse a regla universal de conducta.»

Nuevos Horizontes, 1912, pp. 49-53

Algo de Crítica sobre la Educación

Conferencia leída en la Sociedad Económica Segoviana el 17 de abril de 1915

SEÑORAS, SEÑORES:

(*Hablando*). La cordial acogida que me dispensáis y que agradezco profundísimamente, me impide pediros benevolencia para mi persona. Mas

debo pedirla para mis ideas. Son las que voy a exponer esta noche, diferentes y aun opuestas a las que suelen verterse cuando de educación se habla o escribe. Yo os pido tolerancia, por de pronto, e imparcial meditación, más tarde; porque si estas opiniones nada valen en cuanto mías, son, por el asunto a que se contraen, de una importancia insuperable.

Y voy a leer, contrariando la excitación que siento a exponer de palabra mi conferencia, porque en la busca de los vocablos exactos y en las amplificaciones innecesarias a que nos entregamos los que no somos oradores, se había de perder un tiempo del que no tengo derecho a disponer.

Oíd, pues el asunto lo merece:

La teoría de la educación ha sido hasta ahora, y casi es aún, algo parecido a la alquimia, a la astrología, al curanderismo; esto es, ha estado y aún está, digo, entregada al libre opinar de todo el mundo.

Y por estar entregada al libre opinar, por no tener el freno del método científico, admite, como la alquimia la trasmutación de las sustancias en oro, la conversión de cualquier hombre en un tipo ideal, y pretende, como la astrología en las estrellas, leer en la vocación -cosa mística encerrada en el alma- el destino de los hombres, y receta, como la antigua medicina para las dolencias físicas, los más estrafalarios remedios para cada defecto de la sensibilidad, la inteligencia o el carácter, cuando no la triaca magna de un sistema complicadísimo, o el más sencillo procedimiento como panaceas universales.

La práctica de la educación padece necesariamente de esas deficiencias de la teoría.

Y como el pensamiento vulgar tiende a llenar los huecos del pensamiento científico en las materias de aplicación a los fines primarios de la vida, y el campo de la fantasía no tiene puertas, hay un fatal desacuerdo entre los libros de la Pedagogía, el pensar común en asuntos de cultura (que es también el pensar literario, en su mayor parte) y la práctica de la educación. Es decir, no hay un desacuerdo, sino mil desacuerdos, ya que esta práctica difiere de un hogar a otro hogar, y aún de una escuela a otra escuela, y luego la sociedad contraría la obra cumplida en ambos sitios, y aquellas teorías son algo diferentes entre sí, y aquel pensar literario suele variar según las particulares ideas y hasta el humor del momento del que habla o escribe. Tratar de educación, serena, imparcialmente, es tener que habérselas con un *maremagnum* ¿que digo con uno? con unos cuantos, imposibles de acordar entre sí, de la misma manera que no pueden armonizar varios ruidos.

La Pedagogía es *un algo* de complejísimo contenido, de distribución caótica, de contornos tan caprichosos e indefinidos, que ya se confunden con los

de multitud de conocimientos sistemáticos -que no son Pedagogía, sino ciencias aparte- ya se reducen a tan estrechos límites, que apenas si aparece alguna débil consecuencia del principio fundamental.

¿Y cuál es el principio fundamental de los conocimientos pedagógicos, el concepto propio de esa disciplina?

Hasta ahora no sabemos de cierto sino la etimología de la palabra y las definiciones de los autores modernos, al sentir de los cuales, «es la ciencia y el arte»...

Desde luego es ciencia y es arte. Tiene, como todo conocimiento, algo de ciencia; como toda práctica, algo de arte. ¿Pero es *una* ciencia? ¿Está constituida por un sistema de verdades ciertas y evidentes?...

Y con respecto al fin de los conocimientos pedagógicos ¿qué decimos? Que es «el de la educación de unos seres racionales por otros» ¿no es esto?

Hay que decirlo así, estrictamente, para no salirse del campo de lo incontrovertible.

Y bien, se dirá ¿todavía quieres mayor precisión? ¿Pueden hacer alarde todas las ciencias de un fin más determinado?

Sin pararnos a objetar ahora que los conocimientos cuyo fin inmediato es *el hacer* pertenecen a las artes -conjunto de reglas- y no a las ciencias, cuyo fin próximo es *el conocer*, o, lo que es igual, que estas, las ciencias nos explican el Universo, sustituyendo las sensaciones por ideas y elaborando con las ideas los juicios y los raciocinios; mientras aplican las artes el conocimiento a la trasformación del Universo ambiente según los conceptos de utilidad y de belleza, sin pararnos, digo a desarrollar esta objeción, se nos ocurren multitud de preguntas, cuyas diversas respuestas posibles habían de alterar muy mucho el concepto de la Pedagogía, si no en su sentido más general y abstracto -teoría de la educación- como conjunto determinado y concreto de teorías, leyes y reglas, como tratado, como *libro de educadores*.

Y la primera pregunta sería esta: ¿Qué es la educación?

La naturaleza del hombre y su desenvolverse en el hombre-niño, son el fundamento de la Pedagogía, y no decimos su objeto, porque entendemos, aunque otra cosa aparenten creer los pedagogos manualistas, que lo es de otra ciencia anterior a la pedagogía -la psicología- con anterioridad temporal y lógica, y de la cual habría ésta de ser independiente si quisiera constituirse como ciencia.

¡Y cuánto hay que hacer en tales fundamentos para que puedan serlo sólidos y definitivos de construcciones inquebrantables, digan cuanto quieran de aquella solidez y estabilidad optimistas atrevidos o entusiastas, generalmente interesados, por su fanatismo de escuela, en que se tomen como verdades definitivas sus opiniones, hipótesis e inducciones de base completa!...

Aparte de que, si hemos de creer a los de la «psicología fisiológica», que es a quienes aludo, la educabilidad del hombre sale mal parada de esa escuela, a virtud del determinismo mecánico que informa sus teorías.

El pensador imparcial ha de reconocer que, aun apartándonos de los conceptos clásicos acerca de la naturaleza de la psiquis, su origen y su destino y el principio de la libertad moral, están todavía en litigio multitud de cuestiones acerca de la sensación, la emoción, la voluntad, la atención espontánea y voluntaria, la ideación reflexiva, la memoria y la imaginación, los sentimientos... complicándose estos problemas con los de la patología mental y la psiquiatría. ¿Y no podrán ser conmovidas por las soluciones futuras de estas cuestiones, si no la axiomática creencia en la educabilidad del hombre, las del poder que se asigna a la educación y la legitimidad de sus métodos? Si esas soluciones no vienen, y mientras llegan ¿no resultará que existe bajo el cráneo del hombre el enigma, el múltiple enigma del cual depende la verdad o el error, el acierto o el fracaso en esta materia, de la que tan ligeramente solemos hallar?

En la moral o pragmática, «alma mater», de la cultura y fin primordial y general de la educación en cada individuo, reina también alguna confusión, siquiera la «ley natural» y la intuición que la acompaña corrijan muchos extravíos. Existen en ella, sin embargo, direcciones tan varias y aun opuestas como el libertarismo, o cumplimiento sin freno por todos los hombres de los instintos naturales; el utilitarismo despiadado, inequitativo y cruel de muchos materialistas y de los positivistas ingleses; el individualismo *aristocrático hasta lo satánico* de Nietzsche; el ascetismo y el misticismo religiosos; la filantropía de todas las escuelas espiritualistas, a cuyo frente figura la caridad católica; el neocristianismo de Tolstoy; la solidaridad, corrigiendo la lucha darwiniana, de las escuelas socialistas... sin que citemos la moral usual, encauzada en convencionalismos, en cuanto a su forma, y utilitaria y materialista, como ninguna de las escritas, en su fondo, la más importante por el número incontable de sus fieles adeptos.

Que semejantes escuelas, que tan varias ideas existen e influyen en la conciencia humana y originan hechos más o menos lógicamente filiados a cada una, ya ordenados en serie como cadenas de montañas, ya dispersos como cantos erráticos, poblando entre unos y otros la realidad ambiente de multiforme y desordenada variedad, es innegable. Inútil que los partidarios de una

tendencia, que pueda parecer a ellos dominante y en camino de hacerse definitiva, prescindan de las demás. Ellas están ahí, solicitando la atención del pensador y disputándose el dominio del planeta.

Ahora bien, ¿es que de las diferentes teorías, o, mejor aún, de sus aplicaciones pedagógicas, puede obtenerse una síntesis, hacerse factible una resultante?

Por fuerza tiene que darse un compromiso, ya que la cultura es obra de cada generación y dentro de ella, labor de cada día y de cada hora, y no puede esperar a que los señores teorizantes se pongan de acuerdo; como no han podido esperar los hombres para comer, a que los higienistas dieran la fórmula precisa de la alimentación.

El compromiso tácito pactado por las principales tendencias, o mejor dicho, impuesto por las sociedades y los Estado civilizados, consiste en cultivar en el espíritu del educando los valores más altos de la actual cultura: la moral cristiana, con sus deducciones complementarias: civismos, honor personal y profesional, deber de trabajar por el progreso de la ciencia y sus beneficiosas aplicaciones prácticas y cultivo de los sentimientos sociales; el desarrollo, en fin, de la personalidad, bajo la norma cristiana: tal parece ser lo que se impone actualmente en la conciencia de la humanidad.

Mas dejando aparte las variaciones muy notables a que puede llegarse dentro de esta fórmula general, tenemos en el campo pedagógico, sobre las lagunas que produce la inconsistencia de la base psicológica, antecedente obligado de la educación, las elucubraciones y recetas de los autores de obras de pedagogía, llenas de optimismo que nada justifica.

Atravesamos, en efecto, un período que pudiera llamarse de romanticismo pedagógico, de guerras a las formas y al contenido clásico -a la manera de enseñar y a lo que se enseñaba en el pasado- y de fe intensa, ardiente, sencilla, en la eficacia de la educación nueva, en la universalidad posible de la nueva cultura, tan general, tan práctica y tan razonada al mismo tiempo. Es la fe de todos los comienzos, la inocencia de todas las infancias. Es la entusiasta, delirante, de las religiones en flor; de las escuelas en que se escucha todavía el eco de las palabras del maestro; de los partidos que no han acabado de contar el número de sus fieles; de las verdades luminosas que comienzan a pasar del reducido santuario en que genial sacerdote las descubriera y revelara ante sus iguales, a los abiertos espacios del atrio público; de las artes que resucitan, mientras se van levantando con gallarda energía de entre los escombros en que las soterrera la barbarie. Fe necesaria al progreso, como a la vida es necesaria la juventud. Sin ella, no se

trasladarían, no ya las montañas, los granos de arena que obstruyen el camino del humano progreso. Pero también la fe debe aquilatarse por la contradicción y no oponerse a toda presunción de realidad. Hay que prevenirse contra la ligereza de los ensueños de oro...

Se olvidan los tratadistas de educación de la enorme diferencia de «capacidades intelectuales», de colosal distancia espiritual que media entre muchos de los individuos de una misma edad, raza y pueblo; diferencias que no pueden anular, distancias que no pueden suprimir los métodos, digan lo que quieran esos señores. La bondad de los métodos podrá servir para incrustar ciertas ideas muy elementales y algunas reglas sencillas en los cerebros más atrasados; las cuales ideas y reglas quedarán allí como conquistadas, sin relacionarse con otros, sin modificarse, sin proliferar, esto es, sin constituir verdaderos conocimientos.

No hay peor cosa en la vida espiritual que dejar de repetir lo que se hizo opinión común, la evidente, hasta lo axiomático. Lo «olvidado de puro sabido» resulta tan olvidado, en realidad, como lo que no se sabe. Y una de esas verdades de experiencia, casi olvidadas, es la de que solamente una *escasa minoría* de hombres tiene capacidad para el estudio. Hasta puede darse un grupo discente que haya estudiado y *aprendido* un programa de enseñanza y resultar ésta mecanizada en los alumnos, aunque el maestro, el profesor o el catedrático no haya seguido los justamente denigrados procedimientos mecánicos, de pura memoria, o a lo sumo de mera comprensión verbal, que tan en boga han estado en el mundo y que aun colean por algunos rincones; así como para las inteligencias privilegiadas de aquellos siglos *no había enseñanza mecánica*. Ellos la desmecanizaban, la hacían dinámica, orgánica, biológica... y divina.

Y resulta que lo que aprenden o parece que aprenden esos que no tienen aptitudes para el estudio (y me refiero especialmente a la enseñanza no primaria) no les sirve a ellos ni a nadie de nada, o sirve a todos de muy poco, o bien, perjudica a los demás, si los tales ostentan las apariencias de un saber excelso, o a ellos mismos, finalmente, si hasta las apariencias faltan. Y aun los mejores de estos ¡qué escasamente contribuyen al bien público! ¡Qué nula es su influencia en el progreso general!

Y no me refiero a que no se les deban inventos notables, a que no diluciden teorías científicas importantes, a que no sientan, robustezcan o confirmen hipótesis fecundas. Es que hasta su oficio lo desempeñan, si quizá irreprochablemente en la forma, con absoluto vacío en el fondo, con nula eficacia en los resultados. Esclavos de lo exterior -reglamentos, órdenes, costumbres -sin originalidad que llene de vida esas formas vacías, son como máquinas

docilísimas que la fatalidad gobierna y que a la nada rinden su trabajo; máquinas de contar un tiempo sordo, de medir un espacio vacío.

Y estamos discurriendo sobre una hipótesis sobrado halagüeña. Lo que suele ocurrir frecuentemente con los ineptos para el estudio, que son legión, que son muchas legiones, es que ni se enteraron de lo que estudiaron, ni han retenido lo poco que de memoria aprendieron, ni saben aplicar lo que para aplicar se les enseñó.

De este mal harto evidente, se le echa la culpa a la enseñanza, a la organización de la enseñanza, a los métodos, a las materias enseñadas, a los enseñantes...

Y nosotros creemos que no es esto, que al menos, no es esto sólo ni siempre, aunque es claro que cuando una de esas enfermedianías(sic) se cuela en una cátedra, puede señalarse tal hecho como una calamidad nacional. Pero yo afirmo rotundamente que en la enseñanza los factores decisivos son el alumno y el maestro, y más el alumno que nadie.

Concluyo, pues, en esta parte, que la benevolencia de los examinadores y la parcialidad de los tribunales de oposición son fuentes de males que proliferan con la fecundidad de lo dañino, de los micro-organismos patógenos y de las malas yerbas, constituyendo su conjunto una circulación de causas y efectos mutuos, bajo la red de los cuales se mantiene a España aprisionada, sin amplios movimientos de cultura, sumida en un lamentabilísimo estado de decadencia intelectual.

Y análogamente a lo que en el orden intelectual, sucede en las demás esferas del espíritu. Yo creo que así como existe en cada individuo una «capacidad intelectual», que decían los antiguos, adoctrinados por la experiencia de los siglos y el saber de las viejas civilizaciones existe también una «capacidad moral» y una «capacidad estética», que son, salvo excepciones, iguales que la primera; pues ¿cómo van a llegar a las altas cumbres espirituales, a la máxima delicadeza de los sentimientos superiores, a la austeridad del deber ni al gusto depurado de las bellas artes quienes no pueden apoderarse de los conceptos respectivos?

Pues si consultáis los manuales de Pedagogía, tan anticientíficos y antiestéticos como todos los manuales, pero más líricos, con música del Limbo, os parecerá que están escritos para una humanidad de seres iguales, del más alto tipo intelectual, moral, estético y religioso.

Otro de los errores más extendidos en los libros de Pedagogía, por la tácita, y expresamente en lo que hemos llamado literatura pedagógica, es la suposición de que sólo el maestro educa. Otras veces resulta que sólo los pa-

dres, y otras, que los padres y los maestros, pero nadie más. ¡Qué de ditirambos al maestro, en el primer caso! ¡Qué de consejos a los padres, en el segundo! ¡Qué de excitaciones a la unión de ambos elementos, en el último! ¡Y qué de flores retóricas, siempre, a la educación!

¡Oh, la educación, panacea de todos los males de la sociedad! La educación, transformando a capricho con sus manos de hada la «blanda cera» del alma infantil; enderezando el arbolillo que quiere torcerse, el cual continuará enhiesto en fija rectitud toda su vida; aniquilando en el mortal feliz a ella sometido, los bestiales impulsos de la caverna ancestral; dando a la voluntad la flexible dureza del acero; al carácter, la imponente inmutabilidad de la montaña; la belleza cambiante del mar, al sentir; la brillante serenidad del cielo en mediodía, a la alta inteligencia! ¡Oh, la educación, despoblando las cárceles, dejando vacías las tabernas, demoliendo las plazas de toros y relegando al olvido los repugnantes templos de Afrodita!...

Y la realidad, y no hablamos de realidad contraria a estos tópicos, porque ellos no merecen siquiera que se les combata en el estado actual de la educación, sino de aquello otro de que los padres o los maestros, o los padres y los maestros son los educadores únicos, la realidad, decimos, es muy otra. El Estado con las leyes, los hombres públicos con sus doctrinas y con su conducta, las autoridades con sus actos, la prensa; los artistas con sus obras, los maestros de oficios en sus talleres, los oficiales del ejército en el cuartel, los amigos, los criados, sin nombrar la magna influencia de la Iglesia con su función docente, con la administración de los sacramentos, con sus plegarias públicas, hasta con las actitudes del creyente dentro del templo, todos esos elementos educan; bien o mal, perfecta o imperfectamente, pero educan.

Si queréis reservar la palabra educación para la sistemática y con vistas a la integridad, la cual sólo puede darse por medio de la enseñanza, y que se aplique el nombre de *influencias* a los demás hechos que hemos señalado, siempre resultará que no existiendo una verdadera educación sistemática, no estando metodizados los conocimientos para lograr la plena educación del hombre, por no estar conocido el hombre para que se pueda verificar esta metodización, siempre resultará, digo, que los tales influjos pueden colocarse de potencia a potencia, frente a la educación del hogar y aún más a la de la escuela.

Si nos fijamos, sobre todo, en ese conjunto de influencias del medio ambiente exterior al hogar posterior a la escuela, y al que llamaremos «educación social», veremos que, si no la más intensa en todo, es la más extensa por el número de objetos que le sirven de materia. «Las lecciones del mundo» son *lecciones de cosas* de todas las cosas. Ellas insinúan en el alma del joven ideas y sentimientos acerca de todo lo humano y lo divino, con la imperiosa sugestión

que las masas ejercen sobre los individuos y con el hábito que origina el número crecido de manifestaciones; que de masa en el espacio y de serie en el tiempo tiene algo el mundo, la opinión.

Todo, hasta las verdades científicas, pasa por su laboratorio, para ser metamorfoseado, modificado, o, por lo menos, adjetivado. Ella decide sobre la eficacia educativa y utilitaria de las disciplinas científicas y sobre el valer relativo de los que públicamente las profesan; ella consagra al héroe, al dramaturgo, al poeta, al tribuno, al gobernante, influyendo con sus juicios en los juicios de la historia; ella dicta la guerra y hace posible el advenimiento de la paz; ella, si esclava de las costumbres, as modifica lentamente y aun a veces, en rápido trastorno; ella posee una moral que no está codificada, pero que es la más cumplida.

Quien viva en un medio social homogéneo, especie de público que no se disuelve jamás, porque aun desapareciendo del campo de observación unas personas, aparecen otras en seguida de estructura moral análoga, sufre la sugestión de las multitudes, el imperio de la fuerza del número; sin que pueda decirse que, como no hay una persona idéntica a otra, ni dos hechos exactamente iguales, las sugestiones, por ser diversas, mutuamente se destruyen; pues en medio de la aparente diferencia de caracteres y *modos de pensar* individuales, existe en las sociedades no cosmopolitas, donde la raza, la lengua, la religión, las costumbres, los hábitos, los prejuicios y la cultura sean los mismos, un fondo común de ideas y sentires, cuyas diferencias individuales más hondas son apenas discernibles para espíritus jóvenes; los cuales, por lo dicho, sufren la impresión de lo idéntico y experimentan los efectos adecuados a esas identidades que se suman; y los experimentan más todavía, por notar esas otras diferencias de carácter, de humor, más bien, de las personas que tratan y de opiniones que parecen muy distanciadas de las demás y no son sino «variaciones sobre un mismo tema» pues esta *diferencia de procedimientos* -los caracteres y opiniones particulares- da mayores facilidades a la penetración de *la doctrina* -el fondo de opinión común.

Y como todos los medios son homogéneos en mayor o menor grado, pues tienden a serlo por el doble procedimiento de atracción de lo semejante y de repulsión de lo opuesto, formándose así en las grandes urbes cosmopolitas diversas ciudades que integran la gran ciudad, la sugestión de que hablamos, la penetración de cierto espíritu social en el individuo se verifica donde quiera, lo mismo en la aldea escondida que en la ciudad populosa.

Ahora bien: Que en la mayoría de los casos ese espíritu es un diluyente, cuando no un corruptor de las ideas morales adquiridas en la infancia y la pubertad, si estas ideas fueron las de una moral elevada, es incuestionable.

De otra parte, los hechos que el neófito social observa de continuo: acciones, vituperables unas, levantadas otras, juzgadas con tan bajo criterio, que a veces resultan con valores invertidos; el éxito ocupando el lugar de la virtud y los poderosos ejerciendo el influjo que debieran ejercer los sabios y los austeros... Verá también cohibido su propio desarrollo intelectual y volitivo por los obstáculos que se oponen, no sólo ante sus ideas y sentimientos... Todo conspira en la sociedad contra la educación primera, si fue buena; si se inspiró en altos ideales; si se dirigió, en el orden humano, no sólo a lo que *es*, a lo que *debe ser*; si miraba, no sólo al presente, al porvenir de la humanidad.

¿Qué maestro no conoce, entre los que fueron sus discípulos, a alguno de esos *vencidos*, que en los primeros años de su vida racional revelaban sentimientos delicados, profunda inteligencia y buena voluntad sin límites, y que al entrar en la vida tropezaron con múltiples dificultades al ejercicio de su actividad y al seguimiento de su vocación; mientras un océano de hielo infundible se extendía en derredor del fuego de sus almas, y una losa, formada por la compacta cristalización de todas las injusticias jerárquicas, oprimía su cabeza con infinita pesadumbre; y al intentar la penosa ascensión a las alturas, más que por el propio honor, por los ideales, y notar que se les encadenaba a la tierra, quisieron soportar con dignidad estoica la cadena; y vieron que ni eso les era permitido pues la religión del Dios-Exito, casi universalmente acatada, no consiente víctimas ilustres, en las que se pueda notar lo invertido de la «selección» que verifica y a la vez sanciona; y respiraron, pues, el aire envenenado de los hondos valles pantanosos, mientras sentían que se debilitaban sus primeras fuerzas hasta que al fin se *adaptaron al medio*, para venir a ser una especie de productos híbridos, escépticos por dentro, aun conservando ciertas fórmulas propias de las muertas idealidades; fríos ante lo grande y pequeños ante lo pequeño; soberbios, sin casi dignidad; puntillosos, sin verdadero honor; muy *prácticos*, aunque conserven alguna honradez; legionarios de lo mediocre en el orden intelectual y en las manifestaciones exteriores de sus ideas, hipócritas solemnísimos?

¿Y no hemos conocido todos algunos otros hombres, que sin aquellos brillantes principios y llenos, en cambio, de defectos groseros y de prejuicios estúpidos, resultan, sin embargo, ante hechos singulares que los afectan, llenos de nobleza, aunque ruda, de fe sincera en las grandes cosas de amor abnegado a su familia, de hondo agradecimiento hacia sus favorecedores?

¿Es que en los primeros el trabajo de *deseducarse* agotó sus energías?

¿Tendrá razón Guizot cuando dice: «el silencio casi absoluto que Montaigne ha guardado sobre la parte de la cultura que se refiere a formar el corazón, es una prueba de su buen juicio?»

¿O es, acaso -yo no lo creo- que yerra la moral oficial, espiritualista, y acierta la moral corriente y moliente, la cual, por cierto, se parece mucho a la de algunos positivistas teóricos, que serán, en todo caso, los encargados de hacerla triunfar, así en la filosofía, como en la historia, en el derecho como en la educación?

Ved, según lo expuesto, cómo escapa a la acción de la escuela y de la familia una gran parte de la educación y cómo se contradicen entre sí diversos elementos educadores.

Se dirá, tal vez, que el que tiene un espíritu reciamente formado rechaza las malas influencias de la educación social y se apropia de las beneficiosas.

Los que tengan un espíritu recio, sí ¿Pero cuántos tienen ese espíritu y cómo se consigue que lo tengan todos? Y si se sabe la manera de conseguirlo ¿por qué no se consigue?

Y vamos con la educación por la familia.

Círculo estrechísimo donde toda actividad original se modela, se enfrena, o se anula; oposición constante a cuanto en la sociedad pueda restar al individuo energías disponibles para vivir; prevención contra lo desconocido o conocido como opuesto al interés personal utilitario, al propio tiempo que exigencia imperiosísima de absorber la actividad, o los frutos de la actividad de sus miembros es como la ciudad antigua, para quien todo extranjero -bárbaro- era un presunto enemigo. La familia es la consagración del egoísmo de varios, o si queréis, una suma de egoísmos, puesta a disposición de cada uno de los sumandos, mientras exista *homogeneidad* entre ellos; esto es, mientras no se altere el ritmo de vivir cada uno acordado con el de los demás.

Estímulo a tal misión, el cariño exaltado de los padres hacia sus hijos, cabe los cuales acuden presurosos para detenerlos, en cuanto se van descarrilando, aunque el descarrilamiento se verifique por campo horizontal, pleno de luz.

Ejemplo de esto, la ruda oposición de multitud innúmera de padres contra vocaciones ciertas, pero desinteresadas de sus hijos hacia las letras, las artes, el amor o la política.

Claro es que la familia cumple, en cuanto a la tendencia que vamos señalando, pero no en la universalidad de los casos, ni en la justa medida aplicable a cada uno, misión providencial, sin la que aquellos individuos jóvenes, pletóricos de fuerzas que pugnan por aplicarse, caerían bien pronto, impulsados por su desmedida expansionalidad, en tremendos abismos, bordeados de rosas sin espinas y tapizados abajo de las espinas arrancadas a las rosas por el demonio de la ironía, señor de esos antros...

La propia experiencia de la vida, agigantada en su parte pésima por el temor de que puedan reproducirse en los seres queridos, y privada, por fragmentaria y exclusivamente personal, de todo principio lógico consecuentemente seguido, se ofrece ante los cándidos ojos de los que juguetean en el *prólogo* de la temible, mas para ellos no temida, antes deseada, escuela de la realidad, por quienes, dentro ya de ella maldicen el momento de su ingreso y el tiempo de su estancia allí, sin atreverse, no obstante, a abandonarla y estimando como un don inapreciable sus enseñanzas crueles.

Y de este modo, la educación del hogar es una lucha entre la ignorancia lógica y la experiencia parcial, fragmentaria e ilógica; entre un idealismo ciego y un practicismo tuerto, manco y cojo.

De ahí ese rozamiento áspero entre algunos padres y sus hijos, cuando ya éstos van siendo personas; esa divergencia en el ver y en el obrar, que degenera a veces en pugilato por el triunfo de las respectivas orientaciones; otras, en la sumisión hipócrita del menor de los combatientes, y alguna, en el sometimiento doloroso del mayor. Cuando esa divergencia no se inicia, cuando hay preadaptación de ambos elementos, a virtud del practicismo precoz de ciertos adolescentes, no hay un ideal que sonría ante esa unión.

De otra parte, dice Spencer, «en los escándalos que publican los periódicos, en las querellas entre amigos antiguos, en las quiebras, en los procesos, en los informes de la policía, tenemos de continuo la prueba del egoísmo, de la falta de probidad, de la inmoralidad general; y, sin embargo, cuando se habla de la educación de los niños de corta edad y de la conducta de otros mayores, tiénese por hecho establecido que aquellos que los educan y que no son otros que esos pecadores, no son culpables de faltas morales hacia sus hijos. Esto está tan lejos de la verdad, que no vacilamos en atribuir a los padres la mayor parte de los males que se producen en la familia, y que, de ordinario, se imputan a los niños.»

Y hay que establecer aquí una oposición entre la educación del hogar y la de la sociedad, que quizá sea lo que caracteriza a cada una, si no en sí mismas, en la relación más o menos complementaria, más o menos discorde de las dos entre sí. Estas notas características son, en la familia, como ya hemos señalado, el sentido endo-vital y esotérico, es decir, *hacia dentro* de la familia y *para* la familia; y en lo social, hacia fuera de la familia, aunque también *en* y *para* la sociedad. En este sentido, en cuando amplía la esfera de actividad del educando, la educación social engrandece al hombre, sobre todo si el sector social modificante radica en las clases más cultas.

¡Y si no fueran más que estas contradicciones!... Ellas quizá se resuelvan en una síntesis viva en el espíritu del educando. Las contradicciones más funestas son las que se producen dentro de cada esfera educativa y aquellas otras, irreductibles entre unas y otras esferas.

Se contradicen a cada paso los padres y las madres de familia, según graciosamente señalara Juan Pablo Richter, al compararlas a gigantes Briareos que llevaran debajo de cada uno de sus cincuenta brazos derechos «órdenes» y contraórdenes en cada uno de los cincuenta izquierdos; se contradicen, por tanto, muchos preceptos con la conducta de quienes los dictan; se contradicen las personas que influyen, por su contacto con el educando, en la formación de su carácter y en la constitución de sus principios personales; se contradicen los fines del Estado con los hechos de sus representantes; se contradicen la ley y sus ejecutores, los principios de pública administración y la administración pública. Quien menos se contradice y quien más elevadas enseñanzas ofrece es la Escuela, no porque sean de otro planeta los maestros, sino porque la enseñanza lo es de lo mejor sentido y pensado y de lo mejor hablado y escrito por lo más selecto de la humanidad.

Y poco más sobre esto, porque está dicho todo con asegurar: primero, que la técnica de los métodos y procedimientos de enseñanza aun está en mantillas, en la teoría, y que en la práctica no ha nacido siquiera para la generalidad de nuestros establecimientos, y segundo, que, a pesar de ello, y efecto de la iniciación de lo menos irracional en cuanto a enseñanza que al maestro se le impone en las Normales y como producto de la comprobación y corrección, en su caso, de esos estudios ante la realidad escolar, a consecuencia, también, de ser su trabajo relativamente impersonal, ya que es el mismo para cada generación de escolares y que estas se suceden continuamente, por todas estas razones, la educación de las escuelas es la mejor orientada. Y es, desde luego, la más alta en el orden moral, si se excluye la de la Iglesia.

¿Que estas educaciones resultan casi del todo ineficaces? Indudablemente; entre otras razones, y aparte las dichas, porque yo creo contra todo lo que se ha afirmado siempre, que no es la infancia la edad más propia para formar la conducta. No es la infancia sino la primera juventud. La «piel del espíritu» formada en la infancia *se muda* en la pubertad. Ese es el momento, hasta los diez y ocho o veinte años, que debe aprovecharse para intervenir en la formación de la segunda «piel» que es la definitiva, aunque luego pueda lentamente modificarse algo. Lo de «genio y figura...» no se dijo, seguramente, pensando en la niñez como punto de partida. ¿No veis que el carácter, expresión de la personalidad, no se forma, no se puede formar hasta la juventud? ¿No veis que faltan elementos fisiológicos, y por ende, pasionales y volitivos,

como también muchos elementos conceptuales, ya científicos, ya de experiencia personal? ¿No veis que falta mucho en la niñez para que se pueda constituir el carácter y su contenido, la moral, fines supremos de la educación?

No creáis, por esto, que voy a trasladar lo de la «blanda cera» a los quince años. No haya miedo de que yo me exceda en suposiciones optimistas.

Pero entreveo algo por este lado; algo, que con otros elementos de la primera y segunda infancia, pudiera ser objeto de un estudio, que otro podría verificar.

Resulta, en fin, de nuestros análisis, que en la educación, que se toma como causa, hay muchas causas.

No es que yo niegue la eficacia de la educación. Si ella es, como parece indudable, una modificación de la espontaneidad del sujeto, puede asegurarse que muchas acciones, muchas inhibiciones y una modificación en cada acto personal son debidas a la educación. Pero ¿cómo, repetimos, representar esto, y mucho menos con la falta de unidad de toda la obra educativa que se cumple en cada hombre?

Variedad contradictoria: imprecisión, así en los principios como en los medios, como en la apreciación de los resultados finales. Esto es lo que arroja el análisis.

Y ahora, si os ha parecido muy oscuro el cuadro, yo os diré, señoras y señores, que existe para mi constante posición crítica una gran defensa y que hay, si no completa exculpación, ponderables disculpas de mi pesimismo.

¿No sabemos, acaso, que todas las cosas se van produciendo mediante la destrucción de otras cosas; que las ideas fecundas surgen, y hasta parecen nutrirse de los *cadáveres* de otras ideas; que el sentir aproximativo hacia las grandes creaciones de la mente supone el sentir fugitivo de las producciones inferiores; que los nuevos sistemas políticos se yerguen triunfantes sobre las ruinas de los viejos sistemas; que las nacionalidades se han forjado por el hierro y el fuego en el yunque del dolor, deshaciendo una fuerza que oprimía o rompiendo una resistencia?

Y la destrucción ¿no es hasta en sí misma un género de creación? El fuego que desorganiza la materia ¿no está produciendo una gran combinación química? ¿No afirmamos implícitamente algo, siempre que algo negamos? Yo me atrevo a decir que la destrucción es en muchos casos, la más excelsa de las creaciones y que la negación constituye la afirmación más rotunda.

Se destruye la nebulosa, cuando se rompe en mil partes su inmenso anillo, símbolo de nupcialidad entre el caos y la vida, y cada una de esas partes es la semilla de un mundo, el germen y el sustentáculo futuro de incontables miriadas de seres; se destruye, al dividirse, la célula matriz de otras células; pulverizan las olas del mar ásperas rocas, formando con su polvo playas tranquilas, que pueden ser algún día campos feraces; barren furiosos aguaceros las altas tierras, para formar rientes valles ubérrimos; desintegran las fuerzas vivas del animal las sustancias que ingiere, constituyendo con ello y con los actos que de ello se derivan esa creación continuada que se llama «vida orgánica»; devuelve la putrefacción, que es secuela de la muerte, el hierro y el fósforo, el carbono y el hidrógeno y las sales múltiples de nuestro organismo a la tierra para renovación de la vida vegetal, y el oxígeno de nuestras células al aire para alimento de los pétalos de las flores y los pulmoncillos de los pájaros; la selección natural, efecto de supresiones, de *negaciones vivas de lo vivo*, exalta y perpetúa *lo mejor*, siendo en la naturaleza *lo* que debe ser la *crítica* en el pensamiento.

Y en el orden histórico ¿no se considera ya como un axioma que todo progreso en la vida política de las sociedades, se ha debido, antes que a afirmaciones claras, a grandes negaciones rotundas? Negación contra los asfixiantes privilegios del patriciado romano, las sublimes retiradas al Aventino, por cuya virtud el «gran pueblo» comenzó a formar la áurea corona que un día propusiera sobre sus propias sienes; negación contra los degradantes abusos de los señores feudales y de todo cuanto les rodeara, las asambleas de los siervos en las noches del planeta, que tan bien se acordaban con la noche moral de sus almas; negación contra la fuerza opresora del trono, la magna revolución, cuyo ulterior desenvolvimiento afirmativo constituye la sustancia de que aun vive la política de las naciones cultas; negación, por último, contra el acotamiento de los mayores y mejores bienes de la vida por el capital, el inmenso clamoreo, hoy apagado por el tronar de los cañones, que ha resonado y volverá a resonar por los ámbitos del mundo, amenazando convertirse en huracán que derrumbe los inexistente, sin poderse predecir con fijeza las armonías que ese huracán, convertido en viento suave, ha de componer cuando resuene el «fiat» que la destrucción presupone, quizá por eso mismo, porque aún no ha resonado el fiat de la nueva creación, y porque en vez de «aniquilate tu» y «tu, surge», sea lo que diga el Destino: ve «*muriendo, día* que pasa, mientras *va llegando el día* que te sigue.

Y en la vida ordinaria ¿no implica mayor fuerza, esto es, mayor intensidad de afirmaciones *in potentia*, decir *no* que decir *sí*?

La verdadera negación, el *nihilismo*, lo infecundo, la sombra de la nada, si la nada pudiera ser algo y proyectara su sombra, es eso que en física se llama

silencio completo, vacío perfecto, frío absoluto, es la sábana desierta en geografía; en el mundo del pensar, la idiotez y en el de la significación, el mutismo; es la escuela positiva meramente crítica en filosofía; la neutralidad pasiva, en diplomacia; el abstencionismo, en la política, y en amor y en religión, la indiferencia.

Y aun para llegar a obtener estas *nadas*, hay que abstraer, hay que suprimir la realidad en alguno de sus aspectos, o despreciarla en alguna de sus cantidades, o prescindir, al menos, de potencias escondidas, pues como se ha dicho con gran acierto, la nada no *es nada*.

Y yo digo que así como no existe la nada, ni se produce el aniquilamiento en el mundo físico, no existe en el mundo intelectual la negación, sino formalmente, como una posición de las ideas.

Y si esto sucede en el mundo objetivo y en el de su representación, lo propio, y aun con mayor viveza, ocurre en ese horno viviente de lo subjetivo, en el mundo del sentir. El enfado, la ira, la indignación, el odio, con ser negaciones exageradas, envuelven afirmaciones vehementes. ¿No es el enfado un juicio moral que mueve a la protesta, y a la ira, como el chocar del bloque de nuestra personalidad, ya queriendo abrirse hueco, ya negándose a hacerlo, y la indignación, una antítesis trágica, análoga a la antítesis cómica de la risa? ¿No ama quien detesta? No está apasionado quien aborrece? ¿No es el odio una consecuencia de la egolatría, amor vicioso, pero amor al fin? Y en cuanto a la repulsión hacia *lo que va pasando* ¿no se resuelve en cierta unión mística con lo que vendrá? El horror a la *realidad* viviente ¿no supone complacencia en la *idealidad* vivida?

Yo os digo de mí (y ya termino, porque ni yo mismo, con ser tan poco, y por ello, debo ocuparme de mi) yo os digo que mis pesimismos acerca de los grandes ideales han nacido quizá por haberlos amado tanto,por haberlos querido tan puros en la idea y tan perfectamente realizados en la vida. Mi amor férvido, extático, hacia el bien sin mezcla, la verdad sin velos, la justicia sin tacha, la cultura realizando en el hombre el milagro de la transfiguración, se convirtió, al convencerme de la relatividad fatal de todo eso, en el desconsuelo irremediable, en el definitivo desencanto del hombre asaz cándido, que creyera amar a una mujer de esencia inmortal, de virtudes perfectas, de belleza inmarcesible, y sobrado imprudente para ansiar contemplarla en la realización de esa vida ensoñada y evocarla. En lo más álgido de su adoración, siente pasos como de gruesos zapatones enlodados, jadear de respiración jayanesca e ingratos olores de bazofia; inquieto ya y queriendo huir de la que le parece la más irreal pesadilla, se siente detenido por musculosos brazos; una mano, nada ebúrnea, una manaza áspera, le

arranca de un tirón el velo de su ensueño; y ante él aparece, riendo a carcajadas... Aldonza Lorenzo.

Pero yo veo ahora, al cabo de varios lustros de desencanto, que esa Aldonza Lorenzo, que la realidad es susceptible... no de convertirse en la diosa inmortal, en la ideal Dulcinea; pero es susceptible de no se qué atildamientos. Aun no estoy fuerte en construcciones positivas, ni lo estaré jamás.

Estas afirmaciones, que mis negaciones suponen, no debo ser yo el encargado de hacerlas. Con la piqueta, aunque sea, como es la mía, una pobre piqueta de madera, con la piqueta no se construye, y el que se ha acostumbrado a manejarla la ha tomado cariño y no sabe usar otros instrumentos.

Ese algo, de esto sí estoy seguro, ese algo, que siempre resultará *un mucho*, sólo puede lograrlo la educación; la educación cada vez más intensa y más extensa, aun con todas sus vaguedades teóricas; la educación con menos errores en el público, con mejor orientación en el Estado y con los sucesivos perfeccionamientos prácticos y las mayores iluminaciones teóricas que es dable esperar, que es de justicia esperar de las nuevas generaciones de los maestros de maestros.

¡Educación, educación! Este es el grito que todos debemos proferir: los padres, por sus hijos y los hijos de sus hijos; la mujer por el hombre y el hombre por la mujer; por el gobierno del Estado, el político; por la patria, el ciudadano; por el entronizamiento del concepto de Dios en la conciencia, el sacerdote, y por todas estas cosas, cuantos tengan conciencia de su racionalidad.

Y más en nuestra patria; porque muy escépticos, por muy pesimistas, por muy misántropos que seamos, a la patria la adoramos todos, y más, cuanto más abatida, cuanto más rebajada, cuanto más envilecida y escarnecida la contemplemos; esto es, cuanto más necesite de nuestro amor.

Educación, por amor a la patria. Por amor a la patria, que en el orden social, es lo más inmediato a nosotros, lo más nuestro de la humanidad, y en la que podemos y debemos procurar el acrecentamiento de la ciencia, el aumento del bien, la múltiple realización de la belleza, laborando así por la humanidad toda; por amor a la patria, que en el orden físico es el vaso de la vida universal en el que bebemos nuestra vida; por amor a la patria, que en el orden jurídico es la ley que ampara nuestro derecho y vela por la existencia de nuestros hijos y la santidad intangible de nuestro hogar; por amor a la patria, que en el orden intelectual, en el orden moral, en el orden estético y en la escala del rango, de la jerarquía, de la personalidad internacional, es la luz y el calor el alma y el espíritu que brota de la aureola de nuestros santos, de la mágica sugestión de nuestros héroes, de las ideas de nuestros sabios, de las obras de nuestros artis-

tas, con todos los cuales se forma en la dilatada historia patria un cielo de constelaciones brillantísimas; por amor a la patria, que en el orden histórico ha realizado colosales premisas -premisas no más, pero colosales- de las que brota la exigencia lógica (y en la vida real la lógica se llama justicia) de que España realice en lo porvenir, empezando por el presente y sin demora, la consecuencia de aquellos antecedentes gloriosos. Y como la continuidad histórica es nuestra en el actual momento, como ahora está entregado a nuestras manos, a las manos de todos los españoles, el porvenir de la nación, cometeríamos un crimen contra la justicia histórica, una iniquidad con la patria, si no pusiéramos todo nuestro esfuerzo, todo nuestro aliento, hasta el último, en esa obra vital para España y trascendente al mundo.

Segovia, Imprenta del Diario de Avisos, 1915

Juventud [1]

En el momento de salir a la luz de la existencia concreta y al aire de la pública curiosidad esta primera creación intelectual de vuestro espíritu colectivo, os deseo, alumnos de la Normal de Segovia, la mayor de las bienandanzas: que toda vuestra vida -la de cada uno de vosotros- sea siempre juventud. En cuanto a vuestra Asociación y vuestro periódico, como ha de estar constituida aquella y redactado éste por estudiantes, jóvenes serán de por vida, pese a los años que se sucedan desde su respectiva fundación.

-¿Toda la vida, decís, acaso, puede uno ser joven? -Sí, toda la vida. ¿Qué mayor juventud, aunque los cabellos sean blancos, que un espíritu vigoroso, emprendedor e inegoísta?

---

[1] Hecho este artículo, nos enteramos, con grandísima satisfacción, de que los socialistas franceses protestan noble y virilmente contra las condiciones de esa paz, que arruinará a Alemania.

Y cuando lleguéis a ser viejos por la edad, si tal dicha de eterna juventud lográis, serán los blancos cabellos que ornen vuestras sienes, la corona rendida por el tiempo al esfuerzo del espíritu... ¿por vencer en las luchas de la vida? No, por conservarse sano, ágil, limpio y generoso: que más que antigua es la máxima que ordena vencerse a sí propio como la condición indispensable para vencer resistencias exteriores. La victoria sobre lo exterior, cuando es justa -y las injustas no habéis de procurarlas- es una consecuencia de la disciplina, de la aptitud, de la fuerza desarrolladas en las luchas interiores por el propio mejoramiento.

Y no precisamente «vencerse a sí mismo» en el sentido ascético, sin que sea mi intención ahora contrariar esta tendencia, que tal vez pueda coincidir con la que os señalo. Pero yo digo «vencerse a sí mismo» en el sentido de curarse las heridas y de evitar las enfermedades, que la vida, que los demás puedan determinar en nuestra alma, pretendiendo hacerla vieja: que no es la vejez del espíritu un resultado del ejercicio espontáneo de sus energías, sino imposición sobre nuestra receptividad de la vejez de afuera. Hasta los consejos dictados por el cariño y las máximas que pretenden encarnar la razón, tienden a hacernos viejos desde que empezamos a ser niños conscientes; es decir, que desde que alborea en nosotros la razón, quieren que posea ésta, no la fuerza radiante del mediodía, sino la luz discreta, inofensiva y melancólica del atardecer... ¡tan próximo al morir de la noche!

Sed siempre jóvenes. No se requiere, a mi juicio, para ello, sino emplear las energías de la juventud en la conservación de sí mismas; no precisamente por no usarlas sino por usarlas siempre del mismo modo. Más claro, crear hábitos indestructibles de juventud, que pueden reducirse a los siguientes:

Hábitos de trabajo: vosotros, que estudiáis, pensad en ser estudiantes eternos.

Hábitos de generosidad, si no por los beneficiarios, por vosotros mismos, ya que el primer beneficiado por una obra generosa es el dispensador de la obra.

Hábitos de veracidad y de sinceridad, suceda lo que quiera.

Hábitos de alegría. Quien se acostumbra, por urbanidad, no más, a manifestarse contento, llega a estarlo de veras y a no prescindir casi nunca de tan simpática manifestación.

Hábitos de altruismo en sus diversas manifestaciones.

¿Que la sociedad, en conjunto, y la generalidad de los hombres es egoísta?

Que lo sean. El más egoísta de este mundo sería aquel que no tuviere egoísmo alguno. Ni mártir podría ser, porque no habría forma de martirizar a quien no apreciaría, ni aun siquiera sentiría el propio dolor.

Y como lo primero que se necesita para dedicarse a cuidar una cosa es amarla, amad vuestra juventud; estad de ella satisfechos, como lo está la mujer hermosa y discreta de su hermosura, y el hombre de saber y de talento de su ciencia y el rico, que sabe serlo, de su riqueza. Y tanto vosotros como estos tres; porque la juventud es belleza, por lo menos interior, y es la más alta riqueza, la riqueza de la vida y es... además, talento: sabedlo. No creáis a los viejos cuando proclaman la superioridad de su «experiencia»; que este nombre suele ser careta de la rutina y tapujo de la falta de plasticidad cerebral.

Una inteligencia dormida sobre lo que aprendió «in illo tempore», es como un árbol que no absorbe los elementos nutritivos aunque se mantenga enhiesto por la inercia de todo lo que vive, lo cual no es desplazado, aun estando ya muerto, sino a impulsos de los últimos agentes destructores: un cadáver no es un verdadero muerto, y eso suelen ser las inteligencias de muchos viejos: cadáveres que reproducen ideas.

Vuestra juventud, además, debéis aprovecharla en función de patriotismo, de hijos de una nación, cuyo mal es el exceso de esa «experiencia detestable».

Todo individuo o colectividad, así sea una nación que se niega a cambiar de ideas, de rumbos, de orientaciones; que se niega a experimentar más, a título de que ya experimentó bastante, no puede presentar los resultados de aquella su experiencia, cualesquiera que ellos fuesen, al respeto del presente y del porvenir, ya que nada hay definitivo en la vida; porque la vida es esencialmente un dinamismo.

Sed jóvenes para España. La misión de la juventud actual es, al contrario, de la cumplida por la juventud que presenció el desastre de fines del pasado siglo, ser una juventud afirmativa.

Aquella juventud tuvo que ser, por razón de los tiempos, esencialmente demoledora, iconoclasta hasta la exageración, así como la anterior había sido excesivamente práctica, es decir, poco joven; y excesivamente declamadora y optimista, la forjadora de nuestra *pequeña* revolución.

La actual juventud, que presencia momentos tristísimos, los cuales parecen dedicados a colmar las más hondas medidas del más desolado pesimismo con hechos de un horror insuperable, ha de ponerse al servicio de la reacción vital que el instinto de permanencia de la humanidad, no sólo como humanidad-especie, sino como humanidad-civilización, ha de provocar por doquiera, al concluirse la gran guerra.

Debéis poneros a tono, con el acorde formidable, que, al hacerse la paz, resonará por todos los ámbitos del mundo en pro de la continuidad de la cultura.

Y para que España sirva a esta obra suprema, ha de dejar de ser una nación vieja.

Siendo jóvenes vosotros, esto es, los jóvenes de España, durante mucho tiempo, es como España dejará de ser vieja.

¡Dios os haga jóvenes!

¡Dios salve a España!

Nuevos Horizontes 1916

Nuevos Horizontes de Educación

Preámbulo

Puede afirmarse, nosotros creemos que puede afirmarse, que en los conceptos más usados es donde el error construye sus más prolíficos nidos.

¡La educación! ¡Ah, la educación! ¡Oh la educación!... En todos los labios, en conversaciones peculiares, en discursos políticos y académicos, en periódicos y revistas, en libros innumerables, en todas partes la *educación*, hasta el punto de que parece ser una de las más grandes preocupaciones del espíritu contemporáneo.

Y, sin embargo, o quizá por esto mismo, es en las ideas y en las prácticas de educación donde más errores, contradicciones y disparates se cometen por doquiera y a cada instante.

El asunto, así en la teoría como en la práctica, es de una complejidad y delicadeza extremas. La teoría no se reducirá jamás, o, por lo menos, no está

hoy, ni en sueños, reducida a principios inmutables y fórmulas exactas, de segura eficacia. La práctica tendrá que tropezar de continuo con dificultades imprevistas, con obstáculos a veces insuperables. ¿No comprendéis que si existiera una ciencia completa y una práctica inequívoca de educación, podríamos alcanzar todos los hombres la perfección de que somos susceptibles?

Nos proponemos combatir en una serie de artículos, algunos, no más que algunos errores de los infinitos que, como «en sombrío matorral, los hongos» crecen en el campo dilatado de la educación y la enseñanza.

Sobre el tema de este primer artículo.

La eficacia de la educación

Creen muchas personas, y algunas de ellas de altísima prosapia mental, que la educación lo puede todo. «Dadme la educación y con esa palanca moveré al mundo», decía el gran Leibniz. «La educación es una transfiguración», cantaba, sin ironía, aquel sutil cronista que se llamó Campoamor; y el filósofo de Koenisberg, afirmaba que el hombre es hijo de la educación, como de una segunda naturaleza.

Y nada de eso es cierto. ¿Por suerte? ¿Por desgracia? ¡Quién lo sabe!

No hemos leído en ningún autor la descripción imaginaria, más probable, de lo que sería la sociedad, si todo lo pudiese la educación -lo que se llama la educación, o sea, la del hogar y la escuela- si cada hombre fuera tal y como sus educadores han querido hacerlo, en ideas y sentimientos, en voluntad y en actos, en actos, sobre todo, ya que la finalidad última -en lo terreno- de la educación, reside en la total conducta del individuo.

Si la educación todo lo puede ¿cómo es que hijos de unos mismos padres, asistentes a la misma escuela, llevándose poca edad, perteneciendo al mismo sexo, y, a lo mejor, a profesión idéntica, presentan diferencias morales tan enormes que a veces llegan al más radical antagonismo? ¿Cómo se explica que buen número de los mayores enemigos de la Iglesia hayan sido educados por frailes y jesuitas? ¿Por qué de padres que practican la virtud de la economía nacen hijos que ostentan la virtud opuesta de la prodigalidad? ¿y de padres sensibles, caritativos, hijos de corazón roqueño?

De los colegios de internados, donde todos los alumnos se sujetan al mismo régimen, oyen las mismas enseñanzas y los nivela igual disciplina ¿cómo es que no salen los discípulos por hornadas homogéneas, semejantes entre sí?

No; lo primero y lo último es la naturaleza, lo que cada uno sea, según las condiciones generales de la especie, las menos generales de la raza, las particulares de la herencia y medio ambiente natural y social, y sobre todo, lo personalísimo de la espontaneidad, *quid* singularizador, centro de reacción vital y organizador *sui generis* de las influencias recibidas, y el cual permanece siempre inaccesible.

La educación intencional es una acción compleja, continuada por largo tiempo y situada en el medio ambiente, de muchos de cuyos elementos se vale; es una sistematización de las acciones del medio; pretende modificar el medio, pretendiendo, así, modificar al individuo.

Intentemos una explicación.

Todos sabemos que los sonidos son sensaciones; que fuera de nosotros existen ondas mudas de aire, formadas por las vibraciones de los cuerpos elásticos, en número que no baje de 16 y no suba de 38.000, y que vibrando los cuerpos con menos o con mayor número de vibraciones por segundo, no hay sonido. Es decir, que el sonido es una cosa semejante, muy remotamente semejante, a una combinación química; vibraciones del aire, más sensibilidad especializada del nervio acústico, igual a sonido. También se sabe que los colores son las diferentes *alturas* de las vibraciones etéreas, desde la más grave, el rojo, hasta la más aguda, el violeta; habiendo antes y después vibraciones que no se perciban como color; rayos infra-rojos y ultra-violetas.

Pues bien, la educación, ordenando elementos del medio *-circa-rem-* del educando es el vibrar del aire o del éter; el resultado lo da en cada el especialísimo modo de reaccionar, o «espontaneidad» del sujeto de la educación. Y como aquí no tenemos ya esos apartados idénticos en todos los individuos -sentidos del oído y la vista- el resultado será como si hubiese diferentes clases de ojos y de oídos; violeta en unos lo que en otros verde; percepción visual de los ultra-violetas, aquí; allá, de los infra-rojos; mudez en tal oído, mediante mil vibraciones por segundo; sonido en esotro, con 96.000; sordera en unos para casi todas las escalas; ceguera, en otros, para el mayor número de colores y matices.

Esa es la educación: un elemento sobre el cual el sujeto reacciona; no un molde, para que en él se vierta la «blanda cera» del alma infantil, cera que luego se convierte en bronce; no es el *estilo*, que escribe indeleblemente en la *tábula rasa* del espíritu; sino un elemento, al lado de otro tan formidable como

la herencia, en su más vasto sentido y en sus determinaciones más concretas y próximas; como la influencia de la sociedad; como los estímulos, en cada caso, del elemento sensible, *Deus ex machina*, de nuestra conducta; como la cenestesia o el mal humor patológico... y todos, actuando sobre la espontaneidad de cada uno, sobre la originalidad, que hace que cada ser humano sea *un ser humano* distinto de los demás.

¿Recordáis lo que era el Destino en el Olimpo griego? Pues algo así es la espontaneidad en cada cerebro. Cada hombre es lo que es y lo que es, lo es desde que nace.

La educación pretende actuar como un modificante. ¿Hasta qué punto?... Y, sobre todo, la gran cuestión pedagógica: ¿Cómo tiene que ser la educación para pretender legítimamente el desempeño de ese papel?

No pensamos decir ¡quién lo pudiera! cómo ha de ser la educación; pero sí, en muchos extremos, *cómo no ha de ser*.

La Tierra de Segovia 8/6/1919

El Niño, la Escuela y el Maestro

La Educación Moral

Tras de las inevitables divisiones, necesarias para estudiar la realidad, debe venir la unificación sintética, como intuición segunda y definitiva. Así, podríamos decir que el análisis es procedimiento de estudio, y la síntesis, modo de comprensión.

La división de la psiquis humana en facultades, funciones, y operaciones es luego completada, borrando lo que tiene de artificioso, con la contemplación del hombre íntegro y el estudio de sus obras en que todo él se expresa, pues no hay obra humana, artística, científica, política o social, en que no se revele su esencia íntegra, siquiera predomine una u otra de las diversas formas de su actividad.

Y del mismo modo, la educación está reclamando una visión de conjunto armónico, de síntesis viva.

¿Qué queda de las divisiones de la educación en física, estética, intelectual y moral?

Aparte de que es *el hombre*, el hombre total, el sujeto de toda suerte de educación, como el hombre es, ante todo y siempre un ser moral, esto es, un ser social y, superiormente, un ser racional, la preparación de ese ser para el cumplimiento de su destino, *es siempre* una educación moral... o no es educación.

Si nos pusiéramos de acuerdo acerca del contenido, o de la limitación del contenido de la palabra educación, se ahorrarían muchas cuestiones.

Yo creo impropio, desde luego, designar como educación, ni como parte de educación, como nada de educación, los cuidados higiénicos que no sean enseñanza y habituación consciente higiénica.

Procurar aire puro, alimentos sanos, circulación sanguínea fácil a los educandos, es todo lo interesante, todo lo importante, todo lo indispensable que se quiera; pero no es educación. Educación es la *crianza privativa* del hombre, la preparación del hombre como ser social y racional.

Adoptando este concepto general de la educación, y teniendo en cuenta que el hombre aislado es una abstracción, un ser irreal, imposible; como la vida social está regulada por la ética, como toda la actividad humana -consciente y voluntaria- cae dentro de la moral; como hasta *el cuidado* por la propia salud, es un deber, y un deber el cultivo de la inteligencia y la exposición de la verdad, y la tolerancia, y hasta la cortesía y buenos modales son deberes ¿qué hay en la educación que esté fuera de la educación moral?

De otra parte, yendo a la vida interna del hombre, es indudable que todas las llamadas «facultades del alma» y la misma energía física, parecen antecedentes, o elementos auxiliares de la suprema facultad humana: la voluntad. Suprimid la voluntad, y la inteligencia sería un vasto kaleidoscopio, y la razón una fría entelequia de entelequias, y la sensibilidad, un conjunto de dispersas e ineficaces cargas de energía...

¿Y no es la voluntad, la facultad *de los fines* a la que se dirige, en última instancia, la educación moral?...

La Tierra de Segovia 19/10/1921

El Niño, la Escuela y el Maestro

Aristocratismo Docente

Una verdad de secular experiencia, olvidada, como tantas otras, en este flujo de la inferior que nos ahoga con el falso nombre de democracia, es *que solamente una escasa minoría* de hombres tiene capacidad para el estudio.

La suavidad de la disciplina, la facilidad de los métodos, la repetición excesiva y *la conversión de lo profundo en superficial*, desnaturalizándolo, puede dar por resultado grupos discentes que hayan *aprendido* un programa de enseñanza, la cual resultará *mecanizada* en los cerebros de la mayoría del grupo, aunque los maestros no hayan seguido en el desarrollo del programa los denigrados procedimientos mecánicos, de pura memoria o a lo sumo, de mera comprensión verbal.

En cambio, para las grandes inteligencias de cualquier tiempo no hay enseñanzas mecánicas porque ellas la *desmecanizan*, haciéndola dinámica, orgánica, viva y... divina.

Y resulta que lo que aprenden, o parece que aprenden esos que no tienen aptitudes para el estudio (me refiero a la enseñanza no primaria) no les sirve a ellos ni a nadie de nada, o sirve a todos de muy poco, o bien perjudica a los demás, si los tales ostentan las apariencias de un saber excelso, o a ellos mismos, finalmente, si hasta las apariencias faltan.

Y aun los mejores de éstos; ¡qué escasamente contribuyen al bien público! ¡qué nula es su influencia en el progreso general! Y no me refiero a que no se les deba inventos notables, a que no diluciden teorías científicas importantes, a que no sientan, robustezcan, o confirmen hipótesis fecundas.

Es que hasta su oficio lo desempeñan si quizá irreprochablemente en la forma, con absoluto vacío en el fondo, con nula eficacia en los resultados. Esclavos de lo exterior -reglamentos, órdenes, costumbres- sin originalidad que llene de vida esas formas vacías, son como máquinas docilísimas que la fatalidad gobierna y que a la nada rinden su trabajo, máquinas de contar un tiempo sordo, de medir un espacio vacío.

Y estamos discurriendo sobre una hipótesis sobrado halagüeña. Lo que suele ocurrir frecuentemente con los ineptos para el estudio, que son legión, que son muchas legiones, es que ni se enteraron de lo que estudiaron, ni han

retenido lo poco que de memoria aprendieron, ni saben aplicar lo que para aplicar se les enseñó.

De este mal harto evidente se le echa la culpa a la enseñanza, a la organización de la enseñanza, a los métodos, a la materias enseñadas, a los enseñantes.

Y nosotros creemos que no es esto, que al menos, no es esto solo ni siempre, aunque es claro que cuando una de esas infermedianías se cuela en una cátedra, puede señalarse tal hecho como una calamidad nacional. Pero yo afirmo rotundamente que en la enseñanza los factores decisivos son el alumno y el maestro, y más el alumno que nadie.

Concluyo, pues, en esta parte, que la benevolencia de los examinadores y la parcialidad de los tribunales de oposición son fuente de males que proliferan con la fecundidad de lo dañino, de los microorganismos patógenos y de las malas yerbas, constituyendo su conjunto una circulación de causas y efectos mutuos, bajo la red de los cuales se mantiene a España aprisionada, sin amplios movimientos de cultura, sumida en un lamentabilísimo estado de decadencia intelectual.

Y análogamente a lo que en el orden intelectual, sucede en las demás esferas del espíritu. Yo creo que así como existe en cada individuo una «capacidad intelectual», que decían los antiguos, adoctrinados por la experiencia de los siglos y el saber de las viejas civilizaciones, existe también una «capacidad moral», y una «capacidad estética», que son, salvo excepciones, iguales que la primera; pues ¿cómo van a llegar a las altas cumbres espirituales, a la máxima delicadeza de los sentimientos superiores, a la austeridad del deber ni al gusto depurado de las bellas artes quienes no pueden apoderarse de los conceptos respectivos?

La Tierra de Segovia 23/11/1921

Contra la Corriente

«La Lucha»

Amigos cariñosos censuran lo que llaman, unos, mi debilidad, mi pereza, otros, mi bondad excesiva los más benévolos, mi tontería, los más severos, calificando todos con sus respectivos juicios mi incapacidad batalladora para disputar a codazos un puesto más o menos visible en lo público, un lugar más o menos confortable en lo privado. «Hay que luchar», me dicen. La vida literaria, como todas las modalidades de la vida, es lucha, que fortifica y que, si es noble, engrandece.

Y yo, lejos, de aprobar estas palabras, sufro, cuando las escucho, una pena desoladora, porque no creo que ninguna pelea entre hombres sea noble.

Siempre que oigo decir «hay que luchar» -no «hay que trabajar», sino «hay que luchar»- veo en mi fantasía el cuadro de un pugilato fríamente cruel, donde hombres de rasgos fisionómicos duros y expresión alternativa de envidia y de codicia, se destrozan con todas las armas, usando, para mejor vencer, todos los medios. El campo de combate es árido y tristón. De un arbusto raquítico penden los objetos que han de ser premio a los vencedores en la feroz contienda: coronas que han de secarse en breve; mugrientas bolsas con moneda, que en gran parte se emplearán por sus dueños en perjuicio propio; papeles en los que se ordena dar a quienes los posean ciertos tratamientos y adjetivos, que, en cuanto se reciben un par de veces, no producen frío ni calor. ¿Y por esto, aquello?

Luego, los triunfadores se ensoberbecen, no por los premios, que juzgan inferiores a sus méritos, sino por estos, que les han proporcionado el triunfo. Se hiperestasian el egoísmo y la acometividad, a medida que se aligera el pensamiento, que salta, dividido y subdividido, por encima de los obstáculos que intentan detenerlo, perdiéndose, al fin, entre simas, breñas y arenales, en vez de abrirse, tenaz y paciente, un amplio cauce, por donde, sosegado y podero-

so, discurriera hacia el mar de los grandes ideales. «El tiempo es oro», apotegma de los comerciantes, figura como divisa de los que hacen de su pensamiento almacén transitorio de ideas, y de su pluma, vehículo que las acerca, apresurada y desordenadamente, al mercado. Limitación, intransigencia, superficialidad, apresuramiento, incoordinación, vida exterior, pequeñas luchas, normas contradictorias a las que rigieron los grandes espíritus, maestros de la humanidad, unos, dispensadores, otros, de consuelos perdurables, son las características de los luchadores de la intelectualidad; lo que da razón de la inconsistencia de una gran parte de la obra literaria del actual período y de otros períodos análogos.

En el orden estrictamente moral, ¿no os parece ilegítimo eufemismo, ya que no falsedad y baja adulación a las ideas y prácticas corrientes, aplicar el alto epíteto «noble» a la pugna de opuestos intereses, que puede ocasionar el hambre en una de las partes y el hartazgo bestial en la otra, al choque brutal de ambiciones, que producen odios agudos, al encuentro de vanidades, que se repelen, engendrando envidia?

Componer un libro, hondamente sentido, o calmosamente meditado, verificar un invento, estudiar, investigar, enseñar, no es entregarse a la lucha, sino al trabajo, que puede armonizarse y de hecho casi siempre se armoniza, con la labor de los demás. Hay sitio para todos. A mayor número de escritores, más público que lea; una gran eflorescencia de arte, supone una cantidad acrecentada de sus amadores.

Pero luchar, esto es, emplear la violencia, o la astucia (que no es sino una forma de la violencia) para superar al que vale más, no por medio de la disciplina de las propias facultades, sino denigrándolo, mintiendo acerca de sus obras y procurando quitarle su puesto en el periódico en que trabaje, o su público; conquistar la ganzúa de la influencia para abrirse las puertas que la ley mantiene cerradas; intrigar en unas oposiciones para que el tribunal nos otorgue, con justicia o sin ella -mejor sin ella-, la plaza que otro se ganó; robar impúdicamente el pensamiento ajeno y hasta la ajena forma literaria en que el pensamiento fue vertido -y todo eso es lo que se encubre con la palabra lucha; y se encubre con razón, porque lo otro no es lucha, sino trabajo-; ser, en suma, injusto y cruel, cultivando el amor a sí hasta convertirlo en egoísmo refinado y en culminante egolatría, ¿no repugna, acaso, a toda alma noble?

En el gran predicamento en que hoy está la *Lucha* hay algo de exageración pedantesca, como hay también algo de ligereza, y tal vez de morbosidad, en la delectación con que algunos, por cualquier nonada, sacan a relucir todas las armas de su lengua, de su pluma, o de su influjo -matonismo moral-, sin

querer comprender que la lucha es fuente de dolor propio, escuela de egoísmo para los demás, peligro constante de padecer injusticias y sarcófago de momentos en lo que pudiera reinar en nosotros la razón, produciendo frutos óptimos, y en los que se consume lo mejor del espíritu, roído por los gusanos de las bajas pasiones.

El lado pedantesco, que yo veo en los encomios a la lucha, es la aplicación irreflexiva de un principio científico, que tanto tiene de verdad como de error.

Es hora ya de corregir el principio de «la lucha por la vida», apresuradamente y con infantil perversidad aplicado a justificar lo pésimo en las relaciones entre los hombres. Hay otro principio, que contrabalancea los efectos de este, y aun los depura, y cuyo triunfo en nuestra vida será obra del progreso, si es que el progreso no se detiene. Es el principio de «la solidaridad», la cual existe, así en las cosas sometidas al puro mecanismo, como en las partes más o menos autónomas de las colonias del imperio orgánico, es decir, en todos los individuos vivos y, también, en todo organismo social, desde los formados por las térmites hasta los constituidos por el «homo sapiens».

¿En qué consiste la vida del mundo sidéreo, sino en el encaje de las recíprocas acciones astrales, dentro de la vida del conjunto, esto es, en lo que pudiéramos llamar solidaridad cósmica, producida en ese medio inalterablemente propicio que se llama éter, en el cual hacen los astros ante lo infinito su eterna gran parada?

Quizá sea perfecto el equilibrio de la solidaridad y la lucha, en el cambio de acciones y de materia entre la naturaleza cósmica y los seres vivos. Gravedad, cohesión, afinidad química, vibraciones etéreas, cuerpos nutritivos, son condiciones de la existencia de los seres organizados y al par, elementos que los desgastan, a virtud de las mismas acciones vitales por ellos provocadas. La vida de cada individuo es un equilibrio, inestable y en perpetua oscilación, entre sus elementos y los del medio exterior; y como aquellos no son sino una parte de estos mismos, agrupados por el *quid* vital de otra manera, cuando sobreviene la definitiva cesación del equilibrio, el resultado no es sino una reintegración; triunfando así la solidaridad de lo cósmico, para el cual no es la vida orgánica sino una eflorescencia asexuada, precaria y sin ulterior destino, como la vida racional, perfume de la más selecta de estas flores; por lo que la existencia del pensamiento sería absurda, si no existiera en el hombre un espíritu inmortal y un Dios providente en el cielo.

En la gran comunidad de los seres animados también puede observarse en muchos casos la solidaridad. Como las plantas son el sostén vital de la inmensa mayoría de los animales, la lucha, formidable aun en estos, es ya de menores proporciones que la cooperación, o la indiferencia. De no ser así, las especies inermes habrían desaparecido, aun con todas la defensas de ligereza, mimetismo y fecundidad.

Pero aunque no sea así, nos parece que se ha exagerado grandemente el principio de la lucha; de parcial y subordinado, se le ha querido elevar a supremo principio rector de la vida, no sólo vegetal y animal, sino racional, también sin querer distinguir el nuevo elemento que en esta palpita, al que no es lícito considerar como «una modificación de la energía».

¿Nos equivocamos en cuanto a los seres no humanos? Es posible, y nos importaría poco. ¿Pero será posible, también, que el hombre, que ha vencido con su razón semidivina sus instintos de fiera: el hombre, sensibilizado hasta experimentar tierna compasión por el insecto en peligro y aun por la flor arrancada de su tallo; el hombre, que llora las desgracias de hermanos desconocidos, yacentes en las lejanías del espacio o del tiempo; que se indigna por la injusticia cometida en sus antípodas; que proyecta con entusiasmo, repleto, o ayuno de ciencia, remedio para todos los males presentes y preservación para todos los males futuros; el hombre, que aun en la guerra, fratricida y cruel -todo lo que querais- no pelea sino creyendo que combate por la justicia, o en justicia; el hombre, soberano señor del mundo sensible; desposado con la idealidad, en la que toda perfección tiene su brillo, y toda virtud su aroma, y toda verdad armónico encaje, y toda pretérita grandeza su recuerdo, y su reliquia, toda pasión de amor a la humanidad y su altar las religiones de la belleza inventadas por los pueblos próceres, y que tiene la virtud divina de engarzar esos metales preciosos, extraídos de las simas del pasado y esas gemas, recogidas en la superficie del presente, en el hilo de la luz, que, viniendo de lo alto, conduce a las simas del porvenir; el hombre, que ha podido llamarse Sakia Muni, Cong-Tse, Zaratustra, Sócrates, Juan de Dios, Francisco de Asís, ¿ha de cuidar, con el mimo que la ramera a su predilecto, el más bajo de los egoísmos, residuo ancestral de la caverna, en la que convivía con el oso y disputaba al león su alimento y, por ello, por fuerza atávica, que sirvió en estados muy diferentes del estado actual, obstáculo monstruoso, interpuesto en el camino de la gran sociedad humana?...

Y si el hombre es, además de hombre, sacerdote de la cultura -sacerdote, sabio, escritor, artista, maestro- contemplarlo en lucha con sus iguales, es un espectáculo que pone ante la idea del humano perfeccionamiento una punzante interrogación.

Los dioses se fueron de la tierra, o se han apartado de las muchedumbres por culpa de sus sacerdotes. ¿Qué sucedería en nuestro mundo civilizado, si se perdiese por culpa de los cultos, la fe en la cultura?

Revista Castilla, nº 1, Segovia, 1917, pp. 10-14

Contra la Corriente

Dulce y Fuerte...

Una mujer excelsa, una mujer en cuyos ojos rafaguean el genio y luce perenne la bondad, cuya soberana belleza física es signo adecuado de su interior belleza, me ha dicho que soy un espíritu corroído, que la síntesis de mis ideas es una negra negación total, que le da frío leerme o escucharme.... y hasta se ha apartado de mí con el ceño fruncido, con la mirada hosca, ¡ella, la del mirar radiante, la de la frente diáfana, la de las palabras buenas!

Y yo me he atrevido a detenerla, diciéndole, angustiado:

-Es triste, muy triste, altísima señora, haber sido un amador de lo absoluto, un místico de la verdad, un ansioso, con sed inextinguible, de la fe, que exalta, de la esperanza, que fortifica, del amor, que engrandece; haber reducido el pasar del tiempo a un instante al contemplar, embebecido, la mágica corola de las flores, el rostro placentero de los niños, la cándida sonrisa de las vírgenes; haber experimentado delectación vivísima al estudiar las fórmulas científicas que pretenden traducir lo real, y al creer que descifraba las palabras que aspiran a decirlo todo... y haber sentido, luego, con los extremecimientos dolorosos del ave a quien arrancan una a una las plumas de sus alas, que iban cayendo en la sima sin fondo de la duda, los símbolos consoladores; que las palabras sublimes, perdida la certeza, savia de fe, que las animara, se desprendían como hojas muertas, de la conciencia, amontonándose, cual detritus enojosos, en la memoria que fuimos.

Es triste haber entonado en nuestra alma un cántico entusiasta al progreso *del hombre*, y saber luego que hay unos terribles elementos -degeneración,

herencia mórbida, criminalismo nato- ministros de una Fatalidad inexorable, más cruel, más poderosa y menos bella que el antiguo Destino, la cual, asistida de sus negros servidores, opone a los anhelos por el bien de la humanidad, al hambre y sed de justicia y amor universales, que siente toda alma... cándido, el acérrimo, y amargo y frigidísimo imperativo «renunciad a toda esperanza», vosotros, los que no podéis vivir sin esperar.

Y como resultado de la muerte de nuestra idealidad, tener que sufrir, inermes, los picotazos de los grajos que revolotean alrededor de su blanco cadáver; tener que escuchar, al menos dudosos, cómo se discute la eficacia y el mérito de las más nobles acciones, cómo es estimada la abnegación del mártir cual una suerte de egoísmo, y clasificado el héroe entre los impulsos vulgares y puestos al lado del bestial atávico el más grande genio.

¿Decís que la belleza?... La belleza no es seguro puerto espiritual, sin el mar cambiante y sin orillas de las apariencias de las cosas, reflejándose en ese otro mar de la emoción, cuya ley, casi única, es el cambio. Y ¿cómo acudir a la razón para asentar en ella el templo a la belleza, si la razón... es lo falible, hecho juez de lo engañoso!

Todo esto es triste, muy triste.

Pero es más triste para mi ahora ¡oh genial hermosura! perturbar, siquiera sea levemente, vuestro excelso espíritu ecuánime, y disgustaros de esa malaventurada perturbación, haciendo que pongáis gesto de seriedad en vuestro bello rostro afable, mirada hosca en vuestros grandes ojos benévolos y pliegues de enfadosa meditación en esa frente magnífica y serena, pórtico de un templo vivo de Venus Urania.

En los rescoldos mortecinos del antiguo fuego, que caldeó el hogar de mi alma, hoy frío, ha encendido el hálito de vuestras palabras una constelación de puntos luminosos, que componen un nombre, vuestro nombre. ¿Es la conciencia de una vocación ideal definitiva?

Guiadme: llevadme a ese cielo de vuestro espíritu y alumbrad con vuestra luz mis pobres ojos miopes. Habladme. La música de vuestro acento se hará también luz, y perfume y calor de vida en mi cerebro cansado. ¿No habláis?...

Y ella, alzando lentamente su hermosa cabeza pensativa y fijando en mis ojos con triste dulzura, sus ojos serenos, ha dicho así:

-Comprendo ¡pobre optimista amargado! ¡pobre idealista ensombrecido! Tus negras ideas son chispas, apagadas, que brotaron al choque de tu espíritu vehemente, pleno de ideales, contra el medio social hostil y contra el Universo, impasible.

También el orgullo... ¡Qué sutil y hondamente orgullosos sois los hombres como tú, aunque parecéis humildes, porque no sois vanos, ni ponéis vuestro menosprecio a la humanidad en cada prójimo!

Sí, es soberbia vencida, es orgullo con máscara de sencillez, ese pesimismo que, cínicamente, mostráis por doquiera.

Quisísteis conocerlo todo, y, cuando tropezó vuestro pensamiento con el muro impenetrable de vacío y sombra, tras el que se oculta el mundo, después de ofrecernos, en complicidad con nuestros sentidos, el engaño de sus fenómenos, sentísteis un sufrimiento insoportable, como señor a quien su esclavo negase una respuesta; soñásteis con el fácil reinado de lo justo y, al advertir la debilidad de su imperio, os invadió la desesperación, como si se infligiera a vuestra racionalidad, a la vuestra sólo, una grave ofensa; quisísteis perfeccionar la sociedad -cultura, economía, gobierno- rápidamente, y al convenceros de lo inacabable y relativo de esa obra lentísima, que no es empresa única, sino humilde labor de todos, os invadió el desaliento y os ahogó la amargura. Soñásteis demasiado y con excesiva ambición, y, al despertar, el desencanto es proporcionado a la enormidad del engaño.

Pero tú, pobre amigo, serás siempre mi forjador de ideales, siquiera alguna vez tomen forma negativa. Tu escepticismo no es otra cosa que un estado de aparente contradicción a un cierto dogmaticismo, fundamental en tu espíritu. Tu pesimismo es el mal nombre que has puesto a un noble dolor; al dolor de no sentir por doquiera manar la bondad a raudales. ¿Y qué decir de esa misantropía de que alardeas, tú, que haces de cada ser humano que conoces una excepción *señaladísima* del desprecio que te inspira la humanidad; raro desprecio, pues que no te impide preocuparte de ella?

Lloras por tus muertos ideales. Llora, que de tus lágrimas surgirán otros, aunque menos bellos, más robustos... Así deben ser, para que puedan desposarse con la realidad...

En cuanto a la madre común de todos, la augusta matrona que, aun velada, se mantiene en el trono de tu revuelto espíritu y que tiene este nombre, «Perfección», no puede reinar en el mundo; sería este una inmutable cristalización, esto es, un cadáver bellísimo... Mas ¿no comprendes que ha de reinar, que reina eternamente, que esa idea no está en nuestra alma sino como una proyección de lo absoluto real?...

Y descendiendo a lo relativo y temporal y humano, yo creo que el estado doliente de tu espíritu derivará hacia ese humorismo benévolo, que sosiega el pecho y ensancha el criterio; hacia ese humorismo magnánimo, nota típica de

la aristocracia de las almas, porque es el resultado definitivo, el ápice de la evolución de un espíritu que ha pensado y ha sentido cuanto hoy puede un hombre pensar y sentir. Mezclarás a la fe en lo general -fe en ti mismo y, de ahí, fe en tus ideas y fe en el hombre, la desconfianza sobre lo particular- de ti en cada acción y en cada juicio, de cada hombre, hasta cierto punto, y, en cierta medida, de la eficacia de cada paso adelante en la cultura; reconocerás los bienes de la vida, lamentando sus males, que no pretenderás curar de repente, sino aliviar con parsimonia; amarás la ciencia, concediendo que en algunos aspectos disminuye el imperio del mal, burlándote, empero, de sus fracasos ridículos y de sus altaneras pretensiones; tendrás, en suma, una sonrisa bajo cada lágrima y una duda crítica frente a cada afirmación, colocándote así, no en el vulgar término medio, posición de la ignorancia medrosa, sino en lo más alto de la línea vertical más prolongada que desde ese punto pueda trazar el pensamiento.

Desconfía de tu inclinación a realizar concepciones absolutas: verdad segura sobre todas las cosas, lógica perfecta en todos los razonamientos, bien sin sombras, belleza sin velos; ama hasta el error, por lo que contenga, que algo contendrá, de verdad; considera lo absurdo como una desviación de lo verosímil, la ignorancia, como una posibilidad de sabiduría y la equivocación, como un germen de acierto, que no llegó a término feliz; piensa que lo malo no es absolutamente malo, y mira la fealdad como una belleza a la que falta algo...

Calló la voz argéntea, dulce y tranquila, calló la mujer excelsa. Su mirada, que antes parecía dirigirse hacia adentro, se perdía ahora en lo infinito, como si tendiera de lo hondo de su espíritu a lo alto del cielo un puente de luz.

Y yo exclamé: ¡Salve, fortaleza y dulzura!

Y, tras una larga pausa, repleta de alma hecha caos, he callado, he callado para siempre ¡Oh Hamlet!

Y ella, severa y triste, se aleja lentamente, lentamente, se aleja, se aleja...

Revista Castilla, nº 2, marzo, 1917, pp. 29-33

Contra la Corrriente[1]

Pensamos ensayar en unos cuantos artículos una crítica sin dogmatismos, sin pretensiones de sistematización. Su fin es inquietar los espíritus, suscitar ideas nuevas contra ideas viejas, sentimientos de rebeldía contra prejuicios y rutinas. Escribimos estos artículos para los lectores a quienes les agrade discurrir por cuenta propia, ya que lo que nosotros digamos será poca cosa, bastante, sin embargo, ¡para hacer pensar al lector.

A fin de que a la variedad del fondo corresponda en cierta medida, la variedad en la disposición y en la forma, unos trabajos irán a modo de crónica, otros, dialogados, algunos, como artículos de polémica...

Asistemática, variada y ligera, pero «contra la corriente», será esta modesta labor que hoy continuamos con un

«Diálogo»

-Es V. muy benévolo, porque yo -y había en estas últimas palabras y en las que siguen, cierto dejo de fino sarcasmo, como dirigido contra sí propio, seguramente no ha excitado nunca por ningún motivo la admiración de nadie.

-Eso obedecerá a que si es cierto que pocos pueden adoptar a sabiendas la clásica divisa *nihil mirari*, hay, en cambio, muchos, incapaces de adoptar la contraria por... falta de materia admirativa. En los primeros se ha secado por la crítica, aunque sea por la buena crítica, un manantial que fue ubérrimo; en

---

[1] Cuenta Pablo de A. Cobos en su "*Machado en Segovia*" que este Diálogo "surgió de una polémica que mantuvo con el doctor don Segundo Gila sobre optimismo y pesimismo. El punto de partida de la polémica estuvo en un artículo de Norberto Fernando Cerezo Marinero, a quien los dos polemizantes estimaban como dilecto". p. 66, nota 7. Fue don Segundo Gila mecenas de la cultura en Segovia y posteriormente Presidente de la Diputación Provincial; Norberto Cerezo fue un maestro, muy amigo de D. Blas.

los segundos, no ha habido posibilidad ni de que la fuente exista. ¿No conoce V. muchas personas, a quienes el más grande descubrimiento, la idea más genial, la frase más lapidaria, la acción más sublime, las dejan frías, o les produce, en otro caso -los inventos suelen tener este privilegio- sólo un asombro infantil, de horizonte tan limitado, que se reduce a *aquello*, a aquello sólo, al *coco* que ha surgido, sin remontarse a las causas posibles, sin mirar las consecuencias probables, sin sentir el aleteo de lo genial, sin otra cosa, en fin, que la estupefacción de que es adecuado signo la boca abierta y los ojos parados del paleto, que ve por primera vez alguna cosa rara, chillona, sobre todo?

-¡Vaya si conozco gente así! Y más. Yo creo que, si no tanto, algo de eso que V. pinta le sucede a casi todos. Vale la humanidad muy poco. Consolémonos los que ahora vivimos, con que luego... valdrá menos, quizá.

-¿Cómo?...

-La degeneración, señor mío, la degeneración y, hasta independiente de ella, la civilización, o los males de la civilización.

-Su ideal de V. será sin duda, una humanidad sana, fuerte, inteligente, alegre.

-Si pudiera conseguirse... Pero ¡bah! yo no tengo ideales. ¿Qué son los ideales sino consecuencias desatadas de la cadena lógica de los hechos y lanzadas en el vacío? ¿Piadosas mentiras, que la inteligencia, guiada de la fantasía, elabora para acallar los lloriqueos del sentimiento y dormirse tranquila a su lado? ¡La humanidad fisiológicamente perfecta!... Para llegar a la perfección física, había que perfeccionar *antes* la voluntad y el intelecto y acrecentar y

---

Efectivamente, se conservan dos textos manuscritos de D. Blas como precedentes de este artículo. El primero, fechado en noviembre de 1914, se titula "*Réplicas de Norberto*". Está, numerado como II (no se conserva el I) donde, en 15 páginas retoma su concepción de la voluntad expuesta en el *Heraldo Granadino*, 6/3/1900 para fundamentar su visión pesimista de la vida. La fecha es, por lo demás significativa, de los comienzos de la Primera Guerra Mundial.
El segundo manuscrito, titulado "*Placer y Dolor (controversia)*", está sin fechar, pero contiene los apuntes para este artículo. Concluye con estas reflexiones: "de aquí que se haya dicho que la intelección es una función de amor, concepción, al propio tiempo, sutil y profunda, de Platón, el divino.
Decía el Sr. Guillén selaya que sólo la enfermedad engendra el pesimismo. Y yo digo...
El Sr. Selaya me da en su conferencia un argumento contra el mismo y contra el Sr. Gila, al recordar el profundo pesimismo que para lo terreno ostenta el Cristianismo: "Valle de lágrimas" es la tierra". (N. de E.)

aquilatar la ciencia en grado enorme, y para lograr este perfeccionamiento, precisaría antes perfeccionar lo corporal. Y cuente V. que no nos referimos a un individuo, sino a la humanidad entera. Había, pues, que intervenir en los matrimonios, en la distribución de la riqueza, en toda la educación, es decir, en la vida toda. Y si este ideal es inasequible ¿cómo quiere V. que lo sean aquellos que suponen a este, o que debieran suponerlo, poco menos que realizado, o en vía segura de realización?

-Yo creía *demostrado* que el ideal de hoy -hablo de ideales progresivos- es la semilla de la realidad de mañana.

-Y eso ¿qué quita ni pone? Tantas cosas se han *demostrado*... que si todas fueran verdad... Aparte de que no sabemos lo que es la verdad, ni qué son ideales progresivos.

-En cuanto a lo primero, *adecuatio intelectu*...

-Sí, sí, ya sé. ¿Y qué es el intelecto? ¿Qué la realidad? ¿Y cómo sabemos que en tal adecuación no hay trampa?

-Por esos atajos no puedo seguirlo. Ya sabe V. que con «la verdad, según nosotros» y aún menos, con verdades provisionales nos va tan ricamente, incluso en las ciencias más rigurosas.

-No diga V. *incluso*, sino *únicamente* en esas ciencias. Las verdades provisionales en lo moral, lo jurídico y lo político, producen resultados desastrosos. Y como, al fin y al cabo, provisionales y no para todos, siquiera, tienen que ser... y además, como esas *opiniones* rigen la razón, así anda ella. Fíjese V. en que cuando un ideal ha sido realizado -y no se realiza nunca tal como fue concebido- ha muerto ya en las conciencias; ha sido sustituido por otro, que tarda, como el anterior, muchísimo tiempo en hacerse concreto, después de haber producido su luz caliginosa y cegadora raudales de lágrimas, alumbrado mares de sangre... y secado ¡ay! mares de tinta, mientras que lo ideal-real, elaborado por el espíritu colectivo y aprovechado bastardamente por los encargados de su mantenimiento, se corrompe, se pervierte, se prostituye. Ejemplo, nuestra democracia.

-Así se progresa. No satisfaciéndonos lo presente, procuramos que lo porvenir sea mejor.

-El cual porvenir, *presente* de los hombres que nos sucederán en la vida, no les satisfará a ellos tampoco. Así, pues, vuestro progreso es un engaño. ¿De qué sirve un progreso que a nadie satisface y en medio del cual y aun por el cual todos sufren, si no es los que injustamente gozan? El paralelismo entre el bienestar de los hombres y el progreso de la civilización no se probará jamás.

-Pero al menos, y prescindiendo de la felicidad individual, no me negará V. que la humanidad exige el perfeccionamiento sucesivo en los medios de satisfacer todas sus necesidades y que se perfecciona ella paralelamente a los indicados medios. Si el progreso no es un bien gratuito...

-No es un bien.

-...es una necesidad.

-¡Necesidad! Esa es la ley, la ley eterna, que, bajo diferentes aspectos, se ha llamado Destino, Fatalidad, Escritura *ab eterno*, Providencia, Mecanismo cósmico y psicológico... Esa es la cuerda que nos ata, lastimándonos, para ahogarnos al fin y que ustedes, los cándidos optimistas, revisten, creyendo ocultarla, de vanas flores de artificio palabresco.

-¡Vanas flores, dice? ¿Son vanas flores las obras de arte, que han hecho del planeta museo variadísimo, donde la línea, el color, el sonido, idealizan la materia y hacen perdurable la idea? ¿Son flores de artificio las invenciones científicas de nuestros días, las fórmulas políticas que consagran nuestros derechos, los imperativos cristianos, que informan la humanización de las actuales costumbres? ¡Cuánto se ha progresado!

-¿Y qué? Descuento la suma inmensa de cruelísimos padecimientos que esos partos de la inteligencia han producido. Supongo que las ideas progresivas han ido surgiendo espontáneamente, apoderándose en seguida de las conciencias de una manera pacífica; que los hechos beneficiosos se han realizado sin grandes ni pequeñas dificultades, proliferando luego indefinidamente, cubriendo la tierra de obras de utilidad y de belleza. No dirá V. que concedo poco. ¿Y qué tenemos? Sobre que nadie se cree feliz -y claro está que quien no se lo cree no lo es- las últimas palabras de la ciencia no pueden ser más desconsoladoras: el hombre entero, desde los movimientos fisiológicos más inconscientes hasta la superior actividad voluntaria, atado a la vida universal como intersección pasajera de fenómenos materiales; la inteligencia, condenada a perpetua ignorancia de lo esencial y a cambiante incertidumbre, a verdades provisionales ante lo fenoménico; el corazón, retorciéndose entre mil insaciables apetitos; la existencia, perturbada por mil desequilibrios orgánicos; la vida de relación, sometida a la dura «ley de la lucha»; impotente la educación para condicionar la espontaneidad -fatalidad disfrazada- del hombre que se va formando y condicionarla a su albedrío; insuficientes la agricultura y la industria para satisfacer, sin perjuicio de ninguno, las crecientes necesidades de todos... al par que se condena el neo-malthusianismo como un delito contra la especie; la máquina, convirtiendo en servidor automático suyo al infeliz obrero; desquiciando al cultivo del arte, o de la ciencia las funciones

del «intelectual»; la degeneración produciendo cada día más seres insociables, por la herencia, que perpetúa lo pésimo, mientras anula o desvirtúa los plastídulos del genio; los sistemas económicos y políticos opuestos, determinantes, según la respectiva crítica, de males graves y *cada cual mayores* y los términos medios, ofreciendo la mescolanza de lo malo de los extremos, sin poder ostentar, o, si acaso, en pequeña parte, la síntesis armoniosa de lo que tengan bueno; el derecho, la realización de cuyo ideal fue consoladora esperanza de los que padecían, por sí o por los demás, hambre y sed de justicia, rebajado, quizá para siempre, a ser verbo de la fuerza, o ser por la fuerza escarnecido; la fraternidad universal, imposible entre los hombres, como es imposible en el resto de los seres el mutuo respeto a la vida, y en el Universo entero, la armonía, sin continuas disonancias, la luz, sin mayor cantidad de sombras, los focos de calor, sin inmensos espacios fríos. Es *todo* un desorden, que parece *ordenado* así, una anarquía sempiterna, un caos con alma, el dolor... El mundo ideal se resuelve, al pretender verificarse, en una serie de infinita de irresolubles antinomias, que en el espíritu del hombre se corresponden con esta otra: conformarse con la realidad, es limitación, bajeza, sanchopancismo; pretender modificarla, es ser un loco.

-Ni Quijotes, ni Sanchos, sino los ojos de este para ver la realidad y el idealismo de aquel para modificarla. D. Quijote no fracasó por querer encarnar en lo real sus ideales, sino por no saber percibir la realidad. La hubiese percibido como era y entonces habría intentado lo posible sólo.

-Esto es, nada.

-No, algo, algo él y algo sus descendientes espirituales...

Pero ese cuadro que ha trazado V. es demasiado negro, amigo mío, demasiado negro. Yo creo que la ciencia, sobre ofrecer los medios más eficaces, los únicos medios de prosperidad general, es profundamente religiosa y grandemente consoladora. Ella es el arma mejor de un D. Quijote con los ojos de Sancho.

-¡Consoladora!... Aparte del placer que proporciona su cultivo a los escasos sacerdotes de esa religión del desinterés, y aparte, en el otro extremo, de los progresos industriales que su aplicación determina -progresos que no *modifican* al hombre y que en muchos casos sólo benefician al industrial- ¿dónde están y en qué consisten los consuelos de la ciencia? Ella aumenta el poder del hombre... y acrece sus necesidades; perfecciona algunas formas de su actividad y desquicia el conjunto; lo dignifica, sin prestarle inmunidad contra lo indigno, contra la inmensa suma de pequeñas miserias, que lo rodea, que lo penetra y que muchas veces lo vence o lo sacrifica; excita el *deseo*, sin aumentar el poder

de la voluntad; y aniquila las dulces quimeras de la fantasía, y agosta mil expansiones del sentimiento, y opone a la interrogación racional del «qué» y el «por qué» del hombre y del mundo una impenetrable muralla, vacío en sombra, de espesor infinito, dentro de la cual nos movemos, alumbrados por fuego de ensueño.

-¿Es, acaso, que debemos añorar la Edad de piedra?

-¡Nunca!

-¿Qué, entonces?

-Quizá la nada.

-Si no lo conociera tan bien, me atrevería a pensar que era V. malo.

Si V. no tuviese tanto talento, yo diría que era V. necio.

Revista Castilla, nº 5, septiembre, 1917, pp. 117-123

Palabras, no Hechos

La afirmación de que por las acciones y no por las palabras es como hay que juzgar a los hombres, parece ser un postulado moral y una regla infalible dictada por la experiencia de los siglos.

Nosotros, que tenemos escasa fe en «la sabiduría popular», en «el sentido común», en la «opinión de todo el mundo», no hemos de acrecentarla porque la tradición intelectual, la rutina corriendo libre por el lecho de la pereza, haya trasmitido ese mismo pensar a través de las generaciones, compuestas de aquel «todo el mundo».

¿Qué es el sentido común, sino la condensación de los errores del sentido privilegiado? Digo de los errores, porque la verdad -ya lo dijo Fontenelle- tarda mucho más en difundirse y arraiga menos que el error; siendo, a nuestro juicio, la razón psicológica de este fenómeno el que el error nuevo encuentra alianzas fáciles en los errores anteriores; mientras que la verdad es deletérea para todos ellos, dejando vacíos, a los que el hombre -como la naturaleza,

según los antiguos físicos- siente invencible horror. Y si se nos objeta que en la mente de los primeros hombres pudo asentarse la verdad, la religión, con el dogma de la «caída» y la ciencia prehistórica nos ordenarían rechazar la objeción. El motivo moral de la postergación de la verdad es el ímprobo trabajo y el abnegado desinterés que su cultivo exige. Y, sin embargo, -diréis- el hombre ama la verdad. Claro que la ama, como ama el bien, y, sin embargo, el más justo peca siete veces al día y setenta veces siete el que no es justo.

Obedecen las acciones humanas en general y aun cada una de ellas, a tantas y tan diferentes causas... ¿Cómo seguir el génesis de cada una y medir su respectiva fuerza? ¿Cómo determinar la composición de todas las que concurren a un acto volitivo, de manera que esa ideal composición sea un fiel reflejo de la composición real? Escapen a nuestro análisis una sola causa, es obligarnos a *prolongar*, digámoslo así, la línea que represente otra, y no digamos el error que puede aparecer, la diferencia entre la realidad y el esquema, si la causa no pensada por nosotros es de las importantes, o si en vez de una, son dos, tres... las olvidadas. ¿Y qué quiere decir «conocer a un hombre por sus hechos», sino inducir del estudio de ellos el género de motivos a los que presta aquiescencia? ¿No nos dice la moral que uno es el fin del agente y otro el de la acción, y que esta puede ser buena en sí y reprobable aquel?

¡Las causas de las acciones humanas!... Desde la espontaneidad irreflexiva, hasta las determinaciones por coacción y las inesperadas para el propio sujeto, por haber estado la deliberación en la deuda negativa, o más bien inclinada al extremo opuesto; desde los delitos cuyo germen es una noble pasión, hasta la conducta mesurada, por frío cálculo; desde el no dañar a nadie por incapacidad intelectual o miedo insuperable, hasta el causar grave daño, merced a un estímulo pasajero; desde el heroísmo activo, que puede no ser sino miedo disfrazado, hasta la aparente cobardía, por determinaciones de una voluntad irreflexiva y fuerte, inspirada en austeros principios... sin contar los influjos heredados, a lo que es meritorio combatir, aunque no siempre se les venza; sin parar mientes en la sugestión del ejemplo; rota la cual se establece con rapidez un cambio de conducta, son tan varios en cada caso y de tan enorme complejidad en general los móviles de las acciones humanas, y estas, por lo tanto, tan diferentes, si miramos al sujeto que las ejecuta, aunque en sí mismas sean iguales, que calificar a un hombre por uno, dos, tres, diez actos de su vida envuelve temeridad intelectual y ligereza de conducta; es como inferir el tamaño y la forma de la tierra por haber observado el valle de un río y las

montañas que lo limitan; es como juzgar de una nación, por haber tratado a dos o tres de sus nacionales, o de una ciudad, por haber visto varias casas en uno de sus extremos.

Proverbios populares tratan de hacer creer que como un hombre proceda en determinadas circunstancias, así procederá, si las circunstancias se repiten. Y hay que distinguir. Si aquel proceder primero fue lo que se llama humano, corriente, igual al proceder probable de cualquier otro mortal, y el considerado no tiene condiciones extraordinarias de carácter, virtud, o vicio, bien está el supuesto, como lo estará, también, si el motivo principal del obrar fue dictado por una pasión dominante o por un sentimiento arraigado. Pero como se trata de descubrir las calidades e intensidades de semejantes fuerzas por aquel proceder...

Para juzgar a un hombre por sus acciones sería necesario considerar las de toda su vida, y como muchas de ellas no podrían ser bien estudiadas en sus causas, habría que eliminar todas aquellas que no formaran serie con otras; esto es, las que quizá descubriesen las cualidades más íntimas y singulares.

Mientras que la palabra... ¡oh, la palabra, expresión, en conjunto, necesariamente fiel del alma humana! La palabra, que a veces fluye incontenida, revelando lo que deliberadamente no se quiere revelar; la palabra, abundante, como manantial inagotable; la palabra que, acompañada del gesto, la entonación, la intensidad, los diversos matices del timbre, la agudeza o gravedad en ciertas frases, palabras o sílabas, constituye un campo variadísimo y extenso por el que el espíritu va extendiendo sus productos, como la araña saca de sí misma su tela; la palabra, acto humano también, pero mucho más numeroso y rodeado de las circunstancias aclaratorias o amplificadoras de la expresión, que hemos señalado, constituye la manifestación, no diré que perfecta, ni aun remotamente, pero sí la más completa del humano espíritu, colectiva o individualmente considerado. ¿No se estudian hoy los pueblos antiguos en su literatura y sus artes, preferentemente?

Y no es que prediquemos que deban creerse las inocentes hipocresías, inspiradas por todas las humanas pasioncillas. ¡Cuántas dictan Mercurio y Venus cada día!

Pero, ya lo hemos dicho, son inocentes. La verdadera hipocresía es tan difícil, que no sería exagerado suponerla obra de genio. Notad que la moderna psicología profesa el principio de que la expresión, más que oral, mímica, de las emociones es una parte, digámoslo así del acto emocional y

que este puede producirse de fuera adentro, esto es, partiendo de la expresión voluntariamente producida. No es que sostengamos esto, en absoluto; pero que algo no erróneo hay en tal principio, nos parece indudable.

Hablad, pues, hablad «largo y tendido»; provocad con vuestras palabras, no dirigidas directamente al interlocutor, la defensa de su íntima manera de ver las cosas, a lo que daréis lugar tratando muy diversos temas; ved qué dice, al juzgar faltas, vicios, aciertos y virtudes, necedades y talentos ajenos; notad en sus mismas palabras -y no sólo porque lo afirme directamente- si ama la humanidad, la patria, el arte y la ciencia, la educación y la cultura; hablad de todo lo humano y lo divino despaciosamente, y dejad hablar con holgura. Y no digo en dos horas, pero en cuatro, en ocho de conversación, conseguiréis que vierta cualquiera toda su alma por la boca. La arrojará tal vez con mentiras, seguramente con contradicciones y siempre con puntos oscuros. Pero ese producto informe se recoge y analiza, y para un químico tan verdad es el yeso, o un conglomerado pétreo, como el carbono puro o el oro nativo.

En la confidencia íntima, sobre todo, manifiesta un hombre su espíritu -ideas ocultas, aspiraciones no satisfechas, pasiones dominantes- mucho mejor que en la mayoría de sus actos, en los que pone, seguramente, sino lo que pudiéramos llamar el alma epidérmica: respecto a la tradición, la rutina y el pensar ajeno (más por pereza o prisa que por verdadero respeto), pequeñas conveniencias, el humor del momento: nada. Son muy raras las ocasiones en que un hombre se manifiesta tal cual es en sus obras.

Mientras que hablando... Y si no ¿por qué desconfiamos, en general, de los hombres que hablan poco?...

Y nada más, aunque ya comprenderás, lector, que mucho más podría decirse alrededor de estas ideas.

Nuevos Horizontes, 1918, pp. 68-74

Un Momento de Angustia en la Historia de la Humanidad

Ante la "Paz del Odio"

Ante el tratado de paz que pretenden imponer a Alemania, vencida, aislada y hambrienta, la orgullosa multitud de sus vencedores de ocasión, el mundo calla. Ni los socialistas de las naciones aliadas y asociadas, ni la libre Prensa de los pueblos neutrales se atreve a protestar con energía[1] . Antes, la estupefacción por la guerra; ahora, la cobardía frente al vencedor. Como lo que más nos interesa es nuestra España, por españoles y por ser España la única gran nación -no en bélica potencia, sí en todo lo demás- que ha sido neutral hasta el fin, a España nos referimos.

La noble pluma de un viejo maestro, siempre joven, el Sr. Ortega y Munilla, fustigó en tiempo oportuno la falta de hidalguía de esta tierra de hidalgos, cuando Ayuntamientos y greyes populares, indignos políticos y periódicos interesados, o ligeros, festejaban con servil adulación a los vencedores de la mundial contienda. ¡Había triunfado el Derecho, la Libertad, la Justicia y la Civilización!

Horroriza pensar qué armisticio y qué paz habrían dictado las naciones triunfantes, si no llegan a pelear por el Derecho, la Libertad, la Justicia y la Civilización.

Yo, que a raiz de firmarse el armisticio, había escrito unos artículos impublicables, no sólo por malos, como míos, sino por otras causas, felicité de todo corazón al maestro, que me consolaba del dolor producido por aquellos pseudo-españoles, *adoratrices* del éxito; que si el español representa algo en el mundo, es su viril rendimiento a la razón práctica, su idolatría de la diosa

---

[1] Hecho este artículo, nos enteramos, con grandísima satisfacción, de que los socialistas franceses protestan noble y virilmente contra las condiciones de esa paz, que arruinará a Alemania.

Temis, a quien, si alguna vez vuelve la espalda, es para ponerse de parte del caído, así sea un galeote.

Y no era un galeote el caído. Era un gran pueblo; el pueblo más culto del orbe; el primero en el aprovechamiento de las fuerzas naturales; el primero en el tributo rendido al saber científico; el primero en la instrucción popular; el primero, al menos históricamente, en las instituciones protectoras del trabajador; el primero en la disciplina, y la instrucción y el armamento de sus milicias, cosa altamente plausible mientras haya ejércitos; sólo estaba atrasado, según nuestra manera de pensar, falible siempre, en la constitución de su poder político. Y por esto, por si su Emperador tenía más o menos facultades, por discutible cuestión política, más discutible, si se atiende, en cada caso, a circunstancias de historia, tradiciones, carácter y costumbres de los pueblos, por esto se han creído obligados a ser germanófobos rabiosos casi todos los izquierdistas españoles; *casi* todos, porque hay germanófilo que desdeña, por fósiles, las ideas políticas de muchos, que se creen cándidamente en la izquierda, por no haber arrancado las hojas del calendario desde el 3 de febrero de 1873.

El caso de ahora es peor que el censurado por Ortega y Munilla. Ahora es cobardía individual y colectiva, de arriba y de abajo ante el tratado de paz (!) que pretenden imponer a Alemania las potencias vencedoras, furiosa jauría sobre una víctima exangüe.

El armisticio fue una crueldad inútil. El tratado de paz es una crueldad de usurero. ¡Oh, la noble Francia! ¡Oh, la liberal Inglaterra!

Los teorizantes de la novísima justicia, legitiman todos los horrores del armisticio y del tratado con la peregrina afirmación, exhausta de seriedad científica, cuando no de honradez, de que Alemania, sólo Alemania fue la culpable de la guerra.

Y aunque lo hubiere sido, no es de conciencias rectas ni de nobles pechos vengar en un pueblo, si no del todo inocente, purificado por la revolución (¿no es esto, izquierdistas?) las culpas de sus antiguos directores. Y aunque también el pueblo fuera, todo él, culpable de todo y culpable casi único, ¿hemos de estimar como justo castigo la evidente venganza apasionada? ¿No iba a abrirse ahora la quinta Edad histórica, que sería la Edad de la Justicia, el Derecho y la Paz?...

Y nadie protesta contra la paz del odio, como nadie se indignó ante el cruelísimo armisticio, a consecuencia del cual han muerto de hambre -acaba-

da, en realidad la guerra -cientos de miles de súbditos germanos, según afirma el conde Rantzau, y según temieron, desde luego, cuantos tenían un mediano criterio y algo de corazón.

Algunos periódicos -El Imparcial entre ellos- han expuesto sus disconformidad con las condiciones del tratado. Insinúan otros, en breves comentarios a la prosa informativa del momento una melancólica sonrisa, la escéptica sonrisa de quien creyó una vez en el triunfo de la humana virtud y ve luego lo excesivo de su crédula esperanza. Pero todo muy correcto, muy mesurado, sin viveza y sin pasión.

Y es el sentimiento de justicia y de humanidad, y es el dolor por el retardo del humano progreso, que el tratado de paz significa, el que debe hablar, el que debe gritar, el que debe rugir de indignación.

¿Qué importa que no nos oigan? No hay desiertos para la predicación de la verdad, mientras haya sobre el haz de la tierra, o exista en los límites de lo futuro un oído que escuche, o unos ojos que puedan leer. Y había de faltar esto, y la conciencia del predicador bastaría para suplir la ajena sanción. Se edificaría a sí mismo, obteniendo ya con ello su óptimo fruto.

Si quien alza un brazo al cielo, puede creer que ha influido en los movimientos planetarios ¿cómo no atribuir alguna influencia moral, todo lo pequeña que se quiera, a las palabras buenas?

La semilla «del sembrador» que cayó en el camino, aprovechó a los pájaros que la comieron; y aun la que se escondió en el pedregal contribuye con los ácidos desarrollados en su descomposición a disgregar una molécula de roca, ¿Y no constituyen estas moléculas el suelo que da el pan?

Y sin esto. Una prueba, directa e inmediata, de la sustantividad del mundo moral tengo yo ahora mismo en la *necesidad imperiosa* que he sentido de decir mi palabra en esta magna cuestión de la paz. ¡Mi palabra! ¡la palabra del último de los escritores desconocidos, estampada en efímera hoja, que ve la luz en una ciudad de tercer orden de una potencia casi impotente!... Y sin embargo, yo sé que faltaría a mi deber, si no procurara decirla.

Y ya está dicha: Con toda la fuerza de mi alma, yo protesto de esa paz del odio y la venganza, que no será paz, sino guerra sorda, con su negro séquito de hambre, ruina y dolor, o universal desquiciamiento en que las pasiones ocupen el lugar de la razón y el capricho suplante a la ley yo protesto de que

los jefes de las naciones que han consagrado sus banderas al Derecho, la Libertad y la Justicia lancen en el terreno ardiente y húmedo de una tierra renovada por la sangre propicia a la fertilidad de vegetaciones fecundas, esa semilla de muerte; yo protesto de que sea impelida la humanidad civilizada a dar un salto atrás en la cultura, que es nobleza, magnanimidad, comprensión, amor.

La Tierra de Segovia, 17/5/1919, p. 2

Nuevos Horizontes

Embalsar, no; Encauzar

Como «el mudar de las cosas» se ha definido el tiempo. No hay instante en que no se registre una mudanza. Y esto, que se considera ser verdad indudable en lo tocante al mundo físico, no lo es menos en el mundo moral y en esa múltiple convergencia de lo moral y lo físico; en ese hacer, deshacer y rehacer continuos, en esa constante integración y desintegración de fuerzas y agregados, que se llama vida social.

Cuando oímos decir que estamos en un periodo de transición, respondemos invariablemente: La Humanidad y cada pueblo, como cada familia y cada individuo, está siempre atravesando períodos de transición; la Historia podría constar de un solo capítulo que dijera: «Exaevo anárquico-constituyente».

Hay, sin embargo, ciertas épocas en que las ideas contradictorias de lo estatuido se hacen positivas; crean sentimientos e intereses, inventan fórmulas, trazan programas, y, con todo ello, dan la batalla a lo existente, y ganan la batalla. El lento mudar anterior se ha hecho visible; la gestación ha terminado en parto. Tales son las épocas revolucionarias.

Los trastornos anárquicos, las luchas sangrientas, las crueldades de las mutitudes, los crímenes de los dictadores dictadores populares, son los accidentes, quizá innecesarios, de las revoluciones.

Asistimos ahora a una revolución de marcadísimo carácter social-económico; lógica, indeclinable consecuencia de la revolución política de fines de siglo XVIII, complementada por todas las del siglo XIX. Quien no estuviese ciego por egoísmo o cobardía, o abúlico para mirar, tenía que prever esta revolución, como la han previsto sus teóricos informadores.

¿Será buena?... ¿Será mala?... ¿Será beneficiosa?... ¿Será justa?.. Será Llama ya a las puertas de los alcázares del Poder; solivianta a la ciudad con sus clamores; conmueve los campos con el confuso clamor de sus mesnadas en marcha...

Y lo único hacedero es estudiarla, y ojalá lo sea también encauzarla y ordenada, aunando fuerzas de inteligencia y voluntad -de buena voluntad- si pretender amenguar su volumen, el conjunto de ideas que pugnan por realizarse, pacíficamente si pueden, violentamente si a ello se les fuerza; sin intentar disminuir tampoco la impulsión de su energía, más que en aquella cantidad precisa para evitar que sea devastadora.

Encauzarla, sí; restarla, no; diferirla, apenas; sólo el tiempo necesario, para que, pacíficamente, ordenadamente, placenteramente, se vaya realizando, sin grandes esperas, sin irritantes e ineficaces regateos, sin corruptores acumulamientos transitorios.

Encauzarla, sí. Ensombrece el espíritu, pone espanto en el ánimo menos cobarde, pensar lo que puede sobrevenir de ruina y desolación, de lágrimas amargas, de sangre culpable y de sangre inocente derramada, de tormentos de hambre, de negrura en las conciencias y desesperanza en las almas, sí, por torpeza, por egoísmo, por altivez impertinente, no se hacen cargo los gobiernos, los políticos, los escritores, los plutócratas, de que el mundo ha de transformarse rápidamente, se quiera o no se quiera por algunos, puestos que los más se lo han propuesto.

No la violencia, la ley; no el odio de la lucha, añadido al odio anterior a la lucha; sino el respeto ante la suprema autoridad de los hechos y la justicia, para acomodarla a la realidad existente.

La realidad nueva es como un joven viajero, fuerte y ágil, que llama a una casa grande para los que en ella viven. Si dentro no abren, el viajero echa las puertas abajo, y trastorna cuanto a su paso encuentra. Es mejor abrir de par en par las puertas, y dar al caminante un sitio en el hogar. Y si en vez de personas vivas, hay todavía algunos cadáveres sentados al fuego, enterrarlos, y poner en su lugar al joven huésped lleno de vida.

¡Qué hermoso ejemplo de serenidad de ánimo, de espíritu de justicia, de prudencia oportunísima y de delicada, de verdadera fortaleza; qué gloria sería

para España resolver el problema social contemporáneo, sin que ni una vida, ni una riqueza; sin que nada de nuestra casa nacional padeciera; nada, ni la misma institución monárquica, ni el ejército en cuanto brazo armado de la nación, ni la Justicia, como poder coactivo del Estado, ni la enseñanza pública, como memoria de la civilización y fuego ciudadano en el hogar de las almas; sin que nada, en lo justo de la función y en el respeto al funcionario, sufriese menoscabo, aunque reformándose todo, con arreglo a las normas generales del nuevo vivir!...

La Tierra de Segovia, 18/5/1919

Nuevos Horizontes

El Trabajo solidario y no la Lucha

Es preciso luchar -dicen- en todo el curso de la vida y en todas sus modalidades. «*Vida y lucha* son sinónimos. ¡Oh, la *noble* lucha!...

Yo disiento. Yo creo que hay, o una confusión en los conceptos, o un mal empleo de las palabras.

Componer un libro, hondamente sentido, o calmosamente meditado, verificar un invento, estudiar, investigar, enseñar, sembrar el campo, moldear el barro, transformar las fuerzas y cuerpos naturales, *no es entregarse a la lucha, sino al trabajo*, que pueda armonizarse, y de hecho casi siempre se armoniza, con la labor de los demás. Hay sitio para todos.

Pero luchar, esto es, emplear la violencia, o la astucia *-que no es sino una forma de la violencia-* para superar al que vale más, no por medio de la discipli-

na de las propias facultades, sino denigrándolo, mintiendo acerca de sus obras, procurando quitarle su puesto en la Prensa, o su público; conquistar la ganzúa de «las influencias», para abrirse las puertas que la ley mantiene cerradas; intrigar en unas oposiciones, para que el tribunal nos otorgue, con justicia o sin ella -mejor sin ella- la plaza que otro se ganó; robar impúdicamente el pensamiento ajeno, y hasta la forma literaria en que el pensamiento fue vertido; ofrecerse a ejecutar por menor precio igual labor en cantidad y calidad que la que otro compañero ejecuta -y todo esto es lo que se encubre con la palabra *lucha*, y se encubre bien, porque lo otro no es sino *trabajo*, que podrá *o no*, perjudicar a alguien, pero que, desde luego, favorece a la mayoría -ser, en fin, injusto y cruel, desarrollando el amor a sí propio, hasta convertirlo en egoísmo refinado, o en repugnante egolatría, es algo que produce angustia en toda alma noble, que oprime todo corazón bien puesto.

La lucha es fuente de dolor propio; escuela de egoísmo para los demás; peligro constante de padecer justos castigos y desmedidas represalias; sarcófago de muchas horas...

El trabajo no es eso. *Trabajar* es luchar contra, o, mejor dicho, sobre la naturaleza; *luchar* es trabajar contra el prójimo.

El principio de «la lucha por la vida», se ha aplicado con apresuramiento y perversidad infantiles a justificar lo pésimo. Acciones que antes se calificaban de indignas, son hoy disculpadas como «ardides de guerra». «¡Cuánto daño han hecho a la humanidad las palabras gentiles aplicadas a cosas infames!

Hay otro principio, que contrabalancea los efectos del *strugle for life*, y cuyo triunfo en nuestra vida será obra del progreso, si es que el progreso existe. Es el principio de *la solidaridad*, la cual se observa así en los innumerables organismos sociales, desde los formados por las termites hasta los constituidos por el hombre, como entre las partes más o menos autónomas de los individuos vivos, y hasta en las cosas sometidas al mecanismo puro.

La vida del mundo inanimado consiste en el encaje y armonía de cada parte con los demás que forman unidad, y de cada unidad con las otras que forman un conjunto, y de cada conjunto con todos y con el total. ¿No es esto, acaso, lo que pudiéramos llamar *solidaridad cósmica*, producida en ese medio inalterablemente propicio, que se llama éter, en el cual hacen los astros ante lo Infinito su eterna gran parada, y los átomos, ante la suma Inteligencia, su formidable labor ímproba?

El equilibrio ante la solidaridad y la lucha, parece darse perfecto en la relación general de la naturaleza con los seres vivos. Gravedad, cohesión, afinidad química, vibraciones etéreas, cuerpos nutritivos, son condiciones de exis-

tencia de los seres organizados y, al par, elementos que los desgastan. El intercambio de acciones y la circulación de materia, es aquí la vida, y también la muerte.

Con la muerte triunfa lo cósmico, para el que no es la vida orgánica otra cosa que una eflorescencia precaria e infecunda, y la vida racional, el perfume más selecto de la más selecta de esas flores, nada. Sería absurda la existencia de la razón, si no hubiera en el hombre un espíritu, y un Dios en el todo.

La solidaridad humana no puede ser completa sin la intervención de ese elemento, de ese *quid* divino, el espíritu; el que no es legítimo, al que no es posible incluir entre «las modificaciones de la energía». La racionalidad no tendría, en tal caso, objeto; la verdad, la justicia, serían ensueños de locos; el sacrificio por motivos impersonales, la suma necedad. Y el mundo, el universo entero, si la razón no existe, ¿qué finalidad podría tener, ni para qué, entonces, existir?

Se nos podrá objetar que los biólogos positivistas suprimen las causas finales; que no ven en la creación sentido teleológico.

¿Y cómo se explica, entonces, que el hombre haya inventado esas causas, que *haya caído en la cuenta* de que podrían existir; y cómo justificar científicamente el hecho indudable de que no creamos vivir, ni nos figuramos para hacer cosa alguna, sin un *para*? ¿Cómo es que no comprendemos el mundo sin finalidad? ¡Qué prodigio! ¡Salir de lo material e inconsciente, *que existe por que sí y para nada*, un ser que crea la razón, la facultad de los fines!... ¡Y qué absurda, además, que esa criatura sea un fantasma, y que esa racionalidad pida un imposible! ¡Que ni el mundo ni el hombre tengan destino! ¡Que el espíritu sea nada, y la finalidad, el sueño de esa nada! ¿No sería esto el delirio de un caos?

Y entre los fines buscados ansiosamente por el hombre, se encuentra la paz: la paz entre los individuos, la paz entre las clases, la paz entre las naciones.

Y entre las causas que puedan traer esa paz, campo neutral de la humanidad, donde cada hombre pueda vencer, racionalmente, a sus internos enemigos y sobreponerse a las fuerzas naturales, entre las causas que puedan traer esa paz, es la primera, y quizá la única, el sentimiento de la *solidaridad*, el saberse y sentirse cada hombre interesado en la vida de los otros y en la vida de las colectividades de que sea miembro: familia, municipio, comarca, región, nacionalidad, humanidad entera.

Sacerdotes de la cultura, propulsores de la civilización, ¿no aceptáis esa doctrina?

Y si la aceptáis, ¿no es vergonzoso que vuestras ideas vayan por un lado y vuestra conducta por otro, como si fuerais alocadas muchachuelas? ¿No es una indignidad que alimentéis con el morboso cuidado con que la ramera a su predilecto, el más bajo de los egoísmos, residuo ancestral de la caverna, y por ello, obstáculo monstruoso interpuesto en el camino que la humanidad *quiere seguir*?

El espectáculo de la innoble lucha entre cualesquiera hombres, es triste y repugnante. Pero el de la lucha entre los cultos, pone amarguísimas desesperanzas en el alma, y ante la idea del *progreso del hombre*, una punzante interrogación.

La Tierra de Segovia 27/5/1919

Los Nuevos Horizontes

La Mujer

I. La Señorita de hoy

Cálidos himnos entonaría yo, si supiera, en loor de la mujer, y no han sido muy escasos los renglones de mala, pero encomiástica prosa, que he tenido el honor de dedicarle. Que ello me sirva de excusa, así como mi buen propósito, para el empeño en que mi indiscreción de escribidor me mete: aconsejar a quien no me pide consejo y a quien seguramente ¡ay! no tomará en cuenta mis palabras.

No voy a descubrir ningún Mediterráneo. Voy sólo a resumir, y brevemente, lo que en libros, en incisos de artículos, en conversaciones entre la gente que piensa, se ha dicho mil veces, y ojalá no se dijera ni una más.

Y es, en resumen, esto. Nuestra señorita de la clase media y de la clase alta, la señorita española, tan gentil, tan buena, tan resignada, hermosa, a veces, bonita, graciosa y simpática siempre, no puede ostentar otras bellas cualidades que, latentes y hasta iniciadas, se adivinan a través de sus miradas tristes, por entre el follaje de su charla frívola. Son botones de rosa del jardín de su almita, destinados a no abrirse jamás.

Ideas, emociones, sentimientos, es decir, ideas, ideas, ideas son el sustento del espíritu. Y este alimento, como el corporal, hay que suministrarlo desde los comienzos de la vida. Más tarde, cuando ya hay una sólida -y no digo grande- formación cultural, es cuando puede y debe bastar la propia iniciativa. Nuestra adorable señorita no tiene la culpa de no tener ideas.

Los padres, siervos humildes de la rutina; la sociedad, exigente en nimiedades y demasiado modesta en pedir cosas grandes; el hombre individual, fácil de caer rendido ante las gracias femeninas, sin poder pensar en más; la tradición, la terrible tradición de la Edad Media, filtrada a través del Renacimiento en hilos, ténues ya, pero numerosos todavía; el imperio de la Moda, absorbente, como de tirano femenino; el criterio de burdo practicismo de nuestro pueblo para juzgar la vida, todo se ha confabulado contra la cultura de la mujer.

Entended que decimos cultura, y no instrucción superficial. Esta puede conducir al *bachillerismo*, pedantesco, incomprensivo y exigente. Aquella, sólo a las cumbres de la idealidad, austera, tolerante y amable. La cultura, en el sentido de desarrollo de la inteligencia, elevación moral y depuración estética; la cultura, que forma el carácter y sabe dar sentido a la vida; la cultura, posesión de sí mismo y, en cierto modo y hasta cierto punto, del Universo entero; la cultura, que consiste en el saber fundamental, el hacer según normas altísimas y la devoción desinteresada, amplia y comprensiva, a la belleza y el arte, a la naturaleza y la vida, a la historia y la eternidad, y, en último término, a la Belleza y a lo bello de las cosas pues el verdadero saber, el bien hacer y el hondo amar se concentran y se funden en el amor, multiforme e idéntico, el cual se dirige, así a lo más allá del tiempo y del espacio, donde encuentra a Dios (a quien ve luego en todo), como a la más pequeña brizna de hierba, donde inventa un mundo.

¿Pero cómo amar lo que no se conoce? Quien ignora las leyes del número, peso y medida porque la materia se rige; quien no sabe los trabajos de los héroes de la civilización y no se da cuenta de la fatigosa lentitud con que se ha llegado a los esplendores y comodidades de que disfrutamos; quien no ha sido movido a deleitarse con la contemplación de la naturaleza; quien no posee la

necesaria preparación para admirar las obras maestras del humano ingenio; quien desconoce la explicación de errores, defectos y miserias ¿cómo ha de elevarse a la serena región donde la rígida severidad sólo se aplica a sí mismo, donde todo, en los demás, se disculpa, porque todo se explica, donde a todos se les ama, porque a todos se les comprende y donde por encima de uno, y de los demás y de todas las cosas están las ideas, a quienes guía y preside la estrella diamantina de lo ideal?...

Y así, la generalidad de nuestras señoritas no puede comunicarse espiritualmente con el mundo y la humanidad, si no es por rápidos atisbos de viveza, por maravillosas intuiciones fugaces, por impulsivas ternuras cándidas, chispas del genio de la raza, que se sutiliza y quiebra en el alma -blanco, oro y carmín- de la mujer española.

Y así, jóvenes que poseen un espíritu cultivado, que sienten anhelos de lo grande, ansias de mejoramientos colectivos, ideales de belleza, nobles ambiciones personales, retornan cabizbajos y desalentados de sus conversaciones con adorables señoritas. No pudieron hablar de nada verdaderamente humano, ni aún en gentiles alusiones, desprovistas de pesadez y tecnicismo; y escucharon, en cambio, críticas despiadadas e injustas, frases de inmotivado orgullo, acerbas ironías sin fundamento, risas sin sentido y... palabras, palabras ¡vanidad, vanidad!

Es triste.

¡Carne de jazmines, almas de mieles, corazones sedientos de amor! ¡a qué excelsitudes llegaríais, si los hombres -padres, novios, maridos, escritores, artistas- si los hombres supiéramos ser *escultores de almas!...*

La Tierra de Segovia, 1/6/1919

Los Nuevos Horizontes

La Mujer

II. La Mujer del Porvenir

Demos de lado a conceptos pesimistas sobre el progreso *real* de la humanidad. Supongámoslo.

En tan favorable supuesto, ¿qué será la mujer del porvenir?

Hay que separar, primeramente, los caracteres naturales, propios de la mujer, de aquellos otros debidos a superposiciones artificiosas, a una educación viciada y a otros elementos variables.

Y lo primero que surge en el pensamiento es la idea del sexo. La mujer es *el ser humano hembra*.

¡Gran noticia! diréis. Pues sí, gran noticia, quizá, para muchos, que hablan de la mujer prescindiendo del «género próximo» de la definición y para otros, que se olvidan de la «última diferencia».

Los feministas exaltados apenas si se acuerdan de que la mujer es hembra. Los de la opuesta banda casi niegan que la mujer pertenezca a la humanidad.

Y no decimos que es la mujer «la hembra humana», porque esta definición pudiera inducir a considerar *lo hembra* como un «universal» y querer obtener, por deducción lo que a la mujer, por ser hembra, le tocaba. No creemos que a todas las hembras de la escala zoológica le correspondan notas semejantes. No hay «géneros de hembras», sino *hembras de los géneros*.

Sentado esto, creemos que debe procederse en la cuestión con método deductivo. El inductivo, con procedimientos experimentales, es un gran método, el único, a veces, y en tanto que sus conclusiones no se salgan de la esfera empírica.

Mas ¿cómo resolver con ese método la cuestión feminista? El feminismo es asunto de moral y de derecho, de política y de economía. ¿Qué nos puede decir la psico-física de definitivo en la cuestión? Esta ciencia no puede ahondar en la naturaleza del espíritu humano, por escaparse al *cuantum* lo cualitativo de nuestra vida anímica -nuestro quid divino es inmensurable. Y aunque

los experimentos de psicología nos descubriesen *equis* diferencias y *zeda* semejanzas entre el hombre y la mujer ¿no podrían unas, u otras ser debidas a influjos de la educación y de la herencia sexual?

No creemos aventurado decir, comenzando nuestras deducciones que si la mujer es *hombre*, ha de tener el carácter fundamental y privativo de la especie, la racionalidad, y ha de serle aplicable todo el contenido de dicha idea.

Y si la mujer es *hembra*, se infiere lógicamenmte que a función tan primordial y compleja como la feminidad, han de corresponder importantes diferencias psíquicas, aunque no podamos establecerlas claramente.

La primera objeción que siempre se nos ha ocurrido para contradecir a un exaltado feminista es la siguiente perogrullada: «Fíjate bien ¡oh amado Teótimo! en que la mujer... es mujer, y no hombre» ¡Hermosas perogrulladas! Vosotras revelais, si en los oyentes hay clara visión intelectual, las entrañas de las cosas.

Y, en efecto, la mujer posee mayor belleza física que el hombre y es más sensible. La primera cualidad corresponde a los preliminares de la función maternal, el atractivo al varón; la segunda, a la maternidad misma, los cuidados del hijo. La mujer es también más débil. No conviene que exponga en luchas cruentas su vida, que es exponer la de la prole.

Pues de estos caracteres se deduce que la mujer ha de ser naturalmente propensa a la sumisión, se deduce la domesticidad de su vida, se deduce, como es ley general, la monoandria.

Pero, ser racional, su sumisión no debe asemejarse a la del perro; ni llegar hasta la ultratumba su monoandrismo, ni la domesticidad apurarse tanto que haya de ocuparse en los asuntos domésticos veinticuatro horas *largas* cada día.

La inmolación de la esposa en la tumba, aún abierta, del marido, la reclusión del gineceo griego, el no salir apenas a la calle las mujeres musulmanas y andaluzas, son las exageraciones de las consecuencias prácticas que, como derivadas de la naturaleza femenina, hemos acabado de señalar.

La racionalidad de la mujer pide las mismas condiciones de ejercicio que pide la del hombre. No creemos que haya dos clases de racionalidades ni sabemos de nadie que lo crea.

Así, pues, la libertad, la dignidad personal, el cultivo de la inteligencia, los derechos y deberes del hombre como ser racional, corresponden plenamente a la mujer.

Y en cuanto a la dirección de sus facultades, que la ley biológica y social de la división del trabajo le señala, parece excusado marcarla. Así como el mayor atractivo de la mujer para el hombre del porvenir será, con la belleza física, la salud, el desarrollo intelectual, un gran corazón sensible y la cultura, y los elementos repulsivos, el lujo, la coquetería, la insensibilidad, la ignorancia, así la ilustración de la mujer aparte la fundamental, habrá de consistir en la higiene y la economía doméstica, en teoría y prácticas de educación, en nociones de arte, en todo cuanto pueda referirse al cuidado de la familia y del hogar; y sus ejercicios físicos, aquellos que, dándole salud, no le quiten belleza, su belleza, la belleza femenina, ya que la mujer por si lo habéis olvidado, es la hembra del hombre.

Y el ser más bello del Universo para satisfacción de Dios, para alegría del niño, para embeleso del anciano, para asombro del artista, para transfiguración de amor en el impúber; para encanto del hombre viril, que sería tan mísero si la mujer se le igualase en todo, como lo es el que en todo la quiere imitar.

Ese es el feminismo que concebimos; *Feminofilismo*, siempre. Feminismo, bien, discutiendo extensión y pormenores. *Marimachismo*, ¡jamás!

La Tierra de Segovia 12/6/1919

Nuevos Horizontes

El Hombre

I. El Señorito de hoy

Una de las más perniciosas enfermedades engendradas por la decadencia española es la plaga endémica del *señoritismo*.

El señorito español es la condensación de todas las ignorancias, alentadas por todas las bajezas. El señorito no sabe nada. El señorito no aspira a nada.

Y como el espíritu humano, más aún que la naturaleza, según los físicos del diecisiete, «tiene horror al vacío», quien no posee grandes pasiones, es un nido de pasioncillas; quien ignora, yerra; quien no ama, odia; quien no siente caridad, respira envidia; quien no labora, destruye; quien no da calor, da frío; quien no es cortés, amable, tolerante, es grosero, intransigente y agresivo.

Lo justo, lo abnegado, lo heroico y, sobre todo, lo delicado, lo humilde, lo ingenuo, tienen en el señorito su más acérrimo enemigo. Le ofende lo grande y menosprecia lo pequeño. La desdicha, si no se muestra aparatosamente, como no la ve, la escarnece, si por tales derroteros le lleva su vario humor. Un sabio modesto, un artista campechano, son para el señorito motivos de risa, objeto de groseras burlas. Las infelices que harto lo son con tener que vivir del dinero de ellos, son tratadas con crueldad tan repugnante, con menosprecio tan absoluto, que hacen dudar de la eficacia de la religión y del progreso. Cuarenta siglos casi ininterrumpidos de civilización fracasan, se anulan, no son nada frente a un señorito borracho en una mancebía.

Claro es que hablamos del señorito perfecto. Los hay mejores. Hay algunos que sufren un contagio transitorio y cuyo fondo de nobleza y dignidad reacciona pronto y los aparta de esa vida infame.

Pero todos, hasta esos que luego no pertenecerán al gremio; hasta los que han ingresado en él por debilidad de carácter y en él están con repugnancia, todos, mientras sean señoritos, son perjudiciales por lo que dejan de hacer y funestos por lo que hacen.

¿Y qué es el «señorito»? El «señorito» es el señorito a secas; el joven de la clase media o alta, que, no ejerciendo profesión alguna, consume tanto o más que cualquier hombre útil de su clase; o, de otro modo, el vago no ha descendido de jerarquía, o el inútil voluntario superconsumidor.

El señorito viste bien; suele haber estudiado algo, aunque de nada se acuerda; desprecia al hombre del pueblo, por tener una cierta educación más refinada, y al hombre culto de trabajo, precisamente por eso, porque él, el señorito, «¡no tiene que trabajar!».

Y esta es una de las causas del señoritismo: la antigua creencia de que el trabajo indignifica. El señorito es el heredero degenerado, muy degenerado, del caballero antiguo. Es un caballero sin misión caballeresca, y, por consiguiente, sin caballerescas virtudes.

Hay también señoritos honorarios. Son aquellos que, teniendo alguna ocupación y ningún noble anhelo, malgastan el tiempo que su quehacer les deja libres en francachelas -¡oh, las juergas aburridísimas!- juegos de azar, tertulias de taberna, o casino...

Estos, aunque nunca llegarán a nada grande, son fáciles de reducir, si tienen algo en el corazón y la cabeza. Basta con suscitar en ellos un interés determinado, o proporcionarles un suplemento de trabajo, bien retribuido, y la transformación es fácil.

Y es fácil esta transformación, porque el señorito español tiene en su favor la raza. Si no es un completo degenerado, la probada nobleza española -no es un tópico vacío, jóvenes iconoclastas, jóvenes protestantes de cuanto os rodea y os precede- la nobleza española y esa perspicacia natural, esa imaginación pronta y dócil que distingue a nuestro pueblo, son virtudes latentes, virtudes dormidas bajo el peso de los vicios y de la ociosidad mental y física, pero virtudes, al fin, que despertadas y puestas en acción, pueden arrojar de sí el fardo hediondo del señoritismo.

Hay una región española de suelo hermoso y fecundo, de cielo purísimo, de grandes virtudes sociales -la hospitalidad, la cortesía, la esplendidez- que tiene sobre sí, a más de otros males colectivos -ignorancia, pauperismo, frivolidad política- esta plaga del señorito.

Sería una obra de saneamiento moral, utilísima y prolífica, la que, por varios medios y con exquisito y persistente cuidado, tuviese por objeto la desaparición del señorito.

La Tierra de Segovia 18/6/1919

¿Modestia?...

Pretender que el sabio, el artista, el poeta, el orador, o, menos todavía, que el hombre de claro talento, el de gran cultura general, o el que domine una ciencia, se crean inferiores al vulgo, en lo relativo a su cualidad preeminente o a su especial ilustración, es pedir un imposible; es querer que lo absurdo y lo real se confundan; suponer que los seres más familiarizados con las ideas, no formen idea de lo que ven; es dictar la ley contradictoria de que quien sepa una cosa no ha de saber que la sabe.

Pero la envidia es ciega. Porque es la envidia la que ha formado ese falso concepto de la modestia, para imponerlo a los hombres de mérito, y que estos oculten su luz, que ofende al envidioso.

Toda sinceridad en este respecto del propio valer, o de los éxitos que lo suponen, aunque esté expresada sencillamente, con verdadero candor de alma, o seriamente, sin propósito de vana ostentación, o simpáticamente, creyendo proporcionar un placer a quien escucha, es tomada por el envidioso como insoportable vanidad, como exageración que nada justifica y que subleva su rígida conciencia estrecha y pudibunda; mientras que el no envidioso acoge con benévola sonrisa, donde apenas apunta el desdén, la verdadera vanidad ajena.

El envidioso es un temible fatuo fracasado; un vanidoso, que no puede serlo; un ególatra, sin más altar que el suyo. Por eso, también, por la repulsión de lo semejante, le son tan antipáticos los vanidosos, o los que a él le parecen vanidosos, así sean la misma sencillez.

La envidia del incapaz de nada grande, del que se siente inferior y no quiere serlo; del que tiene ambición, sin genio; vanidad, sin talento; amor propio, sin propio valer; ansia de goces, sin sensibilidad delicada; codicia de riquezas, sin posibilidad de adquirirlas, es odio feroz, pensamiento inexorable, dureza roqueña. Es el insulto, la befa, el escarnio, la calumnia, el crimen. Es la envidia de Caín.

Y, sin llegar a tales extremos de pasión, porque no haya fuerza de carácter ni para lo monstruoso, la envidia de las almas vulgares resulta molestísima

y funesta. No es puñal, sino tábano; no puede comprarse al óxido de carbono, pero sí a la emanación de una charca corrompida.

No supone la envidia desconocimiento de sí mismo. El envidioso se conoce demasiado y no posee grandeza de alma suficiente para soportar su inferioridad.

En un nuevo templo de Delfos, no debiera escribirse hoy el clásico imperativo, sino este otro: «No te avergüences de demostrar que te conoces».

No te avergüences porque nadie es inútil. Tanta necesidad hay del albañil, como del arquitecto, y del que fabrica los colores, como del pintor que los emplea; y no habría buenos artistas, sin la colaboración de un público inteligente, ni hábiles y honrados directores de pueblos, sin la comprensión y la ayuda de dignos ciudadanos.

No te avergüences, si no posees brillante fantasía, ni léxico numeroso, ni pensamiento original, ni memoria sorprendente, ni gusto refinado, ni amplísima cultura, ni profunda lógica; no te avergüences, con tal de que seas hombre; esto es, un ser que se rige por la razón y cuya conducta debe ser imitada. ¿Y quién asegura que no es esto mejor que lo otro? Ha dicho un gran filósofo que lo primero de todo en el hombre es «la buena voluntad». Y como de ti depende, si no el mantenerla siempre como ley inviolada, el desearla así y trabajar de continuo para obtener ese acuerdo entre el noble deseo de pureza y la realidad de tu vida, ¿qué obra de arte más bella, qué labor más sublime, qué ciencia más útil que esa actividad santa, que ese trabajo heroico?

Uno de los mayores males que causa la envidia es la atmósfera de falsa modestia que obliga a respirar.

Innumerables generaciones de envidiosos han hecho creer a las gentes y, sobre todo, a los hombres sencillos, que es feo, antipático y poco menos que delictivo, el creerse con talento, en general, o con una o varias aptitudes o talentos especiales.

Por consecuencia de ese error imbécil, se educa a los niños, y precisamente por los padres más austeros, que suelen ser los que tienen hijos de mayores méritos, comprimiéndoles la estimación que de sus hechos y dichos pudie-

ran hacer; covenciéndolos de que no valen para nada y de que deben demostrar que así lo creen.

Y sucede que, como el hombre de talento es propenso a dudar de sí mismo y no suele tener gran voluntad, por efecto, ambas cosas, de su propia riqueza interior y del precoz desarrollo crítico de la inteligencia, en combinación con el descontentadizo ¡»más, más»! que clama de continuo quien más tiene, a poco que contradigan sus momentos de optimismo, se creerá, mientras no se contraste una y mil veces, esto es, se creerá mientras sea joven, de mérito muy inferior al que verdaderamente tiene.

Y como se cree menos de lo que es, aspira a menos de lo que puede. La sociedad y él mismo han sido defraudados, robados vilmente. En cambio, se han evitado la molestia de los señoritos envidiosos.

Jóvenes de mérito: los que hayáis creído alguna vez, dudándolo otras, que tenéis talento: si personas inteligentes, imparciales y buenas os aseguran que lo tenéis, no hagáis caso alguno de las sugestiones de la falsa modestia. Aspirad a todo, y reíos en la cara alargada y verdosa que ostente cualquiera ante vuestra sinceridad. Gritadle en los ojos, de amarilla fosforescencia: «Sí, tengo mucho talento y mucha voluntad de demostrarlo. No me obligará nadie a ser embustero e injusto contra mí mismo. Sé, además que, aun diciendo esto, pongo en lo que digo menos amor propio que en sus monadas cualquier imbécil y seré en ello menos tenaz que en sostener sus disparates cualquier ignaro.

La Tierra de Segovia, 21/6/1919

Nuevos Horizontes

II. El Hombre del porvenir

No sólo "Mens Sana in Corpore Sano"

De cualquier manera que se conciba la salud de alma y cuerpo, hallaremos siempre una falta de contenido que la inhabilita para ser un ideal. Será

elemento y, a lo sumo, condición de la vida perfecta. Pero lo condicionado, ¿ha de deducirse meramente de la condición?

Si se nos replica que lo condicionado es la naturaleza humana, resulta que lo que pide el educador que pone como ideal esta máxima, es la carencia absoluta de educación, de ideas de cultura; el libre desarrollo de la naturaleza, sin otras intervenciones que las del higienista.

Claro es que en el concepto de sanidad de alma, se incluye, creemos, algún contenido de cualidades positivas. Pero nos figuramos que nadie ha pensado en otras, al considerar este término, «alma sana», que en la probidad natural (¿hasta dónde llega?) en un discreto amor al prójimo, limitado por el robusto egoísmo del «buen animal», y en el valor compatible con el instinto de conservación y «las conveniencias», siquiera en este heterogéneo componente figuren también intereses morales.

Y no incluimos, además, la paz de espíritu, que parece esencial al concepto de salud, porque entendemos que puede ser más bien que una buena cualidad, una circunstancia indeseable.

La paz subsiguiente a la victoria de lo mejor que haya en nosotros sobre lo pésimo o menos bueno, puede llegar después de luchas y de dudas, de pasiones reprimidas, de internos trabajos, en fin, que hayan ocasionado trastornos; mientras que la verdadera paz *saludable* la del previo acuerdo entre potencias que tienen poco en qué discordar, ni en qué acordarse.

El tipo del hombre con mente sana y cuerpo sano, aparece en mi imaginación como un Sancho Panza adecentado; menos gordo, menos zafio, con su buen fondo, un poquitín utilitario, capaz de actos de nobleza, pero el mismo Sancho, idéntica silueta espiritual, mirando desde arriba: mediocridad maciza, buena salud, estómago fuerte, corazón de ritmo variable... e ideas que no perturben este conjunto; esto es, ideas conservadoras, en el más genuino y, a mi juicio, en el peor sentido del vocablo.

¿Hay algo más en un hombre puramente saludable, aun con salud de alma y cuerpo?

Si una futura madre pidiese a la Divinidad que el hijo próximo a nacer tuviera de por vida una perfecta salud psico-física, y la Divinidad accediese al ruego, aunque no rebajase nada las cualidades espirituales del favorecido que

bien podría, como compensación -¿esperaríamos mucho, en ningún orden, de tal sujeto?

En el mundo hay más cosas que ser una máquina de digerir y de pensar, bien equilibrada, engrasada y fuerte. Ser hombre perfecto, no es ser hombre sano. ¡Cuántas luces resplandecientes han estado encerradas en pobres vasos frágiles!

Ser hombre perfecto es, antes que nada, poseer una comprensión amplia y un criterio flexible como el acero -no flojo como estopa, o moldeable a capricho, como cera- que permita ejercitar perfectamente y de continuo la virtud de la tolerancia, a la cual se alían el naturalísimo y feliz consorcio, la benevolencia para los demás y la severa austeridad para sí propio; es aquella sensibilidad exquisita, que nos lleva a la entusiasta convivencia con la humanidad y a la íntima compenetración con la naturaleza; comunicaciones inefables, de las que brotan, como raudales de limpias aguas fecundantes, la compasión, el entusiasmo, los ideales altruistas y la poesía más alta y delicada, la cual viste con los colores de su iris espléndido todos los seres y acompaña con la gama de sus sublimes armonías, todos los hechos. Es amar, como San Francisco a la hermosa agua -limpieza- y al hermano lobo -fuerza- y, también, las hojas caídas, semejantes a asoladas esperanzas; las flores arrancadas por el vendaval, representación de los destinos truncados; los viejos troncos que la centella hirió cuando verdes, recuerdos de altas vidas fecundas, trágicamente acabadas; es amar todas las cosas, no sólo como símbolos de nuestras ideas, sino por sí mismas y por sus múltiples relaciones íntimas y su arcada analogía con nosotros.

¿Qué cosa no es vecina del hombre, que alcanza con su fantasía y hasta con su vista a distancias que se miden por miriadas de millones de diámetros de nuestro globo, ni qué lejanía hay en el tiempo, como no sea la eternidad, ni qué cuerpo es del todo extraño a nuestro cuerpo?

Hay en nosotros ceniza, como en los volcanes; hierro y oro como en las entrañas de la tierra; sales como en el mar; electricidad como en las nubes tempestuosas; el carbono y el oxígeno se combinan en nuestros pulmones como en el fuego del hogar, como en los incendios del campo, como en la lenta formación de las masas de hulla; cuando crecemos en años, nuestra cabeza se blanquea de por vida, como las cimas de los montes, circula por nuestras venas la sangre, como por la tierra los ríos y por los vegetales la savia; nuestras ideas parecen luz, y calor nuestros sentimientos, y trepida nuestro corazón, al emocionarse, y hay gritos como estallidos de truenos y lamentos como el silbar del aire entre ruinas trágicas.

Amar todas las cosas, sin olvidar que una de las funciones del amor es la intelección, según el gran poeta de la filosofía: tal es, creemos, la cifra y compendio de las cualidades del hombre.

La Tierra de Segovia 1/7/1919

¿Se consuma la Gran Infamia?

Contra todo derecho, contra toda tradición, muy lejos de la más rudimentaria idea de justicia, insisten los vencedores de ocasión en someter al Kaiser, soberano irresponsable e inviolable, según las leyes de su país y de los demás países que lo reconocieron como tal soberano, a un proceso por delito no figurado en ningún código y ante un tribunal no predeterminado y compuesto, además, por enemigos.

Si a un hombre culto de principios de este siglo se le hubiese dicho que tal infamia, absurda en sus fundamentos, bajamente apasionada en el propósito, insidiosa en la preparación, abusiva de fuerza en el medio empleado, falsa y parcial en los motivos que habrán de buscarse para dictar la sentencia, cruel, impía en el fin -condenar a un noble vencido, menos responsable que los demás jefes de naciones en la horrenda catástrofe de la mundial contienda, según están probando ahora, documentalmente, los periódicos socialistas *franceses* que un hecho tal, de conjunto incalificable, en fuerza de ser monstruoso, iba a ser producto ostensiblemente, ante la faz del mundo y sin su airada protesta, habrá creído imbécil, o loco vidente.

¿Decís que me indigno demasiado?

No es por el vencido mi estupor, aunque como vencido y prisionero en tierra extraña es digno de todas las consideraciones y defensas; no es por el vencido mi estupor, es por los vencedores.

Se necesita haber perdido todo noble sentimiento, y todo pudor moral para hacer ante el mundo presente y futuro lo que hacen hoy los implacables vencedores.

Que un pobre juez de entrada español, sepultado en un pueblo andaluz o gallego, dicte mal una sentencia, por fundado temor de que lo arruinen a fuerza de traslados de uno a otro extremo de la península, es, a más de poco justo, poco gallardo, y el pobre condenado, digno de lástima, de defensa viril, de noble amparo.

Pero si ese mismo juez se sintiera mirado por el mundo y la historia, si tuviese que dictar sentencia en un asunto de colosal importancia ¿no se exaltarían sus sentimientos de justicia? ¿no sentiría la solemne gravedad, la cúspide que hacía el tiempo en ese instante?

Esta falta de sentido de lo grande y el impudor consiguiente a esa y a otras ausencias en el espíritu de los directores de la Entente y naciones asociadas, es lo que me pasma, lo que no acierto a concebir siquiera.

No es, pues, la simpatía hacia el Kaiser, aunque no niego ¿por qué he de negarlo? que se la profeso muy aumentada desde su vencimiento y su destierro; pero no es eso lo que mueve mi pluma con temblores de indignación. Es el asombro que me produce la conducta de los vencedores, desde el armisticio hasta el presente.

Yo tengo la seguridad moral plena de que, si se juntan, de un lado, la representación de la verdadera intelectualidad europea y de otro, los más típicos apaches y golfos de París, Londres y Roma, puestas en ambas reuniones a dictar la paz a Alemania, ni una ni otra habrían dictado la que acaba de firmarse.

La Tierra de Segovia 10/7/1919

Contra la Corriente

Lo Práctico. El Espíritu práctico Español

Es ya un lugar común entre las personas que leen, que una de las características de nuestro genio nacional es el espíritu práctico.

Sin acudir al refranero, ni a Sancho Panza, recuérdese que nuestros filósofos, desde Séneca, han sido preferentemente moralistas; nuestros hombres de ciencia, más inventores que teorizantes; nuestros santos, mejor que solitarios ascetas, activos evangelizadores o fundadores de órdenes religiosas, tales como la Compañía de Jesús, de tan formidable valor en la vida; como la de las «escuelas cristianas» del insigne sacerdote y maestro Calasanz; como la de predicadores dominicos... La oratoria, el arte de más inmediata aplicación práctica, ha tenido y tiene en España cultivadores innumerables y eméritos. Lo más jugoso y más castizo de nuestra literatura y de nuestro insuperable teatro es de tendencia realista, pudiendo afirmarse que hasta en obras clasificadas como románticas hay una cantidad enorme de observación y toques numerosos de sano realismo. El poema del Cid canta el valor eficaz, la justicia aplicada, la lealtad actuante. Como admirable intérprete de lo real es juzgado nuestro pintor más excelso. Hasta la misma lírica española es todo lo práctica que tal género de la poesía puede serlo, pues no entona baladas de un vago sentimentalismo, ni pone sus sentires en corazones de seres fantásticos; es el vivir humano, son las pasiones palpitantes, los desengaños, el largo dolor múltiple y el escaso placer fugaz de la vida el material de sus canciones.

En las capas sociales más ignorantes, la ausencia de toda idea, que pueda constituirse en alta finalidad impersonal de la actuación de las cualidades prácticas, y el exceso de estímulo, que determinan las necesidades materiales, hace que aquellas se dirijan hacia los objetos más sensibles y groseros y que, por el exclusivismo de estas modalidades de la misma especie como de especie distinta y hasta enemiga.

Es frecuente en España *tachar* de poco práctico a hombres que lo son con exceso; que tienen muy agudizado el espíritu de la raza; que no sienten sino preocupaciones de índole moral, o referentes a problemas sociales; que han preferido, en su vida privada, «el pájaro en mano» a la bandada volandera, y que desprecian la gloria, por engañosa y vana; pero que, por no dedicarse, ni, a lo mejor, poderse dedicar a negocios, no se enriquecen; por ser honrados, no engañan; por tener buen corazón, son generosos, y algo crédulos y confiados, como natural efecto de nativa nobleza y de no haber gran cosa que guardan de la codicia ajena, ni pequeño ni grande interés de ningún género en no creer a los demás; siendo hasta en esto, en todo esto, incluso en lo de dar suelta a los impulsos del corazón, de un refinado y sutil sentido práctico.

Es un disparate, es un absurdo juzgar a hombres así de tal manera. Pero así son juzgados en España; lo que da la medida del grado de concentración, de espesamiento del sentido práctico de nuestro pueblo.

Ahora bien; si no se llama práctico sino al hombre que mira exclusivamente a su propio provecho material...

Pero esto no merece refutarse; esto no es siquiera real; es imposible que, salvo excepciones monstruosas, haya ningún hombre así, por la sencilla razón de que la naturaleza humana rechaza ese egoísmo, que es anti-egoísmo, en realidad, ya que quien así procede encuentra mil invencibles obstáculos al logro de sus fines y sufre una cantidad insoportable de dolores morales, no templados, apenas, por ningún placer; es que si el hombre fuese así, no sería sociable, ni existiría el arte, ni la ciencia, ni, menos, la filosofía, ni, menos aún, la religión; es que si el hombre fuese así, no habría moral posible, ni siquiera la moral utilitaria, pues esta, por errónea e ínfima que sea, impone severas reglas de conducta, opuestas, ¿cómo no? a intereses de momento y a la inspiración de los sentimientos antisociales; es que si el hombre fuese así, no sería un ser racional, capaz de subordinar fines próximos a fines remotos.

Lo no práctico, es decir, lo menos práctico, porque todo puede serlo de una manera o de otra, y si no inmediata, mediatamente, son aquellas cosas cuya referencia a las realidades de la vida individual y social, está algo alejada en tiempo o en espacio: la metafísica, la poesía lírica, las demás bellas artes en sus manifestaciones menos asequibles a la mayoría de las gentes, y, en otro orden, las diversiones, el lujo...

Y lo verdadera y realmente no práctico o antipráctico, la ociosidad, el vicio, y las bajas pasiones y, entre ellas, la codicia, *virtud* saliente de los «hombres prácticos».

La Tierra de Segovia 18/7/1919

Contra la Corriente

Lo Práctico. Explicación y Ejemplos

¡Pobre vocablo este adjetivo! ¡Cómo lo deshonran a toda hora, empleándolo en bajas acepciones impropias.

El sentido de la palabra práctico es el del sentido perteneciente a las cosas, a la realidad concreta. Por extensión, se llama práctico a lo realizable en hechos; es decir, que ideas, palabras, actos, que se refieran al mundo de las realidades, sean o no cosas concretas, son ideas, palabras y hechos de carácter práctico.

Y, pues, la experiencia, la buena experiencia, la que contrasta los hechos y los critica lógicamente, ha demostrado que no todo lo que se realiza, o puede realizarse, está o habrá de estar bien realizado, de aquí que las ciencias aplicadas de una parte, y la moral y el derecho, de otra, sean quienes, en definitiva, digan si una idea, una acción, una conducta, son o no son verdaderamente prácticas. Por donde lo práctico se confunde con lo *útil*, y es por ello la Moral apellidada «Ciencia práctica».

Tal es el valor de ese pobre adjetivo.

Y lo más práctico en este respecto, sería usarlo siempre en su sentido propio, y aplicarle a cada una de las cosas que hoy se confunden ilegítimamente con lo práctico, la calificación adecuada a cada una.

El comerciante que se hace rico y, por rico, hombre influyente, sin más quebraderos de cabeza que comprar a dos y vender a cuatro, o a cuarenta, si se puede y, escatimar un billete de banco a toda buena obra, no es que sea *práctico*, es un egoísta, corifeo de la más baja moral utilitaria.

La mujer, que, sintiéndose atraída hacia un hombre, se casa con otro que no le agrada, porque es más rico, no es práctica ¡qué ha de serlo! si ha sacrificado su dicha a la vanidad y la pereza, que le pagarán muy mal el favor!...

El hombre que se ríe de todo eso que él llama «idealismos» -sin saber lo que dice, porque el hombre práctico no sabe nada de nada- idealismos que no suelen ser sino cosas verdaderamente prácticas, hasta con practicismo utilitario, si bien noble y moral, y que no experimenta goce alguno con nada que no le reporte un beneficio concreto, no es práctico ¡qué ha de serlo un pobre hombre así! es otra cosa; es un necio, en el verdadero y estricto sentido de la palabra. Porque necedad y no poca es privarse de los mayores placeres, de los más durables, de los que no dejan poso de amargura, y dedicarse con pasión acuciadora, pinchante y doliente, a procurarse unas pesetas más, que no le han de servir absolutamente para nada, ni aun para gozar del placer de tenerlas, pues que éste, en cuanto quiera explayarse, se encuentra cohibido y hasta aniquilado por el dolor de que «es poco muy poco lo que se ha conseguido lograr».

Esa frase tan corriente es el avaro «soy pobre», es de una verdad moral trágica, horrible; es el castigo de sus culpas: ¡ser pobre, sentirse pobre, ponien-

do en este sentimiento todas las negruras del dolor! ¡No vivir sino para ser rico, y encontrarse eternamente pobre!

Lo más práctico, no sólo en sentido científico, sino en el de la conveniencia, lo más práctico es reducir el egoísmo a las satisfacciones de la conciencia moral y de los sentimientos superiores; despojarse de toda pequeña pasión, ya que no por otras consideraciones, por la egoísta de ahorrarse dolores incurables y rabias impotentes; conformarse con cualquier puesto en la sociedad y con cualquier situación económica, si no por dictados de la fe y la esperanza cristianas, por el convencimiento -que es necio no tener ahincado en el espíritu- de que ni riquezas, ni mando, ni honores dan la felicidad; ser honrados para obtener crédito; veraces; ser activos por higiene del cuerpo y del alma y para satisfacer las imprescindibles necesidades que impone la vida... y ser todo esto, además, con toda el alma, para que esta se halle siempre limpia y serena...

Las ansias de los hombres prácticos sí que obedecen a falsos idealismos, a tomar como realidades tonterías imaginativas, lugares comunes de la ignorancia, afanes de cerebros carentes de toda filosofía.

¡Pobres hombres prácticos! ¡Vosotros si que sois idealistas del más falso y estéril idealismo; del que sustantiva las más bajas cualidades, del que hace estatuas de basura!

La Tierra de Segovia 20/7/1919

Contra la Corriente

Lo Práctico. D. Quijote, Hombre práctico

Una de las pruebas del exceso de practicismo de nuestro pueblo, de la orientación de sus cualidades prácticas hacia lo concreto material, hacia los bienes sensibles y aun, entre estos, hacia los más seguros o los más próximos, la

constituye el hecho de atribuir a D. Quijote un carácter idealista, absolutamente contrapuesto al carácter de Sancho Panza.

Y esto está tan lejos de la realidad, como que ni la misma obra da pie para establecer semejante oposición.

La oposición -hombres ciegos por el espíritu práctico llevado hasta la negociación de sí mismo, porque la primera cosa poco práctica que un hombre hace es equivocarse- la oposición entre D. Quijote y Sancho no consiste sino en que D. Quijote era monomaniático y padecía de alucinaciones. Pero su monomanía era de orden practicista: librar al mundo de malandrines y canalla de toda especie; era realizar obras de justicia, con el auxilio de una cosa tan práctica como la fuerza, llámese estaca, o lanza, piedra o espada.

Y Sancho lo hubiese acompañado gustoso en tales empresas, no sólo por el premio de la ínsula, sino por el puro contento de ver a su señor entronizando por doquiera la justicia.

Esta pasión por la justicia es también una característica del pueblo español.

Aun sin más análisis, se siente uno inducido a la idea de que, pues coexisten estas dos tendencias en el espíritu de un pueblo, no deben ser contradictorias. Nada hay contradictorio en la naturaleza; y los caracteres generales de un pueblo puede afirmarse que son obra de la naturaleza.

Y es tan cierta la coexistencia de estas notas del carácter español, que se destacan enormemente sobre la masa común aquellos sujetos que suelen prescindir de la justicia en sus actos.

El español, aun el de más espeso y bajo practicismo, es apasionado de la justicia.

Y este es el sentimiento dominante en D. Quijote.

No podrá negarse que, saltando por encima del bajo egoísmo aislador, antisocial, *inegoísta* en sus consecuencias, según hemos dicho, lo más práctico que un hombre puede hacer es trabajar por la justicia. Ella es la base de la subsistencia de la sociedad; y sin la sociedad el hombre no puede apenas ser concebido.

¿Por qué no ha ser una determinación del sentido práctico español este afán de que se cumpla la justicia?

Y así, D. Quijote, luchador por la justicia, encarnaría el tipo español completo, salvo en la locura.

¿Por qué, entonces la locura de don Quijote?

La locura de D. Quijote es el motivo literario, la base para poner en ridículo los libros de caballería. Es lo deliberado en el autor.

Y claro es que si don Quijote estaba loco y cuerdo Sancho, con más, la mayor cultura y desahogo económico del primero, es lógico que chocaran en sus juicios sobre lo que el uno creía ver y veía el otro.

Pero la oposición de Sancho a las aventuras de su señor, no partían de un concepto general opuesto; no era que Sancho rechazara en general la obra de desfacer entuertos, socorrer viudas...

La opinión de Sancho obedecía a la clara visión de los disparates de su amo. Hubiese él creído que eran dañinos gigantes los molinos de viento y no habría intentado detener a su señor.

Es claro que el prestigio que lo maravilloso tiene en toda alma primitiva, digásmolo así, pudo influir en los temporales acomodamientos de Sancho a las ideas de D. Quijote, cuando no le mantuvieran en su fidelidad la esperanza de futuros provechos óptimos. Mas de todos modos, hay en Sancho un fondo de quijotismo, como había en D. Quijote una exaltación (exaltación hasta la locura) del espíritu práctico español.

La Tierra de Segovia 29/7/1919

Nuevos Horizontes

Contra el Sistema de Quietud

No sabemos si el descontento de la realidad engendra el ideal de lo futuro, o si es la causa de aquel la comparación entre lo ideal y lo real.

Sí declararé mis simpatías por la hipótesis segunda, que presupone más espiritualidad en el hombre, mayor eficiencia en sus facultades nativas.

Pero el hecho es que la humanidad no se habría arrancado de la caverna prehistórica, donde convivía con el oso y disputaba al león su alimento, si siempre le hubiese parecido todo bien; si el espíritu conservador, quietista, enemigo de novedades, hubiese imperado en todos los cerebros.

En este sentido, es conservador todo hombre o colectividad que ha triunfado; llevando ya, por consiguiente, el triunfo, el germen de esa gran inmoralidad esencial que consiste en contrariar la naturaleza del hombre en la más elevada de sus tendencias, el ansia de «lo mejor», y, llevando también, como secuela de ese principio, como raicillas nacidas de esa raíz, la desigualdad, el exclusivismo, la parcialidad en pro de lo existente y en contra de lo que pretenda derrocarlo, la inmoralidad, en fin, corriente y moliente a todo ruedo.

Pero refiriéndonos a los conservadores históricos, a los partidos políticos propia y genuinamente conservadores, como el *tory* inglés y como *las clases conservadoras españolas* -que no son un partido, pero que influyen en todos los partidos gobernantes- podemos decir que el espíritu conservador se ha espesado en ellos hasta petrificarse, según lo prueba la enorme resistencia de aquel partido contra las reformas tributarias de Llody George, y la resistencia de roca, propia del egoísmo más bajo, combinado con la incomprensión más fanática, con que los españoles adinerados acogen ideas y doctrinas, ya sobre la propiedad territorial, ya sobre los deberes de los ricos para con los pobres, que se hallan expresadas en los escritos de los primeros padres de la Iglesia, en los Hechos de los Apóstoles, en el Evangelio de Cristo, en las leyes de Esparta, Atenas y Roma, y, posteriormente en hombres tan católicos y tan eximios en ciencia y virtud como Fray Alonso de Castrillo, Luis Vives, Martínez Marina, Fray Domingo de Soto, el Padre Mariana, fray Pedro de Valencia y tantos y tantos más.

Decirle aquí a un terrateniente que no tiene derecho a dejar improductivas sus tierras, ni a exprimir brutalmente a sus colonos, cediéndoles sólo lo estrictamente indispensable para que no mueran de hambre -y esto no llega a lo que insignes padres de la Iglesia y los ilustres varones citados han dicho- es, según las figuraciones de su obtuso cerebro y de su corazón embotado, hablar el lenguaje del Infierno.

Y es que el espíritu conservador, en esos partidos y en las fuerzas sociales que son su núcleo, se caracteriza por el cariño a lo existente y el miedo -un miedo pánico- a lo nuevo.

Esta característica sentimental es casi la única. Lo conservador está en el corazón. Más que un credo declarado, es una fe en bloque; más que crítica de posibilidades, es rotunda negación a ceder el paso a la realidad que se avecina; no destruye los gérmenes de lo inminente con el conjuro de la razón;

se limita a cerrar los ojos, para no ver los resplandores del sol nuevo. ¿No es una verdad incuestionable que los partidos conservadores se caracterizan por su pobreza ideológica?

Claro es, que los entendimientos privilegiados que toman esa posición, la justifican con razones más o menos especiosas y combaten lo anticonservador con crítica más o menos feliz. Pero esto viene después. Lo primero es un movimiento de la sensibilidad, del *instinto de conservar* los bienes, títulos y derechos heredados o adquiridos.

Parece que la idea del «mantenimiento del orden» es una cosa esencialmente conservadora. Pero no es así. El orden es condición necesaria a la existencia de toda constitución social y política desde el despotismo más absoluto, al más acabado comunismo ácrata.

Y en este sentido, todo gobierno y toda clase directora es conservador. ¿No lo es, acaso, el bolcheviquismo en Rusia? Fusilan los bolcheviques igual que los autócratas, solo que en cantidades mucho mayores, en cuanto el orden se altera contra ellos y contra el estado político-social que allí han impuesto.

Pero en el revolucionario que acaba de triunfar, aún bullen ideas de reformas, ansias de mayores avances, perfilamientos de lo establecido; mientras que el verdadero conservador quisiera prolongar la vida de lo existente por los siglos de los siglos.

La moral conservadora, o de lo conservador, la que se desprende con lógica incontrovertible de las ideas que pretenden mantener, contra la corriente natural de los hechos, un estado político y social como inmutable, es perfectamente inmoral. ¿Qué mayor inmoralidad que ir contra la naturaleza del hombre y contra las leyes de la vida universal? ¿Qué mayor violencia injusta que pretender paralizar el lógico desenvolvimiento de principios ciertos y suprimir las consecuencias de los hechos, erigiéndose sin ninguna razón y contra toda ley, en una Providencia, que sería ridícula si no estuviera henchida de soberbia sacrílega?

La Tierra de Segovia 9/8/1919. Aparece también en Nuevos Horizontes con el título de *La moral conservadora*

La Moral

El hombre es un animal social. Sólo la abstracción científica puede suponer al hombre como ser aislado, como individuo puro. Ni los solitarios de la Teosida, o de los bosques hindús prueban nada contra la esencial sociabilidad del hombre, pues que en el seno de la sociedad se formaron aquellos seres excepcionales y a la sociedad, no obstante su aislamiento, vuelve lo característico, o valorable de su vida, ya como ejemplo de altas virtudes, ya en forma de pensamientos, de intuiciones, de visiones o de ensueños.

Las normas que regulan las relaciones del individuo con la sociedad, impuestas, como es lógico, por esta, es lo que se llama *moral*. En todos los pueblos han sido buenas las acciones favorables a la comunidad, y malas, las contrarias.

Es necesario llegar a un grado altísimo en la evolución, en la historia humana y a sociedades fuertes, que puedan permitirse el lujo de ciertas tolerancias, para que la moral se eleve más alto que el interés social, más allá de lo humano, y cree deberes para el individuo solo, en relación con poderes extraterrenos. El amor a Dios sobre todas las cosas, el hacer el bien por encima de todo, el imperativo categórico o sea la moral cristiana, la estoica y la de Kant, se dan en sociedades cultas y de fuertes vínculos y a las que no importa ya que algunos de sus miembros -pocos siempre en relación al total- practiquen una moral que pueda encontrarse, a veces, en oposición con los intereses de la patria o de la sociedad en general. El humanitarismo romántico de Rousseau -ser ciudadanos del mundo- está en el mismo caso que las supremas leyes morales que acabamos de citar.

¿Existe en la moral otra etapa del todo diferente? ¿Pueden ser realmente antisociales la moral cristiana, la budista, la estoica, la de Kant?

Históricamente es forzoso admitir cierta separación. Lo moral a que primeramente hemos aludido, considerándola como toda la moral, es la que ha evolucionado al compás de la sociedad. Pudiéramos llamarla moral *biológica*, como hija del instinto de conservación de los grupos humanos (familia, tribu, ciudad, nacionalidad), aplicación, a su vez, del instinto de vida de la especie. «No niegues tu concurso en las batallas ni en las fiestas; no agravies a los dioses protectores de tu patria; no robes los bienes de tus compatriotas. Es la moral

del imperativo del Estado. Es el recuerdo con la ley y las costumbres. Por eso, cuando culmina esta moral en las grandes ciudades antiguas, se observa un total sometimiento del individuo al Estado y se dice que aquellas ciudades eran socialistas. ¡Naturalmente! La Ciudad lo era todo; no había más que la Ciudad en la ciudad. Y si había personalidades que resaltaban, resaltaban en tanto que excelentes ciudadanos o como dueños del poder de la ciudad a título de salvadores, de tiranos.

La otra moral es hija de la Filosofía. Trataremos de ella, pues este va alargándose en otro artículo y deduciremos después las consecuencias pedagógicas que se nos aparezcan más claras.

La Tierra de Segovia 19/3/1921

El Niño, la Escuela y el Maestro

La Mujer del porvenir

Lo primero que surge en el pensamiento al tratar de la educación de la mujer es la idea de sexo. La mujer es el *ser humano hembra*.

Conformes...? No os extrañe la pregunta. Hay quienes hablan de la mujer, prescindiendo del «género próximo» de la definición y hay otros que se olvidan de la «última diferencia». Los feministas exaltados apenas si se acuerdan de que la mujer es hembra. Los de la opuesta banda casi niegan, como la minoría del Concilio de Mazón, que la mujer pertenezca a la humanidad.

Y no decimos que es la mujer *la hembra humana*, porque esta definición pudiera inducir a considerar *la hembra* como un universal, y a querer obtener, por deducción, lo que a la mujer, por ser *hembra* le tocaba.

Y no creemos que a todas las hembras de la escala zoológica le correspondan notas semejantes. No hay *géneros de hembras* sino *hembras, en los géneros*.

Si la mujer es *hombre*, ha de tener forzosamente el carácter fundamental y privativo de la especie, la racionalidad, y ha de serle aplicable todo el contenido de dicha idea.

Y si la mujer es *hembra*, se infiere lógicamente que a función tan primordial y compleja como la feminidad, han de corresponder importantes diferencias psíquicas, aunque no podamos establecerlas claramente.

La primera objeción que siempre se nos ha ocurrido para contradecir a un exaltado feminista es la siguiente perogrullada: Fíjate bien ¡oh amado Teótimo! en que la mujer ...es mujer, y no hombre. ¡Hermosas perogrulladas! Vosotras revelais, si en los oyentes hay clara visión intelectual, las entrañas de las cosas.

Y en efecto, la mujer posee mayor belleza física que el hombre y es más sensible. La primera cualidad corresponde a los preliminares de la función maternal, el atractivo al varón; la segunda, a la maternidad misma, los cuidados del hijo. La mujer es también, más débil. No conviene que exponga en luchas cruentas su vida, que es exponer la de la prole.

Pues de la consideración de estos caracteres se deduce que la mujer ha de ser naturalmente propensa a la sumisión; se deduce la domesticidad de su vida; se deduce, como ley general, la monoandria.

Pero, *ser racional*, su sumisión no debe asemejarse a la del perro, ni llegar hasta ultratumba su monoandrismo; ni la domesticidad debe apurarse tanto, que haya de estar ocupada toda mujer en los asuntos domésticos veinticuatro horas *largas* cada día.

La racionalidad de la mujer pide las mismas condiciones de ejercicio que pide la del hombre. No creemos que haya dos clases de racionalidad, ni sabemos de nadie que lo crea.

Así pues, la libertad, la dignidad personal, el cultivo de la inteligencia, los derechos y deberes del hombre como ser racional, corresponden plenamente a la mujer.

Y en cuanto a la dirección de sus facultades, que la ley biológica y social de la «división del trabajo» le señala, parece excusado marcarla. Así como los

mayores atractivos de la mujer para el hombre del porvenir serán, con la belleza física, la salud, el desarrollo intelectual, un gran corazón sensible y la cultura, y los elementos repulsivos el lujo, la coquetería, la insensibilidad, la ignorancia; así la ilustración de la mujer, aparte la fundamental, habrá de consistir en la higiene y economía domésticas, en teoría y práctica de educación, en nociones de arte, como creadoras del buen gusto, en todo cuanto pueda referirse al cuidado de la familia y del hogar; y sus ejercicios físicos, aquellos que, dándole salud, no le resten belleza; pues la mujer, aunque lo hayan olvidado algunos es la *hembra* del hombre... y el ser más bello del Universo, para satisfacción de Dios, para alegría del niño, para embeleso del anciano, para asombro del artista, para transfiguración del amor en el impúber, para encanto del hombre viril, que sería tan mísero, si la mujer lo igualase en todo como lo es el que en todo la quiere imitar.

Este es el feminismo que concebimos.

La Tierra de Segovia 5/10/1921. Reelaboración del artículo publicado el 12/6/1919

III. Meditaciones

Trozo de una pequeña Meditación

Hacer de nuestra vida un ejemplar de las vidas *inmediatamente* futuras; cabalgar en el momento *ahora*, fugitivo hacia el porvenir, vivir con dinamicidad acordada con esa fuga constante, con ese fluir del río de la vida, que no va hacia atrás, sino adelante... eso es vivir.

El momento actual -la vida que llena esa forma vacía, o que palpita tras esa abstracción- se sumerge en el futuro, no en el pasado, como se ha creído, por error de óptica del viajero, en complicidad con otro error de pensamiento, suponiendo al tiempo como una *cosa*, una vía (tendida en el espacio sin límites de la eternidad) por la cual van pasando las cosas perecederas, deshaciéndose de continuo, dejándose en cada paso del camino algo suyo, su vida pasada; o bien, confundiéndose el tiempo con las cosas que nos rodean, las cuales dejamos atrás en nuestro avance. Y no hay vida pasada, propiamente hablando, sino como embebida en la presente, de un modo análogo (no digo idéntico) a como la causa en su efecto. Y no pasan las cosas por el tiempo, sino que este es, según frase feliz, el «pasar de las cosas». ¿Qué es, en efecto, el tiempo, o, mejor, los momentos, las horas, los siglos, sino los límites entre los hechos, algo así como las superficies dinámicas?

Pero las cosas pasan en una trayectoria desde el no ser al ser, y mientras son, diríase que poseen una como inercia vital, una tendencia a seguir viviendo y a complicar sus elementos y sus relaciones. Luego si la vida de los seres en general y en particular de los humanos puede representarse por una marcha, y si el tiempo no es sino el pasar de esos seres, el pasar será progresivo y no regresivo; aunque todo lo que sea predicar cualidades del tiempo es predicar las de la vida.

Cabalgar, pues, en el tiempo, es entregarse a la corriente progresiva de los hechos.

En un ser vivo no hay sino porvenir, esto es, presente en marcha constante.

Combinando con estos conceptos el de la perfección total del hombre, resultará que la perfección del momento que va a venir es el ideal del momento presente. La continuidad despaciosa de la vida, que se aparta de lo estadizo, tampoco consiente saltos. Por eso decimos que «a lo inmediatamente futuro» debe atender la vida mental y la vida práctica de cada uno.

Resulta así el ideal de vida un ideal dinámico, progresivo, como consecuencia de las rectificaciones racionales, de la crítica de cada momento, aunque haya otro ideal supremo, tipo de esas variaciones y colocado «fuera del tiempo» si nuestra vida ha de engarzarse en algo más que en el hilo que van tejiendo las Horas.

Nuevos Horizontes, 1916, pp. 33-35

Un Poquito de Charla

Uno de los medios más eficaces de educación moral y de disciplina consiste en excitar la sensibilidad del niño con motivo de sus propias faltas. Hacer llorar a un niño, sin castigarlo y sin humillarlo, es el supremo triunfo contra los malos instintos o los hábitos antisociales.

Conseguir esto es, a un tiempo mismo, imposible y muy fácil. Dependen uno y otro extremo de la sensibilidad... ¿del alumno? no, del maestro.

¿No conocéis el precepto retórico «si quieres hacer llorar, llora tú»? Pues esta norma de la oratoria es aplicable exactamente a la educación. Si el discípulo ve entristecido a su maestro, no encolerizado, ni, peor aún, regañándole como quien cumple un trámite oficinesco, se conmueve también, que nada es tan contagioso como la emoción.

Un alumno de los más aventajados de la escuela que yo regía -la superior de Vélez-Málaga- quedó detenido en la escuela. Era aquel muchacho, si

bien de buen fondo, como casi todos los muchachos de su edad, y más, si son inteligentes, algo soberbio y poco disciplinado.

Comencé a recriminarlo, con grave serenidad, sin frases ásperas, sin tono agresivo, pero muy severo en el concepto, practicando, en fin, el clásico imperativo suave en la forma y en el fondo fuerte. Hice, como epílogo de la perorata, un llamamiento a su corazón y expresé sincera y diáfanamente lo que yo sufría a causa de las faltas cometidas por aquel discípulo querido, expresión inequívoca, pues las lágrimas saltaron a mis ojos. El chico rompió a llorar desconsoladamente. Había brotado el surtidor de sangre generosa que todos llevamos en el corazón; se había puesto a flor de conciencia, el cariño que sentía por su maestro aquel excelente muchacho. Breves palabras mías de afecto y de esperanza «segura» en el mejoramiento de su conducta escolar, y salimos a la calle, aún conmovidos, hablando grave y cariñosamente.

Comprenderéis, sin que os lo diga, que fue la última vez que tuve que reprender a aquel alumno.

Y ahora ¿queréis que os diga una cosa que han oído cientos de veces los estudiantes del Magisterio? Es la siguiente: La primera condición para ser «maestro» y, si me apuráis, casi la única, es «tener corazón»; poseer viva la sensibilidad superior; «sentir» de veras las buenas y malas acciones de los niños; entusiasmarse con sus éxitos, alegrarse con sus alegrías, entristecerse con sus penas, lamentar sus derrotas; tomarlos «en serio»; hablarles con interés, poner el alma en la escuela, mejor aún, en los niños; porque hay quien pone el alma en la escuela, como «instructor» y no es eso. Un instructor lo es cualquiera que desee serlo; un «maestro», sólo quien tenga corazón.

La Tierra de Segovia 24/8/1921
Nuevos Horizontes, pp. 97-99, 1921

Crepúsculo en Segovia

El crepúsculo, que va lentamente hacia la noche como hacia la muerte una larga vida, clara, suave y silenciosa, y que parece diluirse en la sombra, como en la nada la vida, tiene el sublime encanto inefable de todos los grandes fenómenos y de todos los accidentes formidables de la naturaleza. La poesía del paisaje y del ambiente, está condenada, más que otras especies de poesía, a perpetuo silencio en el fondo del alma, o a expresarse, con harta imperfección, en balbuceos sugirientes(sic), o en derivaciones episódicas, o en exclamaciones de asombro, que, pretendiendo decirlo todo, no dicen sino «estoy asombrado».

¿Pero qué es el asombro y ese asombro y qué matices tiene el tuyo, poeta? ¿Qué sientes? ¿Te parece bella la sierra cárdena, y delicadísimos los tonos verdes, azules y rosados del cielo en el poniente? Los altos álamos en fila a lo largo del río semejan una gran parada de mudos gigantes, que aguardan el paso de un rey sideral. Acércate, y verás que sus hojas, agitadas por el viento, parecen labios fraternos, que se besan repetidamente con igual ternura cándida, y sus ramas, alargadas, brazos extendidos para estrecharse; las copas agudas se inclinan en recíproco saludo; a veces, se juntan y cuchichean misteriosamente, irguiéndose luego, en leves sacudidas, como si despidieran hacia el cielo, grave e impasible, pero atento a la tierra, un fluido sutil, mensaje de oración o de reproche, que las cosas profundas o calladas trasmitieran al suelo y éste, luego de acrecentarlo, al cordaje de las raíces, extendiéndose en invisible corriente por los enhiestos troncos, haciéndose murmullos de una lengua ignorada en las puntas de las ramas elásticas y las láminas de oro de las hojas, en las que el murmullo termina en un suspiro de muerte. ¿Llegará a tí, más intensa, por estar reforzada con la blanda melancolía del ambiente, la triste poesía de las viejas murallas, y percibes mejor, por el contraste, la idea de fuerza perenne, bella, serena y altiva, esto es, noble, que encarna en la masa ingente de la Catedral, con su rotunda cúpula soberbia y su torre de suprema elegancia? ¿te sugiere sutiles reflexiones la emoción simple e intensa de las lomas sin árboles, palimpsestos, sin la nueva escritura?

¿Pero cómo podrás expresar lo que sientes? Hablando, no; componiendo música, tampoco; pintando, todavía no.

Acrecienta el tesoro de tu amor a todas las cosas. Ese es el mejor poema y la expresión más directa de la emoción ante la naturaleza.

Nuevos Horizontes, pp.135-137, 1923

Las Noches Veraniegas

Nada tan propicio al optimismo de primera visión como una plácida noche de verano en plena naturaleza. La calma solemne del campo, la serenidad del limpio ambiente, el acompasado y, al parecer, lentísimo girar de las constelaciones diamantinas, la luz suave, el regalado frescor del aire, que anima la sangre y excita la mente, el perfume de las flores, que evoca recuerdos de dulce emoción, la enérgica alegría del incesante estridular del grillo y los confusos rumores, que revelan idilios escondidos, diríase que quieren ocultar la incesante lucha cruelísima que es la vida. El cielo cuajado de estrellas, parece que no ha cubrirse jamás de negros nubarrones devastadores; la luna dice haber iluminado siempre escenas de paz y de amor ¿y cómo pensar que aquellas flores puedan teñirse de sangre y aquellos azulados montes ser pasto de las llamas? Y la suave brisa refigerante, cómo ha de albergar en sus blandas alas ecos de llantos, rumores de tumultos, rastros de maldiciones, de quejidos, de blasfemias...?

Si posáis la vista en el cielo, os sentiréis atraídos hacia arriba e invadirá vuestra alma una atmósfera sutil, en donde hay música sin sonido, perfume no aspirado jamás, delicadas caricias, sin contacto...

Las estrellas semejan seres escrutadores y severos, asomados a la Tierra y a mil tierras para verlo todo, escondidos en el misterio de la lejanía sobre el cual todo puede soñarse; el azul del cielo parece de una profundidad indefinida, toda azul, hasta otro cielo superior de estrellas más amables. Y sentiréis, luego, un horror sublime, el vértigo del abismo infinito, y quedaréis anonadados ante vuestra pequeñez, aunque «sin embargo»...

Y apartáis la vista del cielo. La fantasía fortalecida en esa lucha de «Israel» -vencimiento que da fuerzas al vencido- se extiende por todo el haz de la tierra, cerniéndose extasiada sobre los encantados jardines de los valles; empapándose en la tristeza de las amplias llanuras áridas; sintiendo la grave alegría de la vida fecunda, al volar sobre dilatadas selvas sombrosas; engrandeciéndose en el mar; llenándose de religioso entusiasmo en la augusta cumbre de los altos montes; conmoviéndose de ternura cabe la espadaña de solitaria ermita...

Y creeréis adivinar un alma oscura, inexorable, que infunde la vida en los seres de la tierra, del agua y de la aire; que anima los vientos, que vibra en las nubes, que mantiene cubiertas las cordilleras y desata las fuentes de los ríos; que fosforece en los abismos del mar, y grita en las tempestades, y da su voz y su fuerza a las olas; que conmueve, en espantoso jadear, las entrañas de la tierra y mira arrogante al cielo, desde los cráteres encendidos. Y sentiréis a vuestro alrededor y en vosotros mismos otra alma más débil, pero más eficaz a lo largo del tiempo: el alma luminosa que palpita en la historia, vibrando, con intensidad creciente, desde lo hondo de las cavernas a lo alto de los capitolios.

Las almas se atraen y se repelen, y diríase que se perciben palabras de un lenguaje paralelo, arpegios de concertadas armonías, y también mudas celadas del alma inconsciente y réplicas de imprecaciones, de ideas, de trabajo, en la débil alma alada; y estallidos de tempestad sobre cimas sonrientes y gritos de tragedia, bajo un templado cielo azul; y, luego, lejanas sonoridades, que el tiempo va a apagando; sin extinguirlas nunca, del rafaguear de las «fuentes áureas» sobre los mares nacientes del caos, y siluetas medrosas, como de colosales monstruos marinos, de la tierra que va surgiendo de las aguas, y bosques inmensos, ríos gigantescos... y, después, el batir de las primeras alas en la atmósfera, ardiente y húmeda de la tierra joven.

¡Las primeras alas!... Luego, el primer trino de las aves cantoras; la primera alondra que se dirige al cielo, en un claro amanecer triunfal, como una flecha palpitante, y sonora como una flecha que prolonga su punta herida en su armonioso cantar. esa música llega al cielo, y le hiere con vida de amor. El canto de la alondra, desde la altura, es la Anunciación del Hombre.

Y, salvando a pasos de gigante la historia pasada y la futura historia, presenciáis la agonía del último hombre a orillas de un bosque seco y de un río helado, en el rincón más bajo de la zona ecuatorial. Y os preguntáis: ¿Ha defraudado la humanidad la gozosa expectación de la naturaleza?; y

os acordáis del versículo 6º del capítulo VI del Génesis: «Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra; y púsole en el corazón»... Pánico, terror e infinita tristeza aprisionan vuestra alma...

Mas pensáis, al fin: Quien se duele de lo imperfecto y concibe y ansía lo mejor y «lo bueno» los ha descubierto, o los ha creado; luego existen.

Y el optimismo de «última visión» baña de consuelo excelso vuestro espíritu.

Nuevo Horizontes, pp. 138-141, 1923

¿Vida de Ensueño o Ensueño de Vida?

Soñaba que vivía en un triste jardín inculto. Plantas salvajes se entremezclaban desordenadamente con tiernas plantas agostadas, cuyas flores colgaban lánguidas, regalándole a las ásperas matas el triste don de su belleza enferma. Rosales de largas espinas dejaban caer pausadamente las hojas muertas de sus rosas blancas. En un rincón había un macizo de viva verdura y carnosas flores rojas de embriagante aroma, y a un lado, un alto roble, en cuyo tronco los rayos de mil tempestades abrieron una oquedad como de ataud, mostraba sus ramas esqueléticas, desnudas de hojas.

El jardín, abierto a la rosa de los vientos, estaba rodeado de arena cálida y cenizas frías. Era un oasis que agonizaba. El desierto lo haría suyo, y ni una piedra, ni un perfume recordarían que allí *fue algo*.

Y miré hacia fuera, hacia el desierto y... menos que desierto, nada.

En busca de mis ojos, mis manos palparon las órbitas vacías. Estaba ciego, ciego sin ojos...

Mi jardín no necesitaba verlo. ¡Pero no ver nada!

Y allá, a lo lejos, muy a lo lejos, como si más adentro me hubieran brotado unos ojos para ver solamente la lejanía, vi un espléndido campo.

La más sabia arboricultura había dirigido la formación de los árboles excelsos; el más exquisito jardinero había cuidado las más hermosas plantas que ostentaban a la luz con sencillez gallarda, sus flores bellísimas.

De un cielo diáfano descendía sobre el jardín sublime una dulce luz muy clara, como la aurora de un sol más luminoso que nuestro sol.

Efluvios de una vida inefable parecían bajar del cielo al jardín y subir del jardín al cielo, confundiéndose en el camino las dos corrientes, sin interrumpir su sucesión, como ondas que iban y venían en un mar de azulado éter.

¡Qué feo mi jardín! ¡Qué pena aburrida había en él!

Y en el otro, en el amplísimo y hermoso jardín lejano ¡qué gloria sería poder extasiarse cabe sus árboles, embelesarse ante sus flores, recrearse en sus perspectivas, vagar por los senderos, recibir en la frente aquella luz tan intensa y tan suave...!

Y divisé un muro blanquísimo que cerraba el espléndido jardín.

¿Cómo llegar tan lejos? ¿Cómo entrar?

Y veo que, a modo de gloriosos cuerpos sutiles, penetraban por el fuerte muro blanco varios niños pequeñitos, angelillos humanos de mirada cándida, de ademanes vivos; y entraban jugando; luego, un grupo de risueñas jovencitas; su risa era noble, decoroso en aspecto, su mirada, franca; sus bocas decían benevolencia, idealidad sus frentes; y entraron luego, con respetuosa confianza, hombres jóvenes, y hombres de edad viril, y hombres de edad madura y ancianos; y todos eran graves, y estaban contentos e iban serenos; sus cabezas, destocadas; sus ojos miraban frente a frente cuanto veían.

Y me dije: ¡si yo fuera!

Y una gran congoja se apoderó de mi, creyendo que no iba a saber el camino, que no tendría fuerzas para seguirlo, si lo encontraba.

Por dar fin a mi congoja, partí hacia el jardín lejano.

Partí andando a ciegas. ¡Cuánta espina en el suelo! ¡Qué bochorno en el ambiente!

Sudor había en mi rostro y en mis pies sangre. Y desfallecía por momentos.

Y recordaba lo que me había dicho antes de partir: no podré llegar.

Y el muro me parecía hecho de nieve, y sentí frío en mis huesos, como si el frío de la nieve llegara hasta mi.

Y coronando la muralla nívea, había infinidad de flores azules; azules de cielo en alborada. Sobre la nieve reposaban, como si estuvieran en un aire tibio.

Y luego vi el muro blanco rodeado de seres de aspecto repulsivo y de otros de aspecto indiferente, frío. Y no entraba ninguno.

Había quien pasaba de largo. Otros golpeaban en el muro o buscaban artificios para subir hasta las flores. Pero, desesperados de su trabajo infructuoso, marchaban cabizbajos.

De pronto me encontré al pie de la muralla blanca y fría.

Quise ahuyentar a los que rondaban, a los que pasaban, a todos, para que no perturbaran la augusta serenidad plácida que del jardín sublime se esparcía.

«Este quiere echarnos -se dijeron los malos- y ¿será distinto de nosotros?

«¿Quién te mete en esto ni en eso? murmuraron los vacíos.

Un pétalo de flor azul pasó rozando mi frente.

Desperté, y me dije: ¡Oh, si alguna vez soñara que entraba en el jardín!

Y había en mis ojos humedad de lágrimas.

Nuevos Horizontes, pp. 142-145 s/f

¡Si viviéramos otra Vida!...

¡Si viviéramos otra vida temporal, teniendo el recuerdo de esta vida!... En ella seríamos amantes tú y yo. Seríamos amantes, porque la fuerza de mi amor te penetraría y porque ¿no lo sabes? hay una atracción entre nosotros y por encima de nosotros, que nos hace aproximarnos, aun sin pretenderlo: cosas

que igualmente nos agradan, ideas que nos iluminan, ideales que nos guían. No creo que haya una disparidad en nuestros gustos, ni una variación en nuestras repugnancias. Tu espíritu y mi espíritu tienen de iguales cuanto deben tener, y de opuestos, cuanto es necesario para que se fundan en uno; y tu boca ¿no parece hecha para los besos de la mía?

Nos querríamos mucho. Yo a ti, con todo el amor pleno, el amor único y definitivo, el grande y verdadero amor de toda mi vida; pues era a tí a quien presentía en mis sueños de adolescente, en mis delirios de amor, cuando mi juventud recibía los cálidos efluvios, los penetrantes aromas, las oleadas de aquellos espacios paradisiacos, que tu amas desde lejos; cuando mi alma se cernía sobre la intensa y múltiple (que magnificaba mi vida y llenaba mi existencia) de aquel espléndido jardín vernal, regado por el más grande de los ríos, de nombre antiguo, que pueden reflejar en sus aguas ramos de olivo y flores de azahar...

Penetras ¡oh divina! en mi alma como aroma de magnolias, como música de cuerdas finísimas y tensas, como rojo de incendio crepitante, como blancor de inmaculada. Te ofreces a mi adoración con el prestigio del misterio y la poesía de los sueños que fueron. Ejerces sobre mi espíritu exaltado la sugestión de lo altivo, que no huye al ocultarse, como cima de augusta montaña tocada de nubes; el encanto de la belleza, como claro de jardín rodeado de plantas en flor; la atracción de lo profundo defendido por lo diáfano, como fondo de un mar de aguas transparentes... Es tu espléndida belleza, que impone respeto, severa, delicada y suave, como todo lo virgen; como la nieve de las alturas que nadie escala, como la fuente del desierto que nadie cruza, como las flores de los prados solitarios...

Tú eres la soñada en esas horas melancólicas en que nos invaden nostalgias de cielos no vistos, anhelos de cosas no conocidas, ansias de besos que no sean como los demás, y que nunca ¡ay! recibiremos; ambiciones de alturas inaccesibles ¡para alcanzar desde ellas lo prohibido por el destino!; la soñada en esas horas en que, conociendo confusamente lo que sería nuestro bien, lo presentimos tan alejado y remoto, que no haremos sino verlo cuando ya sea

tarde, como si un hado maléfico quisiera añadir a la certeza desoladora de que está perdido para siempre, el tormento de saberlo próximo: fuente sellada cabe un moribundo de sed.

He soñado:

Ascendía hacia la cumbre de altísima montaña de un cálido país. Amanecía. La luz suave, que henchía el espacio, dejaba en discreta penumbra alturas menores y valles estrechos, y diseñaba a lo lejos, como una grandiosa corona, la línea del horizonte inmenso. Pálido azul en el dosel del cielo; verde oscuro, con manchas verde claro, en el valle, cola del regio manto de la sierra, y franjas siena, rojo y ocre en los bullones de las colinas, que el valle rodeaban. A mi alrededor, aromas de romero y de tomillo, y, dominándolo todo, impresionando como una sensación positiva, el silencio; un silencio solemne, que *se oía* como la más dulce y penetrante de las músicas. Sonaron a lo lejos las esquilas de un rebaño, y fue una elocuentísima sinfonía, que hizo surgir en mi alma otra sinfonía de recuerdos. Continuaba percibiéndose el silencio, como fondo de un cuadro maravilloso de figuras que palpitaran: las múltiples sensaciones que despertó el sonar de las esquilas.

Muy cerca ya de la cima, vi sobre ella la imagen corporizada de mis ensueños. Era tu figura, tu expresión... ¡Oh! eran tus ojos, cuya mirada es un enigma de luz, tus ojos negros, serenos, centinelas, más que puertas de tu alma.

...Estaba en una gruta iluminada por luz clarísima y al par suave, como por luz hecha en tus ojos. Aureas estalactitas y ricas gemas desconocidas irisaban la luz. En el fondo de la gruta, un lago de aromáticas aguas trasparentes. Tú estabas en el lago como una ondina; tus cabellos, de un negro perfecto, tus cabellos señoriles, incopiables, flotaban sobre el agua, dando sentido a su claridad, y el agua se apretaba junto a ti, como si todas sus partículas quisieran besarte, y te levantaban en un trono vivo y perenne. Y estaba en la orilla en extática adoración, y cuando tú mirabas hacia allí, mi cuerpo se hacía ingrávido y mi alma se extravasaba de él para envolverte y llenar con vibraciones de anhelo el ámbito de la gruta sagrada...

...Era un magnífico jardín a orillas de un río. El suelo, cubierto de espesa alfombra de hojas de rosa, de rosas de te y de Alejandría. Tú, castamente desnuda, estabas recostada en el blando lecho perfumado; los árboles inclinaban su copa ante tí; las aguas del río parecían no correr; bandadas de palomas te rodeaban. Yo, en suprema exaltación de vida, fuí a tus brazos, y en ellos moría dulcemente.

Porque es elevado tu espíritu y grande tu corazón y sutil tu rica inteligencia: por tu distinción impecable, por tu total belleza (alma, cuerpo, gesto, voz) por tu bondad magnánima, que dispensas pródigamente, como una diosa protectora, no fruncirás el ceño al conocer estas palabras, grito de pasión, que podría ser lamentable despedida, a poco que en tus bellos ojos asomase el desprecio, o la ira; a poco que tu diáfana, purísima frente se nublase.

Mira benévola estas líneas. Deja que en tu alma excelsa prenda una chispita, no más, del fuego que tú, sin querer, has encendido. Así, puede que la inclines a que en otra vida vivamos en amor intenso e inextinguible, en un magnífico palacio, rodeado de un jardín maravilloso, a orillas de *aquel* río... ¡En otra vida!...

¿En otra vida? ¿Por qué?

Dí. ¿En otra vida?

Nuevos Horizontes, pp. 146-151 s/f

El Poeta de Castilla

El homenaje que ha tributado Segovia a José Rincón Lazcano[1] es la afirmación viva y rotunda de que la íntima poesía exquisita, la honda y fuerte poesía de Castilla, ha sido bien percibida y justamente expresada por éste, a quien pudiéramos llamar «el poeta de la Castilla campesina»; recio y delicado, como ella; como ella, melancólico, sin abatimiento; humilde, sin bajeza; altivo, sin ciega soberbia ni inflada vanidad; serio y sencillo; amplio y austero; alegre, cuando lo es, no con la superabundancia chabacana de la risotada estrepitosa; sino con la suave alegría de las conciencias y los corazones tiernos, acordados con una inteligencia despierta, que percibe a su alrededor miserias y tristezas; con la alegría del campesino honrado, que ve la cosecha en las trojes y pan blanco en la mano de sus hijuelos; pero que contempla cabe el tranquilo hogar, e imagina, arrastrándose por los caminos polvorientos, abatiéndose al borde de ásperas veredas, recostándose, cansinos, en las cercas de piedra de las heredades, pasando el sopor de las noches de miseria en cuevas que desdeñarían las fieras, o aguantando la ventisca en desfiladeros de donde huyó todo ser viviente, a innúmera multitud de desgraciados, a los que se siente unido por la doble comunidad de la vida y del trabajo.

Y como es este poeta es su poesía; que pocas veces se habrá dado un tan armonioso ajuste, una correspondencia tan perfecta entre el autor y su obra, entre las ideas y sentires, de un lado, y el asunto, el fondo, el estilo y el lengua-

---

[1] José Rincón Lazcano (Madrid 1880-1964) fue «un poeta lírico, de fuerte encanto, sus versos estaban en cierto modo influídos por Gabriel y Galán, de quien fue admirador.»(...) «Fue tan apasionado su amor a a Segovia que se le considera «el poeta de la tierra segoviana», perteneciendo a la Academia de San Quirce, entidad que, en homejane póstumo, publicaría sus «Poesías» en Segovia...» Luis Mínguez, o.c., p. 669. (N. de E.)

je, de otro, como se da continuamente entre el alma de Rincón y sus obras poéticas.

Cuando el ideal de confraternidad de todos los hombres se está asfixiando en un océano de sangre, es una reacción necesaria y salvadora, convertir con más ahinco la mirada hacia el espacio en que se nació, o en el que se vive. En él se refugia el afán de amor del alma, como en el único sitio en que son imposibles divisiones fratricidas, como el ambiente en que se resuenan, sin ser amortiguados por la hostilidad, los latidos de nuestro corazón, nuestras voces de entusiasmo, o de angustia, de compasión, o de aliento; las estrofas que el sentir, el soñar y el pensar cantan en las supremas vibraciones del espíritu...

Nunca, como ahora, se ha preocupado tanto cada hombre de toda la humanidad; pero nunca, como hoy, tan vivo el amor a la propia nación, y a la comarca, y al pueblo y al hogar propios.

Por eso, quizá, resuena intensamente la poesía de Rincón Lazcano en el alma de Segovia; porque creando bellas representaciones de esta tierra, las ofrece a la contemplación de las demás; que ninguna región, pero mucho menos Castilla, corazón y sangre de España, puede desear el aislamiento, sino la relación con todas las regiones de la patria y con todos los pueblos del globo.

¿Y qué mejor relación, para establecida por Castilla, que mostrar la poesía atesorada en su suelo, o producido en el vivir de su gente, con el engarce de una literatura tan difícilmente sencilla, tan justamente sentimental, de tan variada y exacta interpretación de la realidad, como es la literatura de José Rincón Lazcano?

Poeta de Castilla, *el poeta de Castilla*, sin duda, es hoy en sus versos, en sus cuentos y en su obra dramática el escritor festejado por Segovia en estos días.

Por ser poeta, verdadero poeta con todas las cualidades de tal, y en grado eminente algunas de ellas, lo es ya sin apelativos que lo circunscriban a un pequeño lugar y a un tiempo momentáneo, y por serlo de Castilla, de la verdadera y eterna Castilla, tiene mucho adelantado para ser un poeta universal; ya que el nombre y la historia, y el paisaje, y los monumentos, y el habla de Castilla resuenan con eco múltiple y perdurable por toda la redondez de la tierra.

Nuevos Horizontes, 1917, pp. 109-112

Impresiones de un Lector

Un nuevo libro de versos -de versos poéticos- es una aurora. De todo libro puede decirse otro tanto; pero puede decirse mejor de los libros de poesía; y en calidades humanas *lo más* lleva anejo el derecho de primogenitura. Llamar *el Justo* a un ciudadano, no es suponer que los demás carezcan de esa virtud; decir que un libro de Química o de Derecho hipotecario, no es un libro de poesías, no implica en negarles toda posible sugerencia poética.

La luz de la poesía es luz solar, es luz caliente. El alma de la poesía -¿no, lectores?- se llama sentimiento; se llama más propiamente, emoción, sentimiento actuante y vibrante, y es su cuerpo de intuiciones y fantasmas. La poesía es arracional, sin ser irracional, o es, si se quiere, la razón de *lo* sin razón ¿Una razón superior?...

Dejando estas ideas en simple sugestión -pues me apremia el tiempo y el espacio es corto -diré, como primer lector de este libro- primero en orden al tiempo- que en él se suplen, en el grado eminente que se requiere para merecer tales calificativos, las calidades a que hemos hecho referencia: hay emoción, hay fantasías, hay visiones personales, claras y precisas de las cosas. Este libro de versos es un libro de poesía.

Y es cuanto sustancialmente puede decirse de un libro de versos, porque el verso es, y no siempre, el lenguaje de la poesía... si hay poesía; lo que atañe a la *moralidad* del escritor. Escribir versos que no sean poéticos, es no ser honrado.

Y Mariano Gómez[1] es no sólo honrado, sino muy honrado, lo que equivale a decir que es muy poeta.

Las composiciones que forman este pequeño volumen son intensamente poéticas, y el verso, por consiguiente, plenamente honrado; es el lenguaje sincero de las emociones y fantasías del autor.

Y es muy honrado también por su desdén de la forma más externa, de la envoltura, o sea de la métrica. La otra forma, el conjunto de palabras de que el escritor tiene que servirse para expresar los estados de su alma, no es apenas

---

[1] Mariano Gómez Fernández (El Espinar, 1903- Madrid, 1984). Fue abogado y colaborador de la revista *Manantial*, publicando los libros *Fiesta*, *El sol por otros cielos* y este que lleva el epílogo de Blas Zambrano. Luis Mínguez, o.c., p.349. (N. de E.)

arbitraria, no es forma, en el sentido vulgar de la palabra, que separa demasiado, como si nada tuviera que ver, ambas realidades inseparables de una existencia.

Un pensamiento, una imagen, una emoción -un pensamiento, en definitiva, porque lo demás ha de intelectualizarse para ser expresado -un pensamiento clara y netamente construido, no tiene sino determinadas palabras para exteriorizarse. Si yo veo en el sol un disco de oro líquido, palpitante, ¿cómo he de decirlo sino así?

Recordad esta expresión poética del libro que acabáis de leer:

«Una luz en las tinieblas -brilló con fulgor inmenso- y al conjuro de la estrella -se hizo holgado mi sendero... -y desde entonces, mi vida tuvo un objeto».

Copio esta estrofa, porque la creo fundamental en la formación poética del autor, y porque el fundamento real que ahí se encubre es el más adecuado. Una estrella, no un fuego fatuo, no una luz fría; una llama ardiente que fulgura a lo lejos -los objetos poéticos, en cuanto tales son siempre lejanos -un objeto luminoso y cálido que se erija en objeto de la vida, no puede ser otro que el que habrás adivinado, lector. El amor es el alma del alma de la poesía. Bellísima y sugeridora estrofa, esta estrofa clara, valiente y delicada del joven poeta. Y esta fusión, no muy fácil, de la delicadeza y la claridad, es una grandísima virtud en un escritor, más estimable todavía, si el escritor es poeta.

No he decirte, compañero lector, que los versos de Mariano Gómez son *modernos*, « de vanguardia», que dicen, porque eso está bien claro. Sí he de hacer constar que no supongo en el autor filiación voluntaria a escuela o secta poética, lo que, a mi juicio, va en desdoro de sinceridad.

Escriba el poeta lo que sienta y como mejor le cuadre, sin pensar, siquiera si va a resultar con un *-ista* determinado. Y así creo yo que ha escrito sus versos este joven poeta. El corta los versos donde mejor le parece, y la rima se establece sola, como sea, y el ritmo brota de la misma emoción poética y del buen gusto y el oído del autor.

Hay muy bellas composiciones en este primer libro «Primera salida» del autor al campo de Montiel de la poesía, que es el mismo campo de todo lo noble, si exceptuamos a la alta señora Razón perenne en su trono de reina constitucional.

En «Descubrimiento» hace profesión de subjetivista, otra prueba más de que el autor del libro es verdadero poeta.

«Madre», es una breve jaculatoria plena de amor filial, tierno, respetuoso, acendrado.

Hay también dardos de ironía en este breve y sustancioso volumen, panal melífico del enjambre de ideas que, saliendo del alma del poeta, han libado la emoción en variedad de flores. Estas abejas poseen su fino aguijón hiriente.

«Canónico», es una de estas heridas, en la que el aguijón lleva tanta miel como veneno, condición propia de la ironía culta y noble. Otro ejemplo de amable ironía: «Y las beatas de mi pueblo, -con su razón, me han excomulgado»-.

El «Nocturno de la Inquietud», es, a mi juicio, lo mejor del libro. Poema vibrante de emoción, anhelo inquieto de lo ideal-real, de la verdad última.

Sí: es un poeta Mariano Gómez Fernández, lo que no quiere decir -sino todo lo contrario- que ha de superar en otros libros este bello libro.

M. Gómez Fernández, *Primera salida*, Imp. Carlos Martín, 1925. *Impresiones de un lector*, Blas Zambrano, pp. 91-94

Nuevos Horizontes, 1925, pp. 113-117

V. Relato

Carta de un Viejo a una Niña

He aquí, gentil lectora, una carta que hallé en la vía pública, al retirarme a casa esta mañana, desesperado por no haber podido encontrar un asunto, ni una palabra siquiera, que estampar en este *extraordinario*, que lo será más que en nada, en la honra de ser entregado a la curiosidad del público por las blancas manos olorosas de bellísimas compañeras vuestras. Y no cuento la honra que recibe nuestro periódico al ser leído por vosotras, porque esa ya la otorgais generosamente todos los días; es una honra extraordinaria, menos en el tiempo, puesto que es constante.

¿Quién perdería la carta? ¡Vaya usted a saber! Algún pobre hombre, cargado de años y de experiencia y ayuno de literatura, pero sobrado de buena intención. Algún viejo honesto, que, si de joven quizá no lo fuera, habrá tenido siempre -en la carta se ve eso bien claro- la frente alta y bien puesto el corazón.

Perdone el buen viejo la libertad que me tomo con su extraviada epístola, y atended vosotras, niñas adorables, no a las bellezas de la misiva, que -con perdón de su autor- tiene bien pocas, sino al profundo sentido moral que entrañan sus palabras.

Vedla aquí:

Querida nena: Huyendo del sopor, que acecha las tristes horas de los hombres de mucha edad, me he puesto a escribirte; ya estoy despierto, tan despierto como si me hubiesen quitado de sobre mi corazón y mi cabeza un cuarto de siglo.

Decía...¡ah! sí, que tu última carta viene perfumada de la primavera de tu vida, que es como si la primavera de todas las vidas y de la vida toda hubiesen vertido en ella el pomo inagotable de su inmortal esencia.

¿Quién es *él*? Mas ¿qué importa su nombre, qué importa, tampoco, su carrera?

¿Qué importa (aunque ahí tengan estas cosas arcaicas un prestigio poético) qué importa la sangre conocida? Quizá importe en absoluto; pero ¿quién garantiza la ausencia de la degeneración, o de otras causas, que pueden reducir ese valor a cero? Bien sabes, también, que así como hay adulteraciones en lo nominalmente conocido, circulan ricas sangres antiguas, de nombre olvidado, bajo pieles renegridas por el sol, o en las venas de cualquier pobrete ciudadano, bien así como en tosca vasija, sin dorada etiqueta, hay, a veces, excelente vino viejo, hecho en rancias bodegas aldeanas.

No me digas, pues, el nombre, ni la familia, ni la profesión de tu novio. Dime, sí, cómo es.

Averigua sus ideas..., No, tampoco sus ideas.

Ausculta su corazón. Ve cómo siente sobre las cosas humanas. Háblale de todo lo que sepas, de todo lo que oigas, de todo lo que leas.

Háblale mal de tu mejor amiga y de su amigo más bueno; ensálzale un novelón imbécil, a una mujer casquivana y a un necio viejo verde, es decir, a un viejo verde cualquiera; aplaude una venganza; ten rasgos de soberbia con el débil, trata con desprecio a los humildes y hazte de mieles con alguna señora rica, tonta de remate; manifiéstate conforme con las inmoralidades sobre intereses; ocultaciones de riqueza, contrabando, captaciones de herencias, compra de destinos, o de votos; ostenta menosprecio ante el saber y frialdad ante las obras de arte...

Y si no se indigna con tus palabras y contigo, si no hace esfuerzos intensos y sentido porque te desposes, antes que con él, con la razón, la justicia y la belleza, despídelo, déjalo definitivamente.

Porque será un hombre sin consistencia moral y un cerebro vacío... Habría él de sentir como tus palabras indicaban que sentías, y su inteligencia le habría de dictar claramente que no era bueno que lo acompañaras en sus bajas pasiones, que él, se las sabría, desde luego, de tener talento.

Y tendrá más talento y será más bueno, si, al oírte hablar así, te deja plantada. Es que sabe lo imposible de transformar un carácter, de cambiar, a fuerza de sermones, un corazón; y es, también, que el suyo no puede convivir con uno tan pequeño.

Si ese caso felicísimo llegara, muéstrale esta carta y pídele perdón.

Tú querrías unirte de por vida a *un hombre*. Pues bien, eso -proceder así- eso es ser un hombre.

No te olvides, con tales precedentes -si no, no- de invitar a la boda a tu viejo amigo, que está un tanto fatigado de la vida, pero un nada pesaroso de haberla vivido a su manera, y que no se cansaría nunca, ni podría arrepentirse jamás, de quererte, de aconsejarte y, sobre todo, de ver que eras feliz.

Por la copia: B.J. Zambrano

La Tierra de Segovia 27/6/1919

M A D R I D
(1927-1936)

I. Artículos sobre educación

La Religión Escolar[1]

No temáis que pretenda *descubrir* a Pestalozzi. La empresa sería cándida ante cualquier auditorio culto; ante vosotros, maestros nacionales de Madrid, sería ridícula.

Se celebra, además esta sesión *en honor* del hombre sublime y genial maestro; *en su honor, en su memoria*, lo que no implica que todos los que hablemos desde aquí con vosotros hayamos de comentar la vida ejemplarísima y las perspicuas doctrinas de Pestalozzi, porque en tal caso no sería yo uno de los que profesaran, siquiera por breves minutos, en esta «silla eminente».

Y, sin embargo,... un objeto cualquiera de nuestro pensamiento, el objeto más ínfimo, es inagotable en sus relaciones, las cuales pueden encadenarse hasta lo infinito. Y si esto ocurre con el grano imperceptible de arena, con la

---

[1] Este trabajo, excepto algunos párrafos omitidos en honor a la brevedad, fue leído, como representante de la Asociación de Maestros de Madrid, en la sesión organizada por esta entidad para conmemorar el centenario de la muerte de Pestalozzi, conmemoración que se efectuó en la Escuela Normal Central de Maestros, el 19 de febrero de 1927, bajo la presidencia de Ilmo. Sr. Director General de Primera Enseñanza, D. Ignacio Suárez Somonte.

plúmula al viento, con la gota microscópica de agua ¿cómo no ha de ocurrir, y en grado indeterminable de complicación, con el estudio de un espíritu selecto, corazón inmenso, voluntad heroica, inteligencia clarísima, vidente fantasía; con el estudio de un espíritu, que formó el germen fecundo de un gran sistema de educación, y cómo no poder descubrir, al examinar este germen, alguna cualidad ensombrecida, alguna relación no bien determinada, o algún nuevo aspecto que pudieran tomar las ideas pedagógicas contemporáneas al caer sobre ellas el haz de rayos luminosos, reflejados por el total desarrollo de aquel germen?

Pero es claro que semejante estudio habría de hacerse de manera prolija y despaciosa y con agudo criterio y visión amplísima, ya que Pestalozzi es a la pedagogía moderna lo que Sócrates a la filosofía universal.

Habría que conseguir, primero, un formidable acopio de materiales y que realizar, después, un estudio nuevo, en lo posible, porque los demás los conocéis de sobra. Y conocéis, sin duda, el excelentísimo trabajo que ha publicado hace días nuestro eminente compañero Sr. Xandri. ¿Qué os iría yo a decir, después de eso, en honor de Pestalozzi, a quien ni me atrevo a dedicarle los objetivos (sic) encomiásticos que mi alma le prodiga, porque no parezca que vengo aquí a defender una excelsa memoria que no necesita defensa, porque es una memoria presente de continuo en el espíritu de todo maestro español?

En honor de Pestalozzi voy a exponer ciertas ideas, que no constituyen nada que se parezca a un estudio, ni a un elogio, aunque deben ser convertidas en homenaje entusiasta a aquella pobre figura, que aparece hoy, ante la consideración admirativa de la posteridad, como maestro de niños, maestro de maestros y maestro, en cierto sentido, de todos los hombres.

(La edición de "*La Escuela Moderna*" pone la siguiente Nota de la redacción: La Asociación de Maestros de Madrid celebró el día 19 de febrero último una velada muy lucida en homenaje a Pestalozzi. El turno que en el programa de la velada correspondía a la mencionada Asociación organizadora del acto fue encomendada a nuestro cultísimo compañero Sr. Zambrano. El acierto de esta designación quedó plenamente confirmado por el discurso, obra correctísima, de profunda inspiración filosoficopedagógica, de la cual es resumen el presente trabajo, con que hoy se honran las páginas de "*La Escuela Moderna*". (N. de E.)

Señoras y señores: En la escuela moderna, en la escuela post-pestalozziana y, por consiguiente, pestalozziana, y no en los establecimientos en que sólo hay una autoridad coercitiva para transmitir ideas o, mejor, palabras, en ambiente frío y silencioso, como de cementerio, y enfrente de esa autoridad, una colección, gregaria y heterogénea, a un tiempo, de pequeños súbditos; en las escuelas, digo, en que reina el amor y palpita el interés por «seguir a la naturaleza», persiguiendo la cultura, existe una doble relación íntima, no sólo entre el maestro y cada discípulo, sino también y muy especialmente entre el maestro y los discípulos, en cuanto formando todos una unidad orgánica, un organismo vivo; el cual se ofrece a la consideración crítica como organismo de tipo elevado, por los elementos reales que lo constituyen, por la índole de la relación entre estos elementos, por el fin a que tiende y por los medios de que se vale.

Elementos constitutivos: el maestro y los niños. El maestro es un hombre que, si como tal puede ser superior o medio, en cuanto se define por su relación con los niños, aparece como un hombre «magno», respondiendo semejante apariencia[2] a la etimología de la palabra.

Se ofrece el maestro ante sus alumnos como definidor de lo bueno y de lo malo, de lo verdadero y lo falso, de lo delicado y lo grosero, de lo bello y lo feo. El maestro declara el sentido ignorado de las palabras, destaca la ejemplaridad de los héroes, ahínca las enseñanzas de los sabios, señala la belleza de las obras naturales, aquilata el mérito de las creaciones del arte, esclarece las visiones de la poesía; es árbitro, presidente, juez, director, padre; es el representante de la cultura, cuyos fundamentos enseña a sus discípulos; fundamentos que constituyen en muchos de aquellos su total cultura de por vida.

Y el maestro que no sea así, que no tenga el alma henchida de pensamiento y de emoción, que no convierta su espíritu en tenso arco, incansable, de innúmeras flechas seguras, en foco potente de luz y calor, no es maestro. Para ser maestro no basta trasmitir ideas; hay que comunicar espíritu; más: hay que entregar, hay que *enajenar* el alma.

En la escuela se da, como en los organismos naturales más elevados, un carácter que en ella es más ostensible y marcadísimo: la centralización. El maestro es el cerebro de la escuela, su ordenador, su espíritu, como que es la única persona completa que en ella actúa, ya que los niños no son sino protopersonas en devenir hacia la personalidad.

---

[2] "*Apariencia*": lo que aparece, cómo se presentan las cosas; no, necesariamente, oposición a lo real, apariencia falaz, o falsa..

Y no se olvide que el alma de un organismo ha de vivir en el organismo, ha de ser una con él. Nadie sino el maestro, y sólo el maestro, si el organismo ha de tener en todo momento unidad e identidad, nadie, sino el maestro, y sólo el maestro, ha de ser el alma de la escuela, de *su* escuela. Espiritualmente, cada escuela es propiedad de su maestro.

Y si el maestro no es en algún caso y por cualquier motivo el alma de su escuela, ésta no existe ya, se ha disuelto. Así como un ejército combatiente se transforma en grey anárquica, juguete del instinto de conservación, cuando desaparece el jefe o abdica de sus cualidades de tal, así la escuela en la que el maestro no es un ser superior, algo parecido a un dios clásico propicio, se convierte en otra pequeña grey, regida por la pereza, el capricho, el engaño.

Aquel a quien no se admira, que no intente «formar escuela» de ninguna clase; que no pretenda ni enseñarnos nada, como el objeto de la enseñanza no despierte, de suyo, la atención espontánea, de niños, o la racional, por motivos poderosos, cuando somos hombres. Y bien sabéis que esta atracción objetiva, para la infancia sobre todo, la ejercen *algunas* cosas; pero que no puede darse en toda una enseñanza metódica, por rudimentaria que sea. La enseñanza, la adquisición de la ciencia -y ciencia muy elemental, pero *ciencia*, es lo que se transmite en la escuela- no es cosa de diversión, sino de esfuerzo. La escuela *no* es «juego», aunque lo diga la etimología y aunque lo hayan pretendido los pedagogos de la facilidad y la blandura, despreciadores, en el fondo -aunque sin plena conciencia de su desprecio- de la enseñanza elemental y de la escuela primaria.

¿Y qué decir de los niños? Ellos son el arca, apenas entreabierta, de todas las posibilidades; la cosecha, imposible de ser aún valorada, de toda la vida anterior de la humanidad. En la escuela se hallan, aunque en potencia todavía, el político inclaudicante, estudioso y comprensivo; el sabio libre de yerro, el perfecto artista, el sacerdote ejemplar, el médico perspicuo, el letrado concienzudo, el soldado valeroso y noble. ¿No deben ser así el soldado, el médico, el artista, el sacerdote, el político? ¿No debe pensarse que serán así los de mañana, y no se empieza en la escuela la aportación de medios para que la realidad pueda quizá algún día no convertir la esperanza en desencanto?

Pero el niño, siendo esto, es, en primer término, un ser vivo. Un ser vivo, la simple célula aislada, es un centro energético, que recibe acciones exteriores y reacciona espontáneamente, quedando registrada una huella cognoscitiva, una representación, o la base de una representación; esto es, un conocimiento, o algo que va para conocimiento, sea de la índole que fuere; produciéndose, también, una vibración emocional, que *queda* de algún modo, siquiera sea en forma de predisposición remota, remotísima, a lo que, corriendo miriadas de

evos, será un sentimiento. En el reflejo simple de la célula, base de la más complicada vida psíquica, se ofrece el germen de todo lo que, al volar despacioso de la evolución, serán las llamadas «facultades»; hay, desde luego, lo que ha de ser la memoria: la huella de la sensación, la inscripción de sus elementos, que provocará las asociaciones y las células asociativas; y notad que la memoria es el soporte de la personalidad, el punto de referencia del yo a si propio; existe, también, en algún modo, la personalidad misma, aunque embrionaria todavía y, desde luego, inconsciente puesto que sentir y reaccionar es ya *distinguirse*; es sentir *a lo otro que uno* y, conjuntamente, *a uno como lo no-otro*. La primera conciencia es epidérmica. La actividad contraria a la del individuo, la oposición a su crecimiento indefinido, esa frontera armada que lo circundante condensa alrededor de aquel, además de constituir su vida, es lo que puede darle la consciencia de sí.

Y ved la primera antinomia de la existencia: vivimos de lo que nos combate, y nos afirmamos por la negación, por el enérgico «non serviant» que el medio formula a nuestro alrededor, al que nuestro ser replica, con mayor energía: «Y, *sin embargo*, me sirves».

Sin la hostilidad de lo circundante, resultaríamos indefinidos y perdurables; pero... no existiríamos, puesto que no seríamos personas, ni siquiera individuos. Y de aquí, también, que la lucha robustezca la personalidad; de aquí que seamos en el dolor más íntimos a nosotros mismos que en el placer.

Y como toda causa origina efectos; como es imposible que exista una acción sin reacción, y esta, en el ser vivo produce, en cuanto que causa también, una predisposición, un principio de hábito, todo cuanto rodea al ser vivo influye en su vida, y él, por reacción, influye también en la vida de todo. De aquí la adaptación al medio y la adaptación *del* medio, ley esta última que el solo raciocinio podía haber demostrado.

El niño, pues, con mucho más motivo y en cantidad infinitamente mayor que una célula aislada, es un centro de complejísimas relaciones con todo lo que le rodea.

Como la escuela no es, esencialmente, sino la relación entre maestro y discípulo, y esa relación no puede ser, no lo sería nunca, ni en la escuela regida por Silok, una relación utilitaria, sino espiritual y fundamentalmente desinteresada, ¿cómo no llamarla *religión*?

Religión es el culto desinteresado a lo *superior*, o, de otro modo, la preocupación amorosa por *lo universal*; es el amor a lo bello, lo verdadero y lo bueno; el esfuerzo heroico y tenaz para que impere en la vida esa triada suprema, y el amor respetuoso al mundo físico, como energía emanada de Dios;

«sentimiento de lo cósmico», que han tenido hombres como San Francisco de Asís y Fray Luis de León; sabios como Empédocles, Heráclito, Newton, Buffon, Linneo, Goethe..., y pueblos enteros, de gran cultura, como el pueblo indio. Eso es, en general, la religión y el espíritu que ha de vivificar en el alma del creyente la fe que confiese.

¿Y qué es todo maestro digno de tan excelso apelativo, sino un hombre religioso a estilo socrático; un enamorado de la cultura y un noble enamorado también de las conciencias en formación, de la infancia y de la juventud?

Las consecuencias reales del hecho de ser la escuela un organismo deben ser enormes e indefinidamente fecundas a lo largo del tiempo, puesto que el alumno influido por la escuela se transmite, en cierta medida, a sus hijos. Y esas consecuencias prácticas serían más grandes y más eficaces si este hecho hubiese sido comprendido claramente y se hubiese querido deducir, del mismo, tomándolo como principio, todas las consecuencias posibles, para ver de lograrlas luego en la realidad viva.

Pero hay que confesar que nuestra cultura, aunque la hayan declarado inepta para su propio progreso, no ha sabido obtener todavía consecuencias importantísimas de principios acogidos por ella. ¿Qué más, que no haber traducido en leyes y costumbres la igualdad de derechos que la razón proclama que debe existir entre la mujer y el hombre? ¿Qué más, que no haber logrado para todos los ciudadanos la base económica indispensable para el ejercicio de la libertad política, proclamada por la gran revolución del siglo XVIII? Y lo propio ocurre con el derecho del niño a la educación integral, en la que se incluye la «educación» básica, alimentación indispensable. Y no creo que sea preciso insistir en que no se ha considerado generalmente la escuela primaria como organismo, ni se ha procurado rodearla de los elementos necesarios para que su vida fuese próspera y fecunda.

La escuela, como todos los organismos superiores, está influida por cuanto existe, así en el universo físico como en el moral y social. La religión y la filosofía, dominantes; el Estado; el gobierno del momento y los partidos políticos; el medio social inmediato, y, dentro de él, de un modo más especial, las autoridades; y más inmediata y eficazmente, los padres de familia y los hermanos mayores de los alumnos, contribuyen a la educación del niño y casi determinan su actitud en la pequeña sociedad escolar. ¿Es bueno, es malo que todos esos elementos influyan en la escuela, o influyan directamente en la educación de los discípulos de una escuela y en su posición ante el maestro?

Formular esta pregunta equivale a plantear un delicado problema, cuya resolución podría llevarnos, si prescindiéramos de la realidad social y nos guiáramos por una rigurosa lógica abstracta, hacia el falansterio y la República de Platón.

Pero si he de decir clara, rotunda, terminantemente que una escuela deja de ser tal escuela, se disuelve como organismo, para convertirse en algo inferior y lamentable, si esos elementos, sean los que fueren y ostenten las prerrogativas que hayan querido otorgarles, no entran como componentes asimilados, nunca como directores -el director *único* de una escuela es su *maestro*-; si rompen la homogeneidad y la centralización del organismo escuela; si hacen en ella la irrupción avasalladora de las sustancias tóxicas.

Por lo mismo que la escuela se halla situada en el cruce de todas las vías humanas; a la vera de la familia; en las iniciaciones de la vida local; en la atalaya donde se comienza a distinguir la constitución política; en el ocaso de la historia pretérita y en el orto de la historia futura; y por lo mismo que depende en sus métodos y enseñanzas de todas las ciencias; en su funcionamiento, de la administración pública; en su finalidad, de todas las ideas directrices de la conciencia humana, y hasta en el conocimiento del sujeto de la educación, de una ciencia especial, la Psicología, le conviene, más que si fuera un organismo relativamente aislado, amojonar el territorio de su jurisdicción, esclarecer sus fines, precisar sus medios, fijar inconmoviblemente la autoridad del que es su centro anímico; definirse, en suma, que es limitarse, sí, pero que es también poseer «el título de existencia». Y esto es lo primero en la vida: *ser algo* distinto y diferente, *ser un ser*. La definición es la patente de originalidad. Lo que no puede definirse, por fuerte, por grande, por universal que sea, no tiene categoría; carece de sede propia en nuestra conciencia, a no ser que la posea *ab aeterno*, o que se halle al margen de lo racional.

Hace años cuando cegaban todavía, con otros nombres, las últimas fulguraciones del romanticismo que pudiéramos llamar «ideológico» (a diferencia de ese otro romanticismo eterno del sentimiento) se habría considerado como clara señal de pobreza y sequedad de espíritu, como exigencia de rutina dogmaticista este afán de pedir la cédula, esta manía definidora. Por suerte, o por desgracia (yo creo que por suerte) el clasicismo renace una vez más de sus cenizas, como aquella «fénix», que él creara, simbolizándose, y el orden, la valoración y la clasificación, y, como principio y consecuencia, la definición, van recobrando, o han recobrado ya, el imperio que les corresponde.

No creáis, por esto, que yo niegue que en «el principio fue el caos» y que del caos viene todo; ni que desconozca que lo inefable, el sentimiento, es el

motor de nuestras acciones y el placer -placer del orden que fuese- el fin de casi todas ellas. No es eso, no es negar eso lo que digo. Digo, sí, que en la vida social y política, que en la vida culta, que es vida que rige la razón, las realidades imprecisas cuentan poco.

Y así, las instituciones, colectividades, o doctrinas que, aun queriendo definirse, lo hacen de manera confusa, vaga, indeterminada, viven vida precaria, siendo campo abierto a toda suerte de intromisiones y materia dócil en manos de esa deidad veleidosa que se llama Moda la cual invade, con más o menos fuerza, todas las esferas de la actividad humana; porque en todas ellas la fantasía, puesta al servicio de la vanidad, encuentra puntos blandos en donde hacer presa; ¿y qué cosa más blanda que los individuos, colectividades o instituciones sin carácter propio, sin condiciones de relativa fijeza, sin medios y fines precisos?

La escuela popular, la escuela *para todos los niños*, tuvo origen, como sabéis, en Alemania, como una consecuencia del principio del «libre examen», que es el postulado base de la Reforma; pues es evidente que para interpretar los libros sagrados lo primero que hay que hacer es leerlos.

Nuestra escuela, pues, nació para enseñar a leer y a escribir; nació como una cosa instrumental, secundaria; no fue concebida en vista de dar al niño la cultura fundamental; no tenía por objeto, siquiera, hacerle buen cristiano, que de eso ya se encargaría la Biblia y los pastores protestantes.

Y a pesar de toda la literatura pedagógica, henchida de sonoros ditirambos, tan hiperbólicos como ineficaces, nuestra ley, vigente aún, de 1857, ostenta el propósito de que la escuela dependa, *en lo suyo*, *en lo docente*, de instituciones, autoridades, juntas... Y cuando se inaugura una escuela de nueva creación, o el local nuevo de una escuela vieja, hablan autoridades locales y el Inspector de primera enseñanza, si asiste al acto; nunca el maestro. ¿Se os ocurre a vosotros ni se le ocurrirá a nadie, que, al inaugurarse una Universidad -ya sabéis que en la aperturas de curso quien lleva la voz cantante es un catedrático- no figurasen para nada el rector ni el Claustro de la misma, aunque estuviera presente, como lo estaría, el Ministro de Instrucción Pública, que, por lo mismo, que es el Jefe e inspector nato de *todas* las Universidades, no asume ni debe asumir la representación de ninguna en particular?

Si la escuela primaria fuese una institución definida, con propia personalidad, con derechos fijos, consignados en leyes estables, o defendidos por secular tradición, le ocurriría exactamente lo mismo que le ocurre a la Universidad. Esta en el pináculo de la ciencia y a aquella en los comienzos; cada una en su esfera, pero en esferas autónomas e inviolables.

Y como el maestro, por esa misma indefinición de la escuela y por otras causas, que no es esta la hora de analizar, no se hace oír en parte alguna, podría llegar el día, y no estamos lejos, de que personas no preparadas intervengan en las funciones escolares, o sean, mediante una leve transformación, los propios matestros. ¿Se le ocurriría a ningún Gobierno que esos mismos apreciables ciudadanos, muy útiles en su oficio, muy dignos y honrados -eso es aparte-, fueran a ocupar, al obtener el retiro profesional, los juzgados de instrucción o las cátedras universitarias?

¿Qué es la escuela, pues? Para algunas gentes, el aula donde se instruye a los chicos en conocimientos muy elementales (más elementales, es decir, más sencillos de lo que son en realidad), sin otro fin que el de servir de instrumento para los demás estudios, mirados con criterio de utilidad. Ese es el objeto de la escuela para quienes creen que a los diez años debe comenzar el niño la segunda enseñanza, que no resulta por este error inicial, en la mayoría de los casos, enseñanza alguna, sino un *maremagnum* en el cerebro de los pobres chicos, que no pueden entender ni el lenguaje de los textos ni las explicaciones de los profesores. Según otras personas, la escuela es donde se adiestra el niño en la práctica del saber indispensable para poder valerse en la vida, en la vida de los negocios, sobre todo. Son esas personas las que no quieren que aprendan sus hijos sino «a leer, escribir y cuentas», y no con amplio sentido humanístico, sino rutinariamente y *lo más preciso*; esto es, nada, en cuanto verdadera cultura.

Y como en las sociedades modernas impera la democracia, a pesar de las declinaciones económicas en favor de las clases dominantes, las leyes que regulan el desenvolvimiento vital de la escuela, a despecho de preámbulos engolados, donde hay atisbos de la buena doctrina, demuestran claramente ese desconocimiento general del verdadero carácter de la educación primaria; prueban cumplidamente la indefinición de la escuela.

¿Qué es la escuela? repetimos.

Insistamos primero en el carácter de la relación entre el maestro y los discípulos y señalaremos después el fin de las mismas, el objeto preciso y privativo de la escuela, ya que las instituciones sociales se definen y se valoran principalmente por sus fines propios, de acuerdo con uno de los caracteres fundamentales del espíritu humano, la *teleología*. El hombre ante un hecho natural se pregunta «por qué»; pero ante los hechos humanos se pregunta «para qué». A la primera interrogación pretende responder la ciencia, e intentan responder a la segunda la religión, la filosofía, la estética.

Pues bien, hemos visto que en los discípulos de las escuelas primarias hay un sentimiento de carácter religioso, el amor-admiración hacia el maestro.

El niño no puede amar la cultura, que no conoce; no podría amarla, aunque de algún modo la conociese, porque los sentimientos han ido de lo concreto a lo abstracto, como el conocimiento ha ascendido desde lo particular a lo general. El niño puede admirar al maestro, y este exterioriza su cultura ante aquel, el niño amará la cultura, *en cuanto creación de su maestro*, y la amará, luego, en el amor a sí mismo, y por fin, la amará con absoluto desinterés, si el maestro ha nutrido su alma con la suya propia y ambas constituyen como una diada, sobre la que sopla al espíritu vivificante de la cultura, formándose así la trinidad *padre-maestro, hijo discípulo y espíritu cultura*.

En cuanto a las relaciones de los elementos escolares, diremos únicamente, y dejando a un lado las relaciones del niño con el medio físico, que en las que sostiene con las demás personas que le rodean, se ve atraído y repelido pro pasiones, sentimientos, ideas y actos múltiples, contradictorios y caóticos, haciendo todo su labor, buena, o mala, mala, generalmente. Sólo en la escuela encuentra el niño una cosa *seria*, en el doble sentido de la palabra, esto es, «severa» y «seriada». Esa serie, ese sistema, esa unidad, ese alma corporizada en palabra oral y escrita, en preceptos, y enseñanza y disciplina es... ¿es qué...?

Hay en la enseñanza dos funciones, y su distinción, en el fondo, es bien antigua: la función material y la función formal.

La enseñanza material es la presentación al discípulo de las ideas científicas, históricas, morales..., y la función formal de la enseñanza, la labor que esas ideas y *algo más* verifican en el espíritu del educando.

Ese «algo más» es lo inmensurable o cualitativo de la enseñanza; es su calor de vida, engendrado en el alma del maestro por los sentimientos altruistas y superiores, puestos en acción ante la realidad escolar; es la varia iluminación, según la materia, el momento y el auditorio, que a lo meramente instructivo presta el carácter intelectual de cada maestro; es la energía, el entusiasmo, la constancia apasionada; la valorización personal, que matiza, o exalta, o ensombrece las cosas; la persuasiva expresión de relaciones súbitamente intuidas o maduradamente pensadas; la sugerencia aguda, la interrogación precisa, la palabra justa, la definición exacta, la descripción breve y luminosa y la sugestión dulce y fuerte del mando firme y sereno y del consejo oportuno y concreto; es también la ejemplaridad imborrable de la conducta ecuánime, equitativa y generosa; es, en suma, la labor personal del maestro, *su estilo*, en la más amplia y más profunda acepción de la palabra -"el estilo es el hombre"-. El resultado de esta labor conjunta -la propia de las ideas transmitidas y la personal del maestro al transmitir las ideas y al educar- es el progreso del discípulo: el afinamiento del gusto estético, la depuración de los sentimientos egoístas, la elevación

del carácter, la impersonalidad de las actividades superiores y el hálito y el placer de su ejercicio; es la educación, mejor dicho, es *la cultura*. La palabra «educación» tiene, de una parte, sentido más general y abstracto; se concibe educación francamente mala; y, de otra parte, se la puede suponer terminada en el sujeto; mientras que la voz «cultura» tiene significación más precisa y, además, rebasa del sujeto, pues no se concibe al hombre culto como se concibe al hombre sano, o sabio, o educado, esto es, como poseyendo estas cualidades estáticas, yacentes en su ser; sino que «hombre culto» es un término dinámico; no se es hombre culto en tanto no se labora por la humanidad.

Y por esto puede decirse que se debe *educar para la cultura*.

Fijaos bien. La frase es todo un programa.

Yo creo, además, que esta frase -educar para la cultura- salva definitivamente *el derecho a educar*.

¿Qué...? ¿Es acaso tan claro que se pueda, moralmente, educar para la familia, o para la patria, o para la religión, con ser cosas tan altas, ni aun para la más perfecta bondad? ¿Con qué fundamento, fuera de mi opinión, exigua y precaria fuente de derecho, puedo yo inculcar en mis hijos o en mis alumnos el espíritu de sacrificio, por ejemplo? ¿Para que luego venga un filósofo utilitario y me demuestre que he sido un majadero? Mientras que si realizo semejante labor sometiéndome a una exigencia del concepto de cultura, de la cultura como hecho natural de la Humanidad, como cosa dada realmente en la Historia, como devenir del espíritu humano, tengo ya la ley de mi hacer; tengo no el derecho, sino la obligación de inculcar ese espíritu en mis educandos.

¿Qué es entonces la cultura?

Diremos, abreviada y metafóricamente, que cultura es *el haber* del progreso humano que se pueda inventariar *en los hombres; en ellos, en sus personas, y no fuera*. No puede decirse, señalando las bibliotecas, los laboratorios y los museos: *eso es la cultura*. No, eso no es la cultura. Eso es *uno* de los efectos de la cultura pasada, y *uno* de los medios para la cultura del porvenir; eso es concreción de cultura, *inepta*, como toda concreción, para producir por si misma lo semejante, como la cáscara de huevo no produce otra cáscara de huevo si no es ingerida y asimilada.

¿Es entonces la cultura el saber de los hombres, aprendido en esas bibliotecas, laboratorios y museos?

Tampoco es eso; aunque ya estamos más cerca. La cultura es, sí, el saber, el saber en cantidad tan variable que puede suponerse reducido al que se ad-

quiere en la escuela primaria; pero el saber fecundado por el espíritu religioso. *Espíritu religioso*, esto es, dedicación de la vida a lo ideal, a lo trascendente de nosotros mismos; superación del bajo egoísmo, coraza, antena, ventosa y garra del alma instintiva, por el egoísmo superior, sin otras armas que las alas de Psique; por el egoísmo que infunde en quien lo posee la creencia de que es capaz de todas las grandezas; por el egoísmo de sentir a Dios dentro de sí y de creerse llamado a prosperar el bien, la verdad y la hermosura en este bajo mundo, pobre, miserable ruin... cuya atmósfera. *sin embargo*, se ha conmovido con las palabras de Sakia Muni, de Zaratustra, de Sócrates, de Francisco de Asís, de Teresa de Avila, de Giordano Bruno; sobre cuyo fango putrefacto ha podido alzarse el Partenón y se levantan hoy esas torrecillas, en las cuales el *gusano que piensa* analiza la materia del Universo, y pondera su masa y mide la trayectoria de los astros y el divino volar de la luz; en cuyo espacio, poblado de ponzoñas, ha brillado la lanza de oro de Atenea y refulge, con eternos resplandores, la cruz del Calvario, y en cuyas aguas, salobres, apareció, en uno de esos instantes preñados de siglos, en que la fuerza creadora del espíritu produce una forma definitiva, el arquetipo y el ideal de la noble belleza humana, de la divina belleza humana, con el nombre armonioso y glorioso de Afrodita: blanca espuma, frágil y breve: gracia, belleza, fuerza, espíritu, eternidad.

¿Queréis que os cite un alto ejemplo moderno de acción consecuente al espíritu de cultura? Lo fue el ejemplo sublime de los náufragos del «Titanic». Profesaban aquellos héroes, flor de la especie humana, diversas confesiones religiosas, y muchos no profesaban ninguna. Pero ¿quién osaría negar que su proceder y su actitud fueron una actitud y un proceder plenamente religiosos? ¿Y a qué religión podemos atribuir ese espíritu, sino a la religión de la cultura, de la que son flores inmarcesibles la bondad serena, la serena justicia, la abnegación recóndita y el criterio impersonal, que nos señala perentoriamente y con videncia insobornable *lo mejor*, cuando no se pude realizar lo bueno?

La cultura, en cuanto a su intención laborante, es la religión del mejoramiento humano, por los medios que la verdad religiosa, la verdad científica, la verdad moral, la verdad estética y la verdad artística vayan ofreciendo. Es, en el sentido propio de estos términos, *filosofía y humanismo*. Y como en el sentido de esos términos hay notas comunes, como el humanismo puede considerarse cual una derivación de la Filosofía, *cultura es filosofía*, en el más amplio sentido de la palabra; en sentido pleno, en cuanto al primero de los componentes de su concepto -amor- y con todo el posible desarrollo del segundo elemento, *sabiduría*; esto es, amor intenso y desinteresado a la sabiduría, con su valor ético, con su eficacia moral; o bien, *cultura es humanismo*, si se quiere volcar en este término cuanto la gran palabra *filosofía* contiene.

La cultura, íbamos diciendo, no se forma en el alma del discípulo con sólo la enseñanza material, ni considerando las ideas sueltas, ni mirando esas formaciones llamadas *asignaturas*, como una catedral no puede levantarse en el espacio con montones de materiales de construcción, aunque sin ellos no se puede construir la catedral. ¿Qué hay en una catedral además de los materiales de construcción y aun además de columnas, arcos, bóvedas y muros? Hay una estructura, una estructura sintética: una forma bella y el medio para una finalidad útil; una perfección por sí misma y una perfección para determinada finalidad, trascendiendo ambas perfecciones de lo momentáneo y circundante: proyección de lo temporal en lo eterno. La catedral es una superestructura arquitectónica. Pues bien: la cultura es la superestructuración del espíritu humano, con perfección desinteresada, inútil, y con perfección utilísima. Y como el espíritu humano es activo, no queremos, con el símil de la catedral, dar a entender que la cultura es formación estática, sino ordenación dinámica, arquitecturación animada, como la de los cuerpos de los seres vivos.

¿Y cómo definiremos al maestro en relación a su obra? Ello es evidente. El maestro es un artista con base técnica, pero, sobre todo, un artista: el maestro es el arquitecto de la cultura, aunque no -¿habrá que decirlo?- el arquitecto de toda la cultura; pero sí del trazado general y de los muros principales en el espíritu de cada niño.

En apoyo de la afirmación de que el maestro es esencialmente artista voy a leeros unas palabras. Ya sabéis que en el año 23 el ministro Italiano Gentile, discípulo predilecto del egregio filósofo Croce, realizó una importantísima reforma en la instrucción pública de su país. En un estudio de esa reforma, hecho por Ernesto Condignola, director del Instituto Superior del Magisterio de Florencia, se lee -según nuestro cultísimo compañero Orencio Muñoz- este pensamiento, que Condignola cree que es el principio fundamental, base de la reforma italiana de la Primera enseñanza: «No hay una ciencia pedagógica o didáctica que pueda ayudar al maestro en el acto vivo de su magisterio[3]. En el acto de la educación, o de la instrucción, ya que ambas cosas coinciden, el maestro sólo puede apelar a sí mismo, a su intención, a su inteligencia, a su penetración psicológica; no existen presupuestos, ni normas, ni leyes.» Esa es la cita, la única cita de estas cuartillas; pero vale por un libro ella sola. ¡Qué consecuencias, queridos compañeros, de ese que para mi, al menos, es un postulado, iba a decir que un axioma de la Pedagogía, pero que

---

[3] No se dice que *previamente* no necesite el maestro informes metodológicos, sino que en el acto de la educación el maestro obra por sí mismo, como artista y no como técnico.

resulta desconocido, u olvidado, o pisoteado de continuo! ¡Tal es la confusión del momento!

Una finalidad tan vasta como la cultura puede sufrir diferentes descomposiciones.

Nosotros vamos a hacer una, quizá original; por lo menos, yo os aseguro honradamente que no la he visto en ninguna parte.

Como ya dijimos al hablar de la conciencia, en los umbrales mismos de la vida orgánica se da una gran antinomia: la naturaleza crea hijos a los que declara la guerra, y esa guerra los hace vivir, individualizarse y personalizarse; y eso mismo que los hace vivir los va gastando, hasta causarles por fin la muerte: Cronos.

Pues bien: la vida -a la vida humana me refiero ahora- está plagada de antinomias. Es antinómica la relación entre la sociedad y la familia, entre el individuo y el Estado, entre el derecho y la ley, entre la riqueza y el trabajo, entre la libertad económica y el derecho a la vida, entre la libertad moral y la bondad, sin aludir a esa otra profundísima antinomia, fuente de eterno pesimismo, entre el instinto de conservación del individuo y el instinto de conservación de la especie, ni a aquella otra -tonel de las Danaides- entre lo ideal y lo real, esto es, entre el ideal puro y el ideal realizado... que ya no puede ser ideal, que ya reclama otro, sometido fatalmente a igual destino.

Pues bien: yo creo que el progreso de la cultura consistirá, y de lo contrario no será progreso de la cultura, sino únicamente de la civilización externa, consistirá, digo, en resolver esa oposición de lo conjunto; en unificar, ante lo contradictorio, los complementarios en repugnancia recíproca; en convertir la antítesis de lo relacionado, en síntesis armónica.

¿Por qué medios? Por la creación de sentimientos nuevos, que enlacen con hilo sutil, pero irrompible, esos pilares enfrentados y hostiles, a pesar de que une sus bases un mismo cimiento y un arco, sus cabezas.

Las antítesis de lo biológico no podrán ser reducidas jamás. Pero ¿no podrían serlo las de índole privativamente humana? ¿Es acaso que no consiste el progreso moral en la paulatina reducción de esas antinomias?

La finalidad más alta, la mayor eficacia de la educación consistirá, entonces, en procurar resolver dentro del alma del niño las antinomias puramente morales, por el valor de ese trabajo y también como antecedente para la más rápida solución de las de carácter social y político. Sintetizar en el espíritu de los escolares estas antítesis: convicción y tolerancia, espontaneidad y orden, viveza y serenidad, austeridad y benevolencia, y, por fin, la propia de la edu-

cación: disciplina y libertad; esa sí que sería labor de apostolado, que elevaría al maestro a la alta jerarquía de escultor de un alma nueva, hija de la gran cultura clásica y del sublime espíritu cristiano. Fundir a Jerusalén y Atenas, no en un libro maravilloso, sino en el espíritu de las nuevas generaciones cultas, constituiría una base sólida, de hondos cimientos, resistente como el mundo y durable como la Humanidad, para la definición y la mejor defensa de la escuela primaria.

De todo lo dicho se desprende que la escuela es un organismo esencialmente moral. Capacitar a los niños para la cultura, iniciarlos en la cultura y en la religión de la cultura, es labor *esencialmente* moral, prescindiendo de que la enseñanza de la religión cristiana bastaría para dar a la escuela esa nota, y sin olvidar que la religión de la cultura es imposible sin la moral cristiana.

Predicar de alguna cosa la moralidad es hacer clara alusión al concepto del deber. Y no me refiero ahora al deber inexcusable de la sociedad de satisfacer el derecho del niño a la cultura; me refiero al deber, no de los niños, precisamente, pero sí de los padres en representación de aquellos, de ingresar en la vida adulta.

Se ha hablado siempre del deber que tienen los padres de proporcionar buena educación a sus hijos, *en cuanto que esa educación favorece a estos*, ya mirando a sus intereses materiales, ya mirando a sus intereses eternos. Se trata, pues, de un deber para con los individuos. Pero yo no me refiero a eso; me refiero a un deber religioso con respecto a la cultura, análogo al deber del católico con respecto a la salud de la Iglesia.

Y en cuanto el niño pueda tener un concepto de la cultura, ha de comunicársele la idea y el sentimiento de ese deber. A nuestras escuelas acuden niños de 12, 13 y hasta 14 años. Estos discípulos, que tienen clara noción de sus deberes familiares y escolares, que conocen y practican, más o menos perfectamente, la elevadísima moral cristiana ¿no han de poder hacerse cargo de la obligación de la cultura?[4].

¿No os parece, señoras y señores, que este cuadro, magnífico por su asunto, aunque torpemente trazado por mi, responde al carácter de la pedagogía de Pestalozzi y a las ideas y sentires del sublime maestro suizo? No olvidéis que él fue hombre humanitario, con la mira puesta en «el bien del pueblo»; no olvidéis que estaba impregnado del espíritu de su siglo y de las ideas de Juan Jacobo Rousseau. En el alma de aquellos hombres las ideas de libertad y demo-

---

[4] Las "*Ligas de Bondad*" infantiles parecen responder a este concepto.

cracia estaban caldeadas por sentimientos humanistas y humanitarios. ¿Qué fervores no habría en el alma de Pestalozzi, sensitivo como una madre, sentimental como un poeta, inocente como un niño, austero como un santo, abnegado como un mártir, de visiones aquilinas como un filósofo? ¿Cómo no figurarnos que la simpatía con el pueblo, el amor al niño, el culto al saber, al deber y a la libertad, y a la fe cristiana formaron en su alma la religión de la cultura? Religión que es síntesis de esas otras religiones, a ninguna de las cuales cambia de naturaleza, sino que las afirma todas, realzando el valor de cada una. Las síntesis espirituales no se parecen a las síntesis químicas, sino a las arquitectónicas ¿Y cuándo vale más la piedra, sino cuando es sillar y la columna, que cuando sostiene un arco y el arco, que cuando soporta una cúpula? Y también se parecen, en su eficacia, a las semillas. En una semilla hay un árbol y un bosque. Y un bosque es un mundo.

Madrid,Imp. «Juvenal», 1927
La Escuela Moderna , nº 3, marzo, 1927, pp. 127-131 (texto abreviado)

Formación Cultural del Maestro[1]

¿Puede hacerse una división bipartida de los trabajos habituales, por razón de la varia cualidad de su valor humano -sociológico e histórico- o sea por razón de sus orígenes anímicos, ya que aquellos valores han de ser el resultado de estos orígenes?

Comparemos dos grupos de trabajos. De un lado el Sacerdocio, la Política, el Magisterio, la Judicatura, la Abogacía, la Medicina, las Bellas Artes, y de

[1] Conferencia leída en el Cursillo de estudios pedagógicos organizado por la Asociación de Maestros de Madrid en abril de este año.

otro, las actividades técnicas, burocráticas, mercantiles y las artes manuales u oficios. ¿No saltan a la vista diferencias importantes entre ambos grupos?

No presupongamos para el ejercicio de las actividades del primer grupo la necesidad de esa cosa mística que se llama *vocación*, y su indiferencia para el desempeño de los quehaceres del segundo grupo. En unas y en otras es a veces la vocación indicio de aptitud, es otras veces un espejismo. También ocurre que se acepta con disgusto una actividad determinada, en la que luego se demuestra no sólo capacidad suficiente, sino excepcionales condiciones.

Nosotros llamamos a los trabajos habituales del primer grupo *profesiones, y ocupaciones* a los del segundo grupo.

Y decimos que las ocupaciones aparecen, por de pronto, como las especies del trabajo habitual que no afectan necesariamente y de modo directo y continuo sino a una zona de la actividad de nuestro espíritu. Es forzoso reconocer que para el desempeño de las ocupaciones no son necesarias cualidades especiales, o son, en todo caso, necesarias intensidades especiales de *inteligencia*; esto es: que las ocupaciones pueden cumplirse regularmente sin poner a contribución otra facultad o aspecto anímico que la inteligencia; y no hemos nombrado la voluntad porque la voluntad, como previo consenso y como energía propulsora, es condición indispensable de cualquier actividad humana.

Las ocupaciones, decimos, sólo requieren inteligencia, entendiendo, *grosso modo*, por inteligencia, además del juicio y el raciocinio, la memoria, la imaginación reproductora y la intuición de relaciones entre lo conocido. No hay que hablar de la atención, que es cosa voluntaria y no, en su raíz, cosa intelectual. Acordaos de cualquier especie de las que hemos llamado ocupaciones, y notaréis la verdad de lo que decimos.

¿Y las profesiones? Las profesiones captan en mayor grado la personalidad. Y no nos referimos solamente al mayor número de facultades o potencias anímicas que la profesión embargue; sino que nos referimos también a la cualidad de lo embargado.

Inteligencia y espíritu

Para nosotros hay en el alma del hombre, no quizá esencias distintas, pero sí distintos planos de actuación, diferentes posiciones fundamentales y capitales ante la vida; una es la posición cerebral o intelectual, la posición en que el animal racional, *homo sapiens*, se adapta al medio y modifica el medio;

se apodera, en beneficio propio, de las fuerzas naturales, inventa la artes útiles, las ciencias aplicadas, la administración, la industria, el comercio y la guerra por causas económicas. Desde el hecho prehistórico de convertir una rama de árbol en estaca, hasta los hechos, de hoy mismo, de la *telestesia*[2], se han dirigido todos los inventos a un mismo fin: la utilidad, y han tenido un solo autor: la inteligencia. La inteligencia es el órgano humano de la lucha por la vida, el suplente aventajado de la garra y el colmillo, del brazo largo y el pie prensil, de la fuerza y la agilidad.

Si no hubiera más que esto en el alma del hombre, el llamado materialismo histórico o interpretación económica de la vida sería una evidencia meridiana. Pero ocurre que hoy, en medio de esta enorme civilización material que absorbe casi toda la vida, la mayor parte de las huelgas obreras no se producen por causas crematísticas; ocurre que muchas guerras, muchas, han obedecido a motivos sentimentales; ocurre que la formidable labor de la gran potencia mundial de entonces, la formidable labor de España en el siglo XVI, fue de orden ideal; ocurre que millares de santos y cientos de miles de héroes se han sacrificado abnegadamente; ocurre que las obras de arte son de esencial y manifiesta inutilidad; ocurre que el honor, la dignidad, la austeridad moral, la filantropía van contra los intereses vitales, biológicos, del practicante de esas virtudes. Poco importa que lo altruísta haya emergido de lo egoísta, que lo inútil sea eflorescencia de lo económico, que el Arte haya salido de la magia capciosa, como nada importa que lo concreto sea base de lo abstracto y lo particular fuente de lo general. Y digo que no importan muchos esos orígenes porque no son, en realidad, orígenes causales, sino estancias, grados de evolución de algo que es -que es de algún modo, que *es algo*- puesto que existe, y que existe, puesto que obra. ¿Tendrían las palabras *espíritu, justicia, amor, belleza, absoluto, infinito, eterno* el sentido que tienen, si no respondiese ese sentido a algo que *es* fuera de nosotros y que nosotros percibimos racionalmente, o algo que es realidad en nosotros, por virtud de una potencia creadora, participación, sin duda, de otra potencia más alta, salvándose en ambos casos el valor de esas ideas? ¿Habría formulado el hombre el imperativo moral kantiano y aquel otro imperativo del sentimiento, tan bellamente expresado en la composición «No me mueve, mi Dios, para quererte», si no fuera capaz de concebirlos y no tuviese fuerza para ejecutarlos?

Existe, pues, en el hombre, además de la inteligencia, otra función, otra posición, otro gesto, si queréis, ante..., mejor que ante la vida, sería decir ante *lo demás*, y mejor que ante lo demás, puesto, que el hombre mismo es objeto de

---

[2] ¿No podrían llamarse así la audición y la visión a distancia?

su consideración, ante el ser, sin que demos aquí a la palabra *ser* ningún preconcebido valor. El ser aquí simboliza lo existente y lo posible, lo real y lo irreal: Dios, el hombre, el mundo sensible y el mundo científico, todo lo que puede ser objeto de la actividad de nuestra alma, todo cuanto a lo largo de la Historia ha ido el hombre encontrando, creando y ensoñando. Esta posición, privativamente humana, más privativamente humana que la posición intelectual, y que responde a lo que llamamos espíritu, o que es el espíritu realizándose, es una posición desinteresada de lo útil, ajena a la aspiración económica.

La cultura

Esa posición espiritual preside actividades externas, que si tal vez surgieron allá, en el vestíbulo de la Historia, en vista de un fin útil, bien pronto perdieron la memoria de su origen, desertaron del campo biológico, del ejercicio disciplinado por la inteligencia y dirigido a la conquista de lo útil, y se alistaron en los equipos del juego -del juego intelectual- adornándose con melodías, aromas y colores inútiles. Y surgió la gracia, hija amable de la belleza y el genio; se alzó sobre la vulgaridad ostentosa la modesta originalidad de la elegancia; disparó el entendimiento cultivado sobre el entendimiento ignaro su melífero dardo de ironía, y se hizo en medio del trabajo monótono, pesado y fatigoso, la divagación poética y su hermana la consideración filosófica: flores del ocio para exornar lo inútil con la belleza y la gracia, con la elegancia y la ironía. Cuando algunas de esas flores se convierten en frutos, mediante ya un trabajoso cultivo, mediante una supernutrición, en que se da el espíritu como alimento, esos frutos se llaman Etica y Derecho, Dialéctica y Psicología, Metafísica y Física; se llaman con el nombre de todas las ciencias, o se concentran en las obras de arte, que embelesan al hombre y lo educan.

Naturaleza de la cultura

La cultura (Filosofía, Bellas Artes, ciencias teóricas) se nos aparece como una escapada del hombre fuera de la naturaleza física; como resultado de una arbitraria violación de sus normas férreas. La historia humana es un episodio que no figuraba en el programa de la historia telúrica. En el teatro de la vida universal el actor *Hombre* ha dicho una palabra *suya*.

¿No es esto absurdo? Es absurdo, pero... *es.* Un sublime fautor de lo absurdo ha dado al hombre, como a escondidas de la Naturaleza, ese don a que antes aludíamos: el espíritu. Y por eso el espíritu, fiel a su origen, contradice las leyes de la energía, es una suplantación de la fuerza, es el milagro continuo.

Si los monstruos cuaternarios hubiesen podido tener clara visión de los destinos del hombre, de lo que el hombre iba a realizar y, sobre todo, de lo que iba a pensar y, más todavía, de lo que iba a sentir, no habrían reposado hasta aniquilarlo, con el furor reconcentrado de la envidia suya y de la envidia anticipada de todos sus descendientes hasta el fin de los siglos.

Y cuanto hay en el alma del hombre inclinado hacia lo físico se resuelve iracundo contra el valor revolucionario de Psique; y Jove, rey de la Naturaleza, castiga a Prometeo, y Ares, fuerte y agresivo como una fiera, se burla del celeste Liróforo, y los jayanes de todos los tiempos y de todas las latitudes hostilizan bestialmente a los nobles y tristes Quijotes, y hay soledad y frío en todas las alturas y no existe corona auténtica que no sea, por dentro, corona de espinas...

El Ocio

La cultura, como escapada de la Naturaleza, tuvo que comenzar en el ocio. El trabajo atiende, atendía, sobre todo, primitivamente, a las necesidades biológicas, y no es biológicamente necesaria la cultura, cosa *escolar*, de juego, de libertad de pensamiento y de acción.

En las horas de ocio, el espíritu del hombre primitivo, débil, muy débil todavía, pero atento al vivir circundante, tejería neblinosos ensueños, constelados de intuiciones fúlgidas. El poeta de los primeros tiempos, al contacto con la Naturaleza, ya en parte domeñada merced al fuego del hogar, sería poseso del alma cósmica, que abrazaba imperiosamente su pobre alma infantil, en la que surgirían, como engendros de aquel abrazo, tenues jirones de caóticos ensueños, confuso rastro de raras quimeras, súbita evocación de cosas imprecisas, fosforescencia de cementerios ancestrales, espejismo de remotas lejanías...

En los vírgenes bosques dilatados, henchidos de vida y palpitantes de misterio, percibiría sombras fugitivas, bisbiseos inquietantes, temerosos gritos pánicos; y en las noches serenas de grandeza solemne, lo creería todo poblado

de almas: las almas oscuras, pavorosas, que alientan en los abismos; las que sostienen las montañas; las que infunden la vida en cada uno de los seres de la tierra, del agua y del aire; la que palpita en las más altas regiones de la atmósfera, donde mueve los vientos y ruge en los huracanes; y, fijando su vista en lo azul, le parecerían las estrellas seres escrutadores y severos, asomados a la Tierra para verlo todo, escondidos en el misterio de la lejanía... Sólo las fuentes y los árboles con almas propicias. El padre Sol era un dios bueno en el Cielo, y un dios bueno en la Tierra el fuego, que *vivía* en lo hondo de la cueva hospitalaria.

Y en un amanecer luminoso, tibio, y perfumado, cuna propicia al nacimiento de Psique, un genio de las intuiciones primeras, un pobre salvaje iluminado, se yergue estático sobre ingente roca. Su pequeña tribu ha sido compelida a dejar los lugares en los que había tenido largo asiento, y ha marchado con ella durante varios días por la orilla de un río caudaloso, pujante y sereno, imagen de lo que, fluyendo sin cesar y sin cesar perdiéndose, permanece idéntico. La selva que le rodea es la variedad complejísima, pero relativamente estática. Desde la copa de árboles gigantes ha divisado montañas de eterna quietud y ha sentido desde lejos el silencio solemne de sus cumbres. Arriba, el Cielo ingrávido parece, no obstante, sostenido por el borde siempre lejano de la Tierra. Todavía no devana estas imágenes, pero está en su cerebro la confusa madeja, y el telar se halla pronto a moverse. La roca, por la que ha trepado el cazador fugitivo, se prolonga en su base hasta el mar admirable y sugeridor, de múltiples ecos y luces cambiantes, inmenso e inquieto, como un monstruo divino, y dentro de él avanza, por atracción de amor, y en él se disuelve con profunda voluptuosidad, muda e inmoble. El mar la acaricia de continuo y le regala collares de aljófar, que se deshacen.

El salvaje se halla absorto por el mar. En rápida reacción, como si su alma hubiese cobrado nuevas fuerzas, lo contempla deliberada y desinteresadamente. Es la primera acción desinteresada que se ha producido en el mundo. La recompensa será rápida y fulgurante. Aquel hombre quiere comprender lo que mira; necesita comprender. Comprender es comparar lo fugitivo con lo permanente, lo vario con lo uno; lo mudable con lo idéntico. Y se mira a sí propio como en súbita invención, como si se mirara por vez primera. Y surge de una vez, entero y vivo, como Palas de la cabeza de Jove, el verbo humano, la imagen de nuestro ser en nuestra alma, que *es* un nombre: *yo*. Se ha producido la gran palabra, supuesto indispensable de todas las que han de formar la Filosofía, la Ciencia, el Derecho. Existe ya el agente de esas formaciones que constituirán la Historia. Ha nacido el primer hombre en el alma de ese pobre animal débil, inerme, inadaptado al medio físico, en el alma de ese infeliz simioide fracasado.

Y sintiendo el deseo de tomar posesión del mundo, se gritó a sí mismo: *¡yo!*, golpeando su frente y su pecho. Y miró luego hacia el bosque, el río, el mar, y las montañas, con nuevo mirar imperativo, y poniendo en la flecha aguda de su mirada la suprema palabra, como el mensaje de su poder. Y fue ella, desde entonces para siempre, la bandera de todos sus combates, el lema de todos sus trabajos, el eje de todas sus ideas, el centro de todos sus amores, hasta de los más puros; porque el pensamiento y la acción del hombre han de crecer en profundidad cuanto más se dilaten en altura, y la profundidad humana es la personalidad que simboliza la palabra *yo*.

Así, pues, el nacimiento de la civilización, es decir, el acto inicial de la serie de trabajos para dominar la Naturaleza, fue el descubrimiento del fuego; pero el nacimiento de la cultura, de la serie de divagaciones, de juegos del espíritu, que se llaman poesía, arte, dialéctica, nació en la intuición apasionada del *yo*, umbral del autoconocimiento, que es el ápice de la sabiduría, y aun toda la sabiduría, en cierto modo, porque conocerse a sí mismo es conocer también las normas de la propia razón y los materiales de la propia inteligencia.

Ved cómo los trabajos humanos se pueden dividir, por la mayor o menor personalidad que exigen, en trabajos en que predomina lo subjetivo y trabajos en que predomina lo objetivo; en trabajos de cultura y trabajos de civilización.

En el origen de las profesiones

Decíamos antes que el espíritu era, en cierto modo y hasta cierto punto, enemigo de lo físico; que en lo meramente cósmico, el hombre y su cultura eran algo que «salía del programa». Nosotros hemos afirmado esto hace mucho tiempo, y muy expresamente en un trabajo contra las exageraciones en que suele tomarse la «ley de la lucha por la vida». Y ahora hemos leído en un ensayo del Sr. Ortega y Gasset, excelentísimo, como todos los suyos, que el hombre es un animal inadaptado al medio -¡gloriosa independencia!- que los antropoides deben haber aparecido sobre la Tierra después que la Humanidad, puesto que poseen mejores disposiciones qpara la lucha. ¿Qué prueba esto, sino la sublime extravagancia de la razón? Y habíamos indicado también que, en correspondencia a esa enemiga trágica entre la Naturaleza y el Espíritu, existe en los planos inferiores del alma humana profunda antipatía hacia los planos más altos. Y ahora decimos que una prueba de que hay diferencias importantes

entre las profesiones y las ocupaciones es el origen de aquellas en atmósfera de odio y de desprecio.

Circula por ahí un libro, que no conozco sino por referencias, cuyo autor, un catedrático, parece ser hombre vidente, pero miope. En ese libro se dice que la profesión de maestro es despreciada, sobre todo en las pequeñas poblaciones ricas. ¡Claro que sí! Como lo es la de catedrático entre mucha gente de las grandes ciudades. ¿Qué es un catedrático para los señoritos ricos, y, aunque adinerados, los grandes banqueros, los industriales de fuerza y los políticos ignorantes y triunfantes, sino un pobre hombre, un tonto con pretensiones? ¿Y qué fueron en lo antiguo y en la Edad Media los poetas, sino mendigos ingeniosos, y mendaces curanderos los galenos, y criados más o menos distinguidos los preceptores, y objeto de universal rechifla los dómines? Los profetas de la Astronomía y la Química, los astrólogos y alquimistas, ¿no eran brujos o locos? ¿Y no figuraba en pleno siglo XVII, después del espléndido Renacimiento, el *Pintor* por antonomasia entre los ínfimos criados del Rey Nuestro Señor D. Felipe el Grande? Todos cuantos no se dedicaban a las ocupaciones elementales, a la caza o al pastoreo, en los tiempos primitivos, y después, a esas ocupaciones o a la milicia, la agricultura, el comercio, sin más excepción que la Iglesia, por el carácter sagrado de las funciones sacerdotales, han sido calificados de *indeseables*, y algunos artistas, como los escénicos, puestos al margen de la comunidad de los fieles. Gente despreciada, cuando no odiada y despreciada también, la gente intelectual», que decimos ahora. Y hasta hoy mismo, en una ciudad excepcionalmente culta, hemos oído lanzar a un grupo la palabra «¡intelectuales!», con el gesto, con la entonación, con todo el aire hostil, seriamente hostil de un insulto... Y sin que hubiese intención irónica, sin que aquel señor quisiera decir que los del grupo no eran intelectuales verdaderos, no. El dijo «¡intelectuales!» seria e ingenuamente y con ánimo de afrentar a los del grupo, que eran casi todos jóvenes de excelente posición social. Aquel grito simbolizaba el odio eterno de la mentalidad inferior a la superior, de los instintos primitivos a la sensibilidad delicada, de la barbarie agresiva a la civilidad elegante, de lo bestial a lo refinado; es el espíritu de la mayoría de los heliastas que votan la muerte de Sócrates; el del populacho que vocifera ¡crucifícale!, ante el Pretorio de Jerusalén; el de las turbas idiotizadas que seguían a los herejes camino del quemadero; el del pueblo apolítico, bárbaro, que exalta la esclavitud de aquel «¡Vivan las cadenas!» de principios de nuestro siglo XIX. Polifemo contra Odiseo; la caverna contra el Partenón: todo lo animal contra lo divino en el retemblante tablado de la tragedia humana.

De este odio de lo inferior no se librará nada que sea superior; pero las ocupaciones técnicas, aunque estén desempeñadas por altas inteligencias, como

son, por su objeto, más inmediatamente útiles, detienen, por egoísmo, siquiera sea egoísmo colectivo, la envidia de los mentalmente inferiores. Y dejemos, o mejor dicho, prosigamos en lo mismo, tratando del *sentido heroico de la cultura*. Permitidme que lo acentúe. Esta conferencia es de premisas; las conclusiones que respondan al objeto indicado por el tema han de salir ellas solas.

La cultura, obra del Ideal

La cultura activa, la labor por la cultura es, a mi juicio, y como ya he tenido el honor de exponeros en otra conferencia, la religión del progreso del hombre. Sin perjuicio de precisar qué es para nosotros lo *heroico*, volvamos a afirmar que la labor de la cultura es heroica porque es religiosa, y que es religiosa porque está dedicada a lo ideal.

¿Y qué es lo ideal? Detrás del mundo de los fenómenos y por encima del mundo de la ciencia, que es el mundo de los fenómenos, ordenado, interpretado, creado en cierto modo o, quizá mejor, *recreado* por el pensamiento, existe el mundo incognoscible de *la cosa en sí*, de lo por encima de nosotros, de lo metafísico, que se resuelve en nuestro espíritu en tesis contradictorias igualmente demostrables, es decir, inciertas, de realidad inaprehensible por la razón y, por consiguiente, irreales. Mas el espíritu del hombre tiene horror al vacío metafísico, a la irracionalidad de lo metafísico, y llena con la fe lo que no puede llenar con la ciencia; dándose ya a sí propio, con este hecho indiscutible, una prueba indirecta de que no hay ese vacío, aunque no podemos conocer su contenido. Pues bien: esas creencias son lo ideal: Dios, bondad, verdad y belleza eternas, reflejadas en el alma del hombre; la espiritualidad e inmortalidad de nuestra alma; la libertad y responsabilidad de nuestra voluntad; la «otra vida», conservando cada hombre su propia personalidad consciente.

Y he de haceros notar que aunque el criticismo kantiano ha sido superado, no ha recibido daño alguno en la parte del sistema que puede decirse que está fuera del sistema, que es como la cúpula de una catedral, en la que el kantismo era una capilla. Dadla, si queréis, por derruída. ¿Y qué? La cúpula queda intacta, y en esa cúpula está el nido de los ideales. Esa cúpula se robustece hoy; pues las escuelas católicas aparecen pujantes, y Aristóteles, alma de la filosofía cristiana desde la Edad Media, es ahora un maestro vivo.

Si el sistema kantiano ha muerto, bien muerto está, por haber sido padre del positivismo, filosofía de bajo vuelo, miope y cazurra; filosofía de

acarreador científico, no de hombre completo, de amplia frente y corazón henchido. Así se salva del pensamiento kantiano lo que Kant, como hombre de esas cualidades, salvó, poniéndolo por encima de su crítica. ¿Y cómo no ha de salvarse lo ideal, si no es creación momentánea y aislada, sino continua fluencia del espíritu humano? La preocupación por la justicia, el entusiasmo por la verdad, la mística delectación ante la belleza, las buenas obras desinteresadas de todo egoísmo, ese sublime imperativo categórico del mismo Kant, ¿no son cosas humanas, aunque digáis que cosas de una minoría humana? El verdadero filósofo tiene que contar con estas tendencias, con estas virtualidades del espíritu. Sólo las almas secas y además incultas pueden menospreciar la actividad desinteresada y los principios en que se funda, calificándolos de locuras. ¡Oh, suprema inepcia de los hombres prácticos! ¿Qué sería de ellos y de sus cosas prácticas, si no hubiesen existido esos locos? Del cerebro de esos locos han salido no sólo la Música y la Literatura, sino el Derecho y la Ciencia, y, por consiguiente, la técnica y la industria, y hasta, en lamentable paradoja viva, las doctrinas que esos hombres prácticos esgrimen para justificarse y la ética especial en que se escudan.

¿No se avizora ya el campo de la cultura como un estadio heroico, puesto que la dedicación a lo ideal implica la lucha de lo universal y desinteresado contra lo individual y egoísta, del espíritu privativamente humano cpntra el alma puramente biológica?

Cultura y civilización

La civilización es el cuerpo de la cultura; obra de la cultura, en gran parte, en los impulsos creadores y renovadores. Pero existe luego entre ambas la oposición relativa que hay entre la causa y el efecto, entre el artista y su obra. El efecto no puede revertirse en la causa; la obra no puede tornarse en el artista. ¿Veis lo que sucede en la vida vegetal? La parte endurecida, impropia para la reproducción, la parte muerta es la madera. Util para resguardar las células vivas, para soportar las ramas y las hojas, para conducir entre sus capas más vivas y sus otras capas inertes la savia rompedora; pero inútil para la labor progresiva, creadora, continuadora de la vida del árbol. Pues así la civilización. La civilización la constituyen la técnica, la industria, el comercio, las comunicaciones, la administración; sus obras son las viviendas, las máquinas, los caminos y toda suerte de obras públicas, los utensilios, los muebles. Pero suponed que el espíritu humano perdiese de pronto

toda apetencia por lo que no fuese inmediato, por lo que no fuese la satisfacción de las necesidades individuales; suponed muerta del todo en todos los hombres la idealidad y, como es lógico, los sentimientos superiores y altruístas... Tenéis sobrada imaginación para figuraros que a los cien años y después de un brillo desenfrenado de la parte más externa de la civilzación y luego de convulsiones horrendas, mil veces más trágicas que todas las que la Humanidad ha padecido, la civilización, aun en su parte más material y sensible, se habría apagado para siempre. Se habría apagado para siempre, porque había muerto su alma: la cultura.

El Heroísmo

Como en los tiempos antiguos el valor físico, indispensable a la existencia de la patria, hogar de toda la vida, era una virtud de primera categoría, era la *virtud* por antonomasia, heroísmo significaba valor excepcional. ¿Pero excepcional en intensidad solamente? No; hay en la palabra heroísmo, desde muy antiguo, una nota añadida al valor. Esa nota es el desinterés. Heroísmo es el valor inegoísta, abnegado; el valor por el que se realizan hazañas en beneficio de los demás. Los trabajos de Hércules, la muerte de Codro, el homicidio político perpetrado con Harmodios y Aristogitón, según lo viera luego la fantasía popular, son tipos de actos heroicos.

El heroísmo, pues, es la dedicación de la vida a una cosa que está fuera de vida propia; es la entrega de la existencia por algo que no implica la existencia propia. El heroísmo es la contradicción fulgurante del egoísmo.

¿No veis cómo el trabajo por la cultura es esencialmente heroico, entendido lo heroico en la amplia acepción que acabamos de darle y que no contradice el significado histórico de la palabra, sino que toma lo esencial y, por consiguiente, lo general del mismo? Y he de haceros notar que en tal sentido no existe como necesaria la nota de «hazañoso», ni la de «sacrificio inmediato de la vida», sino únicamente la resistencia al dolor, al desprecio del dolor ante el ideal.

El Heroismo y el dolor

Sí, ese es el heroísmo: la resistencia al dolor por amor o por deber. Si dirigimos la vista hacia el largo camino sinuoso de la Historia, el heroísmo de

los fieles se nos hará patente y aparecerá ostensible también, que los frutos de ese heroísmo han formado la cultura.

Las sensaciones dolorosas de hambre, frío, sed y enfermedad y la emoción de miedo ante los peligros físicos que han hecho al hombre inventar y trabajar, y la misma sensación penosa del trabajo le ha excitado a trabajar para no trabajar, acumulando máquinas y utensilios y domesticando animales. Es el dolor físico, aviso de necesidades insatisfechas, que crea la civilización.

La cultura, en cambio, no ha tenido el dolor como estímulo, pero sí como ambiente, como consecuencia de la lucha entre el espíritu, que la engendra, y la fuerza, que lo repele. El suelo de la cultura está formado por ideas filosóficas y políticas, paridas en el sufrimiento y propagadas con fatigoso esfuerzo; por instituciones y leyes progresivas -más justas que las anteriores-que han costado miriadas de existencias; por estudios científicos, realizados ante el peligro o el desprecio; por descubrimientos geográficos, logrados, como favores de dioses crueles, merced a penosísimos trabajos y a lamentables sacrificios; por los papiros y pergaminos aniquilados en bárbaros incendios y por los libros escritos en largas vigilias ayunas; por los cánones de maravillosas obras de arte, que genios atormentados crearan y estúpidos endiosados destruyeran; por ardidos heroísmos bélicos (Maratón, Salamina, Platea, las Termópilas); por el sereno heroísmo de preferir la muerte a traicionar la idea de Sócrates y todos los mártires de la Filosofía, de San Pablo y todos los mártires de la Religión y de los modernos mártires de la ciencia médica, verdaderos mártires, esto es, conscientes de su martirio; que no es mártir quien sufre un accidente inesperado, sino quien acepta el sacrificio, pudiendo eludirlo. ¿Y en qué consiste la educación, la cultura obrando en nosotros sino en series de hábitos que nos ha costado trabajo y disgusto imponernos, en abstenciones melancólicas de actos que nos agradaría ejecutar, en enérgicas decisiones de inhibición contra formidables impulsos, en obsequiosas abnegaciones de cada instante en favor de los demás, en el austero cumplimiento de deberes penosos?

Por intuición intelectual primero, y por conocimiento reflexivo después, el hombre ha sabido, desde la más remota antigüedad, la eficacia educatva del dolor. Ya en el Génesis se le da sentido religioso: perdida la inocencia original, el hombre es condenado al trabajo, a las enfermedades y a la muerte. Y esplende el dolor con caracteres que despiertan profunda simpatía en el antiquísimo libro de Job, y hay triste ternura de emoción eterna en los libros de José y Ruth, y la tristeza se nimba con todo el arco iris de la poesía lírica en los Salmos de sentencias y consejos de una cultura ya cansada en el *Eclesiastés*; y hasta en el canto erótico a grito herido del *Cantar de los cantares* se percibe, entre la miel

que mana de la boca de la Sulamita, el amargo perfume del áloe. Y el cristianismo eleva el dolor a la categoría de sacramento, ya que por medio de él puede recibirse la gracia, y hay dolor a raudales en las buenas almas creyentes: dolor por el pecado propio y el pecado ajeno; dolor por los dolores de María y por el martirio de su divino Hijo; dolor por los condenados; dolor ante el espectáculo del valle de lágrimas, que es la vida... Cuando por vez primera retumbó en las naves tenebrosas de un templo románico el canto, gravemente terrible, del *Dies irae* -¡la ira de Dios sobre los débiles hombros de la pobre criatura humana!- pudo decirse que era esa obra maestra del arte cristiano la bella condensación del infinito dolor de una edad de la Historia. La religión cristiana es la religión del dolor.

¿Y no es verdad, señores, que en este dolor religioso de la religión que todos, todos, llevamos en nosotros como una propiedad nuestra, como una adquisición perdurable del espíritu, como uno de los caracteres más importantes del hombre moderno, y en el dolor intelectual de la duda y en el dolor moral ante la injusticia ajena y ante la imperfección propia se ha forjado y se forja la cultura?

Creemos también que el verdadero heroísmo sólo se da en la lucha por la cultura. El esfuerzo por salvarse de una catástrofe o por conseguir el pan cotidiano no es heroico. Lo heroico es un lujo del espíritu, un juego trágico, una orgullosa rebeldía contra la violencia, un soberbio ¡no importa! lanzado a la cara del Destino. En los actos heroicos se da la máxima voluntariedad humana. El acto heroico es el acto libre por excelencia, y no lo son apenas, sino determinadas por la necesidad, las acciones referentes a la vida ordinaria, a la vida que se desenvuelve en la pauta de la civilización. Así, todos los heroísmos deben ser adscritos a la cultura, incluso el heroísmo militar cuando obedece a altos amores o a principios sinceramente profesados; cuando es verdadero heroísmo y no fiero impulso de ambición, de rapiña, o de venganza.

La cultura, obra Moral

De todo lo dicho se infiere que la cultura es la obra ético-estético-dialéctica de la Humanidad, o sea, en definitiva, la obra ética, por la íntima relación que a ésta dicen las otras dos creaciones del espíritu. La cultura puede también ser representada como producto de la *buena voluntad* -la verdadera *potencia moral*- puesta al servicio de la tendencia del hombre acusada solamente en algunos hombres -a realizar ideales o a crear arquetipos

de perfección en los campos de la Etica, de la Estética, de la Filosofía, de la Política, del Amor.

Si consideramos la cultura en uno de sus más grandes momentos, en su magnífica adolescencia plena, de fuertes rasgos viriles, Apolo, musageta y doríforo, alzándole gentil sobre el suelo de Grecia, cuando Hermes no soñaba en inventar el barco de vapor, ni Hefaistos el fusil de chispa, oiremos sublimes diálogos sobre moral intelectual y ciudadana y sabremos que los sacerdotes de esa religión apolínea se llaman «*amantes* de la sabiduría», nimbando la sabiduría de ese fuego pasional y trágico con que tantas veces se ha exornado; infundiéndole ese espíritu de heroísmo, que fulgura en la vida ejemplar, o en la muerte ejemplarísima, cuando no en la vida y en la muerte, de los grandes de la cultura.

II

Relaciones entre Cultura y Civilización

Nuestra distinción precisa entre civilización y cultura no significa que esas formaciones sean independendientes entre sí. No lo es nada en la vida del hombre; no lo es nada, con seguridad, en el Universo. Así como llamamos sensibilidad, inteligencia, etc. a energías que obran conjuntamente y que residen por igual en nosotros; así como distinguimos las cualidades, de las cosas en que se dan y establecemos para cada orden de relaciones entre el mundo y nuestras facultades cognoscitivas una ciencia, es muy lógico que aquí se pongan a un lado las actividades que dependen directamente de la inteligencia y que tienen por fin propio el dominio de la Naturaleza, en vista de satisfacer necesidades biológicas más o menos complicadas, y que se pongan de otro lado las actividades que dependen directamente del sentimiento, la fantasía y la intuición, y que tienen por objeto satisfacer anhelos de cosas que no dicen relación a la vida física, satisfacer antojos del espíritu. Pero, ¿cómo negar que en la complejísima vida humana la civilización y la cultura accionan y reaccionan entre sí, influyéndose mutuamente e influyendo con esos encuentros y separaciones en la Historia? ¿Cómo discutir que los caminos de hierro, cosa de civilización, ejercen marcada influencia en la difusión de la cultura, y cómo negar que la difusión de la cultura favorece el acrecimiento de la civilización?

No insistimos sobre este punto, porque ha sido mil veces tratado con esta o con otra terminología. El siglo XIX fue propenso a cantar las excelencias culturales de la civilización, hasta el punto de confundir ambas cosas, de tanto querer relacionarlas.

Cultura y humanismo

Si la cultura es lo que hemos dicho y la misión* de la escuela es propagar esa religión en las nuevas generaciones, ¿no parece lógico deducir que las disciplinas que digan mayor relación a la cultura deben ser las que con preferencia estudien los maestros? ¿Y cuáles son las disciplinas relacionadas directamente con la cultura, sino esas que se agrupan bajo el nombre tradicional de *humanidades*.

Sin que pretendamos, y menos en esta ocasión, discutir la idea de última hora de que la cultura occidental, la cultura moderna es distinta de la cultura clásica, no podrá negarse por nadie la certeza de este apotegma histórico: la razón humana, el pensamiento discurriendo libremente y creando la Filosofía, la Ciencia, el Derecho, y, por consiguiente, dando personalidad al individuo, no aparece en la Historia hasta los tiempos clásicos. ¿Cuándo actúa plenamente el hombre como tal hombre sino cuando a su ser social -inseparable realmente de su ser individual- junta el ser político? Y la verdadera *polis*, conjunto de hombres libres bajo la ley por ellos mismos dictada, no existió sino en el mundo clásico. Diremos, pues, aunque parezca absurdo, que el hombre no es personaje histórico sino a partir de Grecia. Las ágoras, los gimnasios, las escuelas de Filosofía, los talleres en que se modelaban no sólo dioses antropomorfos y héroes militares, sino vencedores en los juegos olímpicos y ciudadanos distinguidos, son los hogares de la cultura, o de *una cultura*, al menos, que se continúa en la posterior, que es supuesto indispensable y nervio de la cultura presente y que se continuará por todas las posibles culturaes, mientras sea la razón el carácter específico de la Humanidad.

No digáis que en la Edad Media dominaba la fe; pues aunque esto, en primera visión, fuese exacto, la fe estaba racionalizada, sostenida por la Filosofía escolástica y la teología, sistemas construidos con materiales griegos, con ideas de Platón y de Aristóteles.

---

* En la otra edición esta palabra es sustituida por «obra» (N. de E.)

Y si queremos que se nos haga patente la semejanza entre la gran cultura clásica y la nuestra, leamos la *Guerra del Peloponeso*, de Tucídides; la *Política*, la *Lógica* y la *Metafísica*, de Aristóteles; los *Diálogos* del divino Platón,; los versos de Homero, de Safo, de Anacreonte, de Horacio y de Virgilio; los discursos de Demóstenes y Cicerón; las tragedias de Esquilo y de Sófocles; los dramas del *moderno* Eurípides; los ensayos de Marcial y Tácito; las etopeyas de Plutarco y de Suetonio; contemplemos la Afrodita de Milos y la de Praxiteles; el Apolo, de Belvedere; el admirable Sófocles; el discóbolo de Mirón; la Niobe, tan expresiva, por Scopas; la pasmosa Victoria de Samotracia, perfecta de línea, de movimiento y de expresión, de conjunto insuperable, henchida de fuero divino, magnífica, avasalladora[3]; los frisos inimitables del sublime Partenón; los maravillosos relieves funerarios de Sicilia; los vasos, las ánforas, las monedas...; asistamos con la imaginación a uno de aquellos banquetes, en los cuales el ingenio culto, la ironía finísima, la gracia espiritual, flotando por entre las gracias de todas las artes, se condensaba en frases que hoy estimaríamos felicísimas. Y no olvidemos, en otros aspectos, que los pitagóricos, integradores del concepto de sustancia con la idea de forma, conocen la figura y el doble movimiento de la Tierra de Occidente a Oriente, y fundan la matemática y la acústica, de las que averiguan múltiples verdades; que Empédocles enseña la existencia de «una fuerza tangencial, producida por la rotación, que obra en sentido contrario a la gravedad»; que Jenófanes demuestra que la superficie del Globo ha estado cubierta de agua; que Demócrito -y también Almaion de Crotona- diseca animales y verifica descubrimientos fisiológicos, y cree que la Vía Láctea está formada de estrellas y que las manchas de la Luna son producidas por sus montañas: que Aristóteles emplea el análisis y la inducción empírica en ocasiones -aunque abusa en otras de la deducción-, y construye, como es sabido, los cimientos de todas las ciencias; que el viejo Anaximandro establece un monismo cósmico, rigurosamente racional, y formula expresamente el transformismo veinticinco siglos antes que lo hiciera Darwin; que en la doctrina de Epicuro, padre del sensualismo y del positivismo, se ha reconocido el germen de la ley de conservación de la energía, en que se funda el atrevido

---

[3] No he visto sino la reproducción que honra nuestro Museo de ellas, y creo ahincadamente que si de toda la ntigüedad clásica no quedara sino esta obra, la antigüedad clásica se impondría abrumadoramente a nuestra alma como un alma fraterna, pero inmensamente superior, como la proyección agigantada de nuestro espíritu. Añádase a esta obra las que constelaban el Acrópolis de Atenas, y la *Iliada*, los *Diálogos...,* y si somos sensibles y sinceros, si somos hombres honrados y no muñecos de modisto, nos será forzoso caer de rodillas y cantar con máximo fervor la letanía inacabable de todos los adjetivos encomiásticos en honor del *Pueblo-Genio*.

edificio de la física moderna; que Empédocles se adelanta a Schopenhauer, por un lado, y a los místicos y a los espiritistas, por otro, como Demócrito a los químicos del siglo XIX, y Heráclito a los evolucionistas que no prescinden de una razón teleológica[4], y Parménides[5] a Spinoza, y Protágoras a los pragmatistas; que todos estos grandes pensadores, así como Aristarco, Arquímedes, Hipócrates, Euclides, Hiparco y cien más son formidables *hombres de ciencia*; que casi todos los inventos modernos fueron presentidos por ellos, o por sus hermanos en genio, los poetas[6]; que Platón y Aristóteles, colosos no superados todavía, han nutrido tres edades de la Historia con la sustancia de su espíritu; recordemos que la educación de la juventud ateniense es el *desideratum* de nuestras aspiraciones pedagógicas; que las danzas y juegos clásicos han revivido; que las palabras del léxico griego se han convertido en nuestras voces cultas y en nuestras denominaciones técnicas; que los trajes de aquellos períodos constituyen el modelo, que no nos atrevemos a copiar, de la elegancia indumentaria; que su Derecho, y sobre todo el Derecho romano, está en gran parte vigente en casi todo el mundo; que su escultura, *sentida por nosotros*, digan lo que quieran egregios corifeos de un arbitrario snobismo, no es el arquetipo de nuestra escultura..., porque esta ha desesperado de poder realizarlo. Nuestros escultores no iban a conformarse con imitar servilmente las obras clásicas. Pero ¡cuánto darían por lograr, con los modelos modernos, la perfección de forma y expresión, la intensidad de las calidades artísticas, la firmeza, el dominio, *el no sobrar ni faltar nada* de la escultura griega! Que lo digan ellos, si quieren ser sinceros

---

[4] Heráclito, el del eterno flujo y reflujo cósmico, el constante cambio de todas las cosas, el continuo *devenir*, no cree, sin embargo, que puede existir movimiento sin algo que se mueva. Este sustrato es el *logos*, fuego *inteligente*, que es lo que se mueve y, sustancialmente, lo movido. El cambio no es un fin en sí, sino un medio ordenador. Hay, pues, una causa final. En cuantro a sus ideas sobre el mundo físico, baste decir que son las ideas de hoy.

[5] Para este gran pensador, «primero que concibe sin alusiones mitológicas la unidad, inmutabilidad y espiritualidad impersonal del ser» (Alois Fischer) columbrada por Jenófanes, lo eterno carece de temporalidad; es el *no-tiempo*, única idea racional que de lo eterno puede, a nuestro juicio formarse.

[6] Esquilo dice que el hombre «inventará un fuego más potente que el rayo y un estampido que asordará al trueno y hará volar hechas astillas la lanza de Poseidón» (*Prometeo encadenado*).
El que no llegaran a la moderna ciencia experimental, es una cuestión que yo he tratado de dilucidar en otra parte y que tal vez reproduzca algún día. [Quizá se refiere a los Diálogos que cierran esta edición (N. del E.)]

en público como lo son en privado[7]. Proclamemos, en fin, que llevamos en la médula de nuestra alma el espíritu clásico; que ni uno solo de nuestros sentimientos, ni la compasión cristiana, ni la beneficencia oculta, ni la confraternidad universal por encima de las fronteras nacionales, fue ajeno a aquellos hombres; que si de algún modo nos oponemos a ellos, es con la oposición de los hijos a los padres, reacción de lo semejante contra lo semejante, como la repulsa de las electricidades de igual nombre.

Y no es que yo diga que seamos, como raza, iguales a los griegos, ni aun siquiera a los romanos, cuya sangre está mezcladísima en los llamados pueblos neolatinos, no existiendo ni rastro de ella en los germanos y sajones. No nos referimos a la raza (naturaleza) sino a la cultura (espíritu).

¿A qué buscar más pruebas para esto, teniendo la prueba formidable de que el cristianismo -»religión definitiva de la Humanidad», que dijo un gran cristiano adogmático-, es, en su armazón filosófica, hijo de Grecia?

¿Y habrá quien dude (pasando del Intelecto al Poder) que la Iglesia Católica, en cuyo seno o en cuyas proximidades vive la mayor parte de la Humanidad culta, es la heredera espiritual, la continuación posible -la única continuación posible- del Imperio romano?

Finalmente, la revolución política de fines del siglo XVIII, cuyo ideario informa las constituciones de casi todos los pueblos, fue, como es sabido, una consecuencia rigurosa del Renacimiento.

¿Qué importa, frente a todo eso, que los pensadores griegos tuvieran ante el problema del conocimiento una posición totalmente distinta de la nuestra, siendo para ellos lo chocante no el que se piense lo verdadero, sino que pueda existir el error?

Por lo mismo que esas posiciones son como el anverso y el reverso, no implican diferencias fundamentales. Se refiere, además, esa posición a concep-

---

[7] Un joven escultor de nota, de nuestros escasísimos buenos escultores, me decía, hablándome de las obras griegas vistas por él en Italia: ¡Qué maravilla, qué pasmo! Me acordé de la fuerza con que usted sostiene que eso de la frialdad del arte clásico es una estupidez. ¡Qué expresión, qué vida, qué belleza! ¡Y qué arte, qué arte! ¿Qué vamos a hacer después de aquello? Tirar los cinceles sería lo más honrado. ¿Qué tendrían aquellos hombres? Y yo, sibilíticamenmte, le apunté: ¡Virilidad! -Sin embargo se dice que eran frívolos.- Podían serlo; podían ser eso y todo, porque eran, ante todo, hombres. La frivolidad para ser fecunda, necesita categoría masculina. Y siendo así, la frivolidad produce maravillas. Grecia fue frívola, y, sin embargo, lo hizo todo, lo pensó todo, al menos.

tos abstractos, cuya génesis puede buscarse, con toda seguridad, en los diferentes orígenes de la filosofía clásica y de la filosofía moderna: origen religioso (creencias positivas, optimismo intelectual) en la primera, y origen crítico, desconfiado, en la filosofia moderna, a partir de Descartes y Bacon, contra la *servidumbre teológica de la Filosofía*.

Diferencias más profundas, mucho más profundas entre ambas culturas implicaría la oposición en arte, en moral, en gestos ante la vida cotidiana, en actitudes personales ante hechos extraordinarios, en el sentido y en el tono de las diversas actividades anímicas. Si a nosotros -es decir, a los hombres pensantes y sentientes de hoy- nos pareciera extraño el arte de los griegos; si no comprendiéramos su filosofía, si juzgáramos bárbaros sus actos heroicos, si creyéramos ridículos a sus hombres célebres, si estimáramos despreciable su pedagogía, estrafalarios sus trajes, inadmisibles sus deportes, estúpidos sus mitos, prosaicas sus leyendas, inexpresiva su oratoria, insoportable su literatura[8]; si no admirásemos sus virtudes y el ingenio y la justeza de sus frases, espléndidamente grabadas en nuestra memoria; si el poder de Roma y la actuación de su poderío no nos causara pasmo..., bien que se proclamara que nada tenía que ver la cultura grecorromana con la cultura nuestra.

Puede concederse, aunque con importantes salvedades, que nos sean extrañas las antiguas culturas del Oriente[9]. Pero que nos lo sea la gran cultura clásica, nos parece, con permiso de la gran autoridad de algunos escritores que tal afirman, insostenible *con argumentos*. Más fácil sería demostrar que al renacer de aquella cultura fecundísima -renacer en parte, pues no había muerto del todo, por el cristianismo, la Iglesia católica, la legislación medieval y los conatos de Imperio- sucedió lo que era natural que sucediese, el desarrollo del ser renacido, o, de otro modo, que sigue el Renacimiento.

Y si no sigue, si ese ser está muriendo, si *desde 1900* está agonizando la cultura occidental, es que se ha consumado -y en esto acertará Spengler lo que nos tocaba que hacer en la obra humana. La cultura occidental será clásica, o no será. Porque con una cultura no se hace *otra*. Nacer de una cultura otra

---

[8] He visto llorar a una mujer mientras leía la *despedida de Héctor y Andrómaca*, en *la Iliada*, y he visto llorar a otra con la *Apología de Sócrates*. Ni una ni otra estaban envenenadas de literatura ni bien informadas siquiera acerca de la Grecia heroica ni de la Grecia sabia..

[9] La salvedad principal consiste en que las culturas orientales, como todas, son creaciones de los hombres, y los hombres se parecen entre sí lo suficiente para que la denominación «especie humana» sea algo más que un nombre. Hay que exceptuar de este Oriente la India y el Irán.

distinta, sin solución de continuidad, siendo autores de la nueva los mismos pueblos que nacieron en la anterior, es como si un hombre se hiciera otro hombre. Cuando una cultura muere hay un cadáver: el del pueblo o conjunto de pueblos de quien ella era alma.

El verdadero clasicismo

Supongo que habréis comprendido que empleo la voz *humanismo* en su verdadero significado de «sistema de lo humano»: dignificación del hombre por la libertad política, y su secuencia, la libertad de pensamiento[10], racionalizándose así la vida y el saber; sumisión a la Naturaleza y fe en el espíritu; confraternidad de los ciudadanos ante la ciudad y de los amantes del saber ante la sabiduría, como resultado lógico y como efecto educativo de la sabiduría en los sabios y de la ciudadanía en los ciudadanos; tendencia a que la razón lo gobierna todo, desde la sociedad hasta la conducta privada, armándola de fuerte poder en el Estado y de intangibles derechos en el individuo; o, de otro modo, que el pensamiento trate de explicarse libre y honradamente el Universo y el hombre; que las ciencias sean eficaces para el efectivo progreso de la Humanidad; seguir en todo a la Naturaleza, en la que se incluye la naturaleza del alma; disposición ordenada de los elementos lógicos de la cultura, de las ideas científicas y de los sentimientos superiores; el «nada en demasía», en el estilo general del arte y de la vida, y, en el sistema de valoraciones, el máximo aprecio a la belleza física de la línea y la armonía, a la belleza intelectual del saber pensar y a la belleza moral del valor heroico y sereno.

Pero no es ley de perfección la copia servil, que adormece la fuerza original, creadora, del espíritu; y el concepto de lo clásico puede, sin desvirtuarse, ser muy amplio. Todo cuanto no vaya contra la Naturaleza -leyes y formas- o contra la razón, puede ser clásico. Hasta lo romántico, que parece contradictorio de lo clásico, ¿no será en su mejor parte, el resultado de una evolución de elementos clásicos? ¿No se percibe el palpitar del espíritu romántico en mitos y leyendas de la antigüedad? La rebeldía contra los dioses, que culmina en Prometeo, favoreciendo a los míseros mortales; cierto pesimismo y mucha suave tristeza que, a despecho de la «alegría clásica», salpica gran parte de las producciones literarias de aquel periodo; el propio Destino, misterioso e inexorable, «superior a los dio-

[10] Así fue, históricamente, sin duda, aunque en el orden lógico es primero la libertad de pensamiento.

ses y a los hombres», que palpita en la poesía épica y en la dramática; los amores desgraciados de Menelao, de Hero y Leandro, de Safo; la figura doliente de Dido en la plaza desierta, ante la nave fugitiva de Eneas...[11].

Hay pasajes en las letras clásicas en los que parece fundirse con su espíritu el espíritu romántico en una cristalización diamantina, perfecta y eterna. ¿Recordáis el final de *El Banquete*, cuando a la fría e indecisa luz del amanecer, Sócrates, lúcido y sereno, se envuelve en su manto y sale tranquilamente de la estancia, en donde los demás comensales duermen, embriagados de vino y de palabras? ¿Y el introito melancólico y viril de *Theaitetos*? ¿Y el final de la *Iliada*? ¿Y los incidentes del reconocimiento de Odiseo a la vuelta de su larga y accidentada ausencia y la melancolía que mana dulcemente de aquella feliz quietud en que el poeta deja al héroe, como si lo abandonase en una tumba blanda, abierta a la luz, velada, y al aire, apenas tibio, de un trsite atardecer de otoño?

El peligro de la hora presente

Hay que nutrir a nuestras juventudes y, por consiguiente, a los mentores de la juventud y de la niñez con la fecunda cultura clásica, no sólo como natural exigencia de nuestra filiación en ese orden de la vida, que es casi toda la vida, fuera de la subsistencia material, sino también como tonificante de los espíritus y como *delicia*, como *lazo*, para que esas juventudes, al llegar a la edad viril, no deserten de su deber histórico en esta época angustiosa en que parece peligrar la cultura clásica, es decir, la única cultura posible entre nosotros. Tal vez América del Norte sea cuna propicia de otra nueva cultura; tal vez se esté formando en el seno de «la *civilización* occidental», allí agigantada, próspera y jocunda.

Y como esta supercivilización norteamericana ejerce poderoso atractivo sobre muchos débiles espíritus europeos, insapientes de que Europa está marcada de por vida con el sello clásico, quizá ese atractivo sea una de las causas principales de las perturbaciones que se observan en la brújula espiritual de nuestras greyes cultas.

---

[11] Harto comprenderá el lector que he citado al trazar estos párrafos lo que he recordado, mientras escribía, sin hacer ningún especial estudio. Lo consigno en descargo de la escasez de citas; pues sin una escrupulosa revisión, no me he atrevido a citar otros varios pasajes, por temor a atribuir carácter romántico a lo que en modo alguno pudiera tenerlo.

El peligro máximo no es la desorientación de la grey, que, como tal, se halla a merced de todo, menos de sí misma. El peligro es que los *egregios* se dediquen, por egoísmo, por debilidad, por ligereza, por lo que fuere, a justificar esas variaciones y a acentuarlas, poniéndose a la cabeza de la nueva heterodoxia cultural. La disolución de la vieja cultura europea no tendría entonces remedio, salvo alguna circunstancia poderosa que ofreciera con claridad hiriente una lección definitiva.

En evitación de tal peligro, creemos que debiera propugnarse la educación humanista en nuestros Institutos y la preparación en el mismo sentido de los maestros nacionales, en vista de su misión elevadísima, de máxima importancia para la finalidad de la cultura, que es el progreso *del hombre*.

Los estudios de los maestros

Sí, señores: humanidades, por la razón lógica que hemos apuntado y porque en la realidad se ve claramente que las humanidades son las disciplinas específicas de la cultura. Hay materias -aparte de sus elementos concisos, que la cultura general reclama- las cuales proporcionan un saber especial, aislado de la vida, aunque a lo más ostensible de la vida se apliquen; y hay otras materias cuyo objeto es el hombre mismo, la vida del hombre en todos sus aspectos, incluso en el aspecto del conocer y en el de la valorización de lo conocido. ¿Y cómo negar, señores, que estas disciplinas son las que más elevan al hombre en cuanto tal? Es un secreto a voces entre las personas capacitadas para pensar estos problemas que las humanidades son los elementos básicos de la cultura. Los demás estudios desarrollan las facultades cognoscitivas y son indispensables para la civilización, para la existencia de la Humanidad actual y de la Humanidad futura; pero es innegable que se hallan al margen de las palpitaciones del espíritu. ¿Cómo negar que el estudio de esas palpitaciones y de la sustancia palpitante y de sus modos de ser y obrar, que el conocimiento del hombre y de las creaciones del hombre como tal hombre íntegro, y no como inteligencia solamente, ha de ser el que llene la individualidad de personalidad? Humanidades, sí: estudio inteligente de las lenguas sabias, atendiendo más que a la gramática tradicional, a la semántica y a la literatura; historia de la civilización y de sus pueblos próceres e historia de las bellas artes; lógica formal, y, sobre todo, teoría del conocimiento; ética, estética, psicología amplia y honda, especializada, como base que es de la doctrina de la educación; elementos sobrios, pero firmes de biología humana, con el antecedente de un compendio de biología general; las teorías más importantes de derecho econó-

mico, político y penal, y, desde luego, elementos de relativa amplitud y perfecta solidez de la gran ciencia matemática pura, hermana de la filosofía, y elementos más reducidos -ya que es imposible abarcarlo todo- de la matemática aplicada. Tal es, a nuestro juicio, el cuadro de los estudios del Magisterio, sin nombrar la pedagogía general y la metodología, seria y minuciosamente estudiadas, con amplias nociones de higiene escolar y de legislación de primera enseñanza.

El por qué de tanto estudio

¿Es mucho? Nosotros creemos que es necesario por más de una razón y conveniente en más de un aspecto. Como la demostración de esta necesidad y de esta conveniencia constituiría un libro, expondremos, a modo de ejemplos y como sugerencia a vuestro ilustrado criterio, algunos motivos de carácter práctico.

¿No estamos de acuerdo -creo que todos- en que la explicación de la lectura, y la definición de palabras nuevas para el niño es labor inexcusable en la escuela? Yo, particularmente, creo más: creo que gran parte de la enseñanza de una escuela es enseñanza de lenguaje.

Creo también en la virtualidad de la poesía, en el valor educativo de la poesía. Creo, por ello y para que a los niños les sean familiares los nombres de nuestros grandes poetas, que debe haber en cada escuela no una sola, varias antologías. Pues bien: para la explicación, aunque estricta, de estas lecturas se necesita un saber nada despreciable. ¿Recordáis el *Himno a la batalla de Lepanto*, de Herrera? Conozco muchos licenciados y doctores que no sabrían explicar bien a los niños todas las alusiones históricas y geográficas y todos los términos de la composición. ¿Qué facultativos no harían mal papel en este caso? Indudablemente, los de Filosofía y Letras. Me diréis que los maestros actuales explican esa composición y otras cosas, tan nutridas de ideas y de mayor dificultad intelectiva. Y ello es cierto. Pero fijaos bien: ¿no es lamentable que, siendo esto así, es decir, poseyendo, en general, los maestros españoles mayor cultura que la que podría presumirse por los estudios oficiales de la carrera, no pueda, sin embargo, tener valor oficial esa cultura, ni aun siquiera, en muchos casos, pública confirmación, a causa de lo exiguo y elemental de los estudios oficiales?

Pero hay también que preparar al maestro de tal manera, que no exista ni la más leve sombra de pretexto para mediatizarlo, para tenerlo como alumno perpetuo; porque la primera condición para la eficacia de su labor es la inde-

pendencia dentro de la escuela, tan completa como la del catedrático en su cátedra, y la segunda condición es su prestigio profesional en la sociedad, esto es, en las casas de sus alumnos.

¿Habrá que razonar esto? ¿Habrá que decir que la labor del maestro, si ha de ser eficaz, tiene que contar con la sugestión, con el prestigio? Sabéis que la voz *prestigio* no es de linaje esclarecido. *Prestigio*, etimológicamente, es *engaño, impostura*. Se ha purificado su sentido de tal modo, que hoy significa *buena, excelente reputación*. Pero ¿no hay en toda excelente reputación, en todo prestigio, algo de sugestión, de posibilidad de engañar? Lo que una persona de verdadero prestigio nos dice es para nosotros, si de hechos se trata, artículo de fe; si de opiniones o creencias, tentación apenas resistible de adherirnos a ellas. ¿No es así? ¿Y no sentís vosotros, maestros excelentes, llenos de doctrina y henchidos de sabiduría profesional, no sentís vosotros la necesidad de que todos vuestros compañeros tengan ese prestigio ante sus discípulos, no para engañarlos, claro está, sino para que sean creídas firmemente, con entusiasta admiración, con adhesión cordial, todas sus palabras? ¿Y adónde va a parar ese prestigio, si los discípulos notan en la escuela, o conocen por sus familias que los maestros no somos sino simples encargados de realizar los planes de otros señores, «que saben más y que tienen mayor autoridad», y no con saber de sabios especializados, no con la autoridad de los poderes civiles de que todos dependemos, sino sabios del saber *de lo nuestro* y de autoridades con poder inmediato y vigilante sobre nuestra actuación profesional?

Hay, por otra parte, que tener en cuenta que para enseñar bien, y en la escuela hay que enseñar bien, y no tan poco como la gente cree, tiene que tener lo enseñado en la mente de quien lo enseña lo que puede llamarse *presión de ideas*; es decir, una cantidad de saber muy superior a la cantidad que va a enseñarse. Quien sabe poco, no enseña bien ni ese poco.

¿Por qué esto? Porque cualquier idea tiene un número infinito de relaciones. Una idea no es tal idea, sino cuando ha caído sobre la simple representación, que es su germen, la proyección de otras muchas ideas. ¿Qué son las llamadas *notas*, sino «afijos lógicos», extractos de ideas previas, combinados con la «raíz» de la nueva idea, para formar la idea completa? Para que tengamos idea completa de cosa tan simple como la nieve, por ejemplo, tiene que haber en aquella estos juicios implícitos, o sea las *notas* que resultan de estos juicios: es blanca, es fría, cae de las nubes; de tal clase de nubes, que se forman en tales condiciones; cae en copos; cae lentamente, por ser más ligera que el agua, por tener mucho aire interpuesto; no se disuelve sino a tal temperatura; si tarda en disolverse, las capas inferiores, por la presión de las superiores, pierden algún

aire y se convierten en hielo, que es menos pesado que el agua líquida; a cierta altura, según la latitud, la nieve no se liquida(sic) jamás (nieves perpetuas). Es indudable que quien ignore alguna de estas *notas*, quien no incluya en su concepto de la nieva estos juicios analíticos, no puede dar una lección sobre ella como el que los posee todos, aunque no tenga que exponer alguno. Hay que conocerlos todos, para saber callarlos, para aludir certeramente a su ausencia, formando en el alma de los alumnos, con la conciencia refleja de lo que les enseña, la noción negativa de lo que se les indica desde lejos, es decir, estableciendo los límites entre lo sabido y lo ignorado, que así, en cierto modo, se sabe, *se sabe no sabido*. Actúa además ese conocimiento excedente de un modo difícil de explicar. ¿Es iluminación? ¿Es el juicio de la sencillez y facilidad relativa de lo que se ha de enseñar, con respecto a lo que se sabe, que hace ligero el trabajo? Ambas cosas, seguramente. El hecho es, por todas estas razones, y aun tal vez por alguna otra que no se nos alcanza, que mientras más y mejor se conoce una materia, con tanta mayor perfección se comunica algo de ella.

La escuela y la instrucción

Se dice hoy por algunos que el maestro no debe cuidarse de la instrucción de los niños. ¿De qué, entonces, debe cuidarse el maestro? ¿De la formación moral?

La labor altísima que tiene la escuela en la formación ética de los niños, labor mejorativa de las normas de la moral usual, se cumple por la disciplina racional y equitativa, por el ejemplo de la conducta escolar del maestro -y digo conducta escolar, porque es la que los niños aperciben de continuo- por advertencias y reprensiones, por la discreta intervención en los juegos escolares... Es labor que no tiene ni puede tener lugar señalado en la distribución del tiempo; no consume apenas tiempo apreciable, aunque debe extenderse por todo él, como las radiaciones de luz y calor, que no ocupan espacio, aunque lo llenan todo. Pero el trabajo escolar, el trabajo de casi cinco horas diarias, ¿en qué debe emplearse, sino en la instrucción del niño?

Reacción

¡Intelectualista! ¡Verbalista!, diréis. Pues sí, intelectualista y verbalista, sí.

Doy por bien venida la guerra al antiguo verbalismo, no en cuanto verbalismo, sino en cuanto defectuoso, insustancial, formulista, seco, frío, va-

cío. Pero es hora de superar esa reacción, aprovechando su parte utilizable, y volver luego a... *a lo eterno*, purificado, mejorado por la crítica.

El verbalismo

¡El verbalismo! Pero ¿qué es el verbalismo? ¿Qué sería el verbalismo ideal? Sería el Universo, y hasta lo Absoluto hecho luz en la mente del hombre y hecho fuerza eficaz en la palabra del hombre.

¡La palabra! No olvidemos que en el principio fue el verbo; fue el verbo como previa representación del mundo, y fue luego el mundo por la fuerza de ese verbo. Hablar, en Dios, es crear. Y es realmente crear también en el hombre. El hombre crea pensando, esto es, hablando, puesto que el pensamiento es el verbo interior.

¿Qué consecuencias no han tenido las palabras que formulan los teoremas matemáticos, las leyes químicas, físicas, biológicas y jurídicas?

La obra más grande que se ha cumplido en el mundo la realizó Cristo. ¿Y qué hizo Cristo? Hablar. Su muerte no fue sino la revalidación de sus palabras. Otro sublime revolucionario fue Sócrates. ¿Y qué era Sócrates sino un hablador, un hablador genial y heroico, pero un hablador desaforado, un hombre que no hizo en su vida sino hablar y hacer hablar?

Palabras, sí, muchas palabras en la escuela; palabras para comunicar, como se comunica el fuego, altos entusiasmos, delicados sentimientos, amores ideales; palabras para aconsejar y para corregir; palabras para iluminar la enseñanza objetiva; palabras para explicar las lecturas; palabras para hacer entender las fórmulas, las clasificaciones... y las definiciones; las definiciones, que son necesarias, absolutamente indispensables cuando se enseña algo seriamente, como seriamente debe hacerse todo en la escuela... Palabras, sí; ¡palabras, palabras, palabras!; ¡luz, luz, luz, luz!.

La Escuela Moderna, julio, nº 430, pp. 289-303
agosto, nº 431, pp. 338-344
septiembre. nº 432, 385-392 (1927)
"*Formación cultural del maestro*", Madrid, Imprenta Hernando, 1927, 31 pp.

Un Juicio[1]

Querido amigo y dilectísimo discípulo: He leído con fruición y orgullo tu «Memoria de maestro pensionado». Mi entendimiento y mi sentir eran, mientras leía, fuertemente atraídos por las ideas y las emociones patentes en tu escrito, y deseaba, además, continuar la lectura como se desea proseguir el cumplimiento de un deber grato, de una buena acción. Elevar nuestra mente, cambiar o depurar ideas, o notar el surgimiento de otras nuevas, ejercitar sentimientos altruístas, robustecer propósitos elevados, ¿no es, acaso, realizar una de las mejores y más prolíficas obras? Una buena lectura es una buena acción, y empleo la palabra acción no sólo en su sentido amplio de *verificación o actualización consciente de cualquier energía anímica*, sino en el más restringido de *actividad práctica tendiente a mejorar la vida*. ¿No nos hace mejores la buena lectura? ¿Y no pueden esperarse, en general, mejores cosas de un hombre buen leyente que de quien no se cuida de los libros? No olvidemos tampoco que la actividad práctica más utilitaria -una operación mercantil- parte de las actividades internas del sujeto y en ellas termina, en forma de reconocimiento y recuerdo de lo hecho y de apercepción intelectual y sensitiva de sus consecuencias. Y pues la actividad interna, al ser registrada en la consciencia, ha de serlo en forma *lógica* -de *logos*, cuenta, razón, palabra-, y puesto que pensar es hablar por dentro, también puede afirmarse de las antecreaciones humanas lo que San Juan dice de la antecreación: «En el principio ya era el verbo». Y más aún: así como en la creación divina el pensarla fue crearla, en el hombre el hablar es la acción primera y la más intensa -*la más intensa, sí*- de las acciones. Pensar es el extracto del hacer. Quizá por esto la paradoja viva de que las personas de rico pensamiento sean débiles en la acción. Es que ya, con pensar, actuaron. Y actuaron *prácticamente* y eficazmente si vertieron hacia afuera su pensamiento, si hablaron. ¡La palabra! ¿Habrá acción más formidable? La obra más colosal realizada en el mundo, principio de numerosas series inacabables de acciones prolíficas, la realizó Cristo. ¿Y qué hizo Cristo? *Hablar*. Su muerte fue lo que

---

[1] Este trabajo es una carta en la cual nuestro ilustre compañero J. Zambrano expone su autorizada opinión acerca del libro *Un viaje por las Escuelas de España* (Memoria de un pensionista por la Excma. Diputación de Segovia). publicado por el joven y aventajado maestro D. Pablo de Andrés y Cobos. Seguramente nuestros lectores saborearán con agrado las luminosas ideas que con ocasión de la notable *Memoria* del Sr. Andrés y Cobos explana su maestro el Sr. Zambrano, que bien puede estar satisfecho de la cultura y las orientaciones del «dilectísimo discípulo». (*N. de la D.*)

son todas las acciones con relación al pensamiento: la ejemplarización de sus palabras. Los mayores propulsores del progreso de la Humanidad han sido hombres de tanta palabra, hablada o escrita, y de tan escasa actividad externa, como Sócrates, el genial y sublime hablador desaforado, y Platón, Aristóteles, Zenón, Santo Tomás, Newton, Kant..., y los Homeros, Esquilos y Dantes, y también los Fidias, Praxíteles, Zeuxis y Palestrinas; que trazar planos, esculpir estatuas, pintar figuras y componer músicas no son sino variedades del hablar.

El olvido de estas verdades tan sencillas, tan evidentes y tan elementales o *fundamentales* da lugar, en los pueblos excesivamente practicistas, a la quiebra de los fines más prácticos de la existencia. La teoría engendra la práctica, que será tanto más viva y eficaz, cuanto más cerca esté de su origen, cuanto más doctrinal o magistral sea.

Libros como tu memoria hacen falta en un pueblo que quiera *saber ser práctico*. Un pueblo que quiera saber ser práctico a lo primero que tiene que atender es a la cultura pública, a la cultura moral y a la cultura intelectual de sus futuros ciudadanos. Y como está demostrado, sin contradicción posible, que el cimiento indispensable de esa cultura es la escuela primaria, los libros en los que se diluciden perspicuamente aspectos del modo de formar esa cultura primaria en las entrañas de la raza son los libros por excelencia prácticos.

Has hecho bien en prescindir de las célebres «conclusiones», malas si no concluyen, y malas también si concluyen demasiado, si cristalizan los juicios en normas inmutables, a no ser que la cristalización fuera (cosa en un trabajo de esa índole) una ingente cordillera diamantina, un sistema filosófico.

He ido señalando al margen los párrafos que me parecían más notables, y me encuentro, al releer la memoria, que están casi todos señalados.

Me complace mucho que se hayan templado durante tu excursión tus recientes entusiasmos por lo nuevo. Ese cambio demuestra perspicacia, plasticidad mental y madurez crítica, cualidades, a mi juicio, más valiosas que el entusiasmo irreflexivo. «No alas, pies de plomo» se requiere en las labores del pensamiento. Y es ya ocasión de que se vaya acortando la amplitud de las oscilaciones del espíritu entre lo tradicional y lo revolucionario, que, a lo mejor, no es nuevo sino en la apariencia[2].

Las acciones y reacciones exageradas, que a otros entusiasman, pues creen ver en ellas la vida, a mi me entristecen, pues creo ver en ellas la fuga de la

---

[2] "Muchas cosas científicas nuevas acaso no sean más que cosas viejas con otros nombres técnicos». Dr. Domínguez Berrueta, *La mentira en los niños*.- Barcelona.

verdad y la justicia, el predominio de la pasión en el campo de la lógica, un angustioso ir y venir de canes atolondrados por el camino que podría andarse de una vez, serena e irrevocablemente, como discurre por su cauce el poderoso caudal de un gran río. ¿Y no es una vergüenza que haya modas, y más tiránicas, mucho más que las de indumentaria femenina, en literatura, en arte, en pedagogía? Porque algunas ventoleras inopinadas no pueden achacarse a revolución contra lo caduco, ni a reacción sobre inmediatas acciones de una doctrina nueva: sólo a snobismo y a xenofilia, tal vez combinados con el tedio por lo circundante, o con la vanidad, en ese aspecto hierofántico y criptológico a que propenden todas las técnicas. «El tecnicismo es, a veces, un *argot*, un arma de defensa contra el medio (yo diría de *superación artificiosa* del medio), una máscara para ocultar el pensamiento científico al profano (o a los compañeros no iniciados en la novedad), y hacerlo misterioso, dándole tegumento protector.» (Véase a Nicéforo en *Revue Philosophique*, 15 de junio de 1909)[3]

La facilidad para la injusticia y la mentira, aunque sea por precipitación, por ignorancia o por debilidad de pensamiento, causas del gregarismo intelectual, en el que se nutre la *Moda*, es un mal tremendo, de consecuencias funestas, al que hay que combatir con valiente austeridad, con heroísmo.

Para incorporar a lo existente nuevas ideas de perfeccionamiento o de rectificación *no hace falta* -es una banal y cómoda disculpa afirmar lo contrario- destruir lo que existe, que en el hecho de haber venido ya tiene su razón.

Cuando aquí, en España, no se había constituido bien la escuela intelectualista; cuando el racionalismo en la enseñanza (explicarlo todo, *dar razón* de todo, «que nada pasara a la memoria sin haber sido comprendido por la inteligencia») apenas había podido dar frutos, por la razón sencillísima de que *apenas se había implantado*, vienen combatiéndolo unas tendencias; vienen otras, si no a combatirlo, a cambiar sus bases tradicionales; otras, a restarle tiempo, cuando habría que dárselo mayor del que la escuela puede ofrecer...

Y dejemos ya esto, que por sí sólo, suficientemente desarrollado, debería constituir un libro; dejemos esto por ahora.

Es certera, con el sello de la «difícil facilidad», de la sencillez profunda, de *la reconditez de lo evidente* -pues no hay cosa vista mientras no haya ojos que sepan mirar-, esta observación: «No es lo suyo lo que más apetece el niño. No es difícil advertir la complacencia del niño cuando escucha el lenguaje de los

---

[3] Dr. Berrueta, *Ob. cit.*

hombres, sinceramente serio. No gusta del infantilismo..., y como su anhelo está en la plenitud, le será más grato lo que proceda de ahí». Y esto es tal como lo dices, porque «no es lo suyo» lo que la gente cree, porque no hay perfecta seriedad, como se ve en sus juegos, sobre los que puede hacerse esta paradoja: el juego en los niños no es «cosa de juego». Y si se trata de niños, o de muchos niños, al menos, de más de doce años, es necio suponerles muy diferentes a los jóvenes de diez y seis o diez y ocho. A los niños inteligentes de trece años se les puede explicar hasta la «teoría del conocimiento» y despertar en su alma los más elevados sentires impersonales, las virtudes austeras y el valor heroico.

También suscribo esta frase contra los *tests*: «la magna y grotesca presunción de querer reducir a unos cuantos signos exteriores todas las manifestaciones de la vida anímica del niño».

Y no es que tú ni yo caigamos en la enorme incomprensión de negar el valor del los *tests*. ¿Cómo vamos a negarlo, si son verdaderos *tests* las preguntas intercaladas en una explicación, el dictado de problemas, el resumen escrito u oral de lo leído...? Toda la labor del niño en la escuela, ¿no es, aparte su valor instructivo-educativo, una continuada prueba de sus aptitudes? El *tests* propiamente dicho tiene sobre otras pruebas la ventaja y la desventaja de la rapidez. Proporciona medios para juzgar en dos minutos de las condiciones psíquicas del niño, y por esa misma concentración de la prueba, el error, si lo hay, es de mayor consideración que si aquella estuviese diluida en bastantes sesiones y sobre diversas materias, repetidas; de la misma manera que en un mapa de escala 1/1500000 el error en un centímetro es mucho mayor que el de tres centímetros en otro de 1/10000. Por ello aplaudo esta frase de tu memoria: «No hay opinión sobre el valer y el poder de un niño que merezca más crédito que la formada por el maestro que le ve trabajar y comportarse varios días seguidos.»

He anotado también esta frase, que te coloca para siempre en un punto de serena neutralidad inicial, en una actitud de fija atención al fiel de la balanza crítica: «...el fanatismo de lo nuevo, tan ruin y tan pobre como el fanatismo de lo viejo.»

Y dado mi estilo mental, ¿cómo no ha de satisfacerme este juicio?: «esa gran esclavitud, ese poderoso elemento de mecanización que se llama horario...»

Yo he dado muchas veces clase de lectura (explicada, desde luego) que ha durado *más de hora y media*, sin cansancio alguno para los niños, por la variedad de temas y el cambio frecuente de la conversación a la lectura y de la

aclaración a la pregunta, y viceversa; y también he dado muchas clases (breves o largas, según) a petición de los mismos chicos, y he repetido una misma lección tres y cuatro días seguidos, no mirando jamás otro reloj que la expresión de la cara de los alumnos, para ver cuándo se cansaban. Este es el mejor horario: al observar la distracción imperiosa y general de los niños, consecuencia de la fatiga, suspender la lección.

Para que el maestro note esa fatiga no hace falta sino que no sea ciego y sordo; menos aún, que no carezca de esa sensibilidad cognoscitiva no especializada que pudiéramos llamar *circopática*: percepción de lo inmediato, sin el intermedio de los sentidos.

Mesurada, y lógica con la actitud que antes señalé, la crítica breve, pero sustanciosa, del «método de la asociación de ideas». «Pudiera ser, afirmas, que el *Método Decroly* quedara reducido a esta recomendación: conviene que se presenten las ideas todo lo unidas y dependientes que sea posible, así como el *Plan Dalton* a esta otra: conviene que los niños trabajen, con el solo estímulo de la propia responsabilidad.»

En lo que no estoy conforme, amigo mío es en el desdén que te inspira la escuela muy instructiva.

A este propósito, transcribo las siguientes líneas de una reciente conferencia mía ante los maestros de Madrid: «Las escuelas primarias serán siempre, si han de ser útiles, esto es, adecuadas a la vida culta, escuelas del noble arte de leer, escribir y contar». Sus alumnos, como los de ciertas escuelas que hemos conocido, deberán exponer con lenguaje propio y correcto, y en perfecta concordancia con la pregunta, cuanto se les proponga acerca de un programa, bastante completo, de primera enseñanza; explicar el sentido de cuantas palabras se contienen en los libros de lectura, entre las que deberán estar incluidas algunas antologías de nuestros poetas de todas las épocas; señalar con rapidez y precisión en los mapas las extensiones o los puntos pedidos, con tal de que unas y otros sean de verdadera importancia; redactar correctamente y *sin faltas graves de ortografía* así cartas, recibos y notas como extractos de lo leído o reseñas de lo hecho o de los presenciado; resolver problemas de aritmética (incluyendo proporciones y raíces y los volúmenes de los cuerpos regulares) en los que se pruebe el conocimiento familiar de estas materias, y problemas sencillos de geometría y de física; todo lo cual es perfectamente compatible con la formación del carácter y la educación por la disciplina, el consejo, el ejemplo propio y el dechado ajeno. Y no sólo es compatible, sino coadyuvante, porque la enseñanza es una cosa formativa y entre ella y *lo con motivo de ella*, casi, casi... casi lo único formativo.

Y es claro, después de esto, que no puedo estar conforme con que no se corrijan los cuadernos de los niños, hasta el punto de que creo que, para no corregirlos y que ellos se enteren de las correcciones, no deben hacerlos. La corrección ha de ser discreta, poniéndose el maestro en el plano del niño, no enmendando sino lo disparatado, sin pretender cualidades literarias y dejando a cada cual con su estilo y hasta con las limitaciones de lo expuesto; es decir, no añadiendo nada, como no sea esencial, indispensable.

He dejado para lo último -y no es que no tenga más que decir de tu trabajo, del que podría escribirse indefinidamente- el comentario a tu opinión acerca de cómo deben ser los maestros. Dices que «llegaría muy pronto el triunfo con maestros como la directora del Grupo Cervantes (Valencia), capaces de mantener unos juegos florales, de pronunciar un discurso en el Ateneo y leer unos buenos versos en veladas literarias.»

¡Qué duda cabe! Pero... hay muchos maestros que consideran (¡los pobres!) poco menos que nefandas las intervenciones de un compañero en la vida culta, y estiman que esas labores «no son propias de un maestro», por no estar capacitado, *según sus estudios oficiales*(!!!) para abordar tales empeños; como si no hubiera más cultura que la proporcionada por los centros oficiales, y como si la intensidad de la inteligencia, de la fantasía, de la intuición, del sentimiento, dependieran de la cantidad del saber oficial(!!!).

Habría que decirles a esos compañeros que la modestia es virtud esencialmente personal; que la modestia corporativa -creer a todos los profesionales incapaces de ciertas alturas- no es modestia, sino rebajamiento, espíritu de esclavo, con probables vetas de envidia, si no es esta la gestadora de tan peregrino sentimiento, absurdo por lo demás ya que aguador era Cleanto, esclavo Esopo, mendigo Homero, intitulados Cervantes, Shakespeare, J. J., Rousseau y Pestalozzi (¡casi nadie!) y, bajando la medida y acercando el tiempo, intitulados, también, Mendizábal, García Gutiérrez, José Zorrilla, Salvador Rueda, Burell, Lerroux y Prieto; poco más que intitulados, esto es, maestros, Gabriel y Galán y Marcelino Domingo; no más que veterinarios (carrera corta, hasta ahora), *Pasteur y Turró*, y oficial de Telégrafos el inventor Balsera. El filósofo Spencer, de enorme cultura, no era, que yo sepa, sino ingeniero *inglés* del XIX: *tres años de estudio oficial.*

Sea cada uno en sí y para sí modesto, o no lo sea, defecto que encontrará, como todos, su sanción en las consecuencias naturales que produzca. Ser modestos en nombre de los demás no es modestia: es otra cosa que ahora no podemos describir y de la que tratamos hace años en un artículo titulado: «La Modestia y la Envidia».

Y es indiscutible -yo, al menos, no lo discutiría, por creerlo un postulado moral- que el magisterio español sería otro en la eficacia de su labor propia y, por ello (y *hasta* en gran parte, *con independencia de ello*) sería otro del que es en pública consideración y en derechos profesionales de todo orden, desde el técnico al económico, si en España hubiera habido muchos maestros como D. Pedro de Alcántara García, D. Francisco Ballesteros Márquez, D. José Aguilera, D. Jacobo Orellana, D. Manuel María Montes Moya, maestro de párvulos toda su vida y la persona *de mayor prestigio intelectual y moral de Jaén, durante muchos años*[4], y si hubiera hoy algunos centenares como Africa Ramírez, Natividad Domínguez, Gerardo Rodríguez García, Angel Llorca, Félix Martí Alpera..., enterados de las cosas escolares *y de otras cosas, de las cosas de la cultura propia de toda persona culta*.

Y yo digo, y proclamo y sostendría a gritos y de todas las maneras, que, si, *además de trabajar en la escuela* (lo que la inmensa mayoría, por no decir la totalidad, de los maestros españoles, *ha hecho y hace*, sin que en ningún orden, y menos todavía en el de la propia conveniencia, haya conseguido resultados apreciables), si además, digo, de trabajar en la escuela, hubiese muchos maestros -mientras más mejor- que fuesen hombres de pensamiento y de palabra o de pluma, no tendrían los compañeros partidarios de la modestia y la humildad que lamentarse de pequeñeces, como el estado de nuestros escalafones..., que no son pequeñeces por desgracia aunque debieran serlo; no lo son, porque «primero es vivir». Y debieran haberse convencido esos compañeros de que no se consigue alterar el escalafón con lamentaciones; ni tampoco -hay que hablar la verdad, claramente-, ni tampoco echando los bofes en la escuela, aunque esto sea heroico y martirológico y sublime.

Te felicito de todo corazón por tu trabajo, en el que patentizas inteligencia ágil y aguda, fina sensibilidad, buen gusto y esa serenidad aristocrática, a que alude la clásica divisa *nihil admirari*. La cual no quiere decir, a mi juicio -es una interpretación incidente y espontánea, que ha sobrevenido en la luz de este amanecer veraniego-, que no se admire nada -admirar es mirar contemplativa y gozosamente, con el goce que despierta lo perfecto-, sino que no se admire uno de que haya cosas admirables; esto es, mirar lo que se admira con segunda mirada atenta y serena, y no pasmarse, no desintegrarse, no perderse uno en lo admirado; o, de otro modo, hacer consciente la emoción e intelectualizarla, explicándosela; con lo que la emoción y su causa pasan a ser

---

[4] Fue también diputado a Cortes en las Constituyentes del 69. ¿Por qué no han de ser políticos los maestros? ¿No son, acaso, ciudadanos? ¡Pobreza de alma! ¿a qué conduces?

objetos del pensamiento y quedan definidos, registrados, clasificados. Quien hizo esta frase (Horacio) era un perfecto *intelectual*.

Yo tampoco me admiro de que hayas hecho esa admirable memoria, y espero leer otras obras tuyas de mayor empeño.

La Escuela Moderna, nº 441, junio, 1928, pp. 262-270
Nuevos Horizontes, pp. 118-132

Prólogo

Si la vida humana no es el último eslabón en la cadena de causas y efectos de un puro mecanismo incausado y ateleológico; si los que abrigamos en nuestra alma calor de religiosidad y creemos iluminado nuestro espíritu por la luz, vacilante, medrosa, pobre, pero inextinta, del saber cierto, no somos presa de una ilusión -inconcebible como resultado de fuerzas ciegas: la materia produciendo en sí misma el sueño del espíritu; la cantidad transmutándose en cualidad -es forzoso reconocer y es obligatorio proclamar con potente energía, invencible, que el único progreso verdadero es el progreso moral, el influjo creciente, así en lo privado como en lo público, de la justicia y el amor, efecto, cada día más necesario, de la cultura del espíritu; que la cualidad y no la cantidad reina en el universo; que la eficacia es propiedad de las ideas, no de hechos; que lo más real es lo invisible; que la suprema actividad reside en la meditación estática -amorosa- y que la máxima acción exterior late, desde «el principio», en la palabra, que lo más útil, si lo valora una ética superior de ojos aquilinos, es la ciencia pura, la filosofía, el arte, lo inútil ante los ojos miopes, y que, por lo tanto, caen deshechas en polvo aquellas civilizaciones en las que se altera, por obra del artificio humano, la ley universal de que son consecuencia las anteriores proposiciones; ley que no puede ser expresada en fórmula escue-

ta y precisa, por el diverso significado de ciertas palabras que han persistido a través de épocas muy diferentes, empleándose en sistemas dispares y hasta contradictorios, pero que tal vez podría simbolizarse, diciendo -imagen más que definición- que la fuerza eficaz es el espíritu, o que la idea-sentimiento -un divino amor inteligente- es el alma de las cosas.

Quien posea clara visión del panorama histórico -y la Historia, en su más amplio sentido, abarca el pasado, el presente y el porvenir- concederá preferencia a los hombres eminentemente buenos -»sal de la tierra»- sobre todos los demás hombres eminentes. Y si a la bondad, a la verdadera bondad, armonioso acuerdo de los sentimientos superiores y altruistas y de la voluntad austera, se junta un apreciable valor de inteligencia culta, esto es, biempensadora, la decisión de preferencia surge entusiasta, fulgurante, admirativa. Nimbo inefable que suele acompañar a los juicios de valor y que puede constituirlos en cosa indiscutible, sagrada, íntima a lo más hondo de la personalidad.

El que esto escribe no admite discusión sobre dicha preferencia, y se halla incapacitado, por la propia intensidad de su sentimiento admirativo, para elogiar como quisiera a los hombres, elevadamente, verdaderamente prácticos; hombres tan egoístas, cuando lo son más, que apartan de sí todo egoísmo[1]; cuando lo son menos, cuando se entregan a su obra, van guiados por el puro desinterés, pues ni a su propio bien espiritual atienden, aunque por él, sin propósito, laboren, al verter, en intensa vibración incansable, toda su alma hacia afuera, un afuera íntimo por muy amado; al corporizar, en vivo, su idea, su ser espiritual; pues los hombres así viven enajenados en su obra. Son los artistas sublimes de la Etica. La cultura, la vida superior, la transfiguración del bajo egoísmo animal en divino egoísmo, se mantiene por ellos y principalmente en ellos. El aroma espiritual de estos hombres es lo único que impide a otros sentir hasta lo intolerable la atroz repugnancia que les inspira el espectáculo histórico y social; lo único que los libra de caer en el más definitivo, desolador, total pesimismo.

En los espíritus orientados hacia lo clásico, la admiración hacia los hombres buenos llega a la devoción, al culto, hondamente sentimental no apasionado: la pasión no es clásica cuando esos hombres buenos han sido Maestros.

¿El recuerdo de Sócrates? Sí, el recuerdo de Sócrates y la convicción -socrática- que puede resumirse así: la suprema sabiduría es el conocimien-

---

[1] Un magnífico ensayo podría hacerse con este lema: el hombre más egoísta sería aquel que careciese de egoísmo.

to de lo justo. Conociendo lo justo, conociendo realmente, con toda el alma, en efusión de amor intelectual, se consigue realizarlo en la vida, se es hombre justo, se es bueno. La sabiduría -esa sabiduría- puede ser enseñada.

Y si no puede ser enseñada, ¿para qué la educación?

Don Juan Carrillo Sánchez fue un Maestro ejemplar... ¿Y un hombre ejemplar?

La frase «vida y obra», aplicada, sobre todo, a los hombres prácticos, ya sean, como don Juan Carrillo, grandes hombres buenos -tan diferentes, en más de un sentido, de los llamados «grandes hombres de acción»-, ya sean los que pudiéramos llamar profesionales del egoísmo, resulta una frase pleonástica. Es un artificio ilegítimo dividir la actividad de un solo hombre en varios sectores aislados. Se olvida, al hacer tales divisiones, la verdad profunda y perogrullesca -todas las verdades perogrullescas son profundas- de la unidad de cada persona individual. «Individuo» vale tanto como «indiviso». ¿Y cómo negar la unidad -no absoluta, pero sí armónica o interna- de lo que no puede ser dividido? Por deficiente que sea la organización centralista de un individuo, -un vegetal, o un protozoario, por ejemplo- se comporta, en sus relaciones con el medio, con unidad, con «personalidad», dando a este término un sentido amplísimo.

El hombre, de otra parte -habla también la evidencia- es, por naturaleza, un ser social, aunque queramos conceder mucho al individuo. Yo, por mi parte, le concedo la máxima importancia posible, hasta el punto de que no concibo que se llegue al socialismo sino por el individualismo y para mejor discernir el derecho sobre *todos* los individuos, para realizar la justicia *en cada uno*.

Quien es honrado de verdad, y no, simplemente, compasivo a ratos, o sensiblero, o dadivoso, o buen enemigo, por miedo o por pereza; quien es íntegramente honrado -bondadoso y justo- pone siempre, como siempre puso don Juan Carrillo, toda su alma -quien pone el alma la pone toda, por aquello de ser una- en cada acto y en cada palabra; y perdónese la redundancia, ya que las palabras son actos también, y, si son palabras buenas, -verdaderas, justas o compasivas- de los más excelsos y eficaces.

La debatida cuestión de si el Magisterio docente es un sacerdocio, no lo fue para don Juan Carrillo. No habrá habido para él cuestión, tampoco. Si en vez de Maestro hubiera sido médico, abogado, juez, y ni aún, si en vez de médico, abogado, juez o maestro, hubiera sido funcionario de Hacienda o de Correos, o comerciante; que toda ocupación es sacerdocio para quien toma la vida como religión.

Y si la vida no es religión, ¿qué otra cosa, sino vacío formulismo, ha de ser la religión aislada, la religión como una de las cosas humanas, a la que hay que dedicar *tantos* minutos y tener en cuenta de vez en vez, cuando se nos ocurra alguna barrabasada, cuya ejecución bastaría a impedir una buena educación «del siglo», o una sensibilidad nativa, dedicada o bondadosa?

Don Juan Carrillo Sánchez no fue comerciante, ni empleado de Correos, ni médico, ni abogado; fue Maestro por vocación; indudablemente por verdadera, por poderosa vocación.

Yo creo en la vocación algunas veces. Es decir, creo que en ciertos casos existe la vocación, la orientación decidida, fatal -dados el sujeto y el medio- hacia una profesión. Es algo más que la aptitud. Es la aptitud, no sólo por la posesión de ciertas cualidades del carácter, la inteligencia y la fantasía, sino por estar todas las fuerzas anímicas y hasta ciertas facultades corporales, predispuestas y como preformadas para el ejercicio de una determinada profesión. Es como una especial «armonía preestablecida» entre ciertos individuos-órganos y ciertas funciones sociales.

Se comprende claramente que la función, que la profesión hacia la que se sienten llamados algunos hombres tiene que poseer caracteres sugestivos; tiene que ofrecer un contorno definido y saliente; tiene que exigir algo más que habilidad; tiene que ser, en fin, una verdadera *profesión*. Y el hombre que se sienta atraído hacia ella con la máxima intensidad, ha de hallarse casi libre de egoísmo. El egoísta no siente otra vocación que hacia sí propio, no saliendo al exterior, como fiera de su cubil, sino para captar la presa. Y ocurre que, como en la sociedad humana hay muchas presas tentadoras del egoísmo, el egoísta, que radicalmente, lógicamente, es un ególatra, un recluido en su auto-adoración, temporalmente, prácticamente, resulta, en la mayoría de los casos, cuando carece de los bienes que desea su apetito, un hombre «fuera de sí», vertido constantemente al exterior, aunque sin olvidarse jamás de que lo exterior está subordinado a él, es *para él*, y no al contrario.

Hay, pues, dos clases de hombres de acción: «hombres de acción» egoístas y «hombres de acción» altruistas; como hay dos clases de hombres contemplativos: «hombres de pensamiento», esto es, de ciencia, de filosofía, y narcisos enamorados mística y perezosamente de sí propios; los más inútiles, aunque quizás también los menos dañinos de los hombres.

El biografiado en este libro sintió la vocación de Maestro -la más abnegada de las vocaciones-, y, por ello, fue Maestro de por vida.

Fue Maestro en España, en Andalucía, y en la segunda mitad de nuestro lamentable siglo XIX.

El cuadro que evoca el lugar y el tiempo en los que se desenvolvió el magisterio, la vida, de don Juan Carrillo Sánchez, eleva a la categoría de continuada hazaña heroica lo que en otras circunstancias habría sido únicamente -aunque ya sería mucho- una vida austera y bondadosa. Como dice el biógrafo, «¿existe nada más digno de admiración que el *milagro* diario de una vida siempre recta, siempre pura, siempre amable? Ser héroe en un momento dado puede ser asequible a muchos; pero vivir en héroe todos los momentos de la vida, en lucha con la ignorancia, con la ingratitud, consigo mismo, es honor alcanzado por muy pocos. Y esa fue la vida de don Juan Carrillo.»

¡Ser Maestro, y serlo así, como lo fue Carrillo, en la España del siglo XIX!... Y serlo, y *serlo así*, un hombre culto, un hombre de estudio, no un pobre casi analfabeto, como el ex sargento que enseñó a don Pedro Antonio de Alarcón las primeras letras! ¡Ser maestro en una ciudad prócer de la fastuosa Andalucía, en el «período glacial» -frío y duro- del señoritismo andaluz!...

Nada hay que decir del pueblo trabajador andaluz, noble entre los nobles, fino de espíritu, como heredero de una cultura multisecular, generoso de su pobreza, lleno de simpatía, aunque interiormente triste, por efecto de la sensibilidad aguda, la fantasía espléndida y la clara visión de la injusticia social de que es víctima. Nada hay que decir del caballero andaluz que ha cultivado su espíritu. Pero el señoritismo andaluz fue hasta hace poco una plaga engendradora de pesimismo. El señorito no sabía nada ni trabajaba en nada. Era un superconsumidor improductivo, zángano con prerrogativas de reina. Era, además, un especialista en desprecio. El señorito -todos los señoritos pero quizá el andaluz, en mayor grado- desprecia ostensiblemente, groseramente, todo lo grande y lo delicado, si no es ostentoso.

Y el espíritu del señorito era como un veneno difundido en la atmósfera social y que, en mayor o menor parte, envenenaba a cuantos no tuvieran en sí mismos el contraveneno de convicciones firmes, o de una grandeza de alma a toda prueba.

Debía ser terrible ejercer la profesión de Maestro por aquel tiempo en una ciudad rica de Andalucía.

Es seguro, sin embargo, que un hombre del carácter, conducta e ilustración de don Juan Carrillo, que contaba, además con ingresos pecuniarios, modestos siempre, pero suficientes para poder costear a sus hijos estudios fuera de casa, se vería rodeado de la admiración de los mejores, del cariño de todos

los buenos y aun el respeto de los señoritos: respeto puramente exterior, impuesto por el medio, ya que el señorito es, en su intimidad, irrespetuoso «por definición», por esencia. de no serlo, no «viviría su vida» con la desfachatez que lo caracteriza.

Hay que decir, sin embargo, que don Juan Carrillo y sus compañeros de Ronda se vieron mejor tratados, así en lo particular, como en lo oficial, que muchos Maestros de aquella época. Ronda ha sido siempre una verdadera ciudad, esto es, una agrupación humana superior, un hogar de cultura. Luego, la propia labor de don Juan Carrillo, que todos, en mayor o menor grado, notarían, y, como una de sus consecuencias, la veneración que le profesaban los numerosos discípulos, que, aconsejados, preparados y hasta algunos auxiliados pecuniariamente por él, se iban haciendo hombres útiles, cuando no hombres eméritos, tenían que ir formando un ambiente de alta consideración y de calurosa popularidad en derredor del magnánimo Maestro.

Sin embargo, la decisión de hacerse Maestro en aquel tiempo y aquellos lugares, en los que don Juan vivía, era una decisión heroica, o una decisión desesperada. Y no fue de este último género la decisión del insigne biografiado en este libro, que me honro, inmerecidamente, prologar.

Y resultaba más heroica en Andalucía, aun apartando la hostilidad del *señorito*, por el hecho de ser Andalucía un país rico, fastuoso, espléndido. El lujo es allí una cosa natural. Son lujosos el clima, el suelo, el paisaje, la luz, sobre todo; y el hombre posee lo que pudiéramos llamar mimetismo transformado, o mimetismo psíquico de base mediata; algo, en fin, que le hace traducir en su vida de relación las condiciones más salientes del medio natural en que vive. El andaluz, no por sangre oriental, que no la tiene en la mayoría de los casos, sino por habitante de Andalucía, propende a estimar lo fastuoso, lo brillante: la oratoria es allí un arte de eterno éxito. Esto no quiere decir que el andaluz carezca de vida interior. Tiene, por el contrario, más vida interior que nadie. Lo que le sucede al andaluz es que vive más interior y exteriormente, que los hombres de climas opuestos.

Y el aprecio de las profesiones se rige en todas partes -hablamos del espectador de cada una de ellas, o sea de la generalidad, del público- no por elaboraciones de la vida íntima de cada uno, sino por los hábitos, sentimientos, gustos, referidos a lo aparente; por actitudes tradicionales y gregarias ante los esquemas o «figuras de profesión».

El Maestro no haría mal papel en un pueblecito de Castilla. Pero tenía que hacerlo, sin que nadie tuviese que poner en ello interés alguno, en Jerez, en Antequera, en Ecija, en Ubeda, en Ronda.

Fue, pues, heroico al decidirse a ser Maestro, y más heroico todavía al conquistar desde profesión tan humilde, y por ella y a pesar de ella, la consideración de todos y el cariño de muchos.

Pero -repitámoslo con gusto, en honor a la justicia-, y también, porque era de Ronda: la ciudad excepcionalmente culta, ponderada, de recto pensar y delicado sentir. Es ciudad de sol y ciudad de sierra; es rica por naturaleza y austera por el trabajo; es fuerte, como las rocas en que se asienta y que la rodean con un nimbo prodigioso, y dulce como los panales en que se transforman las flores de su serranía; salud del cuerpo, encanto de los ojos, admiración del ánimo, estímulo del pensamiento, lección perenne de grandeza.

Que Ronda es como decimos y aún más de lo que pudiéramos decir en su honor, lo demuestra ahora, honrando generosa, aunque merecidamente, a don Juan Carrillo Sánchez, y a un ilustre hijo suyo. Maestro también; que esto es y quiere ser de por vida, siguiendo a su padre, el doctor en Derecho y Filosofía y Letras, Director técnico de publicaciones cultas e Inspector Jefe de Primera enseñanza de Madrid, y ante todo y sobre todo, hombre bueno y Maestro ejemplar, don Francisco Carrillo Guerrero.

De otra parte, las luchas entre *blancos* y *negros* -romanticismo de alto coturno, desdeñoso de las humildes realidades, en los más nobles de cada bando; careta de bajos apetitos, vehículo de ambiciones y venganzas en los demás- se realizaban más arriba o más abajo de la Escuela. O «por don Fulano»..., para que don Fulano me sirva, o por la Constitución, o «las cadenas».

Los unos, los de «¡Vivan las cadenas!», aunque no siempre y no todos los de este bando hicieran tan franca declaración de... su merecimiento, combatían al Maestro por odio instintivo o por bien consciente detestación. ¡El libro! ¡He aquí el enemigo! Los otros, por desdén, hijo de la inconsciencia, y por egolatría vanidosa, dejaban al Maestro en el mayor desamparo, sin perjuicio de entonar en su honor encendidos ditirambos.

Sí, tiene razón el señor Anguita Valdivia. Cuando un hombre, por culto fervoroso al deber, por amor a la infancia, tan necesitada del auxilio de «los mejores», solidarios en el alto magisterio ciudadano de proteger a los niños y de ofrecerles el ejemplo viril y fortificante, alegre, de la libertad, la rectitud, el saber y el buen gusto; por acendrado amor a la Patria; por rendimiento al ideal, tan antiguo y tan nuevo ¡todavía! de la fraternidad de todos los humanos ante el Universo, para elevar la vida, para hacer de cada hombre una parte y al propio tiempo un reflejo consciente de la vida universal, para la

cultura, en fin, elige gustosamente una labor menospreciada de los grandes, abandonada de los del medio, escasamente apreciada, y hasta a veces mirada de reojo por los inferiores, a quienes más directamente beneficia, y se entrega, se enajena abnegadamente en el empeño de esculturar las almas infantiles, empeño de titán y de hada, como todos los empeños verdaderamente grandes, y sigue día tras día y un año tras otro, y década sobre década, «sembrando esperanzas», convirtiendo en realidades esperanzadas el inagotable tesoro de sus esperanzas, ideales, y se mantiene serio, tranquilo, dulce, en medio de la indiferencia de unos, de la hostilidad de otros, de la gratitud interesada de algunos, porque «está haciendo un hombre a su hijo», esto es, porque estaba preparándolo para una profesión más lucrativa que la que en otro caso habría tenido que aceptar, y labora incansable, entusiasta, henchido de fe, esperanza y amor, sin otra recompensa que la interior alegría santa por el deber cumplido y la adhesión perdurable de esos que iban por él, siendo hombres, que iban siendo hombres en el más elevado sentido de la palabra, pues no merece ser mencionada la mezquina recompensa pecuniaria, cien veces menos pingüe de la que podía haber logrado dedicándose a la venta de cualquier monada, y se obtiene en su magna labor los frutos óptimos que hacen suponer lo que en este libro se reseña, y procrea y educa de modo insuperable y pone decorosamente en la vida una pléyade de hijos, y, ya retirado de su profesión oficial, por imperativos de la ley, acude todavía ante los parvulillos mayores de la escuela dirigida por quien es carne de su carne y alma de su alma, y los adoctrina con sus ideas y les llena el corazón de amor y de alegría con su bondad inagotable, y sabe luego despedirse de la existencia con serenidad augusta, fresca la mente y firme el corazón; no pudiendo nadie acusarlo de la más leve debilidad moral, ni achacarle siquiera uno de esos pequeños vicios de los que nadie se avergüenza, bien puede decirse de él que es un hombre excelso, *un grande de la bondad* y un grande, también, de la inteligencia. No se puede ser tan noble, tan abnegado, tan puro -severo para sí, comprensivo y tolerante para los demás- sin poseer un espíritu superior, en el que ha de juntarse, si la naturaleza humana no es monstruosa, o los ideales absurdos, a los sentimientos depurados y la voluntad recta y firme, una inteligencia no común; que esta, al fin y a la postre, y por muy eficaces que sean otras cualidades, es quien construye la fundamentación y la defensa de la propia conducta; la que suministra informes para las decisiones del mundo y examina la posición y la marcha de la nave. Mi convicción sobre esto es firmísima. Si un hombre de gran mentalidad ha demostrado una conducta deficiente, pienso que más deficiente habría sido la conducta de ese hombre si no llega a tener tanta inteligencia; y si ha sido francamente malo, creo que lo habría sido más, con menor talento, y menos, con un talento colosal. Me figuro que el egoísmo, con toda su rastra de

vicios y actos lamentables, obedece a deficiencias de intelecto y de saber. Un hombre archigenial en todo y en toda ciencia sabio, sería el mejor de todos los hombres.

Bien venida sea esta biografía, perspicuamente concebida y galanamente escrita; plena de sinceridad; escrupulosa en el dato, vibrante de emoción y justa de pensamiento, sin que esto último quiera decir -ni podría, en ningún caso, decir- que yo suscriba todas las apreciaciones marginales del autor, como él seguramente no estará conforme con algunas de las insinuadas en este prólogo; las cuales han surgido, espontáneamente, sin previo propósito, pues no venía a cuento hacer una profesión de fe, innecesaria para quien me conoce y del todo indiferente para los demás.

Bien venido sea este libro, hijo del corazón fiel de uno de los numerosos discípulos del insigne biografiado. Bien venido, en esta hora en que parece resquebrajarse el hielo del antiguo menosprecio al Maestro de primeras letras. Parecemos asistir al principio de la general justipreciación de la Escuela, como lo demuestra, entre otras cosas, la cordialidad con que es acogido el *Homenaje al Maestro español, representado en don Francisco Carrillo*, hijo de don Juan.

Esta revisión de los valores de la Escuela, y, por consiguiente, del Maestro, es, en parte, debida a los mismos Maestros o a sus discípulos, como este buen discípulo, autor del presente libro. Es también una consecuencia de la mayor capacitación de las clases populares para regirse y para intervenir en el regimiento de «la cosa pública». El obrero sabe, no sólo que su redención ha de ser obra de él mismo, sino que esta obra será más pronto y mejor lograda cuanto más cultos sean sus organizadores.

Los Maestros -que no sólo los deudos de don Juan Carrillo Sánchez- debemos gratitud al señor Anguita Valdivia. Yo, con la expresión de la que me corresponde como miembro de la familia pedagógica, me permito felicitarlo por el acierto logrado en su simpático trabajo.

Anguita Valdivia, José, "*Apuntes biográficos de D. Juan Carrillo Sánchez*". Prólogo de Blas Zambrano. Madrid, Imprenta Renacimiento, 1929, pp. 5-21.

Reproducido en *La Escuela Moderna*, Del libro "*Vida ejemplar de un maestro del siglo XIX*", enero, 1929, pp. 11-20.

Un Pequeño Gran Libro

El maestro, la escuela y la aldea (Cartas a Luis)

por Pablo de A. Cobos

¿Media sólo una diferencia de tamaño entre un gran libro y un pequeño gran libro?

No creemos que los predicados de un mismo sujeto posean absoluta independencia. Las categorías son los géneros supremos. Pero al darse conjuntamente en las cosas, puede existir entre ellas, o entre sus determinaciones singulares, mejor dicho, una cierta contaminación. Así, cantidad y cualidad son conceptos dispares, pero ¿acaso del todo indiferentes entre sí? Veamos. ¿Es indiferente que el acueducto de Segovia midiese tres o cuatro metros de altura y seis u ocho de longitud? ¿Y un Moisés, hecho por el propio Miguel Angel, de dos pulgadas? ¿Y un gran poema épico reducido a cien versos, aunque en ellos se relatase el argumento entero? ¿Y la *Crítica de la razón pura*, en extracto de cincuenta líneas? ¿Y la *Historia de José*, en una cuartilla?

Creemos -y es claro que podemos estar equivocados- que un libro pequeño no ya en relación a un infolio, sino teniendo en cuenta el posible desarrollo del tema o temas que lo sintetizan, no puede ser un gran libro perfecto, en lo humano, definitivo.

Y el libro de que nos vamos a ocupar, pequeño como *un* libro, es más pequeño todavía, si se piensa que en realidad no es un libro, sino tres, unidos por el hilo sutil de un tema general: la educación de los niños en la escuela campesina, o la pedagogía escolar referida a las aldeas.

Ya el nombre del libro indica esta división, que en el texto se señala con titulares, aunque los números de orden de las cartas que constituyen el tomo forman una sola serie.

¿Qué queremos decir, entonces, con nuestros calificativos, más antagónicos que a primera vista parecen, de conjunto paradojal, según la explicación dada?

Queremos decir que este libro es, en realidad, todo lo grande que su pequeñez de tamaño consiente, sin que pretendamos afirmar que llegue al sublime literario, pues no se trata de una obra esencialmente bella, sino de una obra didáctica.

Didáctica -y este es uno de sus mayores méritos- sin dogmatismos y sin tecnicismos. El dogma petrifica; la técnica aísla, que es tanto como alejar al explorador libre, henchido de interés desinteresado.

El autor -un joven de mucho talento, de esperanzas tan seguras, que ya comienzan a granar- escribe sobre los temas apuntados en el título como un periodista muy enterado de lo que escribe y muy enterado de cómo se escribe para llegar al espíritu de todo, sin tener disgustos en las aduanas de la Gramática, el Diccionario y la Estética literaria, esto es, como un gran periodista.

Y tanto es así, que mientras leí la «carta primera», recordé insistentemente al gran maestro de escritores de periódico don Alfredo Calderón, hombre de altísimo mérito y honda cultura, que murió pobre y entristecido, víctima de por vida de su austeridad y de la indiferencia y la estupidez ajenas, aunque fuese admirado de los mejores; pues no obstante haber publicado, con su firma, infinidad de artículos insuperables, era desconocido del gran público, de aquel gran público que llenaba las plazas de toros en los días del inmenso desastre nacional.

El que esto escribe tiene entre sus más altos honores el haber llorado la muerte del maestro admirable.

Y como yo sé que Cobos no ha leído a Alfredo Calderón, es claro que no obedece a imitación inconsciente la semejanza que, sin duda, existe entre su estilo y el del insigne escritor, noble, bueno, austero y, con todo ello, ¿acaso *por* todo ello?, desgraciado.

Sólo me resta, en este punto, afirmar que no puede, a mi juicio, aplicársele aquel calificativo de grande, que tan concienzudamente debe ser reflexionado antes de ser concedido, a un libro mal escrito. Hay entre fondo y forma una relación más íntima de lo que muchos creen, o aparentan creer, o se inclinan a suscribir, sin analizar la certeza de lo suscrito.

No es la primera parte -el libro no sigue el orden marcado en el título- un canto lírico en honor de la aldea; es la síntesis, muy sustanciosa, de los conocimientos aldeanísticos del autor. Es, sobre todo, situarla objetivamente,

sin prejuicios favorables, ni adversos, y pensar acerca de ella por observación analítica y por el contraste.

Y resulta del estudio de la aldea que esta no es ni escenario de múltiples idilios, en ambiente de paz, sencillez e inocencia inalterables, ni muladar humano, en el que toda miseria física y moral tiene asiento perpetuo. La aldea es diferente de la ciudad, y el aldeano, el aldeano auténtico, no el desviado por las «pillerías» de la civilización, un tipo digno de estudio, en el que se dan todas las posibilidades. «Ponlo en un medio intelectual y lo encontrarás capaz de todo progreso; ponlo en un medio de trabajo, de utilización, de generosidad, de fraternidad... Cuenta con todas las posibilidades que no le robaron maestros cursis.»

Sin embargo, el maestro, que debe ser en la aldea activo representante de lo mejor de la ciudad -la cultura- ha de examinar el medio y hacer lo posible por comprenderlo y amarlo, sin dejarse dominar por él. «Pero no te conformes -le dice a Luis- con menos que la cúspide. En lo más alto, tú, dominándolo siempre.

En otros pasajes, el autor se burla de la ciudad y de su *cultura*. Pero es de la *cultura* que merece ser puesta así, subrayándola irónicamente; de la pretendida cultura de la mayoría de los habitantes de las ciudades, que no es sino alarde necio de cultura inexistente, orgullo por la posesión de los caracteres ciudadanos menos estimables: sensualidad, raquitismo físico, incomprensión de todo lo ajeno al estrecho horizonte de la vida habitual, saber superficialísimo, horteril, o, dicho con las palabras del autor..., «ambiente de la ciudad, que sólo dota de esa estrechez intelectual que debemos llamar listeza, de una moral que es sensiblería y de miseria física que incapacita totalmente para la lucha.»

Algunos reparos pueden ponerse, no al fondo del pensamiento del autor, amigo fervoroso de la verdadera cultura, cuyas más altas cimas son necesariamente ciudadanas, sino a la rotunda manera con que Cobos achaca aquellas pésimas cualidades de la seudocultura al ambiente de la ciudad. Claro es que «el ambiente de la ciudad» es aquí el ambiente de sus círculos inferiores, el ambiente del arroyo y de los lugares desde él más accesibles.

A lo cual podría también objetarse que esos ambientes de la ciudad son los menos ciudadanos; así como el margen de terreno inculto de una huerta no es huerta propiamente hablando.

La ciudad ideal es el tipo más perfecto de las agrupaciones humanas; la nación coherente, o el municipio en todo desarrollo; el hogar de la cultura con sus varios aspectos, desde la policía edilicia en el medio material y la urbani-

dad en el medio social, hasta el gran arte, difundido en múltiples manifestaciones y condensado al propio tiempo en obras maravillosas, y la suma ciencia, cultivada en instituciones públicas y aplicada en lo posible a la vida, y la moral más alta y la más exquisita sensibilidad.

Entre la ciudad y la aldea, como organismos de cultura, media entre la misma distancia que entre un hongo y un roble. Como productoras de individualidades selectas, no hay distancia siquiera: media el infinito, como entre la nada y el ser. Distancia es la relación espacial cuantitativa entre dos cosas existentes. recuerde el autor del libro que criticamos la Atenas de Pericles, la Córdoba de los Abderramanes, la Florencia de los Médicis, y mire luego hacia la aldea más pura en sus valores características.

Es claro que Cobos no quiere decir que las aldeas constituyan el desideratum de las agrupaciones sociales. Ya le advierte a su Luis -el maestro a quien se dirigen las cartas que forman el libro- que la aldea hace mucho daño cuando capta al ciudadano que en ella, por exigencia de su profesión, vive. «Es muy fácil perder la distinción de las maneras, y lo malo que perderla en lo exterior es señal clara de que tampoco en lo interior anda muy sobrada.»

Lo que quiere el autor, en fin, es desterrar el concepto falso de que en una aldea no pueden vivir sino aldeanos. «En un pueblo no se desprecia a ningún hombre venerable, no se humilla al que siempre sea respetuoso, no se veja al prudente, no se maltrata al trabajador ni se persigue al digno, ni más ni menos que en los casos y excepciones que ocurre en las ciudades. Tengo por cierto que muchas menos veces.»

En suma, esta primera parte del libro de Cobos es de gran originalidad. Análisis del espíritu de la aldea, distinción entre el aldeano puro y el maleado por lo que pudiéramos llamar escurrajas de la cultura, y afirmación razonada de que le es posible a un buen maestro vivir entre aldeanos, y de que es conveniente para los altos intereses de la Humanidad que viva y que actúe.

¿Cómo ha de actuar? Siendo maestro en la escuela y consejero veraz, sencillo y valiente en la calle, o sea «ante el cacique, ante los vecinos, ante la juventud». Cobos quiere en cada aldea un Sócrates.

En la segunda parte insiste sobre esta idea, en los dos hermosos párrafos con que termina y que damos casi íntegros a continuación:

«No pienses que vas ahí como maestro exclusivamente; como misionero de los altos ideales vas...»

«Puede ocurrir que te invite la autoridad a recogerte en tus propias funciones... No importa; te harás más prudente, más cauto; pero seguirás dicien-

do la verdad ante el alcalde, ante el secretario, ante el médico y ante el cura, lo mismo que ante el vecino más humilde. Es posible que torne la amenaza, negándote el derecho a intervención política, a predicación ciudadana. No importa. Serás prudente, y harás lo que hacías. Puede llegar el expediente y la sanción. No importa. Sabrás entonces que no puedes ser maestro en España, y te quedarás tranquilo y contento con tu honradez y tu sabiduría.»

¡Bravo!... por mi parte. Yo, como autor, habría dicho lo mismo. Como informador que se siente algo juez, cúmpleme señalar ante una más amplia y aguda crítica la afirmación contenida en los párrafos anteriores. Sólo diré ahora que he recordado al leerlos la cicuta de Sócrates, y al terminar la lectura, cierta conversación entre Buda y Purma, muy conocida entre nosotros, por haberla transcrito de los poemas indios una Historia de la Pedagogía.

¿Por qué, entonces, afirmo que yo como autor habría dicho lo mismo que Cobos? Lo habría dicho no sólo por razón de ética pura, sino por eso que puede llamarse pudor de la honradez o dignidad. Más claro: si el maestro, en las poblaciones pequeñas no sigue la norma que Pablo de A. Cobos le prescribe, no es que pueda abstenerse, *es que tendrá que aprobar* tácita y muchas veces, casi todas, expresa y terminantemente, injusticias, engaños, faltas de delicadeza...

La cuestión que se plantea, pues, es -a mi juicio- ésta: o el maestro ha de ser un desaprensivo, o un inconsciente, o un abúlico, débil hasta lo inverosímil, o bien, en el otro extremo -con muy difícil opción a un término medio, inestable, peligroso y siempre impuro- un héroe.

Y ahí queda esa cuestión «para más señores».

Comienza la segunda parte de la obra puntualizando el valor que para ejercer dignamente el Magisterio posee el «gusto por la escuela», gusto que es consecuencia de un sentimiento más concreto: el amor a los niños.

«O amar o aborrecer: no hay otra cosa. El que ama es un sembrador, ¿y qué otra cosa mejor puede ser un maestro? No creas jamás que se puede ser educador con la frialdad de lo puramente científico.»

Se sitúa aquí el autor en la gran corriente moderna que exalta la sensibilidad, que considera el sentimiento como el primero e insustituible impulsor de toda grande obra.

¡Lo científico sin amor! Es que, además, no puede acumularse verdadera ciencia, sin que nos acompañe en el difícil trabajo de su adquisición algún amor intenso, ya a la Ciencia misma por sus calidades humanas- aun como verdad pura es apetecible- ya a un ideal de humanidad, al que la

Ciencia ha de servir. Es que tampoco puede ser certeramente aplicada, si uno de esos amores no es el genio invisible, pero vigilante, que guía y anima, que acierta en el matiz, en la manera, en el pormenor, como no podría acertar la inteligencia; que hace, en fin, que la obra, aun la más científica, sea lo que es.

Pero el educador, sobre todo, necesita un ideal de humanidad y una gran fe en el progreso moral, que es el verdadero y definitivo progreso. Es imposible ser maestro -serlo de veras- sin un gran corazón, henchido de amor humano, de fe en un ideal y de la esperanza de que ese verbo se hará carne.

Así, Cobos quiere que sea la escuela «el sentimiento ilustrado por la razón». Máximo acierto. No se puede decir más en menos palabras, que podrían servir de tema para un libro diez veces mayor que *El maestro, la escuela y la aldea*.

Y dice luego: «El amor -por muy ciego que sea el amor- es una manera de conocer.»

Insisto -y perdone mi querido amigo-: no es una manera, es la *única* manera de conocer, supuestas ya en el sujeto las demás aptitudes que dicen relación a ese acto, el cual no puede ser realizado con amor solo. Pero yo digo que tampoco puede realizarse como amor solo. Pero yo digo que tampoco puede realizarse con sólo inteligencia. Un hombre absolutamente insensible -y es claro que no nos referimos a la sensación, sino a la emoción- sería incapaz de todo conocimiento científico, objetivo, impersonal. Para desligarse de la vida instintiva, desinteresándose de sí mismos, se necesita el amor. La doctrina -que yo profeso- de atender la Ciencia a la utilidad, y la Filosofía y las Artes a lo inútil, a lo bello, a lo divino, no contradice la anterior afirmación; porque la utilidad de la Ciencia no es inmediata y personal, sino general y remota. Sólo en un origen causal y en sus comienzos históricos -balbuceos de una técnica rudimentaria, ayuna de verdadera ciencia- puede decirse que la Ciencia responde al egoísmo.

Y es claro que la perfección de un conocimiento varía con el grado de intensidad del amor. Sólo con amor fuerte, de emoción perenne, se puede llegar a conocer lo más recóndito, así de la Naturaleza universal como del alma humana.

Y a estas elevadas calidades del amor se refiere Cobos, sin duda, cuando dice que el amor -un gran amor- es un modo de conocer; el modo de conocer íntimamente, perfectamente.

En lógica consecuencia, con este criterio optimista, dice Cobos que el maestro ha de llevar a la escuela la vida, «y que la muerte quede lejana y

escondida, no trayéndola a trozos sobre nuestro vivir, vertiendo gotas de su ponzoña a cada paso en nuestro caminar. Estoy seguro de que el educador no tiene derecho a llevar tristeza al alma del niño. ¿Qué le ha de dar, si no es energía y confianza»? ¡Hermoso sentido pagano el de esta serena y pudiéramos decir que *seria* alegría con que debe enfrentarse la vida!

Hablando de la relación entre el maestro y los discípulos, hay esta frase certera, esta gran frase, que bastaría a justificar todo el libro: «Que te digan -los niños- adiós con la mano desde lejos, y *que se sonrían siempre que te encuentren*.»

Gran acierto también el comparar la función del maestro con la del gobernante.

La parte tercera y última comienza con la afirmación de que la coincidencia universal en favor del niño y de la escuela es más lírica que efectiva, y alega sus razones.

A renglón seguido critica «el fogoso entusiasmo por lo nuevo». Me parece de perlas este perspicuo alegato en pro de la originalidad. La frase final de esta carta, de hiriente sarcasmo y de muy hondo pensamiento, es un verdadero epigrama, y como los antiguos, digno de ser grabado en piedra: «Sólo me explico la copia en los que copian a Siurot.»

Esta parte del libro es un análisis agudo de los defectos esenciales de la escuela, de la contradicción fatal entre la teoría y la práctica, y entre el educador consciente y los elementos sociales.

¿Cómo no ha de darle la razón al autor de ese análisis quien ha realizado otros en análogo sentido y con semejantes conclusiones pesimistas?

Pesimismo que no se excluye -y así lo afirma Cobos en su libro-, antes más bien presupone, la acción bienhechora. «Sólo el pesimista de alma serenamente triste y dulce -afirma- es capaz de reaccionar, poniendo su esfuerzo al servicio de la ingente tarea de llevar vida al sepulcro de las almas infantiles.»

Porque ser pesimista no quiere decir -no sería posible en hombre algunotener el convencimiento firme de la inanidad fatal de toda idea, de todo amor, de toda acción. Como en la crítica del conocimiento es imposible el absoluto escepticismo, es imposible en una doctrina de valores el total, cerrado, absoluto pesimismo. Así, por ejemplo el pesimista acerca de lo presente puede ser optimista respecto al porvenir.

En general, la predisposición optimista, es decir, la tendencia a encontrarlo todo bien, o fácilmente conducible a buen término, estimando remediables todos los defectos de las obras, todas las dificultades y los inconvenientes de las acciones, la creo propia de espíritus superficiales, ligeros y egoístas. Cuan-

do ese optimismo se refiere al estado actual de la Ciencia, del Arte, de la economía política, del gobierno de los pueblos, de las relaciones internacionales, de la enseñanza pública, de las costumbres, la salud, la inteligencia y el buen gusto de la mayoría de las personas; cuando se refiere, en suma, a cualquier aspecto importante de la vida humana o de la cultura, me parece el optimismo -del que se deriva férrea posición conservadora- una inmoralidad esencial, o una repugnante pereza. Ser pesimista -y no hablamos del pesimismo filosófico, que niega la religión, la moral, el derecho, el espíritu, en suma, al que considera una sombra que tiene la propiedad de ensoñar, de alucinarse y de crear absurdos -dentro de semejante doctrina, caben, por feliz contradicción, pequeños optimismos y grandes bondades-, ser pesimista, digo, es ser honrado; es tener seriedad de pensamiento, ansia de ideales y sensibilidad aguda.

He aquí una cuestión que Cobos enfoca con perfecta objetividad. Como la cuestión es insoluble, el autor será *tachado* de pesimista, pues hoy el pesimismo, aun relativo, es un defecto. «La Pedagogía nueva -dice- te ordena conocer al niño. ¿Qué es el niño? El niño es... El niño -concluye- es muchas cosas; no sabes cuántas ni cuáles. Simplifiquemos. ¿Qué es *este* niño? ¿Qué es íntegramente? Con *tests* y sin *tests*, nunca alcanzarás otra cosa que una imprecisa, borrosa y vaga intuición de las posibilidades de ese niño».

Sólo elogios merece la censura despiada, pero justa, que hace del horario escolar y de todo lo que sea molde, y de toda imitación, así de lo viejo como de lo nuevo, y aun de todo sistema concluso y petrificado.

En este libro se percibe la palpitación fuerte, a veces tumultuosa, de una recia personalidad. Cobos piensa por sí mismo; él, con las ideas adquiridas en todas las fuentes: observación, lectura, conversaciones, razonamiento propio con datos ajenos... Cuando acepta una opinión o una doctrina, las hace suyas, realmente suyas por verdadera asimilación, por animarles y cobijarles en lo más hondo de la personalidad, el corazón. No se tiene la propiedad sino de aquello que se ama.

Por esto no puede aceptarse el juicio de algunos amigos míos y de Cobos de que este libro es «zambranista».

No, no esto. Es...

Es, en primer lugar, que todos, absolutamente todos los hombres dotados de buena fe y de sinceridad hemos de estar conformes en multitud de cosas. Es, también, que no en balde, por mucha personalidad latente que pueda tener un muchacho, y por muy en libertad que sus educadores quieran dejarla, no en balde se es discípulo desde los catorce años hasta... ¿los veinti-

dós?, ¿los veinticuatro?... de un hombre de corazón, que «no es un porro», como diría Unamuno, ni un indiferente a nada de cuanto hay o pueda sospecharse que hay en el Universo y en el extra Universo. Y no digo que «valga la inmodestia», porque no creo que exista, y no quiero mentir.

He leído en un artículo -encomiástico- acerca de este libro que en él se repiten ideas, que aún habrá que repetir más, ideas madres, en suma. Ciertamente, algo de esto hay, como en todo libro sobre cuestiones muy tratadas. Pero yo encuentro en él una fuerte originalidad. Las partes primera y tercera, que constituyen casi todo el libro, pues sólo 12 páginas pertenecen a la segunda, tienen cuanta originalidad pueden tener, sin salirse, dando un salto en el vacío, del círculo de esas ideas madres, en el que ha de moverse, por fuerza, un espíritu ponderado. El lector cuidadoso notará en este librito, de brillo y dureza diamantinos, opiniones que no habrá leído jamás. Porque no es cierto que no pueda decirse nada nuevo sobre cosa alguna conocida. Creo, por el contrario, que cada día se dirán más cosas nuevas acerca de todo.

Termino sugiriendo al lector -sin más explicaciones, pues el artículo es ya extenso en demasía- este juicio: el maestro del libro de Cobos, el maestro que él desea, es un aristócrata en el más puro sentido de la palabra, y algo aristócrata, también, en el sentido histórico o vulgar, ya que está muy lejos de ese tipo pacato, humilde, modestísimo, gran agradador de todos los Segismundos, desde «la autoridad constituida» en todos los órdenes en que caben autoridades -y son muchos-, hasta el último «señor respetable».

Los maestros españoles, todos los maestros españoles -pues también los que profesan en la ciudad pueden obtener óptimos frutos de su lectura- deben leer este libro.

La Escuela Moderna, marzo 1929, pp. 122-31

2 Diálogos Filosoficos

Dialogo I

INTERLOCUTORES: Álvaro Venegas Minaya: licenciado en Filosofía, empleado de Hacienda; escritor provinciano; sin amigos en la capital de la nación; 40 años. Está recién llegado a Madrid, en donde se reúne con antiguos amigos de Sequera, vieja y bella ciudad, en la que había residido bastantes años: Soltero y ¿habrá que decirlo, siendo empleado oficial? filósofo libre, escritor desconocido y excesivamente pobre, tres veces pobre... de dinero. Tiene, en cambio, un alma abundante en riquezas y espíritu de proselitismo amistoso, de maestro antiguo.

Pedro Roca González, médico joven (unos 36 años) talentudo, escéptico, pesimista, sarcástico. No es ni siquiera materialista, no porque el materialismo esté en baja -lo que a él le traería sin cuidado- sino porque el materialismo implica, aunque escondida, una metafísica, una fe en algo sustantivo. Corazón excelente, noble y desinteresado. No se preocupa de la autopropaganda, ni adopta ningún género de pose. Poca clientela; opositor emérito fracasado. Posee una fortunita personal y con ella y algunos honorarios profesionales vive, ni envidiado, ni, menos aún, envidioso.

Tiempo: Principios del verano de 1921.

Lugar: La «vicaría» casi solitaria, de un viejo café madrileño. Las dos o tres parejas que hay por allí están abstraídas en sus cosas. De vez en vez, las chicas los miran extrañados «¡Qué sabios tan jóvenes!» dice, con cierta simpatía conmiserativa, una rubia gallarda y bonita.

¿Tendrá razón la rubia? Problema que dejamos íntegro al lector.

Álvaro.- La civilización y la cultura son hechos naturales, esto es, necesarios. Y ante la necesidad hay que ser mudos. Sólo a la poesía se puede permitir que se lamente de la fatal imperfección de aquellos hechos. Y la poesía, hija del amor, es esencialmente exagerada.

Pedro.- Sí, todo lo que ha ocurrido ha sido necesario que ocurriera. Fatalidad, esa es la ley, el dogal que nos oprime, hasta ahogarnos, al fin, y que el histriónico optimismo ha revestido, pretendiendo ocultarla, de varias flores de artificio. ¡Oh, los esplendores de la civilización! ¡Oh, las perfecciones de la cultura!

Álvaro.- ¿Vanas flores la filosofía, el derecho, la moral, las bellas artes, la ciencia pura y la ciencia aplicada?

Pedro.- Aludía a los piropos retóricos dirigidos a la civilización y a la cultura. Pero, en fin, suscribo lo que Ud. supuso que quise decir. Pensamiento que no responda a la utilidad es vana diversión, falsa promesa, ilusoria eflorescencia, creada por la música de las palabras.

Álvaro.- Esa música es expresión de nuestro espíritu, que tiene su vida, y para ella es útil lo que es inútil en la vida práctica. El amor -el único, del que son especie todos los amores- crea en nuestra intimidad la medida y el ritmo, que se manifiestan en el bien saber, el bello hacer y el bien obrar, flores vivas y fecundas. Son el bien, la verdad y la belleza modos de la armonía espiritual, cuyo desenvolvimiento histórico tal vez pueda esquematizarse así: amor sexual, música, danza y poesía erótica. Amor a la naturaleza: observación artística, que produce la pintura y la escultura. Amor cósmico, o emoción directa y sintética ante el mundo: divagación filosófica y filosofía poética (naturalismo místico). Amor a la humanidad: ciencia, derecho. Amor directo a los ideales de belleza, verdad y bien; reflexión sobre la ciencia, o filosofía crítica, ética y estética. Amor a todo, por amor a aquellos ideales y por nuestra íntima relación con la vida universal: filosofía otra vez; pura y total filosofía, alma de la cultura; estructuración espiritual del mundo, del hombre y de la sociedad. Hay otro camino revolucionario: magia; revelación divina; moral religiosa, social y moral religiosa individual, en sus dos direcciones, no incompatibles, la ascética y la mística.

Pedro.- Deriva Ud. la cultura del amor. Yo disiento. Pero aunque sea como Ud. dice, enfrente Ud. la cultura con una crítica severa, y podrán resultar engañosos todos los caminos, falsas todas las ideas. El amor es sospechoso de fraude. Cuando hay que combatir, por conveniencias de la especie, o de la sociedad política el interés individual, es el amor -a lo que fuere- quien se encarga del papel de traidor, amordazando al pobre individuo, cubriéndole de flores y sacrificándolo sin piedad.

Álvaro.- Dejemos ahora la genealogía y etopeya del Amor. Yo le hago observar a Ud. que podrán ser falsos estos, o los otros juicios; podrán estar mal planteados algunos problemas; podrá el amor ser como Ud. dice -y ya le

buscaríamos su *por qué y su para qué últimos*, su situación en el plan general de lo que existe. ¿Pero cómo negar la tendencia de nuestro espíritu a ponerse las cuestiones que he señalado y a formular sobre ellas estos y aquellos juicios? ¿Cómo prescindir de la realidad de nuestro pensamiento? Y planteo el problema en su integridad. Los problemas particulares, desde los más importantes a los más nimios, dependen del problema fundamental de la validez de nuestro pensamiento.

Pedro.- Nuestro pensamiento se nutre de sensaciones y pretende, ante todo, conocer la realidad -su objeto- así exterior, o mundo, como interior, o alma. Pero la realidad puede corresponder al pensamiento. Mejor dicho, no puede corresponder. La realidad es incoercible. Cuando creemos haberla aprisionado en fórmulas y leyes, vemos que ha sido nuestro pensamiento quien se ha ordenado a sí mismo, lo que no es poco, pero no lo que él pretendía. Dos manzanas y dos manzanas son cuatro manzanas... para nosotros, en esa faena de contar. Pero ellas no son cuatro. Ellas serán lo que sean. Ni la idea cuatro, ni la idea uno, ni ninguna otra idea -amarillo, oloroso, turgente- forman parte de su naturaleza. Ni las ideas, ni las sensaciones respectivas.

Álvaro.- Desde luego. Ya suponemos que las manzanas carecen de pensamiento y de sensibilidad.

Pedro.- No es eso. Me refiero a lo tan sabido de que el color, el olor, la tersura, se forman en nuestros aparatos sensoriales, por reacción de nuestra sensibilidad especializada sobre los datos que las manzanas nos suministran. Cada sensación es como un cuerpo químico compuesto, que no posee ninguna de las propiedades características de los componentes y, sí, en cambio, otras nuevas.

Álvaro.- Sobre el conocimiento vulgar, engañoso, interpretación ingenua de los datos de la sensación, está el conocimiento científico.

Pedro.- Y sobre éste, su crítica, que puede conducir al escepticismo.

Álvaro.- O no conducir: el conocimiento científico no dice que lo que llamamos amarillo es el efecto en nuestra retina de los rayos de luz de «tantas» vibraciones por segundo; nos demuestra que el peso del agua es igual al peso reunido de sus componentes, y nos hace ver que ni en ese ni en ninguna combinación química intervienen elementos extranaturales, descomponiendo el agua y entregándonos, libres, el mismo oxígeno y el mismo hidrógeno que la forman, con su peso exacto y sus cualidades prístinas.

Pedro.- Mas como el peso es la medida de una sensación...

Álvaro.- Esa sensación ¿no tiene una causa real, que se manifiesta en otros diferentes efectos?

Pedro.- Mejor, una concausa. Suprima Ud. la retina, o el nervio óptico, o nuestro poder de atención, o nuestra manera de impresionarnos ante los rayos luminosos, y no existirá el color. Suprima todos los sentidos, y se acabaron las sensaciones. Pero, en fin, yo no niego la correspondencia entre las medidas científicas y los fenómenos naturales, de una parte, y entre aquellas medidas y nuestras sensaciones, de otra. Luego viene la correspondencia entre la sensación y la idea y la elaboración de los juicios y los raciocinios. Lo que yo niego es que a través de tantas versiones sea la verdad científica el equivalente mental de nuestra realidad, y nuestro espíritu, el espejo del mundo.

Álvaro.- Si existe correspondencia entre las medidas científicas y los fenómenos y entre aquellas y las sensaciones, la hay también entre las sensaciones y los fenómenos.

Pedro.- La primera correspondencia se establece mediante abstracciones cuantitativas. Las fórmulas científicas están basadas en la abstracción matemática, y lo que ellas aprisionan son también resultados de abstracciones, esquemas de fenómenos aislados, lo general de cada uno de sus aspectos, prescindiendo de sus relaciones con lo más inmediato y con la totalidad del mundo. La caída de un sólido sobre la superficie de la tierra es una cosa, y la fórmula e = t2 1/2 g es otra. Esta expresa el análisis de las propiedades mecánicas del fenómeno, ligadas entre sí por una relación numérica. Es, pues, una abstracción, que no puede ser aplicada sino a un aspecto del hecho, mientras que este es, en cada caso, un complejo concreto, casi una individualización, en la que se incluyen el tamaño, la forma, el peso y la naturaleza del sólido cadente, el aire que desplaza y su choque con él y con la tierra, y, para nosotros, la luz que hace visible el fenómeno y hasta, a veces, su carácter estético, o trágico. Figúrese un bello paisaje tranquilo y un objeto rotundo y de color, que desciende desde un aerostato, hiriendo la inerme quietud del ambiente y dejando en la fantasía la impronta de su triunfal carrera, trazo admirativo, simbólico de nuestra emoción, la cual tiene, enseguida, un motivo de cambio: la irrupción vencedora del aire ha parado en el duro lecho de la tierra, y el irruptor impetuoso, perdido su energía, ha sido aprisionado en la red invisible de la inercia. No era un mensajero de lo alto, destinado a traspasar la tierra en demanda del reino tenebroso, sino un pobre juguete abandonado. Figúrese ahora que es un hombre quien así cae de las nubes. Lo inminente y seguro de la catástrofe produce en el alma un hervidero de imágenes, de ideas, de emociones cargadas de horror; crece el tiempo, se dilata, parece no acabar nunca, mientras que el ansia de salvación,

rebelde contra lo fatal, parece detener en el aire a la víctima ¿Qué diría Ud. a quien quisiera convencerle, ya consumado el hecho luctuoso, de que se había desarrollado en unos segundos? Para Ud., todo compasión, había durado aquello el tiempo de una vida ¡Las matemáticas! ¡La Ciencia! Sobre el pecho de Jesús agonizante, un cardiógrafo; el nombre botánico, en el tronco de un rosal florecido; bajo la sublime pesadumbre del cielo estrellado, el análisis espectral y las medidas astronómicas...! ¿Qué nos ofrece de puro la ciencia? Esquemas de algunos aspectos de la realidad; traducciones numéricas, aisladas, de las múltiples palpitaciones de la vida; fragmentos lineales de sus formas visibles, y frías descripciones, clasificaciones arbitrarias, nombres pedantescos. ¡Y que haya que consultarla como a un oráculo, porque, con toda su fatal limitación, no sabemos nada que no sepamos por ella...! ¿Y qué dice ese oráculo tremendo, al par que ridículo?

Sus últimas palabras -y aunque no me refiero sólo a la ciencia pura, sino a la experiencia y a inducciones racionales, es, en el fondo, lo mismo- no pueden ser más desconsoladoras: el hombre entero, desde los movimientos fisiológicos inconscientes a lo más altivo y eficaz de su alma, preso en el mecanismo de la vida universal, finita y pasajera, como intersección de fenómenos psíquicos; la inteligencia, condenada a perpetua ignorancia ante *lo que es* y a cambiante incertidumbre, a verdades provisionales ante *lo que parece*; el corazón, retorciéndose entre opuestos apetitos insaciables; la existencia, perturbada por mil desequilibrios orgánicos; la vida de relación, sometida a la férrea ley de la lucha, que produce en el mundo natural y en el humano abismos de crueldad y de dolor, lujos del mal, incompatibles con un poder infinito y providente; inútil la educación para remediar la maldad y la torpeza de los hombres, aunque sería espantoso que los hombres fueran, por virtud de la educación, productos escolares «standarizados»; insuficientes la agricultura y las demás industrias para satisfacer, sin perjuicio de ninguno, las necesidades de todos, al par que condena el neomalthusianismo como un delito contra la especie; la degeneración produciendo cada día más seres insociables, por la herencia, que perpetúa lo pésimo, mientras anula, apoyándose fatalmente en la miseria; los sistemas económicos y políticos definidos, ocasionando, según proclama la experiencia, males gravísimos y los de término medio, ofreciendo la mezcolanza repugnante de lo peor de los extremos, sin poder ostentar la síntesis armónica de lo que tienen mejor; el derecho, que fue consoladora esperanza de los que padecían hambre y sed de justicia, puesto en el fatal dilema de o rebajarse a ser verbo de la fuerza, negándose a sí propio, desapareciendo como tal derecho, o de mantenerse puro y ser negado por la fuerza, desapareciendo también; la fraternidad mundial, imposible entre los hombres, como es imposible en el resto de los seres el mutuo respeto a la vida, y en el Universo entero, la armonía sin continuar disonancias, la luz, sin mayor cantidad de sombras, los focos de

calor, son inmensos espacios fríos. Desorden que nos parece orden, porque se perpetúa, anarquía sempiterna, caos con alma, el dolor: eso es Todo.

Álvaro.- No puede llamarse caos a lo que se rige por leyes de valor constante: a la armonía de los astros y de los átomos, a la perfecta economía, promesa de eternidad, que reflejan los hechos de la conservación de la materia y de la fuerza; a la atracción, engendradora de nuevas vidas y a la repulsión, que mantiene la individualidad, o liberta torrentes de energía.

¿Y la vida consciente?

Pedro.- La vida consciente es un hecho accidental y fortuito, sin destino ulterior; una mariposa perdida en el caos, y los problemas que plantea el valor alocado de la pobre psique, angustioso laberinto de irresolubles antinomias: religión e iglesias; justicia y ley; educación y fuerza espontánea; intensidad y extensión en la riqueza y en la cultura; cantidad y cualidad de los productos industriales, de las obras de arte y de ciencia y del personal docente; poder del Estado y libertad del ciudadano; originalidad y espíritu gregario y la que a todas comprende y en la que se extinguen, sin resolverse, todas: vida y muerte.

Cada ser humano, si es persona de veras, se debate, además, entre los hirientes extremos de un trágico dilema inevitable: adaptarse al medio social, aplaudir las injusticias tradicionales, seguir las costumbres absurdas, respetar los errores perniciosos, es oponerse al verdadero progreso humano, sacrificando en el ara de un egoísmo hipócrita o cobarde, lo mejor del espíritu; proceder de acuerdo con los dictados de la dignidad y la conciencia, señal evidente de locura. No hay término medio. Dejar pasar, dejar hacer, dejar decir, inanes y alalos (sic), no sería un medio, sino el extremo de la imbecilidad. Y resulta imposible en aquellos extremos contradictorios y en este último, opuesto a ambos, la alegría que nos produce encarnar en la vida nuestro espíritu, y el divino equilibrio de la serenidad.

Álvaro.- La serenidad no depende de la eficacia de nuestras acciones, sino de la buena voluntad con que se realizaron. La buena voluntad no marra nunca. «Cumple tu deber -decía Chrisna a Arjuna- sin preocuparte de las consecuencias. La virtud está en el acto, no en sus resultados».

Pedro.- Eso es bueno para predicarlo en un desierto, o para que intente realizarlo un personaje literario, un D. Quijote. Nuestra moral de hombres arraigadamente sociales no se satisface sino con la eficacia.

Álvaro.- Esos consejos se le dieron a un guerrero en la noche que interrumpía una batalla.

Pedro.- Sí, es verdad. También sirven esas frases para anestesiar el egoísmo -legítimo, en este caso- del más egoísta de los seres y convertirlo en fiero victimario y, a la vez, en víctima sumisa. Esas frases pertenecen al *manifiesto permanente*, redactado por la ambición, del que cada ambicioso hace una copia, con variaciones de estilo.

Álvaro.- ¡Qué un hombre como Ud. diga tales cosas! ¿Tenían designios ambiciosos los fundadores de religiones, los grandes moralistas, los santos, los mártires, todos los héroes que se han sacrificado abnegadamente por una idea, o por un sentimiento de amor a la humanidad?

Pedro.- Eran ambiciosos sin egoísmo. Querían que sus ideas transformaran el mundo.

Álvaro.- Para exclusivo beneficio del mundo, que, efectivamente, se ha beneficiado con la doctrina y el ejemplo de los héroes de la justicia y de la bondad. Eficacia -y contesto también a una de sus frases anteriores- hay siempre; ¿recuerda Ud. la parábola del sembrador? Yo digo que hasta los granos que caen en las piedras resultan útiles. Con los ácidos desarrollados en su descomposición, contribuyen a disgregar unas partículas de roca. Y de partículas de roca se forma el agro. Si en el mundo físico toda causa produce más de un efecto, en el mundo moral puede suponerse que esa producción es indefinida, como el número de ondas del movimiento vibratorio en un medio perfectamente elástico, o el de las sucesivas posiciones del de traslación, sin ninguna resistencia contraria, o como el de las imágenes de los espejos exactamente paralelos. Si alzar un brazo es influir, teóricamente, en el curso de los astros ¿cómo no conceder eficacia notable y perdurable a una palabra buena, a un gesto magnánimo, a una mirada comprensiva, a una acción generosa? Cristo dijo a sus discípulos, que fue como decírselo a todos los sembradores y a todos los Quijotes, que eran la sal de la tierra.

Pedro.- ¡Sal de la tierra! ¡Visionarios, cuya imaginación interpone entre el mundo y ellos rosadas nubecillas y blandas melodías, para alejarse del espectáculo brutalmente cruel de la naturaleza inexorable y del trágico bufo de la humanidad hipócrita.

Álvaro.- Su visión de la vida es demasiado negra ¿Quién tiene ante sí nubes, y no rosadas, sino de plomo oscuro? Yo creo que la ciencia, en cuyo nombre ha dicho Ud., excediéndose en la representación, palabras tan desoladas, es profundamente religiosa y grandemente consoladora, a más de ofrecernos los medios más eficaces, los únicos medios, hoy, de prosperidad general. Es la espada y el yelmo, la lanza y el escudo de un formidable y triunfal D. Quijote que ve con los ojos de Sancho.

Pedro.- ¡Religiosa! ¡Consoladora! La ciencia extiende el poderío del hombre, y aumenta sus necesidades; excita el deseo, sin aumentar la voluntad; perfecciona el cerebro, y desquicia el conjunto orgánico; dignifica a sus cultivadores, sin prestarles inmunidad contra la multiforme miseria humana, que los rodea y que, al fin, los penetra, o los sacrifica; y ahuyenta dulces quimeras de la fantasía; comprime generosas expansiones del sentimiento y opone a la interrogación racional y cordial sobre *el qué, el por qué y el para qué* del hombre y del mundo una impenetrable muralla, vacío en sombra, de espesor infinito.

Álvaro.- No es la ciencia por sí misma, sino en todo caso, la reflexión sobre ella, la que alza ese muro.

Pedro.- Pero es ella quien suministra los materiales para la ingente fábrica, que nos encierra en un miserable calabozo y nos hace comprender que no somos sino pobres animales, con la cantidad suficiente de razón para que nos sirva de espejo.

Álvaro.- Es decir, que nuestra razón se convence, por sí misma, de su impotencia intelectiva, de la falsedad de su interpretación del mundo y de la ineficacia de su normativa moral, y nos demuestra que no somos racionales, o como si no lo fuéramos. ¿Cree Ud. que en ese resultado negativo concluye la misión de la racionalidad? ¿Que en ese trágico aniquilamiento acaba su labor? ¿que esa contradicción absoluta entre su aspiración y su poder encuadra su existencia? Para ello habría que declararla infalible, en cuanto se niega a sí misma y afirmar que sólo acierta cuando asegura que yerra siempre. No puede averiguar la verdad; pero sí puede averiguar esa certeza de su error, una verdad formidable. ¿No ve el absurdo? Mas, aun pasando por él, provisionalmente, vemos luego que hay algo -síntesis de razón y otra cosa- que niega la certeza de ese resultado, que invalida ese trágico desenlace, que suple esa debilidad, que reduce esa antinomia y, superando el obstáculo que nos parecía insuperable -la negra muralla de vacío y sombra- nos enfrenta con el mundo de lo absoluto y proclama desde allí que la razón es infalible, pero sólo en sus problemas.

Pedro.- ¿En qué problemas humanos no puede intervenir la razón?

Álvaro.- Intervenir, para ver si van contra ella, en todos. Pero sin tratar de resolver más que los suyos, los estrictamente científicos.

Pedro.- ¡Ah, vamos! *Razón y Fe*. Ud. me invita a saltar sobre la muralla, rompiendo antes el espejo. Y yo le declaro paladinamente que carezco de la agilidad necesaria para dar ese salto prodigioso, aún haciendo añicos la razón.

Álvaro.- Ud. lo hará algún día, sin ir contra la razón, sino prescindiendo de ella en ese acto, que no es de su incumbencia. Y la razón no puede decir «quien no está conmigo...» La vida humana es casi toda irracional. Son irracionales, no

sólo las tendencias a proceder por hábitos, a imitar y a creer con fe ciega; no sólo el amor y todas las emociones expansivas, y el heroísmo, la abnegación, la magnanimidad; no sólo el odio y todas las pasiones antisociales y el delito y el remordimiento, sino la religión y el arte. La ciencia misma opera sobre el dato irracional de la sensación y se vale de verdades, *básicas*, indemostrables.

Y hay una cosa, amigo mío, superior a la razón. Empleo intencionadamente este adjetivo, del que se abusa con harta frecuencia. La fe, la intuición apasionada de lo ideal, es superior a la razón, porque la *supera*; porque la sustituye en las altas regiones, en que la razón se asfixia; porque es como una razón para lo absoluto y para verdades indemostrables de orden espiritual, a las que no me atrevo a llamar axiomas, porque necesitan el dictamen de la razón, afirmativo de que no son absurdas o imposibles. Hay una diferencia abismática entre lo irracional y lo antirracional. Es irracional que por una causa nimia se cometa un crimen. Pero es posible, y la psicología patológica llega a explicarlo. Es, en cambio, imposible que el cuerpo real y efectivo de un hombre vivo -huesos, músculos, tejidos sólidos y líquidos- esté en una miga de pan. Esto es, no puede ser admitido por la fe aquello que la razón demuestra que es imposible. Pero sí puede ser admitido lo que la razón no pueda demostrar que existe, pero tampoco que no existe. Hay que admitir, además del de la razón, otro criterio que no contradiga positiva y evidentemente a la razón. Es una exigencia del buen sentido.

Tenga Ud. también en cuanto que no podemos llamar verdades racionales sólo a las verdades científicas de tipo matemático ¿No reputa Ud. racional prestar asenso a las narraciones históricas incontrovertidas y a las descripciones geográficas, botánicas, etc.? ¿Y puede nadie demostrar matemáticamente la existencia de Felipe II y, para quien no lo haya visto, los caracteres del canguro, del acónito ferox? A todo lo que se llama ciencia en su más vasto sentido se extiende el imperio de la razón. A sólo ello, sí, pero a todo ello.

Pedro.- La fe, entonces, es creer en lo posible.

Álvaro.- Creer en l*o que no se ve*. Prestar asenso a las intuiciones de lo espiritual, que todos tenemos.

Pedro.- Soy ciego para esas visiones.

Álvaro.- Volvamos, pues, hacia atrás. Yo le digo a Ud. ahora que lo único que pude afirmarse, al hacer una revisión o crítica del conocimiento, es que pensamos. «Yo pienso» es, indudablemente, la primera afirmación, el punto de partida para quien desee estar en ese momento sobre algo firme.

Pedro.- Ya lo dijo alguien hace algún tiempo.

Álvaro.- Y con harta razón. Adoptar una actitud crítica es dudar de la certeza del conocimiento. Todos mis juicios pueden ser equivocados. Hasta mi propia existencia puede ser ilusoria, o muy diferente a como la percibo. ¿No será mi cuerpo la proyección de un fantasma de mi espíritu? Pero aunque todos mis juicios sean falsos, es evidente que son juicios. El más sistemático y radical escepticismo se detiene ahí.

Ahora bien, de la existencia de mi pensamiento surge su estudio, la reflexión del pensamiento sobre sí propio. Y en ese estudio se puede ir muy lejos.

Pedro.- ¡Y tanto! Ya se ha hecho ese viaje varias veces. Sale todo -el mundo, Dios, sus atributos- como una seda. El hombre, especialmente, resulta magnífico. Luego nos sobreviene cierto desconsuelo, porque notamos que todo sigue igual y con las mismas tinieblas. Y se vuelve a empezar, tras un descanso, si no bien ganado, harto necesario. Es un juego algo aburrido. Pero, en fin, se pasa el rato, y, a veces, hasta se distrae el hambre.

Álvaro.- Pero en cada viaje se retira para siempre algún estorbo, se rectifican atajos y rodeos, se reafirma, ensancha y prolonga el camino real, se captan nuevas perspectivas del paisaje y se entrevé con mayor claridad la meta ¿No constituye un mejoramiento efectivo el haberse zafado para siempre la filosofía de la servidumbre teológica? ¿No lo ha sido, después, la derrota del positivismo? ¿No constituye otro progreso enorme el ensayo de superación del idealismo subjetivo y la incorporación a la teoría del conocimiento de la parte aprovechable del antiguo realismo, trabajo que se está desarrollando a nuestra vista y en el que colabora un insigne pensador hispano? Este solo concepto de *superación*, puesto en el lugar en que siempre, hasta ayer mismo, se ponía el de la negación, es una conquista formidable del pensamiento reflexivo. Creer que puede superarse algo es haberlo comprendido y criticado, lo que puede no ocurrir en la negación. Superar no es negar, sino integrar; es matar, sin aniquilar, antes absorbiendo, como hace la naturaleza, toda la sustancia de la individualidad desaparecida.

Pedro.- ¡Bah! Una nueva forma del eclecticismo.

Álvaro.- No. El eclecticismo es una mezcla arbitraria; la superación -lo repito- una integración; y si lo quiere Ud. en imagen, una combinación química.

Pedro.- ¿A qué responde esa imagen?

Álvaro.- Así como en la molécula de un cuerpo compuesto entran porciones definidas de los cuerpos simples, en una doctrina de superación, entran necesariamente, también, los elementos predeterminados por lo que pudié-

ramos llamar lógica trascendente de las ideas, o sea la lógica suya, la relación necesaria entre ellas, que transciende al entendimiento que las ordena.

Pedro.- ¡Diablo! ¡Qué sutil y complicado es eso? ¿De modo que las ideas tienen, ellas, en sí mismas, su lógica?

Álvaro.- Claro es; una lógica independiente de nuestra voluntad y de nuestras opiniones y creencias. Nosotros no hacemos sino extraer esa lógica del pensamiento; esa lógica que lo pensado por nosotros tendría en el espíritu de un ser muy diferente al hombre. Y esa «lógica de las ideas» es la base de la de la ciencia. Ud. sabe, por ejemplo, que el valor de dos ángulos de un triángulo plano rectilíneo es de 100º ¿No es forzoso, impuesto por la lógica de las ideas ángulo y triángulo y por la de su medida común, que el tercer ángulo de la figura supuesta ha de valer necesariamente 80º? ¿O es que va Ud. a decirme, haciéndose más realista que yo, que esos grados, y esos ángulos y ese triángulo no son ideas, sino cosas? Y aunque fueran cosas, son ideas también, y como ideas, no como cosas, entran en nuestro pensamiento.

Pedro.- Ahí está la falla de nuestro conocer. No podemos captar la realidad de las cosas. Sólo nos es permitido medir los fenómenos o apariencias. Busquemos un ejemplo en lo más estático y patente, en lo, al parecer, más seguro: en la percepción, por medio de sensaciones visuales y táctiles, de un cuerpo sólido. Sea esta tabla de mármol ¿Qué vemos aquí? Dejemos a un lado el hecho de no poder abarcar de una ojeada los dos grandes planos y a las cuatro superficies curvas de su figura y no nos preguntemos otra porción de cosas inexplicables. ¿Qué vemos en este cuerpo? Del cuerpo, nada. Vemos la superficie, el límite entre el mármol y el aire que sobre él gravita. Como ni la mirada ni el tacto pueden profundizar ni una milésima de micra, como es pura superficie lo que vemos, no vemos el mármol, que no es, ni en la molécula, una superficie, sino un cuerpo. Y el tacto y el sentido de la resistencia no hacen sino acusar la tersura y la dureza de la superficie.

Álvaro.- Resulta, pues, que las abstracciones -superficie, dureza, color- son los únicos aspectos que percibimos de la realidad. Y por eso precisamente, porque los percibimos, podemos abstraerlos. Y, sin embargo, oponemos los conceptos de «abstracción» y «realidad», dando ya por sabido que hay una realidad y que es diferente de las cualidades percibidas y abstraídas. Y como no podemos percibir sino esas cualidades, la sustancia que ellas revisten, la realidad, es incognoscible. Creo ilegítima esta manera de resolver el problema del conocimiento del mundo. ¿Por qué no suponer que la realidad es el complejo de esas cualidades y de las que descubre el análisis científico?

Pedro.- Ya hablaremos de eso. Prosiga Ud., si le parece.

Álvaro.- Después de pensar que pienso, tengo que pensar en el objeto de mi pensamiento. Para seguir marchando por terreno firme, debo hacer constar, ante todo, que el pensar es un hacer: cada idea se produce como una iluminación súbita, o como el abrirse de pronto el botón de una flor. ¿Y no es cada juicio verdadero el acto de incluir una idea en otra idea?

Ahora bien, en el mundo hay dos clases de hechos: los puramente físicos y los biológicos. Su distinción es fácil. Los primeros tienen causas, y no fines. Una tempestad se produce *porque* se ha alterado el equilibrio eléctrico entre la superficie de la tierra y una mesa de vapor de agua, y no, *para* restablecer ese equilibrio. Estos hechos, efectos mecánicos y fatales, están inseparablemente ligados a sus causas, por lo que son mensurables, previsibles y reversibles, como se ve en los análisis y síntesis químicos. El movimiento de un péndulo simple sería tipo de esta clase de fenómenos. Los hechos biológicos, en cambio, se producen siempre en vista de un fin, y son irrevocables, porque sus resultados tienen distinta cualidad que las causas que los producen, no obedeciendo, por consiguiente, a las leyes de la conservación de la materia y de la energía. La vida por antonomasia -todo, en la naturaleza, vive- es una trama de hechos finalistas, de hechos que parecen intencionados, y que lo son, de algún modo, aunque no acompañe a la intención la conciencia y aunque aquella no revista forma intelectual ni instintiva. Pero hay que suponer apetencia o repulsión y una cierta voluntad de acercamiento, o de fuga: el amor y el odio, que algunos pensadores antiguos atribuían hasta a los elementos materiales. En los seres vivos hay, pues, sobre la vida meramente física, algo que podríamos llamar sensibilidad y voluntad primarias; hay alma, en fin.

Tenemos, pues, que el pensamiento es un hecho vital, una acción interna. Es decir, que pienso para algo. Y mientras menos espiritualista sea el criterio con que se estudie las operaciones de nuestra alma, con mayor fuerza habrá que afirmar que el pensamiento humano tiene una finalidad propia.

Pedro.- Sí, desde luego. La naturaleza no produce las cosas a capricho. Y es perfectamente natural que el hombre piense.

Álvaro.- Ahora bien ¿para qué piensa?

Pedro.- Para defenderse de la lucha por la vida. La inteligencia humana es el arma más eficaz con que la naturaleza ha dotado a un ser vivo.

Álvaro.- Pero note Ud. en primer lugar -luego vendrán otras distinciones- que para ser la inteligencia un arma tiene que *leer* en el gran libro de la naturaleza, tiene que mirar, que ver, que entender y comprender. ¿Y qué es todo

esto sino la célebre «adecuación entre el entendimiento y la realidad»? Ha surgido, pues, en nuestra investigación un algo nuevo, la relación entre las cosas y mi pensamiento, la verdad. Generalizando, puede decirse que el fin del pensamiento es la verdad.

Pedro.- La verdad natural y utilitaria; la misma verdad del animal.

Álvaro.- Si esa verdad fuera el objeto *único* del pensamiento humano, este no sería sino el instinto de los animales; y no es así.

Pedro.- Claro que no es así. La inteligencia, más sujeta al error que el instinto, es arma más poderosa, porque es un instinto que se modifica, al modificarse las circunstancias. Pero el fin es uno y el mismo en ambas facultades: utilidad, beneficio para el individuo, o para la colectividad de que forme parte y conservación de la especie. Hasta ahí la inteligencia no falla, salvo errores de tanteo. Lo malo es cuando se mete a averiguar lo que, en definitiva, no le importa.

Álvaro.- Si no le importara, no lo pretendería. Y prosigo. Tenemos, pues, que el pensamiento es una actividad vital, finalista. También lo es el instinto. Pero el instinto sabe cuanto tiene que saber, y lo sabe infaliblemente. La inteligencia es un discípulo perpetuo. Es decir, la inteligencia es un discípulo perpetuo. Es decir, la inteligencia es un poder original, mientras que el instinto representa lo mecánico en la vida animada: a tal excitación, tal respuesta.

Pedro.- Los animales poseen inteligencia.

Álvaro.-Referida a lo particular, en el lado objetivo y a la vida física en lo subjetivo. Por eso se ha podido confundir con el instinto. El animal no piensa desinteresadamente, ni, por lo mismo, universalmente. Y no olvidemos esto. El interés inegoísta, el amor, crea o hace posible el intelecto, que es siempre, por su raíz, un intelecto de amor.

Pedro.- ¡Qué amante del amor es Ud.! ¡No perdona medio de exaltarlo!

Álvaro.- No da, tampoco, el animal señales de tener consciencia de sus juicios. Careciendo de consciencia y de pensar científico, el animal carece de razón. Ahora bien, sin necesidad de una hipótesis nueva, valiéndonos únicamente de lo sabido, podemos asegurar que cuando un órgano existe responde a una función propia, y que toda función lo es en vista de un objeto ¿Para qué existe, pues, la razón humana? Y no debemos prescindir en esta inquisición de las otras funciones que acompañan al pensamiento racional propiamente dicho: intuición intelectual, fantasía, emoción. Lo vivo debe ser estudiado en vivo.

Pedro.- Perdone: ha dicho Ud. que el animal no piensa desinteresadamente, y que, por lo tanto, no piensa universalmente.

Álvaro.- El egoísmo animal se dirige siempre a lo inmediato.

Pedro.- El egoísmo, pase. Pero los instintos se refieren a la conservación de la especie, de tal modo que los individuos no parecen tener otro fin que esa conservación. Esto es así estrictamente en los animales que mueren en cuanto han asegurado la descendencia. Y no parece que sea verdaderamente inmediato el comienzo de la construcción de los nidos, en las aves, y la puesta de los huevos.

Habrá que suponer, por consiguiente, un egoísmo específico, dando por cierta la existencia real de las especies, como querían los realistas de la Edad Media y como pretenden los organicistas modernos.

Álvaro.- Hay una cierta inmediatez en lo que es ininterrumpido. Además de inmediato, debí decir concreto y predeterminado. El animal no puede evadirse de ejecutar los actos instintivos. Son tan fatales como los hechos físicos. En cuanto al realismo y al organicismo -uno en el fondo- yo las acepto, si con ellos no se pretende borrar a los individuos, sin cuya realidad periclitaría la de cualquier organismo constituido por aquellos. La unidad individual, por lo mismo de ser más limitada, más perfecta e invariablemente limitada, es más profunda, más fuerte, más intensa que las unidades colectivas de cualquier orden.

Pedro.- Entonces, una de las células de su organismo posee unidad más fuerte y profunda que aquel, que no es sino una colonia.

Álvaro.- Individuo quiere decir «indiviso», solo y señero, y, por consiguiente, el mismo, bajo los cambios de sus componentes. Las células de un organismo vivo se renuevan, y el organismo sigue viviendo, sigue siendo el mismo. Bien sabe Ud. que los vegetales tienen una organización menos centralizada que los animales, sobre todo que los animales superiores. Y, sin embargo, una encina, un helecho, y hasta un hongo, son individuos vegetales bien definidos. Además, toda la vida de las partes de un organismo se verifica en función de la vida del organismo; y no toda la vida de estos está absorbida por la colectividad a que pertenezcan. Lo central de la vida de un ser orgánico es vivir para sí. Hasta la conservación de la especie se realiza como placer del individuo.

Y decía que el pensamiento científico es, no inutilitario esencialmente, sino esencialmente inegoísta, por lo mismo de ser universal. Así, la regla epicúrea «debe buscarse, ante todo, el placer», a pesar de su dirección egoísta, pertenece, en cuanto norma universal, al imperio de lo desinteresado; y es más

que probable, que el primero que la formulara fuese una buena persona. Por lo menos, pensó en los demás y rindió culto -aunque se equivocase- a la verdad científica. El egoísmo auténtico, primitivo, se mueve en la órbita de la individualidad y entre realidades concretas, mientras que lo racional o científico entra necesariamente en lo universal.

¿Ve Ud. cómo hay que estudiar el pensamiento humano en sus caracteres generales y clasificar los pensamientos o juicios con arreglo a esos caracteres?

Debemos tener en cuenta, además, que en el conocimiento no interviene sólo la inteligencia, y que es, en definitiva, como alguien, muy excelso, pensara y según ya hemos visto, una función del amor. Nuestro vivir es un convivir interno y un convivir con la vida universal. En cada acto de nuestra psiqué colabora todo eso que se han llamado, dividiéndolo, para estudiarlo, facultades, potencias, almas. Hablando con propiedad estricta, no podemos decir que la inteligencia conoce, sino que conoce el hombre. Y el hombre es una realidad viva. Si todo nuestro vivir estuviese acompañado de la visión intelectual, habríamos llegado a conocerlo todo. Y la fuerza más penetradora es el amor. La atención espontánea es voluble. El pensamiento que la sigue va y viene sobre objetos más o menos conocidos, sin exigencia de mayor conocimiento; es una radiación incoordinada, una dispersión de energía, sin resultado. Pero la meditación y la observación, el pensar que nos trae conocimiento, fija la atención, sostiene la mirada intelectual, el juego con los fenómenos. Comprender, se ha dicho, es amar. El conocimiento de lo universal, el saber científico, es el premio, la consecuencia grata de ese interés desinteresado, de ese amor a la verdad, o, mejor, de esa humilde confraternidad con el mundo.

Siguiendo ahora la ilación de nuestro diálogo, diré a Ud. que entre el conocimiento sensible y el conocimiento científico de la manzana hemos captado la realidad de esta.

Pedro.- ¡Alto! El conocimiento sensible lo es siempre de *una* manzana; y el conocimiento científico lo es de *la* manzana en general, sensorialmente imperceptible.

Álvaro.- Pero ambos conocimientos se corresponden y forman una síntesis -el concepto «manzana», que se aplica, en una referencia objetiva, natural y lógica, a cada manzana particular y a todas las manzana existentes y posibles.

¿Qué resta de cada manzana, si la quitamos sus elementos organizados, su origen, su desarrollo, su potencia germinatriz y las cualidades debidas a sus relaciones con el espacio, con la gravedad, con la luz, con el aire, con todo cuanto le rodea, que, en definitiva, es todo el Universo? Si hay una esencia detrás de cada cosa sensible y singular, no será sino nuestro concepto de las cosas, o en todo caso, la idea arquetípica, divina.

Pedro.- ¿Subjetivismo... todavía?

Álvaro.- No creo que esto pueda ser llamado subjetivismo. Yo afirmo la existencia real, objetiva de las cosas, independientemente de mi conocimiento de ellas. Sí digo que asignar una sustancia esencial a cada cosa, separada de la realidad que patentizan los fenómenos y el análisis de los mismos, es crear entes de razón, ideas arbitrarias de sentido místico y volver a creer que toda apariencia es ilusión, engaño. ¡La esencia incognoscible de una cosa, escondida no se sabe cómo, dentro de la misma cosa! ¿Qué es eso, si no es su constitución, la íntima, limitada, precisa, individualizadora armonía de sus elementos, en disarmonía o armonía diferente con el medio?

Pedro.- Va saliendo algo que no es la cosa natural.

Álvaro.- Sí, pero todo en la cosa natural, como hecho estante en ella, como su vida, o su manera de ser ¿Qué es, en otro caso, esa célebre esencia? ¿lo que le hace ser a cada cosa lo que es? Pues lo que acabo de decir, su constitución de la que dimanan sus cualidades.

Pedro.- Si yo no busco la esencia, que para nada me sirve; sino que huyo del realismo ingenuo, en el que Ud. parece caer, aunque luego quiera corregirlo, mostrándome la posibilidad de un idealismo trascendente. ¿Es, acaso, que la manzana es amarilla -y así todo lo demás- no en nuestros ojos, porque ellos reflejan ciertos rayos de luz, sino que ella de por sí es amarilla, hasta en la oscuridad, aunque entonces no la veamos?

Álvaro.- Eso no, eso no. Pero sí que la amarillez de la manzana -¿por qué no la vemos, azul, o blanca, o negra?- es una realidad conjuntiva, una creación vital entre la realidad de las vibraciones luminosas y la realidad de los elementos materiales de la manzana.

Pedro.- Dirá Ud. «*realidad* de los elementos materiales» en otro sentido que en el tradicional. Porque de sus preguntas de Ud. acerca de la esencia de la manzana se deduce que no cree Ud. en la existencia de la materia, como *cosa* en sí, *sustratum* de los fenómenos. La materia, para Ud. se agota en los fenómenos, es decir, en el movimiento, en la energía. Y yo digo que las apariencias lo son de algo y por algo. Pero es que esa apariencia -por de pronto, apariencia- del color y esas apariencias de los elementos materiales *parecen así* en nuestros sentidos, sin los cuales... ¿cómo resultarían esas apariencias?

Álvaro.- ¿Y no será una inducción lógica, fundada en la analogía entre la percepción de los fenómenos físicos y la de los biológicos, que efectivamente ocurren en los seres naturales -como el nacimiento, la muerte, etc.- la proposición de que nuestras sensaciones son adecuadas *a la realidad de las*

apariencias y que las apariencias -en cuanto tales- son el resultado necesario la auténtica realidad? A eso que he llamado «realidad apariencial» responden las rectificaciones sensoriales de los datos mecánicos de los sentidos, como el percibir una sola imagen agrandada, en vez de dos minúsculas imágenes, el referir el sonido al cuerpo en el que se produjeron las vibraciones sonoras, etc. O, de otro modo, que la interpretación sensorial de los datos que se producen en los órganos materiales de nuestros sentidos es correcta, veraz, aunque, como es forzoso, relativa. Si nuestra potencia visual fuere 100.000 veces mayor, veríamos los sólidos como masas nebulosas, aunque por la diferencia entre ellas y los líquidos y entre estos y los gases, se mantendría la distinción entre unos y otros.

Por otra parte, el número de vibraciones de los rayos amarillos no creo que dependan de nuestros sentidos, ni la manzana es el fruto de una especie arbórea determinada, porque el hombre la haya catalogado, ni el movimiento con que caería al suelo, si se desprendiese del árbol, dejaría de verificarse, aunque nosotros no lo viéramos y aunque no hubiese descubierto todavía la fórmula del movimiento uniformemente acelerado. Y repito lo que dije antes: ¿Qué más quiere Ud. saber acerca de la manzana? Conoce su constitución orgánica y química, su origen, su destino natural, su color y en qué consiste, su peso y por qué lo tiene y hasta puede Ud. comérsela, comulgando, así con la realidad manzana y con la ciencia que a la manzana se refieren y por aquella y por esta, con el Universo entero y con la suprema ciencia de Dios.

Pedro.- ¿Teófago, también? Y conste que no he contado -siguiendo el hilo de nuestra discusión- las vibraciones de mis nervios, al percibir el color, ni aunque las contara, sacaría nada en limpio; e ignoraré siempre cómo y por qué la excitación luminosa se convierte en visión coloreada; cómo las imágenes fotográficas de las retinas se tramitan al cerebro; cómo se reducen las dos a una y por qué esta copia simplificada es desmesuradamente mayor que las originales y rectifica la inversión de aquellas. Tampoco sabré jamás cómo la sensación se convierte en idea y cómo y en virtud de qué poder el hombre forma el juicio expreso analítico «esta manzana es amarilla» y el raciocinio inductivo: «esta y otras muchas manzanas maduras que he visto son amarillas, y pues lo semejante tiene caracteres semejantes, todas las manzanas maduras son amarillas», ni tampoco me dirá nadie por qué no pueden formar estas construcciones mentales los pájaros, que ven, como nosotros, las manzanas, que, como nosotros, conocen las que están maduras y como nosotros, también, y antes que nosotros, se las comen.

Álvaro.- No le contesto con unas palabras, harto fáciles de decir, porque sé que Ud. no habría de conformarse con ellas.

Pedro.- Gracias por la justicia que me hace. Mi curiosidad no se satisface con decirme que «el opio hace dormir... porque tiene virtud dormitiva».

Álvaro.- Y parece indudable que a ciertas preguntas no se podrá responder de otra manera por los siglos de los siglos. Hay cosas que no las sabremos jamás.

Pedro.- Y como esas cosas son fundamentales, no sabremos jamás ninguna otra. La ciencia, toda la ciencia, no es sino la ignorancia consciente. ¡Irrisorio destino de la razón humana! Tener que emplear casi toda la vida en el estudio y la meditación para poder decir -frase orgullosa, no humilde- «sólo sé que no sé nada»! Un hombre ignorante no puede decir eso, porque eso es la cúspide de la sabiduría.

Álvaro.- ¿Y los axiomas, D. Pedro? ¿Qué dice Ud. de ese conocimiento? ¿»No es directo», inmediato y evidente? El mismo Dios -el Dios personal infinitamente sabio y poderoso de la teología católica- no puede contradecir un axioma.

Pedro.- Perdone, D. Álvaro: los axiomas expresan verdades universales, conocimiento evidente; pero no inmediato, ni directo, ya que el conocimiento científico es siempre general y abstracto.

Álvaro.- Es indudable. Pero yo tenía en cuenta al aplicarle esos adjetivos, su referencia inmediata y directa, casi, a la realidad circundante, como a toda la realidad posible. Ahora bien, las verdades científicas se hacen evidentes, axiomáticas, por el razonamiento.

Pedro.- A través de un dédalo de razonamientos, y sólo en las ciencias matemáticas. Todas las demás ciencias son descriptivas. Es un error grosero tomar como ciencia esencial la mera descripción de los fenómenos. Y la matemática, en cambio -la matemática pura- es ciencia de abstracciones, no de realidades, como lo son, o parecen ser, al menos las ciencias descriptivas, desde la fisiología a la geología. La matemática es una construcción racional.

Álvaro.- Pero no arbitraria. La abstracción matemática tiene su lógica.

Pedro.- Pero no en física. Las leyes de esta ciencia no son todas verdaderamente exactas, sino aproximadas, y no hay manera de encontrar fórmulas matemáticas en acuerdo estricto a como se producen los fenómenos. Estas leyes parece que no tienen sino un valor *estadístico*. Se ha esfumado con la física modernísima, la pretendida exactitud y fijeza de las leyes mecánicas del Universo.

Álvaro.- Esa misma inexactitud demuestra la existencia efectiva de los objetos de nuestro pensamiento y el poder de la razón, que llega a averiguar sus propios errores.

Pedro.- Pero es muy grave que no pueda rectificarlos científica, racionalmente. Resulta, pues, que la institución racional llamada ciencia, que tiene sus leyes propias en la lógica, y su fondo invariable en axiomas y principios eternos, no se acopla exactamente a la realidad cósmica. Aceptando todo lo que Ud. propone, resulta, al fin y al cabo, que nuestra mente no es sino un espejo «con aguas» de la vida universal. La serie de fenómenos y la serie de verdades científicas no son paralelas. Ese es el hecho, que, por Ud. lamento.

Aparte de eso, concedemos demasiado valor a un simple cambio de expresión, como ocurre en las operaciones matemáticas, o a igualdades necesarias entre hechos de la misma naturaleza, aunque producidos en diferentes medios ¿Por qué admirarnos, por ejemplo, de que la intensidad de los efectos de cualquier movimiento vibratorio esté en razón inversa del cuadrado de las distancias del foco vibrante a los puntos de observación? ¿No sabemos que las superficies esféricas son entre sí como los cuadrados de sus radios? Ponga Ud. un foco luminoso en el centro de una esfera hueca y opaca de un metro de radio. En la superficie interior de la esfera se proyectan todos los rayos que emanan del foco. ¿No es así? Quite esa esfera y ponga otra de dos metros de radio. La cantidad de luz es la misma. Pero la superficie en que se reparte es cuatro veces mayor. Luego a cada unidad de superficie le corresponde cuatro veces menos.

Álvaro.- Bien. Pero el caso es que ello es así, geométricamente, y que nuestras sensaciones corresponden a los hechos: por acercarnos a una luz para leer, y la mitad de la distancia nos da la impresión de doble luz.

Note Ud., además, que la matemática no es ciencia de observación, sino de raciocinio, la más abstracta e irreal de las ciencias. En la naturaleza visible no hay poliedros regulares, ni cuerpos redondos exactos, ni pirámides ni prismas perfectos, ni, menos aún, superficiales, líneas y puntos geométricos, ni unidades y decenas de cosas o hechos, sino hechos y cosas: ni los seres vivos crecen por la generación en potenciaciones ni progresiones fijas. Y, sin embargo, en la reflexión hay ángulos perfectos; en el movimiento uniformemente acelerado, el espacio recorrido es proporcional al cuadrado de los tiempos; y las leyes físicas, aunque no sea con absoluta perfección, pueden enunciarse prácticamente en forma matemática.

Pedro.- ¿Y qué le asombra en esto?

Álvaro.- Me asombra que la construcción matemática, racional, con muy estrecha base de intuición sensible fue anterior, en muchos siglos, a la construcción de las ciencias físicas.

Pedro.- Es que aquella construcción matemática no parece suficiente hoy.

Álvaro.- Su concordancia fundamental con el cosmos está suficientemente demostrada. Pero, en suma, si es hoy sustituida en las altas especulaciones de la ciencia, eso no quiere decir sino que en la matemática, como en todo, se progresa. Y, desde luego, nadie podrá demostrar jamás que la matemática euclidiana es errónea en su terreno: los tres ángulos de un triángulo plano rectilíneo valen dos ángulos rectos, y $(n+n)2=4n^2$, y así todo, siempre y en todas partes, en la tierra como en Sirio, en la mente humana como en la mente divina.

Pedro.- Como que esas ecuaciones no son sino modos diversos de expresar una misma idea, o si Ud. quiere, el análisis de las condiciones necesarias de una figura, o de un número. No habría triángulo si sus ángulos no sumaran 180º. La geometría euclidiana y la aritmética tradicional son exactas porque sus teoremas son tautológicos.

Voy a ponerle a Ud. un ejemplo, interesante, a mi juicio, de la falta de correspondencia entre el pensamiento y la realidad. Lo que individualiza exteriormente a los seres naturales son sus límites. Sin embargo, nuestro pensamiento pone ahí, en la no existencia, ideas positivas, superficies, líneas, puntos. Cualquier límite es para nosotros algo, cuando en la realidad no es cosa alguna.

Álvaro.- Lo negativo no existe sino relativamente, en contraposición lógica con los modos o estados del ser. *A* no es *Z*, o no es *ahora* o no es *aquí*. La nada, en absoluto no es, no existe. Y el límite no es que sea nada. *Nada*, como concepto excluye todo otro concepto, porque es el símbolo -legítimo, o node la ausencia total, absoluta de ser. Nada y *X*, aunque esta *X* represente una sombra, un ser fantástico o una relación entre ideas falsas, son incompatibles. El límite no es que sea nada, sino que es el final de una cosa; allí donde la cosa ha perdido su dimensión de profundidad, sin la cual no sería tal cosa, es cierto; pero tampoco lo sería sin las otras dos que en la superficie subsisten. La superficie es una consideración real, una cualidad necesaria de las cosas materiales o cuerpos.

Pedro.- Viene a ser la superficie, entonces, como una penumbra entre un cuerpo determinado y la ausencia, en lo circundante, de ese cuerpo. Es cuerpo y no es cuerpo ¿puede ser esto? ¿No se prescinde aquí del principio de contradicción? La parte más pequeña de cuerpo tiene profundidad, y en la superficie no la hay. Ud. mismo negaba antes que en la naturaleza existan superficies.

Álvaro.- *Aisladas*, como las maneja el matemático, haciendo una verdadera abstracción. Pero las superficies *existen en* el cuerpo. Si no existieran, no las abstraería nuestra mente.

Pedro.- No ya como cuerpo, ¿como qué, entonces? ¿No será mejor que digamos que *superficie* es un puro concepto?

Álvaro.- Concepto, desde luego; pero con algo correspondiente en la realidad exterior. Ese algo -las superficies que yo veo- no es un cuerpo, sino una de las apariencias del cuerpo, su forma o figura -cuerpo geométrico- la medida de capacidad del cuerpo físico respectivo; es, en una palabra, su fórmula de visibilidad y tactilidad. Creer que una superficie, o un límite cualquiera es nada, proviene de un doble error. Uno, el no creer que tengan existencia sino las sustancias, y, aun más concretamente -porque hasta ahí se llega- las sustancias materiales, como si los accidentes, las cualidades, las relaciones, los hechos, las mismas ideas nuestras no existieran también, y con más evidencia o inmediatez que la sustancia material, que al fin y al cabo, no sabemos lo que es. El otro error consiste, a mi juicio, en considerar el espacio como una cosa que existe *por sí*, sin ser sustancia -la cosa es demasiado fuerte- como un inmenso continente, en donde están las cosas, como en la atmósfera, las aves, o en el mar, los peces.

Pedro.- ¿Y no es así?

Álvaro.- Yo creo que no. Para concluir sobre el concepto de «nada», le diré que para mí es evidente que «nada» indica ausencia de todo objeto de pensamiento, y sin objeto no se piensa. Por eso no podemos pensar sobre la nada, porque tendríamos que pensarla positivamente, como un algo, lo que envuelve una contradicción irreductible. Ante esa contradicción, nuestro pensamiento vuelve hacia la realidad, henchida de ser. La noción de ser es el fondo de las demás nociones; el predicado, expreso, o tácito, de todos nuestros juicios. Si *A* no es *B*, será *X*; si en *C* no existe *D*, por lo menos *C* ya existe y alguna cualidad podrá ser predicada de ella la nada. La nada ontológica es lo absoluto negativo, sobre lo que, repito, nos es imposible pensar.

Pedro.- ¿Por qué «lo absoluto»?

Álvaro.- Porque lo opuesto al ser contingente no es la nada, sino lo posible, es decir, la negación de una realidad en un momento determinado. Pero la nada en general es lo opuesto al ser pleno, necesario, infinito y eterno, absoluto.

Pedro.- ¿No puede pensarse lo absoluto negativo y sí lo absoluto positivo?

Álvaro.- Lo absoluto positivo podemos obtenerlo -siquiera no lo comprendamos, no lo penetremos, no dominemos su dimensión de profundidad eliminando relatividades, suprimiendo limitaciones. Lo absoluto positivo es plenitud de ser sin límites. Y esto puede concebirse.

Pedro.- Note Ud. que lo concebimos negativamente. Pensar es definir y relacionar, esto es, limitar y tender hilos entre las cosas limitadas. Y el ser absoluto es indefinible y no relacionable.

Álvaro.- También son indefinibles el tiempo y el espacio, la materia y el espíritu, la cantidad, la energía, el amor... Los cimientos de nuestras construcciones mentales, como los de nuestra propia vida, son indefinibles. *Conocimiento* y *definición no son sinónimos*. Lo más íntimo, lo más conocido, no puede definirse.

Pedro.- Esos indefinibles son elementos de nuestra vida, supuestos de nuestras ideas.

Álvaro.- Lo mismo puede decirse a Dios con respecto a nuestra vida espiritual y de lo absoluto -Dios mismo- como supuesto de nuestras ideas sobre el trasmundo, sobre todo lo que no es cuantitativo, físico, natural.

Pedro.- No es solamente que no podemos comprenderlo, sino que es absurdo un Dios consciente. Porque un Dios consciente es un Dios limitado, ya que el objeto de la conciencia no es la conciencia.

Álvaro.- El objeto no limita necesariamente la conciencia ¿Limitan la nuestra las ideas?

Pedro.- No las ideas; pero sí las cosas.

Álvaro.- Realidad de las cosas, pues, amigo.

Pedro.- Bien. El caso es que la conciencia supone la no conciencia, el yo, un no-yo.

Álvaro.- En absoluto, no. La no conciencia puede ser un estado, un momento de la conciencia infinita.

Pero tengo una razón a mi juicio más fuerte que esta hipótesis indemostrable. Y es que lo espacial, todo el cosmos no es límite de lo infinito, porque es de distinta naturaleza. Lo absoluto es atemporal y utópico, aunque, señores, misteriosamente -es otra hipótesis que no puede explicarse- lo extenso y perecedero. Decir que el espacio limita lo infinito es como si sitúa Ud., por estar en mí, mi pensamiento en esta sala y dice luego que esos muros impiden que las verdades que aquel atesora pueden realizarse fuera de ellos. Es solo una comparación, siempre inexacta; pero que constituye una imagen aproximada de lo que quiero decir.

Pedro.- El hombre es el gran poblador de la sombra. Nos hallamos encerrados, como dice Kant, en la realidad sensible fenoménica y es inútil forzajear; no tiene salida sino hacia la nada lógica. Queremos crear en esa nada, y carecemos de potencia para ello. Nuestra creación es un conjunto de absurdos fantasmas.

Álvaro.- La razón, sola, es, desde luego, impotente.

Pedro.- ¿Y qué hay en nosotros por encima de la razón como instrumento aprehensor de realidad, o de ser; como facultad, en suma, propia para formar conceptos verdaderos acerca de lo que pueda existir fuera de esa realidad sensible o fenoménica?

Álvaro.- El complejo de potencias espirituales: intuición intelectual, sentimientos, inteligencia acompañada de la imaginación creadora y también la razón *permisiva* o buen sentido, esto es, la razón para demostrar que algo no es imposible -esta razón mía que ahora se ejercita- aunque ella no puede formularlo. Ejemplo: la razón permisiva, el buen sentido me dice: «Tras de lo relativo puede existir lo absoluto, en correspondencia real con la conclusión lógica, a que llego por contraposición; si bien no has de esperar que yo te lo defina, lo que envolvería dos contradicciones: una, la naturaleza indefinible, indelimitable de lo absoluto; y otra con mi propia naturaleza. ¿Está claro?

Pedro.- Claro de palabra, sí.

Álvaro.- Las verdades que llamamos eternas tienen una participación o reflejo de lo absoluto. Si no son universales por su materia lo son por el modo de concebirlas, lo son por su objeto formal, por su independencia del tiempo y del espacio. Pertenecen, pues, a la ciencia divina.

Pedro.- (Riendo) ¡Vamos, sí; son absolutos relativos!

Álvaro.- Son, en sí mismas, en lo que ellas estrictamente dicen, absolutas, sin adjetivos, que la palabra no admite, aunque es claro que no lo abarcan todo; pero sí, totalmente, un modo o aspecto de ser.

Pedro.- ¿Ud. cree infinito y poblado el Universo?

Álvaro.- Imposible. Lo infinito no admite adiciones ni sustraciones. No hay más infinito que lo absoluto, y lo absoluto está fuera del tiempo y del espacio.

Pedro.- Entonces, existirá un número determinado de astros.

Álvaro.- Así lo cree hoy la ciencia, aunque el pensamiento filosófico se había adelantado. Una cantidad discreta cualquiera es, teóricamente, al menos,

numerable. Si los astros fuesen en número infinito (esto sí que es absurdo) quedaría el infinito disminuido en el momento en que uno de ellos se hiciere polvo, y aumentado, cuando una informe nebulosa se resuelve en varios. ¿Le cabe a Ud. en la cabeza que el infinito pueda acortarse y alargarse como un acordeón? ¡Un número concreto formado por uno, más uno, más uno... infinito! Si al mismo tiempo que Ud. cuenta, voy respetando, el infinito sería igual a cero, a nada. Y si mi resta es desigual con respecto a su numeración, tendríamos el infinito oscilante. Vea Ud. lo que resulta de juntar conceptos absolutos y conceptos relativos. Con cabezas que discurren así es, naturalmente, imposible la metafísica.

De toda suerte de números puede negarse la infinitud, a no ser que demos a la palabra infinita una acepción de «infinito convencional matemático».

Pedro.- En este sentido se usa, indudablemente.

Álvaro.- Yo llamaría a esto, para evitar equívocos «Indefinido». Es claro que la etimología de ambos términos es la misma. Pero, al fin, con dos palabras diferentes es fácil reservar una para el sentido filosófico y otra para el matemático.

Pero voy más allá. Creo firmemente que, aun así, se abusa del sentido de ese término, a causa del mecanismo matemático. Fíjese Ud. en lo que voy a decirle, Ud. quiere dividir un cuerpo cualquiera, que pese 20 gramos, por ejemplo, en seis partes iguales. Siempre quedarán dos enésimas de resto. ¿Pero puede Ud. creer, ni nadie, que los últimos elementos, irreductibles, indivisibles ya, de ese cuerpo -sus iones y protones- sean en número indefinido? Serán, son, indudablemente, un número determinado de ellos, y no, porque el mecanismo algorítmico quiera, en número indefinido. Y si se acepta que esos elementos son indivisibles ¿a qué realidad responde la frase numérica 3'222222222...? La matemática es la menos real de las ciencias.

Pedro.- Sigo mi pista. Ud. dice -y es, no lo niego, lo racional- que el número de astros es limitado. Luego donde ya no hay astros, *existe la nada*..

Álvaro.- La existencia es propia de los seres. Puede decirse que no hay más seres que los que hay y en paz.

Pedro.- Fuera, pues, del Universo, no existe ni el espacio. Luego allí...

Álvaro.- No hay *allí*, donde no hay espacio.

Pedro.- Hay un reino de la nada.

Álvaro.- Esa frase es una figura retórica vacía; la prosopopeya de «la ausencia de todo»: una contradicción.

Pedro.- Personifico una idea. Eso es la nada: una idea.

Álvaro.- Una idea, sí. Pero no se puede perder de vista que, como idea, es la negación de todo, forma pura, sin contenido, por lo que no tiene derecho a figurar como sujeto de ninguna proposición, como no sea esta: la nada es lo que no es, opuesta a la célebre «el ser es lo que es».

Sin embargo, esta sería la nada ontológica. De la ausencia del espacio, aun puede pensarse algo: ¿Qué queda del espacio, si se quita la extensión de los cuerpos y la distancia o extensión entre ellos?

La mera posibilidad, la capacidad, informe o inconmensurable, de alojar materia; la no resistencia a la extensión, la extensión en potencia, diríamos. Eso es lo que yo supongo más allá del Universo y del espacio. Poca cosa; pero algo: una nada cósmica, aunque limitada por el Universo; la ausencia de existencias contingentes; lo que no es, a mi juicio, ni la sombra de la nada absoluta, ontológica. Esta sería la imposibilidad esencial, eterna, absoluta de todo ser. Por consiguiente, la nada ontológica no existe, no puede pensarse, sino para negarla, es una idea falsa, una palabra. De donde resulta que la nada ontológica es un puro concepto lógico que surge por contraposición con la idea de ser y que está bien aplicado en lo relativo: «nada existe aquí *de tal cosa*». Pero que el llevarlo a lo absoluto es absurdo: la realidad es plena, o dicho en forma tautológica: la realidad está plena de ser. «El ser es lo que es» es la gran proposición, lo mismo se toma «es» como sinónimo de «existe» que si se toma en cuanto existencia en si, o ser sustancial, como receptáculo de todos los predicados posibles.

Pedro.- Acabamos, pues, de afirmar que la ciencia no es, como Ud. decía, la expresión de la necesidad, puesto que no hay correspondencia entre la matemática pura y el mundo, ni entre la lógica y la verdad real. Tampoco la hay entre las fórmulas de la matemática aplicada y la producción de los fenómenos.

Álvaro.- No hay esa correspondencia en los extremos, así de la matemática y la lógica, como de la realidad-límites y no ser. Todo lo humano es imperfecto. El formulismo matemático, como también el lógico pueden llevarnos fuera de la realidad. La lógica formal y la matemática, deben estar sometidas a la intervención suprema de la razón con su máximo poder libre, libre de las prisiones de un formulismo mecanizado, libre de esa lógica especial de los símbolos. A seguir a estos, dos moléculas de agua, según ya dijimos, no se agotarían jamás, dividiéndolas matemáticamente en tres partes, aunque el cociente 0, 622222... llegara de aquí a la estrella polar. Si no podemos creer en un número infinito de astros ¿vamos a creer en un número infinito de partes de iones? El algoritmo sin control lleva al absurdo.

¿Y qué me dice Ud. de las divisiones por cero de un número positivo? Dividir por cero es *no dividir*, como tampoco lo es dividir por uno. Pero hasta ahí hay una lógica real. Un número partido por uno es igual al mismo número. Pero si Ud. me dice que va a dividir diez por cero, yo le diré, a Ud., que de esa expresión está ausente el significado de dividir con arreglo a cualquiera de sus definiciones; que eso no es decir nada; y que lo mismo que pone Ud. el signo de infinito en el cociente podía Ud. poner cualquiera otra cosa, o no poner nada, que sería lo más cuerdo.

Pedro.- Como el cociente multiplicado por el divisor ha de reproducir el dividendo ¿qué puede ponerse -fuera de infinito- en ese cociente?

Álvaro.- No hay que poner nada; porque esa división es imposible, absurda. El cero es la nada matemática y el límite entre las cantidades positivas y negativas ¿Cómo dejarlo -caprichosamente porque sí- para término de una operación? Puede ser un resultado; pero nunca un *actor* o factor. La nada no actúa, no se mueve, no crea, no tiene cualidad. En la misma matemática el signo + prende a las cantidades positivas y el signo - a las negativas ¿Un signo prende a cero? Resulta, además de esas divisiones por cero, que todos los números son iguales. S 3:0 = ¬ y 40:0 = ¬, 3 y 40 son iguales.
¿Y eso de que las paralelas se encuentran en lo infinito? Es condición *sine qua non* de esas líneas el que conserven siempre entre sí la misma distancia. Pero he aquí que al llegar *a un sitio* que llaman el infinito, se arrepienten de su separación hostil, y se juntan amorosamente. Digo «a un sitio», porque las líneas son longitudes ¿no es esto? o símbolo de longitudes, teniendo ellas mismas longitud. Es algo que parte de un punto y se prolonga por otros, indefinidamente. Aunque sean el resultado de la abstracción de la anchura y la profundidad, la condición espacial le es inherente. Van por el espacio; lo miden en una dimensión. Están adscritas al mundo, a la realidad exterior. Aunque las consideremos como idea, las ideas no son ideas y nada más, sino que tienen su cualidad, que las individualiza y su referencia objetiva. La idea línea tiene ese carácter de longitud adaptable a cualquiera de las tres dimensiones clásicas del espacio. Trace Ud. imaginariamente dos líneas paralelas. La distancia entre ellas, forzosamente, es alguna, *n*. Prolónguelas Ud. cuanto quiera. La distancia será *a fortiori*, *n*, exactamente. Prolónguelas Ud. varios billones de kilómetros. La distancia será *n*, otra vez. Varios trillones, ahora; varios centillones; más aún, hasta que lleguen a los límites del Universo ¿Distancia entre ellos? *n*, necesariamente, aunque se opusieran todos los matemáticos, a grito herido, a gritos que llegaran hasta donde las líneas han llegado.

Pedro.- No hay matemático que se oponga a esto.

Álvaro.- ¿Donde está, entonces, ese infinito, a donde esas líneas, *cosa, propiedad del espacio, han de llegar*?

Pedro.- ¿No le parece a Ud. que hemos incurrido en un terreno que no es el nuestro?

Álvaro.- Al contrario. Son ellos, los matemáticos, los que invaden ilegítimamente, el campo metafinito. La matemática es ciencia de abstracciones, es decir, de esquemas de la realidad, con finalidad real también.

Así como la línea, longitud pura, es módulo para todas las dimensiones, así las leyes matemáticas, abstracción de las formas y los movimientos, de la continuidad y de la discreción, de las agregaciones y las disgregaciones, del estar y del moverse, han de tener una referencia, una vuelta a las cosas. Cuando esta vuelta resulta imposible, no hay ya tal ciencia, se ha salido de si misma, pero conservando sus instrumentos, sus métodos. Absurdo: ese es el resultado, fatal, inexorable, racionalísimo.

Digo, pues, que la ciencia, contrastada por la razón y frente a la realidad - y no me refiero sólo a la realidad cósmica, sino a toda la realidad, incluso la de la razón misma- la ciencia depurada por la crítica racional, la ciencia verdadera, fundamental o elemental, eterna, es la expresión de la necesidad. Los griegos tuvieron entre tantas maravillosas, geniales intuiciones, ésta, que ya no era sólo intuición, sino razonamiento, de hacer al destino - la Necesidad- superior a los dioses.

Pedro.- Aniquilando a los dioses en cuanto tales. Si todo es necesario, ciegamente necesario, no hay dioses, seres libres y providentes. No existiendo sino la necesidad, no existen ni el bien, ni el mal. La religión, la moral, el derecho, son ficciones, nombres diversos, falsos nombres de la necesidad.

Álvaro.- Y, sin embargo, existen, y existen necesariamente. El cristianismo ha superado al Destino con el Dios, de inteligencia y bondad infinitas que existe necesariamente. El Destino no está sobre él, sino en él, único ser necesario, necesariamente racional y bueno.

La necesidad ciega, sin espíritu, rige lo mecánico, lo cuantitativo, la «phisis». El espíritu se sujeta libremente a una necesidad de otro orden, a un Destino que lo ve todo; el Destino clásico era ciego conociéndolo y conociéndose, esto es, reconstruyéndolo y reconstruyéndose idealmente. El ojo del destino y el del espíritu son el mismo ojo. La ciencia humana es una parte de la total ciencia divina.

Pedro.- Decía Ud. que estaba en el primer escalón, y ha saltado al último, de pronto.

Álvaro.- ¡D. Pedro! Ud. tiene la culpa. Volvamos hacia atrás. Ibamos diciendo...

Pedro.- Yo decía que, partiendo la ciencia de nuestras sensaciones y teniendo que operar, experimentar y medir con ellas; no pudiendo escaparse de la «realidad sensible fenoménica», está condenada a un saber precario, relativo, de utilidad biológica, y que, por lo tanto, el pensar lo absoluto es un pensar fatalmente vano. Y Ud. decía...

Álvaro.- Yo digo que ese, en todo caso, es el papel de la pura inteligencia. Eso digo ahora. Antes decía que por encima de las sensaciones está la razón y, además, que aquellas coinciden, en su modalidad propia, con lo real. A la sensación de pesantez, por ejemplo, corresponde la gravedad, causa descubierta por la razón humana, y no por las sensaciones.

Pedro.- ¿Y no ve Ud. que el peso es una cualidad relativa? Suprima Ud. la gravedad...

Álvaro.- ¿Y qué? Siempre queda una propiedad esencial de la materia: la extensión. El peso no es sino la proyección de lo extenso sobre el platillo de una balanza.

Pedro.- El espacio no pesa.

Álvaro.- He dicho *lo* extenso. El espacio sin cuerpos no es *lo*, no es cosa.

Pedro.- Si el espacio no es cosa alguna, no existe fuera de nosotros; es, como se ha dicho, una forma del conocimiento sensible.

Álvaro.- Yo podía replicar a Ud. haciéndole notar que el conocimiento sensible se refiere a las cosas que tienen realmente extensión y al movimiento de esas cosas en el espacio. Si no hubiera cuerpos, no habría espacio.

Pedro.- De modo que un espíritu puro habría de percibir también los cuerpos bajo la forma del espacio.

Álvaro.- ¿Qué duda cabe? La única propiedad esencial de la materia, propiedad cósmica, lógica y metafísica, es la extensión.

Pedro.- Si es propiedad de los cuerpos, la distancia varía entre ellos no será espacio.

Álvaro.- En primer lugar, no hay tal vacío. En segundo lugar, como la extensión se percibe como externa en los cuerpos, el vacío relativo entre dos cuerpos señeros está limitado por ellos, es como un cuerpo geométrico; es, evidentemente, una capacidad, *sensible*, de recibir cuerpos. Es, digámoslo así, una prolongación de la extensión corpórea.

Pedro.- Conformes. Nuestros conceptos dependen de nuestras sensaciones. Del olvido de esta verdad nace la metafísica. La ciencia imposible.

Álvaro.- La inteligencia forma conceptos independientes de lo sensible, que rigen idealmente lo sensible, rehaciéndolo racionalizándolo, esto es, ordenándolo, formulándolo, según ello es, y no arbitrariamente. Del olvido de esta verdad nace toda posición agnóstica, desde el escepticismo pirroniano, hasta el positivismo, al que la tierra sea leve.

Pedro.- Ud., racionalista incorregible ¿puede concebir la ausencia del tiempo y del espacio?

Álvaro.- Después de protestar -por ahora, sólo protestar- del calificativo de racionalista, diré a Ud. que concibo bien la ausencia a que Ud. alude. Me figuro un ser único, inextenso, estático e inmutable, y el mundo inexistente. ¿Qué tiempo pasa? Ninguno. Sólo está, fijo, el momento indivisible de la existencia sin actos. ¿Y dónde está el espacio?

(Un nuevo personaje irrumpe en la escena)

Álvaro.- ¡D. Santiago por aquí!

D. Santiago.- (Sonriendo) Aunque Ud. no quiera.

Álvaro.- ¿Cómo no voy a querer, D. Santiago? Ud. sabe que lo veo siempre con alegría.

D. Santiago.- Por eso, y porque a mi me ocurre lo mismo con Ud., vengo a buscarlo. Y me alegro mucho de encontrar al joven doctor escéptico.

Álvaro.- ¿Cómo ha podido Ud. calcular que estaríamos por aquí?

D. Santiago.- Supuse, cuando vi que no iba Ud. esta tarde por nuestra tertulia, que lo alejaba de nosotros el temor de que cayera por allí ese pobrecito de D. Severiano. Y como yo sabía que Ud. suele venir por este café...

Álvaro.- ¿Ha ido, por fin, D. Severiano?

D. Santiago.- No ha ido. Pero yo me aburría con «los hacendistas». Tampoco ha aparecido hoy el atildado y culto Julián María Otero.

Álvaro.- Uno de los mejores hombres que conozco. ¡Qué espíritu de justicia, qué austeridad y qué buena fe tan robusta, tan indiferente a los desengaños, tan conmovedores!

Pedro.- No flotará, seguramente.

Álvaro.- ¡Qué ha de flotar! Y conste que escribe como pocos. Pero no lo conocen arriba unas docenas de personas y algo en el extranjero, por su precioso *Itinerario sentimental de Segovia*. Vive de su destino en Hacienda y de ayudar a un cuñado suyo en el bufete. Se casó hace años con una mujer de tales

méritos, que si Otero no hubiese hecho otra cosa en el mundo que elegirla por compañera de su vida, se habría acreditado de hombre inteligente y de exquisito gusto, y de bueno, además, porque ella es la virtud misma.

Pedro.- Serán felices, en lo que cabe.

Álvaro.- ¿Felices...? Un matrimonio de esa calidad no puede ser infeliz del todo. Pero él está enfermo, y en su casa no sobra nada ¿Por qué habrá tanto imbécil y tanto canalla con sobrados medios de vida, mientras que la mayor parte de los hombres inteligentes y buenos bordean la miseria?

D. Santiago.- ¡Ay, D. Álvaro! Mal tema. Doblemos la hoja. Habría de decir tales cosas, a gritos -hay cosas que no se deben decir, si se dicen, más que a gritos- que acabaríamos en la cárcel.

Para evitar ese peligro y el no menor, para mí, de pasar hambre, propongo a Ud. que me acompañen a cenar. Debo a Ud. esta reparación por haber interrumpido su diálogo. Además, mi invitación es egoísta. Deseo oír a Ud.

Álvaro.- ¡Pues sí que, por mi parte, al menos, va Ud. a aprender mucho!

Pedro.- ¡Y por la mía, más aún!

D. Santiago.- Si no aprendo nada, habré pasado, por lo menos un rato agradable.

D. Pedro.- Y como a nosotros nos ocurre lo mismo, sería lo más justo que...

D. Santiago.- Lo más justo es que respeten Uds. mis canas, obedeciéndome. ¿Vamos? Cenar aquí no me agrada.

Pedro.- D. Santiago, hace Ud. mal en dar de comer a este hombre (señalando a Venegas). En cuanto cobre fuerzas, acaba conmigo. Quiere convertirme a su filosofía, y ya me tiene medio loco.

D. Santiago.- ¿Cómo...? ¿Está Ud. envenenando al Doctor? ¡Cuidado! La venganza puede ser terrible.

Álvaro.- ¡Así se escribe la Historia! ¿Quién aquí puede envenenar? -y no aludo a la profesión del señor- ¿Quién posee, por fortuna suya, un optimismo robusto sobre lo definitivo, que es lo importante, y quien, con sus prédicas, invita directamente al suicidio?

D. Santiago.-Es verdad, Venegas, que Ud. es optimista, *a pesar de todo*.

Álvaro.- *¡A pesar de todo!* Lo que prueba es que nuestras ideas no son hijas de nuestra situación. Yo, cuando niño, era melancólico. Después no he podido ser ni eso, sino negramente triste.

Pedro.- Su optimismo filosófico es, entonces, una reacción defensiva. Como los creyentes, en la religión, Ud. ha encontrado en la filosofía el consuelo de la vida.

Álvaro.- Los amantes de la verdad sabemos que nuestra amada es terriblemente celosa. Sólo se entrega a los que no miran sino a ella, a los que prescinden de todo, es decir, de sí mismos, para rendirle a ella culto activo, constante, único, exaltado hasta la perfecta serenidad, apasionado hasta la muerte.

D. Santiago.- Esto se pone muy solemne. Vámonos.

(Y en el mismo instante entran Julián María Otero y Medina.

(D. Santiago les dice que ha cobrado tres mil pesetas por un libro suyo y que los invita a todos).

D. Santiago.- Estos dos señores -añade señalando a Roca y Venegas- están enzarzados en una discusión filosófica. Lástima que no esté por aquí Mariano[1] , para que terciara.

Álvaro.- Ese es un filósofo profesional y me arredraría con citas, tecnicismos y distinciones. Ya tengo, por la calidad, demasiados testigos, sobre todo en Ud. Yo hice la carrera de prisa y por enseñanza libre. Soy amigo de pensar, y muy especialmente en la cultura y sus problemas. No tengo otra filosofía que la del sentido etimológico de esa palabra, referido al tema práctico de la cultura y a los temas fundamentales o *elementales* del saber.

D. Santiago.- Indudablemente, lo elemental o fundamental es lo primero y lo último.

---

[1] Se refiere a Mariano Quintanilla, abogado y profesor de Filosofía en el Instituto de Segovia. Fue miembro de la tertulia y fundador de la Universidad Popular (N. del E.).

Medina.- Como Dios[2]

Otero.- Como Dios, fundamento de los fundamentos.

D. Santiago.- Hay, digan lo que quieran los especialistas, los «técnicos», una gran cultura general, elemental o fundamental, un saber de hombres: humanismo, en el puro y vasto sentido de esta palabra, sentido que no difiere mucho del tradicional, visto con ojos perspicaces; humanismo anterior y superior al saber especializado y utilitario. El abandono de esta cultura...

Álvaro.- que es la cultura...

D. Santiago.- Nos llevaría a la barbarie.

D. Pedro.- ¡Muy bien!

D. Álvaro.-

Julián.- ¿De acuerdo, ahora, los contendientes? Con seguridad que lo estarán en muchas cosas.

Medina.- ¿Qué duda cabe? Por mucho que dos personas cultas difieran en ciertas ideas, el número de aquellas otras en que coinciden será inmensamente superior al de las otras.

D. Santiago.- Es el poder unificador de la cultura.

Y en marcha, señores.

Agosto, 1930 Blas J. Zambrano

[2] Este personaje era un teniente de artillería que murió en la Guerra de Africa. Estaba muy relacionado con los miembros de la tertulia. El tercero de los diálogos escrito por Zambrano figura como la despedida de este teniente instantes antes de partir al frente (N. del E.).

Diálogo II

La Cena

D. Santiago.- Y bien, señores: ¿sobre qué discutían Uds.?

Álvaro.- Comenzamos a hablar de la civilización y la cultura, y derivamos hacia el problema del conocimiento, fundamental, como Uds. saben, para la filosofía.

Es erróneo a mi juicio considerar este problema como exclusivamente racional. Todas las potencias psíquicas son órganos de la verdad, y no de una verdad suya, sólo pragmática o lógica, que sería error, al fin, sino de la verdad verdadera, o de alguno de sus aspectos. La intuición, la fantasía y hasta el conocimiento sensible, fuente del realismo ingenuo, ¿son, acaso, despreciables en la labor científica o del conocimiento verdadero?

D. Santiago.-El problema del conocimiento puede plantearse así, estrictamente: la razón humana se mueve entre un trozo, digámoslo así, de la realidad. Parte de los datos de los sentidos y de un corto número de verdades primarias, indemostrables: formula luego un repertorio de medidas para establecer relaciones entre aspectos separados de la realidad compleja y realmente indivisible.

Pero es claro que la razón humana es muy pobre instrumento para conocer íntegra y unitariamente la realidad ni para inquirir la causa primera ni la última finalidad del mundo. La razón se mueve en lo limitado y relativo con un lenguaje convencional.

[quizá falta cuartilla nº 2]

Las abstracciones y generalizaciones que tienen por base los fenómenos psíquicos son una cosa y otra muy distinta nuestra intimidad y, por inducción analógica, la intimidad de los demás. La crítica no puede negarme que están Uds. aquí ahora hablando, exponiendo las ideas que cada uno tiene, como, tampoco, que estas ideas, o sus fundamentos, constituyen una tradi-

ción intelectual de muchos siglos, y que pueden Uds. exponerlas en virtud de unos derechos reconocidos y garantizados por las leyes de un estado culto, semejante a los estados A.B.C.D... que integran la humanidad en este momento de la Historia. Creo que todos los conocimientos antropológicos se mantendrían vivos e indemnes, aunque triunfara el más vigoroso agnosticismo ¿Y por qué no llamar ciencia a todo conocimiento sistemático, a todo lo que no sea pensamiento vulgar?

¿Ni qué dice tampoco contra la Ciencia así, con énfasis, el que haya que revisar gran parte de la física-matemática, en virtud de los trabajos de Einstein? Es la Ciencia que rectifica las ciencias; la razón que corrige algunos conceptos.

Álvaro.- Eso digo yo, aunque mi autoridad en la materia es igual a cero. Los ejemplos de relatividad que expone Einstein, algunos de los cuales habían sido, como es natural, observados, no demuestran que sea nulo el poder de la razón con respecto al conocimiento de los hechos naturales. Yo voy sentado en un vehículo, que se traslada por la superficie de la tierra con la velocidad que sea, supongamos que con la de veinte metros por segundo. Tiro una naranja hacia arriba, como se hace para recibirla en la misma mano que la arrojó. Y, efectivamente, la recibo en la mano, como si no me hubiera movido, en virtud de la inercia, que hace a la naranja avanzar, por de pronto, con la misma velocidad que el vehículo, pero no en la línea horizontal, a causa de la gravedad, que va anulando el movimiento, así ascendente como progresivo. La composición de las tres fuerzas -impulso de mi brazo, inercia y gravedad- determina una curva. La naranja para mi ha descrito, sin embargo, una línea vertical ascendente y ha vuelto a recorrer la misma línea en su descenso. ¿Qué hay aquí contra el conocimiento científico? Mirando desde la luna todos los cuerpos que, abandonados en el aire, caen sobre la tierra, se los vería describiendo una curva, puesto que al propio tiempo que ascienden acompañan a la tierra en su movimiento de rotación y también en el de traslación alrededor del sol y aun en el de traslación de este último. Este análisis prueba nuevamente el poder de la razón.

Pedro.- Mas la ciencia constituida se tambalea con ellos, mejor dicho, con toda la doctrina de Einstein. La geometría de Euclides hace tiempo que quedó relegada a lo estático, o sea, a puntos, líneas y planos fijos entre sí, inmóviles con relación al sistema a que pertenecen.

Álvaro.- ¿Le parece a Ud. poco?

Pedro.- Ni poco ni mucho. He perdido la fe, el derecho a exigir. Pero resulta que las verdades de la ciencia más exacta que intentaba captar la realidad, captar, por lo menos, la forma efectiva de los fenómenos, diciéndonos cómo

se producían, sólo nos ofrece verdades relativas a un determinado sistema de movimiento.

Álvaro.- Pero en todos los sistemas se cumplen las leyes físico-matemáticas. Los aerolitos que pasen cerca de cualquier astro, por ejemplo, caerán sobre él con movimiento uniformemente acelerado.

D. Santiago.-Es, señores, que la realidad tiene múltiples facetas. Para construir un barco, cargarlo y dirigirlo por el mar, Euclides y Arquímides aciertan plenamente con sus teoremas científicos. Ahora bien, si nos empeñamos en creer que el barco, con referencia al cosmos, no ha avanzado sino los kilómetros que se consignan en el cuaderno de navegación y que la trayectoria real de su movimiento es la línea trazada por su proa sobre las aguas nos equivocamos solemnemente, porque en el tiempo que ha tardado en su viaje, él, con la tierra, ha avanzado por el espacio a razón de unos 18.000 km. por hora y los puntos que ha recorrido el barco y él, por consiguiente, con cada uno de ellos, han girado con velocidad de 1.666 km. en el ecuador y nula en los puntos matemáticos de los polos. De modo que si el barco ha marchado en la dirección de un meridiano, resulta su movimiento real de una complicación formidable, y más todavía, si se tiene en cuenta que la trayectoria de los dos movimientos principales de la tierra no son arcos de una elipse y de una circunferencia, respectivamente, sino epicicloides, porque el sol avanza también por el espacio y la tierra lo acompaña en tal movimiento. ¿Y qué duda cabe que si el agua del mar fuera pastosa, habría quedado sobre ella un surco que sería, *realmente también*, una curva de gran radio, si el barco ha avanzado en lo que ordinariamente se llama línea recta?

Creo que así queda bien establecido el estado de estas cuestiones. Y lo mismo puede decirse de la química.

¿Que el oxígeno no es un cuerpo simple? Bien. ¿Que los átomos de todos los cuerpos no son corpúsculos sólidos sino un conjunto de iones y protones y sabe Dios cuántas cosas más? Perfectamente. ¿Es, por ello, menos cierto que la fórmula del agua es H_2O?

Álvaro.- Es que hay, en definitiva, diferentes órganos de conocimiento para diferentes órdenes de verdades. Y cada medio es válido en cuanto no se sale de su objeto propio. Así los sentidos. Decimos que engañan. No engañan jamás. Es que interpretamos erróneamente sus datos. Es que les damos un valor intelectual que no tienen. Los órganos de los sentidos son muy semejantes a aparatos físicos. Son, realmente, aparatos físicos vivos.

Pedro.- Pero existen interpretaciones necesarias y, sin embargo, erróneas, esto es, necesariamente erróneas, como la del calor que localizamos en los obje-

tos que reflejan la luz; como el sonido que preferimos al cuerpo que llamamos sonoro.

Álvaro.- No son tan erróneas esas interpretaciones, en la parte que a los sentidos corresponde. Allí, en el cuerpo que se nos presenta coloreados, es donde se verifica la reflexión, causa originaria del color; allí, en el cuerpo vibrante es donde está el origen del sonido. Y me parece ilegítimo pretender integrar una sensación con razonamientos que no pueden modificarla, porque el razonamiento se refiere a condiciones diferentes a las que determinan la percepción sensorial. Y yo no digo que toda la ciencia humana sea cierta, sino que la razón, en lo suyo, no marra, como marra en lo suyo la sensación.

Pedro.- La verdad, entonces, es cosa relativa, también subjetivamente. Cosa de jurisdicciones. Verdad en la jurisdicción sensorial, error en la racional.

Álvaro.- Cosa de composición, de síntesis, que hace en las verdades científicas, la razón. Y con respecto a la vista y al oído, iba a decir que la interpretación ingenua es como una sinécdoque -el efecto por la causa- necesaria pasa nuestra vida. Esa traslación de sentido es quizá la función defensiva primordial que a la inteligencia corresponde. Figúrese Ud. nuestra atención solicitada por mil pequeñísimas imágenes en color, existentes en el plano superficial de la retina; por el cúmulo de sonidos originados en el nervio acústico, sitios a donde habría que referir, y no más allá, imágenes o sonidos. Esa sí que sería la caverna de Platón, dentro de nosotros mismos. ¿Y nos equivocamos, acaso, en la referencia espacial a los objetos iluminados, posición y dimensiones de los mismos? ¿Y a los cuerpos que trasmitieron su vibración al aire y al tímpano? No hay tanto error como se supone en el conocimiento sensible. Y para corregir los errores forzosos geométricos, como las ilusiones ópticas normales, tenemos la inteligencia, la razón, para corregir los errores de la razón en su propio campo, la razón misma.

Pedro.- Viene Ud., sin quererlo, a robustecer mis opiniones. El saber es, ante todo y desde sus orígenes, saber útil, saber práctico.

Álvaro.- Y saber útil, saber práctico, para la vida espiritual, esto es, saber inútil, saber de salvación o sabiduría, médula de la cultura. Pero dejando esto, ahora, digo que hay que volver al sentido íntimo del realismo. Hay que superar el subjetivismo y el realismo. Superación, esto es, integración, síntesis, armonía.

Pedro.- Optimismo. Nuestras convicciones son hijas de nuestra posición sentimental o pasional, expresión, a su vez, probablemente, de la manera de desenvolverse nuestra vida orgánica.

Álvaro.- Amigo Roca: ni mi temperamento, ni el mal estado de mi salud, ni las duras condiciones de mi vida de relación, ni la nulidad de mis éxitos, ni las infinitas contrariedades menudas de que me he visto y me veo rodeado -y de menudencias se compone nuestro vivir- autorizan a creer que mi optimismo trascendental sea hijo de mis circunstancias. Soy lo que suele llamarse un desgraciado, un fracasado que no quiere, que no puede tampoco reconocer su fracaso por haber encontrado -leyendo, hablando, meditando- las ideas que profeso. Y prosigo. ¿No?

Todos.- Sí, sí.

Álvaro.- Yo creo -y reanudamos la discusión por donde estaba antes del episodio de la relatividad- que en una revisión crítica del conocimiento debe entrar todo él. La posición inicial de la revisión es la duda metódica universal. Lo único cierto para mí es que pienso, sin poder inducir, con harta ligereza que, puesto que pienso en lo exterior, lo exterior existe. ¿No podría ser ilusión? ¿No podré pensarlo, aunque exista de alguna manera, erróneamente? Esta afirmación precipitada nos colocaría, para lo fundamental, en el realismo ingenuo, por delicada que fuera nuestra crítica parcial sobre los datos de las sensaciones. Lo único cierto para mi es que pienso.

Otero.- La deducción cartesiana, al menos, hay que admitirla. Si pienso, existo.

Álvaro.- Más que la deducción es una intuición conjunta con el juicio «pienso». O quizá, mejor, un supuesto previo, evidente y necesario. La intuición del yo personal, de mi yo es el principio y el comienzo de la consciencia, de la racionalidad, del conocimiento científico. Pero, en fin, si un hombre no se hubiera dado cuenta de sí mismo, al formular la proposición «pienso», sería consciente de sí al serlo de su pensar. Pienso tiene un sujeto: yo. «Pienso, pero no sé si existo», no se le podría ocurrir ni a Pirrón.

Pues bien, enseguida de haber juzgado que pienso, he de suponer, por una evidencia casi inmediata, que pudiéramos llamar vital, la existencia con los demás hombres, de pensamiento análogo al mío, y he de pensar también que no sólo es análogo como cualidad específica, sino como material o conjunto de conceptos trasmitidos a mí y a los demás y como forma, por último, o sea, en los principios básicos que van embebidos en toda operación intelectual. Esta intuición es, a mi juicio, la base lógica de la sociabilidad humana. He dicho «evidencia vital» -frase algo rara- porque es indudable que hay más evidencias que las puramente axiomáticas y que las meramente físicas o fenomenales (me refiero al fenómeno como tal -apariencia singular en el tiempo y el espacio- con independencia de su valor como signo de otra cosa). Para quien conoce bien un paisaje característico, una vivienda, una persona, una obra de arte, sabe, con certeza plena, al volver a verlos,

que son los mismos que ya conocía. El psiquiatra experimentado, ante un caso de idiocia profunda lo discierne con seguridad. Las evidencias de este último tipo nos prueban, además, que las apariencias que llamamos expresiones lo son de algo.

Pedro.- Porque la expresión es un elemento de lo expresado. Ya sabe Ud. lo que ocurre en las emociones.

Álvaro.- Pero no en el pensamiento. Es verdad que los juicios sin palabras no son verdaderos juicios. Pero esa palabra puede ser interior.

Pedro.- Es, al fin, la palabra, aunque se quede en lo interior, expresión de pensamiento y, por ende, algo de pensamiento. ¿Pensaríamos, sentiríamos y querríamos sin cuerpo? Note Ud., por otra parte, que la apariencia es condición precisa de toda expresión.

Álvaro.- Sí, desde luego. Expresión o significación sin signo, sin algo perceptible es un contrasentido. Cuando decimos «un silencio expresivo», por ejemplo, no es que el silencio de por sí exprese algo; sino que inducimos que no se quiere expresar nada, y sospechamos, por exclusión, por inferencias de diversa índole, la realidad que no ha querido manifestarse. La falta de ruido en una fábrica no indica sino que en aquel momento no se trabaja. Pero no puede, en rigor, ni en uno ni en otro caso, afirmarse que el silencio es signo, sino precisamente, ausencia de signo.

Pedro.- Es indudable. Pero la mente humana tiene la propiedad de dar valor positivo a lo negativo. Y así hablamos de la nada, como si la nada fuese algo. Y la ausencia de todo signo es un signo también, como en los ferrocarriles.

Julián.- Esto se complica. No van a terminar la discusión, aunque la prosigan durante cien años.

Álvaro.- Retrocederemos. Sólo diré, antes de salir de este extravío, que tal vez pudiera establecerse un paralelismo entre la expresión de nuestra psique y esta, de un lado, y la realidad y los fenómenos físicos de otro.

Pedro.- No pierde Ud. ocasión de favorecer la tesis realista. Cabría ahora negar la existencia de esa psique, no afirmando sino la de los hechos psíquicos expresados por hechos fisiológicos concomitantes. Pero dejando esto, digo que no podemos conocer por nada directo e íntimo, esto es, que no conoceremos jamás el lado interno de esa relación entre lo expresado y la expresión, en lo psíquico, entre la realidad y el fenómeno, en lo físico. ¿Qué es el pensamiento, aparte de las ideas pensadas? ¿Qué es el mundo, escondido tras los fenómenos?

Álvaro.- Sí, es verdad. No somos dioses. Pero ya es algo *conocer lo que no conocemos*. No es poco para los vigías de la nave de la Historia el haber podido indicar, rígido el brazo y la mirada segura, las costas lejanas, invisibles, el fondo del mar, en lo profundo, y el cielo, tras de las nubes que entoldan las aguas tenebrosas, aunque no puedan describir lo señalado, sino sólo decir lo que *no es* y aventurar unas palabras de sentido infinito.

Pedro. Terminó el extravío en un bello extravío. Aquí también se canta. Expondré yo ahora prosaicamente lo que antes pensé y no dije: se trata de una primera objeción -ahora, en este coloquio- a su tesis de que se puede afirmar que es posible el conocimiento cierto, el conocimiento que refleja o representa la realidad. Yo concedo que es innegable la existencia, en cada ser humano, de una actividad pensante, que tiene, como toda actividad, sus leyes propias. Es innegable, también, que hay un fondo común de pensamiento, de construcciones intelectuales, en la que todas las inteligencias viven. A ese fondo le llamamos ciencia. Mas lo invariable y permanente de ese fondo común es un corto número de verdades abstractas, desarraigadas de la vida. Y de lo demás del pensamiento, de todo lo opinable -que es, precisamente, lo que más importa- no puede afirmarse, no ya la universalidad, pero ni siquiera la igualdad de un corto número de personas. Esos pensamientos están traspasados de deseos, emociones, sentimientos, y nada tan multiforme y cambiante como la sensibilidad y nada tan inefable. Los hombres no se entenderán nunca, porque cada uno tiene un espacio propio para mirar el mundo y allí sentirlo. Digo espacio, y no punto, porque éste varía con el tiempo dentro siempre de ese espacio inabordable, asignado a cada hombre.

D. Santiago.- Por eso es cierto que se cambia y, también, que cada uno es inconfundible con los demás. La identidad hay que buscarla no interna y positivamente, sino externamente y en lo negativo.

Álvaro.- Si no existiera un principio interno de unidad...

Medina.- La memoria.

Álvaro.- La memoria de los hechos *en mi* ocurridos demuestra que soy el mismo; pero no soy el mismo *porque* la memoria me lo muestre.

Pedro.- Pues cuando uno pierde la memoria sobrevienen los cambios de personalidad.

Álvaro.- Los *llamados* «cambios de personalidad». Por muchas que sean las diferencias en esos cambios, ha de haber necesariamente un fondo común. La identidad biológica indica la correspondiente identidad personal. No olvidemos que lo físico es un ingrediente de nuestra personalidad, ya que

cada ser humano es una unidad definida, un individuo. Un individuo (hombre, perro, o encina) es siempre, siempre el mismo individuo.

Medina.- ¿Es igual decir individuo que decir persona?

Álvaro.- No es igual. Pero la persona se inserta y se limita en el individuo. Es, si se quiere, una estructuración intraindividual, y en cierto sentido, superindividual en el sentido de que en la persona el individuo ha crecido por la consciencia y se ha normalizado por la voluntad racional. Pero es incuestionable que todo lo personal está dentro de las fronteras de lo individual. No todos los individuos son personas; pero todas las personas son individuos.

D. Santiago.- Lo que he querido decir es que la unidad personal a través del tiempo, la identidad histórica de cada uno, es más floja, más oscilante de lo que parece indicar esta afirmación: yo soy siempre una y la misma persona.

Julián.- De lo que dicen Uds. se desprende que se puede ser *más* o *menos* persona.

D. Santiago.- Indudable. Pero sin olvidar que ese «más» o ese «menos» no expresan cantidad, sino intensidad cualitativa.

Medina.- Aquí se hila muy delgado, amigo Otero. Tenemos que sutilizar nuestra visión.

D. Santiago.- ¿Más todavía? ¡Cualquiera, entonces, va a hablar ante Ud.!

Álvaro.- Antes de reanudar la discusión, he de hacer notar a nuestro amigo Roca que no es tan reducido el número de verdades científicas y de evidencia moral, y que el progreso de la cultura, objetivamente considerada, consiste en aunar el número de verdades que llamamos eternas, así en la esfera de los principios científicos, como en la de los postulados morales, estéticos, políticos...

D. Santiago.- Suscribo... (y después de consultar con la mirada a los demás) suscriben todos esta última afirmación.

Álvaro.- Pues bien, habíamos Roca y yo, avanzado en nuestra discusión hasta considerar el pensamiento como un hecho natural, como una propiedad biológica de la especie humana. Y yo decía que en ese, como en todos los hechos biológicos, lo primero que hay que estudiar es su fin. Si frente a las existencias y los hechos físicos se nos ocurre preguntar «*por qué*», frente a una acción vital, flecha disparada, se nos impone ineluctablemente la perentoria inquisición de su objetivo: ¿para qué pensamos?

Y guardó silencio. Como Roca también callara,

-Para saber la verdad, contestó Julián María.

-Para vivir, dijo Medina. No sólo para subsistir, sino para vivir mejor, en el más amplio sentido de la palabra. Para servir al ansioso y apremiante «más y más» característico de toda aspiración humana. Aunque esto último -mejorar la vida- sea, por natural, necesario también, como es la simple subsistencia una necesidad de otro orden, una necesidad espiritual aunque se refiera a cosas de la vida ordinaria.

D. Santiago.- Cuando el hombre piensa en vista de esas necesidades, traduce su pensamiento en invenciones. Y es claro que se inventa en los dos sentidos que Ud. señala. En las invenciones que tienden a mejorar la vida ordinaria apunta ya, como Ud. ha observado perspicuamente, el elemento espiritual. Pero es que también deben considerarse como inventos todas las adquisiciones de la más alta jerarquía. ¿Qué son, sino inventos, las verdades logradas por la experimentación del sabio, las deducciones del filósofo, los geniales atisbos del poeta, el historiador, el pedagogo, el político? El hombre es el animal inventor. Unas invenciones se dirigen a lo útil; otras se quedan en el saber teórico.

Pedro.- Pero las verdades útiles fueron y son las primeras. La verdad es amada por su utilidad.

D. Santiago.- La verdad útil, bien. Pero ¿y la verdad inútil?

Pedro.- Hablaremos de esto, luego.

Álvaro.- Hablaremos. Ahora, señores, creo que nos convendría estudiar el pensamiento objetivamente, como un producto de nuestra vida.

Pedro.- ¿Y por qué no, como un fenómeno, para ver cómo se produce?

Álvaro.- La psicología no tiene nada que hacer en este problema. Aunque las ideas, como ya sin ningún fundamento serio, se supuso, fueran a modo de secreciones cerebrales, siempre resultaría -y en esa hipótesis con más imperiosa exigencia- que el pensar ha de responder a su fin. Y como el fin primero del pensamiento es aprehender la realidad, formar proposiciones verdaderas, construir ciencia, para satisfacer no importa ahora qué suerte de necesidades, la hipótesis materialista no lleva a escepticismo alguno, sino más bien lo contrario, al problema del conocimiento.

Pedro.- No lleva escepticismo; pero tampoco lo quita. Porque la verdad que halla el pensamiento en relación con las necesidades humanas es la verdad práctica, que puede no ser, que desde luego no es la verdad a que aspira el filósofo. Un caminante, cansado y sediente, descubre a lo lejos la mancha verde, inconfundible de la vegetación. ¡Agua! exclama gozoso. Y no se equi-

voca; si bien el color verde que él juraría que está en la hierba, no está sino en sus ojos; y para satisfacer la sed puede ignorar la composición del agua y por qué la necesitan los animales de sangre caliente.

Pensamos, pues, para vivir. La inteligencia humana es el órgano superior de la lucha por la vida; el suplente aventajado de la garra y el colmillo, del brazo largo y el pie prénsil, de la fuerza y la agilidad, de los sentidos agudos, del mimetismo. Desde la conversión de una piedra en proyectil hasta la visión y la audición a distancia, han tendido todas las invenciones a un solo fin, la utilidad, y han tenido un solo autor, la inteligencia, con sus indispensables auxiliares: la fantasía y las manos.

Julián.- Sí. Pero, ¿no es también la inteligencia el autor principal del *Critón*, de la *Imitación de Cristo* y de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*?

Álvaro.- No, mi querido Julián. En eso estoy conforme con Roca. Aunque nuestra alma colabora íntegramente en cada acto que en ella se produce aunque no juzgamos, sin experimentar, por lo menos una tenue emoción, placentera o desagradable, y sin haber puesto algo de voluntad en el juicio y algo de amor en el objeto o en el fin de nuestro juzgar, es indudable que en unas operaciones mentales predomina la inteligencia, y a esas operaciones las llamamos intelectuales y en otras, la voluntad, y las llamamos volitivas, etc. Ahora bien, cada dirección, o aspecto, o facultad, o cualidad psíquica -pues no estamos discutiendo psicología- tiene una finalidad general, y un objeto propio. Y el objeto propio de la inteligencia es el medio ambiente y su finalidad general, específica, la lucha por la vida, o, más exactamente, el estudio de los instrumentos para luchar. La inteligencia está nativamente adscrita a los instintos vitales, a la conservación individual y específica. En las obras que has citado, ha puesto mucho la inteligencia pero como técnico, al servicio de un director general de la obra. La inteligencia es, según decía Roca, el suplente aventajado de cualidades físicas de que la especie humana carece. Si el hombre no fuera inteligente, no existiría.

Pero el hombre adopta, además de la posición intelectual, utilitaria, otra posición desinteresada de la útil, ajena a la aspiración económica. La mayor parte de las huelgas declaradas por los obreros, es decir, los más necesitados de bienes materiales en esta civilización material absorbente, no obedece a motivos crematísticos; muchas guerras, digan lo que quieran los partidarios del naturalismo histórico, se han producido por causas sentimentales; las obras de arte son de manifiesta inutilidad; el heroísmo, que puede predicarse de muchos actos aislados y de posiciones duraderas de un número considerable de personas; la filantropía sin segundas intenciones, la austeridad firme y callada, la dignidad moral que hace el sacrificio de la fortuna, del amor o de la vida en aras del deber son virtualidades que se encuen-

tran fuera de la finalidad económica, hasta oponerse a los intereses vitales de los individuos que las ejercitan. A la causa general y permanente de esas actitudes le llamo *espíritu* siguiendo a un notable pensador moderno, y llamo *cultura* al conjunto de sus creencias; filosofía, bellas artes, derecho teórico, moral inutilitaria y ciencia pura, o sea, la ciencia en cuanto se construye por el amor a la verdad y el placer de saber. La cultura es la realización cada vez más perfecta, aunque imperfecta siempre, de lo ideal.

Medina.- Lo ideal es al espíritu lo que el mundo real -o lo que así nos parece- es a la inteligencia ¿No?

Álvaro.- Exactamente. Pertenecen, pues, a la inteligencia, o bien, a la civilización, y sólo de un modo adventicio y auxiliar a la cultura, las herramientas y utensilios, los muebles, las armas, las ropas, las casas, los caminos y toda suerte de obras públicas... O, de otro modo, la industria y la técnica industrial, el comercio y sus leyes, el derecho consuetudinario y el legislado que de él se deriva, la hacienda y administración públicas...

Claro es que la civilización y la cultura reaccionan entre sí, influyéndose recíprocamente. ¿Cómo negar que los caminos de hierro, la navegación a vapor y la gran industria manufacturera y mecánica que conservaron en la pasada centuria y los rapidísimos y múltiples medios de comunicación, característicos de esta nueva...

(falta cuartilla nº 15)

Mas a partir de aquí y sin perjuicio de la recíproca influencia a que he aludido -como influyen uno en otro dos pueblos enemigos- ¡cuánta oposición entre ambas construcciones de la mente humana! Mientras que sin la inteligencia y sus creaciones puras, los inventos, el hombre no podría existir y es por ello esta posición inteligente la posición biológica, la cultura parece como un hallazgo del hombre en una escapada de la naturaleza física, como el resultado de una arbitraria violación de sus férreas leyes. La vida culta es la trasfiguración del hombre en un Tabor interno y la historia de la Humanidad, un episodio que no figuraba en el programa de la historia cósmica. En el teatro de la vida universal el actor «Hombre» ha dicho una palabra *suya*.

Pedro.- ¿Qué palabra es esa?

Álvaro.- Yo quería decir toda la cultura. Pero puede hacerse una imagen más simple ¿Una palabra? Pues bien, esta: libertad. De ahí viene todo. Por ella escapamos del determinismo universal y encontramos la gloria atormentada de nuestros problemas. Sólo un espíritu puede formular problemas. La cultura es hija de la libertad y es ella libertad. La cátedra, el gabinete, el

laboratorio, el taller, la ciudad o son libres, o no son. La tiranía es un veneno para la civilidad y la cultura.

Pedro.- Yo soy, no sé por qué, amigo de la libertad política. Pero hay que confesar que nada hay libre. La libertad -la interior y la externa- es un mito, muy hermoso, si Ud. quiere, muy soberbio también, aunque Ud. no quiera.

Álvaro.- Ud. ama la libertad política y sí sabe por qué, en cuanto quiera darse cuenta. Ama Ud. la libertad porque es Ud. noble, digno y desinteresado; porque le repugna que un pelele cualquiera, una medianía, -y, a veces, ni medianía siquiera- un soldadote engallado o ignorante, un arrivista civil, exento de toda cualidad de altura, un mesiánico que se crea llamado por Dios para salvar a un país, o con derecho divino para gobernarlo como a una grey, se erija en director y árbitro, en amo de un numeroso conjunto de hombres, cada uno de los cuales vale, por lo menos, tanto como él y otros juntos, infinitamente más que él. Claro está que nunca un tirano rige por sí mismo a una nación. ¿Pero quienes le ayudan? Salvo excepciones rarísimas, que podrían reputarse providenciales, los ayudantes de la tiranía son -¿y cómo no han de serlo?- lo más ínfimo, en el orden moral, de un pueblo. Y es evidente que la palabra tiranía comprende a todo gobierno arbitrario, llámese como se llame, sin más excepción que las dictaduras de tipo romano, esto es, conferidas *por el pueblo* en momentos graves, con objeto preciso, y por tiempo limitado.

En cuanto a la libertad interna, o del espíritu, yo no creo en la libertad de contrariedad, en el arbitrismo o el capricho. Pero los deterministas incurren en el error de identificar los motivos y las causas. Un motivo no es una causa. Causa y efecto están soldados en la realidad, mientras que el motivo es un personaje y la volición otro distinto. Quizá consista la libertad no en elegir cuando los motivos, ya formados, señalan imperativamente una resolución, sino en intervenir en esa estructura, en exaltar, por medio de la imaginación y el sentimiento, un motivo sobre los otros; en presentar razones -juicios- que adquieren por emociones concomitantes, valor de motivos, ¿Cómo negar que yo, mi personalidad consciente regida por la razón, intervengo en las decisiones de la voluntad? Que lo subconsciente suela vencer a la razón es una cosa y que no existan ambos elementos, es otra. Y así ambos existen y luchan, ¡no vencerá *-no vemos que vence-* lo racional algunas veces? A despecho de la doctrina determinista, ¿no tenemos todos la convicción íntima de que hay cosas que no hacemos, que no queremos, porque no nos hemos puesto seriamente a hacerlas y que en efecto, si a ello nos decidimos, *sin haber variado ninguna circunstancia* quedan hechas? ¿Y no tenemos en este caso la impresión inconfundible del esfuerzo de la voluntad al decidir e imponer su imperio?

Pedro.- Ilusiones. Como la zona iluminada de nuestra conciencia es una parte mínima, ignoramos las alianzas de lo inconsciente con lo consciente, los impulsos secretos que han vigorizado lo racional y han determinado el triunfo.

Ud. ha dicho que las causas están ligadas fatalmente a los efectos y ha confesado que lo inconsciente influye en nuestros actos, en las acciones que llamamos voluntarias. Y como no puede Ud. asignar a lo inconsciente el carácter de motivo, como tiene la cualidad de ser causa, saque Ud. la consecuencia.

Álvaro.- !Dilecto amigo! Los impulsos inconscientes son en si mismos causas semejantes a las físicas o naturales. Pero como nuestras determinaciones voluntarias son conscientes, la voluntad racional interpone entre el impulso inconsciente y el acto un veto suspensivo y viene luego la reflexión que revalida, o invalida aquella causa que es motivo, en cuanto si no ella misma, su efecto, el dictado de la acción exterior es conocido. Si los iracundos cediesen a sus impulsos no habría cárceles bastantes con poner una en cada manzana de casas.

Y en los casos a que yo aludía antes ha habido, por de pronto una resolución de lo que se llama voluntad racional. Esa resolución racional ha sido estéril. Nos damos cuenta de ello; tenemos la evidencia de que esforzándonos, la resolución será ejecutada. Procuramos esforzarnos; reconcentramos nuestra atención en el propósito y en su ejecución. Quizá en tal caso, seguramente en tal caso, fuerzas anímicas inconscientes vengan a ayudarnos. La tendencia a la acción y el presentimiento del placer subsiguiente; quizá cierto orgullo secreto, lo que fuese, y entonces la resolución es ejecutada. ¿Quién vence aquí? ¿Cómo incluir este proceso entre los procesos fisiológicos por su cualidad o carencia de calidad, mejor dicho, de ser fatales, ciegamente determinados? Yo no voy a asegurar que si no me hago rico es porque no quiere; que si no soy un sabio es porque no quiero.

Lo cierto es que carezco de fuerza de voluntad y, por de pronto, al menos, de instrumentos hábiles para conseguir esos fines. Yo no puedo proclamar que la voluntad lo puede todo. Lo primero que no puede una voluntad débil, instantáneamente al menos, es hacerse fuerte. Pero vea Ud. esto mismo. Una voluntad débil, por si misma, sin buscar medios, métodos verdaderos, no puede hacerse fuerte. Lo sería ya, si tal potencia tuviera. Pero puede buscar medios. Robustecer los músculos, cuidar la salud física, adiestrarse y, a la larga, no se decir hasta dónde; pero es indudable que algo y aún más de algo se consigue.

Pedro.- Se ha dicho que la voluntad es el poder sobre los músculos.

Álvaro.- Ve Ud. cómo indirectamente aliándose con lo físico y dando rodeos, ensayándose, yo puedo mañana hacer lo que hoy no puedo. ¿Y no es la voluntad racional -¡qué entonces?- la Directora de esos trabajos? Y embrolla también este problema de la voluntad al confundirla con el deseo. El deseo es más y es menos que la volición, o, por mejor decir, es otra cosa.

Pedro.- ¿Y si resulta que no hay tal voluntad, sino solamente actos voluntarios?

Álvaro.- ¿Y qué importaría eso? Con referir a los actos voluntarios en general lo dicho acerca de la voluntad, estábamos del otro lado. No me es necesaria la doctrina de la facultades. Voluntad para mi significa el alma humana en cuanto formula proporciones imperativas, resoluciones prácticas.

Pedro.- No me ha convencido Ud. Pero no vamos a estar sobre cada cuestión discutiendo hasta el fin del mundo. Yo iba a decirle a Ud. acerca de la libertad y la cultura que, como la libertad externa, de que es un apartado la libertad política, es la mera posibilidad de obrar en un sentido o en otro, como no es un contenido, sino un continente, un medio pero no un fin, no parece que la cultura pueda consistir en ella.

Álvaro.- Yo me refería a la libertad, condición necesaria de la vida culta. Si quiere Ud. que vayamos al contenido, hay otra palabra sintética, que fue, además, la primera palabra culta: «yo», supuesto indispensable de todo conocer científico, centro de referencia de todas las ideas de la cultura.

Se me ocurre ahora mismo que a la visión de la cultura como una escapada del hombre fuera de la naturaleza, corresponden el mito de Prometeo y otros, el de Orfeo, por ejemplo, inculcando en los hombres, con la música, imagen de la eterna armonía, el amor al saber. Como lo absurdo no existe en la realidad y esa escapada parece absurda, se ha supuesto un sobrehumano fautor del absurdo aparente, quien ha dado al hombre a escondidas de los dioses de la Naturaleza, el don milagroso del espíritu -la sabiduría, las artes- origen que explica por qué el espíritu contradice la energía, suplanta la fuerza, realiza la paradoja viva de que el pensamiento desinteresado e inerme, consiga abatir el brazo armado del egoísmo. ¿Será por esa oposición por lo que las fuerzas inclinadas hacia la Tierra se revuelven airadas contra el volar sin sentido -un sentido utilitario- de la psiqué? Jove, rey de la Naturaleza, castiga a Prometeo; Ares, fuerte y agresivo como una fiera, se burla del celeste lisóforo; los jayanes de todos los tiempos hostilizan bestialmente a los nobles y tristes Quijotes y hay soledad y frío en todas las alturas y no existe corona auténtica que no sea, por dentro, corona de espinas. ¡Con qué odio, que quiere ser desprecio lanzan ¡hoy! algunos individuos contra las frentes diáfanas y los ojos despiertos, la palabra «intelectuales»! Esa palabra pronunciada así, como un ultraje, simboliza el odio eterno de

la mentalidad inferior a la mentalidad superior, de los instintos primitivos a la sensibilidad delicada, de la barbarie agresiva a la civilidad pacífica, de lo bestial a lo refinado. Es el bajo sentimiento de la mayoría de los heliastas que condena a Sócrates; el del populacho que vocifera «¡crucifícale!» ante el Pretorio de Jerusalén; el de las turbas idiotizadas que seguían a los herejes camino del quemadero; el del pueblo apolítico, bárbaro, que exalta la esclavitud en aquel ¡vivan las cadenas! de principios de nuestro siglo XIX; Polifemo contra Odiseo; la caverna contra el Partenón, todo lo animal contra todo lo divino en el retemblante tablado de la tragedia humana.

Recordemos la escasa consideración, o la franca hostilidad de que han sido objeto filósofos y poetas, astrólogos y alquimistas. No olvidemos que, en pleno siglo XVII, después del luminoso Renacimiento, el Pintor por antonomasia figuraba entre los ínfimos criados del Rey Nuestro Señor, *e ilustre Mecenas*, D. Felipe IV el Grande. Cuantos no se dedicaban a las ocupaciones elementales -comercio, guerra, caza, pastoreo, agricultura- sin más excepción que el sacerdocio, por el carácter sagrado de sus funciones, han sido hasta hace poco gentes indeseables y algunos artistas como los escénicos, estaban colocados, ayer mismo, al margen de la comunidad de los fieles.

Pedro.- El criterio para la estimación de las profesiones ha sido, en las sociedades sanas, el de la utilidad general que cada profesión repostara, y en las sociedades decadentes, el de la utilidad para el profesional. Utilidad siempre.

Álvaro.- Utilidad, nunca. Hasta las mismas profesiones indispensables que yo citaba como no perseguidas, tampoco fueron, casi ninguna, estimadas. Si fuera lo que Ud. dice, hubiera sido la agricultura la profesión cumbre.

Pedro.- Y lo ha sido. La aristocracia desde los Estados griegos hasta hoy mismo ha sido constituida por los grandes terratenientes. Cuando los reyes modernos hacían noble a alguno les daban «heredamientos», en los que «afincaba» la nobleza. Claro es que ni los antiguos ciudadanos, ni los señores feudales, ni los nobles que le siguieron cultivan por sí mismos la tierra. Para eso ha habido siempre, gracias al instinto genésico, estúpido y bajamente cumplido, esclavos, siervos y obreros.

Álvaro.- En primer lugar no creo que se tuviera en cuenta para discernir la nobleza al terrateniente la utilidad general que se derivara de ser él un gran propietario, sino la ventaja suya de tener de dónde mantenerse. Ya marra su doctrina, amigo Roca, por un lado. En segundo lugar, el señorío de la tierra es de origen guerrero. Por las armas tuvo que defenderse la ciudad primitiva y su campo, confundidos, entonces, pues que la ciudad no era sino el conjunto de casas de labor, la tribu sedentaria, agrícola, frente al pastor guerreo. Así como en los pueblos pastores no hay sino un aristócrata

en cada grupo, el dueño de los rebaños y padre o abuelo de sus guardianes, el cultivo de la tierra trae la división de la suprema jefatura en tantos jefes cuantos fueran los poseedores de tierra. Y esta generalización o democratización de la autoridad impuso la elección entre los iguales de los magistrados supremos. Y como una gran extensión de tierra no puede cultivarla un hombre solo, ni una sola familia, vienen otros hombres desamparados -los vencidos- a hacer de máquinas agrícolas. Por donde las primeras democracias se asientan en la esclavitud.

Pedro.- Y las segundas, en el proletariado, conjunto de esclavos con derecho a cambiar de amo, cuando puedan cambiar.

Álvaro.- El caso es que la terratenencia no puede ser considerada como una profesión, sino como una parte de la soberanía del Estado. Pero estudiando nuevos ejemplos vea Ud. la España del siglo XIX. La profesión militar es la más apreciada. Pero fíjese en que no proporcionaba utilidad general y en que los beneficios de los que la desempeñaban eran casi nulos. Un alférez ganaba a fines del siglo mil quinientas pesetas y un capital general -¡nada menos!- quince mil, hasta hace muy poco. Otra profesión cuyos practicantes encontraban en todas las clases sociales amigos orgullosos de serlo: la profesión de torero. ¿Qué utilidad general reportaba, ni qué grandes beneficios obtenían, entonces, los grandes matadores? Y conste, por último, que la profesión mejor mirada en todos los tiempos y países es, precisamente, la ausencia de profesión, la vagancia dorada, la riqueza del rico que no trabaja. Y no me diga Ud. que es por tradición, como ausencia del respeto al noble, porque han cambiado mucho las cosas, y a multitud de ricos se los ha visto antes pobres, y porque no es sólo al hacendado al que reverencia la gente, sino al rentista, a cualquiera que tenga dinero, mientras, ya hace siglos, despreciaba al hidalgo de gotera, noble por los cuatro costados.

Y dirá Ud.: Ya pareció el criterio económico. Pues, no, señor. En esta apreciación popular del rico no entra semejante criterio. Nadie piensa en la utilidad general que el rico proporciona porque no proporciona ninguna ya que él no trabaja y sus bienes repartidos producirían, seguramente, mayor riqueza. No es, tampoco, por el beneficio particular de los que los rodean, porque este beneficio, en la casi totalidad de los casos, no se produce jamás. No es por ninguna consideración utilitaria sino *por vanidad*, motor de los actos humanos, mucho más fuerte que la conveniencia económica. Los fundadores de religiones y nuestra Iglesia, gran mantenedora de esta doctrina, han comprendido el corazón humano mucho mejor que Carlos Marx y sus secuaces.

Y permítanme, antes de contestarme, una espontánea amplificación. He dicho que los sentimientos mueven la voluntad más que la conveniencia; y

debo añadir -lo que no quita fuerza a mi aserción, sino la sitúa donde debe estar- que hay un sentimiento apasionado, a veces, de la conveniencia económica; sentimiento que puede considerarse como el representante del egofilismo instintivo en la vida consciente. Pero este sentimiento entra en juego, como otros de distinta cualidad, en las deliberaciones, y unas veces influye decisivamente, otras veces es vencido y otras ni se presenta en liza, porque no tiene por qué presentarse. Parece mentira que se hay podido hacer la afirmación monstruosa de que el instinto, o la pasión, o la idea por lo económico, por la riqueza, es el móvil principal de los actos humanos.

Pedro.- De la Historia, dicen, esto es, de los actos humanos.

Álvaro.- ¿Pero qué es la historia, sino la serie pública, la proyección en la vida colectiva de la actividad privada habitual y capital, de la actividad que caracteriza la vida del hombre? Si los seres humanos, al actuar en la vida -que comprende también la vida pública, donde la hay- se guían por sus pasiones: amor, odio, vanidad, orgullo, ambición, lujuria, interés utilitario- ¿cómo el conjunto de esos mismos hombres y sus representantes o directores -hombres, también- van a proceder... como no hombres, como seres guiados por la pura idea económica o por la pasión de esa idea? ¿No sería esto el resultado maravilloso de una taumaturgia inconcebible? ¿Que la vida mental descansa sobre la vida física? Naturalmente. Pero los cimientos de un edificio no son el edificio, aunque sin aquellos no pueda éste ser construido, ni el canto del ruiseñor lo hemos de identificar con los insectos de que el ruiseñor se nutre, aunque no habría música, si no hubiese mantenimiento. ¿Que las invasiones primitivas tuvieron una causa económica, como las luchas entre pastores y agricultores y la estructura material y política de las primeras ciudades? ¿Que el estímulo para las explosiones revolucionarias ha sido el hambre? Bien. Todo ello es natural. ¿Pero y la Fronda? ¿Y la Vendee? ¿Y las luchas contra los protestantes? ¿Y el «levantamiento, guerra y revolución de España» a principios del siglo pasado? ¿Y la preparación ideológica y sentimental de la Revolución Francesa? ¿Y el gran hecho de las Cruzadas? ¿Y el Renacimiento? ¿Y las grandes innovaciones pedagógicas? La de la escuela primaria popular fue sugerida por Lutero con la mira de que los fieles pudieran leer los libros sagrados ¿Dónde está aquí el interés económico? ¿Dónde, en la lucha entre clasicistas y realistas, como no sea en estos y no con respecto a sí mismos, ni para el presente? ¿Qué instinto ni qué idea económica mueve a los ascetas y místicos, a los filósofos y poetas y a la corte de discípulos y admiradores de unos y otros ni a los visionarios utopistas, ni a los fanáticos de religiones y partidos, que son miriadas de legiones? Recuerde Ud. el cuadro que presentaba la Judea hacia la venida de Cristo. Fuera de los opulentos saduceos, el sentido económico estaba

ausente en todo aquel enjambre de sectas que se disputaban la inspiración divina.

Pues bien, yo pregunto por qué los poetas, los filósofos, los artistas y hasta los sabios si no obtienen pingües ganancias, es decir, si no descienden de su grandeza han provocado y provocan ¡todavía! en muchas gentes -esta es la verdad, y no vale ocultarla- un sentimiento de repulsión, de hostil extrañeza, y a veces, de odio ciego, profundo, que subsiste a despecho de cualquier sentimiento de otro género, a despecho de la gratitud, de la simpatía, del cariño. No se puede poner como causa de esta repulsión el sentido económico de la vida, porque hoy en el estado actual de la civilización y de la cultura, esos hombres son imprescindibles; ni tampoco la envidia personal, más propia de los compañeros de profesión que del extraño, y que sería mayor cuando los envidiados ganaran mucho dinero y no es así sino al contrario. Se observa, además, que ese sentimiento posee algo de la impersonalidad de los sentimientos superiores; es opuesto, pero semejante. Así como hay amor a la belleza, a la justicia, a la inteligencia, hay, en esas almas a que aludo, el odio a las realizaciones que más se aproximen a los arquetipos de esos ideales. Estoy seguro de que las estatuas clásicas, los versos de Homero, la prosa castellana de Larra, de Pi y Margall, de Gabriel Miró; la noble y recia actitud de Giordano Bruno ante sus jueces -parecen cosas dispares, y no lo son, en cuanto superioridad, o procerismo- la austeridad de un Salmerón o un Giner de los Ríos, ocasionan en muchos espíritus una oscura pero cálida y profunda antipatía. Yo *he visto* esa antipatía. Así se explican la condena de Sócrates y los insultos de la plebe a Savonarola, Carlota Corday y tantas otras víctimas, resplandecientes de belleza moral, serenas desde la máxima altura del espíritu ante el abismo en que iba a precipitarse su existencia. Se perdonan todas las superioridades, excepto la superioridad espiritual ¡Qué festejado el rico necio, el aristócrata vicioso, el gobernante de cabeza hueca! ¡Qué odiada la austeridad sencilla, el heroísmo humilde, la ironía profunda, la sinceridad, valiente, el altivo desdén hacia las cumbres de cartón! ¡Qué frío silencio cerca del ideal sereno y audaz, pone el pecho contra la corriente! ¡qué sañudo desprecio al talento que no se esconde, ni adula -que es también esconderse- aunque no gallardee vanidoso! ¿Cómo se explica esto -porque no hay otra explicación- por un sentir cósmico, por una oposición de la vida instintiva contra la vida del espíritu?

Un silencio palpitante, henchido de emoción y pensamiento, comentó estas palabras de Álvaro.

D. Santiago.- Sin perjuicio, aunque Venegas, de contradecirle luego, yo quisiera que continuara Ud. la exposición de su pensamiento. Dijo Ud. antes que el punto común en los orígenes de la cultura y de la civilización fue el

descubrimiento, importantísimo, en verdad, del fuego doméstico. ¿Por qué no sigue Ud.?

Otero.- ¿Cómo se desprendió de ese tronco la rama de la cultura? ¿Hay alguna invención que pueda considerarse como el punto de partida de la cultura?

Álvaro.- Para mi es indudable que la cultura fue dada a la luz en el lecho del ocio. El trabajo atiende, atendía, sobre todo, en los primeros tiempos, a las necesidades biológicas, y no es biológicamente necesaria la cultura, cosa de juego, de libertad de pensamiento y de acción, aunque la acción sea escasa y de ritmo lento.

En las horas de ocio, el espíritu del hombre primitivo, débil, muy débil todavía, pero atento al vivir circundante, tejería neblinosos ensueños, constelados de intuiciones fúlgidas. El poeta de los primitivos tiempos, era poseso del alma cósmica, que abrazaba imperiosamente su pobre alma infantil, en la que surgirían, como engendros de aquel abrazo, tenues girones de caóticos ensueños, confuso rastro de crasas quimeras, súbita evocación de cosas imprecisas, fosforescencia de cementerios ancestrales, espejismos de remotas lejanías... En los vírgenes bosques primitivos henchidos de vidas y palpitantes de misterio, percibiría sombras fugitivas, bisbiseos inquietantes, rumores de oculto sentido, temerosos gritos pánicos; y en las horas serenas, de solemne grandeza una confusa inducción le hizo creer que todas las cosas eran movidas por almas: las almas oscuras, tremendas, que alientan en los abismos; las que infunden la vida en los seres de la tierra, del aire y del agua; la que palpita en las más altas regiones, donde mueve los vientos y ruge en los huracanes y, fijando su vista en lo azul, le parecerían las estrellas seres escrutadores y severos asomados hacia abajo para verlo todo, escondidos en el misterio de la lejanía. El padre Solera un Dios bueno en el cielo, y un dios bueno en la tierra el fuego, que *vivía* en lo hondo de la cueva hospitalaria.

Esto ocurría cuando ya era el hombre consciente de sí, aunque la razón, entre cálidas nieblas oscuras, apenas energía a ras de la conciencia.

Alguna voz, un hombre se había dado cuenta de que era él; se descubrió, se reconoció y tomó posesión de si mismo.

Yo me figuro que esa «primera vez» ocurrió en la orilla del mar y que fue un poeta, un poeta anterior a la poesía el protagonista de esa trama fecunda. El mar había convertido la roca estéril de la tierra seca en campo verde por el tenaz martilleo de la lluvia y la lima constante de los ríos y había plasmado en su fecundo seno la primigenia vida sensible como habían de ser sus orillas, las primeras civilizaciones; él, con el tiempo, sería el conjunto innumerable para la irradiación de la primera cultura integral y en un día de eterna memoria el acogedor refugio valeroso de la primera *ciudad de ciuda-*

danos; él ungido con sus aguas, en eficaz bautismo, las alas de las grandes epopeyas; él exaltaría el corazón del hombre para que viera en un instante preñado de eternidad cómo se convertía la espuma -frágil, leve, efímera- en la diosa de un imperio más duradero que el tiempo, más grave que los mundos y «más fuerte que la muerte». El sujeto de la Historia había de formarse frente al mar. El mar es un monstruo inquietante y apacible, inquieto y sereno, suave y amargo, admirable siempre eterno, indefinible como el ser de ridícula debilidad y de fuerza suprema, dulce y fuerte, magnánimo y mezquino, excelso y miserable que va a completarse frente a él, va a comenzar en él y en sus orillas lo más sublime y lo más abyecto que en la inmensa *extensión* del Universo se habrá tal vez producido, la Historia.

En un amanecer luminoso, tibio y perfumado, cuna propicia al nacimiento de Psique, un hombre que casi no es hombre todavía, pero que pronto poseerá el tesoro de la gran intuición primicena, se halla absorto por el mar. Su pequeña tribu fue compelida a dejar los lugares en que vivía y ha marchado con ella, en éxodo perezoso aguas abajo de un río pujante y sereno, imagen de lo que, fluyendo sin cesar y sin cesar perdiéndose, permanece idéntico. Como el río no es la aparente simplicidad dinámica, la selva que por ambas márgenes se extiende es la vanidad complejísima en apariencia estática. Desde la copa de los árboles gigantes ha divisado el pobre fugitivo montañas de firme quietud y ha sentido desde lejos el solemne silencio de sus cumbres.

No es que aquel hombre viera así estas cosas. Pero las sugestiones estaban presentes a su alma en cuyos profundos senos creadores latía ya el espíritu. La luz, el paisaje, el sonido, los seres, los hechos, cuantas cosas nos rodean ejercen sobre nosotros acción profunda. Lo que el poeta primitivo contemplaba, ¿no labraría en su alma un surco, del que la reiteración excitadora haría brotar imágenes e ideas?

En la noche, clara y fría, que precedió a aquella alborada, llegan hasta el asilo de los fugitivos voces poderosas, inauditas, que se han tragado las voces del río y de la selva. Con la luz del alba, trepa, entre curioso y asustado, aunque ya los rugidos son más suaves, por una alta roca, cuya base avanza en el agua por atracción de amor y en ella yacía extática, disolviéndose lentamente, con morosa voluptuosidad muda e innoble.

Las olas, lentas y suaves, avanzan deliberadamente, transmitiéndose de una a otra el terco designio de un poder ignoto. La que consigue arribar a la playa se deshace en cándida guirnalda de flores frágiles, leves, fugaces y siempre renovadas. Flores inútiles, de las que un día, sin embargo, surgirá Afrodita.

El fugitivo está pasmado, extático sin idea ante el mar. No es que fuera incapaz de ideas el pobre salvaje en exilio. Era la simiente del primer poeta, cuerda fina y tensa, sin vibrar; río represado, águila sin alas.

De pronto, como si se arriesgase, por pura vocación, en un viaje hacia lo ignorado, reacciona sobre su pasmo y mira, con absoluto desinterés, con amor, al ser maravilloso que ha captado su atención espontánea. Es la primera acción desinteresada y, por ello, la más voluntaria, la primera acción heroica que se ha producido en el mundo. La recompensa será rápida y fulgurante. Aquel hombre desea -sin saber que lo desea- comprender lo que admira.

Comprender es referir lo fugitivo a lo permanente, lo vario a lo uno, lo mudable a lo idéntico. Y en el umbral de la comprensión no hay otra permanencia, otra unidad, ni otra identidad que la conciencia que espera como la virgen prudente. El hombre es la primera medida de las cosas.

Pedro.- Y la última.

Álvaro.- La última es la razón, que se identifica, en su menester, con la razón divina. O de otro modo, que no hay sino una razón, una medida impersonal, eterna.

Pedro.- Amén.

Don Santiago, grave y afectuoso, rogó a Venegas que no se detuviese.

Álvaro.- Aquel amoroso deseo de conocer que sentía el poeta era una llamada a la conciencia. Y como nada resiste al amor, ella acudirá a la cita. El conocimiento ha comenzado; está ya en la penumbra entre conciencia y acto puesto que desear conocer es amar, y para amar hay que conocer de algún modo. El poeta primitivo se halla en esa actitud erótica, en ese momento en que lo desconocido se destaca de lo circundante y avanza hacia nosotros, atraído por la atención voluntaria, amorosa, que, así separándolo de lo demás y agrandándolo, lo define patéticamente, acto previo indispensable para que la definición intelectual sea una cosa viva en el espíritu, una idea.

Aquel hombre, que no posee el término general de comparación que carece del hábito de referir a lo íntimo lo extraño, porque intimidad y extrañidad están confusas en él; que no puede darse cuenta de sus sensaciones, puesto que no se la da de sí mismo, busca por confusa apetencia apasionada, con emoción vesperal, con esperanza henchida de aurora tras de lo amado, el amante. Y mira dentro de sí. No podía mirar a otra parte. Para esa primera caza deportiva no había sino una senda. Mira dentro de sí y se ve. Y surge un nombre que comprende a la visión y al vidente: *yo*. Yo es el verbo huma-

no, verbo-hijo: el ser del hombre con un nuevo modo de ser con el ser reflexivo y expresivo de sí, primero para sí mismo, pensamiento, palabra interior. Por eso la palabra que expresa la conciencia, la palabra *yo* es la más honda de las palabras, la palabra por excelencia y la primera verdadera palabra humana.

Ha nacido, pues, el primer hombre en el alma de este ser débil, inerme, infantil de por vida, inadaptado al medio, en el alma de este infeliz simiode fracasado. Y ha nacido con el hombre, la cultura.

Ha nacido la poesía. Embriagado de sí el hombre compone su primer poema. Repite la palabra ¡Yo! ¡yo! ¡yo! La pronuncia, primero, confuso hasta el rubor, porque en ella se ve a sí mismo («Y se avergonzó de verse desnudo», dice el Génesis. ¿No sería esto y no el desnudo físico, incapaz de producir vergüenza «en el principio»?).

La dice luego, con respeto, en el que yace el germen de la propia deificación. La grita, por fin, con férvido entusiasmo, con cálido amor a todo, mientras mira al mar, al cielo y a la tierra con nuevo mirar penetrante y gozoso, flechas de luz que llevan el verbo como un fraternal mensaje.

Atendamos, señores, a este hecho, que se destaca también en el mito del Paraíso. El primer acto libre, esto es, fuera del campo biológico -la ciencia de Adán era infusa y estática- implica una apetencia de conocimiento.

Pues bien, de aquellas dos epifanías paralelas (la del fuego y la de la luz interior) se derivan dos series paralelas, también, de acciones vitales, dos vidas: la que se llama vida de la realidad, la que se gesta en el medio ambiente físico y en el biológico-social y aquella otra que se enfrenta en actitud de vuelo, con lo ideal.

Medina.- ¿No convendría que Ud. fijara el sentido de la palabra *ideal*?

Otero.- A mi juicio es bien claro.

D. Santiago.- Convendría, sin embargo, hasta por cuestión de método.

Pedro.- ¿Método, a estas horas, D. Santiago, en esta discusión caótica?

D. Santiago.- No lo creo yo así. Hablar de mil cosas no es desorden, si ellas se refieren al punto central. Y es claro, por otra parte, que en un diálogo libre entre varios amigos no puede existir el método riguroso de un epítome. Defina D. Álvaro lo que él entiende por ideal que es posible que a él mismo le convenga.

Álvaro.- Ofrezco a Ud. dos explicaciones que pudieran reducirse a una sola pero que arrancan de distintos lugares que obedecen a distinto método.

Primera explicación: Detrás del mundo de los fenómenos y por encima del mundo de la ciencia que es el mundo de los fenómenos, interpretado, orde-

nado, creado, en cierto modo, o quizá mejor, recreado por la razón[1] , existe el mundo metafísico, que se resuelve, en nuestro pensamiento en tesis contradictorias igualmente demostrables, esto es, inciertas, de realidad inaprehensible por la razón y, por consiguiente, irreales. Mas el espíritu de hombre tiene «horror al vacío» metafísico y lleva con la fe lo que no puede llenar con la ciencia, dándose a sí propio con este hecho, una prueba indirecta de que no hay tal vacío: de que existe «la cosa en sí», la esencia tras el accidente y yo no me refiero a las esencias de las cosas singulares, como sabe D. Pedro lo absoluto, por encima de lo relativo, lo eterno e infinito, tras lo temporal y limitado, la causa primera o «causa de las causas», antes que la cadena de causas y efectos, aunque no podamos conocer todo ese trasmundo, por lo mismo de no ser apariencial, mientras que nuestro conocimiento se construye sobre lo que nos es dado, sobre lo fenoménico o perceptible por los sentidos. Pues bien, esa creencia y las que con ella se relacionan, constituyen lo ideal. Entre estas últimas, destacamos, con respecto al hombre, la libertad y responsabilidad de nuestro espíritu y su vida ultraterrena y con respecto a Dios, la síntesis real, en su naturaleza, de nuestras antítesis racionales: necesidad y libertad, perfección y vida... Lo ideal es, pues, o una creación subjetiva, que el espíritu proyecta en lo objetivo -tesis que Roca mantiene- o como yo creo, una proyección de lo objetivo real, imperfectamente cognoscible: una voz de Dios -realidad de lo ideal- en nuestra conciencia.

Pedro.- Vamos, sí. Una especie de revelación.

Álvaro.- Hay que hacer constar que, si bien el criticismo kantiano, al que pertenece el concepto de lo ideal que acabo de exponer, ha sido superado, no ha recibido daño alguno en esta parte del sistema, que está fuera del sistema; que es como la cúpula de una catedral, en la que el kantismo era sólo una capilla. Podemos suponer que la capilla se encuentra derruida ¿y qué importa? La cúpula está incólume y aún se robustece hoy, por la nueva pujanza del realismo ontológico en sus dos direcciones: neo-aristotelismo y realismo crítico.

¿Será real lo ideal? Sin que lo que vamos a decir se pueda sustentar como una razón científica, sí lo es, y formidable, en el orden moral ¿No sería un

---

[1] El idealismo subjetivo afirma que el pensamiento crea al mundo. Nosotros nos hemos permitido introducir en esta explicación kantiana de lo ideal la corrección realista que suponen los términos creados *en cierto modo, o quizá mejor, recreado.*

absurdo inexplicable y una pérdida de fuerza que contradeciría la ley fundamental armónica, de universal vigencia, que el hombre sienta anhelos de perfección, que crea en la sustantividad del bien, en la verificación de la verdad lógica en la realidad de la belleza y que no exista sino el mundo mecánico? ¿que los conceptos de libertad, justicia, magnanimidad...sean lamentables equivocaciones, sin otra correspondencia que unas sombras proyectadas por la nada y las acciones que el amor a esos conceptos engendra, ridículas actitudes de la imbecilidad crédula y confiada?

Estas consideraciones me llevan como de la mano a la segunda explicación. En este mundo bajo y limitado, nos encontramos con la tendencia del hombre, o, más exactamente, de los hombres superiores, a preocuparse por *lo general*, por lo que está muy por encima de su interés y aun del tiempo y del espacio en que viven. La ciencia, el arte, el derecho, el porvenir de la humanidad, el progreso de la cultura son preocupaciones primordiales de esos hombres, a las que verifican, si es necesario, su bienestar y hasta su vida. El progreso humano se debe en gran parte a sacrificios abnegados y perfectamente voluntarios de esos hombres próceres. ¿No debemos suponer que algo muy grande los sostiene en su actitud heroica?

Pedro.- Una enfermedad, a lo mejor.

Álvaro (con resignación).- ¡Bien! amigo Roca, bien. Pero hay por otra parte, un hecho que cualquiera puede comprobar por la introspección: la tendencia del espíritu humano a agotar idealmente el objeto de su actividad. En cada cosa no nos conformamos sino con toda ella; en cada cualidad, con su perfección absoluta. El idealismo platónico es el menú adecuado a tan formidables tragaderas. El misticismo -indio, neoplatónico, cristiano- va derecho, sin lista de manjares, a engullirse estos, previamente condensados en el pan supremo que es la divinidad. El subjetivismo de las pasadas centurias invirtió los términos, al asegurarnos que el mundo y Dios eran creaciones de nuestra mente, pasando así el espíritu de comensal a productor del alimento. Y se necesita estar ciego para no ver en todos los grandes mitos literarios ese carácter común, esa profunda ambición de conseguir lo perfecto en cualquier dirección de la vida, Fausto, la sabiduría y la eterna juventud, para el eterno placer del alma y del cuerpo; D. Quijote, el imperio de la justicia; D. Juan, la cualidad de ser amado por cualquier mujer, es decir, por todas las mujeres; Celestina, el medio para que el amante consiga todo el amor de la amada, única, o sea, todo el amor de todas las mujeres que para él existen.

Calixto es un D. Juan condensado, apasionado; D. Juan, un Calixto disperso, emotivo. Para Calixto, el centro del mundo es su Melibea. Para D. Juan es él mismo, como objeto del amor de las criaturas, para él interesan-

tes. Dos ambiciones opuestas, pero absolutas; dos puntos de vista diferentes, pero abarcándolo todo cada uno. Aquiles y Sigfrido simbolizan el triunfo constante, la victoria segura en la lucha armada que, en los medios de estos héroes, significaba vencer en la vida, vencerlo todo, obtenerlo todo.

Si exceptuamos a D. Quijote que tiene otra significación, además de la señalada, intervienen en todos estos mitos, como en los del Paraíso y la Torre de Babel, un poder superior que pone el veto a la realización del ideal. Son los dioses contra los hombres. No olvidemos que los dioses antropomorfos representaban la Naturaleza; eran fuerzas cósmicas inteligentes. ¿Qué es el propio Destino «superior a los dioses» sino , literalmente, la Necesidad, ley cósmica suprema, así como la libertad es la suprema ley espiritual? Necesidad y libertad son antitéticas, excepto en Dios, en quien se resuelve perfectamente esa antítesis, y, sólo imperfectamente en el hombre. El teatro griego de alto coturno es la ejemplificación palpitante y sangrante de ese antagonismo.

Pedro.- Ya sabíamos por aquí que Dios es el ser necesariamente bueno y *necesariamente libre*. ¡Qué dóciles son las palabras! Pero no se desmande. Prosiga recto, ahora.

Álvaro.- Prosigo. El mito (ideomórfico este, como corresponde a una época de ideólogos) del «progreso indefinido y continuo de la Humanidad», dado a luz en el siglo XIX, es otra manifestación de esa múltiple sed de lo perfecto. No se garantizaba en esta doctrina que el hombre habría de alcanzar la perfección, pero sí que se acercaría a ella «indefinidamente».

Otro hecho, que refuerza esta doctrina es el trabajo, a que antes aludimos, de los hombres próceres; el culto que rinden a los conceptos universales; culto que convertiría esos conceptos -aunque no tuvieran existencia eterna- en ideales vivos y eficaces, en dioses de una verdadera y *católica* religión. Que eso es el espíritu religioso, en definitiva; la dedicación de la vida a lo ideal; el vencimiento del bajo egoísmo, coraza, antena y garra del alma instintiva, por el egoísmo superior, sin otras armas que las alas de Psiqué; por el egoísmo que infunde en quien lo posee la creencia de que es capaz de todas las grandezas; por el egoísmo de sentir a Dios dentro de sí y de creerse llamado a prosperar el bien, la verdad y la belleza en este mundo miserable cuya atmósfera, *sin embargo,* se ha conmovido con las palabras de Sakiamini, de Sócrates, de Cristo; sobre cuyo fango putrefacto ha podido alzarse el Partenón y se levantan hoy esas torrecillas en las que «la caña que piensa» analiza la materia del Universo, y pondera su masa y mide la trayectoria de los astros y el divino valor de la luz; en cuya espacio, poblado de fantasmas, ha brillado la lanza de oro de Athenea y refulge con eternos resplandores , la cruz del Calvario.

Pedro.- ¡Poesía, poesía!

Álvaro.- ¿Y qué es la poesía, sino la intuición espiritual, henchida de emoción? Filosofía irracional, pudiera llamarse la poesía. Pero hay que tener en cuenta que lo irracional puede ser suprarracional ¿Y no es verdad, aunque sea poesía -o porque es poesía- que la cultura, en cuanto a su intención laborante, es la religión de la humanidad consigo misma y para sí misma?

D. Santiago.- Permítanme que tercie en la cuestión apartándome un poco de la actitud de Venegas y seguramente también de la de Roca. Yo creo que hay algo en el conjunto de las actividades humanas, a que se puede llamar civilización y otro algo a lo que se puede llamar cultura. Creo también que existe entre esas ingentes formaciones una oposición bien notable aunque tal vez excesivamente acusada por el Sr. Venegas. No hay que temer que una de ellas desplace a la otra. Mucho se va materializando esta civilización y, como es forzoso, la gente que la sirve. Pero tampoco nunca como hoy se han mantenido por numerosas personas las más altas aspiraciones humanitarias. Jamás, hasta ahora, han interesado al público los problemas filosóficos. En ningún tiempo la solidaridad humana se ha manifestado tan intensa. El hombre moderno adquiere conciencia de su mundialidad. Hay un pasaje de Cleanto, el humilde aguador y clarísimo filósofo, que parece una profecía de los tiempos que sin duda alguna, van a llegar. Es aquel en que dice que el hombre debe sentirse ciudadano del mundo.

Pedro.- ¡La unificación del mundo por la paz y el amor!... ¡Qué sueño!

Álvaro.- ¿No ve Ud. los felices augurios -¿qué digo augurios?- los comienzos efectivos de esa unificación? Sin contar la Sociedad de Naciones -que sí debe contarse-.

Pedro.- Que no debe contarse.

Álvaro.- Son innumerables, se cuente o no esa institución, los congresos internacionales sobre todos los aspectos de la vida; las conferencias que los sabios, o los escritores notables de un país explican en otros países; las frecuentes traducciones de libros a múltiples lenguas; las obras cinematográficas, que se exhiben en todo el mundo con asuntos de todos los tiempos y paisajes de todos los lugares. Finalmente, la educación va siendo cada día más parecida en todos los pueblos cultos. Y ha surgido la palabra clave. Es la catolicidad esencial de la cultura y de su alma mater, la filosofía -universalísima de suyo- la que va unificando las conciencias de los directores de la sociedad para unificar, después de los dirigidos. Y no prueba nada contra esto la pasajera exacerbación nacionalista, ni las tremendas luchas sociales, ni aun la catástrofe, que muchos profetizan, de la cultura occiden-

tal. Si es cierto que esta va a extinguirse en la nueva cultura tendrá amplio desarrollo este ideal unificado, de la misma manera que en esta cultura se ha desarrollado el racionalismo griego, el sentido estoico cristiano de la moral, y el misticismo alejandrino y dos principios del Derecho Romano, la orientación del arte hacia la belleza. Es falso, a mi juicio, que haya un cambio completo entre las culturas antecedentes y las subsecuentes. No puede haberlo. La cultura es obra humana. ¿Difieren tanto entre sí los hombres de unas y otras épocas? ¿No existen entre todos, absolutamente todos los hombres las analogías necesarias para que quepan todos los de todos los tiempos y todos los países en la condición de individuos de la especie humana?

Pedro.- Los Directores de la sociedad son ahora los grandes industriales o los representantes de los obreros.

Álvaro.- Ud. Sabe que ningún poder iguala al poder de las ideas.

Pedro.- Creía, antes, saberlo. Hoy me inclino a pensar que las ideas no han desempeñado en los cambios históricos otro papel que el de disfrazar los intereses, más o menos legítimos y los apetitos, más o menos bastardos. Y sabe Ud. por qué he podido llegar a esa conclusión? Por haber observado que los fundadores de religiones, los grandes santos, los héroes de cualquier ideal han creído que los seguían discípulos porque congregaban admiradores. Y no es la admiración resultado de la comprensión.

D. Santiago.- La admiración es un sentimiento unitivo; comunión de nuestra intimidad con la intimidad de lo admirado. Se admira lo que se comprende si no por discurso, por intuición. Lo que no se comprende podrá causar pasmo, o terror. La admiración es el aplauso a lo que se juzga perfecto. Toda admiración es como una extensión del egoísmo, como una implantación de lo admirado en nuestra conciencia. Creemos que aquello -si se trata de obras humanas, que son las que, propiamente hablando, suscitan la admiración- lo habíamos hecho nosotros... si nos hubiésemos puesto a hacerlo.

Medina.- Entusiasmo creía yo que se llamaba eso.

D. Santiago.- Entusiasmo es más bien admiración exaltada, delirante, divina. Fíjese en la etimología.

Pedro.- Bien. Pues entonces modifico mi proposición, diciendo que los héroes de lo ideal han creído que seguirían sus doctrinas admiradores convencidos, porque los escuchaban con la boca abierta cuatro infelices papanatas o, con la boca cerrada y apretados los puños, legiones de «resentidos», o las dos especies de «carne de ideal». ¿Está claro?

Álvaro.- Está claro. Pero no es verdad. No lo es, por lo menos exactamente.

Pedro.- Estas verdades no son matemáticas. Pero dígame Ud. en qué ha venido a parar el cristianismo de Cristo, especialmente entre los católicos. Fetichismo es la religión de la inmensa mayoría de esa gente. El dogma más que materia de fe es un totem. La doctrina de la caridad no la practican. Reciben los sacramentos con preparación formularia y escasa fe y tibio amor a Dios. Sólo ponen el alma, toda el alma, en las peticiones a esta o la otra imagen milagrera.

Álvaro.- El cristianismo de Cristo ha venido a parar a ese estado lamentable, repugnante, en el seno de la Iglesia Católica. Pero ha llegado a mucho más de eso, a otra cosa infinitamente superior a eso en el espíritu de los librepensadores modernos, incluyendo entre estos a muchos protestantes y hasta algunos católicos de nombre que se afanan por horror a la incredulidad, en hacerse creer que tienen fe y que aparte de esta lucha poseen un alma noble, sensible a la justicia y al amor. El cristianismo de Cristo ha sublimado y extendido la compasión, la virtud cristiana por excelencia.

D. Santiago.- ¿Qué iba Ud. a decir acerca de la cultura y la civilización D. Pedro?

Pedro.- Yo creo que civilización y cultura son la misma cosa. La cultura tuvo en su origen sentido biológico, egoísta. Cultura y civilización -cultura solo, sería más propio- no fueron sino el conjunto de medios aportados por el espíritu del hombre para domeñar la naturaleza. Los dibujos rupestres eran mágicos, capciosos, utilitarios; el tatuaje tiene por objeto infundir terror en el enemigo; la religión consistiría en apaciguar los poderes malignos, primero, en conseguir sus favores, después, convirtiéndose los demonios en dioses aunque no todos, puesto que el mal no se extingue. La moral no fue sino la imposición de la conveniencia colectiva sobre el interés o el capricho de cada individuo.

Álvaro.- ¿Y qué importaría eso, aunque todo ello fuera, como Ud. pretende? Si la religión, la moral, el arte -y no todas las actividades espirituales, pues la emoción estética y la inquietud filosófica no se dejan incluir en la esfera de lo práctico- surgieron allá en el vestíbulo de la Historia en vista de un fin útil, bien pronto perdieron la memoria de su origen, desertaron del campo biológico, del ejército disciplinado por la inteligencia y dirigido a la conquista de las fuerzas naturales y se alistaron en los equipos del juego. Y el juego es el empleo más serio de la actividad humana. Por ser libre el juego y necesario el trabajo, nuestra personalidad está entera en aquel. Cuando un hombre juega, todo él juega. Cuando trabaja -si no es un trabajo como un juego: gustoso, apetecido, libre- se encuentra en actitud de fuga, como si cumpliera un castigo. ¡Cuántas necedades se han dicho para contrariar la

leyenda bíblica del trabajo como pena! ¿A qué se parece el trabajo, el verdadero trabajo -esfuerzo fatigoso, impuesto por la necesidad- sino a un castigo? ¿Hay nada más molesto, más penoso que el trabajo? Y, en cierto sentido hondo, biológico, más humillante? El hombre querría dominar con su pensamiento y su voluntad solamente, sin la espera penosa del trabajo toda la naturaleza y cuanto se le pone por delante.

Pedro.- También el juego posee carácter biológico, egoísta. ¿Qué es el juego de los animales jóvenes sino un simulacro de las luchas futuras, un adiestramiento para la caza?

Álvaro.- El pequeño animal que juega no cree que está cazando, ni sabe que va a cazar, cuando sea mayor. ¡Qué providencialismo! El animal, dice Ud. juega para adiestrarse. ¿No comprende Ud. que ese «para» es subjetivo; que es ilegítimo suponer en el animal esa intención, siquiera sea instintiva.? El parecido entre el juego y la lucha puede obedecer a la anatomía y aptitudes del animal; a la tendencia, heredada, a ejecutar determinado grupo de movimientos. Esto es una cosa y jugar para adiestrarse en la lucha otra muy distinta. Pero ahora hablamos del hombre. Si la vida del animal se termina en su vida física y la de su especie, el hombre se crea, por exigencia de su naturaleza espiritual otro campo de acción. Los juegos de los animales jóvenes armonizan con sus luchas de adultos sin necesidad de que medie entre estas y aquellas una relación de causa a efecto; mientras que los juegos del hombre, los del espíritu, sobre todo, tienen como objeto conocido el mundo ideal, y por causa, la vocación hacia ese mundo, la apetencia que cada uno tiene por el fin que le es propio.

Pedro.- Ud. había dicho antes que toda acción realizada por un ser vivo tenía carácter teleológico. Aquello de la flecha...

Álvaro.- Y lo aplico al juego. La finalidad biológica del juego es el ejercicio de fuerzas naturales, el desarrollo de los órganos de esas fuerzas.

D. Santiago.- Sutiles están los polemistas. Si el animal que juega lo hace para ejercitar sus fuerzas, aunque él no lo sabe, este paso lo admitiría Venegas.

Álvaro.- Lo admito.

D. Santiago.- Y esas fuerzas le van a servir, cuando sea mayor, para cazar, por ejemplo, ¿no hay aquí un para, aunque sea más profundamente indeliberado?

Álvaro.- No. Entre el ejercicio de un órgano y su desarrollo no media sino la misma vida del órgano y del organismo de que forma parte. Hay intimidad en tiempo y espacio, entre causa y efecto. Pero entre el juego de un cachorro

de león y su actividad cazadora hay mucho por medio. Lo que pudiera decirse es que para nosotros -como ya decía de la producción del polen en loas plantas monoicas- es como si hubiera intención. Queda así la posibilidad de transferir esa intención a otro elemento.

Pedro.- ¿A la Providencia?

Álvaro.- A *X*. Ahora no tratamos de eso.

D. Santiago.- Bien. Pues adelante.

Álvaro.- Iba a decir, cuando hablábamos de la moral, que no creo que toda ella, la de cualquier base, pueda ser tachada de egoísta. Quien dice a los hombres -y se ha dicho con alguna eficacia- «cumple tu deber por encima de todo y sin esperar recompensa», «ama a tus enemigos y devuélveles bien por mal», no se dirige al egoísmo, sino que prescinde de él y hasta lo combate.

Pedro.- ¿Cómo dice Ud. eso, amigo Álvaro? Lo que hace quien habla así es suscitar una nueva especie de placer, el placer de despreciar el placer y hasta el placer del dolor por altos motivos, que magnifican el alma, produciendo el placer de la propia exaltación. Estos placeres, hondos y sutiles, compensan los vulgares dolores físicos. Es un nuevo campo de la sensibilidad, adecuado a las ideas teóricamente inegoístas. Yo le aseguro que estas ideas no vivirían en la conciencia de ningún hombre si no se implantaran en ese jardín, propicio de la sensibilidad afectiva.

Álvaro.- A veces no es eso, o no es eso con la nitidez y simplicidad que Ud. lo presenta. Quien sufre dolores por altos motivos, no goza, o se halla su placer contrarrestado por el dolor moral que le produce el espectáculo de la maldad ajena. Lo único que ocurre es que está satisfecho de sí mismo. Pero como antes de su sacrificio también lo estaba por su disposición de ánimo respecto al posible martirio, no hay por qué figurarse que haya aceptado este por lo que se figura que gozará con él. Las explicaciones simplistas, amigo Roca, suelen pecar de superficiales, esto es, suelen ser insuficientes, pudiendo inducir a error -aunque ellas de por sí no digan nada- por la tendencia de nuestra mente a rellenar lo vacío, a *entificar* las cualidades, a *encauzar* y *finalizar* los hechos cuando no a planificarlos por la tendencia tan humana a lo sólido, a lo lleno de dimensiones, que parece instinto espiritual, una defensa contra el escepticismo, una relación previa, apriorística, entre pensamiento y la realidad objetiva.

Lo que Ud. quiere demostrar es que todo es egoísmo en nosotros. Decir que tan egoísta fue Sócrates como el que asesina a su propio padre por robarle es igual que si, preguntándole a uno por la naturaleza y cualidades características del diamante respondiera muy serio que el diamante es igual al

yeso, porque ambas cosas son minerales sólidos. A nosotros no nos dice Ud. nada con esa proposición que establece el ineluctable egoísmo -o egofilismo, mejor dicho- de nuestra actividad, tomando la palabra egofilismo con la mínima comprensión que esa máxima extensión requiere; es decir, como un egocentrismo formal, como la referencia necesaria que el hombre ha de hacer a su yo de todas sus ideas, sentimientos y voliciones. Pero habría quien tomara aquella afirmación cargando la palabra egofilismo de todo el amor desordenado, exclusivista, egoísta verdaderamente que cualifica las almas inferiores. Y también podría tomarse la referida proposición en el sentido falso de que todas nuestras voliciones y sus motivos se hallan fatalmente impregnadas de un amor sentimental, blando, mimoso, hacia nosotros mismos; de cierta egolatría compatible con el sacrificio, de un narcisismo parejo a todas las actitudes.

Pedro.- Es, a mi juicio, más honda, más interesante para el pensamiento reflexivo esa proposición de lo que a Ud. le ha parecido, amigo Álvaro. Si afirmamos que todo es egofilismo en el hombre, no estamos muy lejos de establecer que las ideas y los ideales, los altos sentires, todo el mundo espiritual del hombre está encerrado en él mismo, que todo hasta lo que creemos más sustantivo, es una creación nuestra, no importa con qué base externa, porque esa base es inconocible. Lo que haya de mundo exterior a nosotros es la mano que tira la piedra y se esconde; y lo que nosotros podemos conocer es nuestra reacción ante la pedrada, cosa nuestra, nuestra en tanto que conocible y conocible en tanto que nuestra. En imagen literario-matemática: un pequeño sector de nuestra conciencia, el yo consciente, iluminado a plena luz, y el resto, la no conciencia, el mundo que empieza en nosotros mismos, que empieza en donde acaba la zona determinada completamente a excusas. Sobre ese telón sombrío, proyectamos nuestra vida iluminada. No somos un espejo consciente del Universo, sino una linterna mágica.

Álvaro.- Ese es el idealismo subjetivo, padre caudaloso del pobre positivismo.

Pero hemos de seguir la ilación de nuestro diálogo.

Pedro.- Yo pienso insertar aquí lo que iba a decir antes. Yo afirmo que así en el orden del sentimiento -cuyos polos son el dolor y el placer- como en el orden de la inteligencia -ver la realidad práctica para actuar sobre ella- como en el orden de la voluntad -impulso a realizar nuestra naturaleza, a vivir nuestra vida-, que dicen por ahí, estamos condenados a no salir de nosotros, y por consiguiente, a no conocer ni amar a otra cosa que a nosotros mismos. Quien cree amar a la humanidad, por ejemplo, no ama sino a su idea de la humanidad.

Álvaro.- Pero como la humanidad existe...

Pedro.- ¿Existe como Ud. la percibe? ¿Y es, en efecto, la humanidad un ser orgánico o sólo existen los hombres? Su concepto, además, así del hombre, no de cualquiera otra cosa, es una abstracción, o mejor dicho, el resultado de muchas abstracciones, un esquema general. ¿Hay algún esquema que sea realidad viva y palpitante?

Álvaro.- Ya se tocó este punto de la «adecuación entre el entendimiento y la cosa». Ahora le digo que no es cierto que los conceptos vivos, actuantes en nuestra alma sean sólo esquemas. Sólo esquema es el concepto del concepto, el concepto estudiado en la lógica, «el concepto en general». Pero mi concepto del hombre y más aún mi concepto -síntesis de muchos juicios- de tal hombre está impregnado de sentimiento, corporizado en imagen, movilizado hacia la voluntad y en constante combinación con otros conceptos, imágenes, sentires y voliciones. Es, en fin, algo vivo, como son vivas las células que integran mi organismo. Y esto ocurre, con mayor o menor intensidad, con todos los conceptos. Yo he escuchado a un verdadero maestro, nada snob, sino de un depurado clasicismo, una lección sobre los cuadriláteros. Cosa fría, ¿eh? Pues aquellas figuras parecían serlo de seres animados. Comparando el cuadrado con el cuadrilongo (mal llamado rectángulo puesto que rectángulo es también el cuadrado) y el cuadrado con el rombo y también el mismo cuadrado con el círculo y aludiendo al valor estético y simbólico de cada figura, proyecto sobre ellas relaciones, cualidades y vida. Aquellas figuras no eran fríos esquemas intelectuales, eran personajes.

Ha infundido a grandes errores el confundir las ideas, los juicios, los resultados de las operaciones mentales con los conceptos generales, con los esquemas de esos productos psíquicos. Se ha evaporado, así, el carácter abstracto y frío del pensamiento. Cuando estudiamos los conceptos tenemos en primer lugar, que aislarlos de las adherencias vitales, condición de su existencia, de emociones, imágenes, apetencias e impulso y tenemos también que prescindir de su materia, es decir, tenemos que abstraer para generalizar, para abarcar todos los conceptos en el concepto correspondiente. Si ellos, en cuanto conceptos científicos, universales, han tenido que prescindir de muchos aspectos de la realidad, aunque conservando como una proyección coloreada, o un sutil perfume de esas cosas ausentes, en la segunda y definitiva abstracción -concepto del concepto- se pierde todo lo que no sea la fría, rígida, pura definición lógica. Repitámoslo: Mis conceptos a,b,c son de otra naturaleza que el concepto general del concepto, y, por consiguiente, que esta generalización que se aplica luego a cada concepto en particular. O de otra manera, todavía. Al hablar nosotros, en nuestra crítica del conocimiento de la idea «manzana» o de la idea «ángulo», hablamos

de las ideas, de esas ideas, de otras ideas nuevas, referidas, así como las primitivas a los objetos, estas otras a la idea de los objetos. De ahí mi constante llamada a estudiar el pensamiento, objetivando, sí, puesto que es forzoso, pero con la consideración de cosa viva, para no llevar hasta el límite la seguridad y la pulverización. Y pues en las cosas vivas, la finalidad es lo primordial...

D. Santiago.- Acaba Ud. de expresar una de esas verdades perogruyescas, que, *sin embargo, o quizá por eso mismo*, escapan durante siglos a la atención humana. Que yo sepa -puedo equivocarme, es decir, puedo no saber lo bastante -nadie hasta ahora ha dicho eso destacándolo nítida y precisamente de la masa de ideas en que se halla implantado; eso tan sencillo, tan fácil de hallar en cuanto se mire, tan evidente y... de tan enorme importancia. Deberíamos disciplinarnos en esto que puede llamarse «modo de encontrar lo que está al alcance de la mano (...)

[falta cuartilla nº 68]

[...] vida física como condición indispensable para la existencia del pensamiento.

Pedro.- La muerte aniquila el pensamiento.

Álvaro.- El pensamiento humano, desde luego. Más... *ignorabimus*. Esto de la supervivencia del espíritu a través de la muerte, es otra cuestión. Pero yo digo que en la vida humana el cuerpo es condición para que se produzca el pensamiento, aunque no sea más que por la elaboración de las sensaciones cognoscitivas, sin hablar de la corteza del cerebro, de las glándulas cerebrales, etc. Lo que no quiere decir que el pensamiento sea un producto material -¡qué saltos da la lógica... cuando no es lógica!- sino que el cerebro funciona movido quien sabe por qué cosa y resulta así un agente espiritual.

Pedro.- ¿Agente espiritual, una sustancia material?

Álvaro.- ¿Sabemos, acaso de todo lo que es susceptible la materia? Una materia que por sí misma, o por intervención de algo no material, produce, o coproduce otro algo que no se rige por la ley de la conservación de la materia y la energía, que no es reversible, por consiguiente, que si actúa de modo diferente a como actúan las fuerzas materiales, que carece de toda cualidad perceptible; una materia que produjese, en suma, algo inmaterial, o, mejor no físico ¿no sería materia y algo más? ¿Y no es evidente la existencia de lo inmaterial en nosotros mismos? Ese «algo más» de la cosa productora de espíritu podemos suponerlo fuera de ella, moviéndola , o en ella como su alma, con distinta esencia que ella, formándo entre las dos una sustancia compuesta, o bien, siendo realmente una con ella. En el primer caso tene-

mos un dualismo -espíritu, materia- irreductible de términos esencialmente opuestos, como el Dios de la teología católica y el mundo creado por él, pero no de él; hecho surgir de la nada, sin trasfusión de sustancia divina, sino únicamente por la potencia de la voluntad de Dios. En el segundo caso, tenemos un panteísmo atenuado, el panteísmo que hace a la materia eterna con Dios, como el cuerpo de Dios, aunque no propiamente Dios ella sola. El tercer caso, es el monismo puro: unidad de todo el ser y, por consiguiente, de todos los seres. Monismo espiritualista, o energético, por lo menos, porque un monismo materialista es inconcebible. Se explica mejor la materia por el espíritu que el espíritu por la materia, como ya se ha dicho magistralmente.

[faltan cuartillas nº. 71-77]

D. Santiago.- La ciencia divina está, pues, constituida por *las ideas platónicas*.

Álvaro.- No veo en ello inconveniente, si no se materializan, si no se toman infantilmente. Yo no puedo figurarme las ideas divinas como moldes; poco menos que materiales, de todas y cada una de las cosas. ¿Cómo explicarse las diferencias individuales y, menos aún, los monstruos? ¿O es que hay un margen de actividad cósmica o vital que no se rige por las ideas divinas? Ni creo necesario que haya ideas de los seres individuales, ni aun de las especies. Concibo las ideas como las ordenaciones supremas del mundo, como la lógica viva de lo real, como categorías y universales -entrevistas por el espíritu humano- perfectamente definidos, como la razón suprema o fundamento de los axiomas y postulados y, por ende, de todo razonamiento verdadero y cierto, como la verdad primera y última, como la conciencia espiritual de nuestras abstracciones.

Y viene ahora la última y definitiva distinción. La inteligencia humana, si no fuera racional, si procediera como la inteligencia de los animales, no podría identificarse con la inteligencia divina. Dios ha de conocer el mundo de otro modo que el hombre. Pero los axiomas, las definiciones esenciales, las leyes físicas indiscutibles, los postulados morales de valor universal, los teoremas y corolarios matemáticos son- puede afirmarse, debe afirmarse, a poca fe que tengamos en nuestra razón- tan verdad para Dios como para el hombre.

Julián.- ¿Admite Ud. un Dios personal?

Álvaro.- Personal... algo así como un hombre, aunque sea sin cuerpo, no.

Julián.- ¿Panteísmo, entonces?

Álvaro.- No sé, no sé. El lenguaje nos ata demasiado. Sin lenguaje no hay pensamiento firme. Con lenguaje no hay pensamiento flexible. A veces se pugna por pensar algo, por expresar algo a que un razonamiento negativo, o una confusa intuición nos lleva y no se logra. Es como un subconcepto, como un vacío lleno de formas vagas. Un ejemplo: Yo no puedo decir -repugna a mi modo de pensar- que esta mesa es Dios, un trozo de Dios. Yo no puedo tampoco creer en un Dios concreto, personal, separado del mundo y, sin embargo, llenando el mundo. Yo no me conformo -me parece un juego de palabras, una falsedad lógica, una posición insincera- con figurarme que Dios es una idea mía, una idea de los hombres, de tal modo que, desaparecidos estos, se extinga Dios (ateísmo disfrazado).

Medina.- Queda otra hipótesis: Dios, como alma real del mundo; eterno con él...

Otero.- O quizá mejor, ordenador del caos, que es lo que parece decir el Génesis. «En el principio -»*en la brecha*»- paró, amparó o preparó Dios a los humos y a lo árido». Es decir, que la materia era ya, existía ya antes de ponerse Dios a ordenarla, a producir el mundo, a convertir el caos en cosmos.

Álvaro.- Muy bien, Otero. Pero yo encuentro inexplicable, caprichoso suponer a Dios disponiéndose a hacer algo que antes no había hecho, bien así como un trabajador improvisado. Si el pensamiento de Dios puede crear *ex nihilo* el mundo y lo creó en un momento determinado, es que antes de ese momento no había tenido voluntad de crearlo. ¿Se concibe esta mutación? Aparte de que, así, Dios aparece absolutamente separado del mundo, como el escultor de la escultura que ha hecho. Decir luego que Dios está en todas las cosas por esencia y presencia es hacer retórica. Me parece, pues, más acertada la hipótesis de Medina.

Medina.- Que es de Ud..

Álvaro.- Es, antes que mía, de grandes pensadores. El devenir y la inmutabilidad esencial del ser uno -del espíritu, alma del mundo- se concilian en esa hipótesis.

Pedro.- Resulta, señores, que apenas razonamos algo sobre el primer paso del pensamiento crítico -pienso- y apenas establecimos, quizá con harta ligereza, las direcciones del pensamiento -dogma de nuestro amigo Venegas- hemos pasado ya al más alto problema metafísico. Venegas tiene alas poderosas. Pero no alas, sino «pies de plomo» es el lema a seguir en estas labores.

D. Santiago.- En sus vuelos ha divisado Venegas paisajes interesantes y, en mucho me equivoco, o también algún atajo que pueda conducirnos, rápidamente al término de nuestra aventura. Aquí, además, no podemos discu-

rrir con el rigor externo, con el orden de anaquel o de formación militar de un libro de texto.

Álvaro.- Retrocedamos, sin embargo, y anudemos hilos. Convinimos en que el pensamiento, producto vital del hombre, ha seguido, desde los primeros tiempos, dos direcciones con objetivos de diferente naturaleza. La primera se ramifica por el medio físico y social, tendiendo a dominarlo. Es lo que origina las artes útiles, la guerra, el comercio, es la civilización, en suma. En la segunda dirección, el espíritu humano se extiende, inquieto e insaciable, por un mundo que existe por sí, o que el propio espíritu crea.

Y aquí el primer alto en el camino. O realismo físico y metafísico -uno en el fondo- o bien, idealismo y subjetivismo.

Otero.- ¿Por qué dice Ud. que el realismo físico y metafísico es uno?

Álvaro.- Porque a la realidad física que al propio tiempo patentizan y enmascaran los fenómenos, corresponde la realidad de lo ideal.

Creo que habíamos entrevisto como más recto el primer camino, no porque al pensamiento del mundo corresponda sin más ni más la realidad del mundo -pienso sobre mis sensaciones, luego pienso que es la verdad- sino por otra suerte de comprobaciones, la primera de las cuales es que si pienso, sobre los datos de la sensación pensaré sobre *algo que es*. En ese acervo voy a depositar esta otra prueba que se me ocurre ahora:

[faltan pp. 83-1, 83-2,]

La vida vegetativa y la vida animal tienen su cauces normales y mundos correspondientes, en los que los individuos vegetales y animales están como ensamblados. También posee una constitución intraspasable el mundo racional. Las leyes lógicas son para esa realidad que se llama pensamiento tan inflexibles como las leyes económicas o fisiológicas ¿Cómo no ha de tenerlas la realidad inorgánica, aunque el hombre no pueda reflejarlas exactamente en su formulismo científico, y cómo a la vida espiritual no ha de corresponder un mundo real, un ser real, el único ser real y espiritual, en el que los ideales se realicen?

Pedro.- Ya le hice observar en nuestro primer diálogo que las leyes físicas, según parece que se va averiguando, no son sino leyes estadísticas.

Álvaro.- Y también le repliqué que en un momento de la evolución cósmica las leyes físicas se cumplen, siquiera no sea con absoluta sujeción a nuestras fórmulas científicas ¿Han fallado las leyes de Kepler? ¿Se ha notado disminución o aumento en la velocidad de la luz? No caen sobre la tierra los cuerpos más pesados que el aire con arreglo a la conocida fórmula del movimiento uniformemente acelerado? ¿No se compone el ácido sulfúrico de

OH_4S.? ¿A igualdad de presión hierve un líquido a la misma temperatura? ¿No se cumplen invariablemente las leyes de la reflexión? Y le dije también que la no eternidad y la no exactitud perfecta de las leyes físicas debía significar cierta plasticidad, cierta vida, algo latente que no es mecánico en la materia, lo que era para mí motivo de satisfacción; porque probaría una evolución universal, más honda y de otro signo que la imaginada por los positivistas, probaría que un cierto espíritu, inconsciente aún, latía en el universo, desde los átomos a los soles; probaría que la palabra *cosmos* y la frase *mens agitant molem* habían sido tal vez dictadas por maravillosas intuiciones geniales; probaría también que era absolutamente exacta la afirmación kantiana de que se explica mejor la materia por el espíritu que este por aquella.

Medina.- Luego el mundo debe tener una finalidad.

Álvaro.- La tienen -aunque inconscientemente, desde luego- los actos de los individuos vegetales y animales ¿y no va a tenerla el Universo?

También he afirmado que esa inexactitud de las leyes físicas demuestra la existencia de los hechos y su aproximada regularidad. No puede afirmarse, no podrá afirmarse jamás, por mucho que adelanten las leyes físicas que el mundo procede caprichosamente, o caoticamente, que no hay relaciones fijas entre las causas y los efectos, como puede observarse en los errores sensoriales que se producen siempre en las mismas circunstancias. El error constante e inalterable es signo inequívoco de que se produce por una causa real, por una interferencia y de que allí donde se produce hay una verdad oculta. Tras de la careta, en lo físico como en lo moral, hay una cara, y si la máscara como ocurre en la naturaleza es siempre igual, podemos conocerla como tal ficción; y hasta inferir de ella las líneas generales de la realidad que resulta. ¿Concibe nadie que posea buen sentido que el Cosmos sea un antifaz tras del que no hay nada? ¿que todo el universo no exista sino en función de tapar el vacío, siendo él también vacío? Y a esto equivale el asegurar que es creación de la mente humana. Como es imposible que el espíritu del hombre cree *ex nihilo* la realidad del mundo. Decir que el mundo «no es sino mi representación», afirmar que es fantasmagórico, ilusorio, como propugnaban los antiguos escépticos. Es como si un cocinero que ha creado manjares que nos sirve, porque los ha seleccionado de entre las cosas adyacentes, los ha dividido en trozos y los ha hecho sufrir ciertas modificaciones, que no han alterado la naturaleza.

Y vaya otro juicio desprendido de la consideración del pensamiento como cosa viva. Si el hombre entero se halla inmerso en el mar de la vida y él mismo es un ser vivo, más vivo en la parte superior de su unidad compleja, en el espíritu; si, por una parte, somos hijos del cosmos, con el cual nos

relacionamos por medio de nuestra sensibilidad general y especializada y por otra parte se relaciona nuestro espíritu con el intracosmos o el supercosmos ¿no es lógico pensar que este es también una realidad viva y una ilusión, del mismo modo que no es ilusión el cosmos.

Pedro.- Ese argumento lo ha presentado Ud. con otras palabras. En contraposición a esa doctrina, yo me permito presentar esta otra. Lo metafísico y la tendencia mística, o si Ud. quiere, el mundo ideal con todos sus arrequives y colorines, es producto de falsas analogías, sostenidas y agrandadas por efecto de una generación de un *pathos* del alma humana. Para no embarullarnos, distingamos. En primer lugar, la tendencia indudable del hombre al puro saber y al pensar desinteresado, a la gracia, a la elegancia, la ironía, el arte, a verificar esas escapadas a que Ud. aludía, desde el garbanzal de la naturaleza a los jardines del espíritu, no son, con toda seguridad, en su origen, como no lo son ahora en su iniciación individual, sino maneras, mañas o artimañas del sentido utilitario, si no en pro del individuo, en favor de la colectividad. Así como el instinto de conservación específica, indudable en los individuos, que es donde pueden residir, pues por mucha entidad que demos a la especie, si se suprimen los individuos, ha desaparecido aquella; así como el instinto de conservación específica, decía, engaña al instinto de conservación individual, en las sociedades políticas jóvenes y robustas, con fuerza y con posibilidades por delante, el amor a la patria suscita sacrificios individuales, necesarios para la prosperidad colectiva.

Ahora bien, cuando el individuo realiza una labor absolutamente desinteresada de los instintos vitales, perfectamente inútil, esa labor es perjudicial, y quien la ejecuta, un atávico, un descentrado. Y aquí se halla la razón, la buena razón del odio, o del desprecio de los pueblos fuertes y los fuertes filósofos hacia poetas, músicos y danzantes.

Álvaro.- Ud. ha confesado que el hombre escapa del garbanzal de la naturaleza para refugiarse en los jardines...

Pedro.- No, para crearlos.

Álvaro.- Para crear los jardines del espíritu.

Pedro.- De mis afirmaciones se desprende que esos jardines ilusorios son producto de sugerencias del instinto de conservación de una sociedad política vigorosa.

Álvaro.- ¡Qué poder taumatúrgico le concede Ud. al instinto, no ya de los individuos, ni de las especies sino de las sociedades políticas! ¡Qué maravilla! Yo entre esa que Ud. ha descubierto y la que resulta de la existencia del

espíritu me quedo con la última. Demos por exacto lo que Ud. afirma. Siempre resultará que el hombre, por el estímulo que fuera, vive, a veces, en un mundo no sometido a las leyes de la economía en el que acepta deliberadamente, libremente, sacrificarse en beneficio de la colectividad, o por amor a un principio de conducta, o con máxima pureza, a un ideal del que nada espera.

Y queda rectificada la afirmación de Ud., amigo Roca, de que el juego heroico de la cultura obedece a un instinto colectivo. Pero hay más, y es que ni los sacrificios altruistas, exceptuando los de carácter militar, son debidos a sugerencias del medio. Las greyes ven claramente el peligro inmediato, o el peligro lejano -no mucho- referido a la existencia política o familiar. Pero Ud. sabe muy bien que son muy inferiores en punto a previsiones de otro orden más complejo y delicado. Ya hemos visto -y Ud. no tuvo nada que oponer- que los llamados a prosperar la cultura no han sido estimulados por sus contemporáneos, sino que han sido combatidos. Las multitudes ven siempre un enemigo en el hombre, al que se alían, a veces para obtener beneficios inmediatos, o dar expansión al «resentimiento». Alianzas que se rompen en tragedia.

Es el espíritu, amigo mío, con su apetencia de ideal, la causa eficiente de todo lo noble, de todo lo fino, lo delicado, lo sutil, lo gracioso, lo bello, lo justo, lo grande; es el éter divino, en el que flotan las almas, casi todas sordas, muchas ciegas, dormidas en un frío sueño, que cambian por el sueño de la muerte. Si el alma está en vigilia, vibra el éter y vibra el alma con cálida luz: es vida que fluye a torrentes y no se agota, vida a despecho de la muerte, «porque más fuerte que la muerte es el amor» y es amor, es el Amor este arder en el fuego inteligente, este abrazo eterno del alma con su amado el Espíritu.

D. Santiago.- ¡Roca dura: no sea sacrílego!

Pedro.- Yo creo que lo llamamos espíritu es una complicación de la sensibilidad. La primera conciencia es epidérmica. La frontera armada que lo circundante condensa alrededor de cada individuo, además de ocasionar su actividad, su vida -recepción afectiva y reacción motora- le da la conciencia de sí, conciencia que toda célula viva ha de tener de algún modo. Ser uno -individuo- es, ante todo, ser limitado. Y el límite lo registra el dolor. Por eso el dolor es condición de la vida y el alma de la Historia. Por eso en el dolor nos sentimos más íntimos a nosotros mismos. Por eso el amor y el placer que son expansivos, son disolventes.

Álvaro.- Conformes... en esta última parte. Respecto al sensacionalismo de la primera, hay mucho que hablar. Vivir es distinguirse y relacionarse con «lo otro». La vida es cambio, lucha, cooperación, asimilación de elementos ad-

yacentes. Es, pues, conciencia de hecho. Conciencia de hecho, actuación vital como si la conciencia existiera. La conciencia animal debe consistir en intuiciones no reconocidas, no pensadas. Pero como la intuición supone un sujeto de ella, he ahí la frase «conciencia de hecho».

Pedro.- Algo de eso y extendiéndolo a los vegetales dijo Ud. antes.

Álvaro.- Sí, refiriéndome a los hechos biológicos. Ahora me fijaba más bien en los intelectuales, o pre-intelectuales.

Pedro.- Note Ud. que la sensibilidad es fundamentalmente egoísta. El reflejo simple, base de la vida psíquica es la primera función de lo que pudiéramos llamar egoísmo biológico, como la gravitación y la afinidad parece sólo del egoísmo cósmico.

Julián.- Del altruismo, más bien. El cuerpo químico que se combina con otra se funde con él por una fuerte apetencia amorosa.

Medina.- Se suicida, puesto que pierde su personalidad, pudiéramos decir, retóricamente.

Pedro.- No quebremos el hilo sutil de la relación entre nuestra conciencia y nuestra personalidad íntegra, incluida la conciencia, también, por querer sutilizarlo más aún. La vida animal es perfectamente egoísta, excepto en la procreación, en donde el egoísmo que manda es el de la especie. En el mundo vegetal debe ocurrir lo propio.

En cuanto al mundo inorgánico al que sólo imaginativamente podemos suponer cualidades en algún modo semejantes a las biológicas, el cuerpo que se combina con otro no se suicida, se completa y sigue viviendo, puesto que el cuerpo resultante no sería lo que es si el simple de que se trata no hubiera entrado en su comparación. En cuanto a eso de la personalidad del hidrógeno, por ejemplo, me parece demasiada metáfora.

Álvaro.- Es innegable la existencia de algo desinteresado del egoísmo individual y específico ¿Por qué y para qué? ¿Porque sí y para nada?

Pedro.- Cuando no es para nada -es decir, una enfermedad- sirve para satisfacer el egoísmo, la hipocresía sutil y proteiforme. Egoísmo refinado, que apetece lo nuevo.

Álvaro.- ¿Cómo esa hipocresía y sólo en nosotros?

Pedro.- No sabemos si sólo en nosotros. Los animales superiores realizan actos desinteresados que no tienen por objeto la conservación de la especie.

Álvaro.- Mejor así para mi opinión, y mejor, si algún día se demostrara que los vegetales poseían algo de espíritu, es decir, de potencias no dirigidas a beneficiar al individuo, o a la especie ¿No comprende Ud. que entonces estaría claro como la luz en la vida -en toda la vida sensible y potencialmente en la no sensible- hay algo más que mecanismo y economía?

Pedro.- Si a Ud. le dejan, es capaz de conciliarlo todo, hasta sus propias contradicciones. Dijo Ud. antes que lo cósmico y lo biológico se oponían a lo espiritual.

Álvaro.- Oponerse, contradecirse, luchar, no significa ser del todo diferente.

Medina.- Más bien lo contrario, o mejor, ser en algo diferentes y parecidos en algo. Ud. ha confundido la oposición vital con la oposición lógica.

Pedro.- Es que las frases de Venegas parecían comprender algo más que la lucha biológica. Decía que el orden espiritual contrariaba radicalmente al orden biológico; que el espíritu se salía de las condiciones de tiempo, espacio, ley económica...

Álvaro.- El espíritu es esencialmente otro que las demás cosas.

Pedro.- Y ahora está dispuesto a discutir que los animales y casi hasta los vegetales la poseen.

Álvaro.- ¿No lo posee el hombre y es un animal?

D. Santiago.- Hay que combatir más a fondo a Venegas.

Pedro.- Pues a fondo. Amigo D. Álvaro: Su trasmundo o mundo metafísico carece de las condiciones necesarias a los objetos de nuestro pensamiento: tiempo, espacio y causalidad y hasta no se halla sometido al principio de contradicción ya que el ser absoluto puede ser pensado como la nada absoluta. El mundo metafísico podrá ser el mundo de la fe; jamás el de la razón.

Álvaro.- No es el mundo de la razón. ¿Pero es que no hay más verdades que las que la razón demuestra? Demuéstreme Ud. que este Álvaro Venegas es el mismo que fue a Ud. presentado por D. Santiago hace ya varios años. Demuéstreme racionalmente que no debemos asesinar y robar a nuestros enemigos, ni aun en el caso de segura impunidad; pruebe de ese modo que los déspotas son hombres funestos, y hombres indignos quienes los adulan y excitan; haga ver científicamente que es preferible pasar la vida de hambre y de martirio a llamarse Fernando VII, González Moreno, el Cura de Santa Cruz, o el «Chato del Escorial»; evidencie a esto lo matemático que la «Rendición de Breda» es inmensamente superior al «Fusilamiento de Torrijos», o que «Los Miserables» están a mil codos sobre las «Aventuras de Rocambole».

No, no pueden «demostrarse estas afirmaciones. Pero hay quien *siente su verdad* con tal fuerza que cree *apasionadamente y serenamente* que primero pueden fallar todos los axiomas matemáticos que ser errónea una sola de las tesis apuntadas. Y ante esta realidad psicológica la razón se inclina y enmudece, como ante los juicios de evidencia inmediata.

Casi toda la vida del ser privativamente racional es irracional. No sólo el amor y el odio, polos de la sensibilidad afectiva con todas sus determinaciones, grados y matices -amor sexual, amistad, simpatía- no sólo las tendencias a proceder por imitación y por hábito; no sólo las creencias religiosas y las opiniones sobre todo lo humano y lo divino; no sólo las artes nobles, desde la política y la educación hasta el baile y la danza, sino, en gran parte, al menos, la moral, la estética, el derecho, ya que la razón práctica, puente entre el mundo metafísico y la vida humana, no es la *ratio* que ordena y mide según reglas objetivas, sino la que proyecta y crea y valoriza con medidas suyas, hechas «a su gusto».

¿Qué le queda a la razón teórica en la vida? Emplearemos, rindiendo culto a la moda -otra cosa irracional- un término innecesario en castellano: le queda el *control*, esto es, la vigilancia y, como resultado de ella, la denuncia y la consulta. En nuestra lengua cumple bien el cometido de estos términos y de aquel otro extranjero la palabra «intervención». Porque no es cierto que la vida tenga que ser antirracional, sino únicamente irracional. La razón no puede decir «quien no está conmigo...» ¿Es antirracional la vida honesta? ¿Es antirracional la idealidad o espíritu religioso? ¿Es antirracional el arte? Y se la debe esperar que, por efecto de esa interacción, se vaya eliminando de la vida humana cuanto sea anti o contrarracional ¿Es que no se ha conseguido mucho (algo, por lo menos) en este aspecto?

El verdadero progreso del hombre consiste en racionalizar la vida, no en el sentido imposible de hacer que la vida se maneje por la razón como los números, o los silogismos; porque la vida es cosa concreta y fluyente, y el imperio directo e intransferible de la razón está limitado a las formas inmutables, a las improntas de las cosas y de los hechos típicos; no en el sentido de convertir la vida en el desarrollo de una fórmula, que, o no puede ser fórmula científica, o sería, en otro caso, ineficaz por su amplitud y generalidad extremas, sino en el de procurar que la vida se halle cada vez menos en pugna con la razón práctica y, por modo indirecto, con la teórica. La higiene, cada vez más extendida y mejor practicada, es un triunfo de ambas razones, y otros, el olvido de los cultos fetichistas, de la antropofagia, de las más groseras supersticiones, del concepto romano de la propiedad *-ius utendi et abutendi-* de los gobiernos absolutos...

Pedro.- (Irónicamente) Y de las guerras, de la pena muerte, de los linchamientos...

Álvaro.- (Sin hacer caso de la interrupción) Y hay que hacer constar que, si bien el campo propio y exclusivo de la razón es lo científico, posee también autoridad -decreciente, a medida que se aleja de lo suyo- en cuanto pueda ser objeto de juicio. Hay cosas en derecho y moral que, si bien, no absolutamente científicos, poseen, por virtud de la razón que las ha intervenido, las máximas probabilidades de acierto.

Julián.- La razón teórica, por consiguiente, tiene dos jurisdicciones: una, propia, exclusiva de ella, con autoridad absoluta, y la otra, como una función amorosa e interventora.

Álvaro.- Es natural. En la mente humana existen enlaces vitales, funciones complejas, relaciones de cada actividad y de cada producto de actividad con las demás actividades y productos. Los hechos se producen de tal manera y con tal calor de vida que no pueden ser expresados por los rígidos esquemas científicos. Aquí, esto; allí, lo otro. Las relaciones reales son fusiones tan íntimas y, si se trata de nuestra psiqué, tan inefables; los resortes vitales, tan numerosos y tan escondidos; los disparos de energía tan continuos y rápidos, que la representación no ya del complejo vital de nuestra alma, sino de su eflorescencia iluminada es del todo imposible. Pero el que no pueda representarse mediante símbolos externos, no quiere decir que no puede ser intuida por el espíritu.

D. Santiago.- Es indudable que hay un saber consciente, imposible de ser demostrado y a veces de ser expresado; un conocimiento, no sólo reflexivo, sino meditativo, que no es conocimiento científico, que no es puramente racional, aunque la razón inspeccione sus frutos. Toda la sabiduría o «saber de salvación» pertenece a este tipo, aunque gran parte de él, lo normativo o resultado finalista sea perfectamente expresable en términos de razón práctica.

Álvaro.- Iba a decir lo mismo. Me felicito de que haya sido Ud. quien lo manifieste y afiance con su autoridad mi opinión.

En resumen: No podemos decir que no existe más verdad que la científica. Poseemos instrumentos varios para captar los varios órdenes su verdades, sin que haya en lo profundo de ellas, ante la última realidad del ser, oposición alguna entre las verdades de un orden y los de otro.

Pedro.- A lo que podría Ud. llamar relativismo filosófico.

D. Santiago.- Es conmovedor que Ud., Venegas, modere, a pesar de todo, esta noble filosofía optimista.

Álvaro.- Es verdad, D. Santiago, ¡a pesar de todo! Por eso no puede decirse que piensa uno según las circunstancias.

Pedro.- Pueden obedecer las creencias también a una reacción defensiva. Sus ideas hacen en Ud. el oficio que en otras almas la fe religiosa.

Álvaro.- Así se acierta siempre. Si uno piensa *A*, lo piensa no porque sea verdad, sino como expresión del efecto que en él producen las circunstancias o bien como una reacción contra ese efecto. Es igual si piensa *B*, *C*. Pero no es esto, D. Pedro. Las circunstancias pueden mucho... cuando pueden. En lo que más influyen es en las opiniones políticas ¿no es cierto? Y, sin embargo, hay muchos hombres de posición desahogada y hasta privilegiada, profundamente revolucionarios y, cosa más frecuente, muchos infelices, sin nada que perder, decididamenmte conservadores.

Conste, por último, que yo, respecto a la vida humana estoy muy lejos del optimismo. A este y a su consecuencia política el conservadurismo los creo, o inmorales, o estúpidos. Ya hablaremos de esto.

D. Santiago.- Hablaremos de todo, señores; hablaremos, ejercitando la única actividad de que somos capaces.

Álvaro.- Actividad suprema. En el principio de todo, en el primer principio fue el ser, en el segundo, primero también respecto al tiempo, fue el pensar o el conocer, y en el tercero, externo con los otros dos, fue la palabra, comienzo de toda actividad de exteriorización, de toda actividad historiable. Dijo Goethe que «en el principio fue la acción» ¿Pero qué pudo ser esa acción, si no fue la palabra, palabra sin voz, acto por el que la idea se fija y se expresa ante la conciencia, como una fotografía sin imagen?

Pedro.- ¡Fotografía sin imagen!

Álvaro.- El pensamiento no es externo, aunque sí temporal.

Medina.- Es, entonces, el tiempo más universal que el espacio; y en lugar de considerarlo como la cuarta dimensión de este ¿no fuera mejor decir que el espacio es la segunda dimensión del tiempo?

Álvaro.- Eso hay que explicarlo, Medina. Pero otro día. Hoy es tarde.

Yo termino, por ahora, afirmando que la palabra que exalto no es sólo la palabra hablada, símbolo de nuestra espiritualidad, luz de la vida, elemento formador de la cultura, materia de las artes más bellas y más útiles; poder moral, político, religioso, pedagógico, de eficacia insuperable; sino también la palabra muda, verbo del silencio henchido de posibilidad; coloquio entre la emoción y el pensamiento, en el ágora, a plena luz, de la conciencia; prisión de las vidas que arden en la soledad y la quietud, como

la zarza de Oreb; alas extendidas de las almas que vuelan hacia lo ideal, con vuelo de flecha rauda e inmóvil, porque nada existe -nada se ve alrededor y el blanco está en lo infinito.

Hay en el mundo paisajes y excusas armonizados con esa vida. El silencioso discurrir solemne, por las grandes llanuras solitarias de las corrientes poderosas, inagotables, que hinchan el océano, el sereno rodar de los mundos por el espacio indefinido; el invisible fluir de la luz y su muda eclosión de color en las nubes, las alas y los pétalos; el espacio germinar sin que sea posible olvidar que en las llanuras solitarias hierve la vida; que por el espacio llamado vacío cruza sin cesar el ancho aliento divino que forman miriadas de millones de astros inmateriales de energía; que la máxima velocidad de la luz y el número asombroso de sus vibraciones hacen imperceptibles esos movimientos, como son imperceptibles las vibraciones aisladas que forman una nota musical; que en la oscuridad de los senos creadores palpita la luz del calor; que en la eterna ociosidad de lo absoluto se formó el caos, germen y matriz, a un tiempo, de la vida universal. Y se puede concluir afirmando que el más rápido movimiento se asemeja a lo inmóvil; que lo más real es lo invisible y que lo visible -apariencia- no existiría, si no fuera el límite de lo real y profundo; que la cualidad, y no la cantidad, reina en la vida; que la eficacia es propiedad de las ideas no de las luchas; que la práctica es el cuerpo, pronto cadáver, de la teoría. En el principio -como será en el fin- fue el espíritu, motor inmóvil, soledad del ser.

Julián.- Ud. siente atracción, como el hombre contemplativo, por lo estático.

Álvaro.- Por la acción invisible. ¿Qué ejemplo más claro de vidas intensas que la vida de los místicos? El éxtasis es la máxima actividad del espíritu. Es la atención voluntaria llevada al límite de duración y de intensidad. Otros ejemplos, algo parecidos pues hay un misticismo de la verdad, son la meditación del filósofo y del sabio. Y ya en el campo de los hechos, la palabra sencilla, a media voz, de boca a oído, es la menor intensidad aparente de acción; se opone a la acción por los hombres prácticos. ¿Y seríamos nosotros lo que somos, existiría otra cultura nuestra sin las meditaciones y las palabras inespectaculares, o los escritos breves, de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, de Cristo, de S. Pablo, de Descartes, de Bacon, de Kant, de Galileo, de Newton, de Copérnico, de Vitoria...? «¡Qué callada que pasa las montañas el aura respirando mansamente!

Y Álvaro se puso de pie al mismo tiempo que consultaba con la mirada a D. Santiago. Este se levantó también y todos le imitaron.

D. Santiago.- Señores: Este hermoso duelo no ha terminado y nosotros -aludiendo a Otero y a Medina- no debemos ni queremos darle por terminado, ni queremos tampoco que termine pronto. Está pendiente, además, el tema suscitado por Medina.

Álvaro propuso que los obsequiados por D. Santiago invitaran a este a una comida.

D. Santiago, aceptando en principio la invitación, dijo que debían diferirla para más adelante. Pasado mañana -añadió- acompaña a mi familia a la inauguración de su veraneo en un pueblo de la Sierra. Yo volveré -iré y vendré durante la temporada- al día siguiente.

En mi casa solos, estaremos bien. El lunes próximo -¿les parece?- hacia las ocho. Antes y después de la cena y durante ella, podremos hablar cuanto nos plazca. Seremos los que estamos aquí.

Y se despidieron cordialmente.

Diálogo III

La despedida

Personajes: D. Santiago Sotomayor, D. Álvaro Venegas, Pedro Roca, Julián María Otero y Antonio Medina.

Lugar de la acción: La casa de D. Santiago en Madrid.

Tiempo de la misma: Un atardecer de principios de julio de 1921.

Medina.- Esta será, desgraciadamente para mi, la última conversación que con Uds. mantenga por ahora.

D. Santiago.- Oí decir a D. Álvaro que pensaba Ud. dejar la milicia.

Medina.- Eso quería, y eso quiero. He escuchado mi vocación y no es la vocación militar. Yo ingresé en la Academia de Artillería por acceder a un capricho de mi abuelo, que fue Presidente de la Audiencia de Segovia. Luego, el impulso adquirido en una edad en que ni se conoce uno a sí mismo, ni sabe, en realidad, nada de nada, el amor propio de estudiante, el contagio del medio reforzándolo, la sugestión de compañeros entusiastas de la carrera forman una red que lo aprisiona a uno, mientras no surja una verdadera revolución espiritual, o roce del tiempo no rompa la red. Esa revolución se ha operado en mí por las conversaciones con D. Álvaro, primero, y después con Uds. y por nuevas lecturas, recomendadas también por D. Álvaro, que ha sido mi maestro, en el más profundo sentido socrático, pues ha hecho que yo alumbre la idea perfecta, en lo posible, de mi mismo.

Pedro.- ¿Qué entiende Ud. por vocación?

Medina.- La gozosa y activa conformidad con nuestras aptitudes. Como de esa adhesión se desprende el querer marchar hacia una meta, nos parece que *nos llaman* desde allí.

D. Santiago.- ¿Cuándo deja Ud. las armas?

Medina.- No sé. Yo quise dejarlas cuando salí de la Academia, el año pasado. No pudo ser. (Y como notara que había dicho esta frase con intensa amargura, añadió, a guisa de explicación) Y no es que me repugne, de por sí la milicia, profesión desgraciadamente necesaria, todavía. Pero me produce cierta vergüenza, muy íntima, y que a nadie he manifestado hasta ahora, pertenecer a una colectividad ineficiente. Ahora me destinan a Marruecos, a la Comandancia de Melilla. Acaso cuando cumpla allí. Esta misma noche a las 12 y 50 tomo el tren.

¿Habría salido por los respiradores del sótano, reptado por las paredes y penetrado en el claro y tibio cenáculo, una bocanada de aire húmedo y frío, mientras el sol se ocultaba, antes del ocaso, tras densas nubes oscuras? Porque de pronto bajó la luz y todos notaron un frío extraño... ¿Acaso, más adentro de la piel y de los ojos...?

D. Santiago.- Siento mucho su partida, joven.

Medina.- Yo también. Y no porque me asuste la guerra, cuando la guerra es necesaria.

Álvaro.- Nunca debiera serlo.

Pedro.- ¡La guerra! ¿Y hay quien se muestra satisfecho del progreso humano, mientras subsiste esa plaga?

Medina.- No suscribo íntegramente esas afirmaciones, porque cuando la fuerza se pone al servicio de la justicia la fuerza es santa.

D. Santiago.- ¿Les parece bien dejar para otra vez esta discusión? No le conviene ahora al amigo Medina que Ud., D. Pedro, lo convenza. ¿Comprende? Además, habíamos quedado en que él explanaría su opinión acerca del tiempo y el espacio ¿Quiere hacerlo, Medina?

Medina.- Con mucho gusto, aunque poco tengo que decir. Creo, en primer lugar, que el tiempo o «pasar de las cosas», si es forma sensible, lo será también intelectual ya que el pensamiento se produce en el tiempo.

D. Santiago.- Se produce como un hecho cualquiera en el tiempo sensible. El tiempo no se combina con los hechos ni los produce. No es sustancia ni accidente; no es causa ni efecto sino forma vacía; la forma con que nuestra sensitividad percibe los hechos.

Medina.- Yo diría mejor que es un efecto de la pluralidad de los hechos.

D. Pedro.- Sí, ya sé: los hechos engendran el tiempo así como el espacio, según Aristóteles y Venegas engendra el espacio.

Medina.- Pero lo que quise expresar con mi afirmación es que, si prescindimos de la sensibilidad para enfrentar la inteligencia de solo a solo con el tiempo, como ella piensa dentro del tiempo, como dos juicios sucesivos son dos hitos temporales, el pensamiento, al reflexionar sobre sí mismo y estudiar todas sus condiciones, tendría que notar esta condición de sucesividad. Pensé *H*, después *I* y tras de n juicios, pensé *Z*. ¿No está aquí embebido el concepto de tiempo? ¿Tardaría la razón mucho en extraerlo, individualizarlo y adscribirlo al pensar, como condición externa, de límite o distinción material entre los eslabones de la cadena de juicios? Distinción material no quiere decir otra cosa sino que esa distinción o separación es puramente externa a toda cualidad de los juicios en sí mismos: que lo mismo separa el tiempo unos de otros los juicios, las voliciones o los recuerdos, o los hechos físicos de cualquier orden.

D. Santiago.- Ya ve Ud. cómo la relación entre el tiempo y el pensamiento es una relación sensible. Tiempo y espacio son cosas -la palabra *cosas*, aquí, lo abarca todo- sensibles que dicen relación al mundo físico, que es, de por sí, ininteligible, quedándose con esa ininteligibilidad, no obstante los métodos de análisis y síntesis, las formas más simples y generales: tiempo, espacio, materia, figura, movimiento en general... La inteligencia humana no puede definir el tiempo ni el espacio.

Medina.- Bien. Pero supongamos lo que he dicho referente al pensamiento y el tiempo.

D. Santiago.- Como nos hallamos fatalmente inmersos en el tiempo y el espacio, y no pensamos sino sobre nuestras sensaciones -aunque haya formas innatas de la razón- nos es imposible suponer qué sería para nosotros el tiempo en las circunstancias que Ud. pide. Sin embargo...

Álvaro.- El tiempo es la cualidad general y la condición necesaria de todo hecho en cuanto tal hecho y no más.

Medina.- Yo diría, mejor que cualidad, circunstancia aludiendo a que es un límite, una circunstancia de situación.

D. Santiago.- *Situación* -de situs- es término espacial.

Medina.- Por extensión, podemos aplicarlo al tiempo. Y refiriéndonos al espacio, ¿qué son los límites de los cuerpos? ¿Qué son las superficies terminales de esta mesa? Madera? No. Aire? Tampoco ¿Qué es, naturalmente, la superficie?

Pedro.- Un concepto. El tiempo, como el espacio, tienen, por consiguiente, naturaleza intelectual. Existen, sí, pero en nuestra mente.

Medina.- Soy tan realista -y me parece absurda otra posición- que no puedo suponer que a las existencias mentales no corresponda objetivamente algo. Yo no diré que ese *algo* sea un ser. ¿Pero es, acaso, que en el mundo hay solo seres? ¿Y las cualidades? ¿Y las mudanzas o hechos? ¿Y las relaciones entre causa y efecto, entre agente y acción y entre continente y contenido? ¿Y estas circunstancias constantes? Si afirmamos que este tablero existe realmente -un trozo de madera de tal dimensión y tal peso y tal figura ¿vamos a negar -no se me ocurre que podamos hacerlo- que esto que yo toco y que no es mi propia mano, pues se opone a ella; que no es el aire, pues el aire no ofrece resistencia y esto sí, y que no es tampoco madera porque mi mano no puede penetrarla, porque la madera tiene forzosamente dimensión de profundidad y mi tacto no desciende por el sólido ni una milésima de micra, no desciende nada, esto es, no mide *ninguna* extensión de esa profundidad y no hay, repito, madera sin esa extensión, vamos a negar, digo, que esto, que la superficie de la mesa, no es, a pesar de todo lo dicho, un cierto modo de ser, o de estar? Yo creo que a mi concepto «superficie de la mesa» responde *algo* en la realidad objetiva de este tablero. Y no podré decir que ese algo es madera. ¿Pero es que de la figura determinada por estas superficies vamos a decir que *es nada*? ¿Es nada una fotografía? ¿es nada la sombra de una nube sobre un río?

Julián.- ¡Bravo, Medina! Quizá sea un error lo que sostienes, aunque a mi me parece la misma verdad. Pero es indiscutible que tienes madera de filósofo y no solamente...

Medina.- De tabla de mesa.

Julián.- No, únicamente de polemista formidable, sobre temas secundarios.

Pedro.- Dice Ud. que la superficie del tablero es un cierto modo de ser o de estar... ¿qué? La madera, sin duda. Pero acaba Ud. de negar que la superficie de la madera pueda ser madera. ¿Qué, entonces, si no es un concepto?

Medina.- Concepto, *de algo*. A las sensaciones de resistencia, dureza y tersura ha de responder algo de la realidad «tablero» que por otros conductos comprobamos que existe. Ponga Ud. aquí mi vaso y no cae al suelo. Se mantiene sobre el tablero. Luego no es sólo mi sensación sino que el vaso parece también tenerla. La superficie de la madera, sin ser madera -cuerpo- es un modo de ser, de manifestarse, es una circunstancia de la madera, o una relación entre la madera y las demás cosas.

[Medina].- La segunda afirmación que iba a exponer, o la segunda duda, mejor dicho, es que el tiempo me parece más universal o primario que el espacio. Suponiendo la creación ex *nihilo*, antes del espacio hubo tiempo.

D. Santiago.- En Dios no hay tiempo.

Medina.- Puede suponerse, al menos, la existencia de hechos espirituales: tiempo y no espacio. Aceptando como verdad el Génesis, Dios creó antes de todo, a los ángeles, espíritus puros.

Álvaro.- Paralelo judaico materializado -aunque esa materia sea espíritu- de «las ideas» de Platón. ¿No les parece?

Medina.- Sí, indudable. Pues para los ángeles, *criaturas* espirituales, había tiempo.

Pedro.- ¿Es que no se puede pensar sin tiempo, ni sin espacio? Están Uds. operando no con conceptos sino son imágenes, o quizá mejor, con palabras. ¡Son tan dóciles los signos! Hasta los matemáticos ¿no es cierto Venegas? ¿Quién me impide a mi escribir esta expresión disparatada pero expresión lógica con el simbolismo matemático? Si 1: 0 = *; 2: 0 = *; 3: 0 =* y 4,5,6... divididos por cero dan el mismo resultado 1 = 2 y a cualquier otro número, esto es, todos los números son iguales.

D. Santiago.- Nadie puede impedirle eso. Pero escúchenos. Hay vislumbres de verdad en el error, como en las noches oscuras, relámpagos insituables.

Medina.- Decía, o iba a decir, que según la moderna concepción del mundo, es la energía lo que existe: energía actuando, esto es, moviéndose. La materia, en último análisis, se esfuma. Pues bien, la vestidura del movimiento es el tiempo.

Pedro.- Bien, amigo Medina. Pero no quiera Ud. decir que podemos pensar sin espacio. Y si no podemos pensar fuera de esta condición, o forma a priori, o como Uds. quieran, tan necesario es el espacio como el tiempo. En lo necesario no hay más ni menos. Es una contradicción ponerle grados a lo que por definición no los consiente. Lo menos necesario no es necesario, ni lo más, tampoco, que «necesidad» es un término absoluto.

Álvaro.- Indudable. Pero en las verdades eternas ni el tiempo ni el espacio cuentan para nada. Estas son formas necesarias, por ser propiedades constantes de las intuiciones sensible; pero no de la razón.

Pedro.- «Nada hay en la inteligencia -decía Aristóteles y aceptan los espiritualistas católicos- que no haya estado en los sentidos».

Álvaro.- Pero aceptan principios racionales -formas racionales, podríamos decir- independientes de la elaboración sensitivo-intelectual. Así el principio de contradicción, el de causalidad y, en general, todas las verdades axiomáticas. Si no como «ideas innatas», sí como verdades a las que necesa-

riamente presta asenso inmediato la razón, sin poder demostrarlas, lo que indica que tampoco se ha llegado a ellas razonando. Y no siendo verdades inducidas ni deducidas ¿qué les falta para ser innatas?

Pedro.- Pueden -a mi juicio así ha sido- haberse derivado esos principios de la experiencia; ser verdades inducidas inconscientemente, a causa de su sencillez, facticidad y constancia, desde los primeros años de nuestra vida.

Álvaro.- Si la razón careciese de formas lógicas, no habría razón, y ni los axiomas habrían sido formulados ¿Hay señales de que los animales los conozcan?

Medina.- No quiero yo decir que el tiempo sea en nuestro pensar sobre lo sensible más o menos necesario que el espacio. Pero es indudable que podemos pensar también sobre cosas no sometidas al tiempo ni al espacio. Nos hacen falta como adherentes de los juicios de valor universal como acaba de decir D. Álvaro.- ¿No los excluimos expresamente de la esencia divina? Hasta en las proposiciones en que el concepto de tiempo o el de espacio sean sujetos no entran el tiempo ni el espacio como formas sensibles.Y en la esfera de lo hipotético ¿por qué no hemos de ver si el tiempo es necesario allí donde el espacio no lo es y si con el espacio ocurre lo propio? Y si lo primero resultaba cierto, y no resultaba cierto lo segundo, sería indudable que la necesidad del tiempo sería más universal que la del espacio. Yo no quería decir «más necesario», ni digo ahora «más universal» en sentido paralelo, suponiendo ya la existencia de ambas formas, cualidades o circunstancias en todo el mundo sensible; sino pensando en que una pudiera haber existido en donde la otra no.

Pedro.- Dice Ud., como su maestro, que se puede pensar sin que tiempo y espacio estén embebidos en el pensamiento. Pero antes afirmó Ud. que el tiempo era condición del pensar.

Medina.- Condición externa en cuanto el pensar es un hecho, y que, por ello, el pensamiento reflexivo podría -con abstracción del espacio- formar el concepto tiempo, siendo el tiempo, en tal caso, no una forma sensible, pues el pensamiento carece de esa cualidad, sino una forma intelectual. Y digo ahora, y no creo que haya contradicción, que no va embebido el tiempo en los juicios de valor universal. Cuando pensamos que hemos pensado, como el pensar es un hecho, un suceder, surge el tiempo, como forma sensible de ese hecho, según decía D. Santiago, y como concepto, como yo exponía. ¿Pero surge, *para nosotros*, aunque él se deslice silencioso a lo largo de (ilegible) cuando afirmamos que dos líneas perpendiculares a otra son paralelas entre sí, ni en el paralelismo efectivo, aunque no sea absolutamente matemático, de dos líneas dibujadas, o de los planos opuestos de un prisma influye para

nada el tiempo? ¿Está el tiempo en esas líneas o en esos planos? Claro es que las líneas y los planos fueron engendrados y serán destruídos. Pero no creo que esto tenga nada que ver con lo que decimos.

Pedro.- Ya hay, entonces, espacio sin tiempo.

Medina.- No es eso. En primer lugar esos espacios duran, pasa el tiempo sobre ellos, como una sombra inacabable en movimiento. En segundo lugar, nosotros vemos y pensamos esos espacios y el ver y el pensar se realiza en el tiempo. Noten Uds., además, que en los conceptos universales no va embebido el tiempo pero tampoco el espacio, salvo cuando el objeto de esos conceptos sea cosas sumergidas en el espacio -con, o el teorema que he citado- o en el tiempo, como en cualquier juicio de carácter histórico; y, sin embargo, en todos, absolutamente en todos los juicios, sean de la clase, orden y carácter que fuere, en los juicios va embebido, puesto que el juzgar es un hacer.

E insisto en que la vida -cuanto existe fuera de lo absoluto- es movimiento y este engendra, o devana el tiempo.

D. Santiago.- Pero la materia, en la cual nos movemos -y cualquiera que sea su íntima constitución- ocupa espacio. Es su cualidad o propiedad esencial, sin la que no podemos concebirla: materia es lo que ocupa espacio. Sea ella lo que fuere y como fuese es claro que no constituyen estas palabras una definición esencial. Pero ya saben Uds. que no caben estas definiciones acerca de los elementos primordiales ¿A qué género próximo referimos la materia? Ese lo, cosa hace sus veces; pero cosa es un género amplísimo. Cosa es todo lo que pueda ser objeto de pensamiento y en sentido muy restrictivo equivale a sustancia o sustratum inductible, fijo, esencial, de las cualidades. Pero es evidente que este concepto supone ya toda una discusión filosófica. En un plano de neutralidad, de reconstrucción óntica del pensamiento no puede admitirse este sentido de la palabra cosa, sino el más amplio que señalé primero.

Pedro.- Ya hablamos de esto Venegas y yo. El sostiene, como Aristóteles, que el espacio es una cualidad de la materia.

Álvaro.- Siempre, aun antes de leer a Aristóteles, me pareció así. Lo que nada tiene de extraño. Hay cosas tan claras que lo extraño es que no se nos ocurra a todos.

Julián.- ¿Tan sencillo es eso para Ud.?

Álvaro.- Sencillísimo. Suponte que no existiera cuerpo alguno ni la luz -sea o no cuerpo- a fin de que sus variaciones de intensidad no dieran lugar a extensiones. ¿Dónde estaría el espacio?

Otero.- En la capacidad -vacía- de recibir cuerpos.

Álvaro.- Eso digo yo. El espacio, sin cuerpo, sería una posibilidad. Un espíritu, un ángel, por ejemplo, pensaría sin el supuesto del espacio.

Medina.- Y al pensar, notaría la sucesividad de su pensamiento y nacería en él el concepto tiempo.

Pedro.- ¡Inútiles sutilezas! ¡Suposiciones imaginarias, sin realidad posible! ¡Palabras vacías, juegos de palabras!

Medina.- Vacías, no; puesto que algo dicen.

Pedro.- Silogismos; exorbitancias.

Otero.- Lo que yo no concibo bien es eso de que el tiempo sea una dimensión del espacio, ni lo contrario. Eso sí que me parecen palabras ¿Qué tienen de común el tiempo y el espacio?

Álvaro.- Como conceptos, tradicionales o ingeniosos, nada. Como condiciones o cualidades o, como quiere Medina, circunstancias, mucho. Por consiguiente, en cuanto veamos esa relación, también los conceptos pueden relacionarse. Un bólido cruza el espacio, dejando una estela luminosa que se disipa rápidamente; una flecha se clava en el blanco; cruza raudo un automóvil; vuela un águila ¿No tienes en estos hechos una síntesis de tiempo y espacio? ¿No es una línea la trayectoria de un móvil? ¿Y cómo se ha engendrado esa línea -espacio- sino por un movimiento, consumado en el tiempo? El movimiento ha engendrado, inseparablemente, espacio y tiempo.

Medina.- Perdonen que sea machacón. Si el movimiento engendra tiempo y espacio como el primero es lo esencial en él, el espacio puede considerarse como adventicio, como llamado a ser el tiempo.

Pedro.- Amigo Medina: si suponemos que pueda existir movimiento sin cuerpo que se mueva, bien. Pero es que todos los movimientos que notamos lo son de cuerpos que ya tienen de suyo la condición espacial.

Medina.- ¿Es cuerpo el pensamiento? ¿Y no se mueve, puesto que se produce en el tiempo? La luz se ha creído hasta ahora que no era cuerpo.

Pedro.- Se suponía que era el resultado de las vibraciones del éter, materia, aunque imponderable.

Medina.- La materia imponderable se parece más a la energía que a la materia propiamente dicha.

Pedro.- La materia tendrá la constitución que tuviere, y la energía será lo que fuese. Pero la idea de movimiento no es sino la generalización, sustantivada,

como todas las generalizaciones, de este y el otro movimiento, de móviles, desde luego Movimiento es el giro, o la vibración, o el cambio de lugar de un cuerpo de algo. La nada no se mueve.

Medina.- De algo, desde luego. Decir que *la nada* se mueve sería un solemne disparate. Pero hay que acostumbrarse a pensar que hay algo más que materia en el mundo. Fijémonos en las imágenes de la retina. A su transformación en imágenes sensoriales, el cambio de las pequeñísimas imágenes superficiales e invertidas en una imagen corpórea enorme y rectificada ¿no le llamaremos movimiento? Otro ejemplo aún. Nadie dirá que una sombra es un cuerpo ¿Y no se mueven las sombras?

Pedro.- Son los cuerpos proyectantes los que se mueven o el foco luminoso.

Medina.- Pero también se mueven ellos. Y vea Ud., repito, el proceso del pensar.

Pedro.- Si llamamos movimiento a todo cambio, a todo ocurrir o suceder...

Medina.- ¿Por qué no? Hay cambio en las masas, y cambios, acaeceres, hechos sin masas, esto es, movimientos no sin nada que se mueva; sin cuerpos que se muevan, que no es lo mismo.

Álvaro.- Movimiento en el tiempo y no en el espacio.

Medina.- Exacto.

Álvaro.- Luego el movimiento puro no engendra espacio.

Medina.- No lo engendra.

Álvaro.- Y sí engendra tiempo.

Medina.- Indudablemente.

Álvaro.- Luego el espacio y el tiempo pueden ser independientes.

Medina.- Pueden serlo, sin duda.

Álvaro.- Queda, pues, adscrito el espacio a la materia, a las masas, como condición necesaria de su existencia y el tiempo a los hechos, o sea, al movimiento de cualquier especie.

Medina.- Indudable. Pero también, y no secundariamente, está el tiempo adscrito a la materia

[Por la numeración faltaría la cuartilla nº 18]

y que esta persiste y, además, se mueve. Materia sin movimiento es una abstracción. Ya sabe Ud. que un genial filósofo contemporáneo ha podido decir que la forma de los cuerpos era un movimiento detenido.

Álvaro.- Y no vayamos a la constitución de cualquier cuerpo pues ya saben Uds. cuál es la última palabra de la física: el átomo es como un sistema solar de energía ¿Hay algún substrato sólido? Parece que no. Parece que se puede afirmar que la materia -concepto tradicional- no existe en parte alguna ¿Misterio? No sé. Pero aunque existiera lo que le hace *ser lo que es*, es la energía, intensidad y no cantidad. La cantidad de materia del Universo, si la energía, toda la energía en todas sus manifestaciones se pagase de pronto... ¡tendría que ver que cupiese en kilómetro cúbico!

Pedro.- En un dedal, como quien dice.

Otero.- Hablan Uds. Venegas y Medina, como si el tiempo y el espacio no existieran de por sí; como si fueran propiedades de la materia y del movimiento.

Álvaro.- ¿Que duda cabe? ¿Son sustancias acaso? ¿Se concibe un tiempo sin hechos, un espacio sin materia? ¿Qué cosas son tiempo y espacio? Formas de la intuición sensible, decía Kant. ¿Pero no son formas de la intuición por ser cualidades necesarias, de la materia y la energía? Si todas las cosas perceptibles por los sentidos poseen esas cualidades de extensión y duración, y pensamos en ellas y en todas las posibles de idéntica naturaleza, asignándoles por un hábito mental, que ha impuesto la realidad pensada, esas cualidades inseparables, esos supuestos fijos.

Y esto, amigo D. Santiago y amigos todos, es un argumento poderoso en favor del realismo, sin que ello implique que la realidad sea como la percibimos sensorialmente pero sin olvidar, tampoco, que esas percepciones se corresponden con los modos de ser o actuar de aquella, con los fenómenos o naturaleza aparente.

¿Podemos negar que vemos -por lo que sea- sólidos en su verdadera posición y no como aparecen en las imágenes retinianas? Entre sensibilidad cognoscitiva, inteligencia y razón, nuestro conocimiento del mundo no es tan pobre como se ha creído. El realismo lógico es la filosofía del buen sentido. Apartarse de él será muy brillante pero es muy peligroso. La filosofía debe criticar, rectificar, normalizar, ordenar, sistematizar, sin pretender suprimir el inevitable dualismo, base de nuestro propio existir y pensar, entre sujeto y objeto, sin olvidarse de opuestos y correlativos, tanto de la realidad como del pensamiento, que se llaman ser y no ser. Vean que no digo el ser y el no ser, porque el no ser, no tiene puesto en la realidad. Digo ser A y no ser B.

D. Santiago.- El principio de contradicción expresado de otra manera.

Álvaro.- Eso es. Me repugna personalizar lo negativo, lo no existente: el no ser... Del no ser no se puede hablar. El no ser no es nada, no hay no ser y se acabó. Es una posición dialéctica, no ontológica. Ontológicamente no

hay más que el ser puro y el ser categórico, y si se quiere prescindir del primero, el segundo, el ser con sus modos, cualidades y relaciones. Pero el *no ser* parece un ser nuevo, lo que es contradictorio, con plena absurdidad metafísica, física y lógica. Si el ser es, no puede, al propio tiempo no ser. Me parece perfectamente clara y profunda la ecuación de Parménides; en los dos sentidos en que puede tomarse, que se completan, desarrollando todo el significado de la frase. Primero: el ser es lo único que existe, no hay sino ser. Segundo: sólo del ser puede predicarse. Sólo a él pueden atribuirse sustantividad, cualidad, acción o pasión, modos, relaciones, etc. Tal ser es a, b... Las categoría se refieren al ser. Y todo cuanto existe o puede existir, todo cuanto pensamos está comprendido en las categorías.

Medina.- ¿No puede tomarse -el autor quizá formulara su proposición en este sentido- la palabra ser del sujeto -en la proposición «el ser es lo que es»- como equivalente a ser sustantivo, existente en sí mismo, excluyendo las cualidades, como apariencias engañosas, el movimiento como una imperfección, como el caminar hacia el reposo y las relaciones como entes de razón o seres lógicos?

Álvaro.- Aun así también resultaría verdadera. Fuera de una relación real que yo aparto cuidadosamente la del sentimiento y su objeto las demás cosas son adherentes de los seres sustanciales.

Otero.- La sustancia de los seres físicos será la materia en general o tal materia para cada género?

Álvaro.- A mi juicio la materia energética debe ser la única. Los géneros deben constituirse por los diversos modos de estar la materia; de agruparse, según intensidades y combinaciones de su propia energía. La esencia de tal cuerpo no puede ser otra que la constitución de la sustancia que la forma, la cual sustancia se manifiesta en sus cualidades. En cuanto las esencias se consideren ideas divinas, o arquetipos, no pueden ser tales ideas sino de los géneros de las cosas y no, a mi juicio, de cada individuo[1].

---

[1] Ya sabe el copista de estos diálogos que es esta (y aquella otra de la tesis parmenídea) una de tantas repeticiones que figuran en estos ensayos. Y sin embargo, de saberlo, las deja. La repetición, no siendo excesiva, es norma pedagógica, y, literariamente considerada, de un patente realismo. Que alce el dedo quien en una larga discusión o en una exposición, algo detenida, no haya repetido algunos juicios. Por otra parte, truncar un párrafo, dejar sin condición un razonamiento, porque en otra ocasión se ha dicho ese final, nos parece frío artificio y retoricismo pedantesco.

Medina.- ¡Cuánto siento dejar a Uds.!

Álvaro.- Escribe. La correspondencia asidua es un medio, no del todo eficaz, desde luego, pero el único paliativo de la ausencia.

Pedro.- A ver si en esas cartas acaban Uds. de ordenar el mundo.

Álvaro.- No pretendemos sino ordenar nuestras ideas. Y que de ahí salga algo nuevo, es harto improbable. Si cabe «inventar nuevamente el alambique», peripecia que a mi, para mi satisfacción y mi vergüenza, a un tiempo, me ha ocurrido bastantes veces.

D. Santiago.- No creo yo eso. Claro es que en el caso tipo -invento de un aparato para destilar líquidos- pocas diferencias caben. ¡Pero cuántas, en nuevos descubrimientos de otro orden! Casi todo lo que Uds. han dicho hasta ahora y quizá todo cuanto digan después y en otras sucesivas sesiones está ya dicho. ¿Pero se ha dicho en el mismo encaje, con idénticas matrices, estableciendo las mismas relaciones, sacando, del mismo modo, iguales consecuencias? El plagio inconsciente no puede producirse a no ser en una extensión muy limitada, en una frase estricta y precisa, dicha aisladamente. En cuanto esa frase se explica y se relaciona con otras, se ve la originalidad, es decir, se ve que tiene origen distinto, si no la frase, aunque también puede conocerse, sí, desde luego, la explicación. Pero aun hay más sobre esto. Yo creo en la posibilidad de poder decir conceptos nuevos, de poder construir nuevos sistemas. La ciencia prospera y el hombre cambia de posición ante el mundo y cambia el mundo también. Lejos de creer que nada hay nuevo bajo el sol, creo que en cada momento hay un mundo nuevo. Cuando la novedad es capital, cuando cambian los ejes del movimiento de nuestra vida, es cuando todos percibimos la mutación. Pero esto es continuo, como que es la misma vida. El pensamiento que responde, con mayor o menor fidelidad, a ese cambiar constante, ha de cambiar también. Y son los cerebros más finos y sensibles los que primero notan las señales. El pensador es una especie de poeta.

Pedro.- Yo dije siempre que nuestro amigo Venegas es un verdadero poeta, un gran poeta. Pero dudo que sea la poesía la llamada a resolver ciertos problemas.

D. Santiago.- ¿Quién sabe, amigo Roca, quién sabe? La poesía es intuición y emoción, necesarias, ambas, para comprender algo del misterio que nos envuelve y que somos nosotros también.
Y... traen la cena, señores, ¿No tienen Uds. apetito?
Todos, excepto Álvaro, dijeron que sí.

D. Santiago.- Venegas siente la marcha de Medina.

Álvaro.- Sí, es verdad. Lamento que se vaya, porque se va, por el sitio a que va, y porque... no es ese su sitio.

Medina.- ¡Qué le hemos de hacer! En todas partes se puede ser útil.

Comenzó la cena. Todos sentían disgusto y cierta inquietud por la marcha de Medina. En la Comandancia de Melilla había avances de nuestras tropas...

Cuando ya mediaba la cena y con motivo de haber hablado alguien de la guerra, en general, dijo:

Pedro.- El contubernio entre la ciencia y la guerra ha de producir calamidades tan espantosas que la última contienda casi universal y tan horrible parecerá un juego de niños, aunque sus males han sido enormes e irreparables. Y no sólo me refería a las vidas segadas en flor, a las riquezas aniquiladas, al trabajo perdido, sino también al embrutecimiento del egoísmo, a la grosería espiritual, a la desmoralización que la guerra y las cosas de la guerra han traído al mundo.

Y también -y esto es de máxima importancia- a la pérdida de la hegemonía de Europa, lo que es, por ahora, al menos, un mal grave. Porque Europa, con su hipocresía y su soberbia y con todos sus defectos, era lo único medio pasable que había en la humanidad; lo más culto, lo más generoso, lo más elevado. ¿Qué nos traerá la guerra próxima? ¿Otra nueva Edad Media más desconsolada, más cruel y anárquica?

D. Santiago.- ¿No cree Ud. que la gran guerra haya importado ningún beneficio?

Pedro.- La guerra moderna entre pueblos de vieja cultura y gran civilización es, como ha dicho hace poco, el conjunto de todos los males.

Álvaro.- El infierno católico.

Pedro.- Justamente.

D. Santiago.- Tal vez la revolución rusa nos traiga algo.

Pedro.- La revolución rusa habría sobrevenido sin la guerra europea. Por otra parte, no creo que la conversión de unos latifundios en minifundios de *propiedad privada* valga lo que la revolución ha costado de sangre, de lágrimas y de carencia de libertad. La opresión de las razas era una suave carencia comparada con el bestial despotismo de estos *progresistas*. ¡Qué progreso! Caro y malo.

D. Santiago.- No sabemos... no sabemos todavía. Tal vez... Rusia es una incógnita. Las agencias periodísticas burguesas es posible, es seguro que mientan. No sabemos...

Pedro.- Pues cualquiera que sea la revolución, yo la cambiaría de antemano por la vida de un hombre; y no es que tase muy alto la vida de nadie. Pero valga poco o valga mucho, no hay nada, nada, nada que justifique la muerte de un solo hombre. Es la vida quizá lo único a que tenemos derecho, pero derecho pleno, absoluto, sin que ningún degenerado sanguinario, disfrazado de ideólogo, sea quién para arrebatársela a nadie. Que se la quite él, si no puede soportar el espectáculo de la miseria humana, empezando por la suya propia. Estoy convencido de que sólo la crueldad aliada con el resentimiento explican la sangre de las revoluciones. Lo generoso y eficaz de la revolución del siglo antepasado pudo hacerse -estaba hecho ya- sin el terror, regodeo de tigres.

D. Santiago.- En general, conformes. Me repugna la violencia. Pero no se puede en las cosas humanas, opinar en absoluto. Si se convenciera Ud. de que el jardín de la cultura necesita ser regado con sangre, sudor y lágrimas ¿qué diría Ud.?

Pedro.- Diría que ningún pretendido progreso vale lo que cuesta, si cuesta mucho de sangre, sudor y lágrimas.

Álvaro.- La realización de un alto ideal puede justificarlo todo.

Pedro.- ¡De un ideal! ¿Qué son los ideales? Eslabones desatados de la cadena lógica y lanzados al vacío; blandengues mentiras, que la fantasía elabora para acallar las inquietudes del espíritu, las protestas del sentimiento, las desoladas palabras de la razón, y dormirse tranquila y soñar, soñar libremente, exorbitantemente. Y luego... qué? Cuando un ideal ha sido en muy pequeña parte realizado, ha muerto ya en las conciencias; ha sido suplantado por otro, que se alimenta, como todos, en su gestación de sangre, sudor y lágrimas y que tarda, como todos también, tiempo de desesperación en hacerse concreto, instante más cruel que los exteriores, gracias a la maldad infinita de los «salvadores» revolucionarios y corrompiéndose y prostituyéndose luego, hasta venir a ser la mayor negación de sí mismos, por las grotescas «adaptaciones» a que lo somete el refinado egoísmo de los hombres prácticos y la bestial incomprensión de las masas. Ejemplo, el cristianismo. Otro ejemplo, el liberalismo. Otro, la democracia; otro aún, el imperialismo que de magnífico sueño generoso del dominio universal *de una idea*, ha venido a parar en el sucio mercantilismo de los «reyes» de Yanquilandia. Si esto ocurre con los ideales titanes, ¿no es lógico pensar que los ideales dioses no existen sino en la exaltada fantasía de los optimistas filosóficos?

Álvaro.- Es que no satisfaciéndonos lo presente -y me refiero a lo que Ud. llama ideales titanes- procuramos que lo porvenir sea mejor, teniendo por norte el de justicia. Y ya ve Ud. cómo para mi no lo es todo el amor. El amor es todo

en cuanto estímulo. Sin amor a la justicia no se impone la justicia alguna vez.

Pedro.- ¿Ha logrado el hombre que se realice un ideal? Pero aunque se realizara alguno, aunque el porvenir sea, en realidad, mejor, ese porvenir, *presente* de los hombres de entonces, no les satisfará a ellos tampoco. El progreso, en relación con quienes lo viven, es una superchería ¡Un progreso que a nadie satisface y que, además, a nadie mejora...! El paralelismo entre el bienestar de los hombres y el progreso de la civilización no se logrará jamás.

Álvaro.- Pero, al menos, y prescindiendo de la felicidad individual, no me negará Ud. que el progreso, objetivamente considerado, existe y que el hombre tiende a él; es decir, que el progreso es un hecho natural, necesario, una ley del espíritu humano... Y ya estamos otra vez exactamente en el mismo lugar del que partimos en nuestro diálogo a solas.

Pedro.- Es un símbolo de la eterna discusión sobre estos temas.

D. Santiago.- D. Pedro cree, en definitiva, que la que nosotros llamamos civilización excede con mucho a la cultura.

Pedro.- A la cultura del hombre que es la *cultura* y lo demás, sólo medios, inconmensurablemente, pues la cultura no ha avanzado un solo paso desde hace muchos siglos ¿Cuál es la medida común entre cero y un número cualquiera?

Julián.- ¿No le debemos nada al Cristianismo? ¿Cómo negarle que ha dado al mundo un código moral perfecto y que ha extendido a todas las almas una gran virtud -la compasión-, germen ella sola de toda una moral?

Pedro.- Contesto con una sola palabra: soy nietzcheano. Y, en suma, yo no creería en otro progreso que en el progreso moral, si lo viera. Pero como no logro distinguirlos, por mucho que miro, no creo en la existencia del progreso. Y lo que hoy se llama así, me causa horror; me parece que es progresar hacia un abismo de decadencia. Si se continúa por ese mal camino, pronto se agotará la flor de la cultura y de la ciudad libre con todos sus encantos -a pesar de sus lacras hediondas- no quedará ni el recuerdo. Pero, eso sí ¡qué de fábricas, y talleres y oficinas! -oficinas hasta para controlar la respiración- ¡qué redes de comunicación rapidísimas! ¡qué adelantos en la policía y en el ejército! ¡qué orden en la administración pública, o sea, en la vida entera de las colectividades y los individuos! Todo será insuperable, perfecto en la humanidad, menos la humanidad misma. El hombre se habrá sepultado en sus creaciones, petrificadas, como un caracol que cerrara su concha.

D. Santiago.- Por lo visto, tendremos que añorar la Edad de Piedra.

Pedro.- Eso, no.

D. Santiago.- ¿La ciudad antigua?

Pedro.- No puede, ni debe volver el pasado.

D. Santiago.- ¿Qué, entonces?

Pedro.- La Edad de la Nada.

Sonríose D. Santiago y con entonación afectuosa interpeló a Roca, diciéndole:

-¿Por qué es Ud. tan pesimista? Yo, todos, pensamos a veces con negrura. Es que nuestros juicios influyen demasiado el corazón. Lo que Ud. tiene es tristeza. Y perdone. No trato de inquirir las causas, sino que doy por sabido el hecho.

Pedro.- Tristeza de tener que pensar así. Pero no, según creo, la tristeza como efecto de otras causas y causa ella, a su vez, de mis ideas. Luego, con expresión de hondo pesar, en las primeras frases, sarcástica después y gravemente indignada al final, se expresó así:

-Sí, es triste, muy triste haber sentido férvido entusiasmo al conocer los principios y leyes que pretenden desentrañar el mundo y al figurarme que descifraba las palabras que aspiran a decirlo todo; haber convivido con la humanidad, mientras deletreaba las páginas de una Historia embustera; haber entonado cálidos himnos en honor del «progreso continuo e indefinido»(!) y venir a presenciar, después, cómo los símbolos consoladores , los sentires magnánimos, los sueños líricos de la ignorancia endiosada eran barridos de la propia conciencia por el soplo frío del análisis y formaban en la memoria de lo pensado con tanto cariño, en la memoria de mi propia vida, miserables montoncillos de enojosos detritus. Y como si todo esto fuese poco, tener que convencerse también, de que hay un pavoroso, cruel, vivaz y múltiple que opone a las ansias de verdadero progreso -el perfeccionamiento del hombre- no el de los chirimbolos de la cultura, un veto inexorable. La degeneración parece la obra sagacísima de un Destino, ciego sólo para el bien; como si el Destino condensara la envidia absurda de lo supremo a lo ínfimo. Prometeo fue encadenado para siempre.

Álvaro.- ¡Está encadenado y mantiene la rebeldía! ¡y el fuego se ha intensificado, y las artes continúan labrando la miel, el vino y el oleo de las almas! ¡y el mundo tiende a ser una sola ciudad, superior mil veces a la más excelsa ciudad antigua! ¿Qué haría, entonces, si estuviese libre?

Pedro.- Si la filosofía se unificara, algo, y a remota fecha, podría conseguir, con tal de que los factores contrarios -egoísmo, malas pasiones, intereses opuestos- no interpusieran, en forma perentoria y convergente, su potencia formidable... que sería, con toda seguridad, lo que ocurriera.

Álvaro.- La filosofía camina, rápidamente, hacia la unidad. Se está formando un sincretismo filosófico. Hoy no puede hablarse de filosofía, actual, alemana ni inglesa. Y como las ideas que más unen a los hombres son siempre las más elevadas; las que favorecen nuestra ansia innata de certeza en el conocimiento, perdurabilidad de las personas individuales y perennidad de algo supremo, y como a tales afirmaciones parece que va la *Filosofía*, esta tiene ante sí un porvenir magnífico, espléndido, de eficacia inmensa. Figúrese Ud. los resultados que esa unidad filosófica puede importar. El día en que todos los hombres capaces de pensar desinteresadamente piensen de igual modo; en que todos los hombres a quienes emociona lo impersonal se emocionen ante las mismas obras de arte y en que todos los hombres admirativos de otros hombres admiren a diez compatriotas y a doscientos extranjeros ¿no serán las fronteras internacionales algo borroso, formulario, de tradición petrificada y protocolo, como los trajes, los tratamientos y el ritual de fiestas y ceremonias palatinas, tan suntuosas, como alejadas del ambiente?

Y en cuanto a la degeneración, esa ingente barrera que impide el avance de la humanidad «por encima de las tumbas» note Ud. que es mayor en las razas salvajes...

Pedro.- ...pervertidas al contacto de la civilización...

Álvaro.- Y que en las razas cultas se va conteniendo con la educación física, afortunadamente en auge, con la higiene, con la misma libertad de las costumbres, tan mal apreciada por los pacatos y falsos pudibundos. A mayor libertad, menos estímulos malsanos, menos deseos comprimidos, engendradores de neurosis. El mundo marcha hacia un día más sereno y luminoso.

Pedro.- ¡Qué optimismo! Yo quisiera poder adherirme a esas visiones cándidas. Pero hay algo que me lo impide.

Álvaro.- Es su tristeza.

Pedro.- Amigo Venegas: Por mucha tristeza que yo tuviese ¿no me cree Ud. con sinceridad bastante para confesar que este mundo es el mejor de los posibles, aunque yo me haya equivocado por haberle creído bueno hasta lo imposible? Es que Uds. los optimistas...

Álvaro.- No lo soy con respecto al presente.

Pedro.- Porque posee un vivo sentimiento de justicia. Pero lo es, y en grado máximo con respecto al futuro. Uds. los optimistas, decía, trasfieren a la otra vida, en la que yo no creo, la solución de los torturantes enigmas que se plantean en esta, o pasan como sobre ascuas, sin perjuicio de asegurarnos también que «allá se arreglará todo», por los errores, las miserias y los exámenes de los hombres, crímenes numerosísimos, dejados impunes, la mayor parte, por la bastedad de las leyes sancionadas, los menos, por otro crimen jurídico. Piense Ud. en las grandes matanzas de las contiendas internacionales, en la ferocidad de las guerras civiles, en los abusos inhumanos hasta lo increíble que los hombres *cultos* suelen cometer con los individuos de razas inferiores; en la impúdica explotación inicua de las naciones débiles por los grandes negociantes de las naciones poderosas, después de haber estos convertido en viles proxenetas de sus bajos apetitos a los altos magistrados de su país, lacayos miserables reverenciados por los hombres desprovistos de fina sensibilidad moral, o sea, por casi todos los hombres.

D. Santiago.-

Julián.- ¡Bravo!

Medina.-

Álvaro.- (Bajando la cabeza y con entonación pesarosa) ¡Sí, es verdad!

Pedro.- Repare, además, en la envidia ininteligente de los pobres, en la cruel sordidez de los ricos, en los latrocinios y defraudaciones de los «honrados comerciantes»; contemple los tribunales prevaricadores, dóciles a las altas influencias, serviles ante el poder faccioso, inexorables y extremosamente justicieros para el infeliz desamparado y el pseudodelincuente noble y altivo; ausculte el alma de los sacerdotes hipócritas y siga sus palabras exculpadoras de las atrocidades de los poderosos que los favorecen y vea la saña feroz, propiamente humana, con que combaten a los enemigos de la fe que ellos dicen tener; examine a los funcionarios venales, a los maestros ausentes de su trabajo, a los artistas insinceros, a los políticos encanallados, a los médicos sin conciencia; recuerde el trato infame que muchas «buenas personas» dan a sus esposas y a sus propios hijos y la sequedad e indiferencia de los hijos mejor y más abnegadamente criados hacia sus padres, verdaderos infelices en todas las acepciones de la palabra; escudriñe las ordinarias ingratitudes sin disculpa, las frecuentes deslealtades graves, las numerosas calumnias afortunadas; analice el placer maligno de casi todo el mundo ante el dolor o el ridículo ajenos; la bestial alegría de los de abajo por los más atroces sufrimientos de los de arriba y el odio, sordo pero irreductible

con que los necios cuyo número, como Ud. sabe es infinito, distinguen a la inteligencia... ¡Crucificados siempre los Cristos, envenenados los Sócrates doquiera y burlados, en todo el mundo, los nobles y tristes Quijotes, la manada de lobos humanos sigue su vida. En nada de esto, amigo Álvaro, hay progreso como en los tiempos de Job y de Salomón, como en los de Sócrates y en los de Cristo, como en los de Savonarola; como en el Terror, como en la Checa ¡Siempre igual!

Álvaro.- No ve Ud. sino lo pésimo. Sí, todo eso es verdad, por desgracia. Pero también hay en el mundo personas aceptables y hasta personas admirables y buenas acciones y hasta acciones sublimes. El progreso moral, que existe -Ud. tiene que confesárselo-, va haciendo retroceder lo peor y avanzar lo bueno. La democratización de la vida ha traído, entre otros bienes, el de nutrir considerablemente las filas de la gente aceptable.

Pedro.- Y, entre otros males, el de aplebeyar a la gente exquisita.

Álvaro.- En conjunto ¿cómo negarlo? la democracia ha sido un bien.

Pedro.- Es igual. En la humanidad los bienes y los males se contrarrestan, crecen los unos en la medida de los otros, o, en todo caso, crecen más los males.

Álvaro.- ¡Por Dios, Roca, es Ud. imposible!

D. Santiago.- El joven doctor es un romántico demasiado generoso, que comenzó a idealizarlo todo ingenuamente y ha venido a parar en pesimista, romántico también, desde luego. Se es romántico por carácter, no por contagio de una época. Soñó demasiado y con excesiva, noble, ambición; y al despertar, la intensidad del dolor ha sido proporcionada al desengaño. ¿No ha sido así amigo mío?

Pedro.- Algo de eso, sí, algo de eso. Mis pesimismos ante los grandes ideales han nacido, quizá por haberlos amado tanto; por haberlos querido tan puros en la idea y tan perfectamente realizados en la vida. Mi amor apasionado, extático, al bien sin mezcla, a la verdad sin velos, a la justicia sin tacha, a la libertad sin trabas, a la belleza sin mixtificaciones, a la cultura, transfiguradora del hombre-cieno en hombre-luz... se convirtió al convencerme de la inanidad fatal de todo eso, en el desengaño definitivo, en el desconsuelo perdurable del pobre necio que «viviendo en las nubes» amara a una mujer, apenas entrevista, y la creyera capaz de esencia inmortal, de virtudes sublimes, de perfecta belleza inmarcesible, y a la que, imprudente, quisiera ver de cerca, y la evocase. En lo más profundo de su ensueño quimérico, en lo más férvido de su loca admiración siente pasos de gruesos zapatones, áspero jadeo y olor repugnante a bazofia y sudor. Inquieto y

temeroso, quiere huir de lo que cree la más irreal pesadilla; quiere huir pero no puede. Musculosos brazos lo sujetan, ásperas manazas le arrebatan la urna de su ensueño y, con realidad aplastante y pinchante, aparece ante sus ojos, riendo a carcajadas Aldonza Lorenzo. El pobre hombre llora como un niño. Después, se ríe de todo, de todo, hasta de aquellas lágrimas. Y después de haberse reído de sus lágrimas, no hay quien sujete su risa ¡Ni «la Pálida», con su ridículo uniforme de fantasía aldeana.

En este, como en todos los párrafos de cierto empaque, procuraba expresar Roca una cierta ironía burlesca, ya ligera y alegre, ya de engolado sarcasmo, como queriendo dar a entender que estaba en el secreto de todas las brillanteces. Se burlaba, pues, no sólo de las ideas optimistas, sino de la forma grandilocuente con que han solido exponerlas los partidarios del «próspero indefinido y continuo». Pero, bien fuese porque sus propias palabras hiciesen revivir dolores antiguos, o porque sintiese el dolor, siempre vivo, su entonación era, con frecuencia, triste, de tristeza muy honda, trabada con sus pensamientos, no olvidados jamás.

D. Santiago, conmovido, replicó afectuosamente:

-A pesar de esa risa, y en parte, también por ella, yo me permito asegurarle que Ud. será siempre un forjador de ideales, aunque ahora por falta de fe en ellos, les vista, en vez de túnica regia, unos tristes harapos. Su escepticismo, tan absoluto, al parecer, no es otra cosa que un estado negativo de cierto dogmatismo, característico de su pensamiento. Su pesimismo es la careta que ha puesto a su noble dolor: el dolor de no sentir por doquiera manar la bondad a raudales ¿Y qué decir de la misantropía de que alardea, orgulloso? Ud. seguramente formula en pro de cada persona que conoce una excepción del desprecio que le inspira la humanidad. Llora Ud. sus muertos ideales. De esas lágrimas surgirán otros, menos bellos pero más viables, porque serán las proyecciones de las ideas del mundo superior en el mundo de lo posible. La diosa augusta que todavía se mantiene en el trono de su espíritu y que se llama Perfección no puede reinar entre nosotros. Sería el mundo, en tal caso, una cristalización inmutable, esto es, un cadáver. ¿Pero no comprende Ud. que reina, no en el tiempo, pero sí en la eternidad, porque esa idea está en nuestra alma como un reflejo de lo absoluto?

Pedro.- Metafísicas, no, D. Santiago. Bastantes hay con las de Venegas.

Yo creo -prosiguió, sonriendo D. Santiago- que derivará hacia el humorismo, comprensivo y magnánimo; nota típica de la aristocracia de las almas, porque es el resultado definitivo, el ápice de la evolución de un espíritu que ha pensado y ha sentido cuanto hoy puede un hombre pensar y sentir, mezclará la fe en lo general -fe en sí mismo, y, por consiguiente, en lo que

está en su conciencia- la desconfianza de lo particular de sus propios juicios, de los actos ajenos, de los aciertos de la civilización, de los ensueños de la cultura...

Pedro.- ¿Yo soy *una generalidad*?

D. Santiago.- ¡Qué duda cabe! Un microcosmos. Y sus juicios acerca de lo más general ¿no forman, acaso, la trama de su propio pensamiento, que es una parte de su vida? Y su sentir superior ¿no es, por su objeto, universal?
Interpondrá Ud. -iba a decir- la duda y el análisis ante cada afirmación, exceptuando esta: dudar es afirmar, implícitamente, la existencia de la verdad y ser persona. Y la existencia de una persona supone una estructura universal. La personalidad verdadera -culta- es un argumento vivo contra el escepticismo. ¿Qué es una persona sino una armonía inestable, voluntariamente conservada, entre un ser consciente y la realidad que la conciencia refleja? ¿O es sólo real la conciencia y el orden en sus diversos modos -verdad, belleza, justicia- no existe sino en el alma del hombre? ¿Ud. cree esto?
Con esa afirmación que he formulado y con aquella duda subyacente, a que aludía, se colocará su espíritu, no en el vulgar término medio, posición de la ignorancia medrosa, sino en lo alto de la línea vertical más prolongada que sobre ese punto pueda trazar el pensamiento.

Pedro.- Es decir, más allá de la verdad y el error.

D. Santiago.- En cierto modo; aunque sin olvidar nunca que hay algo positivo, así en el mundo, como en el pensamiento y también en el trasmundo que no podamos captar y encerrar en fórmulas racionales pero que llega a nosotros, en misteriosa revelación multiforme, a la que respondemos con los conceptos de lo absoluto, lo infinito y lo eterno y el amor desinteresado al bien, la verdad y la belleza.
Pero desconfíe Ud. de su tendencia a exigir que se realice en la vida algo perfecto. Y ame hasta el error, por lo que pueda contener de verdad. Considere lo absurdo práctico como desviación de lo verosímil, la ignorancia, como posibilidad de sabiduría y la equivocación como germen de acierto, que no llegó a término feliz. Piense que lo malo no es absolutamente malo, y mire la fealdad como una belleza incompleta.

Pedro.- Ha resumido Ud. admirablemente el panfilismo, posición muy simpática. Pero... ¿sabe Ud. lo que el pueblo entiende por pánfilo?

D. Santiago.- Si no lo conociera a Ud., diría que era malo.

Pedro.- ¡Ja...ja...ja! Si no lo admirara como lo admiro... pensaría que le estaban bien los dos sentidos de esa palabreja.

Tras un breve silencio, lleno de sonrisas indulgentes, prosiguió Roca:

-Veo que para Ud. el hombre culto es algo así como una nueva especie ¿qué diferencia esencial hay entre el hombre inculto y el hombre culto?

Álvaro.- Diferencia esencial, de naturaleza, no, entre otras razones porque un hombre hoy inculto es culto mañana.

Otero.- Según, D. Álvaro, según. Hay gentes refractarias a la cultura, imposibles de cultivar. Y yo creo que esas gentes forman, si no una especie natural, lo que podríamos llamar una especie social, una casta.

D. Santiago.- Doctrina peligrosa, propicia a la tiranía de las aristocracias.

Otero.- ¿Y no cree Ud. D. Santiago que en el fondo sucede eso siempre? ¿Quién gobierna hoy ¡y con qué fuerza autoritaria! en la Rusia soviética, pese a todos los motes de «dictadura del proletariado» y a todas las juntas de soldados y campesinos? Gobierna una aristocracia. ¿A qué se llama decadencia de las naciones sino a la debilidad de sus minorías directoras?

Pedro.- Y esas minorías ¿son lo más culto de cada país?

Otero.- En general, sí; aunque con desviaciones momentáneas, y con intromisiones constantes de los más ricos. Los hombres cultos han estado y aun están más o menos mediatizados por los ricos. En que sean realmente los hombres más cultos los que gobiernen, consiste, a mi juicio, el progreso político.

D. Santiago.- Es Ud. antidemócrata.

Otero.- No. Yo creo que la democracia es el método para que la masa progrese; para seleccionar de ella a los nuevos aristócratas, pues la herencia no garantiza la calidad de los hombres; y también para que el pueblo, por acción de presencia, contribuya a que el Derecho no sea burlado por el poder. El temor de que los gobernantes a que el pueblo les vuelva la espalda es un saludable temor. Por bueno que sea un gobierno, está formado por hombres, esto es, por seres propensos al abuso de autoridad. La institución de los tribunos de la plebe fue un gran acierto de Roma. En suma, democracia electoral y fiscalizadora y gobierno aristócrata efectivo, o sea, de los hombres de mayor cultura y de máximo talento.

Pedro.- Mucho fía Ud. en la cultura. Yo no sé bien lo que es la cultura en vivo, en los hombres. Conozco personas incultas, excelentísimas y personas cultas, despreciables.

Julián.- Serán, respectivamente, personas poco ilustradas y personas muy ilustradas. El concepto «ilustración» es muy diferente del concepto cultura.

D. Santiago.- Indudable, aunque suelen confundirla. Se oye decir de una persona que es muy culta queriendo decir que sabe muchas cosas, que es ilustrada.

Prosiga, Ud. señor Otero.

Julián.- He terminado.

Pedro.- No ha comenzado Ud. apenas. Porque yo le voy a decir ahora mismo, primero, que no creo, como Ud. que haya diferencia esencial, ni apenas diferencia alguna entre cultura y civilización. Dejando aparte sus orígenes, de los que ya hemos tratado, siempre resultará que lo que Ud. llama cultura pertenece a uno de estos tres acervos: acervo de las reservas de la civilización: ciencia pura, de la que se va derivando la técnica; derecho teórico realizable; evoluciones de la ética por los cambios en la sensibilidad de los mejor dotados y por los adelantos de la ciencia. Acervo de las recreaciones del espíritu, tan útiles -no lo olviden- como el trabajo y el descanso físicos y psíquicos: arte y literatura «humanos», populares, como los quería Tolstoy y no las inanes esquisiteces y las imbéciles extravagancias que pertenecen al acervo de las exorbitancias y de las degeneraciones psíquicas: misticismos de toda laya, desde el religioso hasta el de los enamorados románticos; monomanía metafísica y utopismo político; filantropía exaltada, que puede ser masoquista como la de los santos que se complacen en rozarse con la pobre y toda suerte de miserias, o sádica, como la de quienes encuentran placer, disfrazado de resignación cristiana, en presenciar los más atroces dolores, los sufrimientos máximos, aunque traten, por deber, de mitigarlos; actividad esta última en la que se observa, como es lógico, marcada frialdad. Y es extraño que no se haya notado antes este hecho. La actitud de un alma noble que se encuentra ante un espectáculo de dolor horrendo, es la compasión, la simpatía; el dictarle su consuelo entre lágrimas, el infundirle a gritos valor. Toda otra actitud es sospechosa. También hay entre los grandes filántropos la variedad de los paralíticos progresivos, hombres de moral bastante laxa, pero que se sienten acometidos de entusiasmo humanitario casi delirante.

Álvaro.- Estamos en dos orbes separados entre sí por un abismo. Sólo le pregunto si todos los paralíticos generales son humanitarios, y sólo ellos.

Pedro.- Se ha observado en muchos. Es lo que puedo decirle.

Álvaro.- ¡Ah!...

Julián.- Yo sí le replico. No es cierto, en primer lugar, que todo el primer acervo tenga un destino útil. Y si lo tiene, no entra esa utilidad en el carril de las utilidades consuetudinarias de la civilización. Las ideas de ese acervo implican cambios, revoluciones; son nuevas concepciones de la vida, como los sistemas filosóficos, o verdades aprehendidas con verdadera pureza, con desinteresado amor a ellas mismas, como los progresos científicos, o son elevaciones del alma hacia ideales sublimes, que tal vez por suerte, y no por desgracia, como se cree, no pueden realizarse jamás. Se mantienen fuera del mundo, enviando rayos de su luz a las almas próceres que ansían verlos y por eso los ven; se mantienen fuera del mundo, como una promesa suprema que justifica toda la esperanza.

¿Y qué cosa mejor que la esperanza, en este «ahora» de nuestra vida triste y qué cosa mejor que la realidad, en el «mañana» eterno?

Pedro.- (En voz alta y como pregonando). ¡Nueva, y hermosa y gratuita edición de la «Salve»! ¿Quién la quiere? (En tono insinuante) ¿Pero no ve Ud. posible, amigo bueno, que el desinteresado amor a la verdad de los hombres de ciencia y las nuevas concepciones de la vida, de los filósofos constituyan una función social, respondan apetencias colectivas, sean algo parecido al amor sexual, imposición del instinto de la especie?

Julián.- No, no lo veo. Me parecen cosas muy diferentes. El amor sexual se da entre todos los individuos de la especie; mientras que esos otros sentimientos son mucho más raros y se hallan a infinita distancia de las apetencias naturales, normales, usuales de la colectividad. Si es cierto que todo el saber teórico deviene civilización o utilidad práctica -aunque no siempre, ni con mucho, *utilidad de tipo económico*- resulta así, a pesar de los instintos y apetencias de la masa, conservadores esencialmente, mientras que el progreso es revolucionario, oposicionista por inconformismo ¿Qué dice Ud. a esto?

Álvaro.- ¡Bravo, Otero! (Y en broma) Pareces mi discípulo.

Otero.- (En serio) Lo soy.

Álvaro.- Adelante, ahora.

Otero.- Del segundo acervo, el de la utilidad espiritual, nada tengo que decir, sino que esa utilidad no es la utilidad económica.

Pedro.- Sí lo es, como es utilidad económica el descanso del trabajo.

Otero.- Es cosa distinta. El descanso da lugar al trabajo nuevo. Pero las secreciones espirituales emplean demasiado tiempo para cumplir ese fin y gastan enorme cantidad de energía y de productos del trabajo, inclusive. El pueblo considera como vagos -y con razón desde este punto de vista- a sabios, poetas, pintores y músicos. Eso no es el trabajo ni el descanso del trabajo, ni nada que a ello se parezca. Esa es la vida de la cultura, vida más, o menos, o nada trabajosa; con trabajo cuando lo hay que nada tiene que ver con el otro. En realidad no es trabajo aun en el caso frecuente de procurarse con su producto la subsistencia material. Y digo que no es trabajo, aun en este caso, porque esencialmente, que es lo que importa, el pensar, el escribir, el discutir de filosofía, o Derecho, o estética, es *gusto*, un placer de amor. No quiero hacer retórica sobre esto. Quien lo quiera comprender, ya tiene bastante.

En cuanto al acervo de las exorbitancias, puede que *sobre muchos casos* tenga Ud. razón. Porque yo no puedo creer, por ejemplo, que todo el que se interese por la humanidad sea un paralítico, ni que todas las personas beatíficas -Ud. mismo ha indicado que tampoco lo creen, hayan de ser o masoquistas o sádicos.

Pedro.- Lo segundo que iba a decir a Ud. acerca de la materia de este diálogo es que cada cultura con su civilización -si se empeñan Uds. en separar dos aspectos de una misma cosa- es limitada, exclusiva e incomunicable; algo así como un edificio de estilo *sui generis*, o como un valle cerrado, con clima, paisaje, fauna y flora privativos, o como una corriente marina paralela a otras corrientes, que cesa, por lo que sea, sin haberse mezclado a ninguna.

Otero.- Quizá esto, mejor, para lo que Ud. quiere decir, porque si bien las corrientes que Ud. imagina mueren como tales, sus aguas se esparcen por el oceano, como las ideas de las civilizaciones enriquecen la general cultura de la Humanidad.

Pedro.- No, sino únicamente en forma de hechos históricos y de obras de arte ininterpretables unos y otras. Las ideas y sentires, o tal vez con mayor propiedad, las maneras de pensar y de sentir de una cultura no son trasmisibles a otra. Sólo quedan las palabras. El sentido íntimo, el matiz, lo que pudiéramos llamar acepción psicológica, huyó de ellas para siempre. Las palabras cultas de una lengua muerta son, en realidad, palabras muertas, cadáveres de ideas, a los que nosotros suponemos vivos. Tales, por ejemplo, belleza, verdad, existencia, espíritu, materia, bien, mal, virtud, fortaleza... Y si esto ocurre con las palabras ¿qué no ocurrirá con los símbolos complejos: ritos, costumbres, creencias?

Otero.- El sentido de esas palabras y de estas otras cosas puede ser dilucidado mediante escrupulosos estudios exegéticos. No existen, por lo tanto, aunque no hay esta sola razón, esas culturas cerradas, ni aun siquiera varias culturas abiertas. Yo creo en la continuidad de la cultura, sin negar parciales estancamientos y retrocesos y sin desconocer, tampoco, que existen variedades en la cultura; variedades, no especies.

Pedro.- ¿Una sola cultura específica?

Otero.- Como es una sola la especie humana. Las culturas, que dicen, son creaciones de los hombres; y los hombres se parecen entre sí lo suficiente para que la denominación «especie humana» sea algo más que un término vacío.

Fijémonos, por de pronto, en la cultura clásica y la cultura occidental. ¿No le parece a Ud. equivocada la opinión, de última hora, de que esas culturas son diferentes entre sí? No creo que pueda negarse la certeza de este apotegma: La razón humana que preside nuestra cultura, no aparece como elemento histórico, ni apenas como objeto historiable, hasta los tiempos clásicos. La ciencia y las costumbres del llamado período oriental deben ser distintas, respectivamente y con separación completa, a la inteligencia y al sentimiento. La filosofía, libre de ataduras teológicas y públicamente profesada, la ciencia pura, el arte social, y no sólo religioso, el derecho, dando personalidad al individuo, dentro del poder absoluto del Estado, porque el Estado no era concebido como un ser aparte, sino como el conjunto de los ciudadanos, y las leyes, como expresión de la voluntad de aquellos, que así resultaban con su personalidad íntegra, aunque supeditada al interés colectivo, es la ingente posición, la meta casi definitiva para todos, alcanzada por los griegos. ¿cuándo actúa el hombre en la vida con la plenitud de su ser sino cuando a su carácter social, inseparable de su naturaleza, junta el carácter político? Y la verdadera *polis*, conjunto de hombres libres, ciudad-nación, organismo de cultura progresiva, *humana* no aparece sino en el mundo clásico. El hombre no es personaje histórico sino a partir de Grecia.

[Aunque la numeración es consecutiva falta alguna cuartilla]

...al hombre es la razón y la libertad, aunque la primera no sea, ni con mucho omnipotente ni la segunda ilimitada y sin condiciones. Razón débil, libertad precaria, todo lo que se quiera; pero, al fin, razón y libertad.

Álvaro.- Olvidas la intuición intelectual y los sentimientos superiores, privativos también de nuestra espacie. Yo diría, en lugar de razón, espíritu.

Otero.- Para los efectos de la definición, la intuición puede considerarse como una especie de razón sumaria, sin los andadores del razonamiento discursivo;

como una inteligencia que lee de pronto sin deletrear. Y los sentimientos superiores, como una evolución de la sensibilidad exigida por la existencia de la razón. De la misma libertad puede, como Ud. sabe, prescindirse, al definir al hombre ya que la libertad es una consecuencia práctica de la razón. Por eso Aristóteles definió al hombre con la frase bellísima por su concentración: precisa, clara, indiscutible.

Pues bien. Yo no debo ofender a Ud. citando aquí, como prueba de que la cultura nuestra es una continuación de la antigua, autores, obras de arte y hechos sociales que Uds. conocen -sin hipérbole- mucho mejor que yo. Desde Tales hasta Plinio hay un arsenal de todos ellos. Fíjese Ud. Roca, en solo esta prueba formidable: el Cristianismo «religión definitiva de la Humanidad», que dijo un gran cristiano adogmático, es, en su armazón filosófica, hijo de Grecia ¿Y habrá quién dude -pasando del Intelecto al Poder- que la Iglesia Católica, en cuyo recinto o en sus proximidades vive la mayor parte de la humanidad culta, es la heredera espiritual, la continuación posible del imperio romano? Finalmente, la revolución política de fines del siglo XVIII, cuyo ideario informa las constituciones de todos los pueblos que la tienen escrita, fue, como es sabido, consecuencia rigurosa del Renacimiento.

¿Qué importa, frente a todo eso, que los pensadores griegos tuvieran frente al problema del conocimiento una posición contraria a la nuestra, siendo para ellos lo chocante no el que se piense lo verdadero, sino que pueda existir el error? No creo que semejante realismo implique una separación abismática entre el espíritu clásico y el europeo. El anverso y el reverso de una medalla están en la medalla. Es posible que la oposición aludida obedezca al distinto carácter de los respectivos orígenes de ambas filosofías: curiosidad, libre juego del espíritu, optimismo de todos los comienzos, alegría de todas las infancias en aquella; recelo en esta, como reacción contra la «servidumbre teológica», a que había estado sometida en la Edad Media y desconfianza en sus propias fuerzas, por efecto de esa misma servidumbre y de la gravedad que el cristianismo ha impreso a la investigación. A un griego no le importaba gran cosa equivocarse. El error de un cristiano puede implicar su condición eterna. El cristianismo ha infiltrado en la vida y en el pensamiento -vida también- una terrible seriedad.

Pedro.- Ya van saliendo diferencias.

Otero.- ¿Quién osaría negarlas? Pero la similitud es asombrosa, y se refiere a lo más vital de la cultura, a lo más profundo del espíritu. El antagonismo en arte, en moral, en gestos de la vida cotidiana, en actitudes ante hechos extraordinarios, en el sentido y en el tono de las diversas actividades anímicas implicarían diferencias mucho más profundas que las que hemos notado y

cualesquiera otras que puedan descubrirse. Si a nosotros -es decir, a los hombres pensantes y sencientes de hoy- nos pareciera extraño el arte de los griegos; si no comprendiéramos su filosofía; si juzgáramos bárbaros sus hechos heroicos; si creyéramos ridículos a sus hombres célebres; si estimáramos despreciable su pedagogía, estrafalarios sus trajes, inadmisibles sus deportes, imbéciles sus mitos, prosaicas sus leyendas, inexpresiva su oratoria, insoportable su literatura; si no admirásemos sus virtudes y el ingenio y la justeza de sus frases, espléndidamente grabadas en nuestra memoria; si el poderío y el derecho de Roma no nos causaran asombro bien que se proclamara que la cultura occidental es independiente de la cultura clásica.

Y para que vea Ud. que toda nuestra vida espiritual puede asimilarse a la vida espiritual de los antiguos voy a decirle a Ud. algo que tal vez le extrañe. Pero medite Ud. un momento y falle después: lo romántico se nos ha presentado siempre como contradictorio de lo clásico y así lo parece, y así es, indudablemente, en cierto sentido. ¿Pero hay esencial oposición entre una y otra manera de sentir la vida y el arte? ¿No podría ser el romanticismo el resultado de la evolución de algunos elementos clásicos? ¿No se percibe el palpitar del espíritu romántico en mitos y leyendas de la antigüedad? La figura entera de Prometeo, cierto pesimismo y mucha suave tristeza, que, a despecho de la «alegría clásica», salpica gran parte de las producciones de aquel período; el propio Destino «superior a los hombres y a los dioses» que palpita en la poesía épica y aparece ostensible en la dramática; los amores desgraciados de Menelao, de Safo, de Hero y Leandro, la figura doliente de Lido, contemplando desde la muralla de su ciudad, que no es su patria, la nave fugitiva de Eneas...

Hay pasajes en las letras clásicas en los que parece fundirse con su espíritu el espíritu romántico, en una cristalización diamantina, perfecta y eterna. ¿Recuerda el final de *El Banquete*, cuando a la fría e indecisa luz del amanecer, Sócrates, lúcido y sereno, se envuelve en su manto y sale tranquilamente de la estancia, en donde los demás comensales duermen, embriagados de vino e ideas? Y el introito melancólico y viril del *Theaitetos*? ¿Y el final de la *Iliada*?

Pedro.- Creo que eso que ve Ud. como romántico en lo clásico es sencillamente calor de humanidad. Lo mismo puede decirse de las semejanzas de otro orden entre la cultura occidental y la cultura clásica. Humanos somos...

Otero.- «*Que es lo que queríamos demostrar*».

Pedro.- ¿Cómo?... ¡Ah! sí, es cierto. Pero hay que distinguir. En primer lugar aunque seamos hombres los clásicos y los modernos, y los de otras culturas, existen entre estas, como existen entre los hombres -individuo a individuo, pueblo a pueblo, raza a raza- diferencias profundas: emociones y hasta

sentimientos incomunicables, ideas intraducibles, gustos antagónicos. Y en segundo lugar, Ud. aparte de su afirmación de que en todas las culturas hay algo de común, ha querido demostrar que la cultura moderna no es sino una prolongación de la cultura clásica.

Otero.- ¿Y no lo he demostrado?

Pedro.- Creo que no del todo. Una cosa es que aparentemente ocurra así, por el culto que hemos profesado a lo clásico y otra cosa distinta que nuestra manera de ver el mundo sea igual que la de los antiguos y nuestros sentimientos, parejos a los suyos. Quien admira no se convierte en lo admirado.

Otero.- No me atrevería yo a decir tanto. La admiración es un sentimiento unitivo, una comunión de nuestra intimidad con lo admirado. Se admira lo que se comprende, si no por discurso, por intuición.

Pues bien, recuerde Ud. un trozo, o un libro de estos: la despedida de Hector y Andrómaca en las Puertas Sceas; el episodio de Priamo en la tienda de Aquiles; la «Apología» de Sócrates, según Platón; la «Política» de Aristóteles; y no hablemos de los dramas del *moderno* Eurípides, ni de Tucídides, ni de Tácito ni de Plutarco, ni de Marco Aurelio, ni de los poetas cínicos, desde Anacreonte y Safo hasta Horacio ¿No percibe Ud. nítida, inconfundiblemente, que en esas obras palpitan almas muy semejantes a las nuestras? ¿No ha tenido Ud. muchas veces la impresión de estar leyendo a un contemporáneo?

Pedro.- Lo contrario es más cierto.

Otero.- Es igual.

Pedro.- No, no es igual. El hecho de parecernos a los antiguos puede obedecer -obedece, seguramente- a una adaptación artificiosa, a la educación en formas exteriores, en material retórico y normas literarias y en ciertas ideas estéticas y morales; pero no en lo hondamente psíquico.

Otero.- ¡A cuánto obliga una posición dialéctica! En lo hondamente psíquico somos muy semejantes a los antiguos por ser hombres y por ser individuos de la gran raza blanca y de la subraza jafética. Empleo este término en desuso para designar a los no semitas. Helenos, latinos y germanos no creo que difieran tanto entre sí, como cualquiera de estos grupos y los grupos semitas.

Pedro.- Pues los españoles no somos ni muy latinos, ni muy germanos.

Otero.- Tenemos una mezcla de elementos múltiples con predominio, seguramente berebere.

Pero es que en la cultura -creo yo- no hay que poner la raza como elemento tan polarizador como hoy se pretende. La cultura es cosa del espíritu. Son ideas, hábitos, sentimientos, gustos, normas; quizá esto principalmente. Si dos o más pueblos siguen en las grandes líneas de su cultura iguales normas o métodos y profesan un gran conjunto de ideas y sentimientos iguales ¿que duda cabe que tienen semejante cultura? Hay que reaccionar contra la tendencia -de origen materialista- de dar una importancia decisiva ya a lo fisiológico, ya a lo económico, a lo físico, en suma, cuando el hombre es lo que es por el espíritu, esencialmente igual en todas las razas.

Anito y Melito se parecen más a cualquier malvado envidioso e intrigante, negro, o amarillo, que a sus paisanos Sócrates y Platón; y a estos, Giordano Bruno más que sus jueces. Los fariseos tienen su retrato en los dogmáticos apasionados de cualquier religión, mientras que eran la antítesis de las esenios, por un lado, y por otro, de los saduceos. Alejandro tiene sus semejantes en Roger de Flor y Hernán Cortés. ¿No encontramos un gran parecido, una semejanza fraterna entre todos los hombres cultos y buenos de todos los tiempos y países, y otra gran semejanza entre todos los amigos del buen vivir en paz, y otra, no menos acusada, entre todos los sanguinarios y otra, entre todos los pusilánimes? Mucho influyen la geografía y la raza. ¿Pero no se podría componer con facilidad suma, una psicografía general, prescindiendo de la cronología, la etnografía y la geografía?

Decía Ud. que la educación nos hace en apariencia semejantes a los antiguos. Yo puedo contestarle a Ud. con la frase consagrada de que «la educación es una segunda naturaleza». Pero no se trata sólo de educación; sino de tradición, del hecho histórico, indiscutible de que nuestra cultura es hija de la cultura antigua, con elementos germanos y cristianos y con las modificaciones que el tiempo impone en todas las cosas. Hay quien, sin desmentir este hecho, pretende demostrar que la cultura moderna ha dado un cambio de frente. Pero una cultura no se hace otra. Nacer en el seno de una cultura otra distinta es como si un hombre se hace otro hombre. Cuando una cultura muere hay un cadáver: el del pueblo o conjunto de pueblos de que ella era alma.

Eso de que un hombre no se hace otro habría que probarlo. Y en cuanto al cadáver político se le podría decir a Ud. que ya lo hubo: el Imperio Romano.

Modificarse un hombre no es hacerse otro. Hay un doble soporte de la identidad personal: el cuerpo -aunque se renueve en su composición íntima y la memoria. Y en cuanto a la disolución del Imperio Ud. sabe que los germanos continuaron en lo posible la cultura y que vinieron luego los renacimientos, nombre cuya propiedad nadie discute. La cultura clásica no murió entonces. Y si murió, renació luego. Lo que se discute es que pueda morir hoy.

Pedro.- La cultura clásica murió con el Cristianismo. Quedó sobre el mármol de la Historia, un cadáver: el Imperio de Occidente y en lecho de dolor inútil el paralítico Imperio de Oriente. La cultura occidental es otra cultura. Los germanos salvaron el Cristianismo. Pero el Cristianismo, aunque estructurado intelectualmente por Grecia ¿es, acaso, la médula clásica? Ud identifica la vida con la razón, y son cosas muy distintas.

Otero.- Se salvó también, en gran parte, el derecho que es un producto de la razón pura. Y el feudalismo, que parece un hecho tan nuevo, no es en el fondo sino un intento de organización imperial.

Note Ud., en otro orden de cosas -en el orden vital, a que Ud. me llama-, que la compasión cristiana no fue sino la universalización de un sentimiento humano muy extendido ya en los antiguos. «Filantropía» es palabra ateniense. Y el Dios único, la igualdad moral de todos los hombres, la eficacia ultraterrena de las buenas obras son ideas ya sostenidas expresamente, ya tácitamente embebidas en acciones, o discursos, ya cultivados en los «misterios», o en la enseñanza esotérica de las escuelas de filosofía, según se ha sospechado.

Y no hablemos de otra cosa tan vital como el arte ¿Puede negarse que hasta hoy mismo el arte occidental, apartando extravagancias pueriles, no es una continuación del arte griego, en el que, confesándolo, o no, vamos a buscar el término de comparación para juzgar una obra?

Pedro.- Eso... va desapareciendo. Vea Ud. la escultura.

Otero.- ¡La escultura...! Contésteme Ud. con toda sinceridad ¿Qué obra escultórica de todas cuantas Ud. conoce escogería Ud.?

Pedro.- Suponiendo que fuera la «Victoria de Samotracia», o la «Venus» de Milos, ¡qué probaría eso?

Otero.- Probaría lo que voy diciendo. Ud. y yo y todos los hombres, hoy vivos, somos necesariamente y a pesar de todas las diferencias, hombres de sensibilidad moderna. En esto no caben mixtificaciones ni improvisaciones. Caben poses para «epatar» ¡vanidad de vanidades! Pero la sensibilidad se forma por herencia y, sobre todo, por el medio. Pues bien, si Ud. si yo, si... cualquiera que sea sincero, puestos a elegir una escultura elegimos una escultura griega, es que nuestra sensibilidad artística ante la escultura es idéntica a la sensibilidad griega.

Álvaro.- Un escultor de fibra, uno de nuestros mejores escultores, Emiliano Barral[1], me decía no ha mucho, hablando de unos relieves funerarios vistos

---

[1] Emiliano Barral (1896-1937), escultor segoviano, quien esculpió el busto de D. Blas al que nos referíamos en la Introducción.

por él en Sicilia, que se había acordado de la exaltación con que ha sostenido siempre que eso de la frialdad del arte clásico es una majadería ¡Qué maravilla! ¡Qué pasmo! ¡Qué artistas eran aquellos hombres! Se me ocurrió que después de aquello de las obras escultóricas griegas, no puede hacerse nada y que lo más honrado sería arrojar los cinceles y dedicarse a otra cosa. Después -no sé si por egoísmo o con plena razón- he pensado que sí cabe hacer algo, sin perder jamás de vista que aquello es el arquetipo.

Respecto a la literatura puedo asegurarle a Ud. que he visto llorar a una mujer leyendo la despedida de Hector y Andrómaca y que he visto llorar a otra con la «Apología de Sócrates». Ninguna de ellas estaba «envenenada de literatura» ni tenían prejuicio favorable al clasicismo. Eran dos mujeres sencillas y buenas, con gran diferencia intelectual, no de ilustración, muy pobre en ambas. La experiencia, surgida al acaso, la creo importante.

Claro es que los escultores de hoy no van a conformarse con imitar servilmente los modelos clásicos ¡Pero cuánto darían por lograr, con los modelos modernos, la perfección de forma y de expresión, la intimidad de las calidades artísticas, la firmeza, el dominio, el no sobrar ni faltar nada de la escultura griega!

Otero.- Puede concederse, aunque con ciertas salvedades, que nos sean extrañas -relativamente extrañas, nada más- las antiguas culturas del Oriente. Pero que nos lo sea la gran cultura clásica me parece, con permiso de la gran autoridad de algunos escritores que tal afirman, y de la que a Ud. Sr. Roca, le reconoce sinceramente, insostenible *con argumentos.* Más fácil sería demostrar que al *renacer* de aquella cultura fecundísima, renacer, en parte, pues no había muerto del todo, por el Cristianismo, la Iglesia Católica, la legislación medieval y los conatos de Imperio y por haberse producido en los siglos X y XI los primeros vagidos del Renacimiento: Córdoba y los traductores de Toledo que, al nacer, digo, siguió lo que era natural que siguiese: el desarrollo del ser renacido, en cuyo período nos encontramos. Vivimos una robusta continuación del Renacimiento.

Y si ello no es así, si es cierto que está agonizando la cultura occidental, es que se ha consumado -y entonces acierta Spengler- lo que nos tocaba que hacer en la obra humana. Y Europa, no ya su hegemonía política y cultural, sobre el Planeta, Europa como conjunto de pueblos cultos e independientes, terminará pronto su vida.

Pedro.- Señales hay. Rusia y el Asia formidable...

Hubo un corto silencio que interrumpió Medina, diciendo:

-Tengo que marchar.

Álvaro.- ¿A la estación?

Medina.- Sí. Allí estará un chico con mi pequeño equipaje.

Álvaro.- Te acompaño.

Pedro.- Y yo.

Otero.- Y yo.

D. Santiago.- Vamos todos.

Medina.- ¿Ud. también? No, D. Santiago.

D. Santiago.- ¿Por qué no?

Medina.- Gracias, gracias a todos. Vamos.

Ya en la calle dijo Venegas, mirando al cielo:

Te acompañará un rato la luna, Antonio.

Medina.- A donde voy todos los hechos naturales y todos los accidentes del terreno y los arroyos y los ríos, y los árboles y hasta las matas y los pedruscos, se enlazan a nosotros como cosas vivas y resaltantes. La guerra es, en todos los aspectos, la «vuelta a la naturaleza». (Y tras una pausa) No la que predicaba Rousseau y novelaba Bernardino de Saint Pierre; ni mucho menos, la que pensaba Vateau.

D. Santiago, Roca y González marchaban delante, hablando. Venegas y Medina seguían detrás, silenciosos.

Cerca ya de la estación, Medina, con voz afectuosa y con cierta solemnidad involuntaria, dijo a Venegas:

- Maestro, tendré que pasarme en claro muchas noches. Mirando al cielo estrellado, se escapará hacia aquí mi pensamiento. Contemplaré entonces de una vez los dos insuperables espectáculos de que hablaba el filósofo.

Y terminó sin aparente concordancia con lo que acababa de decir, mientras ofrecía su mano a Venegas:

-Gracias, maestro.

Y el maestro, silencioso, lloraba.